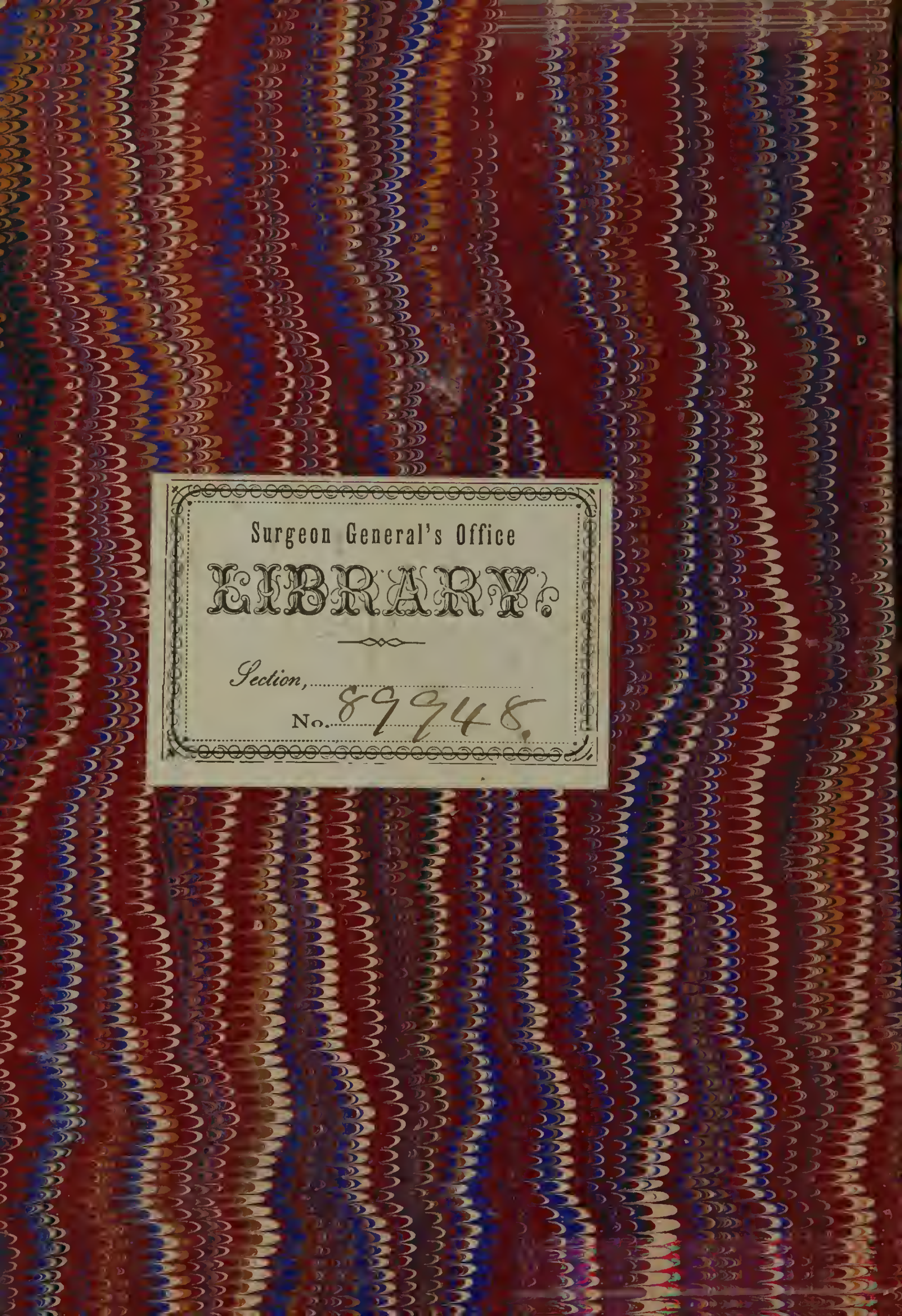
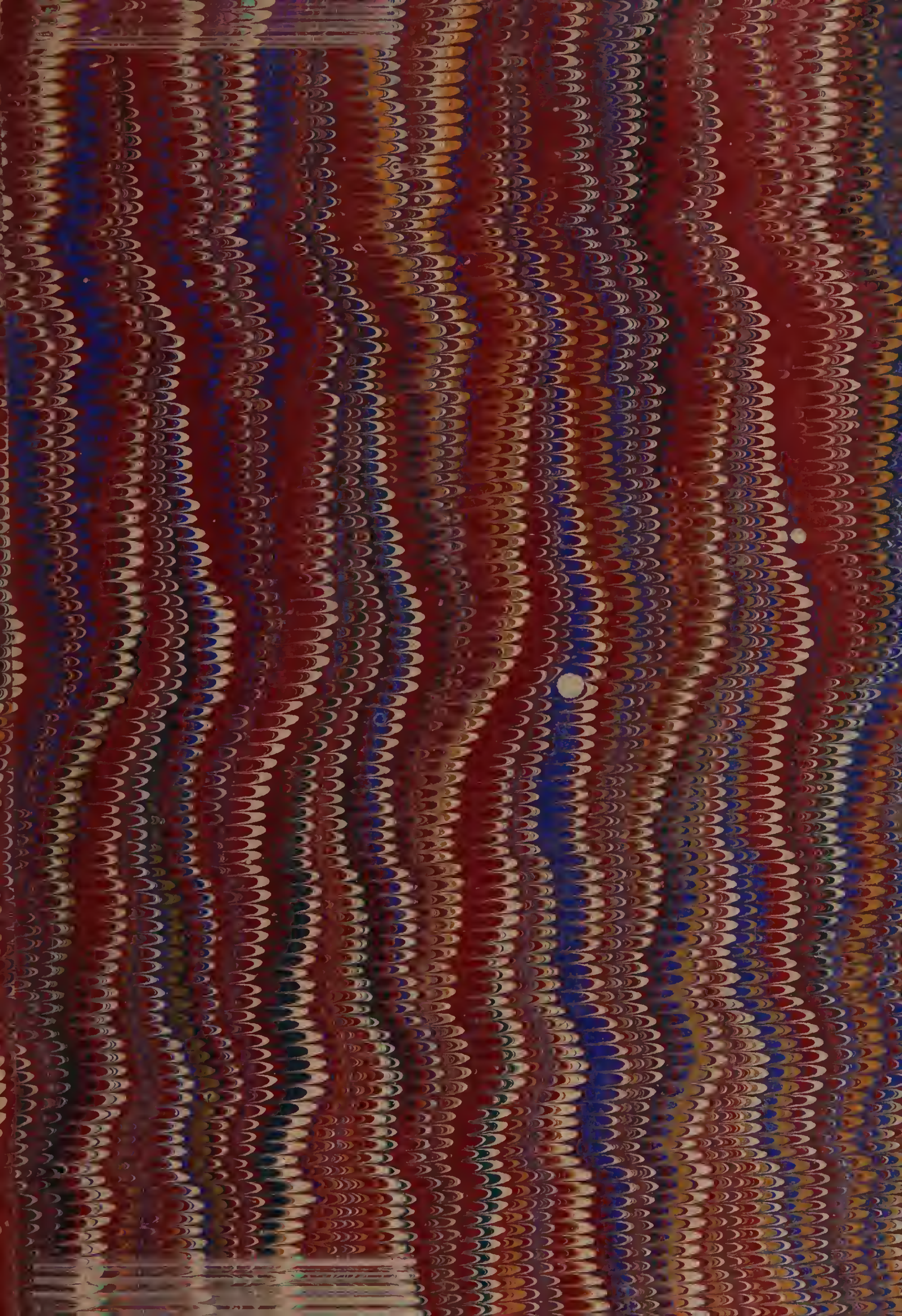



Surgeon General's Office
LIBRARY.
Section,
No. 89948.



PIRETOLOGIA

RAZONADA.

PIRETOLOGIA RAZONADA.

FILOSOFIA CLINICA

APLICADA AL ESTUDIO DE LAS FIEBRES Y DE LAS CALENTURAS.

POR EL

EXCMO. SEÑOR D. JOSÉ VARELA DE MONTES,

Decano y Catedrático de Medicina Clínica en la Universidad de Santiago, Caballero Gran Cruz de la Real órden Americana de Isabel la Católica y de Número de la Real y distinguida órden Española de Carlos III, Secretario honorario de S. M., Académico de Número de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Galicia y Asturias, corresponsal de la de Madrid y de la Real Academia de Ciencias, de Mérito de la Academia de Esculapio, de la Quirúrgica Matritense: Socio igualmente del Instituto Palentino y del Valenciano, de la Academia Cesar Augustiniana, de la Mallorquina, de la Asociacion médica de Jerez de la Frontera y de la de Lisboa, de la de medicina práctica de Amberes, corresponsal de la de igual clase de Willebroeck, de la de medicina legal del gran Ducado de Baden, Socio de mérito de la Sociedad de Amigos del Pais de Santiago etc.

Præstabili ratiocinatione et accurata observatione, veritas.

SANTIAGO.
IMPRENTA DE JACOBO SOUTO É HIJO.
1859.

DEDICATORIA

A LOS SUSCRITORES.

Quisiera que mi obra fuese un tesoro de inestimable valor para que mereciese dedicárosla: no buscaría seguramente otro Mecenas que mas importancia pudiese darla ni que tanto enalteciera su mérito. Nada hay mas digno ni mas alhagüeño para un escritor que el verse aceptado y protegido por un gran número de personas respetables que le tienden su mano y le forman con generosidad la apología de su trabajo dándole crédito y reputacion. Yo os saludo poseido del mas puro y dulce sentimiento de gratitud y acepto con noble orgullo vuestro desinteresado apoyo y vuestra decidida cooperacion. En medio de un incidente que amenazó mi ecsistencia se me recordaba mi compromiso con vosotros; pero la Providencia quiso que pudiese dedicaros un trabajo que bien mereceis y que deseo vivamente corresponda al concepto ventajoso que de él habeis formado. Recibid, pues, esta dedicatoria como una proclamacion noble y justa de mi profundo agradecimiento. (*)

José Varela de Montes.

Sres. D.

Dr. D. Juan José Viñas, Rector de la Universidad de Santiago.
La Universidad Literaria de id. por 2 egemplares.

Sres. D.

Vicente Martinez de la Riva.
Rafael del Valle.
Juan Baeza.
Juan Rivas.

(*) La falta de papel tuvo hasta ahora detenida la impresion de esta obra y aun hoy una casualidad me lo proporciona.

Sres. D.

Victor Novoa y Gonzalez.
Emilio Fontenla y Suarez.
Francisco Javier Fernandez.
Manuel Caballero.
Juan Paradela.
Andrés Cobas.
Rafael Leirado.
Casimiro Torre y Castro.
Ramon Novoa.
Manuel Corral y Delgado.
Antonio García Reboredo.
Pedro Fernandez.
Andrés de Castro.
Francisco Porto.
José Manselle.
Andrés María Fernandez Dios.
Ramon Portal Montenegro.
Juan Rivadulla.
Pedro Rodriguez Ferreiro.
Andrés Alvarez Rodriguez.
Juan Antonio Lerez y Martinez.
José Caballero.
Juan Hernando.
José María Souto Maroño.
Antonio Vieites.
Pedro Ron y Bailina.
Daniel Abad.
Claudio Lopez Portela.
Antonio Castro de la Cruz.
Domingo Bañuelos Segade.
Vicente Llopiz.
José Novoa y Bolaño.
José Moreira.
Francisco Lopez Otero.
José Pou Gonzalez.
Desiderio Varela.
Ambrosio Aldemira y Martinez.
Braulio Felix Reino.
Agustin Rojas y Perez.
Eduardo Pondál.
Antonio Campos Ameigenda.
Ignacio Caballero.
Pedro Mosquera.

Sres. D.

José Porto.
Andrés Braña.
Francisco Vazquez Gulias.
Eduardo Mendez Ybañez.
Valentin Losada
Nicolas Martinez Murguia.
José Clérigo.
Vicente Puga y Araujo.
Eliseo Vazquez.
Ramon Ocampo.
Gervasio Gonzalez Novoa.
Ramon Quintas.
Francisco Otero y Porras.
José Paz y Fernandez.
Pedro Bartolomé Casal.
Juan Jaspe Montoto.
Antonio Codesido.
Julian Mourullo.
Manuel Rodriguez Salgueiro.
Jose Romero Busto.
Eladio Vazquez.
Juan Martinez Carrete.
Valentin García.
Modesto Gándara.
Marcelino Arean.
Juan Lojo Batalla.
Manuel Fernandez Ibero.
Antonio Fernandez Vaamonde.
Antonio Vazquez Veira.
Manuel Seoane.
Juan García Lopez.
José Leiro.
Manuel Ramos.
Celestino Maneira.
Mariano Muñecas.
José García Pazos.
Francisco Javier Aguiar.
Benito Valles.
Francisco Yebra.
José Buceta Solla.
David Bermudez.
Benito Rivas.
Leandro Abente.

Sres. D.

Vicente Insua.

—

Pedro Atocha.
Antonio Mira.
Francisco Javier Peon.
Mariano Lopez.
Juan Domenech.
Luis Fraga.
Marcelino Astray y Caneda, (primer médico de la Armada.)
Antonio Sanmartin, 2.° médico de id.
Francisco Ramon Capriles.
Dr. D. Esteban Villarrubia.
Ramon Rodriguez Sanchez Ulloa.
Dr. D. Ramon Camacho, Consultor de la Armada.
Eduardo Bartorell, primer médico de la Armada.
Jorge de los Rios, primer médico de la Armada.
Juan Rodriguez Navarro, 2.° medico de id.
Manuel Pintado, 2.° id. de id.
Mariano Carrio, 2.° id. de id.
Pablo Andrade.
Jesús Vazquez Limeses.
Domingo Perez Lema.
Antonio Vilariño.
Luis Costa.
José Romará..
Manuel Suarez.
Juan Antonio Barros.
Juan Nepomuceno Herrera.
José Mancelle.
Gumersindo Eiriz.
Ramon Otero.
Justo Alonso.
José Baltár.
Manuel Vazquez Araujo.
Juan Armada.
Vicente Carballés.
Ramon María Almoin.

Sres. D.

José María Arriola.
Francisco de Paula Gutierrez, Vice-Director de la Armada.
Juan Bautista Soto.
Máximo Lema del Rio.
Antonio Castro Asorey.
Benito Fernandez Lopez.
Antonio Couceiro de la Gándara.
Francisco Cernadas.
Francisco Garrido Budiño.
Antonio Pascual.
Domingo Sanchez.
Manuel Vazquez.
José Lorenzo Mendez.
José Otero.
Antonio Porrua.
José Romero Bayo.
Diego Montenegro.
José Labarta.
Ramon Plá.
Vicente Señorans Martinez.
Joaquin Villarejo.
José Carrera Mariño.
Angel Botana.
Gaspar Rodriguez.
Benito Somoza.
Victor Lopez Seoane.
Manuel Verea y Saco.
Ramon Gil Villanueva.
Francisco Guerrero.
Antonio Casares.
Maximino Teigeiro.
Roman Casares.
Francisco Freire Barreiro.

—

Excmo. Sr. D. Ramon Fráu.
Dr. D. Tomás Santero.
Dr. D. Enrique Fráu.
Dr. D. José de Goicochea.
Dr. D. Doroteo de la Torre.
Dr. D. Salvador Rodriguez Osuna
Dr. D. Cesáreo Fernandez Losada, médico del Hospital militar

Sres. D.

La España Médica.
Eduardo Caballcro Canals.
Paulino Alonso.
Aquelino Manzanegro.
Jorje Villasegura.
Biblioteca del Colegio de S. Carlos
Ignacio Oliver.
Joaquin Malo.
Bernardino del Val.
Pedro Martinez.
José Gomez.
Juan Gonzalez.
Alberto Verenguer.
José Joaquin Culebras.
Manuel Ochoa.
Roque Larraniza.
Zacarías Benito Gonzalez.
Manuel Villar.
Luis Velez.
Tomás Aramburo.
Antonio Garcìa Malo.
Joaquin Navarro
Eusebio Castelo.
Joaquin Quintana.
Feliz García Caballero.
José Garofalo y Sanchez.
José Montero.
Antonio Fernandez Cabuil
Joaquin Muñoz Carabaca.
Mariano Benavente.
Basilio S. Martin.
José Fontana.
Pedro Lopez y Carrillo.
Luis Martinez Leganés.
Manuel Izcaray.
Casimiro Olozaga.
Mariano Ortega.
Pedro Espina.
Eduardo Escalada y Lopez.
Francisco Mendez Alvaro.
Francisco Ocaña.
Tomàs Martin Tapia.
Francisco Ferrari.

Sres. D.

Eduardo Perez de la Faursa.
Martin Barrera.
Manuel Hernando.
Joaquin Rodriguez Carrillo.
Juan Ocaña.
José de Jesus María Albiol.
José Ascsio y Piedrafita.
Juan Madreda.
Manuel Diaz y Gomez.
Jorge Calvo.
Sandalio de Pereda.
Francisco Gomez.
Francisco Nicolán.
Pedro Blasco.
Mariano Carreteros.
José Barrena.
Vicente Llorente.
Manuel García de Riaña.
Fernando Serrano.
Pedro Vindél.
Ignacio Gomez.
Eustaquio Guinea.
Josè Corbera.
José del Olmo.
Juan Sandano.
Manuel Hidalgo Rivera.
Inocencio Escudero.
Lucas Guerra.
Agustin Oliván.
Feliz García.
José Andresi y Romajosa.
Andrés Perez y Lopez.
Ricardo Gomez Cortiña.
Antonio Barrera Perez.
Marcos Juan Ariban.
Raimundo Alfonso.
Felipe Canales.
Vicente Picatoste y Sanchez.
José Gimeno.
Joaquin Morso y Vivas.
Fernando Romeral y Puente.
Ramon Atieusa.
Juan Munár.

Sres. D.

Valeriano Casas.
Gaspar Barcells.
Vicente Martinez.
José Gausols.
Joaquin Fernandez Alvarez.
Salvador Oller.
José San Juan.
Cándido Lopez Rueda.
Miguel Tora.
Francisco de la Torre.
Francisco de Cala Fernandez
Salvador Manero.
Juan Lopez,
Estanislao Cañizares.
Antonio Garcia Izquierdo.
Mariano la Hoz.
Mariano Miralles.
Antonio Vilas.
Joaquin Rueda.
Buenaventura Teres
José Botella.
Alfonso Morate.
Fernando Cabello.
Gabriel Lopez.
Rafael Rodriguez.
Marcelino Perez.
Manuel Cadabal.
Ramon Felix Capdevila.
Domingo Moresco.
Luis Venancio de Arausolo.
Pio Gavilanes.
Francisco Machado.
Pedro Gonzalez.
Manuel Salazar.
Rafael Lopez.
Ramon Jove.
Santiago García Vazquez.
Josè Pelaez.
Andrés Boscú.
Martin Alfonso Moras.
Manuel Lamane.
Juan Boada.
Valero Cañete.
Francisco Ramirez.

Sres. D.

Carlos Bueno.
Froilan de Labrea.
Luis Gonzaga y Juanico.
Angel A. Diez.
Franciscó Sanchez Gomez.
Manuel Puga.
Manuel Bueso.
Cayetano Salazar.
Cristobal Reguera.
Luis Fernandez Molina.
Manuel Ortigosa Paniagua.
Alejo Rabaneque.
Orencio Gros.
Santos Blanco.
Feliciano Garde.
Francisco de Miguel.
Ramon de la Feria.
Gregorio Lopez García Campo.
Vicente García Romeral.
Alejandro Rico.
Ramon Peragalo.
Facundo Dominguez.
Mateo Seoane.
Benito Crespo.
Diego Fernandez Bautista
Antonio Fadon.
Pedro Regulez.
Antonio Vazquez y Esteban.
José Marciano Valenzuela.
Vicente Sagarro.
Pedro Juan Burnel.
Nicolás Escobar.
Felix Diaz.
Francisco Muro.
Emilio Guallard.
Natividad Meca.
José Cisternes.
Lorenzo de la Mata.
Crisanto Lopez.
Bernardo Lopez.
José Fernandez Masias.
Salvador Alvarez y Martinez.
Josè Garbi.
Antonio Castellá.

Sres. D.

José Vilaplana.
Joaquin Navarro.
Anastasio Castrillo.

—

José Manuel Capón y Castro.
José María Ponte.
Ramon Fernandez Rajol.
Francisco Suarez y Gomez.
José Jorge de la Peña.
José Fariña y Feijoo.
Manuel Sanjurjo.
Juan Lopez y Lopez.
Manuel Cedrón.
Andrés García Lamas.
Juan Santos Fontán.
Ramon Ojea.
Nicanor García Pumariega.
Manuel Saco Quiroga.
Ramon María Carrera.
Benito Valcarcel.
Dimas Corral.
Alejo Perez Mendez.
Manuel María Carballeira.
Francisco Lopez.
José R. Fernandez.

—

Dr. D. Fernando Puga.
Manuel Gonzalez Novoa.
Benigno Maria Cid.
Dr. D. Vicente Puga Gutierrez.
Dr. D. Juan Cañizo Villamil.
José María Sanchez.
José Rodriguez Outumuro.
Manuel Aldemira.
Vicente Lovít.
Benigno Perez.
Dámaso Vazquez.
José Alonso Losada.
Manuel Gonzalez.
Manuel Feijó.
Gerardo Campos.
Ladislao Mateos.
Vicente Boceta Lopez.
Dr. D. José Lorenzo Suarez.

Sres. D.

Dr. D. Antonio Cana.
Demetrio José Aldemira.
Manuel Bouzas Conde.
Salvador Perez.
Ramon Delgado.
Gregorio Fuentes.
Domingo Antonio Gomez.
Francisco Siro y Ruiz.
Gregorio García.
Ramon Quesada y Borrajo.
Nicanor Canals.
José Ramon Vazquez.
Juan Antonio Prieto.
Benito Taboada.
Javier García.
Valerio Moure.
Andrés Vieites.
Fraocisco Vieites.
Fermoso Diaz.
José Vidal.
Rafael Requillo.
José Valdés.
Joaquin Vazquez.
José Gallego.
Ignacio Benito Feruandez.
Manuel V. Araujo.
Manuel Pio Vazquez.
Luis Alvarez Gallego.
Juan Mosquera.
Benito Martinez.
Joaquin Tesouro Rodriguez.
Bernardo Estevez.
Juan Manuel Montero.
Juan Manuel Alvarez.
Bernardo Rodriguez.
Luis Rivera.
José Troncoso.
Miguel Mosquera.
Manuel Sanchez Porto.
Gerónimo Rodriguez.
Manuel Perez.
Dr. D. Genaro Estevez.
Juan Rodriguez.
Antonio Gonzalez.

Sres. D.

Antonio Blanco.
Fernando Enriquez.
Antonio Sotelo.
Manuel Monasterio.
José Hermida.
Jacobo García.
Tomas Fernandez Gayoso.

—

Buenaventura Gasols.
Miguel Vidal y Lopez.
Laureano Gomez.
Ramon Brabo.
Juan Salgado.
Joaquin Gonzalez Piñeiro.
Nicolás Taboada.
Manuel Ocampo Martinez de Meneses.
Manuel Pereira Añon.
José Mosquera y Taboada.
Luciano E. de Fontenla.
Luis José Fraga.
Manuel Alvarez.
Manuél Lis.
José Agustin Reino.
Agustin Otero.
Julian Paseiro Andújar.
Juan Benito Gil.
Carlos Rodal.
Serafin Pazos Cumbraos.
Gregorio Alvarez Conde.
José María Lopez.
Francisco Lopez.
Ignacio Porto.
Ignacio Porto de Leira.
Ramon Sancho.
José Gonzalez Domenech.
Pedro Revondinos.
Eduardo Covian.
Francisco Fernandez Anciles.
Luis Rodriguez Seoane.
Juan Losada.
Salvador Sartál.
Joaquin Maria García.
Agustin Burcet y Romero.

Sres. D.

Pedro Rodriguez.
Manuel Perez Lapido.
Manuel Perez.
Benigno Lopez San Martin.
Manuel Angel del Villar.
Leonardo Arnaud.
Joaquin Porto Leira.
Manuel Perez Sisay.
Antonio Jacinto Rodriguez.
Manuel Fernadez Salgado.
Victoriano García y Mariño.
José Ramon Salgado.
Angel Silva.
José Barcala.
Constantino Lago.
José Villa.
Manuel Rey.
Juan Ramil y Nieves.
Vicente Fernandez Dios.
Eduardo Arines.
Rafael Requillo Tardio.
José Sieiro Taboada.
Francisco Novoa.
José Alvarez de Puga.
José María Ocampo.

—

Lorenzo Ferrer y Soler.
Higinio Garcia Rodenas.
José Antonio Vilariño.
Ildefonso Sanchez Palacios.
Manuel Romero.
Enrique de la Rosa.
Francisco Ramirez.
José Martí y Artigas.
Hipolito Tobes Santa Olalla.
Andrés Lopez Seoane.
Miguel Marcos Casado.
Lorenzo Coroido.
José Viña y Fontan.
Florencio Perrote y Muñoz.
José Recal de Muro.
Regio de Cisneros.
Juan Caldera.
Antonio Montoya.

Sres. D.

Manuel Perez y Perez.
Santiago Cambers.
Francisco Guillen.
Antonio Garcia y Alvarez.
Nicolas Maresi, Gefe facultativo del Colegio Naval de la poblacion de S. Carlos.
Antonio Gallego y Fuentes.
Francisco Fernandez Urzea.
Casimiro Melcior.
Enrique de la Pedrueza.
Joaquin Fernandez.
Manuel Rodriguez Carreño.
Mateo Peñalbér.
Fernando Magro.
Cirilo Lopez.
Nicolas Tejera del Cerro
José Maria de la Feria y Ramos.
Pedro Sequia y Póns.
Juan Coucillo.
Andrés Leon y Aranda.
Andrés del Pozo.
Dionisio Sanz.
Francisco del Rio y Cortizo.
Manuel Alonso.
José Antonio Brandao.
Jacinto Alonso Estrada.
Manuel Diaz.
Pablo Simál.
Juan Miranda.
Juan Manuel Cañon.
Antonio Diez Causeco.
Francisco Felipe.
Juan Casellas y Serra.
Casimiro Oscariz Ortigosa.
Narciso Merino.
Alejandro Ortiz.
Vicente Martinez y Montes, Gefe facultativo del Hospital militar de Málaga.
Dr. D. Diego Piñon y Bolosa.
Dr. D. Francisco de Moya, por 2 ejemplares.

Sres. D.

Francisco Teigeiro.
Antonio Montaut.
Lorenzo Cendra.
Francisco Ortiz y Tallante.
Manuel Canovas.
Francisco Camoras.
Autonino Navarro Barnés.
Gerónimo Gimeno.
Agustino Maldonado.
Enrique Lemos.
Leon Garcia Argüelles.
Plácido Alvarez Builla, médico cirujano del Hospital provincial de Oviedo.
Alejandro Ballesteros.
Roman Hernandez.
Juan Mirat.
Remigio Dora y Calderon.
Juan José Oria y Ruit.
Casimiro Molina.
Ecequiel Paredes.
Dr. D. José Maria Santenlo, Sub-inspector de Sanidad militar
Antonio Cugat.
Ramon Garcia.
Pedro José Iranzo.
Antonio Fernandez Carril.
Angel Ramon Pecul.
José Pallares.
Carlos Rosch.
Vicente Todalí.
José Sanchez.
Manuel Yañez Monfort, médico mayor del cuerpo de Sanidad militar del Hospital de Valencia.
Javier Renedo.
Gregorio Velasco.
Gregorio Palacios Mayzanada.
Manuel Alonso Rodriguez.
Dr. D. Pablo Villanueva.
Dr. D. José Gonzalez Olivares.
Vicente Martinez Moreno.

Sres D.

José Lopez de la Vega por 2 egemplares.
Andrés Sieira.
Manuel Fauste.
G. Ronse, cirujano mayor del Hospital de Vitoria.
Eduardo Gonzalez Dominguez.
Julian Soubrie.
Siro Guzman.
Gabriel García Enguela.
Joaquin Rueda Lacamba.
Rafael Iñiguez.
Casimiro Mota.

Sres. D.

Francisco Albán.
Sebastian Velille.
Juan Antonio Velzume.
Antonio Montero Baliña.
Domingo Gorostola.
José B. Mariñas Toledo.
Juan Antonio Rodriguez Sanchez
Buenaventura Alvarez.
Domingo Fontan.
Pablo Rodriguez.
José Luciano Lopez.
Manuel Baraja.
Fernando Remesal y Puente.



Hæc sane nosse oportet et non ratiocinationi prius probabili intentum curam aggredi, sed exercitationi cum ratione (Hipp)

Fallax quoque non vero experientia si rationis ductu fuerit destituta: nisi mutuam sibi lucem communicent ¿quam erroris ansam præbebunt? (Bagliv.)

El arte de observar es, relativamente á la experiencia, de una suma importancia, porque la historia natural de las enfermedades es la base de la ciencia del médico: pero como se puede tener el arte de observar sin poseer el de razonar surge de aquí una grave dificultad. (Zimm.)

Los mejores ingenios no han podido hasta ahora definir la calentura por haber desatendido las reglas de la ideologia. La medicina no puede dar un paso filosófico, y solo hará progresos rápidos si no olvida jamás que la abstraccion y recomposicion en la medicina clínica son dos partes inseparables de una misma operacion intelectual. (Morejon).

Præstabili ratiocinatione et accuratâ observatione, veritas.

PROLOGO.

Me he lanzado en el estudio razonado de la Piretologia, pero no sin conocer los inmensos obstáculos de mi pensamiento. Por mas elogiable que haya sido el celo constante y sostenido de todas las Escuelas para resolver satisfactoriamente un gran número de problemas prácticos, parece que á cada paso un fatal destino obstruyó la puerta del templo de la verdad en el mismo momento de franquearla y cuya llave parecía poseerse. Pero no debemos estrañarlo si es cierto, como dice Frank, que la Piretologia es el fundamento de toda la medicina práctica y con cuya idea estamos conformes hasta cierto punto, porque si bien un gran número de enfermedades no son pirexias, no hay duda que resueltos los grandes problemas piretológicos, habremos no solo reconocido el camino que debe conducirnos en todos los hechos clínicos, sino que tendrémos á lo menos ideas clásicas sobre una de las enfermedades que mas afligen la especie humana. Si leemos todos los libros que desde Hipócrates se escribieron para poner en claro la doctrina de las fiebres, es decir, todos esos libros en los que, se

II
presentan, engalanados con brillantes teorías y apoyados en la esperiencia los pensamientos de cada Escuela, no podremos menos de lamentar esa influencia poderosa de ideas esclusivas en medio de verdades sublimes y de hechos irrecusables. Hippocrates como Celso, como Galeno, como Areteo, como Cœlio-Aureliano, como Boherave, Sidenhan, Stahal, Baglivio, Browun, Broussais y aun los mas modernos piretologistas nos brindan con sus verdades, pero nos regalan sus errores. ¿Que confusion no habrà en la imaginacion del jóven práctico despues de haber leido nada mas que estos pocos AA.? El humorismo mas exagerado, el solidismo esclusivo, el animismo con sus sutilezas, el impirismo, el vitalismo y la química, la mecánica, la fisiologia, la anatomía patológica sancionando con omnímoda influencia estos sistemas, y queriendo resolver aisladamente los grandes problemas de la ciencia sin tener en cuenta que su voz no puede escucharse sin prevencion y sin el mas justo criterio, fueron obstáculos á su progreso filosófico.

Si quisiésemos una prueba de esta verdad nos bastaría fijar la atencion en esas ridículas clasificaciones, en esas vagas é incomprensibles sinonimias y en ese prurito de invencion capaz de cansar la memoria mas ejercitada, confundiendo las ideas y los pensamientos. El tomar en la mano una pire-

tologia, por mas que sea de las mas modernas, no puede menos que producir confusion porque, á parte de una complicada nomenclatura, vemos con gran pena forzar el espíritu de observacion en provecho de una idea esclusiva y dominante ó de una vana ostentacion. ¿Cual ha sido la utilidad de esas Nosologias desde Linneo, Saubages y Vogel hasta Alibert, Pinel, Bouillaud, Gintrac y Valleix? ¿Como tan variadas clasificaciones y tan contradictorias ideas? ¿Puede por ejemplo verse cosa mas ridícula que el admitir en una misma entidad morbosa dos patogenias opuestas con sus indicaciones contradictorias? ¿Puede verse nada mas lamentable que observar bajo una misma clave la grastro-enteritis, la fiebre adinámica, la inflamatoria con sus patogenias y sus terapeuticas diversas? ¿Que pensar de esta vaguedad en caracterizar las fiebres, admitiendo tifus, y tifoideas angiotenicas, adinamicas, como lo hicieron Fournier y Vaidy, y angio-carditis tiphoideas como Bouillaud y la entero-mesenteritis tiphoidea como Petit, haciendo de esta manera incomprensible la piretologia? Será uno de nuestros principales objetos el fijar bien la verdad de observadores tan respetables, pero haciendo comprender el error de sus clasificaciones. Es admirable la confusion que reina en la clasificacion de las fiebres y que no ha podido vencer la escuela fisiologica ni la doctrina orgànica. «Esta clase, dice

el Dr. Gintrac, constituye una de las partes mas estensas y menos exactamente determinadas de la patologia. Una confusion funesta á los adelantos de la ciencia ha reinado por espacio de largo tiempo sobre este importante objeto. Sujeta á la influencia, y frecuentemente ajitada por los variados sistemas que se han sucedido en medicina, esta clase nosológica ha tenido alternativamente una estension muy desmedida: se ha visto despues muy circunscrita y aun dislocada y trastornada y luego reedificada y establecida sobre nuevas bases. En ocasiones, las mismas palabras han significado ideas diferentes y las mismas ideas han sido espresadas con voces diversas. Era necesario entenderse y señalar los puntos mas oscuros y los que reclaman aun las decisiones de la esperiencia.» Sin embargo, Gintrac no fué mas feliz que sus anteriores, y no sabe como definir la fiebre; leed con reflexion y os llenaréis de dudas. Triste es que despues de acercarse á la verdad termine clasificándonos las fiebres por su tipo, y por algun síntoma notable, como tuvieran que hacerlo el mismo Frank, y Vaidy. En la misma contradicion cayeron lamentablemente Andral, Rostan y Bouillaud que se queja de la anarquía piretologica que reina en la Escuela de Paris. El mismo Lepelletier se confunde para hacernos comprender bien la fiebre y para esplicarnos la causa de tanta disidencia. «Los antíguos; nos dice,

y muchos de los modernos, han cometido la doble falta, grave por las consecuencias de su terapéutica, 1.° de ver en la fiebre una *entidad morbida*, separada, distinta de las partes organicas afectadas; 2.° de tomar por la esencia, el carácter fundamental, la naturaleza misma de las enfermedades de las cuales ella no es frecuentemente sinó el objeto, el síntoma, la complicacion. De aqui esta nomenclatura interminable de las pirexias y esta irrecusable confusion de su historia. Las teorías modernas han ofrecido errores opuestos é inconvenientes tambien perjudiciales queriendo referir todas las fiebres á lesiones orgánicas locales, á la inflamacion como el efecto á su causa.» Apesar de esto la fiebre es para él un *hecho patológico mas ó menos complejo, un estado anormal del organismo:* lenguaje muy poco lógico y no menos oscuro.

Una perplegidad dolorosa es siempre la consecuencia de la reflexiva lectura de los cuadros piretológicos, é imposible analizar todo cuanto sobre materia tan importante hallamos escrito: esto sería reasumir la ciencia toda, porque es bien cierto lo que nos hace observar Benech en su patologia natural: «insisto tanto, nos dice, sobre esta materia por que conocida la naturaleza de las fiebres, aparece por decirlo así, la de todas las demas enfermedades:» no es por esto menos sistemático ni menos confuso en sus apreciaciones. En nadie, no obstante, mas sen-

cillez ni mas consecuencia que en Broussais: todo parte allí de una idea, y todo se agrupa á su alrededor: un pensamiento, una idea, una prueba, una sintomatologia, una idéntica terapeutica: bajo este aspecto nadie tan lógico. El supo hacer inútiles las nosologias abrazando las enfermedades y las fiebres bajo un mismo concepto, y à la verdad si han de ser un arbitrario y sistemático conjunto aparentemente ordenado de enfermedades no nos importa su falta. Ya Bayle hallaba muy difícil la formacion de buenas nosologias á pesar de que las defienda Bricheteau con un cópio de razones dignas de asunto, sino mas importante, mas realizable. Basta echar la vista por una de estas obras, productos de ingenios esclarecidos, para observar cuantas dificultades han hallado que no han podido vencer. En la clasificacion piretológica se hacen notables estos errores y estas inexactitudes. Senebier opinaba inútiles las nosologias y Broun creía debían condenarse al olvido. Esto nos parece exagerado, pero cuando vemos la fiebre considerada bajo el aspecto de una sutileza vitalista ó de un tosco solidismo no nos admiramos de esta crítica, ya se la considere por unos como un acto ó una funcion patológica ó por otros como una lesion intensamente material. ¡Que inmensa distancia entre ambas ideas! Dubois reconoce el grande abuso de estas clasificaciones que hace subdivir las fiebres de

un modo interminable. ¿No vemos bajo una misma clave enfermedades tan distintas como lo son la fiebre inflamatoria, la adinámica y los tiphus? Las clases de una buena nosologia deben estar representadas por las patogenias, las órdenes por la identidad de los tejidos afectados, los generos por los órganos ó cavidades en que se hallen, y las especies están indicadas, como las variedades por pequeñas variaciones de índole ó de carácter. ¿Pero será preferible, á un órden arbitrario, sujetar las enfermedades á este aprisionamiento forzoso? Yo creo que vista la dificultad de una buena clasificacion sería mejor no hacer ninguna. Pienso en esto como Bricheteau: las nosologias son interesantísimas pero tienen gran dificultad y grave esposicion. El respetable Morejon compara la necesidad de una nosologia bien ordenada à la que tiene la milicia de clasificar un grande ejército, á la que tiene la geografia de formar mapas de reinos y provincias y á la que tuvo la astronomía de clasificar las estrellas, pero no quiere los estremos de Saubajes ni de Broun. Cuando llegue el dia de que nos baste ver el lugar que ocupa en un cuadro nosológico una enfermedad para reconocer su naturaleza, sus síntomas y su plan curativo, ese será el dia de una buena nosologia; mientras que asi no sea debemos verlas á lo menos con prevencion. Fué un lujo de la época y no hay mas que leer á Sauba-

jes con sus trescientos y quince géneros, á Baumes con sus elementos químicos por base de su clasificacion, á Alibert con su idea funcional y su lujo griego para convencerse que su decadencia no estaba lejana. Asi sucedió é ya parece que el entusiasmo nosológico pasó por que algunos nosofragos perdieron ese prurito exagerado y por esto perjudicial.

No hallándose bien determinado el elemento pirético en las fiebres ni aun en las inflamaciones fué preciso observar estrañas anomalías que, por lo menos, hacen formar una idea muy poco ventajosa de los progresos patologicos en el estudio y conocimiento de las fiebres. Los sistemas médicos tuvieron en ello la mayor culpa y bosquejados estan en sus cuadros todos los pensamientos esclusivos, todas las utopias, siendo que nada debía ser mas inalterable que una clasificacion, lo que obligó á decir á Bayle que por lo visto todo era, en este punto fundamental, arbitrario. Bajo estas consideraciones no debemos admirarnos observando la confusion que reina hasta el punto de hallar la peritonitis al lado del cólera morbo; cosa que no sería perdonable en tiempo de Broussais pero que hoy es altamente sorprendente. ¿No vemos en Bouillaud, nosologista respetable de la actualidad, que sus esfuerzos fueron inútiles para dar claridad y precision al cuadro piretológico hasta el

punto de haber dislocado la clase entera para colocar una fiebre al lado de la gastritis, otra al lado del asma, otra al lado de la hepatitis, otra al de la entero-mesenteritis y con otra formar una clase no solo aislada sino constituyendo una especie de esfinge de un valor incomprensible? Mi clasificacion de fiebres y calenturas será tan sencilla y clara como es siempre clara y evidente la verdad.

Al presentar el fruto de mis observaciones no creo cambiar la faz de la ciencia ni el rumbo de la piretologia, pero tengo si el convencimiento de que se verá su estudio tan simplificado que nos permitirá leer los libros sin que nos confundamos y sin que de ellos saquemos á la cabezera del hombre enfermo mas que dudas, perplejidad y errores. ¿De donde viene el notable oscurantismo, la confusion inmensa que todos convienen hallar en la clase piretológica? ¿Será acaso que no sabemos lo que es fiebre, lo que es calentura y que por esto no podamos fijar principios para su clasificacion? Es lo cierto que Hippocrates, y Galeno fueron cautos en esta parte de definir pero ni los modernos fueron mas afortunados, pues que aunque nuestro Valles elude la dificultad, creyendo que no es necesario definir lo que es manifiesto por si mismo, la verdad es que sobre ello guardaron reserva hombres muy eminentes de todas las épocas hasta el dia. Piquer proponía

que la definicion fuese descriptiva para con esto evitar los escollos de los sistemas, pero yo creo que tampoco Piquer fué capaz ni nadie de definir la calentura y la fiebre descriptivamente de un modo que sea de todos conocida bajo las bases en que descansa hoy esta parte de la ciencia. Por esta razon y para evitar divagaciones que nos distrageran de nuestro estudio, en el campo de la doctrina, he querido simplificarlo con una sucinta reseña de todas las escuelas médicas mas notables desde Hippocrates hasta el dia aplicada al estudio de las pirexias. Asi vienen haciéndolo todos los nosologistas modernos por que no de otra manera se puede tratar punto alguno de la ciencia y sin reconocer antes el escalon á que se ha llegado y el de donde se parte para un ascenso progresivo. Despues de leido mi resúmen histórico, despues de conocer las teorías que reinaron hasta hoy sobre parte tan importante de la ciencia, entramos ya en su estudio con un acópio de datos de la mayor importancia y sin que tengamos que volver atrás para apoyar la nuestra. Esta reseña es en parte ya conocida pero sale aumentada y modificada á nuestro objeto especial. Tengo el convencimiento de que mi obra es la historia filosófica de la Piretologia hasta el dia. La historia es toda la vida de una ciencia y con razon decía el célebre orador romano, contra los que se limitaban al estudio de una actua-

lidad, «ignorar lo que ha pasado antes de nosotros es querer ser siempre niños.» No obstante me es muy preciso pedir indulgencia á mis lectores cuando escribo sobre un punto de tanto interés y tan debatido en las escuelas médicas. Pero si bien es cierto que no vemos esos progresos que debiéramos prometernos de tantos genios superiores ocupados en la observacion de los hechos clínicos en la parte piretológica ¿será dable y justo juzgarlos como Benech que considera á Broussais como á un genio maléfico mas fatal á la humanidad que Tamerlan y Bonaparte, á Fourquier como á un débil poder, á Chomel, Biett, Lherminier como falsos oráculos, é ignorantes à todos los profesores franceses, como pobre hombre á Hanneman? Críticas de esta especie hacen poco favor á la ciencia y no da gran valor al crítico, que asi se convierte en un apasionado zoilo. Otro hombre digno de mejor suerte conocemos que siguiendo el mismo camino y dirigiéndose á las mas célebres Academias y à las eminencias mas respetables, se colocó en triste posicion solo justificable por su intolerancia. Nosotros razonaremos con respeto sobre las opiniones emitidas hasta el dia. No quiera Dios que intentemos rebajar ni un momento el mérito de sus observaciones y de sus trabajos, por que por sus estudios y sacrificios la ciencia camina en su progreso; y lamentable es que halle en su majestuosa marcha obstá-

culos insuperables. Debo advertir la inmensa dificultad de reunir todo cuanto se há escrito, porque sería preciso estractar sinnúmero de volúmenes. Tampoco he querido inutilizar todo lo hecho, porque fuera un absurdo; ni olvidar todas las teorías porque era ridículo; ni aun despreciar las utopias porque en todo esto hay verdades de que utilizarnos y no en vano hablaron los hombres eminentes de antes y de hoy, pues que todos contribuirán à nuestro objeto que es el de simplificar el estudio de la piretologia.

No menos dificultades hallamos en la sintomatologia que en la clasificacion piretologica, y esto que parece una lamentable desgracia y un error de consecuencia, no lo es nobstante. La parte nosológica podrá ser inexacta, sistemática y hasta ridícula, pero la parte nosográfica es siempre en la que se trasluce la verdad de la observacion, el tino y el genio del médico clínico. Exactísimos en observar Hippocrates, Areteo, y Sydenham, y Stahal, y Sauvages y Stoll, sus descripciones son tan diversas como las de Tito-Livio y Tucydides, y no obstante fueron fieles narradores de algunas epidemias idénticas en su esencia y variables en sus síntomas bajo el gran número de accidentes que las modificaron, y que pudiéramos comparar á nuestras epidemias contemporáneas á las que tenemos que referirnos muy

luego. Por esto las célebres descripciones de Huxam, de Hildembrand, Pringle, Landouzi en epidemias mortíferas distan tanto unas de otras que el mismo Hildembrand hace una larga enumeracion de las anomalías del tiphus, como Thibaut lo ha observado en la epidemia de la escuadra francesa y como lo vemos en todas las epidemias. He aqui por que la sintomatologia es exacta en cuanto al observador é inexacta por lo que respecta á los caracteres esenciales y á la fiel y sencilla pintura que debe hacerse de la fiebre para que sea un bosquejo á que referirse, porque en otro caso cada caso particular y cada epidemia será una enfermedad nueva, como se quiso fuese la mucosa de Roedrer y Vagler y la pituitosa de Sarcone. En 1809 invadió á esta ciudad una epidemia de fiebres que terminaban por la gangrena de las estremidades y especialmente de los músculos gluteos: en 1854 reinó igual enfermedad y las parotidas críticas, y las diarreas eran sus favoritas terminaciones. ¡Que variedad de síntomas en cada una de estas épocas desastrosas de los pueblos! Hildembrand, exactísimo observador, vé en el tiphus y fiebre tiphoidea una variedad sintomatológica notable, y señala gran número de anomalías, que dieron lugar à que algunos hiciesen especies con su sintomatologia y su nombre tan diverso. Sería preciso olvidar todos

los nombres y borrar la mayor parte de la sintomatologia si hemos de comprendernos, ó no hemos de hacernos ridículos como lo son los nombres de calentura hiposa, soporosa, fiebre estúpida, querquera, solo por que sobresale un síntoma que llama mas, ó menes la atencion. Asi fue que cuando apareció la fiebre amarilla en Cadiz se disputaba su caráter, por que se presentaba una gran variedad de síntomas y á su tiempo veremos que desidencias no causó esto entre médicos de gran crédito. Si hubiéramos de ver como diversas todas las enfermedades que no se parecen en todo, interminable seria la patológia, y por esto es tan estensa la piretologia. En la célebre peste de Hungría, que sin duda no era la peste de levante, sinó un tiphus, y que despues pasó á Francia el síntoma sobresaliente era un intenso dolor epigástrico; en la que nos cita Fernelio era un sudor estraordinario el fenómeno especial; la tiphomanía fué observada en la de la escuadra del mar negro en 1856, en la que el delirio, el coma, la epilepsia, el tetanos &c. se notaban con frecuencia. Podemos decir con nuestro Lavedan, la peste (fiebres graves epidémicas) es un protheo, es decir, que, asi como él, muda continuamente de formas; del mismo modo es una enfermedad particular que se oculta bajo las apariencias de la mayor parte de las enfermedades epidémicas. No hay una epidemia semejante á otra, ni una fiebre idéntica

á otra fiebre: solo dos ó tres síntomas constituyen la semejanza, todos los demas forman las diferencias: he aquí un gran motivo de error. Un jóven se calienta la cabeza para clasificar una fiebre con una piretológia en la mano ¿y por qué? porque se aglomeran síntomas, se amontonan accidentes y se oscurecen los que unicamente caracterizan el mal. Apenas hallamos dos tísicos, ni dos hidrópicos exactamente iguales, pero como son tan claros dos, ó tres síntomas, las diferencias las vemos como muy secundarias. Esa multitud de variedad de especies y de géneros de fiebres viene del error del análisis, y es de estrañar que habiéndose constituido Pinel en verdadero representante de la escuela analítica no hubiese sacado mas fruto de ella, bien que se contenta con los encomios de su método sin profundizar en su verdadera aplicacion.

La sintomatologia, como la anatomía patológica, elementos supremos de la ciencia clínica, precisan llevar por guia en sus deducciones una gran fuerza lógica, un elemento analítico superior; sin esto nos puede estraviar. Por esta razon casi todas las enfermedades les deben grandes adelantos y grande progreso la ciencia: solo la piretologia fue la esclavizada bajo estos elementos de vida y de libertad científica. Se quejaba de este abuso nuestro ideologo español, y justamente en la mis-

ma materia de que tratamos: «mientras, nos dice, que los médicos españoles no se penetren y se persuadan que aunque los síntomas puedan abstraerse por el entendimiento no deben arrancarse nunca de las varias enfermedades para darles una existencia individual, la medicina no puede dar un paso filosófico: una prueba de esta verdad nos la ofrece el diagnóstico de la calentura, que los mejores ingenios no han podido difinir hasta ahora por desatender á estas reglas de ideologia.» La simplicidad mas rigurosa debe reinar en las discusiones patológicas, y si para pintar la fisonomía de un afecto cualquiera tenemos que referir un gran cuadro sintomatológico, sepamos á lo menos distinguir los rasgos que marcan su esencia de los que se constituyen sus accidentes.

Si se me preguntase por que titúlo *razonada* mi obra, contestaré francamente, que lo hago porque la creo fundada en una serie de raciocinios libres é independientes de todo pensamiento que los sujete, y en la única verdadera guia que nos conduce siempre en la investigacion de las verdades prácticas. Es hoy dia para todos una verdad demostrada que solo el entendimiento nos puede llevar al progreso científico y á la esfera de las mas sublimes verdades. Por mas que se proclame, aun hoy, la ciencia de los hechos, caminará siempre delante la ciencia de la razon. Hay errores en filosofia, como hay faltas

en la vida, decia Cousin, cuyo castigo está en sus inevitables consecuencias: pero hay tambien errores en la esperiencia que los hechos no pueden disipar y que solo la filosofia puede vencer. En efecto; el esclusivismo práctico conduce la medicina á un triste porvenir y á la paralizacion de su progreso: hechos particulares y nada mas que empirismo. Estoy convencido de que nuestra ciencia solo camina á su progreso presidida de una sana filosofia; y lo estoy igualmente de que los hechos mas importantes son de una inutilidad completa si no fueron observados con ese desinteres filosófico que dicta la razon y la conciencia. Pienso en esto como Leibnitz: es preciso analizar un compuesto para fundir é identificar sus elementos: he aquí nuestra lógica.

Para colocar la Piretologia bajo el punto de vista que se merece, no bastan los hechos, son precisos los trabajos del entendimiento; por esto un recto juicio era para Zimmerman un elemento necesario. El mismo Bouillaud nos dice que el progreso está en razon compuesta del talento y del trabajo. La gran dificultad está en adquiririr esa independencia suprema que solo puede dirijir la recta razon. Por esta falta se estraviaron hombres tan eminentes, cuyo prisma intelectual daba un idéntico colorido á todas sus impresiones: este defecto anula la esperiencia y la razon. Jamas Broussais hubiera sido tan esclusivo si el

lente, con que lo miraba todo, no tiñiera con un mismo tinte todos sus pensamientos y todas sus sensaciones. Quiso que los sentidos dominasen al alma y no hubo mas que impresiones é ideas de pura materialidad; y cuando pensó en generalizar y constituir doctrina, solo generalizó un hecho al que aprisionó su razon y su pensamiento. Yo proclamo la filosofía como el primer elemento de la ciencia práctica y no insistiremos nunca demasiado en esa educacion elemental que es capaz de habituar nuestro pensamiento y dirigirlo por el recto camino de lógicos raciocinios. Por esta razon sin duda ha sido tan mal recibido por los grandes médicos de la nacion vecina, la supresion del bachillerato en letras como preliminar de los estudios médicos y reconocieron como un triunfo de la ciencia el decreto imperial de su restablecimiento. Mr. Rouland, Ministro de instruccion pública de Francia decía, en su esposicion al Emperador apoyando la necesidad del bachillerato en letras suprimido por Real decreto de 1852. «El arte de curar, tan precioso á la humanidad, exige, para ser cultivado y aplicado con éxito, tantos esfuerzos de inteligencia y de juicio como conocimientos teóricos y prácticos.... La observacion misma sería estéril si todos los recursos de un espíritu justo, activo, penetrante no concurriesen á un mismo tiempo á asegurarla y á estenderla.» En estas y otras razones apoyaron las

Escuelas de Paris y Mompeller, y las Academias médicas la necesidad de restablecer el bachillerato en letras. Quieren que se espiritualice la ciencia médica que se halla colocada á la altura de las otras profesiones sociales. Tienen razon. Begin considera muy lógica la distincion de teoría y de práctica y asegura que la primera debe ser siempre la guia del que se procura una instruccion sólida. Yo por mi parte casi nunca rechazo los hechos: las teorías que en ellos se fundan son las que deben admitirse con reserva, porque la generalizacion de aquellos constituye muy luego los errores de las doctrinas. Buscamos la verdad práctica: no se crea que nos contentamos con abstracciones: queremos aplicaciones clínicas y estudios de aplicacion que son la piedra de toque de las grandes concepciones teóricas. Bajo este aspecto pensamos como un célebre filósofo moralista: «una verdad puramente abstracta es un sonido que vibra un instante, un rayo de luz que brilla y se apaga. Sin el socorro de los hechos ella no puede dejarnos un recuerdo durable: con ellos ella nos afecta como una cosa nueva y satisface nuestro amor propio como una conquista de nuestra inteligencia: asi es que existe un gran número de verdades de puro sentimiento que el razonamiento solo no pudiera demostrar.» Si se quisiese una prueba de esta verdad la tendríamos en esas estadísticas en que se consignan los hechos

prácticos y en las que se apoyan las mas estravagantes hipotesis desde Paracelso hasta Hanneman. No hay escuela que no tenga su estadística y no hay utopia que no se apoye en hechos numerosos que convergen todos hácia una misma idea: y como es imposible que hechos evidentes, idénticos demuestren principios contradictorios, de aquí la gran dificultad de apoyar una doctrina unicamente en la práctica si la razon intelectual no ha sido el valuarte de los hechos clínicos. Los filósofos del siglo anterior que quisieron ser los discípulos predilectos del gran Baron de Verulamio, llamaron à los hombres al esclusivo campo de la pràctica é hicieron un gran mal al proclamar la esperiencia como el unico fundamento de la ciencia universal. Tuvieron razon mientras que no asentaron los eternos principios y la importancia de la razon intelectual como guia única en medio de los estudios prácticos de observacion, pero cuando llevaron su pensamiento al campo pràctico como única escuela del hombre cometieron un error. Mr. Luis con su justa celebridad intentó tambien en nuestros dias sustituir á todas las bases doctrinales, como principio dominante, el procedimiento estadístico y como único médio de hallar los principios de la ciencia práctica, é ya hemos dicho que no hubo escuela alguna, por ridícula que fuese, que no intentase apoyarse en ese mismo hecho histórico, en esa misma

razon estadística, lo que prueba su ineficacia para deducir de la esperiencia las luminosas ideas que el médico solo halla en esa fraternal union de la filosofia y de la esperiencia. Hace muy poco tiempo que en una Académia célebre se presentó la estadística comparativa como resultado de diversos planes curativos á que se sujetara igual número de pneumoniacos. ¡Que inexactos y que injustos sus resultados! Las clínicas comparativas fueron un campo de oposicion encarnizada entre hombres muy respetables nuestros contemporàneos, y dieron motivo á lamentables polémicas.

En medio del laberinto piretológico debe erigirse una pirámide al rededor de cuya base se agrupen todos los pensamientos para reconocerse, para saludarse: la sencillez surgirà de su fraternal union. Ya algunos tuvieron la misma idea: Hoffmam, Pinel, Brussais, Rostan quisieron concurrir los primeros á esta grande obra, pero el terreno en el que asentaban sus materiales era de débil consistencia y se sumergieron. Quiera el cielo que mi pensamiento se afirme con mas solidez para que sobre él otros adelanten mas que yo.

PRIMERA PARTE.

RESUMEN HISTORICO

DE LAS DOCTRINAS MÉDICAS

especialmente bajo el aspecto Piretológico.

PARRAFO I.



mposible nos fuera comprender bien las doctrinas piretologicas sin bosquejar á grandes rasgos la historia de las Escuelas que mas han influido en la marcha progresiva de la ciencia. La verdadera historia razonada de una ciencia no es otra cosa que el estudio sucesivo de sus verdades y de sus errores: es la cadena misteriosa que une su principio con su época actual. Y digo misteriosa porque á pocos es dado el seguirla apesar de que mil veces se halle con sus rotos eslabones que se desprecian porque se desconocen. Desde el primer origen

de la Medicina, como ciencia, se han sucedido los principios mas contradictorios, los sistemas mas opuestos y las doctrinas mas singulares, pero la ciencia marchaba en medio de este tenebroso caos: recójanse esos eslabones y se reconocerá esa cadena continuada, si bien en el razonamiento dividida. Pero no estoy de acuerdo enteramente en que «las varias sectas concuerden en el modo de curar separándose en la teoría.» Cada nuevo principio, ó nuevo sistema parecía alejar la ciencia de su primitivo origen aparentando una nueva perspectiva, importantes transformaciones y amenazando siempre profundas y esenciales reformas. Todos los dias se confundía el error, y las nuevas verdades aclaraban el orizonte científico. Todos los dias aparecía una nueva era mas feliz en resultados que la anterior. Hasta Galeno, segun sus prosélitos, un ciego empirismo dominara la medicina: sus razonamientos, su erudicion y talentos formaron una doctrina, y este dia lució el sol para la ciencia: Galeno fué á la medicina, se decía, lo que Aristóteles á la filosofia (1). Pero Paracelso hundió ese gran edificio erigido por Galeno. «Hoy se halló la verdad» decía este charlatan, y consiguiente en su doctrina quemó todas las obras de sus antepasados (2): entonces mataban químicamente (3), pero la medicina emanaba del firmamento y de los metales. Las grandes verdades de este alquimista se vieron luego como errores y Helmoncio dominó el campo: su doctrina, si bien envuelta y acaso deducida de la de Parascelso, se distinguió por su archeo y por haber razonado bajo

(1) Renal. Chartesius. Galeni opera pág. 79.
(2) Boerch. Hist. Artis. pág. 11.
(3) Herman. Boerh. Ins. de Med. coment. de la Mestrie pág 50.

una erudicion selecta de las obras de sus predecesores. El gran descubrimiento de su archeo le animó en su carrera científica y quiso dominar las escuelas por esta originalidad de imaginacion y por este delirio de sus ensueños como el mismo confesaba (1). El elocuente Boherave se lamentaba de que por tanto tiempo se hubiese desconocido que la química y la mecánica eran el fundamento de la fisiologia humana: la salud consiste en la igualdad del movimiento y de la resistencia entre los fluidos y los sólidos, (2) y los medicamentos son los instrumentos mecánicos del médico. La química de Paracelso y de Vanhelmont es reemplazada por otra, que aun se le parece, pero que demuestra ya los adelantos de esta parte de la ciencia y hace desaparecer los errores de aquel y las utopias de Helmoncio. El Maestro de Haller y de Wansvieten consigue consolidar su doctrina y dominar las escuelas de Europa y ser llamado el oráculo de la Medicina. (3). Empero la gloria del profesor de Leiden, fué eclipsada por el célebre Hoffman, gefe del solidismo moderno y que no veía ni la quimica, ni la mecánica, ni los humores sino bajo la influencia del solido vivo (4). Esta doctrina que modificaba la práctica de la medicina, produjo una verdadera revolucion médica, y dejó sin disputa atras á todos sus antecesores. Ya no hay humores que se alteren, ni jérmenes que se multipliquen, ni acrimonías que desordenen, ni esos archeos que lo dirijan todo: los sólidos y su fuerza vital son los resortes en la salud

---

(1) Helmont. Gap. de Vera scieneia.
(2) De estract. corp. Sani. pág. 18.
(3) Wansviet. Herm. Boerh. vita pág. 16.
(4) Opera omnia t.° 1.° lib. 2.° pág. 100.

y el gran poder en las enfermedades. Pero en medio de todo este Médico propone como base la esperiencia racional, y la observacion (1). Al lado del grande Hoffman, que solo vé los órganos y los sólidos que los componen, contrasta admirablemente el célebre Sthal, gefe de los animistas; el uno lo materializa, el otro lo espiritualiza todo: bajo la doctrina de Sthal parecen hundirse todos los sistemas; porque el suyo, mas atrevido, los despreciaba á todos, sin duda, porque manejaba un principio superior del que emanaba toda su doctrina. Todo no obstante perece bajo la influencia del tiempo, y bajo el poder de ese oculto talisman que toca en medicina á los sistemas y los hunde bajo su inmenso y mágico poder: ese principio misterioso es *la observacion filosófica:* bajo ella cayeron todos y cayó tambien Sthal con su alma y su autocracia. Era preciso un nuevo astro que iluminase la ciencia y borrase los restos de Boherave, de Hoffman y de Sthal. Este nuevo astro fué Brown, cuya escuela detesta de las de sus antepasados y olvidándolo todo aparece arrogante é independiente, seductora, y afortunada. Todo error en los *empíricos,* todo error en los *dogmáticos;* la práctica ni puede confiárse á los unos ni á los otros, y todas las teorías se hallan á igual distancia del centro (2). Solo la Browniana es admisible y se halla colocada en el centro del gran circulo. La suerte de este sistema fué grande, pero momentanea. La doctrina de la *incitabilidad*, y de los *escitantes* sufrió su condigno castigo bajo la omnipotencia de la *irritacion.* La esperiencia de Brown es ya una esperiencia falaz (3)

---

(1) Proleg. 23.
(2) Elem. de Medic. práct. pág. 92.
(3) Exam. de las Doctr. pág. 61.

y su sistema médico es un sistema falso y seductor (1). Bajo la influencia del matador de todos los sistemas desde Hipócrates hasta el dia, el brownismo se humilla pero no se dá por vencido: los sistemas, y aun las doctrinas especiales, y las obras de algunos genios, casi todas son nada, valen poco porque Broussais aparece en el mundo con un genio á la verdad superior, con una laboriosidad sin ejemplo, pero con un éxito efímero para lo que él se prometía (2). Para Broussais todo ha sido hasta el tinieblas y confusion (3): pero lo cierto es que entre los sistemas y las teorías sobresalía siempre Hippócrates como el valuarte de refugio, y los mismos protagonistas casi todos le invocaban. El Brownismo cediera su lugar al Brousseismo, y la doctrina de la irritacion no respeta á nadie desde Hipócrates hasta Brown. Broussais dominó completamente la Francia y tuvo un gran partido en Europa, pero sus mismos discípulos introdugeron tales reformas que no es ya aquella doctrina. Andral, Rostan, y Bouillaud, aspiran á una nueva escuela, pero no pueden llegar á consolidarla.

II. Es ya dificil en el estado de la ciencia presentar nuevos principios porque los médicos siempre laboriosos, y con sus grandes deseos de hacer curables ciertos males, no perdonaron sacrificio, y quisieron formar una gran doctrina con las verdades de todos; pero esto tiene el gran riesgo de que es preciso un profundo criterio sopena de caer en un laberinto: tal me parece hoy el ridiculo eclecticismo piretológico. En medio de este estado, alzó la cabeza Hahnemán, y

(1) Brusais ob. cit. pág. 154,
(2) Prut fundt. de la med. fisiolog. pret. 17.
(3) Doctr. de Hip. pág. 130.

sus principios no tienen verdadero parecido con otro sistema alguno. La medicina en grande parece reducirse á la medicina en pequeño; las verdades palpables ceden su lugar á las verdades misteriosas: la medicina micográfica, la medicina de la química orgánica y de los elementos pugna con otra medicina mas corpuscular, y al mismo tiempo que se quieren agrandar los órganos, los tegidos y las moleculas para ver sus modificaciones, la homeopatía hace todos los esfuerzos prácticos posibles con sus moléculas infinitesimales y se hace superior á todas las combinaciones de los micógrafos y de los fisicos. A la medicina del microscopio, se opone la medicina de los imperceptibles; en fin, segun su protagonista, hasta su dia, los médicos alópatas han tratado á sus enfermos de una manera imperfecta, que activa todos los síntomas en vez de disminuirlos. *Simillia similibus curantur:* he aqui el gran pensamiento de Hahnemán; curad las enfermedades produciendo por los remedios síntomas semejantes á los que ellas producen. Todos los médicos hasta Hahnemán han seguido un errado camino: solo la homeopatía es cierta (1). No es esta la crítica de la homeopatía; no: su protagonista era un hombre de talento, de erudicion y de audacia.

III. Triste cuadro por cierto es el que tan brevemente he trazado, pero cuadro fiel y veráz, porque afortunadamente hay en la fisonomía de todas las doctrinas rasgos notables que basta conocer para seguirlas en todas sus partes. Debemos fijarnos muy especialmente en estas diversas épocas por la influencia que tuvieron sobre la piretologia. Efectivamente se notan en todas ciertos puntos cardinales

---

(1) Organon del art. de curar. Hahneman.

que, por decirlo asi, dan el colorido al cuadro en su totalidad, marcan sus rasgos principales, que conocidos, presentan un todo bien bosquejado del que se deducen todos los principios. Hay mas; no parece sino que los sistemas todos parten de puntos conocidos, y estos puntos céntricos y primordiales son las inflamaciones y las fiebres. Nótese que desde Galeno hasta Broussais, estas dos enfermedades fueron el campo de batalla de todos los sistemas, cuyos principios comenzaban siempre por deducirse del conocimiento de estas dos enfermedades; á ellas los aplicaban; ellas fueron el punto de partida y en ellas concluye la grande novedad de los nuevos sistemas: y de tal manera que recorrida la historia de las fiebres y de las inflamaciones, se recorre la de los principios en que se fundaban las grandes reformas. Humoristas, solidistas, alquimistas, químicos, mecánicos, vitalistas, incitamentistas, contra-estimulistas, fisiologistas, homeópatas, y orgánico-vitalistas, todos, todos tomaron por el punto culminante, como la gran prueba de la verdad que anunciaban, y como el triunfo de sus principios, la piretologia: los errores y las verdades de todos los sistemas aparecen á primera vista, ante la experiencia filosófica, en las flegmasias, y en las fiebres. Triste es entrar en este exámen, pero es preciso porque en ello está interesada la humanidad, la ciencia y el estudio concienzudo que nos proponemos hacer.

IV. *Doctrina de Hippocrates.* Es tan dificil guardar la serenidad filosófica que debe dirigir la crítica de los sistemas, especialmente cuando se han sucedido en ellos las verdades y los errores con tal ostentacion de triunfo, que me temo llenar muy mal el objeto de este estracto de mis principios. Efectivamente se han sucedido los errores á las

verdades con tan variadas decoraciones que vamos á vernos recorriendo siempre un círculo luminoso muy pequeño colocado en medio de otro gran círculo sombrío. Hipócrates con sus principios debe romper la marcha y desde ahora, por mas que se nos juzgue apasionados, proclamamos sus principios, pero adjuramos sus errores. *Medicina omnium artium præclarissima est, verum propter ignorantiam eorum qui eam exercent, et ob vulgi ruditatem, quod tales pro medicis judicat et habet, jam eo res devenit, ut omnium artium longe vilissima censeatur* (1). Esto decía el filósofo de la Medicina porque la ciencia de este grande hombre era la medicina de un filósofo que tanto se distingue de la medicina de un ignorante. La mision del médico es una mision del Cielo cuando se ejerce con esa copia de razon que quería Hipócrates y que le ha merecido tanta consideracion y respeto en la sociedad (2). El médico que reconoce la dignidad de su ciencia (3), el que lleva su filosofia hasta aconsejar cual debe ser el porte público y privado del médico en la sociedad (4) ¿pudiera ser un médico vulgar? ¿podría aplicársele otro mejor título que el de Príncipe de la ciencia con que se le ha honrado (5), de esta noble parte de la gran ciencia del hombre, que segun algunos halló Apolo, amplió Esculapio y perfeccionó Hipócrates? (6)

---

(1) Hip. Lex. Foes. Sect. 1.ª

(2) Epistolæ variæ Regum, Senat. et Filosofor. Hipocrat. Coi. opera omnia Vander Linden. tom. 2.°

(3) Hip. Lex. parr. 1.° y 2.°

(4) Hip. De medico. De decenti ornatu. De arte.

(5) Fué llamado divino, por Craso, Principe de la medicina por Basarius, inventor y padre de los dogmas por Cornario, respetado y venerado por Alejandro y Artagerges.

(6) Soramus. Ephedius, præf. in Isag, artis med.

La opinion pública puede errar; la opinion basada sobre trabajos literarios y apoyada en hombres tan eminentes como sostuvieron la de Hipócrates no puede ser equívoca (1). Pero vamos á nuestro objeto y preguntémonos ¿cual era la doctrina de Hipócrates? Para contestar á esta pregunta quisiera poder copiar exactamente esas bases de su reputacion y de sus estudios, pero no debo olvidar que no hago un trabajo razonado, sino un extracto muy sucinto. Hipócrates

---

(1) Séame permitido en este momento entregar la apología de Hipócrates á la respetable pluma del filósofo y del erudito L. Aimé—Martin, hoy sobre todo que varones ilustres en el centro de una respetable Academia, y en la prensa debaten la verdad de la doctrina de Hipócrates puesta en litigio pero sostenida con celo y profundo conocimiento en el mismo lugar respetable en el que se le dirigieron injustas reconvenciones y apreciaciones infundadas, por no decir mas, sin que esperemos de tan acalorada discusion mas que la proclamacion de una verdad que unirá los contendientes: «Hipócrates fué un genio, un gran filósofo, un gran médico á quien la humanidad debe mucho, pero no supo todo lo que sabemos hoy, porque la ciencia progresó: *non steriles transmissimus annos*.»

«Hipócrates hizo la medicina una ciencia de observacion; los modernos han hecho una teoría sistemática. Hipócrates, he aqui el nombre eterno! La superioridad de su razon tanto como la superioridad de su ciencia, le han elevado á ocupar un primer lugar que conserva despues de dos mil años. Hay un pequeño número de hombres cuyo nombre, como el de Homero y de Sócrates, son el tipo de lo bello verdadero y sirven de comparacion en todos los elogios sin jamás hallar su igual. El carácter de su genio es la penetracion y el juicio. Como observador vé de muy lejos y con viveza: profundiza los objetos que recorre, y cada una de sus miradas es un descubrimiento. Como filósofo está lleno de consideraciones generales que no son las de los sistemas. Como escritor su estilo es grave, simple, enérgico, y se grava en la memoria: este es el estilo propio de la ciencia. Se ha dicho que sus obras ofrecen ellas solas mas fenómenos, sistemas y observaciones que todas las que se hallan en las obras reunidas de todos los médicos desde la invencion de la medicina hasta nuestros dias, y este elogio que parece prodigioso no es sino justo::: En ellas la filosofia, y la política se instruyen como la medicina. Bernardino de Saint-Pierre ha hallado

apoyó su saber en el conocimiento del hombre en sociedad (1), en el estudio de la ciencia de la naturaleza, en las ciencias exactas que reconoció útiles para educar al entendimiento en la exactitud y para aplicar á la medicina (2); en el estudio del hombre de las diferentes naciones hecho en razonados viages (3), en la astronomía (4) y en fin, en la práctica y observacion razonada (5). ¿Y existen otras bases y otros preliminares mas importantes? no sin duda. Su talento observador le condujo al descubrimiento de ese poder omnipotente de los modificadores orgánicos que despues de 23 siglos juegan un papel tan inequívoco y singular en todas las esplicaciones de la vida del hombre en salud y en enfermedad. Pudo errar, pero adivinó los puntos cardinales de la gran ciencia. Vió al organismo como á un todo único, como la unidad, como un círculo perfecto en el que nada puede existir independiente, nada aislado del gran todo sin que el todo se rompa (6). La salud y la enfermedad es la gran armonía de este todo orgánico en el que circulan los agentes de la vida que la promueven y la escitan. Estos poderosos agentes son el sostén

---

en ellas sus armonías, como Buffon estensas y nuevas consideraciones, como Montesquieu la idea fundamental de su espíritu de las leyes, y el sistema de Herder sobre la filosofia de la historia salió toda de las obras de Hipócrates» é yo añadiré como Cabanis, como Foissac, como Virey las mas notables ideas de sus obras bien conocidas. Así habla el célebre autor del Panteon literario; asi hablan todos los que han meditado las obras de este gran Médico.

(1) De aere, aquis et locis. par. 31.
(2) Hip. Ad Tessalum Fillium.
(3) Hip. Lex. parr. 3.°
(4) Hip. De sinificat. vitæ et mort. p. de aere. aq. et loc.
(5) Hip. Præceptiones et al loc.
(6) De locis in homin.

de la vida (1), el aire, los espíritus del cuerpo y el alimento. He aquí el fundamento de su fisiológia, el problema de la vida, segun hoy lo resuelven los mas modernos fisiologos. El oxìgeno atmosférico, el fluido eléctrico y el alimento de nutricion están representados en sus palabras y constituyen su trípode vital. Pudiéramos comentar á nuestro modo la doctrina de este antíguo fisiólogo para aplicarla á la de nuestros dias, pero sería esceder los límites en que nos hemos circunscrito, porque no solo estudiaba al hombre sinó que aplicaba á su estudio la anatomía y fisiologia comparadas: decía con mucha propiedad, *las plantas toman su alimento de la tierra asi como los animales de su estómago* (2). Admirable es igualmente el fondo de instruccion que para aquellos tiempos manifiesta en la parte anatómica (3), y en verdad sea dicho, que si se quisiese demostrar que Hipócrates conoció la circulacion de la sangre, muchas pruebas en sus obras pudiéramos hallar (4) sin que fuese bastante apoyo de sus adversarios el libro de *Venis*, cuya distribucion hace, como todos los anatómicos, del centro á la circunferencia, tomando, para mayor claridad, el centro de confluencia por el origen. Otra cosa tambien hace que aparezca en contradicion con los actuales conocimientos y es, el que considera la vena cava como un origen venoso (5), pero se funda en la exacta observacion, de que la vena umbilical es el origen de la circulacion y de la sangre por

(1) De Flatib. parr. 3.°
(2) Humor. parr. 5.° De Morbis parr. 3.°
(3) De estruct. Homin. De corde. De ossium natur. De venis.
(4) De estruct. Homi. De arter. De internis affec. De corde. De venis. etc.
(5) De alim.

donde recibe el hombre su primer alimento (1). Confiesa que al reconocer el gran círculo sanguíneo, desconoce tambien donde comienza y donde concluye: *Circulo enim facto principium non invenitur*.

V. La doctrina de Hipócrates es tan rica y tan sublime como puede observarse leyendo con detenida reflexion su libro *De Arte, de Médico, de Decenti ornatu, de acre, aquis et locis*, etc. Pero se me preguntará ¿tenía Hipócrates una doctrina? ¿tenía un pensamiento que fuese la base de su medicina? Tenía grandes principios que acaso fueron el origen de posteriores utópias mas ó menos exageradas. *La observacion razonada era la base de su práctica:* la base de esta observacion eran el *raciocinio, la imaginacion y los sentidos* (2). El gran principio de su accion era igualmente tan justo como universal, pues que de él se deduce la medicina de accion y la de espectacion: *tempus est in quo occassio est. Occassio veró in quo tempus non multum...* (3) Para decidir el problema de la oportunidad, que tanto ruido hizo despues en manos de Brown y de Rasori, nos dice, que no basta el raciocinio pues se necesita observar y razonar, *exercitationi cum ratione*. No desconocía los peligros de esa medicacion intempestiva y desordenada, como no ignoraba los peligros de una fria contemplacion; y por eso nos advierte, que la timidez significa impotencia y la audacia ignorancia.

VI. Sus bases teóricas admiran por su inmensa trascendencia y nos bastará citarlas para que se deduzca su

---

(1) Loco citato parr. 7.° De venis parr. 17.
(2) Hip. Prœceptiones.
(3) Loc. cit.

valor. »Todas las enfermedades, dice, son una misma cosa: el lugar en que se fijan constituye su diferencia; y si las enfermedades parecen no asemejarse, es por la diversidad del sitio en que se fijan, aun cuando la especie y causa del mal sean las mismas (1).» He aqui la gran utilidad de las nosologías: he aqui una doctrina notable aun llevada hasta el estremo. Los órganos y las partes del cuerpo humano solo alterando su testura, su organizacion, su verdadero tegido pueden enfermar: la lesion orgánica mas ó menos profunda es la única enfermedad que el organismo puede sufrir: su diferencia consiste en los tegidos que afecta y en la causa que los altera: ¿puede sostenerse esta doctrina médica? yo á lo menos la admito. Por lo demas es demasiado cierto que el gran principio del siglo 19 y parte del siglo 18 sobre la importancia de las clasificaciones tiene su grande apoyo en las doctrinas de Hipócrates; esto es, reunir las enfermedades de una misma naturaleza en cualquier parte que se hallen y por muy distintos caractéres con que se presenten. Pero lo que es notable es la coincidencia de un pensamiento de Hipócrates con el mayor número de las hipótesis ó doctrinas posteriores. *Medicina nihil aliud est nisi adpositio et ablatio. Ablatio quidem eorum quæ excedunt, adpositio veró eorum quæ deficiunt: qui autem istud optime facere potest, is optimus medicus censebitur* (2). Muchos años despues decía Themisón que las enfermedades dependían del esceso ó defecto de rigidez de la fibra viviente, que se curaba dándole laxitud á

(1) *De* Flatib. Edc. grec-latin. de Vander Linden tom. 2.° pag. 401.
(2) *De* Flatib. parr. 3.°

lo contraido y accion á lo que se había aflojado. Helmoncio hablando de la simplicidad de los métodos curativos, y fijándose en que en los males no existe la diversidad de naturaleza que se cree, decía que el médico debia tener gran prudencia y circunspeccion porque pocos remedios bastaban para curar esa caterva de males que aparecían como diferentes. Hofman en el siglo 17 usaba casi las mismas palabras que Hipócrates apesar de ser uno de los mas esforzados campeones del solidismo: *quœmadmodum vero perpaucœ et simplices sunt morborum origenes et causœ quœ naturalem corporis statum inmutant; ita etiam perpauca sunt remediorum genera causis hisce removendis accomodata. Jam quum duo tantum sint motus morbosi, intensi nimirum ac depressi; planissimé inde conficitur, duo tantum statuenda esse remediorum genera, quorum alia spasticis illi motibus sedandis, alia tono partium flaccidarum restituendo, dicata sunt* (2). No decía tampoco otra cosa Brown en su sistema médico: *la curacion en las astenias consiste en disminuir el escesivo incitamento sobre todo el sistema y en las estenias en aumentarlo* (1). Es pues bien cierto, que el principio de Hipócrates *adpositio et ablatio* no solo no puede jamás aparecer ridiculo sino que unido á las otras verdades de su teoría fueran aun hoy muy capaces de establecer una nueva doctrina presentada con ese brillante aparato de lenguage que dá novedad é importancia. Y pudiéramos tambien probar que no fué unicamente humorista, sino que veia los males en los órganos como se ven hoy. Son notables las siguientes palabras bajo este aspecto. *Morborum*

(1) Hofman. opera omnia. Prefat. pag. 8.
(2) Elem. de Med. parte 2.ª cap. 8.°

differentiæ, in alimento, in spiritu, in calore, in sanguine, in bile, in pituita, in carne, in nervo, in vena, in arteria, in musculo, osse,.... renibus, vexica.... utero, cute. Hæc omnia et singulatim et particulatim (1).

VII. Dejemos á Hipócrates con sus principios y sus doctrinas porque la filosofia de su tiempo le hacía algunas veces tambien ver con esceso el poder de los elementos y la fuerza de los astros jugando un papel poderoso en los males: pero ¿por qué no hemos de admirar que tambien hoy dia la medicina de los hombres eminentes dé tanta importancia á esa atmósfera en la que tanto veía nuestro Hipócrates? El estado del aire, sus elementos imponderables, su electricidad y el magnetismo terrestre juegan un papel importantísimo en las epidemias, en los temperamentos y en la fuerza odilica del sistema nervioso segun los médicos, los fisiólogos, y aun tambien los modernos mesmerianos. Hipócrates reconoció su influencia en los males y en la salud; en el organismo y en la inteligencia (2). Era mas humorista que solidista; y la preponderancia que daba sobre todos los humores á la pituita y á la bilis le obligaba á considerar que sus cualidades eran la causa de todos los males (3). No por esto dejaba de admitir tambien la influencia de la sangre y de la atrabilis que veía existentes en diferentes vísceras del cuerpo humano: la sangre pertenecía al corazon, la bilis al hígado; la bilis negra al bazo y la pituita al cerebro; humores todos á los que daba cualidades diversas, como que representaban sus cuatro elementos inor-

---

(1) De alim.
(2) Aphorism. de aere, aq. et loc. etc.
(3) Lib. 1.° de Morbis.

gánicos (1), y por consiguiente hacía desempeñar un papel maravilloso á lo frio y á lo húmedo, á lo seco y á lo cálido. Su materia morbífica circulaba en estado de crudeza; la observaba en su coccion y la reconocía en su espulsion efectuada en ciertos y determinados dias. Fué, pues, Hippócrates buen sucesor de Pitágoras y admitió los dias criticos sin reserva, los intercalares, los indicatorios y aplicando su doctrina á su práctica, ó mejor dicho, deduciendo aquella de esta aparece con cierta fisonomía de verdad, que los médicos prácticos aun hoy no desconocen (2), si bien no se dejan conducir uncidos al carro de la autoridad sin criterio ni razon. La naturaleza era para Hipócrates un poderoso talisman que curaba todos los males, ó á la que á lo menos el médico debía mirar siempre con ojo observador. La ilustracion médica del dia hará justicia á estos errores en cuanto lo sean, ó en la parte en que merezcan este nombre. Bastan estas sencillas reflexiones para poder entrar con algun conocimiento en el estudio de la piretologia á la que debia sin duda Hippócrates aplicar los principios de su sistema médico y de su base práctica (3).

---

(1) *De struc. hom.*

(2) De diebus judicat.

(3) No se me crea exagerado en cuanto digo en elogio de Hipòcrates. Andral en su hematologia se espresa de esta manera. «Uno de los dogmas profesados por la escuela de Cós era que para esplicar los fenómenos de la salud y de la enfermedad era necesario tomar igualmente en consideracion los sólidos que entran en la composicion del cuerpo humano, los liquidos de que se halla abundantemente provisto y las fuerzas que le rigen.... Asi es como se marcan, desde estos tiempos antiguos, los tres grandes puntos de vista que sucesivamente abandonados y admitidos, han dado origen á los tres sistemas del solidismo, del humorismo y del vitalismo.»

VIII. El príncipe de la medicina no presentó estensos raciocinios sobre las inflamaciones, pero las conocía en su causa y en sus efectos. Consiguiente con sus principios humoristas y con sus cualidades fisicas nos demuestra cuales eran sus creencias. Su estilo figurado solo leyendo y meditando sus obras se comprende: á veces parece contradecirse; pero nótese que siempre es fiel á su base doctrinal. Cuando en su libro *de morbis* dice, que todos los males de los hombres son producidos por la bilis ó la pituita, no se contradice al asegurar en el *de dieta* la omnimoda influencia del fuego y del agua como elementos constitutivos de la fuerza y de las facultades de los seres vivos, porque Hipócrates veía estas mismas cualidades en la sangre y en la bilis y en la pituita y en la atrabilis: asi es como juegan en su doctrina los humores á un tiempo con las cualidades elementales. Bajo estas ideas no podía ver la pituita como elemento de las inflamaciones y si la bilis y la sangre; debian, pues, ser para él las inflamaciones enfermedades de gran calor y pertenecer á su clase de *ecceso* y en las que debía por consiguiente ser la base curativa *caloris, sive humoris ablatio*. En efecto, uno de sus grandes preceptos es que, en todas las enfermedades inflamatorias *plenitudo prævalet cachochimyæ* (1), porque veía como cierto que su causa ó era la escesiva cantidad de humores ó su mala cualidad; por esto sangraba, ó purgaba en ellas. Hoy tambien conocemos inflamaciones por pletoras, por superabundancia de fibrina, de hematosina ó de oxigenacion que serían las super-oxigenesias de Baumes que reconocen por causa cualidades de la sangre productoras de un gran ca-

---

(1) Prosper Mart. p. 268.

lor: tambien se reconocieron muy posteriormente las pleuresias biliosas, y aun hoy vemos con desconfianza en las pulmonías los esputos amarillos que nos indican afecciones humorales. Pero no discutimos la doctrina de Hipócrates, solo la presentamos como presentarémos tambien las mas significativas para luego manifestar la nuestra.

IX. De las obras todas de Hippócrates se deduce que las enfermedades inflamatorias tenían por causas humorales la sangre y la bilis y muchas veces los sólidos: en la primera observaba la plétora con gran calor; en la segunda admitía la cacoquimia ó su mala cualidad pero incendiaria. No dejó de conocer la congestion sanguínea activa y pasiva con su stasis, y su congestion, pues nos lo dice en palabras bien terminantes. *Post quam autem carnes veluti spongia fuerint repletæ non amplius remitunt, sed continent in seipsis, donec in loco aliquid ab ipsis evacuatum fuerit sanguis, præ copia viam intercipit... Assero autem partem humoris in homine, ubi licuatus fuerit conglobati ac spissati donec morbum pepererit, partim vero dilatari ac secerni* (1). Efectivamente, reconocia la sangre como una causa inflamatoria, pues espresamente lo dice, advirtiéndonos que las partes mas abundantes de sangre estan mas espuestas á inflamaciones (2). Caracteriza y distingue con muy esquisito criterio las pleuresias sanguíneas y biliosas (3) y por consiguiente no podía menos de haber visto bien las inflamaciones en sus fenómenos localizándolas con mucha claridad. En sus obras juegan como familiares las palabras *pleuritis, sive*

(1) De morbis.
(2) De flatib. p. 11.
(3) De morbis p. 29.

lateris inflamatio, peripneumonia, id est, pulmonis inflamatio, erysipelas, ignis sacer apellatus, phrenitis, id est, membranarum cerebri inflamatio, angina, hepatitis, splenitis, nephritis, disenteria (1) y otras que parecen hijas de la moderna medicina. Hipócrates distingue la causa verdadera de la inflamacion de sus fenómenos consecutivos y, bajo este aspecto, de su doctrina pudiera inferirse la verdadera definicion del carácter inflamatorio. Da una importancia y erige en una causa general morbosa lo que él llama *fluxiones* que segun se deduce de diversos lugares de sus obras no son mas que causas escitantes que el frio puede producir ó el escesivo calor (2). Estas causas originan inflamaciones, y estas el aflujo de sangre al lugar afecto (3)· *cuando los ojos son acometidos de fluxion se inflaman y se presenta la tumefaccion inflamatoria* (4). Estas afecciones inflamatorias producen, segun Hippócrates, fiebres mas ó menos intensas á las que el médico solo debe atender para moderarlas, pero sobre todo debe dirigir sus cuidados contra la causa que las sostiene, á lo menos hasta el 7.° dia: mas dice aun; no debe poner todo su conato en hacer desaparecer estas fiebres porque son reacciones que ayudan á resolver el mal que las produce; pero rebajado aquel, es necesario no abandonar estas: *febris sedanda non est per septem dies*. No obstante la base de su plan curativo es la sangría como áncora de salvacion: *in inflamationibus venæ sectio principalis est* (5). Con un tino superior nos dice que, curemos de diversa manera las

---

(1) De morbis p, 3.
(2) De locis in homine.
(3) Loco cit. p. 15.
(4) Loc. cit. p. 21.
(5) De victu acutorum. p. 36.

pleuresias biliosas que las pleuresias sanguíneas y que sangremos en todos los períodos como él lo hizo en Anaxion al 8.° dia. Aconseja los humectantes y los laxantes en los temperamentos biliosos y los refrigerantes en los sanguíneos: en fin, de su doctrina debemos inferir, 1.° que consideraba la verdadera inflamacion como una alteracion del organismo producida por los agentes escitantes que comunmente dan orígen á las *fluxiones;* 2.° que observaba que el frio era la causa mas comun de las inflamaciones de pecho; 3.° que estas inflamaciones daban orígen á las congestiones sanguíneas; 4.° que la base de la curacion era obrar sobre la parte enferma segun el agente que la había alterado y evacuar sangre. He aquí las verdades de la doctrina hipocrática. Empero no veremos como este hombre célebre jugar ese gran papel á la bilis, ni á la sangre, ni á las fluxiones: no creemos tan frecuente la necesidad de los purgantes, pero bajo este aspecto no debemos olvidar que las costumbres del pais en que practicaba, el clima, los alimentos, y el temperamento nacional podían modificar el método curativo y la mayor facilidad de sus terminaciones que con ojo perspicaz siguió en todas sus épocas anunciándonos con la mayor precision los signos que dan probabilidad de la resolucion, supuracion ó gangrena. No admitimos tampoco, sin grandes restricciones, esa *coccion morbífica*, ni esas *crisis* con espulsion de humores que deben efectuarse en ciertos dias en las inflamaciones, pero seamos justos; estas enfermedades tienen una marcha cierta que toman del carácter, profundidad y direccion de la alteracion orgánica que las produce y sostiene; marcha que en vano el médico se esfuerza á veces en turbar. Concluiremos con unas palabras célebres de Baglivio (1) hablan-

(1) Bagliv. oper. omn. pag. 22.

do de las inflamaciones pulmonares: *cauti stote et prudentes in iis curandis:* ese *método yugulador,* sin prudencia, es una arma alevosa que trae en pos suyo las supuraciones crónicas y la muerte: por eso es necesario tener presentes varías circunstancias para que produzcan esos benéficos efectos que de las sangrías largas y repetidas se prometen hombres muy célebres de nuestros dias sin que por esto sean prosélitos del galenismo. Hippócrates cuando aconsejaba las evacuaciones de sangre quería que se prescribiesen no por el nombre del mal sinó segun el actual estado del enfermo, único regulador de su conducta bajo este aspecto (1).

X. ¿Y como veía la fiebre Hippócrates? Conoció la gran dificultad de difinirla, y se contentó con estudiarla, con observarla. Sus aforismos, sus pronósticos, y sus epidémias nos dan la prueba. Si reflexionásemos y quisiésemos ver en Hipócrates las mas justas ideas sobre las fiebres, en cuanto la observacíon y las ideas de su época pueden prestarse á ello, hallaríamos que á lo menos había limitado su práctica y sus ideas sobre este ímportante ramo de la ciencia á nociones determinadas por la razon y la experiencia. El modo de describir sus constituciones médicas es un egemplo práctico que imitar, y sin ese esclusivismo que se le quiere atribuir, vé muchas veces terminar las fiebres sin crisis manifiestas como lo espresa en el libro 1.° de sus epidemias. El *causus (nuestro causon)* que es el nombre generico de las fiebres que toman tan diverso carácter y tan distintas formas como el mismo lo manífiesta, es la fiebre continua de los Autores (2). Nuestro Hipócrates vió las fie-

(1) Aphor. 23. sec. 1. etc.
(2) Véase Hip. de nat. humana. (7. coac lib. 4.)

bres bajo su prisma pneumático, por decirlo asi, y humorista, sin por esto dejar de ver el juego de los sólidos en ellas y á veces como causas. Unas fiebres, decía, provienen del régimen y átomos del aire que respiramos. Cuando enferman muchos á la vez debe buscarse una causa comun á todos y asi es que si reina una enfermedad epidemica la causa no estará en el régimen sino en el aire en el que hay alguna cosa funesta (1). No solo veía en el aire sus cualidades, sino cosas perjudiciales que el aire puede contener y que pueden ser dañosas al hombre, é inocentes para los animales ó *vice versa* (2). He aquí las enfermedades esporadicas, las epidémicas y las pestilenciales. No siempre, decía, el Hombre puede hacerse superior á las causas generales: *plerumque enim hominis natura Universi potestatem non superat* (3). Dividía las fiebres en continuas y intermitentes, y son notables estas palabras: *febres plurimæ à bile fiunt: species ipsarum cuatuor sunt, præter eas quæ ab ocultis doloribus generantur* (4): y digo que son notables porque nos demuestran que reconoció las calenturas que dependen de causas que no las permite ocupar un lugar entre las verdaderas fiebres. No solo veía la bilis como causa de las fiebres y de los males del hombre; muy al contrario; el se opone á los esclusivistas pues rebate á los que creen que el hombre solo es sangre, bilis, ó pituita, y cree que el hombre tiene estos humores con sus cualidades y que todos influyen en salud y en enferme-

---

(1) De nat. hom.
(2) De Flatib.
(3) De dieb. judicat.
(4) De Nat. hom.

dad (1). Las cuatro especies de fiebres que admitía eran la continente, la cotidiana, terciana y cuartana. La fiebre ardiente era un tipo ordinario que consideraba dependiente de la bilis y de la irritacion de las entrañas, cuya enfermedad pasaba facilmente á fiebres lypirias, ó epialas, *in quibus interna uruntur, dum externa algent*, y que considera dependientes de la bilis, ó de una erisipela interna. Es una injusticia el creer que Hipócrates todo lo veía en los humores pues aun hablando de las fiebres, de estas enfermedades en las que el humorismo tiene una atmósfera favorable, aun en ellas, digo, Hipócrates no es esclusivista: oigámosle: *febres porro propterea fiunt, quum corpore super inflamato carnes intumuerint* (2). Pudiera verse en esto otra prueba de la congestion flogistica, ó irritacion capilar en las fiebres, pero apenas debemos pasar de ciertos límites debiendo solo citar las ideas basicas de las doctrinas. Pero es notable un hecho que no podemos dejar de citar, y sea esto en honor de Hipócrates. Ya veremos mas adelante que muy célebres prácticos del dia reconocen la existencia de una especie de fiebre typhoidea, y de typhus á la que dan el nombre de pneumonica porque trae fenomenos de inflamacion pulmonal; pues Hipócrates cita estas fiebres cuando dice, *erisipelas autem in pulmone fit ubi pulmo fuerit nimium resicatus, id quo contingit ab ardore et à febribus* (3). Conoció Hipócrates todas las formas de intermitentes hasta la *hemitritea* ó terciana doble maligna que considera la mas grave. Vió la terciana, cuartana, quin-

(1) De Nat. humana.
(2) De loc. in hom.
(3) De morbis.

tana, septimana, nonana (1). Las adventencias que el sabio griego nos hace para conocer el mayor ó menor peligro de las fiebres pueden verse en sus tratados especiales (2). Con respecto á sus terminaciones está como en todo prudentísimo y sabio. *Non potest autem quidquam horum integris diebus exacte munerari.* Nada puede calcularse con exactitud, pero si se observan en su vehemencia, en su caracter, en su intensidad se reconocerá facilmente que periodo deben tener. Esta es una verdad práctica que todos observamos y que el había reconocido: nobstante aun insiste para no aparecer rigorista, en la necesidad de observar con detenimiento· *at in horum principiis difficilimum est cognoscere eos qui in plurimo tempore judicabuntur* (3). Sus descripciones fueron muy exactas y sencillas, como puede verse en sus libros de epidemias por lo que respecta á las fiebres continuas é intermitentes (4), y á los signos pronósticos favorables y adversos, siendo muy de notar sus palabras para indicarnos esos fenómenos que indican el peligro en medio de la discordancia entre la percepcion y los sentidos: *manus ante faciem feruntur, et frustra venantur, et festucas legunt, et flocos de vestibus evellunt et de pariete palas detrahunt, eas omnes malas et lethales esse censeo* (5).

XI. Reasumir la doctrina de Hipócrates sobre las fiebres es obra de gran mérito, pero que no es de nuestro objeto. Diagnoticaba, pronosticaba, curaba, y todo con la mas

---

(1) Popul. 1.
(2) Popul. Affor. Prenot. etc.
(3) Prenotiones. De dieb. judic.
(4) Lib. 1. epid.
(5) De Pronost.

sana crítica. Llamaba calenturas laboriosas las que vienen por causas de irritacion; *tusses sicœ leviter irritantes à febre ardenti.... Hoc in laboriosis prœcipue febribus* (1) Con respecto al pronóstico véanse sus afforismos y sus pronósticos. Su plan curativo era sacado de tres clases de medicamentos, los purgantes, los refrigerantes, y la dieta; si bien se observa recomendado el plan revulsivo. La refrigeracion debe hacerse segun los sugetos (2) y las circunstancias (3); porque es conveniente humedecer antes de purgar (4). Son dignas de notarse las importantes advertencias que hace al médico práctico para bien dirigir una curacion, pues quiere que se tenga presente todo bajo la consideracion etiológica, individual, atmosférica y topográfica á cuyas circunstancias daba una suma importancia especialmente en las enfermedades populares y epidémicas: por ejemplo, creía que el frio impidiendo la transpiracion producía gran número de males cuando el cambio era rápido ó brusco, y que la transpiracion curaba muchos males, porque *raritas corporis ad perspirationem, quibus amplius aufertur saniores sunt ... qui male perspirant priusquam œgrotent fortiores sunt: ubi autem œgrotarunt dificilius à morbis convalescunt* (5).

XII. Apesar de las varias especies de fiebres que reconocia, las sabía referir á un tipo comun, y al observar la typhoidea la veía como una variedad de la fiebre ardiente. Nótese que Hipócrates reconocía cinco especies de tiphus,

---

(1) De Epidem.
(2) De Morbis.
(3) De Locis in hom.
(4) Idem.
(5) De alim. De Epid.

ya mas ó menos graves, ya en razon de su tendencia cerebral, ó septica, y que admite la necesidad de los apositos frios en aquellas partes en que hay muy elevada temperatura, pero nos advierte, con suma prudencia, que si *horrorem habuerit corpus,* se suspendan (1). Considera esta enfermedad muy grave, y del typhus con estupor *pauci effugiunt.* Notables son tambien sus consejos para la convalecencia, para saber distinguir la lentitud en ellas, y para reconocer la causa de las recaidas. En fin, no leeremos sin fruto las obras de este hombre eminente.

XIII. *Empirismo y dogmatismo.* La doctrina de Hipócrates cimentada en la esperiencia filosófica fruto de un gran saber y de una estensa práctica no podía ser efimera: dominó las escuelas todas en un largo periodo, pues aun cuando sus discipulos han querido establecer diversas sectas, sobresalian en ellas los principios de su Maestro. La filosofia siempre tiene una influencia estraordinaria sobre la medicina, porque realmente esta ciencia es el punto culminante de la filosofia práctica, no solo en la medicina clínica, sino principalmente en la higiene, en la fisiologia y en la psicologia. La filosofia reinante entonces produjo en Alejandría la division de las escuelas médicas como produjo la de todas las ciencia. Las escuelas empirica y dogmática se disputaron la preferencia y ambas á dos se separaron de Hipócrates: prostergó la esperiencia la una, rechazando la otra la razon: no hubo por un tiempo mas que delirios ó empirismo. La escuela ecléctica comprendió mal su mision; quiso dominarlo todo representándose en su imaginacion un fantasma; intentó unir lo incompatible; y la medicina sumergida en un

(1) De int affect.

abismo exigia su regeneracion. Los empiricos con Serapion á la cabeza, enemigo encarnizado de Hipócrates, solo se ocuparon en buscar remedios sin investigar ni su accion ni el estado de los órganos; el acaso los guiaba y cada enfermedad tenía un medicamento; era la ciencia de los específicos; el raciocinio era ageno de su práctica, y su sistema era la esperiencia material. La escuela dogmática respetaba mas á Hipócrates, y trasportando la filosofía de Zenon á la medicina fué representada por Erasistrato que desde luego comenzó á dudar de la eficacia de las evacuaciones de sangre y de los purgantes, concluyendo por rechazarlos de su práctica: anuncio cierto de que no estaba lejano el dia en que estos medios curativos recobrasen su reputacion con usura prodigándolos tanto cuanto habían sido olvidados: tan cierto es que el esclusivismo en todas las materias hace un efecto opuesto al que se intenta producir. Las causas ocultas que rechazaban los empíricos ocupaban sobremanera á los dogmáticos, y estos eran dos errores sistemáticos de una inmensa trascendencia para los adelantos de la ciencia; pero en realidad la anatomía ganó en la época de Erasistrato tanto como perdió la verdadera medicína de observacion; he aqui el balance continuo de la ciencia entre el empirismo y el escolasticismo: se gana en una parte lo que se pierde en la otra; un paso adelante es siempre seguido de un paso atras.

XIV. La escuela *ecléctica* casi se confunde con la *metódica* por que ambas á dos nacían de la necesidad de reconstituir el gran edificio hipocrático que se desmoronaba en medio del obscurantismo rutinario y de las sutilezas del dogmáticismo. Los eclécticos no influyeron de un modo notable en los progresos de la ciencia; no obstante algunos de ellos

merecen citarse por verdades y errores cuyas especialidades conservan aun hoy dia alguna importancia. Agatino, su fundador, se declara acérrimo enemigo del empirismo; lo bate en todos sentidos y en esto hace un gran bien á la ciencia: representa tambien con energía los errores de los dogmáticos y metodistas y rebajando su importancia hace otro bien á la medicina. La dificultad estaba en saber eligir ese medio entre la imaginacion sin trabas y los sentidos sin guia. Archigenes estudiaba el pulso con grande asiduidad y encargaba la mayor circunspeccion á la cabezera de los enfermos; se utilizaba de su arte esfigmica, y dudaba al tiempo de obrar. Herodoto que reprobaba las sutilezas y el empirismo tenía manía por los efectos de la gimnasia. Sorano, que como médico debió haber tenido una gran reputacion, fué despues aun seguido por muchos médicos en sus doctrínas: algunos lo creen metodista y entre ellos Freind (1), pero debió pertenecer á la escuela ecléctica: reprobaba el uso de los purgantes. Seamos justos: la fuerza unida de los dogmáticos, de los metódicos y de los eclécticos fue capaz de triunfar de esa secta que entonces y ahora y en todos tiempos arrastra la multitud y seduce la ignorancia. Los grandes errores no dejaron de traer muchas veces grandes ventajas. Nada mas seductor que el charlatanismo por sus promesas, por sus misterios y por su gran boato. Thesalo habia aparecido para dominar y para conmover la verdadera escuela médica. Thesalo fué seguido de una inmensidad de prosélitos (2), á los que ofrecía cu-

(1) Fréind. Hist. Medic. pag. 10.

(2) Sus discipulos que llevaba á todas partes eran tomados de las clases menestrales, sin instruccion, y sin capacidad. Véase Sprengel Hist. de la Med.

rar todos los males y enseñarles la ciencia en seis meses, y perteneciendo en su origen á la escuela de Themison, metodista, fué despues su enemigo y detractor de Hipócrates.

XV. Obscurecida la ciencia por los empíricos; despreciado el dogma filosófico, ó proscripta la razon de la ciencia, no había otro remedio que dar una importancia absoluta á las teorías. Los dogmáticos conservaron en medio de sus delirios los escritos y las luces de sus antepasados: los empiricos las proscribieron dando una absoluta influencia á la práctica: estas dos doctrinas, pues, se disputaron la preferencia: resultó de ello el equilibrio científico, y el eclecticismo vino á sostener la importancia de la erudicion, del raciocinio y de la esperiencia; no como la exigían Serapion y Filino, ni como lo pensaban Asclepiades ni Themison, sino como lo vieron Celso y Areteo.

XVI. Los errores, por consiguiente, de los empíricos representaron una gran verdad; la necesidad de la esperiencia contra el dogmatismo y el escolaticismo que no reconocen nada cierto mas que sus sutilezas; estos bajo otro aspecto envolvieron en sus errores el gran pensamiento y la única verdad de que la esperiencia por si sola no es nada. ¿Y como pensaron en la práctica? ¿Como vieron los males? He aquí una pregunta á la que respondería con gusto si no conociera la poca utilidad de pormenores insignificantes que me obligarían á razonamientos estériles y á la esposicion de fórmulas monstruas para satisfacer indicaciones ridículas: pero diré algo en cumplimiento de mi propósito. En la práctica las escuelas citadas admitían unas el humorismo mas exagerado, otras el solidísmo mas firme, y algunas nuevas creaciones, que si bien tienen un vislumbre de verdad, ésta estaba envuelta en mil errores. Los humoristas solo veían

bilis que sujetar, sangre que templar, atrabilis que espeler: los solidístas solo reconocían poros que abrir, átomos crasos que diluir: los neumáticos, espíritus sutiles que dirigir: siempre ó humoristas con Erasistrato, ó solidistas con Themison, ó empíricos con Thesalo.

XVII. De aqui resultó lo que la esperiencia tiene demostrado y es, que el esclusivismo de los sistemas trae en pos suyo uno de dos sucesos; ó otro esclusivísmo, otra creacion, otra nueva ficcion, ó fijan el eclecticísmo. Ambas cosas sucedieron, y á la necesidad de expeler humores, de modificar sus cualidades, y de obrar sobre ellos; á la excelencia de aflojar el sólido, de laxar los poros, de dar movimiento á los átomos sucedió la creacion del *pneuma*, de los espíritus y de los fluidos sutiles, sobre lo que debieron ya haber hallado algo en Hipócrates como hemos visto; ó mejor dicho se renovó esta idea que era ya de Zenon, gefe de los estoicos, que admitió tambien Erasistrato, pero que desenvolvió Atheneo (1). Sucedió tambien una combinacion entre las enfermedades humorales y las de los sólidos orgánicos: el eclecticismo en algunas manos fué muy ventajoso como lo verémos prácticamente.

XVIII. ¿Y como aplicaban su doctrina á las inflamaciones? Facil es deducirlo. La bilis, la sangre, los poros, el pneuma eran la causa de estas enfermededes ya por sus cualidades, ya por su abundancia ó error de lugar. La pulmonía era segun Herofilo un tumor en todo el pulmon. Diocles creía que en esta enfermedad, solo padecían las venas: Erasistrato que la inflamacion estaba en las artérias, y

---

(1) A. Corn. Cels. cap. 10 pág. 139.

avanzó hasta decir que ninguna fiebre existía sin inflamacion (1). Praxagoras consideraba afectada en la pulmonía la parte del pulmon mas relacionada con la espina. Asclepiades creía que padecían los bronquios. (2). Themison admitía como un hecho en la inflamacion del pulmon la crispatura de su tegido y aplicaba cataplasmas y unturas: Diocles sangraba y purgaba en las inflamaciones para corregir el fuego de la sangre y de la bilis (3). Los eclécticos sangraban porque veían en la sangre la causa morbífica. Los metodistas decían que toda inflamacion consistía en la escesiva crispatura de los tegidos. Pero descendiendo ya á nombres que han llegado á nosotros con una reputacion apoyada en sus obras, citemos á Areteo que admitía, sin ser sistemático, la doctrina de Themison en su práctica. *Omnem morbum vel strictum, vel fluentem, vel ex utroque*

(1) Cœl. Aurel. lib. 2.° cap. 19

(2) No nos admiremos de esta divergencia de opiniones sobre el verdadero asiento de la inflamacion en la pulmonia porque los autores clásicos del dia no estan á la verdad en mas acuerdo. Broussais en sus fleg. cronic. t.° 1.° pág. 54. pensaba como Erasistrato, pues la hacia consistir siempre en una irritacion fija en los hacecillos capilares. Prus veia como Herofilo en la pulmonía una inflamacion flegmonosa, y Andral piensa como Asclepiades. Boulliaud en su nosografia tom 2.° pág. 463 considera afectadas las vexiculas y el tegido celular que no es mas que la reunion de dos pensamientos antiguos. Es lamentable que despues de tantos trabajos anatómicos se deba decir aun hoy lo que dice Monneret p. 7.° «La pneumonitis es la inflamacion del pulmon. No queremos fijar con mas precision el sitio de la flegmasia porque este punto de anatomia patológica no se halla aun completamente dilucidado.» En fin las pneumonitis catarrales, dinamicas, y humorales de hoy no hacen mas que reemplazar las teorías de los solidistas y humoristas. No juzguemos, pues, à los antiguos sin conocerlos; no han errado tanto como se supone por algunos, ni nos rebajamos jamás en citar respetables nombres de la antiguedad.

(3) Cas. Brouss. Hist. de la Med.

compositum esse. Indicia verò curationes esse in fluentibus astrictionem, in strictis relaxationem, in misto, ei quod urget resistendum (1). Daba por otra parte Areteo mucha importancia al espíritu de los pneumáticos que en sus varias cualidades producía casi todos los males; daba gran valor á la anatomia: sangraba en las inflamaciones, y por su moderacion en la práctica de los sistemas, por sus bellas descripciones y por la época en que escribió merece bien nuestra gratitud, mereciéndo que Haller considerase sus escritos como monumentos de oro: no era pneumático como creen algunos (2); era eclético verdadero hippocrático (3) y consideraba á la naturaleza como la mas exacta guia del médico práctico.

XIX. Cornelio Celso, en cuyo tiempo los sistemas se rivalizaban, es otro de los genios que preparaban la ciencia á una gran crisis. No pertenecía á ningun sistema estremo en una época en que todo era exagerado, y en la que se sangraba con profusion y se proscribía la esperiencia para dar lugar á las ficciones; por esto decía: *sanguinem incisa vena mitti novum non est: sed nullum esse pené morbum in quo non mittatur novum est* (4). Encargaba mucho que para sacar sangre se atendiese sobre todo á las fuerzas del enfermo y al género de la enfermedad. Sangraba en las inflamaciones y era partidario de la coccion y crudeza. Critica el *astrictum, fluens et mixtum.* Consideraba á las inflamaciones como centros de flusion y decia: *notæ verò inflamationis, sunt quatuor; rubor et tumor cum calore et*

---

(1) Galen de sectis.
(2) De la Mettrie. Ins. de Med. de Boher. t.° 1.° Cleric. Hist. Med. Pte. 2.ª lib. 4.°
(3) Aret. Oper Joann. Wigam pàg. 20,
(4) A. Corn. Celis. Medic. cap. 10.

dolore. Reconoce que hay inflamaciones sin dolor. No era metodista (1); era ecléctico hipocrático tambien, pero mas humorista que Areteo; este mas solidista que Celso. Sus hermosas observaciones sobre la dieta, sobre la higiene, sobre la influencia de las estaciones. y en fin su elocuente y fluido estilo le merecieron el nombre de príncipe de los latinos.

XX. Cœlio Aureliano, que parece debió existir proximamente ó al mismo tiempo que Galeno, era muy apasionado de Sorano, cuya doctrina nos comenta (2); pero no era tan decidido metodista. Define la pulmonía la *strictura* vehemente de los pulmones con esputos, sed y fiebre intensa y aguda. Sangraba en las inflamaciones, pero aconsejando que para ello era preciso atender á los signos conmemorativos (3), y reconocia su grande utilidad, hasta el tercer dia. Describe con una fidelidad maravillosa las terminaciones de las pleuritis por vómitos y empiemas (4); en fin este célebre médico, tan famoso en el diagnóstico segun Sprengel (5), fué el modelo afortunado de los médicos de la edad media.

XXI. En la época á que nos referimos, ó la sangre y la bilis sobrecargaban los órganos para producir inflamaciones; ó el fuego y el calor de los humores incendiaban los tegidos; ó los sólidos secos y contraidos no dejaban paso á los líquidos; ó los átomos no podian penetrar por los poros, dándo orígen á esta clase de enfermedades. En esta época ó se sangraba siempre con profnsion, ó no se sangraba; ó se

---

(1) Casim. Brouss. Hist. de la Med.
(2) Cœl. Aurel. de Morb. acut. et cronic,
(3) Lib. 2. cap. 19.
(4) Lib. 2. cap. 18.
(5) Histoir de la Med. tom. 2.° pág. 37.

purgaban los malos humores, ó se intentaba laxar el sólido y diluir los átomos; ó no se hacia nada; conservando una fria espectacion, ó se multiplicaban los remedios sin necedad: en fin, ó todo lo dominaba la imaginacion ó el esperimento lo dominaba todo. Asclepiades, Heraclido de Terento, Themison, Celso y Areteo dominan esta época y las fiebres ocupan un lugar en su apreciacion. Nada, nobstante, notable hallamos mas que la esplicacion de los principios de Hipócrates con un aspecto humorista ó solodista impreso por Celso, ó por Asclepiades: el uno veía los humores con sus cualidades capaces de producir las fiebres contínuas y las fiebres típicas, y pestilenciales, admitiéndo los dias criticos pero con esa moderacion y prudencia que exige la verdadera observacion, y por esto decia, *neque tamen ignorare oportet in acutis morbis fallaces magis notas esse et salutis et mortis:* (1) como todos difinían la fiebre por el pulso, y aumento de calor, nos advierte que el pulso es signo falaz lo mismo que el calor para designar la fiebre, y nos cita síntomas graves con pulso natural, y sin calor, en lo que nos hace una advertencia de inmensa importancia *(2).* Asclepiades considera la fiebre como la inflamacion producida por la obstruccion de los vazos y poros moleculares por los corpusculos y átamos de los cuerpos. Proclamaba la simplicidad en las curaciones que siempre se debían procurar *tuto celeriter et jucunde.* No admitiendo los dias criticos contra Celso, su método curativo era humectante y dulce. Celso aconsejaba el agua fria no habiendo dolor al pecho, la sangria en la reaccion, y el emetico si la causa fuere gastri-

---

(1) Corn. Cels, lib. 2.°
(2) Lib, 3. cap. 6.

ca. La dieta tenia un gran partido entre los médicos metodistas, y eclecticos, muchos de los cuales no comprendían la fiebre sin inflamacion como Erasistrato, citado por Celso. Si reflexionamos atentamente las obras de Aurelio Cornelio Celso veremos hablando de las fiebres citado ya el método de curar con los remedios que la aumentaban lo mismo que el método de las ablussiones frias con todos los pormenores puestos en práctica, por Priesnitz: *et intra hœc*, dice, *omnis ejus medicina erat* (1), que correspondia ó hacía parte de su *circulo metasincritico* que ponian en práctica en las enfermedades mas rebeldes como puede verse en Cœlio Aureliano (2).

XXII. Areteo de Capadocia, que Blumembach considera pneumático y Lepelletier ecléctico, y que no puede desconocerse en él un verdadero hipocrático veia el *causus* como el tipo de las fiebres, la fiebre ardiente, la putilencial, y muchas de obscura procedencia con inflamaciones obscuras que suelen terminar en lentas. La fiebre ardiente tan frecuente en paises cálidos, y tan generalizada en la antigüedad merece una mencion especial de Areteo, siéndo muy de notar la frecuencia con que nos llama la atencion sobre las inflamaciones internas que las producen y acompañan, por lo cual nos aconseja el método revulsivo y antiflogístico encargandonos *deligenti consideratione opus esse* cuando nos veámos en el caso de usar del vino, ó de las evacuaciones de sangre. La bilis en sus variedades, la pituita y la sangre juegan un gran papel en las fiebres siéndo de notar que el estómago, el corazon y el cerebro son las visceras que llaman la aten-

(1) Lib. 3. cap. 4.
(2) Acut, et cronic. morb. Pæfatio ex Haner.

cion en sus fiebres las que vemos caracterizadas en su phrenitis, en su afeccion cardiaca, en su cólera (1). Con estas dos eminencias científicas se cierra una gran época de la ciencia, y ojalá que siguiendo sus huellas los médicos se hubieran limitado á progresar porque el uno con su prudencia, su tino, su sano y recto juicio y el otro con su fina y delicada observacion y con su exacto pincel nosografico dejaron á las ciencias dos dignos modelos que imitar. Reasumiendo esta estensa época, limitados son, no obstante, sus progresos: muchos hombres, pero estraviados y dominados por el eslusivismo de sus teorías. Themison, Areteo y Celso son sus protagonistas: el *solidismo,* el *humorismo,* el *pneumatismo* se hallan exactamente representados; pero Celseo y Areteo veían á Hipócrates antes que sus doctrinas, y eran hipocráticos: ellos fueron los precursores de un genio superior que debía amalgamar todas las doctrinas y dominar por muchos siglos la ciencia. Galeno reasume todas las otras épocas hasta su tiempo.

XXIII. *Doctrina de Galeno.* Galeno aparece en feliz momento para la ciencia; pero para ser un digno sucesor de Celso y de Areteo le faltó algo y le sobró mucho. La ciencia necesitaba en aquel entonces un talento profundo, un genio notable por su madurez: faltó á Galeno circunspeccion, pero le sobró talento é imaginacion. He aquí la razon de no haber sido para la ciencia todo lo que estaba llamado á ser: no obstante no diré con un historiador, que Galeno lo fué todo, hábil dialéctico, fisico, grande ingenio, imaginacion fecunda, escritor puro, hombre sabio en todas

---

(1) Aretei Cappadoc. de curat. acut. et diut.

las partes de la medicina, *menos buen médico* (1). Freind le reconoce no tan solo como el mejor médico de su tiempo sino tambien superior á todos los demas en erudicion y sana crítica (2): pero lo cierto es que su gran talento y sus muchos conocimientos unidos á su perspicacia y al fuego de su imaginacion le hicieron sistemático, esclusivista y orgulloso. Preciso es justificarle cuando se comparaba con los empiricos de su tiempo, cuando conocía su posicion superior á todos y cuando en realidad debía su gloria á inmensas vigilias y sacrificios. Se creía superior á Hipócrates y que nadie había curado las enfermedades que él curaba (3); pero tambien confesaba que el sabio padre de la medicina hubiera pensado como él si viviera en su tiempo. En los primeros pasos de su carrera científica se declaró enemigo de Hipócrates; pero muy luego la esperiencia le demostró la importancia de sus obras que respetaba en mucho. Venció á poca costa á los empíricos y dogmáticos pero utilizándose de las verdades que en estas sectas se reconocían, y si no hubiera aspirado á un triunfo absoluto é independiente fuera sin duda el primer ecléctico de la ciencia, porque contaba con los verdaderos elementos en que se funda siempre el eclecticismo. Filósofo aristotélico aplicó á la medicina las ideas predominantes de esta escuela, y los cuatro elementos con las cuatro cualidades, con sus graduaciones y sus cuatro humores le han dado las bases de su sistema médico, y mientras que en su corazon era un verdadero ecléctico hipocrático, en sus teorías y en su lenguage era un singular sistemático.

(1) De la Mettrie conment. de Boer. tomo. 1.° pag. 51.
(2) Histor. medic. pag 134.
(3) De locis afectis. lib. 3.° pag. 123 interp. Guillem. Copo.

XXIV. Es sin disputa admirable la constancia de Galeno al escribir no solo sobre todas las partes de la ciencia, sino sobre filosofia, sobre psicologia y sobre otras tantas materias conexas con ella. Decía que el hombre era *animal rationale, mortale, mentis et scientiæ capax.* Cuando hablaba de los temperamentos demostraba un conocimiento profundo de la doctrina de Hipócrates y de la influencia del organismo sobre el carácter del hombre y sobre sus facultades fisicas y mentales: *ex capite,* dice, *provenire quidem eam qua ratiocinamur et meminimus, et sentimus, et de loco ad locum permutamur: ex corde, verò, eam quâ irascimur et percalidi sumus: ex hepate autem eam per quam nutrimur et augemur et cibum appetimus et asumptum conficimus* (1). El reconocimiento de este trípode vital no es un error, y antes bien revela importantes verdades fisiológicas y demuestra tambien que no le eran desconocidas las funciones que distinguen la animalidad de la inteligencia. Oigámosle aun mas para comprobar esto mismo y para comprender hasta donde hubiera penetrado en los caracteres distintivos de los seres organizados que tanto se han debatido entre los fisiólogos: *quum et sentire quidem et moveri voluntariè propia animalium sint, augeri verò et nutriri plantis etiam conmunia; erunt utique priora quidem animæ; posteriora vero naturæ ipsius opera.* Si á esto se añade la definicion que hemos citado del hombre, se tendrá la clave de la clasificacion mineral, vegetal y animal.

XXV. La doctrína del médico de Pergamo sobre los temperamentos representa las cuatro cualidades fisicas *ca-*

---

(1) Charter. Oper. tom. 6.° lib. 1° cap. 1.

tiente, fria, húmeda y seca: no obstante nos advierte (1) que estas cualidades representantes de los cuatro elementos fuego, aire, tierra y agua sufren modificaciones que dan origen á los *temperamenta temperata*. La sangre era, segun su doctrina, cálida, húmeda y dulce; la pituíta fría, humeda, insipada y glutinosa; la bilis amarilla era cálida, seca, y acre; la atrabilis era seca, fria y árida: es decir que admitía el temperamento sanguíneo, el bilioso, el linfático y el atribiliario tomando por base sus cualidades físicas y designando con maestría el carácter físico y moral de cada uno de ellos. La grande importancia que daba á estas cualidades y á estos humores; las diferencias en las pituitas; la fuerza verbosa con que obligaba á todos los fenómenos fisiológicos y patológicos á servir á su teoría humorista por escelencia y á su cuaternion de las cualidades intrínsecas, llenó sus obras de obscuridad y fué la causa de que no se leyesen tanto como se debia.

XXVI. No fueron desconocidas á Galeno las relaciones íntimas de los órganos por el intermedio del sistema de inervacion, pues que distingue con gran exactitud los nervios que obedecen á la voluntad, de los que obran independientes de ella, y esplica muy bien las convulsiones para deducír de ellas el asiento de la enfermedad y su naturaleza, objeto predilecto de sus profundas investigaciones (2) que le daban una creencia fija de que él curaba mejor que otro alguno hasta su tiempo, y lo creía con tanta vehemencia que no temía poner á los Dioses por testigos.... *id quod per Deos inmortales affirmare nequaquam timeo* (3). La

(1) Tom. 3.° lib. 2.°
(2) De loc. afect. ed. cit. pag. 123.
(3) Loc. cit. lib. 3. pag. 123.

íntima y recíproca relacion del cerebro con el estómago y la singular modificacion que el carácter sufre bajo la influencia de las enfermedades gástricas, *vaporosas* ó *hipocondriacas*, fueron bien comprendidas por él, pero desgraciadamente estas tan útiles verdades fueron envueltas en medio de mil errores de la calidéz y refrigeracion y con una verbosidad fastidiosa para poder combinar las ideas de Platon, de Hipócrates y de Aristóteles. Habla no obstante muchas veces con una fuerza de razon que arrastra al convencimiento: en una pulmonía ó pleuritis, v. g., dice, puede presentarse el delirio; pero no hay que atribuirlo ni al costado ni al pulmon, porque las facultades del alma turbadas indican la efeccion del cerebro en que reside, si bien es secundaria: otras veces como en el letargo y la frenitis la lesion del cerebro no es de consentimiento sino primitiva (1).

XXVII. Las *intemperies* eran la causa de todos los males, y el corregirlas la habilidad de los médicos, porque admitía las cualidades radicales en grados muy diversos pero muy atendibles: por egemplo: el primer grado de calor era el de la vida indispensable para conservarla: el segundo producia la fiebre: el tercero la inflamacion y el cuarto el esfacélo. En medio de estos errores resaltan verdades prácticas fáciles de deducir y sobre todo se comprende esa graduacion morbosa que hoy dia es casi generalmente admitida por todas las escuelas, desde el estado de tonicidad, de incitacion, de irritacion fisiológica hasta las inflamaciones mas intensas destructoras de los tegidos.

XXVIII. Se había formado Galeno una idea bastante

(1) Interpret. Cop. lib. 2.

exacta de la inflamacion si hemos de comparar su doctrina con la de los autores de los todos tiempos hasta la época actual. Había inflamacion, decía, cuando las partes se ponían rubicundas, tensas, duras ò prominentes, tumefactas y dolorosas (1). Sus princípios sobre la gangrena y el esfacélo que provienen de la inflamacion eran bastante justos, y la curacion de los males inflamatorios aunque cimentada en sus ideas, en su espíritu en circulacion, y en su intemperie caliente no deja de ser muy arreglada á los principios de la ciencia. La peripneumonia era para él un flemon del pulmon, y he aqui tambien una prueba de esa analogía que se ha querido hallar en estos tiempos entre las inflamaciones esternas y las internas. Y no se crea que todas las inflamaciones interiores las veía como las flegmonosas esteriores, porque si bien en la perineumonia verdadera reconocía un flemon, hallaba diferencias muy notables en otras inflamaciones. Es cierto que el aflujo de sangre era siempre para Galeno la causa de la inflamacion, y si en esto ha caido en un error segun nuestros principios, no se puede considerar asi segun la doctrina generalmente recibida. Si la sangre era biliosa la inflamacion tomaba este carácter, y en la pulmonía el esputo presentaba el color amarillo (2): esta es una verdad práctica que esplicada de otro modo que Galeno, adquiere el carácter de prueba contra la teoría de la inflamacion. Decia una verdad este médico célebre cuando diferenciaba las pulmonías segun el carácter del esputo y segun la influencia de la sangre sobre los organos: y cuando aconsejaba las sangrías *usque ad animi deliquium*

---

(1) De loc. afect. lib. 2.
(2) Loco cit. pag. 103.

se refería especialmente á las inflamaciones verdaderas y pletóricas, y no á las en que predominaba el humor melancólico ó bilioso: lo que en nuestro lenguage actual sería indicarlas en las intensas congestiones sangíneas; proscribirlas ó modificarlas cuando esta congestion no existiese. No obstante abusaba de la sangría, pero no sin poner trabas á los pocos versados en su sistema, como puede verse en el artículo, bastante bien escrito bajo otros conceptos, de la melancolía. La exacta descripcion de la hepatitis; las relaciones bien reconocidas del hígado con el estómago; la inflamacion del mesenterio y las consecuencias que comunmente trae; la del diafragma; el tratado de la apoplegía; la muy notable idea de las fiebres ardientes producidas por la inflamacion del hígado y otros muchos artículos prácticos que en sus obras se hallan forman un conjunto doctrinal en el que resaltan luminosas verdades, compilándose, por decirlo asi, su modo de ver, las enfermedades en dos grandes principios científicos: 1.° hay enfermedades producidas por sola la intemperie, *citra tumorem præter naturam* (estas son las enfermedades vitales de los modernos): 2.° hay otras con tumores inflamatorios erisipelatosos, ó con obstrucciones: (estas son las enfermedades orgánicas de los modernos: pero téngase entendido que rechazamos esta division). En fin, Galeno admite el principio de las dilataciones vasculares en las inflamaciones y en los escirros (1).

XXIX. Y como vió la fiebre el célebre médico de Pergamo? El corazon es para él un órgano de inmensa importancia unido con la sangre y con los espíritus.

---

(1) Lib. 5.

Pareciera ridiculo si fuésemos á comparar sus opiniones con las de AA. muy modernos; sería forzada la comparacion, y como, por otra parte, debemos seguir la historia de la doctrina piretológica con los ligeros rasgos en que comprendemos la historia de la ciencia, únicamente advertimos á nuestros lectores comparen la doctrina galénica piretológica con las bases de la doctrina de Piorry y de Bonillaud. Para Galeno la fiebre es un calor escesivo del corazon, ó que á lo menos escita su tegido, ó sus humores, ó sus espíritus. Con estas espresiones répresentaba 1.° el corazon; 2.° la sangre arterial; 3.° la influencia innervadora, que si bien no era conocida de los antiguos representa hoy su *pneuma, sus espiritus, su cálido innato*. Si comentasemos, con la idea de deducir, la doctrina básica de la fiebre en la época de Galeno, hallaríamos bosquejadas muchas doctrinas nuevas. La fiebre, decía, inflama ya los espiritus, ya el corazon; pero esto no constituye mas que la fiebre benigna y simple, y no la maligna (1); pero causas de putridez pueden producir la malignidad. Galeno vé los cuatro humores con sus cualidades especiales y estas ideas complican su doctrina piretológica. La bilis produce la acritud, la incandescencia por su cualidad cálida y seca; la atrabilis, la putrefaccion; y la pituita fria y húmeda, y la sangre cálida y húmeda, causan fiebres con estos caracteres y en las que pudiéramos ver las fiebres inflamatorias, y las mucosas, y las gastricas presentadas en medio de futiles esplicaciones y de obscuras hipotesis. En su fiebre efimera, que consideraba como un calor encendido en el corazon y repartido á to-

---

(1) De Rat. curand, febr. ad Glanc.

das las partes del cuerpo, era en la que aconsejaba la sangría *husque ad animi deliquium* (1). Sangraba y refrigeraba en los primeros dias de las fiebres ardientes y pútridas, pero tenía gran confianza en el régimen, que á veces dice, es el mejor remedio. No obstante su terapéutica está muy lejos de poder s r aceptabl , y si se vislumbra, como hemos dicho, alguna idea basica, de que pudiera sacarse gran partido, se desvirtua luego bajo la influencia de un dogmatismo humorista cualitativo ridiculo. Admitió la division y las ideas de Hipócrates en esta parte de la patologia. Admite la fiebre pútrida, la efimera, la hepiala, la lipiria, de las que hablaremos al compilar la doctrina de Galeno en época mas moderna. Supone que casi todas las fiebres, menos las hécticas se componen de dos clases de intemperies desiguales (2). Y nótese que lo que obligó á Galeno á sentar esta idea fué sin duda, como se infiere del testo, ya el fijarse en los diversos periodos que en las fiebres se observan al ver que se unen, ó se producen por flegnasias, ó afecciones locales que le parecen de diversa índole que la fiebre en si misma. Lamentable es que un genio tan superior, tan observador, y con tanta penetracion se hubiese dejado llevar de las cualidades humorales, de las intemperies, y tantas otras sutilezas que disfiguraron su doctrina, que intentaba fundar en esta máxima: *Duo sunt instrumenta quibus omnia inveniuntur dogmata: ratio, et experientia* (3). Lamentable es que este talento superior sumergiese tanto bueno como se halla en sus obras en el

---

(2) De methodo.
(2) De opt. corp. constit.
(3) De elem.

obscuro caos de las cualidades ocultas, de las sutilezas dialécticas, de las virtudes mas caprichosas de los medicamentos y de los fárragos á veces ridiculos: es lamentable tambien que siempre veámos errores y verdades y nunca la pura luz de la razon sin esos lunares que manchan el hermoso horizonte de la ciencia.

XXX. La doctrina de Galeno fué la base de las doctrinas médicas por mas de doce siglos y entre sus célebres prosélitos se cuentan hombres eminentes que sobresalieron en diferentes ramos de la ciencia, pero sin apartarse en su carrera de los principios del médico de Pergamo. Oribasio, Aecio, Alejandro Tralliano, Pablo Æginela dejaron obras dignas de conocerse. El primero de estos compiló con admirable exactitud las obras de sus antecesores (1) y especialmente en la parte anatómica; asi como Aecio lo hizo en la parte quirúrgica, la que egerció con predileccion. Era Oribasio gran partidario de las evacuaciones locales ya por ventosas escarificadas, ya por incisiones en la piel, ya por la aplicacion de sanguijuelas cuyo sitio escarificaba despues (2). Los evacuantes y los corroborantes eran sus principales medicamentos, como si su doctrina práctica humorista estuviera modificada bajo la influencia del solidismo. No obstante la viscosidad de los humores, su redundancia y las cualidades inatas sobresalen en sus escritos: pero entre estos errores reconoce la influencia del régimen dietetico en la curacion de las enfermedades. Aecio sobresale por su inclinacion á la medicina esterna y era un acérrimo partidario del cauterio, que ya usaba Hipócrates y del que

(1) Collect. Med. oper. omn.
(2) Freind. hist. med. pag. 11.

habló tanto Celso, en la nuca, en la columna vertebral, en el vértice de la cabeza para la curacion de las epilepsias, de las tisis, del dolor ischiático, de las hidropesías, de las úlceras antíguas y de la rabia: por lo demás sus opiniones y su práctica estaban modeladas en la doctrina de Galeno.

XXXI. Alejandro Tralliano célebre médico del siglo VI no solo estudió muy á fondo las doctrinas antíguas, sino que espuso con gran precision algunas ideas originales. Apesar de todo y de las diversas opiniones sobre su doctrina medica, ni lo conceptuo metodista, ni enteramente subordinado á los dogmáticos: era galenista con ligeras modificaciones y por eso hallamos en sus obras una predileccion singular por los remedios que obran contra las intemperies (1). Como que había admitido varias ideas de los dogmáticos y pneumáticos, admitía tres especies de materia en el organismo que eran las que daban origen á todas las enfermedades, los *espíritus*, los humores y los sólidos (2): la alteracion de los primeros, producía la fiebre efemera; la de los humores la pútrida; la de los sólidos la ectica. Sus descripciones son exactas, su prática razonada y sus remedios los calefacientes, los discutientes, los purgantes, etc. Admitía las inflamaciones sanguíneas, biliosas, pituitosas y atrabiliarias: si la inflamacion atacaba á una viscera sangraba y purgaba, pero advertía que se observase la sangre, porque si era negra ó escesivamente encarnada debía sacarse mas; pero si era pura y síncera aconsejaba ser parcos, *ne vitalis facultas deficiat* (3). Era bastante polifar-

---

(1) Alex. Trall. lib. 12. ed. de Guinter pag. 489 et seq.
(2) Loc. cit. lib. 12.
(3) Obr. cit. Curat. inflamat.

maco y dado á los antídotos y específicos como se conoce con solo leer su artículo de la gota. Ocupa en tratar de las fiebres todo su libro XII, pero no hallamos grandes cosas en el mas que una gran claridad, y bastante órden en su clasificacion. Sus ideas son las de Hipócrates y Galeno segun el mismo confiesa. Admite que la fiebre en su esencia, en su sustancia, en su naturaleza no es otra cosa que el calor preternatural ya del corazon ya de las arterias. Se declara en oposicion con Erasistrato y Asclepiades porque la razon le convence de que la fiebre parte del corazon y no de otra partícula alguna de nuestro cuerpo, y arguye de esta sencilla manera: la fiebre es un cambio en el calor nativo; el calor nativo existe en el corazon, la fiebre tiene su asiento en el corazon; luego solo en él reside su causa. Admite tres especies de fiebre segun consiste en los espiritus, en los humores, ó en las partes cálidas y de aqui las *ephemeras, ó diarias*, las *pútridas* y las *hecticas*. Las *diarias* son las mas simples pero reconociendo varias causas eficientes que constituyen diversas especies segun es la laxitud, ó la crudeza de los humores, ó la indigestion alimenticia, ó por la obstruccion producto de humores crasos ó viscosos y cuyas especies modifican, ó hacen diverso el plan curativo, haciéndonos notar la facilidad con que pasan á pútridas. Reconoce dos especies de fiebre ardiente, una verdadera, otra falsa; la una benigna, muy peligrosa la otra: nace la una de la bilis y reclama las bebidas frias, tiene su causa la otra en la pituita, y pide las bebidas teiformes. Distingue muy sabiamente el calor acre, mordicante de las fiebres biliosas del calor intenso pero que se hace muy soportable, ó suave al tacto á proporcion que se tiene aplicada la mano; y

el calor habituoso, ó madoroso y húmedo de las fiebres en que la pituita impera: observacion muy digna de notarse. Aconseja la sangría y la humectacion en las primeras: la purgacion en las segundas. En fin Tralliano es un hipocrático mas bien que un galenista, y su obra es de buen género y fundada en una sana esperiencia. Se hallan muy marcadas las fiebres angïotenicas, meningo gástricas, adenomeningias, y adinámicas en su fiebre sanguínea, biliosa, pituitosa, y putrida, si bien su teoría sea errónea en gran parte, pero exactas sus observaciones. Reconoció tambien las intermitentes y cita con ellas varios antidotos tomados todos de los tónicos y escitantes en fórmulas polifarmacas.

XXXII. Pablo Ægineta se halla en el mismo caso que Alejandro Tralliano: era tambien galenista, pero muy observador y de gran razon y perspicacia como se puede reconocer en sus buenos artículos sobre la higiene (1), sobre la mordedura de los animales, sobre los venenos vejetales y animales, entre ellos el del toxico (2), nombre tomado de las saetas que los bárbaros llamaban *toxenmata* que empapaban en este veneno, que pone en la clase de los acres en su primera accion y de los estupefacientes en su efecto general. . . . . *sequitur labrorum et linguæ inflamatio. . . . . qui vero mali hujus periculum evaserint attoniti ad stupentes.* Habla de las inflamaciones en el mismo lenguaje que Galeno y Tralliano, y por lo mismo ningun interes nos presenta: *omnes,* dice, *ex æquo tumores calidos quibus dolor, fervorque adest, nostri inflamationes, græci flegmones appelare consueverunt. Verum pro diversa quæ ipsos facit materia hi quoque*

(1) Paul. Æginet. oper ed. Guintes.
(2) Paul. Ægin. addit. Jacq. Goupin lib. 5. pag. 259.

evariant. Pero no deja de ser notable la idea en que estos hombres eminentes insisten de no llamar verdadera inflamacion sino á la que es producida por sangre de buenas cualidades y en cuya idea se distingue un espíritu observador que predecía verdades que algun dia habían de ser la base de otros sistemas: oigamos á Ægineta. *Cum sanguis provus, et crasitiœ mediocris, in particulam aliquam subito confluxerit, ac propter copiam impactus inhœserit, inflamatio, propié apellata, nascitur. Cum vero flava bilis in parte aliqua substiterit, herpetem: ubi et sanguis et bilis flava simul incubuerint, erisipelas excitatur: at cum sanguis, qui fluit, calidus impense, et crasus fuerit, carbunculos, movere solet....*(1). Es lástima que el humorismo arrastrase á este célebre médico, y no le dejase en plena libertad en sus observaciones. En su terapéutica era abundante, pero bastante ridículo: asi vemos que aconseja la ceniza de las sanguijuelas para curar las anginas, y dar claridad á la vista: la bilis del puerco curaba las úlceras de los oidos: en fin dominaba Galeno con sus humores, y su polifarmacia. Las fiebres son para él lo que vimos sér para Galeno. Se ha conservado hasta hoy la division de sus tipos en contínuas, continentes é intermitentes y bajo este aspecto no se ha perfeccionado la clasificacion. Las continuas son el synoco de los griegos, originado por la sangre ya demasiado efervescente ó en estado de putrefaccion efecto de las obstruciones vasculares. Es bastante exacto en la descripcion de las especies, y no recarga sus cuadros con una impertinente sintomatologia. Trata en particular de los sintomas que con mas frecuencia se presentan en las fiebres,

(1) Ægin. de inflamat. cap. 17.

y los examina aisladamente, en lo que fué seguido despues por gran número de AA. hasta Stoll, y aun hasta los modernos semiologos, y cuyo estudio si bien tiene alguna importancia, bajo el nombre de *enfermedades similares*, tiene tambien el defecto de estudiar los efectos separados de sus causas, y conduce al sintomatologismo; defecto que los modernos procuraron evitar y como puede verse en Dubois (1) y en Raclé (2) que nos advierte que «despues de estudiar los signos (quiere decir los síntomas) ó caracteres de las enfermedades se deben reunir con los otros para darles un valor diagnostico.» Tener un remedio para cada síntoma es el empirismo: estudiar cada sintoma es lógico: verlo independiente es absurdo: reunirlos despues de analizados es la *síntesis*. Pablo Ægineta no obstante nos dá consejos de importancia tratando de esos fenómenos y síntomas en las fiebres, v. g. cuando nos llama la atencion acerca de las úlceras por decubito que se presentan en el sacro en las fiebres graves. Por lo demas vé las fiebres como Galeno, y Traliano, y cuyas doctrinas dominaron el mundo médico por gran número de siglos, y en todas las épocas hasta hace muy poco tiempo, y sobre todo hasta la proclamacion del solidismo de Hoffmann y del vitalismo de Stahal.

XXXIII. Si quisiésemos reabsumir este estenso periodo de la ciencia sin duda observaríamos que los progresos de la piretologia fueron lentos y que fluctuaron sus principios entre la doctrina de observacion hipocrática y el solidismo dietético asclepidiano. Pero yo me atreveria á reunir, de

---

(1) Patog. gen.
(2) Frait. de Diagn. med.

las obras que llevo citadas, una doctrina no tan obscura, como aparece en sus escritos en los cuales la verdad se halla obscurecida entre teorías y opiniones propias de aquel tiempo en que la medicina progresaba, como todas las ciencias, en medio de mil obstáculos y de la ignorancia de verdades que hoy se conocen y entonces se veían como en lontananza solo por genios privilegiados. ¿La fiebre *efimera*, el *causus* no son tipos antiguos que hoy resucita Valleíx y que á la verdad no conoce mejor en su patogenia que los conocieron Hipocrates y Galeno? ¿La fiebre pestilencial, nuestra peste de hoy, la fiebre sudatoria, los tiphus no son enfermedades conocidas, y mas ó menos bien estudiadas, pero exactamente observadas en el largo periodo de Hipócrates hasta Galeno? ¿Y estamos hoy conformes en ver el typhus con esa claridad y exactitud que se proclama para que veamos como absurdas las ideas de esta estensa época? Hemos de ver otro periodo de mas errores, de mas divagacion, y ese periodo, tristemente celebre, será la consecuencia del olvido de los hombres eminentes de que acabo de hablar. Su tiempo concluye aqui en el siglo II de la era actual, porque si bien Orivasio, Alejandro Traliano, Celio Aureliano, y Ægineta en el siglo IV, V, y VI, sostuvieron las doctrinas de su tiempo, fueron como fugaces ráfugas apagadas en medio de la barbarie y obscurantismo de aquellos tiempos desastrosos para la humanidad.

XXXIV. Un letárgico silencio sobrecogió la ciencia desde el siglo VI, siglo desgraciado en el que no solo la medicina sino tambien los otros ramos del saber humano sufrieron un golpe de muerte bajo la dominacion de una nacion bárbara que ha iniciado su poder entregando á las llamas

la famosa biblioteca de Alejandría, depósito del saber del mundo. Pero no á esto solo debe atribuirse el oscurantismo de esta época, sino tambien al cetro de hierro que humilló á los hombres, cerró las aulas é impuso aquel peso ominoso sobre el entendimiento que trae en pos suyo el desaliento y la miseria. La España fija en esta época una de sus glorias, pues que en ella se conservaron los restos del saber de los Hipócrates, de los Celsos, de los Areteos, de los Galenos y de los Eginetas. En nuestra península buscaron las ciencias y las artes un seguro asilo contra el genio destructor de los pueblos del norte. Fomentado su saber en el siglo IX; en el X florece la escuela de Toledo, y bajo la dominacion de los sarracenos aparecen algunos genios que hacen conocer las obras médicas de los antíguos, de las que ya no se tenía idea por el silencio de mas de tres siglos. Aparece felizmente Rhazes llamado el Sydenham de la Arabia y notable por su famosa descripcion de la viruela. Avenzoar, médico dogmático (1) ha sido el primero de los médicos árabes españoles, apesar de que muchos le consideran empírico, pero esta opinion fuera contraria á lo que debía esperarse de un hombre de gran ingenio: seguía principalmenmente la doctrina de Galeno pero tenía tambien la suya propia y cuya esperiencia demostraba en las historias de los males que nos ha dejado y son aun dignas de leerse (2). Se ha esmerado mucho en el diagnòstico diferencial de los males que pueden confundirse, y sobre todo entre la pulmonía, la pleuresia, la mediastinitis y la pericarditis, y en verdad sea dicho que apenas puede hallarse en los modernos una sintomatologia mas

(1) De la Metrie pag. 55.
(2) Freind. pag. 241.

exacta. En muchas cosas ha sido notable este célebre medico que ha gozado de una admirable reputacion por muchos años, dejándonos fórmulas farmacéuticas que aun llevan su nombre. Averhoes, famoso médico árabe español, comenzó su carrera como gran médico y como gran filosofo, dedicándose á la magistratura; pero sus ideas atrevidas sobre el alma *única universal* le produgeron una atroz persecucion sin haber producido grandes ventajas á la ciencia por sus sutilezas peripatéticas. En fin Albucasis y Messué famosos galenistas, trabajaron tambien mucho en favor de la ciencia, observándose que todas las doctrinas de esta época no eran mas que las del médico de Pergamo mas ó menos exageradas. Estos célebres médicos dominaron las escuelas por algunos siglos. Los árabes mas aficionados á la especulativa y á las hipótesis que á la observacion y experiencia, ó á lo menos mas inclinados á la filosofia de Aristóteles que á la de Platon, no siguieron rigorosamente á Hipócrates: tomaron á Galeno por maestro y se observa en Avicena y Averhoes el poco caso de la medicína hipocrática que hace contraste con la veneracion por la doctrina de Galeno. Nada adelantaron, pero no hicieron poco con sacar del olvido las bases de la verdadera medicina, bien se llamase galénica ó hipocrática. La escuela de Córdoba fué en la que brillaron algunos genios aplicados que leyendo las obras de Galeno renovaron su doctrina sobre las fiebres. Rhasij escribió, entre otras, un tratado de fiebres en el que admite la doctrina de la crisis de Hipócrates y la division piretológica de Galeno con las anotaciones de Egineta y Tralliano. Usaba mucho de las sangrías revulsivas. Todos los médicos árabes eran muy inclinados á la cirugia y á la química, y de aquí ese gran

número de fórmulas de las que aun se conservan muchas. Y apesar de lo que se diga de la escuela árabe, no fué menos, si no fué mas calamitoso para la ciencia el obscurantismo y la ignorancia que dominara luego despues de Galeno, de lo que había sido en Grecia despues de Hipócrates. Resucitar las doctrinas de estos grandes médicos era, á lo menos, resucitar el amor al estudio de la ciencia.

XXXV. Por una larga época se disputaron la preferencia de las escuelas Hipócrates y Galeno, y como si se hubiesen agotado ya los nuevos pensamientos y las nuevas ideas, todos eran hipócraticos ó galenistas pero mas ó menos dogmáticos, mas ó menos metodístas ó pneumáticos sobresaliendo entre ellos los principios humoristas, solidistas ó fluidistas. No obstante en el siglo XVI bajo la poderosa influencia de Fernelio, Houlliero, Dureto, Foes, Fracastor, Foresto, Amato Lusitano, Mercado, Valles y otros la medicina hipocrática triunfó con grandes ventajas. Las obras de estos célebres médicos se leen hoy, se consultan con utilidad, y son un tesoro práctico: deben aun leerse mas; deben consultarse mas. Concluyendo de hablar de las dos grandes épocas, de los dos grandes genios de Coos y de Pergamo debemos observar que ya apenas volveremos á ver figuras tan colosales en la historia de la ciencia, y cuyos nombres inspiren tanto respeto. Veremos sistemas especiales, teorías nuevas, pensamientos mas ó menos importantes pero cuya influencia es efímera, cuya esfera es limitada. Hombres eminentes, no obstante, elevaron su voz potente, y trabajaron con un celo digno de una eterna memoria para volver la ciencia al camino verdadero de la observacion despues de esos siglos de triste memoria, y nótese que al resucitar la ciencia dos cosas deben llamar

nuestra atencion: la primera es, que las ciencias naturales, la anatomía, y la fisica dominaron los gabinetes de los hombres que sobresalían, como si se quisiese anunciar la filosofia y el genio filosófico que debía muy luego proclamar la necesidad de la experiencia filosófica en el Gran Canciller Bacon; y por este instinto filosófico parece que la cirugía fué la que mas se utilizó como que era la enseñanza rudimentaria del método experimental, y de la idiologia de los sentidos. En este campo dieron la voz de alerta Lanfranc, Chauliac y Ambrosio Pareo. La otra observacion en la que debemos fijarnos es en la resurreccion de la ciencia y que al disiparse la tenebrosidad que la cubría aparecieron lumbreras respetables que llenas de amor á la ciencia y á la humanidad quisieron partir de allí de donde quedara la ciencia entregada á un profundo letargo resucitando á Hippócrates y Galeno: he aquí á Fernelio, á Dureto, á Foes, á Baillou, Amato Lusitano, y tantos mas que se ocuparon especialmente en dar nueva importancia á las doctrinas ya olvidadas de la Grecia. No parece sino que la verdadera filosofia de las ciencias practicas está unida al nombre del fundador de la ciencia. No hallamos, pues, nombre de esa gran talla en la restauracion, si bien los reconocemos de grande importancia.

XXXVI. Despues de esta época hallamos hipótesis, teorías, y á veces ridiculeces como la alquimia, la cabala de Paracelso, y otras que mas ó menos tuvieron ya su iniciacion muy antes. Aparece Sthal con su animismo, Sylvio con su jatro-quimismo, Sydenham con su experiencia, Hoffmann con su solidismo, Boherave con su fisico-químico-humorismo, Cullen con sus espasmos, Broun con su dicotomia, Broussais con su monotomia y dividieron de

tal manera el campo clínico que esas figuras importantes no ocuparon el lugar que debieran y se rodearon de un proselitismo mas ó menos numeroso que sostubo poco los principios de cada escuela. He aqui la razon por que tenemos que detenernos un momento en estas escuelas antes de estudiar la actual porque ellas son, no obstante, como los eslabones para subir hasta esta época sin dejar nada atras, y nos hallarémos á mediados del siglo XIX con las mismas dudas, unas mismas cuestiones, la misma indecision que dió motivo á tantas divagaciones sobre los estudios piretológicos, despues de tanto como se ha meditado, observado y experimentado; es decir, despues de haber puesto en contribucion la filosofía y la experiencia.

XXXVII. *Empirismo cabalistico*. Empero aun la ciencia no había pasado por la última prueba despues de la cual, séame permitido decirlo, no puede pasar ya por otra que no tenga semejanza en siglos pasados ó que en ellos no se apoye. Era preciso que apareciese Paracelso, y despues de la ignorancia y los delirios de este soñador aleman nada ya puede verse nuevo, todo es parafrasear lo que ya se ha dicho mas ó menos bien, con mas ó menos exageracion. Paracelso, no obstante, tampoco podía hacerse en todo singular; era humorista; creía en las alteraciones de los humores; despreciaba, como Thesalo, á los antiguos. La influencia de los astros, la virtud de los talismanes, los efectos de la cábala y las virtudes medicamentosas deducidas de la metalurgia eran la confianza de su práctica. Su doctrina duró poco tiempo porque no estaba apoyada ni en la razon ni en la experiencia; pero en su época transitoria imperó casi absolutamente porque, como dice un celebre historiador, era una necesidad absoluta entonces curar

ó mas bien matar por la química (1); é yo añadiré y por los astros ó por los números. El renombre que ha merecido se debe á dos causas, á su ostentacion, á su singularidad mas acaso que á algunas verdades prácticas de bastante celebridad: por esto nos detenemos en Paracelso. Los órganos del cuerpo humano estaban sujetos á la fuerza astral directa y singular: el corazon al sol; el cerebro á la luna; el hígado á Júpiter; el bazo á Saturno; los pulmones á Mercurio; la bilis á Marte; los riñones y los órganos de la generacion á Venus. La mitología antígua, la astronomía de aquel tiempo, las creencias vulgares y el lenguaje singular de entonces aun halla hoy semejantes. En medio de tantos errores, de tantos delirios y de la indisculpable osadía de despreciar á Hipócrates y de quemar las obras de Galeno en uno de esos momentos de exaltacion. . . . *publicè de chathedra libros combussit, se et diabolum consulere velle, si Deus juvare nolit, dictabat auditoribus* (2); en medio de que con su metalúrgia especulaba con maña haciéndose tan rico que decía su emanuense Oporinus (despues hombre muy docto) que tenía tanto dinero que parecía que el diablo se lo daba, ha enriquecido la terapéutica y le somos deudores de algunos buenos remedios. Utilizándose de las ideas de los antíguos sin confesarlo y sin duda despues de haber observado el uso que Aecio y Alejandro Talliano hacían del mercurio y de su preparado el cinabrio para la gota y el reumatísmo, se determinó á administrarlo en la sifilis, en la lepra, la sarna y otros males, ya solo, ya combinado con el opio. Tambien aconsejaba el estaño en las lombríces y reco-

(1) De la Metrie pág. 59.
(2) Boer. elem. chem.

nocia al estómago como un centro vital, dándole tal importancia que en el fijó el asiento del principio orgánico. He aquí como en medio de los errores sobresalen siempre algunas verdades de grande importancia. A esta escuela quiso pertenecer Helmoncio que se entregó á los estravios de la alquimia, á los arcanos, y se hizo célebre por su *archeo* ó alma orgánica que colocó en el centro epigástrico á semejanza de aquel, y cuyo principio preside todas las funciones y es la defensa del organismo en sus enfermedades y el que reconoce la virtud de los medicamentos. Era solidista, pneumático, y á escepcion del colorido que ha dado á su creacion mental para producir las enfermedades y dirigir las curaciones, nada notable se halla en sus escritos. Una verdad anuncia su *creacion:* esta es la necesidad de separar el principio *pensador* del principio *orgánico;* la necesidad de no confundir la *materia* con el *pensamiento:* para esto creó en su fantasía el Archeo, pues que el mismo confiesa (1) que su doctrina mas se apoya en las imágenes de su fantasía, y en sus representaciones en sueños, que en los raciocinios de su entendimiento (2). No obstante, sus principios fundamentales suponiendo á su Archeo dotado de sentimiento y de percepcion y dirigiendo actos organicos de importancia, fueron despues admitidos con otras denominaciones por Rivinus, por Wepfer que le llama *Proeses sistematis nervosi,* por Boherave en medio de su doctrina *jastro-quimico-mecanica,* por Sthal, y por Barthen: pero como ni constituyó escuela, ni se ocupó de la piretologia pasaremos en silencio sus errores y sus verdades,

---

(1) Helmont. Cap. de Venat. Scient.
(2) De la Scienc. de L' Homm. Barthez tom. 1.° pág. 79.

pero sin dejar de manifestar que pertenece á la escuela animista que no puede considerar la materia orgánica sin un agente ó principio de animacion, y por lo mismo puede muy bien confundirse con el vitalismo y dinamismo que reconocen la necesidad de agregar propiedades á la materia y fuerzas á los órganos. Parece quiere representar la palabra *Natura* de Hippocrates y de Sydenham. No es este nuestro vitalismo.

XXXVIII. *Doctrina química.* Las ideas de Paracelso y de su discipulo Helmoncio sellaron de un modo profundo las doctrinas médicas de su tiempo y abrieron, por decirlo así, una nueva brecha en el fuerte inespugnable de la experiencia filosófica. Las ideas aplicadas de la química, tosca en aquella época, no habían aun invadido la ciencia, y una vez probada la posibilidad de esplicar bien ó mal los fenòmenos vitales fisiológicos ó morbosos por las combinaciones salinas y metálicas, las elaboraciones inorgánicas, las fermentaciones, y las efervescencias, muy facil era ya convertir al organismo en un laboratorio con sus retortas, sus tubos, hornos y reactivos. Y nótese bien que no hubo sistema médico alguno que no hubiese dejado en pos suyo, por ridìculo que fuese, y por escasa vida que hubiese tenido, algunas ideas fijas que jugaron siempre mas ó menos en todos los que les sucedieron: esto era sin duda porque en todos había *errores* y *verdades*. Vemos en efecto que el célebre Silvio de la Boe y Tomas Willis no pudieron hacerse superiores al vértigo que aun dominaba despues de la doctrina de Van-Helmont, pues aun cuando fueron verdaderos prosélitos de la doctrina química y aun, como quieren algunos, especiales fundadores del sistema iatro-químico, ellos no adquirieron su grande reputacion por su sistema,

sino por sus verdades prácticas y por sus importantes trabajos en el campo de la observacion pura, superior á todos los sistemas. Silvio con sus trabajos anatómicos, con su gran pensamiento sobre el estudio de la medicina clínica y su institucion de la escuela de Leiden ha merecido bien de la ciencia (1). Su doctrina presenta un verdadero tratado de instituciones médicas en el que es notable el órden y método con que se hallan espuestas en él las matérias. La anatomía, la fisiologia, la patologia fueron por él razonadas con tan gran criterio que solo es lamentable que sus *espíritus, sus acrimonias, sus elixiris* hubiesen hecho algo ridículas sus esplicaciones. Pensaba como sus antepasados y como Galeno sobre las inflamaciones. *Phegnome est tumor præter naturam ex sanguine estravasato cum rubore, calore, dolore, tensione, renixu, et pulsatione conjuntas:* he aquí la idea de la obstruccion vascular sanguínea jugando el principal papel en la inflamacion. La diferencia entre las inflamaciones proviene, segun él, de la diversa estructura y es la única que reconoce entre la angina y la pleuritis: esta idea es muy luminosa. En su práctica daba grande importancia á los medicamentos heroicos sacados especialmente de los estimulantes del reino mineral, y de los metales, restos aun de la escuela paracelsiana. Su *solucion regia de antimonio*, su *sulphur auratum,* su *oleum sulphuris per campanam*, su *spiritus vini succinati,* su *elixir propietatis Paracelsi,* su *tinctura auri* (2), y otro gran número de fórmulas de esta especie, hacen ver con claridad cuanto se resentía de las escuelas anteriores: fórmulas que aun existían ó prin-

---

(1) Tot. med. id. nov.
(2) Ob. cit. tom. 2. pag. 418.

cipios de nuestro siglo y que aun hoy se nombran. Silvio de Leboe que fué el primero que intentó esplicar todas las leyes de la economía por las leyes de la química, seguía en la piretologia casi las ideas de Galeno, pues admitía que la bilis y la linfa eran causa eficiente de las fiebres contínuas cuando estos humores por sus cualidades escitaban en el ventrículo derecho del corazon un aumento de efervescencia que originaba el movimiento del pulso. Las fiebres intermitentes provenían de la escesiva acrimonia del jugo pancreático. Esplica los periodos del paroxismo por la mezcla de este humor con la pituita y la bilis, el que por su avidez causa el periodo algido en todas las fiebres asi como la bilis el piretico. No nos detengamos en esta convinacion química humorista de ninguna utilidad. Los purgantes, el opio, las sales volátiles, y los diaforeticos corregían ó espelían las cualidades de estos humores ó los humores alterados.

XXXIX. Willis no se separó mucho de las ideas de Silvio; y sus sales, sus sulfuros, sus mercurios, y sus vitriolos con sus metales, nos demuestran claramente en donde había bebido los rudimentos de sus doctrinas. No obstante se ganaba terreno, porque lo ganaba la observacion, y estos dos hombres de verdadero genio no fueron inútiles á la ciencia, y especialmente á la patologia. El espasmo y las irritaciones fijaron su atencion de un modo notable: *Quando stomachus primò afficitur, in causa est, quod fibræ nerveæ supra modum irritatæ, alteras motrices in spasmos secretores ciant* (1). Los humores viciados son la causa, segun el, de las irritaciones gástricas é intestinales.

---

(1) Thom. Will. de med. operat. in hum. corp. pag. 96.

Distingue con grande exactitud la irritacion fisiológica de la patológica: á la primera la llama *instintiva;* á la segunda la considera producida por el *estimulo y escitamiento:* estas palabras son muy notables para que degemos de citarlas. *Præter irritationem præditam quæ fibr cornæ natura instinctu..... accedunt insuper stimuli quidam allii et varia incitamenta* (1), Este principio fisiológico-patológico fué despues reconocido por Brown y las irritaciones fisiologicas y patológicas fueron tambien despues los puntos cardinales de la doctrina de Broussais. Tomas Willis bajo las mismas bases de Silvio parece fué menos humorista, sin duda porque era mejor anatómico, pero siguió proclamando las teorías y esplicaciones químicas. Admitía cinco elementos; los espiritus, el azufre, las sales, el agua y la tierra, á los que se reducen todos los cuerpos sujetos al análisis por el calor. La fermentacion es su gran fenómeno fisiológico, y los fermentos origen de vida, ó muerte. Su teoria de las fiebres se basa sobre estas ideas. El calor intenso exalta los espiritus de la sangre y produce la fiebre, que es intensa cuando existe una discrasia que fomenta la fermentacion y que consiste en la abundancia en la sangre de azufre grueso con escasez de linfa para disolverle. Si la fermentacion se estiende á las partes azufrosas resulta una fiebre putrida. Los partidarios de Galeno en el siglo XVII reconociendo los grandes dotes de Willis admitieron parte de esta doctrina porque las cualidades quimicas y las condiciones que señalaba este celebre anatómico, mas bien que notable químico, para la existencia de la fiebre simple, ardiente, pútrida, ó inter-

(1) Ob. cit. pag. 110.

mitente las hallaban ellos en la bilis, en la pituita y en la sangre, en cuyos humores reconocían tambien espiritus, azufre y sales fijas ó volátiles. Esplicaba los intermitentes por la fermentacion de los jugos del estómago que circulando producían la pirexia que terminaba con su eliminacion, y volvia á reproducirse cuando jugos mal elaborados ejercían nueva accion (1). Parece inclinado á la observacion y nos cita las curaciones espontáneas debidas á la dieta en sus historias, y es seguramente mas digno de un gran médico abstenerse de una enérgica medicacion que sujetar los enfermos á planes que solo sean hijos de teorías y de sistemas. Sus principios químicos lo llevaban á veces á la verdad práctica, admitiendo los diluyentes, los atemperantes y aconsejando que no se dé alimento animal de carnes á los enfermos hasta que adelantada la convalescencia pueda el estómago digerirlos sin esponerlos á la descomposicion septica. En fin, Silvio como Willis ensayaron la aplicacion de los conocimientos quimicos á la fisiologia y á la patologia, pero esta parte de las ciencias físicas estaba aun en mantillas. Por otra parte se requiere gran número de condiciones para que aun en el estado actual, la ciencia de Liebig, de Dumas, de Graham pueda ser aplicada, sin una gran reserva, á la naturaleza orgánica y particularmente á la patologia. Confesemos que Wilis por sus inmortales trabajos sobre los nervios (2) se hizo acreedor á una fama postuma que la ciencia le consagró. Sus ideas sistemáticas merecen poco; sus trabajos de imaginacion no fueron admitidos; pero sus observaciones, sus esperiencias

---

(1) De febribs.
(2) Cerebr. anotom. descriptio.

anatómicas y clínicas son respetadas. He aquí la única razon porque la aparicion de Boerhave, de Sydenham, de Baglivio y de Hoffman mató la teoría química de Silvio, y de Wilis, pero respetó sus doctrinas esperimentales como se respetan hoy, aun cuando reconocemos ridiculos sus principios químico-orgánicos.

XL. *Doctrina práctica.* El siglo XVII se distingue por la fuerza del genio observador que sobresalía en los hombres de aquella época. El descubrimiento completo de la circulacion de la sangre alienta al trabajo y este siglo solo conserva el poder mágico de servir aun de égida á los desvarios y á las ilusiones. En el veremos las colosales figuras de Bonet, de Prospero Alpino, de Sydenham y de Baglivio, Heredia, Casal, Morton, para recordar el verdadero camino de la ciencia, la observacion y la esperiencia.

XLI. Sydenham en inglaterra contribuyó mucho á detener el curso sistemático de la doctrina química que reconoció como abusiva y de una aplicacion estraña. Pero este Sydenham que tantos elogios mereció y dijo tan buenas cosas tuvo tambien muchos errores. Yo no se si me atreva á decir que hay algo usurpado en su colosal reputacion; bien que en su época no fué poco el detener el vértigo químico de las cabezas médicas. Por lo demas este inglés de maduro y fuerte ingenio, de concienzudo pensar no fué superior á los sistemas, ni fué capaz, como el creía, de elevarse sobre las creencias de su tiempo. Era humorista, veía como Silvio acrimonias, y todo lo que supo no se lo debió á si solo, como parece ostentarlo, sino que lo debiò á su mucha erudicion, unida á una estensa práctica ejercida en medio de la firme creencia de que existìan grandes errores que rechazar. Debiò tener bastante orgullo se-

gun se infiere de su lenguaje, y bajo esta consideracion merece mejor el nombre de Galeno inglés, que el de Hipòcrates de Inglaterra. Era profundo no obstante, y se lamentaba ya entonces del abuso de las nosologias (1) y en esta parte pensamos como Sydenham. El prurito de simplificar los cuadros nosològicos confunde las enfermedades y hace un efecto tan contrario en la educacion médica como en los progresos de la ciencia, viendo aparecer al lado de una enfermedad otra que si bien se le parece en algo, tiene un caracter diverso, diversa índole, y diverso tratamiento. Decía bien el autor inglés, no es esto solo, sino que la distribucion en especies sirve mas bien para apoyo de las hipòtesis y sistemas de sus autores, que para provecho de la ciencia. Daba Sydenham grande importancia á la atmósfera, y en esto era hipocrático y galenista, y asi es que en su obra se pueden leer un gran número de epidemias debidas á su *anni tempestates*. Reconocía la naturaleza como una poderosa fuerza medicatriz que efectúa las curaciones con un pequeño auxilio y á veces sin ninguno. *Hæc omnia peragit natura paucisimis, simplicisimisque adjuta remediorum formulis, alicubi etiam prorsus nullis.* Considera imposible el conocimiento de las causas, *causas inescrutabiles prorsus esse,* en lo que se parece á los empíricos, contentándose con observar el origen del mal y sus efectos. Famoso partidario de la coccion y espulsion de los humores pecantes, veía, esperaba, y promovía los esfuerzos expultrices, y por esto definía la enfermedad, *naturæ conamem materiæ morbificæ esterminationem, in ægris salutem*

(1) Oper. med. præfat.

omni ope molientis (1). Bajo estas bases la peste no era otra cosa que una complicacion de síntomas que la naturaleza promovía para espeler las partículas inspiradas con el aire por emunctorios convenientes; ni la artritis era mas que un efecto providencial de la naturaleza para depurar la sangre. Y no se crea que esta idea es singular para la peste y la artritis porque es igual para todos los males: *potest et idem affirmari de plerisque aliis perfecte formatis.* Este esclusivismo autocrático, la importancia que da á las alteraciones humorales, á la sangre viciada, á las distribuciones de los espíritus, á la coccion y á la espulsion de la materia morbífica, hacen ver claramente que leyó y que bebió sus ideas en los autores mas célebres de la antigüedad, y que su obra como doctrinal no tiene mérito propio. Empero sus descripciones, su exactitud, su fidelidad, su ojo observador y su práctica, hacen que la lectura de sus obras tenga mucho aliciente. Las inflamaciones eran para Sidenham producidas por la inflamacion de la sangre, y por sus cualidades acres: otras veces reconocía por causa la materia morbífica que debía espelerse y se depositaba en ciertas partes, en la frenitis se fijaba en la meninges (2), y en las membranas que cubren las costlllas en la pleuritis. De estas ideas se deducían sus planes curativos. Usaba bastante la sangría en la pulmonía pero cuando se complicaba con la saburra biliosa, ó pituitosa alternaban los purgantes (3).

---

(1) Oper. med. sect. I. cap. I.

(2) Obr. cit. cap. 3. 51.

(3) Esta importancia que los autores antiguos daban á las cualidades de la sangre está hoy comprobada por los experimentos

XLII. Sidenham no constituyó verdaderamente escuela; proclamando la práctica fué escesivamente sintomatologista, pero tuvo una influencia extraordinaria en la práctica de la ciencia. La fiebre es segun el una desordenada *conmocion* de la masa sanguínea que ó la produce ó la acompaña y promovida por la naturaleza para eliminar la causa heterogenea que ella contiene y la daña, ó para cambiar el estado de la sangre en una mejor diatesis. Recientes aun las ideas químicas rechaza las palabras *fermentacion y evulicion* usadas por Silvio y Willis para reemplazarlas con su *conmocion*. Se presenta bajo el aspecto humorista, y con todas las ideas de la medicina depuradora. Daba Sidenham como Hippócrates y Galeno una gran importancia á las influencias estacionales que originan sus *constituciones epidémicas* y cuyas fiebres reinantes toman diversos nombres ya en razon de ciertas cualidades que adquiere la sangre ya en razon de algun síntoma sobresaliente; y de aqui los nombres de pútridas, malignas, petequiales etc. Su terapéutica es bastante estensa y su método complicado si bien en las fiebres vé generalmente la inflamacion sanguínea y aconseja los refrigerantes y atemperantes que dice le probaron bien en esta especie de fiebres. Era muy aficionado á la sangría, pero aconseja que para hacerlo en las fiebres se necesita plétora, hábito atlético y temperamento sanguineo, porque si el sugeto es flaco y poco espirituoso

---

de Andral y Gaveret, y las doctrinas químicas y humoristas las unas con sus sales y las otras con sus acrimonías, justificadas hasta cierto punto por los hematologistas modernos. (Annales. de chim. et de physig. Essai d' Hematog. patholog. Par G. Andral).

(activo), *à venæ sectione manum tempero: si in bis imperarem, forsam ipsius ægri interitus sequeretur*. Ridiculizaba el nombre de fiebre maligna que el vulgo dá á toda fiebre grave y que llamó tambien la atencion de Baglivio, admitiendo con preferencia la palabra grave. El Hipócrates inglés dista mucho del de Grecia, y ni en sus principios, ni en su práctica tuvo mas mérito que el de un mero observador, que quiso arrancar la ciencia de un dominio estraño para traerla á la práctica. Tuvo gran influencia en su siglo y siguieron su camino otros hombres no menos ilustrados que conocieron la espuesta pendiente en que se hallaba la ciencia. Leamos pues, las obras de Sydenham: en ellas hallaremos práctica médica, madurez y circunspeccion, pero no las leamos como la voz de un oráculo, ni con escesiva fé: tuvo errores, pero dijo tambien verdades. No pudo llegar, ni podía aspirar á ser protagonista de una nueva doctrina, pero fué un egemplo de veracidad práctica.

XLIII. No fué la influencia de Sydenham la que guió á nuestro Pedro Miguel de Heredia en su tratado de fiebres, ni en su tendencia eminentemente práctica, porque aquel escribía las epidemias hasta 1680, mientras que el tratado de Heredia sobre las fiebres tiene ya una 2.ª edicion por Barca de Astorga, muerto ya su autor en 1690. A Heredia había precedido Mercado, como á Piquer precediera Heredia. Nuestro Miguel de Heredia eminente práctico se utiliza de las observaciones de sus predecesores y sigue á Hipócrates y á Galeno en considerar la fiebre como dependiente de los espiritus y del calor de la sangre que inflama todo el cuerpo y daña á las funciones. La medicina árabe gozaba entonces de gran opinion y influyó bastante en sus opiniones y muy especialmente Aviema. Es

importante leer su obra porque podemos decir que en ella hallaremos toda la piretológia hasta su tiempo. Y si le colocamos al lado de Sydenham es porque Heredia sin prescindir, como el llamado Hipócrates inglés, del conocimiento de las causas de las enfermedades, prescindió de las divagiones de su época para llamarnos á la observacion. Cree que la fiebre puede partir de todas las partes del cuerpo, y no tan solo del corazon, en lo que demuestra haber reconocido las afecciones locales, sobre todo inflamatorias, que producen la calentura. Critica á Sennerto porque considera la fiebre maligna de tres maneras en su naturaleza con los nombres de fiebre pestilente, maligna, y petequial, que es nuestro tabardillo, siendo que las tres especies dependen de la putrefaccion, y en lo cual parece tener la idea de simplificar la sinonimia interminable entonces, segun vamos á ver como una importante curiosidad, y variada hoy en los nombres pero no menos vaga y numerosa como diremos mas adelante. Establece como precepto y como primer principio que nunca existen fiebres agudas sin la lesion de alguna parte interna que se halle desarreglada, obstruida, ó de cualquiera manera inflamada, aconsejando la mayor solicitud en reconocer esta parte no solo por los signos sino tambien por el tacto, lo que ya Hipócrates ordenaba para el exámen del vientre é hipocondrios. Si nuestro Mercado, Valles, Heredia y Piquer prescindieran un poco mas de las teorias de Galeno, poco habría que exigirles bajo su aspecto práctico. Miguel Heredia reabsume todo un período en su estenso trabajo sobre nuestro objeto (1) y por lo que respecta á la patogenia de la fiebre la con-

(1) Syntagma Universale de Febribus.

sidera ya en la sangre ya en la cualidad maligna de los humores. Aconseja la sangría al principio aun en las malignas ó graves, especialmente cuando haya inflamacion interna. Los purgantes, y las sanguijuelas aplicadas á las venas hemorroidales, tan aconsejadas por Luis Mercado, y los atemperantes son la base del tratamiento. No es partidario de los cordiales, de las confecciones, de los electuarios tan prodigados en su tiempo. Hallamos notable en su obra la designacion de la multiplicidad de fiebres que se admitían, y que como he dicho es curioso conocer. La fiebre por razon de su tipo es ó continua, ó continente, ó intermitente. Por su duracion es diaria ó ephémera, y esta es el tipo de las otras fiebres graves, y aun puede degenerar en héctica. Por su peligro pueden ser benignas y malignas. Por razon de la hora en que invaden ó se recrudecen son diurnas, ó nocturnas. Pero generalmente las fiebres tomaban en aquella época diversas denominaciones segun sobresalían ó se presentaban algunos fenómenos de mayor gravedad.

XLIV. La época práctica del siglo XVI y parte del XVII no renunciaba enteramente á las doctrinas de Galeno y de Avicena, y en España la escuela árabe tenía bastante influencia. Cada síntoma grave constituía una especie de fiebre, y esta idea caracterizaba las fiebres perniciosas, punticulares ó tabardillos, pútridas, vertiginosas, singultuosas, coliquativas, hécticas, sanguíneas, flegmáticas, ardientes, causon y biliosas, segun que bajo la apariencia benigna presentaban malignidad, ò porque venían con peteqnias, ó putridez, ó vértigos, ó hipo incómodo, ó estenuacion rápida con diarrea, ó sin diarrea, ó se prolongaban y el enfermo se estenuaba, ó segun que se veía

sobresalir el elemento flogístico de la sangre, ó se marcaban las fiebres pituitosas, mucosas ó linfáticas, ó la bilis jugaba el principal papel. No les parecía esto suficiente, y aun se hacía mas estensa la clasificacion, bajo las mismas bases, reconociendo las fiebres *elodes* ó con grandes sudores, *las typhodes* cuando el sudor acompañaba una afeccion hepática, erisipelosa, ó flegmonosa, ó había estupor, *lypiria* si hay inflamacion de estómago, crymodes si viene la fiebre con inflamacion del pulmon, *asodes* si el enfermo se agita con grave inquietud lo que demuestra malignidad, y inflamacion interior, *pemphigodes* las que traen ansiedad precordial con suma gravedad, pero otros AA. quieren que esta fiebre tenga por carácter pústulas, ó tubérculos en la piel y especialmente en la cara, *almyrades* en las cuales parece dominar un principio salino, *querquera* que parece ser el anasarca con la intermitente cuartana que con frecuencia la produce, *phrycoides* cuando el frio domina el mayor periodo de una intermitente: se llamaron *statas* las intermitentes erráticas, *taracoides* las periódicas graves con delirio, *eritroides* cuando traen erupcion purpúrea, ó gran encendimiento en la piel, *amphemerina* á la cotidiana, *cathemerina* la que apenas deja intervalo alguno, en fin, interminable es el número de fiebres como variable el metodo curativo de ellas, si bien siempre jugando entre el antiflogístico y diluyente bajo la idea de inflamacion de la sangre ó de las vísceras, y el depurante bajo el aspecto de humores impuros. Pero realmente ¿que podíamos pedir á los médicos, del siglo XVI y XVII cuando la claridad de la restauracion comenzaba á iluminar el campo de las ciéncias? ¿No era suficiente resucitar las doctrinas de

mas nombradía que los tiempos de barbarie sumergieran en el olvido como lo hicieron Sennerto, Mercado, Heredia, y llamar los médicos al campo práctico como lo hizo Sidenham? ¿Podía surgir de la tenebrosidad de los siglos una ciencia nueva, brillante, y depurada de errores? Esta reaccion fué favorable á Hipócrates y á Galeno como los dos grandes centros de la ciencia. Poco á poco será mas clara la luz y menos exagerados los principios que renacen.

XLV. Colocamos entre los médicos que proclamaron la doctrina práctica á todos los que, sin querer dominar la ciencia por nuevos principios, supieron prescindir de las ideas de novedad de aquel tiempo para guiarnos al hipocratismo por mas que ciertas ideas exageradas de Galeno dén un tinte especial á sus obras. Las ideas de Descartes, las elucubraciones de Helmoncio, y los principios de Silvio tenían un ascendiente poderoso, y todo lo que fuese separar la ciencia de estos escollos era digno é importante. Bacon proclamaba entonces su llamamiento á la observacion de los fenómenos, Santorio con su estática, con sus experiencias, con sus consejos para evitar los errores, y Harveo con el descubrimiento de la circulacion de la sangre dieran bastantes elementos al siglo XVII para limitarse en lo posible á la observacion y no precipitarse en los desvaríos de un exagerado galenismo, ni de un ridículo quimismo. Asi aparecen en esta época, que realmente inició Sydenham, Ricardo Morton, tan célebre por su thisiologia, Baglivio, que merece ser juzgado aparte y nuestro Andrés Piquer eminente práctico valenciano, y aun Lázaro Riverio apesar de su inclinacion á las fermentaciones de Silvio. Morton, que llama en apoyo de la ciencia la anatomía patológica, proclama el método *à posteriori* y

se marca señalado rival del humorismo y de las hipótesis admitiendo, no obstante, sus espiritus vitales intimamente unidos con la sangre de la que y del sistema nervioso provienen. Cree Morton que pocas cosas pueden demostrarse *á priori* y aun cuando rechaza el empirismo, considera que los efectos y la demostracion *á posteriori* nos llevan á reconocer la existencia de un veneno capaz de producir la fiebre y á demostrar su antídoto mas bien que la razon. La fiebre aguda, escepcionando la ephemera, reconoce por causa un miasma heterogeneo contenido en los espíritus. Este miasma que huye la inspeccion de los sentidos no se puede describir. Nótense bien estos conceptos del A. que parecen anunciar una grande idea que luego no se desenvuelve, y se inutiliza. Demuestra su teoría con los síntomas de las fiebres, y pide para las fiebres contínuas un antídoto, como lo tienen las remitentes é intermitentes en la quina, que espela el veneno que las produce. En las intermitentes admite *venenum intus natum, vel ab extra admissum*. Su *Synopsis Febrium* es una verdadera clasificacion piretológica. La fiebre ó es héctica ó aguda. La primera consiste en la permanente espansion preternatural de los espíritus ó por veneno delitescente poco irritante: la segunda se divide en fiebre libre de causa venosa *(diaria)*, y en fiebre por agente toxico del interior ó esterior ó por contagio: esta se divide en *intermitente* y *contínua*. La contínua se subdivide en *continente, inflamatoria, coliquativa y verminosa;* la continente, ó remitente en *simple* y *mista;* la inflamatoria es *escarlatinosa, variolosa, reumática* y toma todas las denominaciones de las partes que se hallan afectas, como *optalmica, perineumonica etc.;* la coliquativa comprende la que viene con vómito, diarrea, disenteria,

cólera morbo, inmoderada salivacion, flujo de orina, ó copiosos sudores. *Le ephemera*, ó verdadera continua se divide en simplemente *maligna, en fiebre pestilencial*, y en peste. He dado esta idea de la clasificacion piretológica de Morton por que es de las primeras que se anunciaron con bastante crédito, y ademas tambien por la razon de que en ella vemos los mismísimos defectos que hallamos en las actuales nosologias: *la verdad emitida vagamente y rodeada de mil errores*. ¿Qué derecho hay para que Morton coloque bajo una misma clave la fiebre llamada inflamatoria y la peste, la fiebre peripneumonica y la varidosa? He aquí el error general. No pueden pertenecer á una misma clase enfermedades de distinta y aun opuesta naturaleza, ó patogenia. Esta idea ocupará un lugar de gran importancia en el cuerpo de la doctrina piretológica. No obstante Morton veía con mucha claridad y no pudo desarrollar su grande idea. «Todos estos varios fermentos venenosos, dice, aun cuando produzcan fiebres distintas en su tipo, en sus síntomas, y su método de curacion sea enteramente diverso, no son diversas en su especie sino tan solo en su grado: por esto las remitentes y intermitentes pueden pasar á continuas malignas y putilenciales (1).» El gran pensamiento mortoniano está todo indicado en las palabras que acabamos de copiar traducidas. Morton fué el continuador de Sydenhan, pero dando mas amplitud al razonamiento: colocado entre el Hipócrates inglés, y entre Baglivio ni renunció al hablar de las fiebres el razonamiento, ni se marcó como Baglivio entre los solidistas; no obstante era la época en que brillaba en todos los entendimientos la idea

---

(1) Morton de febrib. cont. in genere. pag. 106.

de traer la ciencia al campo práctico: Bacon, Sydenhan, Morton, Baglivio, Todos se aunan para proclamar la razon y la experiencia.

XLVI. Seríamos injustos si en este número no contásemos á nuestro Andrés Piquer, que justamente comienza su piretologia anunciando como medios, por donde la medicina consigue el fin de curar las enfermedades, la observacion y el raciocinio. Hipocrático por escelencia es un eminente práctico, á quien ya no seduce el humorismo de Galeno, ni sus doctrinas. Aun cuando difinía la calentura, una *enfermedad caracterizada por el calor aumentado, la aceleracion del pulso, y daño en las acciones de la vida* (1) piensa como Valles en la dificultad de su difinicion, y con el mismo Celso, y con AA. del dia, como á su tiempo veremos, y á la verdad que yo no comprendo cual es la dificultad de difinir una cosa que se conoce apesar de lo que diga Valles. Autocratista, como Sydenham, supone como él y como los pneumáticos la causa de las calenturas en el aire, cuyas cualidades van á dañar los humores del cuerpo humano, en los que ejercen su accion, y muy particularmente los vuelven biliosos, acres y flogísticos, ó los descomponen, ó los llevan á la putrefaccion: y he aquí el orígen de sus tres grandes clases de fiebres, la *ardiente*, la *sinocal* y la *maligna*, y de las cuales hace varias especies reconociendo la facilidad con que pasan la ardiente á pútrida, y la sinocal á maligna, dejándonos asi en una verdadera duda sobre su naturaleza. Establece en seguida la curacion bajo las mismas bases, y trata de los síntomas en particular como lo hizo tambien despues Sthol. Por lo demás su tratado de

---

(1) Trat. dc calent. 2.

calenturas debe leerse y meditarse porque es eminentemente práctico, y aun cuando sus reflexiones sobre las causas ocasionales y eficientes de las calenturas no sean en lo general admisibles, la observacion y el raciocinio le llevaron en la práctica á una situacion muy importante. No era partidario de la sangría, ni aun de los purgantes á no hallar muy claras indicaciones por que aquellas debilitan y éstas enardecen los enfermos. Tampoco es inclinado á los vomitivos á no haber al principio poderosas exigencias, como son mucho amargo de boca, con ansiedad de estómago, y náuseas. La dieta, el método diluyente, las orchatas, especialmente si se ha dado vomitivo. Cuando en la ardiente se llega á la mayor gravedad, administraba el *bezoardico animal*, los *diaphoreticos*, el *antimonio diafaretico*, la *confeccion de jacintos*, y el *agua theriacal*. En las calenturas sinocales son las bebidas nitradas, la sangría, y los sudoríficos las bases del tratamiento. En las malignas al principio aconseja la sangria no obstante que para ello tiene que apoyarse en la autoridad de Sydenham, y de Valles. No aprueba los *alexifarmacos* de que tanto abuso se hacia en su tiempo, y solo usaba de la *triaca magna* y del *bezoardico animal* en cuya composicion entra la vívora, cuyas partes espirituosas supone se unen con las del cuerpo para ser espelidas. No deja de tener utilidad la consideracion particular que hace de cada síntoma, pero sus esplicaciones se resienten de su época y de su fisiologia.

XLVI. He creido conveniente reabsumir la doctrina práctica en los nombres que acabo de citar por mas que disten bastante en su modo de pensar bajo el aspecto teórico, pero domina en ellos el principio experimental que proclaman; no constituyeron escuela, sus principios no fueron propios, pe-

ro su práctica les hizo sobresalir. Por lo demas hay gran distancia, bajo el aspecto piretológico, entre el autocratismo de Sydenhan, el pneumatismo vital de Morton y el humorismo hipocrático de Piquer.

XLVII. *Solidismo racional*. Al mismo tiempo que Sydenham reconocía la grande necesidad de limitar la ciencia á una practica razonada libre de las cadenas de las hipotesis, Baglivio aparece para dar una leccion al mundo medico semejante á la de Bacon al mundo filosófico; y proclamando la doctrina de la verdadera observacion, libra á la ciencia de las ridiculeces que la hicieran por momentos fanática, supersticiosa y cabalista. Sus obras son una luz que todo el mundo vé; son una guia que todos reconocen, aun en medio de los sistemas, para volverlos luego al verdadero camino del raciocinio. Sus preceptos sobre las causas, sus consejos sobre los remedios especificos, sus amonestaciones á los discipulos sobre la práctica, sobre la exacta observacion y la eleccion de libros estan escritos con letras de oro, y fueran dignos por si solos de crearle una eterna reputacion (1). Por otra parte, ¡que bellas descripciones y que selecta instruccion! La anatomía esperimental, la historia natural, la fisica, la botánica, la fisiologia comparada, todo parece que hallaba en Baglivio un protagonista célebre. Es tambien cierto que la época en que escribía se hallaba ilustrada por los trabajos esperimentales de Harveo sobre la circulacion, y por los no menos prácticos de Sanctorio sobre las escreciones depuratorias comparadas con los elementos de nutricion. Baglivio no obstante como gran fisico se dejó dominar de la

(1) Oper. omn. med. prac. et anat.

mecánica y en su obra reina el solidismo con sus fuerzas y sus leyes; pero hasta cierto punto sus aplicaciones ocupan un justo lugar. El estímulo que obra sobre la fibra viviente (1), que ya había ocupado á Bellino y que debía llenar un lugar tan importante en una doctrina muy posterior, se dilucida de un modo que nada deja que desear, y por esta razon jugò siempre un gran papel en todas las doctrinas sucesivas. Seríamos muy cansados si citáramos todas las cosas notables de Baglivio. Sus raciocinios son fuertes y vehementes, fundados en la observacion y en los esperimentos mas minuciosos: sus pensamientos son sublimes y profundos: oigámosle en un punto de gran consecuencia. *Æquilibrium inter mentem et corpus à medico inveniendum: mentis per statice filosofiœ moralis: corporis per Sanctorii staticem: quippe in horum œquilibrio sanitas et vita* (2). En otra parte nos dice: *eadem vivimus ac morimur causa..... per vitam morimur, quin imò ipsa vita mors est:* imitacion sin duda de otro pensamiento tan bien espresado: *nascentes morimur, finisque ab origine pendet.* En las inflamaciones pensaba como ya se puede deducir: su estimulo, sus sòlidos, su fibra orgánica con sus oscilaciones, sus contracciones y sus relajaciones debían ocupar el primer lugar: asi es efectivamente, y en pocas palabras vamos á comprender toda la doctrina de Baglivio. *Frecuens fibrarum crispatura, quam solidorum irritationem voco, ab internis aut ab externis, à naturalibus vel à morbosis causis producitur..... porrò irritatio vel universalis est, vel particularis: hoc est vel universum sistema fibra-*

(1) Ob. cit. pag. 531.
(2) Can. de med. solid.

rum concutit vel alicujus partis tantum.... igitur inter solidum oscillans et liquidum currens, debitum esse debet æquilibrium et proportio in imprimendo impetu et in eodem contra recipiendo, quod si alterum ab altero superetur vel liquidorum concretiones, vel contrà solutiones nimiæ nascentur, variæque circa solida ipsa affectiones.... ob hanc improportionem inter solidum oscillans et fluidum ab oscillatione motum, et in majores undas positum succedit ut vehementibus doloribus superveniant demum inflamationes. Sæpe tamen intentio hæc, ingensque fibrarum veluti induratio pendere solet à nimio impetu, orgasmo, et acrimonia fluidorum (1). Baglivio no obstante no pudo prescindir completamente del siglo en que vivía como podemos observar en las últimas palabras que hemos insertado. El humorismo galénico y el quimismo de Willis guiaron alguna vez su pluma y especialmente admitiendo las cacochimias, enfermedades que dependen de alteraciones humorales, y suponiendo que las fiebres estacionales del estío en Roma traían su origen de un principio alcalino que se corregía con las bebidas ácidas. La fibra sólida no obstante es su punto de partida y parece renovar las ideas de Themison sobre el *strictum et laxum*. La observacion, dice, de los sintomas mientras la vida, y la apertura de los cadáveres me han persuadido de que la mayor parte de los males son propios de los sólidos. Estaba tambien persuadido, y yo lo estoy intimamente, de que, *maxima pars morborum ab immodica gula profisciscatur, erroribusque in sex rebus non naturalibus.*

XLVIII. Por lo que respecta á las fiebres era muy hi-

---

(2) De irrit. sive stim. et var. stim. affect.

pocrático, aconsejando siempre la lectura de sus obras, asi es que al dirigirse en su *práctica nova* á sus discípulos les decía *ad perpetuum vos hortor Hippocratis studium*. En su tiempo generalizadas las ideas de Silvio y de Willis se consideraban las fiebres originadas por el principio ácido administrando los anti-ácidos. Baglivio se declara contra esta práctica perjudicial pero no rebate sus principios y solo se opone á su práctica queriendo deducir mas bien alcalescencia que acidez como se observa en las fiebres ardientes curadas con los sub-acidos. Hablando de las fiebres malignas rechaza esta denominacion que se daba á toda fiebre con síntomas graves, pero no niega que muchas dependen de un humor como venenoso, pero que no son tan frecuentes como cree el vulgo y algunos médicos. Las fiebres graves lo son por inflamacion de las vísceras, por flegmon ó erisipela. Pero á poco le vemos nuevamente converger hácia el humorismo diciéndonos que las fiebres linfaticas son las mas perniciosas sobre todo cuando la linfa es demasiado viscida y concreta. Nos asegura despues que de dos poderosas causas dependen las fiebres malignas, de la inflamacion de las visceras, ó de los humores depravados, y crudos en primeras vias, ó en la masa de la sangre. Vemos, pues, á Baglivio solidista y humorista. Asi es como entre errores hallamos verdades, y por desgracia no parece sino que al llegar á la resolucion de un gran problema se borran los números para nunca llegar á ella. Admite tambien sus fiebres mesentéricas consecuencia de cacoquilias en el mesenterio y sus glándulas y que se curan no por la quina sinó por los purgantes y diluyentes. Parece que el autor quería adivinar las *entero-mesenteritis* modernas, pues admite al mismo tiempo lesion intestinal y mesentérica de carácter flo-

gístico y que reclama el plan diluyente, y prudentemente espectante pues que los tónicos y alcalinos llevan el mal á la inflamacion, á la lenta y á la muerte. No parece sino que Broussais y su escuela guiaba la pluma de Baglivio. Nos advierte, no obstante, que escribe en Roma y bajo la influencia de la atmósfera romana.

XLIX. Las fiebres malignas principales son las que los antíguos llamaban Triteophias, Hemitriteas, Triphodes, Assodes, Elodes, Lipirias, Epialas, las que pronto presentan síntomas graves y que el vulgo llama malignos. Ya nos ocuparemos á su tiempo de estas fiebres á las que caracteriza un síntoma y bajo cuyo sistema existe admitido por los AA. antíguos y modernos un número infinito de fiebres haciendo esta clase de males de un obscuro y casi imposible estudio. Notables son muchos de los conceptos de Baglivio hablando de estas fiebres. Por de pronto halla su causa como en las fiebres simples y mesentéricas en la sangre, ó en inflamaciones internas. La fiebre lipiria en la que hay mucho calor interior y frio al exterior consiste en la inflamacion y erisipela del estómago. La fiebre typhos consiste en la inflamacion de todo el estómago, y aconseja la sangria, el nitro y todo lo que calme la inflamacion: húyase, nos dice, de los purgantes como de la peste por mas que haya saburras en primeras vias; entonces los fomentos, y los enemas. Esta fiebre es la ardiente de algunos AA. y la biliosa de otros. En fin, Baglivio lo observó todo; fiebres con inflamaciones locales, fiebres por coluvies gástricas, por cacochimias, ò cacoquilias, y seguramente que en estas cuatro clases se hallan comprendidas todas, pero no fijó sus ideas. No admitimos su práctica, admitimos sí sus buenos consejos que lo son

de un eminente práctico y de un claro filòsofo, pero sobre todo lo admitimos, lo proclamamos como á Hipócrates, por las bases de sus doctrinas, por sus esquisitas observaciones, y por haber hermanado la filosofia y la experiencia. He aqui demostrados los principios de Baglivio, solidista por excelencia: con grandes elementos para la aplicacion de las ciencias fisicas á la medicina, era tambien fisico-mecánico: pero no dejaba por eso de hallar algunas veces la causa de las inflamaciones y de otros males que afligen al hombre en los humores. No obstante este celebre médico no debe su buen nombre ni á su doctrina ni á su terapéutica: sus grandes preceptos, sus consejos, sus esfuerzos contra el charlatanismo, sus esperimentos fisiologicos, y en fin su mucha filosofia fueron un destello irresistible que acalló todos los delirios de su tiempo. ¡Cuanto bien no hubiera producido á la ciencia si una temprana muerte no le hubiera arrebatado!

L. *Humorismo químico-mecánico.* Boherave cuyo talento é ingenio merecía defender mejor causa, elevó las aplicaciones de la mecanica y de la fisica á una importancia insostenible, que fue la ruina de su doctrina. Su lenguaje, espresando ideas muy exactas y muy bien concebidas, si bien muy mal aplicadas á la vida, era de conviccion por su facilidad y su elegancia: pero declarándose enemigo de los químicos, no por eso se pudo sobreponer á todas sus ideas. Su erudicion le colocaba á una altura superior á todos los médicos de su tiempo, y su posicion social tambien contribuía á que se respetasen mas sus opiniones y á que se le oyese como á un oráculo. El vitalismo, el empirismo, el quimismo cedieron su lugar á las fuerzas mecánicas, á los poros, á las palancas, á los diámetros y á los cálculos mate-

máticos: basta para probarlo oir algunas palabras del Profesor de Leyden. «El cuerpo humano está compuesto, segun él, de sólidos y de fluidos. Los sólidos son, ó vasos que contienen los humores, ó instrumentos de tal modo construidos, figurados y ligados entre sí, que permiten hacer ciertos movimientos determinados si una causa motora los pone en movimiento· efectivamente se hallan en el cuerpo columnas, cuerdas, filtros, canales, palancas, prensas, pilas, receptáculos etc.... Las leyes mecánicas presiden estas funciones, y solo por ellas se esplican (1).» Las partes fluidas del cuerpo humano tambien se rigen por leyes hidrostáticas, hidráulicas y mecánicas. Debe notarse que por muy solidista que parezca Boherave se resienten sus obras no solo del pensamiento humorista sino tambien del pensamiento químico como lo demuestran sus acrimonías: llama cacoquímia al vicio de los humores que altera las funciones (2). Una partícula de humor, dice, peca por su figura, especialmente cuando de esférica, que debe ser, pasa á angular puntiaguda: de aquí las acrimonías mecanica, salina, oleosa, jabonosa, ó compuesta. Debe inferirse de lo dicho que en su teoría de la inflamacion deben hallarse los elementos predominantes de su doctrina. Es la inflamacion, segun él, *sanguinis rubri arteriosi in minimis canalibus stagnantis pressio et attritus á motu reliqui sanguinis moti, et per febrim fortius acti* (3): otras veces las inflamaciones eran producidas por las acrimonías, y las viscosidades. Admitía el estado de crudeza, y coccion, la rigidez de la fibra, y su

(1) Boer. instit. de med. tom, 1.
(2) Patolog. p. 719.
(3) ℣. 371.

laxitud, la variacion de figura de las moléculas vivientes, los trastornos de la circulacion; en fin había tomado de todas las hipótesis que hasta su tiempo dominaron todo cuanto podía ser útil á su sistema, y bajo esta idea era humorista, solidista, mecánico, y químico, presentándose con un aparato y ostentacion dignos de su gran talento y perspicacia. El sistema de Boherave se funda no solo en su química, en sus cálculos sinó que bien considerado es un amalgama del humorismo de Galeno, del solidismo de Themison y del quimismo de Silvio. La acrimonía de los alimentos es ya salina, ya muriatica, ya ácida, espontánea, ó fermentescible. Por otra parte el gran movimiento muscular aumenta la contraccion y el curso de todos los humores; de aqui la disolucion de los sólidos y de los fluidos; las partes acuosas, espirituosas, moviles se disipan; el resíduo de los humores se condensa, se inflama: al mismo tiempo los aceites, las sales demasiado atenuadas, disueltas, hechas volátiles, acres se exaltan; esta forma vapores pútridos; los aceites groseros, tenaces se acumulan; los humores se queman en cierta manera, y pricipalmente la bilis; la médula se consume; una materia icorosa llena las celulas ó se consumen; viene en consecuencia la fatiga, el dolor, la inflamacion, la fiebre, la supuracion, la gangrena, la hemorragia, la muerte repentina. He aquí una esplicacion bien singular sobre las enfermedades y en la que entra por mucho su química humorista y aun su solidismo y cuyo origen viene de la fibra muscular.

LI. De aquí podrá inferirse como pensará sobre las fiebres. Segun Boherave estas frecuentísimas enfermedades, que acompañan siempre á la inflamacion, pueden ser causa de la muerte, ó un medio de sanidad: aqui

deja comprender el autocratismo de Sydenham, y la autoridad de Hipócrates. Se decide, al parecer, por la definicion descriptiva, pero á su gran talento no se le ocultó que estas definiciones son poco exactas. Toda fiebre, dice, viene acompañada de horripilacion, pulso acelerado, y calor: si bien luego nos advierte que no siempre acompañan á las fiebres estos tres síntomas, y que tan solo suele subsistir la velocidad del pulso; de modo que es el único signo patognomónico constante, y pudiéramos añadir fundados en autoridades respetables y en nuestra práctica, que ni ese es tampoco patognomónico en las fiebres graves. ¿A que queda pues reducida su definicion descriptiva? Elevándose á la causa próxima es verdaderamente galenista pues la admite, como el oráculo de Pergamo, en el corazon, y en la mayor velocidad de su contraccion, si bien aquel, como hemos visto, suponía el calor concentrado en el corazon precipitando sus movimientos. Y cuando no existe esta frecuencia del pulso como en tantos casos he visto, y que han terminado por la muerte ¿que decir de la definicion y de la causa próxima? Bien estuviera Boherave fijándose en la idea que representa con estas palabras: *affectio vitæ conantis mortem avertere, tam in frigore, quam in calore.* Cierto es que en esto no haría mas que repetir las palabras que ya conocemos de Sydenham, y aquellas no menos célebres de Vanhelmont, «la vida misma es siempre la causa íntima, principal, formal, esencial, eficiente de las fiebres.» Supone el sabio Profesor de Leyden que en la fiebre se detiene la sangre en los capilares sanguíneos *(stagnare)* y que esto aumenta la causa irritante del corazon. Veo tambien ilusoria esta paralizacion del círculo capilar. En fin, la veloz contraccion cardiaca y la resistencia

capilar al círculo sanguíneo abrazan todas las ideas de las fiebres que divide en agudas, ó contínuas y en intermitentes, admitiendo entre las primeras la ephemera ó diaria, cuya curacion consiste en la abstinencia, la quietud y los diluyentes; la putrida, ó sinoco pútrido que atribuye á una causa mas intensa de la inflamacion simple, con abstruccion de las vísceras, y á una opilacion del cutis y de los capilares con grande acrimonía de los humores; nos cita una subdivision bien ridicula de Galeno en *hemotonos, epacmástica, seu anabática, vel paracmástica:* es la fiebre pútrida homotana, cuando permanece igual del principio al fin, epacmástica cuando crece poco á poco, y paracmatica cuando decrece paulatinamente: la primera, dice, *salutaris,* la segunda, *pessima,* la tercera, *melior.* Esta subdivision es inútil é inexacta; nunca la fiebre subsiste igual hasta el fin; nunca puede ser saludable una fiebre pútrida. La curacion de la fiebre pútrida se apoya en los siguientes principios: 1.° conservar las fuerzas de la vida: 2.° corregir lo acre irritante, y expelerlo: 3.° suprimir los obstáculos de la circulacion: 4.° mitigar los sintomas. La dietetica ocupa un preferente lugar en la curacion de las fiebres, pero las indicaciones todas son deducidas de la sintomatologia modificadas por las condiciones del enfermo y estado del mal. El acre irritante externo ó interno, el acre epidémico, el acre venenoso son los enemigos que bullen siempre en la cabeza de Boherave y que reclaman su especial atencion. Prudentísima era su práctica, y en esto se parece á Baglivio que por mucho que proclame su estatica lleva á la cabecera del enfermo su razon sin sistema, su práctica sin ilusiones. Boherave hablando de las fiebres epidémicas proclama la prudencia de Hipòcrates y

de Sydenham cuando se ignora el mal, ó su causa: no quiere entonces medicamentos activos y de grande efecto: diluir, atemperar, modificar los síntomas: *abstinentia*, dice, *ab omni auxilio, quod dubium, valde movens, mutans* (1). Hipócrates aconsejaba lo mismo en iguales circunstancias (2), *medicamentum non vehemens potandum.* Somos en esta parte del pensamiento de Boherave, pero tambien juzgamos que esta prudencia no es la inaccion, ni podemos aconsejarla, y si decir con Sydenham despues de aconsejar prudencia y circunspeccion en la duda, *perspecto morbi genio, ad eundem perdomandum recto pede et intrepidus denuò procedam* (3). La acrimonía acre de la linfa exige se la espulse del cuerpo, porque absorvida, irrita, inflama, y causa la putrefaccion: si no se la espele es preciso corregirla por los amargos, los aromáticos. Varían los remedios segun la fiebre es producida por el movimiento escesivo, por el calor demasiado del aire, por los alimentos acres salinos, ó acres aromáticos calefacientes, ó por alimentos animales alcalescentes, ó por bebidas acres fermentadas, ó por retencion de los *excreta*, en fin, la sangría de la que no es partidario, el emético, los purgantes, los diluyentes, los sub-ácidos, los anodinos, los apiados, los mucilaginosos, los aromáticos, los amargos etc. están aconsejados en las fiebres segun multiplicadas circunstancias de enfermedad, de individuco, de estacion y de síntomas. En la forma llamada ardiente no olvida el nitro, la sangría, los revulsivos, los enemas refrigerantes, y en la forma pútrida no olvidaba los tónicos, los revulsivos, los cardiacos.

---

(1) De morb. epid. parr. 1412.
(2) De locis in homine.
(3) Sidenh. opera. lect. 1 c. 2.°

LII. Boherave completa un sistema entero de doctrina, pero la mayor prueba de su poca fijeza de bases se halla en su efimera existencia; no podía ser menos: este eminente profesor debió lucir mas por su gran talento y su erudicion, pero su sistema no fué mas que un surcido de solidismo atomístico, de exagerado humorismo, de quimismo ridículo, de pneumatismo vergonzante, que pudiera admitirse en teoría pero que es irresistible en la práctica, en la que no adelantó un paso. ¡Cuantos *errores* y cuantas *verdades* en su sistema! Huyamos no obstante de ese gusto especial de trasportar las leyes de la química á todo cuanto tiene vida porque los errores surgirán de cada leccion y de cada paso que se dé si no tenemos un gran criterio sin prevenciones ni esclusivismo. El mecanismo de la vida esplicado por el mecanismo de la muerte fué acaso el fundamento del materialismo, del epicurismo y aun tambien del ateismo. Es preciso colocar las aplicaciones fisicas á las funciones de la vida en su verdadero lugar para no esponernos á errores muy trascendentales, sin por eso caer en el estremo opuesto de Stahl. La fisica de la vida es sin duda la fisica de todo el universo, pero no es la fisica inerte: es la fisica de las combinaciones orgánicas, la fisica de los elementos combinados, que reducidas á una fórmula exacta serían, las leyes de los elementos modificados por las leyes de las combinaciones elementales, modificadas á su vez por las leyes de las combinaciones sucesivas (1). Bajo estas bases, no hay oposicion entre las leyes fisicas y vitales, pues son estas una consecuencia de aquellas: ni

(1) Ensayo de Antropolog. t. 1.° pag. 225.

existen unas mismas leyes para la muerte y para la vida, porque debemos verlas como resultados de nuevas combinaciones. Pero no hay que equivocarse: entre esta doctrina y la de los mecánicos hay una distancia inmensa. Otra protesta debo hacer. Yo no concibo jamás leyes ni en la materia elemental, ni en la materia compuesta que sean anteriores é independientes de la misma materia y como causas de los fenómenos: las leyes como las propiedades del Universo son una consecuencia precisa de su organizacion, de la organizacion de los cuerpos, ó de su misma naturaleza tanto en su estado elemental como en el de combinacion. Un pensamiento contrario es una quimera, una suposicion, una ontologia. La organizacion y la vida son dos cosas diferentes: la una es la íntima naturaleza de la materia orgánica que dá por resultado ciertos fenomenos que se llaman vitales, y su armonía constituye la salud. Sería, pues, preciso en una doctrina médica filosofica para comprender los fenómenos de los cuerpos vivos comenzar por estudiar la materia en sus sucesivas combinaciones y los órganos en sus diversos elementos. No se estrañará esta digresion atendiendo á que tocamos en este momento dos doctrinas opuestas en sus bases, la de Boherave y la de Staahl, que son los dos ejemplos mas vivos de lo que puede el esclusivismo. La materalizacion de los fenómenos vitales debió llamar la atencion de Staahl, que comenzó por rechazar las leyes de la mecánica y la de los cálculos matemáticos en su aplicacion á la medicina; pero por desgracia lo hizo con tanto estremo que al mismo tiempo, por negarlo todo, creó el *animismo*.

LIII. *Animismo*. Hemos dicho que las teorías mecanicas aplicadas á la medicina, y por las que se intentasen

esplicar todos los fenómenos fisiológicos serían trascendentales, y ahora decimos, que la teoría espiritualista lo es tambien. Es de tanta consecuencia el no ver en la vida mas que la materia, como lo es el no ver mas que el alma. Un esclusivismo trae otro esclusivismo, dige ya en otra parte: la consecuencia del animismo es el materialismo y vice-versa. En el hombre, del que se ocupan los fisiólogos y los médicos, cuando no se puede esplicar uno de sus fenómenos por el poder fisico, se le rechaza completamente y se abraza sin reserva la influencia del pneumatismo; y si por este no se comprendiese algun fenómeno de la vida se concluye por ser esclusivamente fisico. El esclusivismo es, pues, un manantial permanente de mil errores, y el que se coloca en él se halla en un plano inclinado que termina en un abismo. Parecerá que este no es el lugar de reflexiones de esta especie: es muy cierto, y por eso no toco mas que de paso cuestiones de tan alta importancia. Empero hay una razon que me justifica, y esta es la influencia poderosa que sobre los sistemas filosóficos tienen las doctrinas médicas: no es este el lugar de probarlo.

LIV. En la aplicacion de su doctrina, Staahl consideraba los sólidos y los líquidos del cuerpo humano como los instrumentos del alma, principio inmaterial que los dirije segun le acomoda en salud y en enfermedad (1). Admite una fuerza tónica que es un movimiento oculto constituido por un estado de tension, movil, propagado por sucesiones que conducen los humores hácia diferentes partes (2). A esta fuerza tónica atribuía las contracciones es-

---

(1) Theor. med. ver. pag. 18.
(2) Id. pag. 662.

pasmódicas, *stricturas* que se observan en muchas enfermedades. La calentura es un esfuerzo saludable del *Autócrata* del organismo para disipar el obstáculo y resolver los infartos, causas frecuentes de las fiebres y de las inflamaciones. En este pensamiento se ven reflejar al través del animismo las doctrinas humoristas, las ideas solidistas y aun tambien la teoría boerhaviana. Staahl ejercía la medicina espectante porque confiaba mucho en la naturaleza ó en su *alma* que dirigía los movimientos tónicos á la curacion de los males. Pensamos con Staahl que la especiacion es uno de los caracteres de la práctica filosófica; pero, como hemos dicho en otra parte con Hippócrates, el abuso de espectar hace al médico frio contemplador de la muerte. No obstante, nuestro autor obraba con energía cuando lo creía preciso, y si algunos de sus discípulos llevaron su doctrina al esceso, no era culpa de su respetable maestro digno bajo muchos títulos de respeto y consideracion porque en sus obras se hallan verdades de grande importancia; si bien su esclusivismo animista lo separó un poco del buen camino; pero á lo menos cumplía con un decreto providencial que sostuvo la ciencia desde su creacion y que velaba por que ningun esclusivismo la dominase por mucho tiempo. Sauvages, Bonnet, y Bordeu modificaron la doctrina de Staahl hasta un punto que merece todo el respeto de los hombres científicos. El célebre Barthez, que ya he citado, y cuyo nombre será siempre digno de la mayor consideracion, era un verdadero mecánico animista, y aun cuando rechace el epiteto de stahliano y se haya querido presentar como antagonista de esa doctrina, no por eso se deja de ver en la suya el reflejo de Staahl pues que rechaza del mismo modo el archéo de Helmoncio, el alma

de Staahl y las fuerzas de los solidistas; pero utilizándose al mismo tiempo de todo. La teoría médica de este autor fué seguida por gran número de hombres eminentes hasta la época actual descartada de los exagerados pensamientos emitidos en su creacion, y á lo que no contribuyeron poco las objeciones y reflexiones del inmortal Haller al refutar la idea de que el alma produce todos los movimientos de los órganos que concurren á la vida del hombre (1). Consideraba la fiebre como un conato saludable de la naturaleza con el cual, por sus movimientos secretorios y excretorios proporcionados á la cualidad y cantidad de la causa, procura espeler del cuerpo la materia que la ofende. Vemos en estas ideas la constancia con que en todas las doctrinas se reconoce la existencia de una materia de eliminacion y de un agente eliminador. *Naturistas, pneumáticos, humoristas, quimistas, animistas*, todos hasta ahora vienen presentando la misma idea sintética á la que llegan por diversos caminos. ¿Qué habrá, pues, en esto de cierto? Ya lo veremos, y no perdamos esta idea de vista. Staahl, que no admite la fermentacion de los humores vé no obstante en la fiebre un *conato saludable*, como Sydenham, intentado por medio de un movimiento oscilatorio y progresivo para librarse por medio de las secreciones de las materias que impurifican la sangre. El alma de Staahl que aun no se ha podido clasificar bien para poder referirla al Archeo de Paracelso, ó al principio vital de Barthez, ó al alma de Descartes, sobresale en la fiebre con su conato y movimiento para defender el cuerpo (2) con un plan de-

(1) Hall. Prim. fisiol. núm. 560.
(2) Theor. med. 933.

terminado, una intencion directa y como premeditada para atenuar la sangre y darla sus naturales condiciones. Observador juicioso nos llama á la observacion de los síntomas y á las descripciones minuciosas de las historias que con tanto tino como claridad y sencillez redactó en su obra posterior á la proclamacion de su doctrina. Así es que despues de rechazar los fermentos químicos y los átomos y los canales y sus diámetros y sus figuras que estaban en su tiempo en gran influyencia y dominaban las escuelas con sus acrimonias, sus fermentaciones, sus obstruciones, sus atritus, y sus crispaturas, la teoría de Stahal elevó la ciencia á otro terreno en la práctica. Si en su teoría tuvo errores en su práctica nos coloca en mejor lugar: no obstante confesemos que al contemplar la influencia del alma sobre el cuerpo y reciprocamente, altas miras y gran verdad guiaron su pluma; de manera que no leeremos sin fruto sus obras fisiológicas. Aconsejaba mucho la observacion de los movimientos del alma: «importa mucho, decía, tener sin cesar presente la synergia natural del alma á fin de ser su ministro y no su gobernador; en otros términos, el médico debe procurar seguir los movimientos y las tendencias de la naturaleza mas bien que creerse autorizado á obrar sin haber consultado estas tendencias.» He aqui por qué fué tan espectante, tan poco polifarmaco, pero no por esto representaba la nulidad. Muchos han deducido de aqui que los stalianos se contentan con mirar para los enfermos, y siguiendo sus gustos, apetitos é inclinaciones sucumben á todos los caprichos los mas ridículos. Esto no es cierto, si bien lo es que consultaban estos apetitos, estos instintos que alhagaban, cuando los veían ordenados y no estraviados. ¿Quien duda que á veces el enfermo pide

los sub-ácidos, los eméticos, los purgantes, el baño con verdadera necesidad, con la misma con que rechaza el alimento, el vino, los estimulantes? Empero el criterio medico es la gran guia en estos casos: á ella recurre Stahal. Ya tocaremos luego de paso esta misma idea porque es la misma que el Dr. Benech intenta proclamar bajo el nombre de *tratamiento natural* de las enfermedades, pero cuyo pensamiento la práctica rechaza en su generalidad, pues que los enfermos nada nos dicen, nada vemos de instintos, nada de ese lenguage del alma staliana; y esta es la regla, y es la escepcion algun apetito instintivo. El hidropico quiere beber por lo general, deseára una fuente á su lado: el tísico quiere helados y se sumergiera en un baño frio. Es efectivamente suave, sencillo, el método que fija Stahal en las fiebres; humedecer, diluir, reveler, purgar suavemente, sangrar en la necesidad consultando siempre á la naturaleza: no obrár sinò en exactas y forzosas indicaciones. Comprendo un plan espectante, pero no admito una doctrina espectante. Cierto es que es mejor no hacer que hacer mal: este era ya el consejo de Hipócrates, de Celso, de Sydenham, y de todos los médico prudentes. Consiguió, por fin, Stahal borrar en gran parte los restos de la polifarmacia árabe que dominaban entonces, y de la que aun conservamos memoria, no hizo poco en ello: llamó á la observacion como lo hicieran Sydenham y Baglivio; se declaró contrario á la omnímoda influencia de aquella química y aquella estática y mereció bien de la humanidad. Debiendo hacer la oposicion al materialismo orgánico, Stahal nos advierte que todos los fenómenos patológicos que se ven por muchos médicos como determinados por la circulacion de la materia morbífica, no son

sino actos particulares en los cuales la naturaleza inteligente toma una parte muy activa (1). No obstante no es la teoría staliana la grande gloria de Stahal, ni lo que debía formar su reputacion estable. Tiene una obra de grande importancia práctica, de gran valor piretológico. Sus ciento y dos casos constituyen una coleccion selecta en la que brilla el mas delicado criterio, la práctica mas concienzuda y las deduciones y esplicaciones mas exactas que, se leerán siempre con gran fruto.

LV. *Vitalistas y solidistas*. La época de Stahal no fué muy duradera por que se había llevado al campo de la psicologia y estaba demasiado incrustrada en los principios de Descartes, justamente cuando la medicina parecía querer formar un mismo cuerpo con las ciencias fisicas. Así es que al mismo tiempo que Stahal intenta considerar al espíritu bajo el aspecto de causa eficiente, y á las fibras, á la *strictura* y á los humores bajo la consideracion de primer efecto, no parece sinó que intenta no olvidar las escuelas entonces modernas. Era químico célebre, físico profundo, y apesar de la distancia que le separa de Hoffmam como solidista y de Barthez y Lordat bajo su aspecto vitalista no creamos que la distancia que los separa es tan grande como á primera vista parece. Ligeras consideraciones sobre el solidismo y el vitalismo nos pondrán en estado de juzgar esta época de la piretologia con recto criterio. Son sin duda sus protagonistas Hoffmam, Barthen, Cullen y Lordat. El solidismo y vitalismo se confunden, como se confunden todas las escuelas cuando no se las exagera; así es como se confunde el animismo de Stahal con el solidismo

(1) Ob. cit. de febribus in genere.

de Barthen, con el vitalismo de Wanhelmont, y este con el de Cullen y el de Hoffmam. Empero la influencia de Stahal no había sido insignificante porque muy luego se vieron modificadas las doctrinas reinantes mecánicas, y el animismo ocupó el lugar que le pertenecía, Federico Hoffmam me parece presintió esta grande idea, y llenó cumplidamente su objeto: y sea dicho desde luego, sus obras se leen muy poco para lo mucho que merecen. Era solidista, pero bajo este aspecto su doctrina era la mas cercana á la verdadera doctrina; y así es que apenas hallamos nuevas reformas despues de él que no se hayan cimentado sobre verdades que había emitido. Cullen, Gaubio, Haller, Brown, Broussais, tomaron sin duda de este hombre célebre ciertos puntos cardinales que fructificaron despues con mas ó menos éxito. Aun cuando Hoffmam parece á primera vista el estremo opuesto de Stahal daba una grande importancia al sistema nervioso, que representa en las teorías antiguas y modernas el *pneuma*, los *espíritus* y los *archeos*. El profundo razonamiento de Hoffmam era al mismo tiempo claro, convincente y exacto, y en ello nos daba una prueba de que sabía poner en práctica un gran pensamiento que despues fué emitido por filósofos y por médicos como una idea de alta importancia: *el metodo matemático es la verdadera lògica que debe aplicarse á la investigacion de las verdades médicas y filosóficas* (1): y en esto se conoce no despreciaba ni desconocía las ciencias físico-matemáticas; pero tampoco rechazaba los conocimientos psicológicos. *Homo*, decía, *rectius definitur, quod sit mens, sive substancia intelligens et liberè agens, unita cum*

(1) Federic. Hoffm. oper. omn. tom. 1. cap. 8.

corpore organico artificiosissimè constructo vivo..... Neque vero mens est subjetum medicinæ. quia est naturæ indivisibilis et inmutabilis, adeoque in eam directè medicina non ullam habet potestatem; sed subjectum medicinæ est vivum corpus, quod mentis tantisper instrumentum est, ejusque operationibus inservit (1). Con un espíritu lleno de conviccion refutaba á los puros animistas demostrándoles que el admitir al alma como la causa que dirige todos los movimientos vitales, era una suposicion inadmisible. Reconocía como la base de las funciones y acciones orgánicas el movimiento de los sólidos ó de la fibra, que comprendía bajo las palabras *contraccion* y *espansion,* ó *movimiento constrictor* y *espansivo* que consideraba poder referirse al movimiento elástico (2); en este caso sería la elasticidad viviente de algunos modernos. Con admirable sagacidad combina todas las verdades de las anteriores doctrinas para presentar y apoyar la suya, y aun cuando se le considera como el campeon mas esforzado del solidismo era al mismo tiempo humorista y animista, físico y fisiólogo. No es el alma espiritual de unos, ni el alma sensitiva de otros, la causa de los movimientos de sistole y diastole de las fibras que presiden las acciones orgánicas, sino el fluido sutil, cálido, elástico que existe en la sangre, en las membranas y en los nervios y que á un mismo tiempo es la causa de los movimientos, de la vida, de la salud, y de las enfermedades. Era, pues, partidario del antíguo pneuma y admitía con Hipócrates un *quid divinum* que se aspira, y consideraba á la sangre como su vehiculo, y como parte

(1) Id. lib. 1. sect. 1.
(2) Id. cap. 3 y 4.

muy interesante del organismo: *sanguinis itaque rectissimè thesaurus vitæ et animi vehiculum, ac vinculum ejus cum corpore dicitur*. No por esto desconocía ni confundía el alma humana: al contrario, formaba una escala de los elementos de la vida que yo no sé si se puede mejorar: reconocia un principio inmortal; un principio sutil, volátil, parte esencial de la sangre y de la linfa, y que proviene no solo de los alimentos sino tambien del aire, del éter atmosférico y del *fuego solar* (1), partes sólidas y fluidas formando visceras; he aqui el organismo de Hoffman. Este organismo está tambien sujeto á una potencia suprema: *Dei infinita sapientia voluit, ut machina tan artificiosa instrumentum ac domicilium esset spiritus, sive substantiæ ad imagenem Dei conditæ*. Admitía varias propiedades de los sólidos orgánicos, el sistole y diastole ó la espansion y contraccion y el tono de que estan dotadas todas las fibras, los músculos y las membranas, y había entrevisto las propiedades de tegido de Bichat, la tonicidad de Haller, y hablado muy largamente del espasmo de Cullen; palabras que se repiten con muy pequeña variedad.

LVI. Definía Höffmam la enfermedad *una mutacion y turbacion en la proporcion y órden del movimiento de los sólidos y los fluidos con turbacion de las funciones de la parte afecta* (2). La inflamacion para Hoffman no era otra cosa que el espasmo de los vasos que producía las conjestiones y todos los fenómenos subsiguientes á ellas inclusa la *stasis sanguinea* (3) que tanto ruido hace en nuestros dias; sien-

---

(1) El principio odilico de los modernos mesmerianos, el fluido magnetico de los fisicos; el fluido inervador de los fisiologos.
(2) Tom. 1. cap. 2. pag. 162.
(3) Tom. 2. sect. 1. cap. 4 y 7.

do muy de notar que el reumatismo, la gota, la artritis, y otro gran número de enfermedades se hallan ya colocadas por él entre las inflamaciones. Y nótese tambien que colocaba casi todas las fiebres entre las inflamaciones producidas por la *strictura spastica* de los vasos y de las fibras, y añade que las inflamaciones siempre acompañan á las fiebres, cuya suposicion da grande importancia á la doctrina de Hoffmam (1). Curaba las inflamaciones con el plan antiflogístico: veía la sangría como un remedio cierto y eficaz en las inflamaciones de las vísceras y de las partes que tienen mucha sangre; pero la creía menos segura en las inflamaciones membranosas: los demulcentes, las bebidas refrigerantes, nitrosas y subacidas auxiliaban el plan curativo: reprobaba las bebidas frias porque producen inflamacion, y la aumentan cuando existe. Aconsejaba mucho su licor anodino mineral cuando dominaba el espasmo; en fin su plan era muy meditado consiguiente á su doctrina, y fácil de comprender porque era razonado. La época pues de Hoffmam fué notable, y su obra clásica debe leerse y meditarse porque en ella se halla la verdadera medicina libre de ridiculeces y de un espíritu sistemático caprichoso; y sobre todo merece un gran aprecio porque su lenguaje es el idioma de la recta razon y de la esperiencia. La fiebre segun Hoffmam reconoce como causa fundamental una afeccion espasmódica de todas las partes nerviosas y fibrosas que procede especialmente de la médula espinal desde cuyo punto se dirige á todo el organismo. Varias causas materiales reconoce de su procedencia y considera serlo todas aquellas que pueden producir el espas-

---

(1) Tom. 1. cap. 8.

mo en todo el sistema nervioso y vascular (1). Vemos ya en esta ligera reseña descartadas, por una parte las influencias y causas humorales, las acrimonías, las cualidades de la sangre, y por la otra el autocratismo psicológico. Boerhave y Stahal no juegan en esta teoría de la fiebre. Dice con notable verdad que no todo movimiento acelerado del sistole del corazon y de las arterias, ni todo calor aumentado con aceleracion del circulo, es fiebre. Unas veces el movimiento vá de la peiferia al centro y otras al contrario. En el primer caso el pulso es pequeño con ansiedad y angustia; en el segundo hay pulso grande con intenso calor, como ya lo ha reconocido Hippocrates. (2) Aquella es una fiebre mala, esta saludable. En la una conviene esperar, ser prudente por que la naturaleza es medicadora, y secundar siempre sus esfuerzos, auxiliarla para modificar, corregir y resolver la materia morbosa; lo que se consigue con los diluyentes, humectantes, atemperantes, aperitivos y corroborantes, con los nitrosos, y con los que, en los intérvalos, promueven las evacuaciones convenientes. He aquí á Hoffman staliano en la curacion, humorista, hipocrático. Su clasificacion de las fiebres no merece citarse porque no solo no tiene originalidad, sino que es absurda: admite la fiebre purpurea rubra, y la alba miliar que son la escarlatina y la miliar, la epidémica petequizante, las petequiales, la pestilencial, la ardiente, la anginosa etc., y todas las producidas por inflamaciones locales. No obstante en las fiebres que trata nos dá consejos de inmensa importancia que el práctico debe acoger con avidez por que

(1) Sect. 1. cap. 1. De febr.
(2) Hipp. lib. de flat.

son el fruto de una estensa práctica. Cuando habla del método curativo de las fiebres epidémicas, que son la verdadera typhoidea de hoy, nos aconseja que el régimen sea moderado é igual, que prestemos atencion á la transpiracion cutánea para auxiliarla y para no cohibirla cuando conviene; no permitir se dé al enfermo postura vertical sobre todo estando débil; conservar el espiritu tranquilo y animado, no dar alimento de carnes, ni esos caldos escesivamente animalizados bajo el pretesto de cordializar; nunca, añade, se deben dar esos medicamentos que conmueven, como los volátiles, eméticos, purgantes, diureticos, sudorificos demasiado espirituosos; nada debe hacerse en esta enfermedad con demasiada fuerza é ímpetu, porque la naturaleza es enemiga de todo lo escesivo, y amiga de lo templado y moderado: en fin, bajo este tema, nos lleva á una prudente espectacion, si bien aconseja en casos dados la sangría, y los tónicos especialmente aplicados á los hipocondrios cuando hay angustia, y los pollos abiertos y aplicados calientes sobre la cabeza rasurada en el delirio. Por lo demás poca novedad presenta su método curativo que tiene bastante estension en la curacion sintomática, pues que la misma sangría no la prescribe sino sintomáticamente cuando hay plétora, ó en sugetos habituados á hemorrágias. Lo mismo aconseja sobre los vomitivos; solo en el principio con humores viciados en primeras vias. Aconseja los revulsivos, reprueba los apiados, y soporíferos: en la diarréa administra los polvos bezoárdicos, y en todo lo que no vemos mas que un staliano obligado por la sintomatologia.

LVII. Apesar del gran valor que para mi tienen los preceptos de Hoffmam, no puedo perdonarle el que atribuya á los métodos curativos la observacion que ha-

bía hecho de que morían mas ricos rodeados de médicos que pobres sin ellos; ni este otro precepto que copiaremos íntegro porque en ambas á dos apreciaciones se dejó arrastrar por una idea frívola que á su tiempo analizaremos: *homo,* dice, *sanus et perfecte incolumis, quantum fieri potest, nec medico nec pharmacopeis utatur. sed potius, juxta Montani cosncilium, et medicos et medicamenta fugere debet. si sanitatem suam salvam et integram conservare velit.* Supongo yo que los médicos no buscan ni enfermos ni sanos para egercer su ciencia, sino que estos les piden sus consejos cuando los necesitan, los enfermos para ponerse buenos y los sanos para no enfermar ¿por qué sinó el mismo Hoffmam (1) hablando de las fiebres epidémicas aconseja lo que deben hacer los que están buenos para no verse acometídos de la epidemia? Ojalá los hombres conocieran que uno de los mas grandes bienes que la ciencia puede prestar á la humanidad es preveher, evitar, prevenir esos males que desde la cuna vienen minando el organismo con insidioso silencio hasta que desarrollados sus estragos son, el mayor numero de veces, incorregibles. Esos males que hoy espantan por su frecuencia y que diezman la juventud pudieran evitarse á tiempo, pero ¿donde se halla esa oportunidad y la constancia que un método preventivo *necesita?* Pienso, pues, de un modo muy distinto de Hoffmam bajo este aspecto.

LVIII. La doctrina de Hoffmam fué posteriormente ilustrada y perfeccionada por Cullen; pero si bien es cierto que la libró de algunos errores, tambien lo es que la es-

(1) De febrib. epidem. cap. 10.

cesiva importancia y casi la esclusiva influencia que ha dado á su *espasmo*, hizo que todo fuese despues enfermedades espasmódicas y remedios antiespasmódicos. No obstante, yo hallo en Cullen una cosa muy digna de elogiarse y es la simplicidad de su terapéutica, sin fárragos, sin complicaciones, y sin efectos trastornadores; pero al mismo tiempo con eficacia. Aun cuando admite su espasmo con demasiada generalidad, reconoce tambien la irritabilidad y la tonicidad; inspiraciones de la escuela de Haller, ó la accion de las fibras motrices que considera modificada bajo la influencia del fluido nerveo: nada mas cierto. Asi es que al indicar los buenos efectos de los sedativos, como el opio, en las evacuaciones escesivas y hemorrágias, admite su accion sobre la irritabilidad aumentada que algunas veces las produce, y entonces considera á los medicamentos sedantes como verdaderos astringentes (1): esta es una verdad bajo el aspecto de los efectos patológicos, pero es una arbitrariedad en la acepcion de la palabra porque se esplica; pero esta inexactitud está salvada en su doctrina. Los tónicos, dice, dan firmeza y fuerza á todo el sistema: los astringentes producen una contraccion y condensacion de los sólidos y se confunden con los tònicos: los emolientes disminuyen la fuerza de cohesion: los corrosivos disuelven la parte sólida del cuerpo humano: los sedativos, que disipan el espasmo y obran sobre la fuerza nerviosa, son los medicamentos de que mas hace uso; demostrando en ello todo su sistema: tonicidad y atonia en los sólidos; tonicidad y atonia en los nervios, bajo el nombre de espasmo y de debilidad, he aqui la reforma dada al sistema de Hoffmam

(1) Trat. de mat. med. tom. 2. pag. 448.

con grande acierto y grande utilidad de la ciencia. Si hubiésemos de razonar sus pensamientos mucho tendríamos que decir, pero simples historiadores, por decirlo asi, tan solo nos haremos cargo de su doctrina piretológica.

LIX. Se designan particularmente, dice, bajo el nombre de *fiebre* las enfermedades acompañadas de síntomas generales de pyrexia sin afeccion alguna local esencial y primitiva segun se la observa constantemente en los otros órdenes de pyrexias. Su recomendable comentador, Mr. Basquillon, disculpa á Cullen en esta apreciacion de la fiebre con su protesta de que conoce no fué tan feliz como quisiera en esta materia porque en muchos casos falta el carácter piretico en las fiebres. Lamentándose Cullen de que se haya escapado á la investigacion de los médicos la causa próxima de la fiebre (perdónenos Bosquillon de no definir como él la causa próxima, á no querer sumergirnos en el obscuro laberinto del dogmatismo) cree haberla hallado, no en los humores, ni en la alteracion de los fluidos sino al contrario en los cambios que sobrevienen en el estado de las potencias motrices del sistema animal como se demuestra por la mayor parte de sus síntomas (1). Combate contra Sydenham y Stahal, que la fiebre sea un esfuerzo de la naturaleza, y no admite tampoco la materia morbífica de Hippócrates. Cree que las causas ocasionales obran sobre el sistema nervioso ó sobre las potencias que dan el primer movimiento á la economía animal. Rechaza la opinion de Bellino que para esplicar el período de frio de las fiebres echa mano de la viscosidad, y del lentor en la masa sanguínea que produ-

(1) Cullen: Elem. de Medec. Prac. t.° 1.°

ce la estancacion en los pequeños vasos que Cullen admite como efecto del espasmo vascular cuyo origen está en el cerebro; espasmo que se convierte en un contra estimulante directo para el sistema sanguineo y para el corazon y los grandes vasos que se reaccionan para vencer el espasmo, y restablecer la energia del cerebro. Claro es que Cullen vé en la fiebre una reaccion circulatoria, y que se la asigna, como carácter en las fiebres, una accion bienhechora pues que ella disuelve el espasmo y restablece la energía del cerebro, y esta reaccion no sería la fiebre sino un efecto de ella. Esta reflexion es tan justa, como cierta.

LX. Cullen reconoció la gran importancia de la Nosología, y aunque yo vea esta cuestion de un modo particular y diferente, creo que ha hecho un bien á esta parte de la patologia porque ha simplificado bastante el inmenso cuadro de Sauvages y suprimido un gran número de palabras innovadas por Linneo y por Vogel, cuyo mal gusto se repitió despues por Baumes y Alibert. Coloca las fiebres en la clase pyrexia y las divide en intermitentes y contínuas siendo, para él, las primeras el verdadero tipo de las fiebres. Las intermitentes ocupan tres géneros; terciana, cuartana y cotidiana. Las llamadas *remitentes* son una complicacion de estas. El género cuarto está destinado á las contínuas, que son la inflamatoria, el typhus ó fiebre lenta nerviosa, el typhus petequial. el icterodes ó fiebre amarilla, y la fiebre pútrida. Bajo el aspecto de la terapeutica de estos males Cullen es bastante esplícito y podemos decir que la misma sencillez con que los vió le guía á una claridad notable en las indicaciones. No sabe lo que pensar sobre lo que puede esperarse de la naturaleza pues

unas veces parece no admitir su influencia y ni hasta su auxilio, pues nos asegura que el Médico puede dejar de prestar atencion á las operaciones de la naturaleza; mientras que otras admite, como no puede menos, un esfuerzo de la naturaleza que tiende á operar la curacion. Sin duda que la espectacion estaliana le obligò á poner este lenitivo á la inaccion de esta. Sus indicaciones son las siguientes: 1.ª Moderar la violencia de la reaccion: 2.ª Disipar las causas ó prevenir los efectos de la debilidad: 3.ª Detener ó corregir la disposicion de los fluidos á la putrefaccion. La sangría, los refrigerantes, los diluyentes, los revulsivos, los purgantes, los sudoríficos, el baño caliente para disipar los espasmos, el emético, las sales neutras, los antiespasmódicos etc. obran el primer efecto, y sobre los cuales nos da un gran número de muy sanos consejos que sería muy largo enumerar, y que parecen presagiar la época de su rival Brown y tambien de Rassori. Para disipar la causa de la flaqueza y detener sus efectos que considera de poca duracion, á no ser en los contagios, recomienda los tonicos y los estimulantes. Recomienda como propios para reanimar el corazon y las arterias en las enfermedades contagiosas la accion del frio, y los tónicos. He aqui como, segun Cullen, estarían autorizados para usar el hielo en el cólera los que tanto lo aconsejaron, pero ¿está el médico seguro de la reaccion despues de la refrigeracion? Si esta fuera segura diríamos que el frio era un escelente tónico; en otro caso acerca la muerte. Reprueba el uso de las sales minerales como la sal de saturno, el *agua veneris* (sulfuro anodino de hierro), el arsénico, el alumbre, y aconseja con preferencia los tonicos vegetales, y por excelencia la quina, y el vino. La 3.ª indicacion quiere Cu-

llen satisfacerla con los antisépticos, con la pureza del aire, la ventilacion, la nutricion vegetal, ó á lo menos evitando la animal, y los tónicos, los suaves laxantes, los diluyentes, las sales neutras. He aquí la escuela de Cullen, que no obstante no llevó toda la influencia que debiera sobre la marcha de la ciencia porque apenas comenzaba á fijar sus ideas, su rival Brown apareció en la escena con su dicotomia mas aceptable por su sencillez, si bien menos filosofica que la de su Maestro. Veremos luego á Brown. En estos dos hombres, de una justa celebridad, Hoffmann y Cullen, se hallan anunciadas las creencias modernas sobre la inflamacion, la irritacion y las fiebres, y tambien sobre esta prepotencia inervadora que tan justamente ocupa hoy á los médicos.

LXI. *Brunismo.* Un discípulo atrevido de Cullen se pone [frente á frente á su maestro, y con una osadía inimitable intenta hundir la reputacion, poco firme aun, de su protector. Brown se utiliza de algunas ideas de Hoffmann y de Cullen, y eligiendo un camino mas corto, habla á todos, y á todos los seduce por su sencillez. No hay mas que dos clases de enfermedades, y dos clases de síntomas, con dos clases de remedios, porque no hay mas que dos clases de existencia, fisiológica ó morbosa; el *adpositio et ablatio* de Hipócrates, el *stristum et laxum* de Themison, la *strictura* de Celio Aureliano, el *tono* y *atonia* de Hoffmam, todo se reasume y se universaliza bajo la doctrina de Brown, y todo es *esténico* ó *asténico* bajo la influencia de las *diatesis.* Mientras la vida, el hombre se halla en estado de salud, ó en el de enfermedad, ó en el de predisposicion (1). La propiedad universal de la vida es la

(1) Elem. de med. cap. 2.

incitabilidad, y los agentes que la ponen en juego son los *incitantes*. La *incitabilidad* que no se pone en egercicio por defecto de estímulo produce la *debilidad directa*; pero cuando el escitamento ó estímulo escesivo consume la incitabilidad natural, da origen á la *debilidad indirecta*; pero no dimana de defecto sino de esceso de estímulo (1): á la estincion de la incitabilidad se sigue necesariamente la muerte. Las enfermedades originadas de incitamento escesivo se llaman *estenicas*, y las que dimanan de incitamento defectivo se dicen *astenicas* (2). La predisposicion es un estado intermedio entre la perfecta salud y la enfermedad. La indicacion para la curacion de las diastesis esténicas y asténicas es aumentar el estímulo en estas y disminuirlo en aquellas y á esto está reducida únicamente la curacion de las enfermedades universales: los remedios que calman el efecto del esceso de incitamento se llaman *debilitantes* ó *antiestenicos:* los que producen el efecto contrario se llaman *estimulantes* ó *estenicos*. Son debilitantes la sangria, el escesivo frio y el escesivo calor, el vomitivo, los purgantes, la dieta, los refrigerantes. Son esténicas el alimento, el calor moderado, los escitantes difusivos, como los licores espirituosos, el almizcle, el alcali volátil, el alcanfor, el eter, y sobre todos el ópio: lo son igualmente como tónicos permanentes el vino, la quina, la serpentaria y la valeriana: en fin sobresalen entre todos el ópio, la quina y el vino generoso. La inflamacion es producida por un grado mayor de incitamento en la parte afecta, y reco-

(1) Id. cap. 8.
(2) Id. cap. 11.

noce de ella cuatro especies; dos universales, una estenica y otra astenica y dos locales de la misma clase; la estenica general ó local, que es la verdad ra inflamacion, depende de un esceso de incitamento, y las astenicas de un defecto de este. ¡Cuantas verdades y cuantos errores, cuanta luz, y cuantas tinieblas en tan pocas palabras! A pesar de todo, hasta tal punto llega á dominar al hombre la pasion de las doctrinas propias, que Brown se atreve á asegurar que en el arte de la medicina todo fué hasta él conjetural y contradictorio, y que el sistema médico que fundaba constituía una ciencia exacta, probada no con principios matemáticos, que solo constituyen un género de prueba, sino con principios fisicos y confirmada y establecida por el testimonio de nuestros sentidos, y aun por la aplicacion de los axiomas mismos de los elementos matemáticos (1). Escesivamente jactancioso se presenta Brown y en ello no ha tomado sin duda el consejo de Horacio: *nec tua laudabis studia, aut aliena reprendes;* y bajo este concepto nada debió estrañar el que se criticase su doctrina con muy poca modestia y ninguna consideracion; en esto hubo algo de justicia, porque hubo un castigo merecido de un delito poco digno: *si cupis bene audire disce bene dicere et recte agere, sic enim perfrueris bona fama.* La simplicidad del sistema browniano atrajo un gran numero de prosélitos y fué muy luego la doctrina dominante de una gran parte de Europa. Su astenia, su debilidad indirecta y sus inflamaciones asténicas reasumieron casi todos los males del género humano, y los estimulantes mas enérgicos consumían unas veces la poca vida que existía,

(1) Part. 2. cap. 11. p. 311.

otras fomentaban la irritacion existente hasta extinguir la fuerza reaccionaria orgánica, seduciendo las mas de las veces con aparentes mejorias al incauto observador, y al paciente ansioso de fuerzas y de vida con una animacion facticia que no era mas que el resto de la vida que se exhalaba y que cuanto mas se la obligaba á lucir tanto mas pronto se apagaba. Nosotros no obstante vemos en medio de errores algunas verdades de importancia. Broussais, que se ocupó muy detenidamente en la crítica de Brown, en nada le justifica: vé sus errores por un prisma que le era muy familiar, y que le hacía agrandar los defectos de todos, y disminuir los suyos. Si el médico escocés no hubiera tenido la presuncion de presentarse como un nuevo é independiente corifeo, la ciencia se hubiera utilizado mas de su talento. La idea de la incitabilidad inherente al sistema orgánico es mas exacta que la de suponer al organismo sin facultad propia, movido siempre por poderes agenos: la consideracion de un trípode de accion y de reaccion, *escitabilidad, estímulo y reaccion* es una idea que se ha fijado para no desaparecer: el osado concepto de la vida sostenida por los escitantes y de la que parte su doctrina, es de una trascendencia inmensa que el mismo Broussais no pudo desconocer, y que es la base doctrinal de su sistema. En la práctica tuvo tambien sus verdades: los síntomas locales de la inflamacion son como efectos del estado orgánico de la parte afecta, y la inflamacion se produce por un grado mayor de incitamento en la parte inflamada y de la cual la inflamacion es una parte ó un síntoma (1). Estas ideas pudieran fructificar en

(1) Part. 2. p. 168.

un sistema menos esclusivo, menos dicotomo, ó monotomo como lo llama Trousseau, que tan justamente compara á nuestro autor á una línea recta. Las consideraciones sobre los efectos del opio como estimulante, idea que no era nueva pero que supo presentar con novedad, obligó á sus discípulos á simbolizarlo con la famosa inscripcion: *opium mehercle non sedat*. Dignas son tambien de llamar la atencion sus reflexiones sobre la accion esencialmente debilitante del frio y escitante del calor.

LXII. Las fiebres son para Brown siempre afecciones asténicas, pues aun cuando note fenómenos inflamatorios son producidos por debilidad. Se resiente su teoría del humorismo de Silvio, pues en su piretológia juegan un gran papel las acrimonías, ó fermentaciones sacarina, ácida y putrefactiva, dando lugar á las diatesis, pero producidas todas por debilidad. El tiphus es, al parecer, el tipo de sus calenturas, pues que el sinoco, la calentura nerviosa, la cinanque gangrenosa, la viruela confluente forman con el tiphus y las fiebres tiphoideas un mismo cuadro. Son todas estas enfermedades afecciones asténicas dimanadas de la mas gran debilidad. Sus cuadros monograficos son pobres y de poca exactitud. Las causas debilitantes son, mas bien que las contagiosas, las que pueden dar lugar á la corrupcion diastésica, y á la putrefaccion. «Las causas, dice, de todas las diatesis febriles son las mismas que las de las enfermedades no febriles á saber la debilidad, y unicamente se diferencian en que es la mayor debilidad compatible con la vida, pero no largo tiempo compatible con ella (1).» Admitiendo esencialmente una

(1) Elem. Parte 4.ª

misma causa en tan distintas enfermedades, y siendo la astenia, la gran clase de su patologia, bien claro es que el plan curativo debía ser el mismo: el *estimulante, ó esténico.* Es unicamente la debilidad la que debe mirarse, nos dice, ó tenerse en consideracion en el método curativo y se deben unicamente administrar los remedios estimulantes, ó esténicos. Comienza sus escitantes, aun en su tipho simple y en las intermitentes, por el vino. En las calenturas mas graves aconseja los estimulantes difusivos mas intensos como el ópio, el alcali volatil, el mosco y el éter comenzando por pequeñas dosis, pero repetidas. Cuando la debilidad indirecta ejerce mayor influencia como en las calenturas producidas por escitantes, como la embriaguéz, las intermitentes, ó en las acompañadas de viruelas, estas dosis deben ser inversas, comenzando por dosis fuertes minorando su accion: por ejemplo comenzando por tomar de una vez ciento y cincuenta gotas de landano. Es, dice Frank, ciertamente el ópio el principal remedio en todas las enfermedades astenicas, y por tanto tambien en las intermitentes. En el dia del paroxismo hago tomar treinta, ó cuarenta gotas de landano líquido en seis onzas de agua de canela, ó vino. Pero siendo su accion bastante pasagera no debemos esperar una ventaja permanente y así es necesario unir al ópio los incitativos de accion mas durable, tales como la quina, los amargos, los marciales, un alimento sustancioso. No es nuevo el uso del opio en las intermitentes porque Morton, Murray, y Lind lo proclamaron: *opium in febrium intermitentium curatione princeps est remedium* (1).» No obstante el mismo Frank nos hace notar, sin

---

(1) Frank: not. á la obra de Roberto Jonnes. Adviértase que

duda para no eclipsar la luz que esparce el lema de la escuela brounniana, *«opium mehercle non sedat»* que los A.A. que recomiendan el opio en estas fiebres no lo hacen bajo la idea de Brown sino como calmante. En efecto algo mas lógico nos parece unir la quina al opio suponiendolo incitativo como aquella y como un auxiliar, que admitiéndolo como debilitante, lo que constituiría con la quina un tira y afloja poco lógico. En fin, Brown nos hace una advertencia de alta importancia aconsejándonos que visitemos á los febricitantes con mucha frecuencia porque mas que en otra alguna enfermedad necesitan este gran cuidado y este gran interés de parte del Médico.

LXIII. Hoy dia, y esto es bien notable, la suma de los errores y de las verdades de las doctrinas de la incitabilidad y de la irritacion se disputan la preferencia; pero la verdad sea dicha, hay una inmensa distancia entre Brown y Broussais: el primero hizo mas males que bienes, y la suma de sus errores es muy notable: la de sus verdades escasa. En el segundo hallamos un grande error del que surgen otros de menos consecuencia; pero reconocemos gran número de verdades. Si los brownianos abusando de los estimulantes mas incendiarios perjudican mucho, y desconociendo el poder de la naturaleza todo lo esperaban de la fuerza de los medicamentos; los brusseistas, abusando de los antiflogísticos, y con una terapéutica muy limitada perjudícan menos. Si los brownnianos se equivocan no viendo mas que debilidad, y este error les obliga á echar mano casi esclusivamente de los remedios mas escitantes; si los

---

Pedro Frank ha sido entusiasta brounniano, si bien despues modificó sus opiniones, de las que aun se resiente José Frank apesar de su crítica de Brown.

brusseistas no viendo mas que irritaciones se creen autorizados para llevar la dieta y los antiflogísticos al último estremo, la conducta de aquellos es destructora y falaz hasta la agonía; la de estos puede llegar á un punto del que no puede pasar y es inocente. Brown hizo inútiles las nosologias; Broussais las desterró bajo un sentido opuesto: Brown, en fin, si se hubiera limitado á ilustrar la doctrina de Hoffmann y de Cullen mereceria mucho: para creador de una nueva teoría sabía poco; para dar un paso mas sabía bastante.

LXIV. *Tránsito notable.* La doctrina de Brown fué modificada por Rassori que le añadió la idea del *contra-estimulo*, fundándose en ideas que por un lado se parecen á las de la *irritacion*, y por otro á las de los *semejantes*. No parece sino que Rassori, Gianini, y Tomasini presentían la época de Brussais y de Hannemam. Y hablamos asi para que sirva este período médico como de tránsito á las dos doctrinas que hoy mas bullen en las cabezas médicas. El predominio de las enfermedades esténicas sobre las asténicas; la contraccion elemental orgánica, son esenciales diferencias entre la doctrina del contra-estímulo, y el brownismo, y son tambien el parecido rasoriano con el brusseismo, pues que no pudo desconocerlo su mismo autor; *asi es que de estas ideas basicas solo disputa la preferencia valiendose de citar fechas* (1), pero sin duda era como un anuncio de la doctrina de la irritacion. Las leyes de la *tolerancia* de los medicamentos; sus contra-estimulantes; los medicamentos enérgicos de que usaban los rassorianos, tienen un viso de parecido con la doctrina homeópata. Es cierto que en esta última

(1) Brouss. Doctr. medic. t.° 2. pag. 14.

los remedios en dósis mínimas y sus efectos para producir cambios semejantes al estado actual morboso, establecen una gran diferencia; pero téngase en cuenta que estos cambios patológicos, desconocidos en su mayor parte de unos y de otros, son tambien buscados por los contra-estimulantes bajo otro sentido: aquellos quieren producir una enfermedad artificial lo mas semejante posible á la que se observa; estos quieren producir una enfermedad tambien artificial por sus contra-estimulantes: los unos son *homeòpatas*; los otros son *enantiopáticos*: los brusseistas serían *alópatas* porque llevan el obgeto de contrariar la enfermedad dirigiéndose contra la causa orgánica que la produce. No obstante, esta comparacion entre verdades de tres sistemas muy conocidos no tiene ni pudiera tener el obgeto de confundirlos, ni de considerarlos semejantes: solo me ha movido á ello el deseo de llamar la atencion sobre el modo como se suceden las ideas, como se utilizan palabras que á veces parecen insignificantes, y como no dejan de parecerse en el fondo sistemas que se presentan en el campo científico haciéndose una guerra á muerte. Brown de 100 enfermedades clasificaba las 98 en la clase asténica; Rassori creía que las 90 eran esténicas; Broussais las vé todas productos de irritacion con pocas escepciones. Es bien cierto que muchos hombres respetables probijaron la doctrina del *contra-estimulo* y entre ellos se distinguieron Borda y Tomasini, pero tambien lo es que esta doctrina sufrió una oposicion irresistible en Italia siendo sus mayores enemigos Amoreti y Ozanam comparando las estadísticas de Borda y Rasori con las de la medicina reinante bajo la direccion de Raggi. No obstante Tomasini apoya la verdad de su sistema en el mismo cálculo, lo que prueba lo que vale la razon estadística, que mas que

ninguna otra, como he dicho en el prólogo, necesita un profundo y filosófico criterio. Contra el brunismo sostiene Tomasini que esas fiebres llamadas asténicas, como las nerviosas, adinámicas, ataxicas etc. deben someters' á un plan antiflogístico. Fué este un tránsito, que llamé notable, desde Brown á Broussais, porque despues de ser consideradas las fiebres por aquél como intensas astenias, la escuela italiana las considera como esténicas y reclamando los medicamentos debilitantes. Mucho se esfuerza Broussais en demostrar que Tomasini no anunció ni pudo prevehcr su doctrina sobre las fiebres, pero realmente las conclusiones de ambas son parecidas. La escuela italiana tomasiniana reconoce como causa de las fiebres la flegmasia intestinal que la anatomía patológica demuestra, si bien es cierto que hace preceder su diateris irritativa, y en lo que vemos mucho parecido con las opiniones modernas de que luego hablaremos que parece no quieren reconocer enfermedades flogísticas sin el aumento de fibrina en la sangre. Segun los discipulos de Rasori las enfermedades que se presentan bajo la influencia de la diatesis de estímulo (hiperestenicas, ó esténicas) comprende todas las calenturas agudas y cronicas, y todas las inflamaciones de ambas clases. Ven el cólera morbo y la fiebre amarilla como enfermedades irritativas, y baste esto solo para demostrar el unisono pensamiento con la doctrina brusseista. Cierto es que en la eleccion de medicamentos hay grande diferencia, abusando unos, proscribiendo otros las evacuaciones de sangre. Tomasini, segun confiesa el mismo Broussais, proclamó antes que él un pensamiento básico de la escuela de la irritacion, pensamiento exagerado y de consecuencias graves para su doctrina: vió, ó vieron ambos que en las fiebres,

que eran enfermedades irritativas, debía insistírse en el tratamiento antiflogístico, no solo al principio sino aun cuando la postracion muscular, la pequeñez del pulso, el color empañado y los síntomas nerviosos se presenten despues de fenómenos contrarios, porque el carácter flogistico se sostiene el mismo hasta la completa agonía. Asi han proclamado que la mayor parte de las calenturas asténicas de Brown, las adinámicas, las ataxicas deben tratarse por el plan antiflogístico, bien que ellos supongan sus diatesis prexistentes.

LXV. Quisiéramos fijar la atencion en esa clase de medicamentos llamados contra-estimulantes, y antiflogísticos de la escuela italiana, porque si bien en lo general están desacreditados, no deja de llamar la atencion del práctico que no tiene prevenciones y al que solo guia la razon y la experiencia esa, casi general, proclamacion de dos remedios contra-estimulantes cuya accion antiflogística parece admitida y comprobada universalmente; hablo del tártaro-emético á altas dosis, y del mercurio. Desde Rasori, Tomasini hasta Andral, Bouillaud y Lepelletier, el emético á dosís de ocho, doce, y veinticuatro granos egerce una accion antiflogística poderosa como contra estimulante, siendo el áncora de salvacion con sangrías, ó sin ellas en las inflamaciones pulmonales. Igual encomio merece, bajo el mismo aspecto, el ungüento mercurial en las erisipelas. Pero sea de esto lo que se quiera, y no esplicando yo la accion, á no dudarlo, poderosa del emético en la pneumanitis, bajo las bases de Tomasini, ni de Brera, no por eso le admito en la clase de antiflogísticos. En las fiebres no solo el emético, sino los purgantes, y todos los escitantes que espelen humores eran considerados como contra-esti-

mulantes, en lo que se parecen á los humoristas, sin duda con el objeto de modificar la diatesis asténica, ó esténica. Pero lo cierto es que mientras Tomasini creyó haber dado un gran paso contra el brunismo demostrando el mal efecto de los estimulantes en las fiebres, el mismo echa mano de sus contra-estimulantes, que malamente cree antiflogísticos como son el emético, los sudoríficos, los diuréticos, los opiados. No obstante limitó mucho el uso de los mas intensos escitantes que el brunismo proclamara, y aconseja la necesidad de la humectacion, de la refrigeracion y de los depurantes. No debió temer Broussais que la escuela italiana le usurpase su gloria: era aquella, como lo decía Amoretti, citado por Broussais, y Lepelletier, imaginaria, quimérica y esta limitada, experimental, esclusiva, comprensible. No obstante el mismo Broussais confiesa que la escuela italiana dió un gran paso hácia él: mejor debiera decir que proclamó su idea dominante, la localizacion de la fiebre y su carácter flogístico. Oigamos al Autor de las doctrinas de la irritacion. «Una cosa se les debe de justicia á nuestros compañeros transalpinos. Ellos me han precedido en la publicacion de una gran verdad: han proclamado que la mayor parte de las calenturas que Brown llama asténicas, que los médicos de el norte califican de nerviosas, que nuestros médicos franceses, en fin, han reunido bajo los dos títulos de adinámicas y de atáxicas deben tratarse por el método dulcificante y aun por el antiflogístico.» En efecto, si Broussais erró, no erró menos Tomasini y si este dijo una verdad, aquel la dió mas estension, la generalizó: pero ambos á dos generalizaron una idea de una importancia limitada: vieron bien, pero dedugeron mal: tiempo tendremos de probarlo. Siempre algo

bueno en las doctrinas; siempre las teorías modificadas en la práctica: siempre verdades y errores.

LXVI. El dinamismo, la hyperstenia, y la hypostenia; las enfermedades irritativas fueron despues, bajo otros nombres, presentadas con mejores auspicios libres del lenguaje, algunas veces ininteligible, de los contra-estimuladores. Esta reforma del brownismo perjudicó á su Maestro, y fué el primer golpe á su doctrina, y como no llegó el *rassorismo* á fijar en Europa una época notable se limitó á Italia en la que murió como el brownismo. No puede negarse que la época á que aludimos es de una grande importancia, y de una grande utilidad: ella sola puede constituir un período de la historia Médica. Brown, Rassori, Broussais despues de Staahl, Hoffman, y Cullen debían llevar la ciencia á un grado de elevacion suprema. Detengámonos aqui: esta época es la nuestra.

LXVII. *Doctrina de la irritacion.* Al llegar á la época en que vivimos; al recordar las principales doctrinas medicas de casi toda la mitad del siglo XIX debiera levantar mi pluma, hacer una cita y dejar á otros mas instruidos y de mas justa celebridad el dificil y penoso pensamiento de epilogar las verdades y los estravíos de los hombres actuales. Por mas que se diga, es imposible separar de la época actual el nombre de Broussais, porque sus principios están amalgamados con ella, intimamente con ella unidos, y diré mas sin temor de equivocarme, ellos la presiden. Broussais fué precedido de Bichat y de Pinel; Rostan y Andral de Broussais; y Bouillaud de Rostan, Andral y Piorry, los que con Louis, Bretonneau, Chomel y Dubois d' Amiens, Trousseau y Pidux, Valleix, Geintrac, reasumen completamente la época actual. Empero, en obsequio de la

verdad, puede asegurarse que en nuestros dias no existe sistema médico reinante. Broussais dominó las escuelas todas y desde entonces, si hubo valor bastante para declararse independiente de Broussais, no lo hubo para filiarse en otra doctrina. Tampoco hubo ninguna capacidad con esa constancia y energía necesarias para declararse gefe de una nueva escuela: si alguno lo intentó, hubo de estacionarse á vista de la inmensa dificultad de dominar la época: dice muy bien el Dr. Hysern: «reina hoy una anarquía completa, deplorable (1).» Los hombres han oido resonar la palabra *indepencia, emancipacion* y en todas las edades, en todas las clases, en las ciencias y hasta en los hábitos, y en las creencias y en la educacion y en la enseñanza no se quiere pauta ni regla, porque todos quieren ser independientes. El discípulo rechaza las ideas de su maestro y rebate sus principios, y el maestro tampoco tiene mas guia que su opinion y sus creencias: de aqui la vaguedad en los planes, la confusion en las ideas, la poca figeza en los principios, y en fin, la anarquía científica.

LXVIII. La doctrina de Broussais proviene de la de Bichat; parte en su base de la de Brown; termina aparentemente en la de Rassori para continuar en la de Rostan y Bouillaud (2). «La composicion de los órganos y de «los fluidos es una química particular del ser viviente. La «potencia que pone en accion esta química, dá á los ór-«ganos la facultad de sentir y de moverse: la sensibilidad «y la contractibilidad son, pues, el testimonio del estado de

(1) Filosofía médica reinante. 1848.

(2) No se crea que confundo la época de Rassori con la de Broussais: hablo de las bases de los sistemas, no de la época de los hombres.

«vida (1).» Estas ideas son continuacion de las de Bichat (2). «La vida del animal se sostiene solo por los estímulos es-«teriores, y todo lo que aumenta los fenómenos vitales es «estimulante.» Este pensamiento fundamental es de Brown, como el mismo Broussais lo confiesa. Casi todas las enfermedades son producto del aumento de las propiedades vitales, son irritaciones patológicas, decía Broussais. Rassori había anunciado la misma idea en sus enfermedades irritativas y en sus esténicas. He aquí formulado el pensamiento de Broussais en fisiológia y en patológia: *modificadores poniendo en ejercicio la sensibilidad y la contractibilidad: sostenimiento de la vida por su accion: enfermedades casi siempre producidas por la sobre-escitacion; ó sobre-irritacion* (3)*: la mayor parte de los hombres perecen á consecuencia de la inflamacion* (4). De aqui parte todo su sistema médico lleno de grandes pensamientos, de grande interes y presentado con novedad, con un lenguage claro, filosófico, seductor. Acaso no existió médico alguno con tantos elementos para proclamarse gefe de una escuela: talento, perspicacia, celo infatigable, asiduidad escesiva, lectura estensa y selecta, elementos científicos superiores, gran anatómico, genio emprendedor, con originalidad y posicion social distinguida; he aqui los elementos que le elevaron á la grande altura á que aspiraba. Si no se hubiese apurado tanto, se hubiera cimentado mas. Su obra de las flegmasias crónicas, que apesar de su justa celebridad la creemos cimentada en un error aunque por fortuna no de

---

(1) Broussais. Princ. de la med. fisiol.
(2) Anat. gen. tom. 1.° p. 114 id. pag. 42, p. II y sig.
(3) Exám. de las doct. méd.
(4) Pag. 112, P.° 25.

gran consecuencia, bastaba para darle celebridad y para declararle protagonista de la doctrina *anatòmico-patológica.* Su exámen de las doctrinas médicas se presentó fuera de su época: su doctrina de la irritacion y su fisiológia hubieran conducido poco á poco á los médicos hasta el punto á que los quiso llevar apresuradamente y aun hasta la doctrina de las fiebres; pero el aparato con que la anunció, el esclusivismo y exageracion de su teoría hicieron que la voz de la experiencia y de la razon, y tambien á veces de la crítica apasionada y rival, resonase en las escuelas, en las academias y en los estudios de los médicos contemporáneos, y contra estos grandes poderes no prevaleció en su pureza. Pero debo detenerme aqui: no es una mision histórica la que me propuse. La gran pugna suscitada contra Broussais nació de su *gastro-enteritis*; de modo que todo hubiera pasado sin gran ruido si la localizacion de las fiebres no se presentase como la manzana de la discordia. No obstante no debe ignorarse que había un siglo que ese pensamiento rodaba en las cabezas de los médicos, si bien no con el esclusivismo de Broussais: se había hablado de las fiebres como producidas por lesiones irritativas del tubo intestinal; y sin citar á Prost, sin querer buscar en Helmoncio ni en Hoffmam, ni aun en los autores contemporáneos, como Pinel, el origen de esta localizacion que constituye el punto culminante de la doctrina de Broussais, séame permitido citar á un autor español de principios del siglo XVIII que sin duda espresa en su obra la opinion de algunos médicos célebres de aquel entonces. «Aqui habla«remos, dice (1), de aquellas fiebres malignas en que, ade-

(1) Tom. 4.°, P.° 6.°

«mas de las señales comunes de coagulacion y fluidez, re-
«lucen otras que no muy oscuramente dan á entender que
«se padece inflamacion en alguna de las oficinas principa-
«les como en el estómago..... Si hallamos señales comu-
«nes entre las fiebres malignas y los efectos inflamatorios
«¿por qué no hemos de congeturar que son idénticos los
«casos? Cierto es que difieren bastante en algunos feno-
«menos, pero tambien difieren entre si las mismas infla-
«maciones esternas por razon de la causa y del lugar, sin
«que por esto degen de ser inflamaciones. Las disecciones
«mostraron que la verdadera enfermedad ó parte afecta en
«estas fiebres, consistía en inflamacion, esfacelacion, erisi-
«pela, ó putrefaccion del hígado ó intestinos, ó mesenterio,
«ó estómago, ú otras partes constituidas dentro del pecho.
«Sospechada, por inflamacion estomacal, la fiebre en virtud
«de las señales, observemos al instante dos cosas; una si
«hay plétora, si es sugeto jóven y si está la enfermedad
«en el principio.» Estas palabras de nuestro Rodriguez son demasiado significativas pues que ellas reasumen pensamientos aun posteriores á Broussais. Y nótese muy particularmente que el plan curativo está relacionado con este gran pensamiento: «Se usará, dice (1), de enemas emolientes
«que no irriten, y los vomitivos no se pueden administrar
«en las fiebres inflamatorias estomacales, ni intestinales.»
Nótese mas, que fija exactamente los caractéres de la gastritis aguda: «movimiento pulsatorio del ventrículo, ten-
«sion, calor, dolor tensivo ó pulsativo en el epigastrio», con la particularidad de aconsejar la aplicacion de sanguijuelas entre el ombligo y la boca del estómago, y en los

(1) Hist. de las flegmasias ó inflam. cron.

lomos en frente de esta misma entraña (1). Si digésemos que el pensamiento de Rodriguez era un pensamiento sublime porque era menos exagerado que el de Broussais, menos esclusivo y menos universal, se nos criticaría de visionarios. Reconoció tambien esas fiebres malignas que sin fenómenos locales predominantes tienen desconocida causa; pero no obstante hacía como Broussais, esplicaba la falta de los fenómenos locales por la poca sensibilidad de los parenquimas; oigámosle: «Puede presentarse fiebre maligna «en que las señales patognomónicas sean de inflamatoria y «no señalarse ni en la parte ni aun en el sitio de la in-«flamacion: esto consiste en que hay muchos lugares casi «insensibles, como son todos los parenquimatosos.» Estas opiniones estaban cimentadas en la anatomía patológica, y por eso he dicho antes que el P. Rodriguez nos habia hecho conocer las opiniones de sus contemporáneos, y despues de citar muchas disecciones en prueba de su opinion, concluye con estas palabras muy notables: «Finalmente, Helmoncio, Spigelio, Bartolino, y Panarolo asegu-«ran que en las mas fiebres malignas se ha como cau-«sa inflamaciones, ú otros vicios semejantes en el ventrí-«culo, intestinos y demas partes adyacentes. Contestando «todos en que las disecciones de cadáveres por estas fie-«bres mostraron siempre vicio inflamatorio en estas partes.» Sería muy curioso citar otros párrafos de nuestro autor en prueba de sus ideas originales, como cuando dice que la inflamacion que se halla en los cadáveres no es como se cree la consecuencia de la fiebre, sino por el contrario,

(1) Palestra crítico-médica por el M. R. P. D. Antonio José Rodriguez. Tom. 4.° pag. 103.

ésta consecuencia de aquella: pero permítaseme recordar en este momento haber leido en una refutacion española de la doctrina de las fiebres al principio de su propagacion en España, la idea de que acaso Broussais habría tomado el primer pensamiento de su *gastro-enteritis* en nuestro español con motivo de su campaña en la península. No diré yo tanto; pero pudiéramos formular el siguiente pensamiento: «la inflamacion ó la flogosis gastro-enterica como causa, ó como efecto de las fiebres era conocida en España muy anteriormente á Broussais, fundándose este pensamiento en la observacion y en las lesiones patológicas que se hallaban en el estómago é intestinos.» Es indisputable que en el sistema de las fiebres esenciales localizadas, aun cuando fuera un motivo justo de celebridad, no hay toda la originalidad que reclama su mismo autor, pero en las consecuencias, en las deducciones, en las descripciones y mil consideraciones á que se entrega, independiente de este pensamiento, es á veces Broussais superior á si mismo. En fisiológia, como en patológia la irritacion y los agentes escitantes son el talisman de la doctrina fisiológica, que maneja con maestria presentando hasta novedad en medio de su monótono sistema: irritaciones fisiológicas primitivas ó simpáticas; irritaciones patológicas de la misma clase, sosteniendo unas el juego normal de los órganos, desconcertando las otras la armonía fisiológica, y produciendo apropiaciones nutrivas regulares, ó apropiaciones anormales, degeneraciones de los tegidos; he aqui el fundamento y el término de la doctrina fisiológica. Veamos ahora como considera las irritaciones patológicas, inflamaciones ó flegmasias. «La flegmasia, dice, (1) es el efecto primitivo de

(1) Hist. de las flegm. cron. pag. 6.

«un aumento de accion: no siempre este estado produce «el tumor, rubor, calor y dolor: la existencia de estos «cuatro fenómenos está subordinada á la estructura y á la «vitalidad de la parte en que se haya aumentado el mo- «vimiento orgánico: este aumento de accion orgánica tiene «su asiento en los vasos capilares de la parte enferma: «muchas son por consiguiente las gradaciones que puede «presentar la inflamacion, y muy variadas las modificacio- «nes que sus productos deben producir segun la mayor «ó menor sensibilidad de la parte, el número de vasos ca- «pilares, su mayor movilidad y el fluido sobre que obran. «*Cuando la irritacion* (1) *acumula la sangre en un tegido* «*con tumor, rubicundez y calor estraordinarios y capaces de* «*desorganizar la parte irritada, se da el nombre de infla-* «*macion*. La inflamacion escita frecuentemente simpatías de «relacion, que han llegado á ser para los autores fenome- «nos predominantes, lo que ha hecho dar á la enfermedad «el nombre de *nerviosa*. La inflamacion no muda de na- «turaleza por la disminucion de fuerzas que causa (2). Las «irritaciones intensas de todos los órganos se trasmiten cons- «tantemente al estómago en el momento de su preludio: «tambien se trasmiten al corazon, y entonces este preci- «pita sus contracciones, se acelera la circulacion, y el ca- «lor aumentado de la piel determina una sensacion penosa: «esto es lo que se llama *calentura* considerada de una ma- «nera general y abstracta. Todas las calenturas esenciales «de los autores se refieren á la *gastro-enteritis, simple ó* «*complicada*.» (3) No es cierto, no obstante, que nadie

(1) Exam. de las doct. med. proop. 96.
(1) Id. prop. 97 y sig.
(1) Exam. de las doct. med. prop. 139.

haya visto las irritaciones gastro-intestinales hasta él porque desde Hipócrates se anuncian estas irritaciones; pero lo que es cierto es que nadie las vió como únicas causas, y esclusiva patogenia de las fiebres, pero tambien es evidente que *todos los que los vieron, porque suelen existir, no las consideraron en su justo valor.* El mismo Chomel, como ya tendrémos motivos de probar, vió estas irritaciones, y las vió bien, pero al llegar á darles su verdadero valor se le oscureció la verdad. Pero sigamos á Broussais en las bases de su doctrina piretológica. 1.° No hay fiebres esenciales primitivas; todas son secundarias de una irritacion gastro-intestinal. 2.° Esta gastro-enteritis existe sin ningun punto doloroso, cuando la inflamacion no predomina con fuerza en el estómago ó en el decodeno; y cuando la presion del abdomen tampoco desenvuelve el dolor. 3.° La *fiebre inflamatoria* (sinoco) no es mas que el síntoma de una irritacion ligera de uno de los puntos de la membrana mucosa digestiva, ó respiratoria, de la piel, del encéfalo, del pulmon, del útero, de una membrana sinovial etc. (Aqui confunde el Autor la pneumonitis, el catarro, la encefalitis, la metritis etc. con la fiebre.) 4.° La *fiebre gástrica* ó biliosa no es mas que una gastritis, una gastro-enteritis, ó gastro-hepatitis. 5.° La fiebre mucosa, ó pituitosa es igualmente el producto de la irritacion de las vias gastricas con aumento de secrecion mucosa de cualquiera parte. 6.° *La adinámica, asténica, ó pútrida* (estas denominaciones representan tres escuelas, la vitalista, la brounniana, y la humorista) no es otra cosa mas que una violenta inflamacion gástrica, ó gastro-intestinal, ó bien una inflamacion muy intensa de un órgano importante, segun que hay ó no lo que en otro tiempo se llamaban *signos* de putridez,

es decir, evacuaciones fétidas. (No deja de ser bien abstracto este concepto y modo de esplicar los fenómenos de estas fiebres graves.) 7.° La *fiebre nerviosa, tiphoidea, maligna, ó atàxica,* no es mas que una irritacion intensa del encefalo, pocas veces primitiva y las mas de ellas secundaria ò consecutiva de una gastro-enteritis, ó de cualquiera otra inflamacion. (Las irritaciones verdaderas, y las inflamaciones del encefalo primitivas y aun secundarias no son fiebres, son encefalitis, cerebritis, aranoiditis.) 8.° La *peste, ò fiebre pestilencial* no es otra cosa mas que la fiebre nerviosa, tiphoidea, ó maligna en un grado alto de intensidad, caracterizada por bubones y carbuncos en el mayor número de casos y producida por una infeccion atmosferica. (No es la ataxia, ni los fenómenos de irritacion, ni los nerviosos lo que caracteriza la peste de levante.) 9.° La *fiebre amarilla, ó tipho icterodes* es una gastro-hepatitis prontamente mortal de los paises cálidos (de algunos paises calidos, litorales, pantanosos, debiera decir,) acompañada á veces de ictericia que suele no presentarse hasta la muerte (y debiera añadir, y con un vómito característico en los casos graves, acafetado, negruzco.) Bástenos esto para reconocer su piretologia con su plan antiflogístico y dietetico, si bien en la última época de su doctrina aconseja ya la quina en algunos casos, como veremos en el cuerpo de la obra, y en el verdadero lugar de la discusion patogénica. Una cosa, no obstante, nos llama la atencion, y no es solo en Broussais sino tambien en AA. modernos muy recomendables; y es el ver la muerte sin la causa que mata. No vemos admisible que una inflamacion pueda concluir por la muerte sin dejar señales en el órgano afectado «ni desorganizacion alguna en las visceras» cosa que no se comprende,

pues que hasta se asegura que ni indicacion congestiva capilar se halla. ¿Se ha disipado proximamente á la muerte la inflamacion? ¿Cual fué entonces su causa? ¿Se quiere decir que la inflamacion que mata, y no deja señales de haber existido es como el puñal que hiere y se esconde? Pero en este caso el arma no es la enfermedad sinó su causa ocasional como el aire frio que produce una pulmonía. Era preciso decirlo así para justificar esa falta de lesiones intestinales que se suele hallar en esas fiebres llamadas *gastro-enteritis*, *entero-mesenteritis*, *ilio-ilíditis* y de las que hablaremos luego.

LXIX. Con respecto al tratamiento muy sencillo es en el sistema de Broussais, como puede verse en su esposicion, en su patologia, en sus lecciones clínicas, y tambien en la obra de sus discípulos Roche y Sancon, y cuyas bases son los antiflogísticos y entre ellos las evacuaciones de sangre locales y los gomosos desde el sinoco mas simple hasta el cólera-morbo asiático. Veremos, no obstante en su lugar modificado este tratamiento por el mismo Broussais, apesar de lo que digan sus discípulos que limitan el uso de los tó. icos cuando terminada la flegmasia quedan las mucosas visibles pálidas, y no se restablece el apetito (1). Por lo demas mientras dura la enfermedad solo los antiflogísticos tienen lugar aun en las fiebres adinámicas, en la peste de levante y asiática. No olvidemos que esta enfermedad fué la muerte de la doctrina de la irritacion. Verdades de inmensa importancia; erróres tambien de grande trascendencia emanan de esta doctrina en la que no se ven mas que sobreescitaciones por mas que la falta de vi-

---

(1) Roche y Sanson, t. 1.°

da se anuncie por los fenómenos mas notables; siendo muy comun en ella el tomar el efecto por la causa. Asi es que se dice que la sobre-escitacion supone siempre un aflujo muy considerable de fluidos: pero las conjestiones activas, el aumento de circulacion, el calor, que son en efecto fenómenos de la inflamacion, tienen una causa superior á la misma irritacion vascular, y la sucesion de los fenómenos y su analisis nos dirían que la congestion es la consecuencia del aumento de la circulacion capilar, y esta lo es de la exageracion de las elaboraciones en la verdadera inflamacion, y de las elaboraciones pervertidas en las falsas inflamaciones: pero no es este el lugar de entrar en esta discusion. Las grandes verdades de Broussais en la parte práctica emanan de haber hecho percibir la frecuencia con que las congestiones sanguíneas ó linfáticas locales se manifiestan en las enfermedades agudas y crónicas, y en la necesidad de atender á ellas con urgencia; pero el error está en considerar estas congestiones caracterizando las enfermedades. He aqui la verdad, y he aqui la equivocacion en las fiebres y en las enfermedades todas: en aquellas hay congestiones locales, llámense si se quiere flogosis: á veces se presentan en los primeros momentos de su aparicion; debe atenderse á ellas, procurar disiparlas y no fomentarlas; pero no son la fiebre: en las otras enfermedades generales, ó locales tambien casi siempre se presentan estas congestiones; no se las debe descuidar, son efectos de la enfermedad, no la enfermedad misma: por esto hemos dicho que la terapéutica de Broussais, si bien las mas veces errada en su base, no era tan perjudicial como pudiera serlo en sus efectos. Detengámonos aqui. Broussais en lo demas tiene elevados conceptos, y su sistema

médico constituye un cuerpo de doctrina completo.

LXX. *Organicismo*. La escuela francesa vagaba entre las doctrinas de su oráculo Pinel y su antagonista Broussais. Dos grandes y rivales secciones se constituyen en el campo de la discusion, y dos célebres discipulos de tan buenos maestros, Chomel y Begin, han sabido ocupar un lugar muy digno en la historia de esta época: el primero, sin olvidar á su maestro, admitió despues muchas verdades de Broussais, y el segundo, sin ofender al que dirigiera su educacion, modificó despues algunos puntos de su doctrina. Y poco á poco el tiempo y la esperiencia hicieron ver la necesidad de fundar una doctrina médica menos esclusiva, pero bajo las mismas bases: su mismo protagonista se vió luego en la necesidad de reformar algunos puntos de mayor importancia, y sea ejemplo la comparacion de su primer pensamiento sobre el cáncer considerado bajo el punto de vista práctico, desechando despues la idea de su causa en la acumulacion de sangre en los vasos capilares; séalo tambien la modificacion de su doctrina sobre las fiebres miasmáticas. En fin, Boisseau, Andral, Rostan, Bouillaud utilizándose de las investigaciones anatómico-patológicas de Laennec, Cruveillier y otros conciben el pensamiento de erigir una nueva escuela. ¿Ha variado la faz de la ciencia por las últimas obras escritas por Rostan, Andral y Bouillaud? ¿Desapareció la doctrina de la irritacion? ¿No existe ya la influencia de la doctrina de Broussais en la doctrina médica del dia? Rostan, el primero entre ellos, parece optar á la primacía de gefe de una nueva escuela: se opone abiertamente á la fisiológica, y da á la suya el nombre de doctrina de la *medicina orgánica* (1): oi-

(1) Cours de medecine clinique.

gamos su exagerada crítica: «convencido del peligro que «amenazaba á la humanidad de la práctica de este siste- «ma erróneo nos resolvimos á combatirlo con todos nues- «tros medios, y siendo las lecciones que mas fuertemente «hieren las que se reciben por los ojos, hemos citado para «el lecho de los enfermos á nuestros adversarios y á la «nueva generacion de discípulos. Apelamos del juicio de «los discípulos fascinados y turbulentos ante el juicio de los «discípulos circunspectos y deseosos de instruirse y abri- «mos ante ellos el gran libro de la naturaleza.... La victo- «ria no podía ser dudosa: fué decisiva á la vista de todos.» Pero Rostan no venció á Broussais: su doctrina es una modificacion de la de éste, y muchos de los principios que critica en su antagonista no son tan falsos como lo intenta probar. No obstante, si Rostan no constituyó una nueva escuela, fué porque es ya muy difícil erigir un nuevo sistema: se necesita para ello salir del camino trillado: es preciso hacer lo que Hahnnemam ó Priestniz, *crear* para presentar originalidad, ya sea en errores, ya en verdades. Todo lo buscó Rostan en la materialidad de los órganos rechazando las enfermedades de funciones y de propiedades: pensamos como él; pero le faltó dar un paso importante, y se alucinó creyendo haberlo dado: este paso era ver las enfermedades en los órganos; quiero decir, ver las alteraciones orgánicas que las producen y no pararse tanto en sus efectos; estudiar menos los síntomas de las funciones, y estudiar mas los órganos que las egecutan: ha partido del punto mas filosófico, pero en la práctica cayó en los mismos errores que critica en Broussais. Nos dice, por ejemplo, «que no existe ni puede existir en la economía «animal viviente mas que órganos y funciones: las funcio-

«nes no son otra cosa que los órganos en egercicio; todo «lo que no es órgano, principio de órgano, efecto de or-«gano, no es nada para el médico.» ¿Pero como reconoce las enfermedades de los órganos? ¿Como las vé? como Broussais: egemplo la inflamacion: el aumento de circulacion, la congestion, el calor, la tumefaccion es lo único que reconoce; pero ¿como se halla el órgano cuya alteracion es la causa de estos fenómenos? ¿como está el organo enfermo en las verdaderas inflamaciones, en las falsas inflamaciones, en las específicas? ¿es igual su estado pues que son los mismos sus fenómenos? He aqui lo que le faltó á Rostan: solo vió síntomas. Reconoce mucha variedad é importantes diferencias entre las inflamaciones; pero las reconoce solo por *sus accidentes*, por su *tipo*, por su *causa ocasional*, y esto no basta. Admite la definicion descriptiva de Frank, y al hablar de las inflamaciones específicas que la esperiencia le demuestra, no puedo hallar la causa esencial de esta division. Por consiguiente su terapéutica tiene que ser sintomática (1): todas las inflamaciones tienen que curarse con el descanso, la abstinencia, los diluentes, las sangrías, los baños templados y los topicos emolientes; y hé aqui una terapéutica sintomática para corregir la congestion, el calor, la tension, el dolor, y mas fenómenos que suelen acompañarla. ¿Y la alteracion organica causa de todos estos fenómenos? Bajo este aspecto los Rassorianos tienen consideraciones y pensamientos mas elevados. Yo rechazo con toda mi poca fuerza el empirismo proclamado por Rostan y su lógica de la ciencia. Yo no puedo, ni puede médico alguno, que sepa pensar, ad-

(1) Obr. cit. tomo 3.° pag. 358.

mitir como principio de la ideológia de la ciencia aquel pensamiento filosófico muy conocido: «no hay mas ins«truccion que la que prestan los sentidos: nada se co«noce bien sino lo que se vé:» de cuya doctrina se deduce la materializacion de nuestros elementos científicos. Añade despues: «un respeto supersticioso por el sepulcro «impedía interrogar al hombre muerto para utilizarse en «beneficio del hombre vivo, y entonces las enfermedades «eran esenciales, generales, y sin asiento; pero cuando la «filosofia ilustró los pueblos civilizados fué permitido di«rigir el ojo observador á los restos inanimados del cuerpo «humano, y estos restos mortales del hombre fueron el «manantial fecundo de las mas útiles verdades.... Entonces «los síntomas perdieron su antíguo valor y no fueron ya «útiles sino en tanto que indicaban la lesion del órgano... «En fin, la patológia consiste en el conocimiento de las «alteraciones de los órganos por la autopsia.» Rostan proclamó aquí la lógica de Bichat, la de Broussais, pero no era la suya: seamos justos; le era preciso materializar para fundar su doctrina, para oponerse á la patológia de las propiedades vitales, á la ontològia reinante: por lo demas si hubiera aplicado á su sistema el principio lógico que sienta, y que por desgracia se quiere admitir sin reserva, nos colocaría en la cima de esa pendiente en la cual la muerte fuera el maestro á quien se pregunta; la muerte quien respondiese dictando sus preceptos y educando á sus discípulos: de aqui la materializacion de la ciencia; de aquí el error y la confusion mas lamentable.

LXXI. Rostan, hemos dicho, ha cimentado su lógica científica en un error del dia, en un error de la época; mejor dicho, en un error filosófico, que ha perdido ya par-

te de su valor, en la filosofia sensual; pero no obstante en sus razonamientos reconoce lo que hay que conceder al libre pensamiento, á la recta razon. El gran Bacon proclama estos mismos principios, pero no sabía que de ellos habian de surgir inmensos errores: lo mismo digo yo al protagonista de la medicina orgánica; él no dará un valor omnímodo á su lógica, péro su lógica fructificará: y no habrá luego mas verdades en la ciencia que las que demuestre la autopsia, ó que los sentidos alcancen: y la ciencia será el empirismo; y la lógica del entendimiento será insignificante. *Nada hay cierto en medicina mas que lo que prueba la anatomía patológica,* se dice hoy por algunos; pero si se admite esta idea yo tambien añadiría, *ni aun es cierto en medicina lo que la anatomía patológica manifiesta*: pongámos un egemplo. La suspension de una evacuacion periódica dá origen á una hemotisis, y otras hemotisis reconocen por causa un golpe, un constipado abandonado, un tubérculo, la sifilis, un herpe, y todos mueren con el pulmon supurado, como lo demuestra la autopsia: pero nosotros no debemos buscar el *como se muere*, ni el estado del órgano al morirse, porque llegado este caso es la medicina ineficaz: nosotros debemos buscar por donde comenzó este estado del órgano, no como concluyó; pues por lo comun la anatomia patológica solo nos demuestra como mueren los órganos, no como se alteran para llegar á aquel estado. Todos murieron tísicos, es muy cierto; ¿y de aqui inferimos que todos debieron curarse de un mismo modo? La anatomia patológica sin la filosofia de la ciencia, sin el análisis histórico, sin el profundo razonamiento vale poco; con ellos vale mucho: he aqui porque es preciso no materializarlo todo, no hacer creer á los alumnos que nada

hay cierto mas que lo que los cadáveres demuestran. Por idéntica razon las obras de anatomia patológica desde Bonet á Morgagni, Portal, Baillie, apesar de su gran importancia, no han producido una revolucion en las doctrinas médicas, ni han tenido una gran influencia en su marcha. ¿Se curan hoy mejor las tisis, las afecciones del higado, las lesiones del corazon desde que se conocen mejor las degeneraciones á que pueden llegar los tegidos? Bichat decía «de que sirve la observacion si se ignora el asiento del mal (1)?» Y esto se repite por Broussais por Rostan, por todos. Yo tambien pudiera decir á mi vez ¿de qué importa conocer el asiento del mal si no se sabe como padece el órgano afecto? La observacion es la que enseña á localizar el mal, á conocer su naturaleza y su índole: sin observacion no hay nada. Todo el mundo, y el enfermo mismo sabe por lo comun á donde le duele; ¿pero que importa este conocimiento sin la observacion médica, filosófica, adornada de los anteriores conocimientos de la ciencia? Rostan al hablar del modo de diagnosticar, y sin olvidar su lógica, ya citada, da una gran importancia á otras circunstancias, como son á la aplicacion de los sentidos, al genio, á las descripciones, pero sobre todo á la observacion; pero en otra parte nos confirma el pensamiento de Bichat, para demostrarnos que la anatomía patológica es la única que localiza los males. Nadie se atreve á decir que esta parte de la ciencia es la única importante en la práctica, porque esto sería ponerse en ridículo, pero todos se fundan en ella para establecer sus doctrinas. ¿Por qué, pues, la doctrina de Morgagni fundada en ella es refutada

(1) Anat. gen. Tom. 1.° pag. 106.

por Broussais? Por qué Bichat, Broussais, Laenec, Luis, Breteneau, Chomel, Prost, fundados todos en lo que les enseñara la inspeccion cadavérica vieron de diferente manera? ¿Por qué la fiebre, por ejemplo, es para Broussais una *gastro-enteritis*, segun las demostraciones anatomico-patológicas y segun estas mismas es para Bretonneau una *dothinenteritis*, para Petit y Serres una *enteromesenteritis*, para Bally una *ileo-ididitis*. para Chomel una *enteritis folicular*, para Piorry una *angio-hemitis*, para Bouillaud una *angio-carditis*, y en fin, para Hugon una *neuro-visceritis?* ¿Por qué fundados en el mismo elemento anatómico-cadavérico vieron con tal diversidad? Porque la anatomía patológica es una de las partes de la ciencia que contribuye á rectificar, á hacer mas fáciles los diagnósticos, pero no es la guia principal, y menos la única. Por eso el mismo Chomel nos encarga la mayor circunspeccion para deducir la importancia de las lesiones patológicas halladas en los cadáveres: por eso nos advierte del diverso valor que debe dárseles, porque unas son productos de la agonía, otras sobrevinieron en la carrera de la enfermedad, otras la complicaron, otras tienen absoluta independencia del mal que fué capaz de producir la muerte, otras, en fin, son fenómenos cadavéricos; pero todas pueden inducirnos á error (1). Pensaba de la misma manera Double (2) y se lamentaba de la importancia ilimitada que se daba á esta parte de la ciencia. El respetable Lafont-Gouzzi (3) ridiculiza la omnímoda influencia que se quería dar á la anatomía patológica. El mismo Broussais, que dió á la ana-

(1) Chomel. Elem. de Pathol., pag. 166.
(2) Semejot. Tom. 1.° pag. 58.
(3) Etat. present. des, Homm., pag. 161.

tomía patológica una importancia tal que fué la base de su sistema médico, tan solo cree á su escalpel capaz de penetrar en los órganos, pues que en otras manos llama á la anatomía patológica *falsa ciencia* (1). Cruveilhier decía muy bien «que todo cuanto se dice de la anatomía «patológica como *ciencia aparte* de la medicina clinica no «puede aplicarse sino á las trasformaciones orgánicas y á «las degeneraciones (2).» Este pensamiento como otros de Cruveilhier pierde todo su valor en la boca de un anatómico tan eminente, pero tan vitalista que admite *una fuerza* independiente de los órganos, y unas propiedades vitales que enferman sin que lo estén los órganos. ¡Cuanto alucina la propia opinion! Yo diré menos aun que este célebre anatómico: «Las enfermedades que consisten tan «solo en lesiones vitales son esclusivamente del resorte de «la observacion clínica y de la fisiológia patológica. Los «síntomas vitales constituyen la historia entera de estas en«fermedades y deben presidir á su clasificacion y á su «tratamiento. La anatomía patológica no puede intervenir «mas que para comprobar la falta de lesiones orgánicas.» He aqui un error grave debido á la ciega confianza en el escalpel: no se halla lesion orgánica, luego no la hubo. Broussais tambien decía que cuando la lesion es poco profunda y rápida los síntomas vitales valen mas que los físicos. Yo no veo asi: yo no concibo enfermedad alguna sin lesion real en los órganos; pero esta lesion no es las mas veces la que hallamos en la autopsia: no admito las enfermedades vitales, ni las fuerzas independientes de los or-

(1) Exám de la Doctrina. Tom. 4.° pag. 31.
(2) Essai sur L' Anat. pathol. Tom. 1.° pag. 13.

ganos: materializo bajo este aspecto la vida, pero no la materializo en el cadáver, ni en el empirismo.

LXXII. Rostan en la piretologia no presentó ideas nuevas: concibe como Broussais una *gastro-enteritis*, pero lo hace bajo un pensamiento menos esclusivo, mas admisible, pero no menos faltoso de exactitud. Despues de rechazar la doctrina piretologica de Broussais, nos dice lo que no puedo menos de copiar para que no se me culpe de inexactitud. «Hemos declarado, que no creyendo que un desorden funcional cualquiera pueda sobrevenir sin alteracion del órgano, no creemos puedan existir fiebres sin asiento. (Al contrario: la localizacion de las fiebres, llevada á cabo por la escuela piretológica, estaba anunciada mucho tiempo ha; quiso realizarla Pinel, Prost, pero se queda en el camino. No veo, pues, la necesidad de esta declaracion de Rostan). Hemos dicho tambien que creemos en la existencia de enfermedades específicas y en las enfermedades de los fluidos, y hemos demostrado estas proposiciones fundamentales de nuestro sistema médico. Las fiebres dichas *inflamatorias* son realmente el resultado de una *irritacion intestinal* en un sugeto pletórico. (No se que tiene que ver la fiebre inflamatoria con la irritacion intestinal que, si existe, será una irritacion semejante á la de todo el organismo). La fiebre *biliosa* continua es una *gastro-duodenitis*. La fiebre *mucosa* es una *inflamacion de las membranas mucosas*, que frecuentemente ofrecen, como lo observa Bretonneau, en la dotinenteritis, un carácter de especificidad. (Vemos todos los dias inflamaciones de estas membranas que no son la fiebre mucosa). La fiebre *adinámica* se manifiesta en sugetos afectados de *inflamaciones gastro-intestinales,* ó de otras, no solamente por la

intensidad de la inflamacion, como se pretendió de una manera esclusiva, pero por una flaqueza directa del sugeto, por abuso de los antiflogísticos, ó acaso tambien por una causa infectante, miasmática que hayan alterado los fluidos del organismo. (En que quedamos; ¿es causa inflamatoria, ò es causa debilitante? ¿Como las influencias miasmáticas la producen, y como causas tan opuestas en su accion puede dar origen á una misma enfermedad? Se observa en esto una indecision y una perplegidad notables, pues al mismo tiempo que admite como causa frecuente una inflamacion intensa, como lo hacia Broussais, admite tambien una causa debilitante). La fiebre ataxica no es solamente una *gastro-enteritis* con fenómenos simpáticos cerebrales sinó, mas frecuentemente, una meningitis ó encefalitis, simples en el mayor número de casos, y en algunas circunstancias epidémicas, ocasionadas por un veneno miasmático. (Si no es solamente una gastro-enteritis quiere decir que es dos cosas y debiera llamarse gastro-entero-meníngitis. Pero estas inflamaciones son muchas veces, segun Rostan, y antes que él Broussais, y Bousseau, producidas por miasmas epidémicos, y estos tienen siempre una accion estupefaciente, delaterea, sectica, ó debilitante. ¿Como puede compararse su accion con la de las causas irritantes que dan origen á las inflamaciones gastro-intestinales y encefalicas? ¿Que hay entre estas causas de parecido para poder dar origen á una misma enfermedad? A su tiempo veremos muy claro esta confusion aparente). En los *tiphus*, en la fiebre *amarilla*, en la *peste* hay alguna cosa mas que la gastro-enteritis. (Tiene razon Rostan, y hay alguna cosa mas en todas esas entidades llamadas fiebres. Se vislumbra la verdad; se palpa, se toca y se obscurece. Conclu-

yamos con unas palabras del mismo eminente escritor para quien parecia abierto el camino de la verdad práctica). «No negamos la existencia de lesiones locales en las fiebres continuas: (Tanto no las niega que las afirma: parece que quiere y no quiere admitir los pensamientos de la escuela fisiológica): las creemos necesarias, pero pensamos que estas flegmasias son en su mayor parte especificas, y aun secundarias.» Confieso que estas pocas lineas encierran la verdad piretológica, y si Rostan las hubiera sabido comentar acaso hubiera resuelto el problema piretológico: pero estaba, sin quererlo, sin conocerlo, dominado por Broussais apesar de la encarnizada lucha que sostuvo contra su doctrina. Boisseau anteriormente, pero contemporáneo de Rostan, admitía la misma base orgánica que este, pero bajo la clave de Broussais: dió el primer paso en la escuela organicista pero estaba completamente dominado por la Fisiológica.

LXXIII. Rostan y la escuela orgánica sostuvieron una oposicion marcada á la escuela vitalista, mientras que Broussais fundaba su doctrina en los trabajos de Bichat sin ser vitalista de Barthez ni de Bordeu. Apesar de todo, este protagonista de la medicina orgánica no puede prescindir en las pirexias de ver *irritaciones* y siempre *irritaciones*, mientras que debiera recordar la crítica que bajo este aspecto hace de la doctrina fisiológica por admitir principios esclusivos por los cuales se quieren reconcentrar todos los males en el estómago y no reconocer mas que una enfermedad, la *irritacion*, y no obstante la admite en el mayor número de males en el estado agudo y en el estado crónico, y muy especialmente, como hemos visto, en las fiebres. Por esto fué que Rostan no mató al vitalismo de

Barthe, ni al de Bichat, ni al de Broussais, porque le vemos renacer con menos brios y con temibles adelides. Yo no quisiera el esclusivismo en nada. Los órganos y la vida son una misma cosa indivisible. Si los órganos padecen padece la vida; si esta se observa alterada, lo están aquellos. Separar ambas cosas es una ontologia absurda que se apoya en una ridícula abstraccion. Se nos preguntará ¿qué sois entonces, vitalistas ó organicistas? Somos ambas cosas con tal unidad, tal fraternidad, que nos parece impropio llamarnos *orgánico-vitalistas* porque estas dos palabras no pueden separarse en medicina clínica; profesamos la medicina del *organismo viviente*: ya tendrémos ocasion de probarlo, y en que se diferencia esta doctrina de la orgánica y de la vitalista. En las escuelas que sucesivamente vamos examinando se hallarán las pruebas de la necesidad de fijar bien la doctrina médica que ya debe cimentarse hoy bajo bases indestructibles y permanentes: este es el tiempo; esta una bella ocasion. Nosotros vamos á aprovecharla en seguida hablando del *vitalismo* y del *dinamismo actual*.

LXXIV. Me he detenido en este punto porque la importancia fisiológica, la necesidad de la ideologia de la ciencia, la de un severo y profundo exámen y razonamiento parecen desconocerse ya bajo la influencia de la escuela orgánica ó á lo menos se ha rebajado su valor para no ver mas que lo que dice el cadáver, para no reconocer mas que lo que comprobó la autopsia, para querer, en fin, preguntar á los órganos muertos por la ausencia de la vida. del silencio del sepulcro saldría la inspiracion de la verdad; la oscuridad de la tumba fuera la lumbrera de la ciencia: y la muerte siempre, al comenzar la carrera y al dar ci-

ma á su dilatado estudio, sería nuestro patrimonio. Pero la vida es la base de nuestros razonamientos: la fisiológia la antorcha de la ciencia, y su ameno y delicioso estudio nos eleva al conocimiento del hombre sano, y enfermo. No olvidemos la anatomía patológica; pero no despreciemos la fisiología, la filosofía clínica y la observacion.

Est modus in rebus, sunt certi denique fines

Quos ultrá citraque nequit consistere rectum.

LXXV. *Dinamismo vital.* No seamos demasiado severos con los que nos han precedido porque todos merecemos una justa crítica. Lo que hemos visto injustificado en Rostan lo vemos poco razonable en los que le han sucedido. Se levanta envanecido el dinamismo sobre el organicismo proclamado con entusiasmo, y la escuela de Paris reconoce vanas sus pretensiones y trata de ponerse de acuerdo con la de Mompeller. Pero nada hay en esto que rebaje ni ensalce la una sobre la otra, por que ese vitalismo que se proclama halla en Bichat su mayor apoyo, y ese organicismo que cede y se presenta á compartir sus triunfos con el vitalismo está tambien apoyado en Broussais, y en Chomel. Se ha exagerado la doctrina orgánica, y Dios quiera que la doctrina dinámica se limite á no salir de la esfera que le está prescrita por la recta razon y la experiencia, porque si bien lo reflexionamos, por mas esfuerzos que se hagan, no saldrémos de Bichat, de Broussais, de Rostan. Mas, ó menos decision, mayor ó menor claridad, cambio de frases, y de estilo, por lo demas poco hemos adelantado con la proclamacion de una nueva doctrina, llamada vitalista, ó dígase dinámica, porque bajo esta considera-

cion, nada puede haber nuevo. No todos los dias aparecen nuevos sistemas pero con demasiada frecuencia se fraccionan los que existen. Y mil veces la historia de la ciencia enseña que un fatalismo desgraciado persigue los mas grandes pensamientos. Y una mano oculta de fatídica memoria pesa sobre nosotros y traidoramente falsea los sistemas que mas estabilidad prometen. Esta verdad comprobada en la larga série de siglos que contamos, fué sensible en tiempo de Hipócrates, en el de Galeno, de Celso, de Silvio, de Haller, de Hoffmam y de Broussais. Todos estos, y otros muchos de los que hemos citado en esta reseña, anunciaron grandes verdades, aspiraron á cimentar una doctrina, pero al tocar el punto culminante, esa mano fatídica los destruyó ó en su época, ó en la en que debieran fructificar. De la doctrina de Brown queda muy poco, de la de Broussais se conserva el elemento, de la de Rostan queda ya poco mas que la idea, ó la palabra que la representa, que era ya conocida. Hemos aceptado con todas sus consecuencias la doctrina de la *medicina orgánica*: sobre ella digimos debe establecerse una medicina estable, pero en progreso, pues que Rostan se quedó en la mitad del camino, y era preciso admitir sus principios como bases. En verdad que el punto de partida de Boisseau, y Rostan es de una importancia inmensa; porque ¿cual es el problema médico cuya resolucion se nos exige? *Buscar el òrgano cuya alteracion dá origen á la enfermedad: saber como está alterado: reconstituirlo á su estado sano*. Y una verdad tan clara no se vé ya, apenas luce: aun no se ha hecho mas que divisarla y se le apaga: esa mano fatídica cayó sobre ella, y no luce mas.

LXXVI. El *vitalismo* de Bichat se opone nuevamente

al *organicismo* de *Rostan*. Entidades metafísicas ocupan el lugar de lógicas realidades: y la medicina retrograda á cada paso que dá: siempre gana algo, pero no gana lo que debiera. Oh! no: esta no es la marcha progresiva del espíritu, ni de las ciencias; este es el caos de la anarquía. Decía muy bien un escritor moderno (1): «En estos momentos en que cada uno se aisla para estudiar por si mismo; cuando las inteligencias libres de todas las trabas impuestas por las teorías se atrincheran en la estricta observacion de la naturaleza; en el seno de esta independencia general ¿es posible la existencia de alguna doctrina?» Las fuerzas radicales de Barthez, la fuerza y la accion de Hunter, la fuerza vital de Richerand, las propiedades vitales de muchos fisiologistas, en fin el *vitalismo* es lanzado nuevamente á la arena con poca habilidad para colocarse entre el *brusseismo* y el *rostanismo*, para derrocar á ambos y disfrutar de una vida de pocos dias. Sprengel (2) para afirmar sus principios y sus propiedades vitales y sus fuerzas de la naturaleza apelaba á Galeno, y á Areteo: Trosseaun y Pidoux para dar valor *á sus fuerzas radicales*, *y á sus fuerzas activas;* á sus fuerzas *in actu*, ó *in posse* apelan á Barthez, y á Dumas (3) y *se envanecen* de pensar como Hipócrates y Sidenham respecto á su *autocratia naturæ*. Y las fuerzas y las propiedades y la naturaleza, y sus próvidas reacciones, y el pneumatismo, y el vitalismo intentan reemplazar al organicismo, y admiten con desconfianza ciertos principios evidentes, y por siempre es-

(1) De la Berge, y Monneret, p.° 1.°
(2) Curtii Sprengel, Institut. Med. tom. 4.° pag. 29.
(1) Troiss. y Pid. tom. 1.° 158.

tables, que dejamos sentados, hablando del *rostanismo*. La doctrina de Trousseau, y Pidoux sería poco trascendental si no fijára su base en entidades que desechamos, y en acciones que desconocemos: pero todo se puede admitir en un nuevo sistema médico, fraccion de otro sistema, menos esas creaciones que ya pensábamos desaparecieran para siempre de la ciencia. Ya no hay tampoco anatomía patológica, ya no hay órganos, ya no hay mas que vida animando la materia: esto es un retroceso; es una lamentable calamidad; y harto mas sensible cuanto que nos habíamos puesto en el único camino que debe llevarnos á una doctrina evidente y estable. Y no se crea que veo mal la fraccion Trousseau, ni que la juzgo con pasion: oigamosle. «*El organicismo* no vé mas que hechos consumados: no le competen los hombres vivos: su papel empieza en la muerte. Para tratar seres vivientes es preciso ser vitalista, y para tratar hombres, que son mas que organismos vivientes, permítaseme la espresion, es preciso ser *homistas* (1).» Oh! si: la humanidad debía á Rostan un insulto hecho á Broussais: debía devolverle el anatema que lanzara contra el autor de la doctrina de la irritacion: Trosseau y Pidoux se encargaron de vengarlo y son los instrumentos de la humanidad. Poco nos importan los nombres; tampoco analizamos las obras, pero si examinamos las bases de que parten las doctrinas.

LXXVII Hemos dicho antes de ahora que Rostan anunciaba una lógica sospechosa; que indicaba una base incierta al indicar que todo debía beberse en la autopsia, pero admitimos entonces algunos de sus principios con todas sus

---

(1) Pag. 631.

consecuencias que deseábamos llevar mas allá de Rostan. Pues en estos momentos en que la verdad de los sistemas debía presentarse en el campo de la discusion, esta verdad vuelve á sumergirse en un tenebroso caos. ¿Qué es esa naturaleza, que son esas propiedades, esas fuerzas, y esa resistencia? Los órganos y el organismo. Nada hay en el hombre mas que alma y cuerpo: el alma piensa por que es su carácter esencial el pensamiento: los órganos funcionan porque es esencial en ellos el funcionar; y aquella y estos piensan y funcionan porque existen; solo dejan de hacerlo cuando dejan de ser: es decir, el pensar en el alma es una consecuencia de su existencia, como el funcionar ó el ser sensible lo es de la existencia organizada. Se me dirá que el organismo puede existir sin funcionar, ó sin demostrar sus propiedades, sus fuerzas, y su resistencia, pero ó la materia es orgánica, ó no: si es orgánica debe presentar como una consecuencia necesaria de su modo de ser ciertos fenómenos, actos, ó actividad que llaman *propiedades, fuerzas:* la alteracion de estas anuncia siempre la alteracion del organismo del que son resultados; luego las enfermedades todas en que se nota cambio de *accion*, de *fenómenos* ó de *actividad*, son precisa y unicamente los resultados del organismo alterado: luego los remedios que convienen son aquellos que obrando sobre los órganos les devuelven las condiciones que deben tener para presentarnos los fenómenos fisiológicos. Por consiguiente no hay enfermedades vitales; es decir, que consistan en la alteracion de propiedades ni de fuerzas, y es absurdo decir que los medicamentos *neuros-thenicos imprimen inmediatamente á las fuerzas radicales de la economía la re-*

sistencia vital (1) ¿Qué es la resistencia vital *independiente de la estructura, de la conformacion y de las disposiciones anatómicas* (2)? Efectivamente tiene razon Trousseau al decir con un estilo demasiado vano «*perdóneme la escuela organicista si estas aserciones enredan un poco la seductora sencillez de su doctrina.* Pero por desgracia no solo enredan al organicismo sino que lo enredan todo. Nosotros preguntarémos á esos nuevos vitalistas ¿por qué se alteran las funciones y las propiedades? ¿Puede un órgano estar sano y tener alteradas sus propiedades? ¿puede un órgano estar enfermo y funcionar bien? Es preciso saber que aun en esas enfermedades del sistema innervador, la causa reside siempre en la lesion del tegido, en la lesion de estructura, en la lesion de las condiciones anatómicas que dan por resultado las fisiológicas. Y rechazamos los sofismas tomados de las ciencias físicas pórque para nosotros las propiedades, y las leyes físicas son á los cuerpos llamados inorgánicos, á sus masas, á su consistencia, y mas condiciones físicas, lo que las propiedades y las leyes vitales son á los cuerpos organizados, á su estructura, y condiciones anatómicas. Cuando queremos aumentar la gravedad de los cuerpos agregamos materia, ó aumentamos la densidad, ó separamos obstáculos; cuando queremos hacer á un cuerpo mas ó menos elástico obramos sobre su densidad ó consistencia, ó sobre sus condiciones físicas, y jamás intentamos modificar las propiedades ni las leyes de los cuerpos inorgánicos sino obrando sobre su materia, y modificándola; y esto es tanto mas exacto cuanto que las propiedades y las leyes son una

(1) Trousseau y Pidoux tom. 3.° pag. 64.
(2) Id. pag. 63

consecuencia necesaria del estado y de la disposicion y condiciones de la materia. ¿Y que es la vida con sus propiedades, sus leyes y sus funciones mas que la materia organizada obrando con todas las condiciones anatómico-fisiológicas que la constituyen? ¿Qué es la enfermedad mas que la modificacion, la alteracion de estas mismas condiciones dando por resultado propiedades, leyes, y funciones modificadas y alteradas? Rechazamos el vitalísmo que hoy levanta la cabeza: lo vemos como un mal grave en nuestra época actual, y debemos todos reunir nuestros esfuerzos para contener sus progresos. ¡Qué estremos tan lamentables! Unas veces la materia hasta sin vida, la materia muerta es el talisman de los sistemas: otras la vida, la vitalidad metafísica, la vida independiente de la materia organizada constituye el hipomoclion de las doctrinas: allí todo es materia; aquí todo es vida: y en medio de ámbos, *errores* y *verdades*.

LXXIX. Por lo demás la doctrina de Trousseau y Pidoux presenta varias vistas importantes cuando se separa de este espíritu de abstraccion. Sus observaciones, sus datos científicos son de gran importancia, y sobre todo nòtese muy particularmente *ese tira y afloja* que hemos visto siempre en la historia de la ciencia entre el empirísmo que nace, y el racionalísmo que lo sumerge; entre el solidísmo que absorve todos los sistemas y el humorismo que triunfa absoluto; entre las teorías físicas, y mecánicas que todo lo sujetan á cálculo, y el vitalísmo que todo lo rechaza menos lo que no comprende; entre la confusion nosológica, y la monografía absoluta; en fin entre los órganos muertos erigidos en maestros y la vida abstraida del organísmo. No debo estenderme mas, pero el exámen de las doctrinas trusoistas es importante y digno. El reta multiplicadas veces

á los que no piensan como él: yo por mi admitiéra gustoso el reto. Pero veamos como piensa el dinamísmo de estos AA. con respecto á la piretológia, y por cierto que hallamos un gran número de verdades teóricas y de deducciones prácticas que apreciámos en su justo valor. ¿Puede verse la inflamacion de otra manera distinta de lo que la han visto los antíguos solidístas, humorístas, y los modernos vitalísta y organicístas? Trousseau y Pidoux con todos los modernos adalides ven solamente como Broussais una afeccion de los capilares sanguíneos. «Las sobre-escitaciones morbosas, ó las irritaciones idiopáticas de los capilares sanguíneos por una parte y la de los troncos vasculares por otra, unidas ambas á causas especiales forman, las primeras, fluxiones, congestiones agudas, flogosis móviles no supuratorias, inorgánicas, ó reumatoideas; las segundas, fiebres angiaténicas, tales como ciertas calenturas inflamatorias, las gotosas, reumaticas etc.» Aquí no hallámos nada original que no digesen Pinel, y Broussais, el uno en su angioténica, y el otro en sus irritaciones de la capilaridad vascular: no obstante hay algo de originalidad cuando se dice «pero hay flegmasias en las que conservándose idéntico, puesto que no puede cambiar, el *universal* inflamacion, ó si se quiere, *el género*, varia sin embargo su causa especial, contraindicando, por su naturaleza, el uso de los antiflogísticos. Entonces debe obedecer mas bien á la contraindicacion sacada de este elemento que á la indicacion procedente de la sobre-escitacion de los capilares sanguíneos, considerada en sí misma. Y lo que acabamos de decir de las inflamaciones se aplica exactamente á las fiebres, sin mas que cambiar el aparato especial de los fenómenos. En la inflamacion se hallan interesados los capilares sanguíneos, pero los fenómenos es-

peciales de la fiebre residen, por el contrario, en los troncos gruesos del mismo aparato. El íntimo enlace de estos dos ordenes de vasos esplica las relaciónes de la inflamacion con la fiebre (1).» Notables ideas hay en estas palabras pero se hallan oscurecidas por conceptos poco exactos: vamos á observarlo. Y notese que nos detenemos en esta escuela moderna porque es la que ostenta hoy mas poder, y acaso mas verdad.

LXXX. Hemos adelantado ya dos cosas de importancia: 1.ª que la fiebre reside en los grandes vasos sanguíneos: 2.ª que muchas veces en las inflamaciones no está indicado, ó está contraindicado el plan antiflogístico. He aqui dos verdades prácticas, pero que envuelven dos errores teóricos. 1.ª La palabra fiebre solo puede representar en este momento para Trousseau y Pidoux, la irritacion de la tunica arterial de los grandes vasos y del corazon, es decir, la *angio-carditis* de Bouillaud, y la *angio-hemitis* de Piorry, ó la *angio-ténica* de Pinel: y esta entidad morbosa no es nada, no significa nada, tiene un valor muy vago, y su importancia es, generalmente, muy secundaria, bien sea como primitiva, ó como sequela de otra enfermedad. Existe en un panadizo, en una pulmonía, en una erisipela, en diversos períodos de la viruela, tiene muy diverso significado, y en fin no es la *fiebre,* es una calentura en la verdadera acepcion de esta palabra, y si se quiere ni aun merece este verdadero nombre. No obstante envuelve este concepto una verdad y es que hay un estado piretológico muy frecuente ya como primitivo, ó como secundario que consiste en la irritacion de los centros circulatorios. 2.ª ¿Podemos concebir

(1) Trousseau y Pidoux. 45. tom. 2.°

que pueda darse una inflamacion á la que no se deba oponer el plan antiflogistico, ó en la que esté contraindicado? ¿Hay ó nó inflamacion? ¿Que diversa naturaleza es esa qué en la inflamacion se opone á la naturaleza de la inflamacion? En este caso esta inflamacion tendrá dos naturalezas. Siempre que hay inyeccion capilar, que la capilaridad vascular se vé aumentada con rubor, y calor, se dice que hay inflamacion: he aqui el error. Por esta causa muchas veces esta rubicundez con calor se cura con los tónicos, con los astringentes y contraindica el plan antiflogístico, como sucede en este estado de los capilares consecuencia de verdaderas inflamaciones qué en su tiempo reclamaron los antiflogísticos y que despues los rechazan: hé aquí las inflamaciones crónicas muy mal apreciadas, é impropiamente llamadas así. He aquí tambien esas seductoras congestiones capilares que se observan en los padecimientos de los órganos en sus lesiones específicas. Hé aqui por que cuando en una fiebre grave esencial se ven estas congestiones en los intestinos, en el cerebro, en el pulmon, en el hígado, se llama á la fiebre *gastro-enteritis, entero-mesenteritis*, fiebre con *pneumonitis*, *gastro-hepatitis, entero-cefalitis*. siendo que estos estados de la capilaridad vascular no indica la verdadera inflamacion, sinó el padecimiento del órgano, el padecer del organísmo, y que en la verdadera fiebre es general pero mas ó menos localizado. Por esto dige que practicamente tenía razon Trousseau; este estado de la capilaridad vascular, á que se llama inflamacion, rechaza muchas veces el plan que la inflamacion reclama, porque no es inflamacion sinó una congestion muy local que tiene un orígen y una naturaleza distinta de la inflamacion: en otro concepto sería un contrasentido, un absurdo. La práctica confirma las palabras

del Autor, pero rechaza la teoría. No nos olvidemos de esto porque es muy importante para cuando hablemos de la patogenia de la fiebre y de la calentura.

LXXXI. Ideas muy aceptables nos presenta el dinamismo con respecto á las fiebres, y tendremos motivo de observarlo muy luego porque la lucha entre el dinamismo, el vitalismo y el organicismo es casi hoy solo de palabras. El empeño de Trousseau de comparar la inflamacion con la fiebre tragera sus ventajas si viese la inflamacion en la fiebre como debe verse: apesar de esto sus ideas bien esplicadas pueden aceptarse aun por los organicistas mas puros. «Distingue, dice, las fiebres de las inflamaciones la circunstancia de que en estas, el hecho primitivo é importante es la afeccion local, la inflamacion, que debe servir de norma para apreciar todos los demas. En las fiebres se halla modificada esta relacion: ellas son las que dominan y regulan todas las demas manifestaciones morbosas, inclusas las flegmasias. En estas la afeccion general que se revela especialmente por la fiebre, es secundaria respecto de la inflamacion: en las calenturas las afecciones locales, *cuando existen*, se manifiestan sobre todo por *inflamaciones secundarias,* relativamente á la fiebre, la cual constituye el trastorno primitivo y representa de un modo mas genuino la enfermedad.» Si se digera que, en las fiebres cuando aparecen lesiones locales que llaman la atencion se manifiestan por fenómenos que simulan inflamaciones, no tendríamos inconveniente en aceptar estas ideas, pero no podemos aceptar asi inflamaciones locales que reclaman medicamentos contrarios á las inflamaciones. En fin Trousseau y Pidoux no localizan la fiebre de un modo general, y no siempre ven lesiones locales.

Si se fijaran menos en las inflamaciones secundarias, si cuando aconsejan la prudencia del médico en el plan antiflogístico en las fiebres y claman contra el abuso de las sangrías en dichas enfermedades se fijasen mas en el estado general que las constituye, hubieran sido mas esplicitos y mas claros en sus apreciaciones; porque se enredan bastante con esas flegmasias espúreas, con la verdadera calentura, con las diversas fiebres y es preciso meditar mucho su doctrina para ver con claridad. Veamos, por fin, como todas las escuelas de hoy siguen recibiendo una influencia suprema, por mas que asi no lo crean, de la escuela fisiológica. «La medicacion antiflogística acorta y atenua evidentemente las calenturas contínuas tiphoideas. Los últimos partidarios de la medicina fisiológica pretenden que esta medicacion impide á estas calenturas elevarse á un grado mas caracterizado y pasar á ese segundo período en que se declaran los síntomas del tiphus cuando no se han presentado en su principio. Mas no es justo que tal exageracion sea un motivo para que nos privemos sistemáticamente de los servicios que pueden prestar las emisiones sanguíneas en los casos en que todas las circunstancias nos inviten á ponerlas en práctica. Empero, cuando una calentura tiphoidea que al principio indica espresamente el uso de la medicacion antiflogística, descubre, sin embargo, bajo esta apariencia inflamatoria los graves fenomenos que son propios de esta especie de fiebre, ¿qué debemos pedir, qué podemos esperar del orden de medios que nos ocupa? ¿En qué límites conviene circunscribirlos? Solo se puede simplificar la enfermedad; descartar, cuando en ello no hay peligro, todo cuanto pudiera en lo sucesivo dar materia á congestiones y á flegmasias tiphoi-

deas (1).» Veremos que estas ideas estan muy en armonia con la mas sana práctica, pero que pueden llevarnos á un gran peligro por el modo como se esplican los hechos. El dinamismo y el vitalísmo de la época actual se confunden y tocan en sus estremos con el organicísmo, asi sucede con la doctrina proclamada por Trousseau, que al mismo tiempo que dá tanta importancia á sus fuerzas radicales, tampoco desatiende las propiedades vitales que, en los vasos capilares sanguíneos, son atendibles para exigir la medicacion antiflogística, si bien la rectitud de su buen criterio le obliga á añadir que, ademas de las propiedades vitales debe fundar sus motivos de obrar en el conocimiento de la causa inmediata que sobreescita los vasos menores. Son estas verdades de las que nos utilizaremos dandole diverso sentido y de menos dificil apreciacion. Veamos ahora como piensa otro de los corifeos del vitalísmo moderno y que sin duda precedió á Trousseau en este camino si bien con menos influencia.

LXXXII. El gusto por la lectura de las obras antíguas, y de las de autorês que nos han precedido crece todos los dias. Ya no se creen los hombres de la ciencia independientes en su pensamiento hasta el punto de rechazar los principios y las doctrinas anteriores; pero acaso, esta inclinacion y esta honrosa conducta de buscar apoyo en hombres que ya existieron muy antes que nosotros, sea motivada por la dificultad de *crear*: y por consiguiente el vitalista cita á los anteriores vitalístas; el humorista á los antíguos humoristas, como los solidistas de ahora á los solidístas de entonces. Y se me ocurrió esta idea, que ya anun-

(1) Tom. 2.° 202.

cié hablando de Trousseau, al observar que Dubois (de Amiens) cita con interés á Reil para presentar su doctrina. ¿Queremos conocerla en pocas palabras? pues la veremos vitalísta como la anterior en sus bases dinamistas: oigámosle. «En toda enfermedad la lesion primordial es *esencialmente vital*· en el principio de las enfermedades hay siempre una lesion de la inervacion: muchas veces existe una *tendencia* à los desórdenes, esto es, á las modificaciones impresas en las *fuerzas* que dirigen los actos de las moléculas vivas (1) .. Las lesiones materiales, ya en la composicion de los sólidos, ya en la de los líquidos no pueden constituir enfermedades: de la vitalidad tan solo, diversamente modificada, emanan todas las individualidades morbosas: donde no hay *vida* no hay enfermedad aun cuando persistan las lesiones orgánicas (2).» ¿Queremos una prueba mas evidente de la combinacion fatídica de los errores y de las verdades? *A donde no hay vida no hay enfermedad*, dice Doubóis; esta es una verdad: ¿pero la es el que *solo la vitalidad modificada produzca las enfermedades?* ¿que es la vitalidad modificada? ó es un ente de razon, abstracto, inapreciable, ó la vitalidad modificada indica el organismo modificado: porque el lenguaje de los órganos está representado en las propiedades, en las funciones, en la vitalidad; y la vitalidad en si misma nada representa, no es nada, solo representa los órganos. *En el principio de las enfermedades hay siempre una lesion de inervacion*, dice Doubois; pero ¿la lesion inervadora no indica la lesion de un órgano? ¿porqué se altera la accion inervadora? ó porqué en el

(1) Patolog. Tomo 1.° pag. 20.
(2) Id. pag. 157.

cerebro hay una lesion, ó modificacion, ó en los centros, ó en los filetes nerviosos. ¿Por qué las influencias atmosféricas alteran la inervacion? porque los fluidos imponderables, ó ponderables obran sobre el organismo con una accion que lo modifica ó lo altera: he aquí la razon del disgusto, inquietud, y cefalalgia que siente una persona neuropática bajo la influencia de una atmósfera muy eléctrica que altera su sistema inervador; pero cuyos fenómenos no observa el hombre de una fuerte y buena constitucion, porque si bien recibe la misma influencia, esta no produce alteracion en ninguna parte de su organismo. Los fenómenos fisiológicos, ó patológicos en el sistema nervioso, son productos tan materiales de la testura, organizacion, y condiciones anatómicas necesarias como en cualquiera otra parte del organismo; con sola esta diferencia que la finura y delicadeza de estructura, igualmente que la sutileza de sus corrientes y lo altamente complicado de su trama y de sus efectos hace mil veces inapreciables las lesiones *quæ cultrum eludunt anatomicum*, como decia Baillou.

LXXXIII. Pero continuemos dando á conocer la doctrina de Doubois. Entiende que hay *diatesis* cuando se ha desenvuelto en la economía una *susceptibilidad* tal que desarrolla una enfermedad (1). Y preguntaremos nosotros ¿que es *susceptibilidad?* ¿Es una cosa diferente del organismo? No fuera mas claro, y mas exacto decir, *se entiende por diatesis aquel estado del organismo,* que facilita el desenvolvimiento de ciertas y determinadas alteraciones cuyo sello lleva ya con anterioridad? Es pues la diatesis no una *susceptibilidad,* sino un estado orgánico que causa, si se quiere, una sus-

(1) Tomo 1.° pag. 75.

ceptibilidad. Yo no admito nada que se separe del organismo. Hacer ver con raciocinios que no se necesitan las lesiones anatómicas para constituirse esencialmente ni para caracterizar las enfermedades (1); decir que se puede estar enfermo antes que los tegidos se alteren; añadir por otra parte que esto no es decir que la enfermedad existe en un principio independiente de los órganos (2), pero que esta dependencia no es ni en el color, estructura, consistencia etc. porque en los órganos hay otras cosas mas que estas disposiciones... es abusar del raciocinio, es dar tortura al lenguage lógico, es vagar entre la incertidumbre. Para que podamos decir que hay alteracion de tegido no es preciso existan induraciones, reblandecimientos, ni degeneraciones porque estas lesiones son el estremo de las alteraciones de los órganos; hasta que el órgano, el sistema, ó la parte haya perdido alguna de sus condiciones anatómico-fisiológicas. Pongámos ejemplos muy sencillos, pero de aquellos que los vitalistas pudieran citar con aire de triunfo. El frio intenso es una sensacion que representa un pensamiento negativo, falta de calor; pues esa sensacion no se sentiria si la falta de calor no produgera en el organismo, en la circulacion, en la inervacion un efecto material que alterò las condiciones anatómico-fisiológicas de todo ó parte del organismo. Una conmocion eléctrica mata á un hombre: la autopsia nada indica de lesion orgánica; pero esta existe: la corriente eléctrica trastornó de repente las condiciones anatómico-fisiológicas del sistema inervador: una corriente irresistible mató los órganos, no mató la vida, ni las fuer-

(1) Pag. 167.
(2) Pag 165.

zas; hirió de muerte á los órganos, y si el ojo armado de los micŕoscópios de Amicis como dice Doubois, ó del de los micrografos, como Raspail, nada hallan, es porque las causas que obraron sobre el sistema nervioso produgeron lesiones en su organismo inapreciables. ¿La epilepsia no depende de una alteracion material bien que sea inapreciable del encefalo, médula, ganglios ó nervios? Lo repíto: no hay enfermedad cuando el organismo no enferma. Todos los medicamentos obran sobre el organismo, ninguno sobre la vitalidad ni sobre las fuerzas.

LXXXIV. El dinamísmo vital de Trousseau y Doubois como el de Cayol, del que aun tendrémos ocasion de hablar, es hasta tal punto seductor que resuelve algunas de sus cuestiones á ejemplo del dinamismo físico. Yo no osaré intrusarme en el campo inmenso de la naturaleza: su solo aspecto me pasma, su magestuosa marcha me llena de una profunda admiracion, y cuando intento profundizar mucho concluyo por no poder pensar nada, y por admirar esa Providencia infinita, incomprensible, insondable, pero real y existente en la inmensidad de los Cielos. Cuando mas friamente se contemplan los cuerpos de la naturaleza, el alma se llena de placer, y como el niño que sale de si mismo de contento al vencer un obstáculo que creía superior á él, asi nuestro pensamiento se sublima y se complace cuando vé mas claro lo que creía incomprensible. Parecerán estas reflexiones agenas de este lugar, pero permítaseme tambien cierta espansion á mi espíritu, cierta anchura á mi pensamiento porque la necesito mucho, y porque estas incursiones estrañas á mi obgeto, y que exigen otro estilo, recrean el alma cansada de órganos enfermos, y de organos muertos. No obstante si alguno no me justificase me

justificaré yo, probando que no está fuera de propósito mi llamada á la Naturaleza y á la Providencia. Los dinamistas vitalistas, ó los dinamistas homistas, como lo quiere Trousseau, y desde Bichat, y anteriormente á Bichat, y en nuestros dias, al reconocer sus fuerzas apelan á Newton, como los organicistas apelan á Bacon, y de ellos toman un argumento *ad similem*: de las fuerzas físicas, las fuerzas vitales; de la observacion sensual filosófica, la observacion médica. La *atraccion universal*, la *atraccion magnética* son fuerzas generales que dominan y rigen la existencia y las leyes de la materia: luego la *fuerza vital, la fuerza de reaccion, la fuerza de resistencia,* dominan á la materia organizada. Para mí ni lo uno ni lo otro: no considero asi las fuerzas físicas, ni las vitales; no es esta la teoria del dinamismo. La atraccion universal, la atraccion celeste, la gravedad, la afinidad, la atraccion magnética, la eléctrica, que absorben la contemplacion de los filosofos, y los humillan ante el Criador no son fuerzas ni anteriores, ni superiores ni independientes de la materia; son la misma materia, y consecuencias de su esencia íntima: por esto es que están en relacion de sus masas, de sus distancias, de su consistencia y de otro gran número de circunstancias físicas. A donde se hallan esas fuerzas abstraidas de la materia? ¿Como se conciben? Prívese á los cuerpos de esas fuerzas y dejarán de existir como son: mudará su esencia. Y como no conocemos la esencia de cosa alguna, vemos esos fenémenos, los separamos de su causa, los creemos independientes, y creamos en nuestra imaginacion un dinamismo que no es mas que el estudio de los efectos de la actividad de la materia física ó organizada. Un cuerpo electrizado atrae, lo mismo que un cuerpo imantado porque con el está combinado

un fluido que tiene por caracter esencial á su naturaleza atraer ó repeler los cuerpos: lo mismo que el calor derrite la cera y la pone líquida combinándose con ella; y no se debe decir que el calor tiene la fuerza deliquescente, sino que por su naturaleza se combina con los cuerpos y se interpone entre sus moléculas: pero á otras sustancias las pone en un estado sólido, no porque tenga la fuerza de solidificar sino porque se combina con los líquidos intermoleculares que contenían y los pasa al estado gasiforme estrechándose asi el cuerpo que solidifica.

LXXXV. No hay, pues, que hacer comparaciones con el dinamismo físico, porque se hálla en el mismo caso. No hay por consiguiente que ocuparse de las fuerzas vitales mas que como fenómenos indicativos del estado orgánico, ó de los órganos: todo otro sentido que se dé á las palabras *propiedad, fuerza, funcion*, es metafísico y absurdo. Bajo estas bases escriben los vitalistas actuales; sobre estas ideas se quiere cimentar el edificio de la ciencia: en el escolasticismo se buscan las respuestas á las mas fundadas objeciones. Cuando habla Doubois de las fiebres; cuando trata de las inflamaciones como vamos á ver, cuando describe la caquexia, presenta ideas muy luminosas, pero las obscurece ese vitalismo frívolo que le distingue. Sus obras se leen con fruto por los hombres de la ciencia, pero esponen á graves errores á los que no se hallan en estado de tener un exacto criterio. Levantamos nuestra voz aquí, como la levantamos en Rostan: ni la anatomía patológica es la base de los sistemas médicos, ni la fisiologia del dinamismo, nuestra guia. Doubois, vitalista esforzado, toca muchas veces el estremo dinamista y el organicísta, porque ya se deja llevar por Bichat, ya por Broussais y otras veces se

deja vencer por la verdad de un puro organicísmo. Siempre sucede asi: la teoría seduce, pero la práctica convence. ¿Que nos querrá decir este respetable Profesor con anunciarnos que la inflamacion es un acto anormal, una enfermedad? ¿Qué novedad presentan estas palabras mas que un abuso de lenguage? Despues de haber sido proclamado el organicísmo, despues de Mr. Luis, de Chomel y de Broussais, ir á buscar á Reil es un verdadero retroceso. Creer que puede hoy sonar bien el lenguage de Reil que vé la enfermedad como un cambio de las operaciones ordinarias de la organizacion en otras anormales, es un error, como lo es el que intente probarnos que puede haber enfermedad sin que los órganos estén alterados; oigámosle. «A nuestro modo de ver, mientras mas se obstinen en buscar las difiniciones de la enfermedad en el estado variable de las condiciones materiales del organismo menos hallarán de preciso, de exacto y de satisfactorio. En efecto, muchas veces se vé uno obligado á decir que el desórden de las funciones es la *sola cosa* que constituye la enfermedad.» Es para mi sobre manera sublime este razonamiento por mas que Doubois quiera apoyarlo en varias autoridades buscando aun la de Chomel por mas que diste tanto de la suya. Se halla embarazado para difinir la inflamacion, que no obstante supone como una reaccion del organismo, y cuyos síntomas estudia con una verdadera lógica, aun cuando no nos hable de lo que caracteriza una verdadera doctrina médica, que es la naturaleza de la inflamacion: muy al contrario; me parece que discurre con poca lógica cuando por no poder esplicar la resolucion sin cierto grado de inflamacion (yo diría, sin cierto grado de actividad de la parte inflamada, no de inflamacion) concluye de una manera termi-

nante, que las enfermedades son *actos* y no simples lesiones orgánicas. Pero si son actos ¿quien los ejecuta? ¿De quien son? ¿Son de la entidad morbosa, lo que seria una ontología, ó del órgano enfermo?

LXXXVI. Bajo el mismo aspecto estudia las fiebres. Notables verdades proclama con las que estamos muy conformes, pero en su doctrina hallamos la misma vaguedad que en todos. Se limita como lo hizo en la inflamacion, á presentarnos las mas recientes opinines piretológicas, y en ello dá grandes pruebas de su cordura limitándose á breves generalidades para entrar en la parte monográfica. Tiende Doubois á las opiniones de Prost y de Broussais sin ser tan esclusivista como él; pero bajo este aspecto casi todos siguieron la mísma marcha. «La calentura ó fiebre, nos dice, es un estado en el cual se observa alguna alteracion en el calor animal, aceleracion en los latidos del pulso y trastorno general de las funciones como lesion local. (1).» En el momento en que escribo estas líneas tengo en la Sala de S. Sebastian número 9 una muger con una grave fiebre tiphoidea en la que el pulso no se halla alterado, ni el calor general aumentado ni la lengua está seca, pero la postracion, el intenso meteorismo, la fisonomía, los saltos de tendones, y su indeferentísmo á cuanto le rodea demuestra una gravísima fiebre. ¿Como, despues de esta difinicion en la que parece intenta, aunque, con vaguedad, esencializar la fiebre, nos dice con Prost y con Broussais que «en *casi todas* las fiebres hay signos inequívocos de la irritacion del estómago y de los intestinos delgados? ¿Como á pocas líneas, fijándose en el concepto, *casi todas*, nos dice

(1) Patog. Gan. tom. 1.° pag. 312.

que los AA. están conformes, y parece tambien el estarlo, en que hay cierto numero de fiebres sin fenómenos de localizacion y sin vestigios de inflamacion en las vías digestivas cuando se abren los cádaveres? En qué quedamos ¿son ó nó las fiebres efectos localizados en el tubo intestinal? porque si esto constituye su patogenia orgánica no puede faltar sin que falte la enfermedad. Mr. Doubois no se resuelve ni á pertenecer á los *localizadores* ni á los *esencialistas*: vé ambas cosas, y se inclina á admitir con Prost el influjo de los centros nerviosos en las fiebres en la forma ataxica, y el del corazon en la angioténica.

LXXXVII. Ha dado un gran paso Doubois en la historia de las fiebres reuniendo bajo la designacion de fiebre tiphoidea todos los tiphus de Europa, y lo hubiera dado completo si nos hubiese manifestado que el *tiphus* es la forma, el tipo de todas las fiebres tiphoideas indigenas y exoticas, á semejanza de la viruela, de la sifilis que, por benigna ó grave que sea no deja de ser la viruela. «La fiebre tiphoidea, nos dice, no consiste en una *gastro-enteritis*, como lo aseguran los que *retrocediendo verdaderamente*, se jactan de seguir el movimiento de la ciencia. Puede suceder que haya al mismo tiempo congestion hacia el tubo digectívo y hácia los órganos encefálicos: hemos admitido con Andral que este accidente es uno de los que constituyen las tres series de síntomas tiphoideos: pero no es el hecho morboso principal. Asi lo prueba la observacion de que muchas veces no existe en los cadáveres indicio alguno de inflamacion? Haya ó nó inflamacion de los órganos encefálicos, siempre existe *trastorno* funcional del sistema nervioso con estado febril contínuo ó remitente y ademas diversos actos nerviosos secundarios.» Muchas reflexiones se nos ofrecen sobre

estas apreciaciones de Doubois, pero no es este el lugar de entrar en consideraciones lógicas: limitémosnos á decir que aceptamos muchas ideas de este celebridad médica pero no estamos conformes en el valor que intenta darlas. Lamentamos ese empeño fatal, que desde la doctrina de Broussais viene siendo tan general, de ver en todo irritaciones, inflamaciones al simple anuncio de la lesion de un acto orgánico, que se cree no puede tener lugar sino bajo la influencia de la inflamacion y la que se quiere buscar siempre y ver siempre en la congestion, ó en la mas simple inyeccion capilar. Ya ventilarémos esta grave cuestion.

LXXXVIII. Veamos, pues, en Trousseau, y en Doubois respetables observadores que no se han dejado seducir por pomposos anuncios y que buscaron la verdad en el justo medio de escuelas exageradas y que proclamando el dinamismo vital son en su práctica razonadores profundos que impulsan la ciencia piretologica, cuya importancia reconocen, al verdadero camino de un libre exámen sin dejarse conducir en su práctica ni por elucubraciones teóricas ni por los hechos sin criterio. En su práctica es simple, juicioso en sus apreciaciones, prudente en la administracion de los recursos de la ciencia: en fin si se nos obligase á clasificar su escuela la pudiéramos ver prudentemente ecléctico con Hipócrates, con Sidenham, con Cullen, con Haller de cuyas ideas participa, y este es su mejor elogio.

LXXXIX. *Dinamismo orgánico-físico.* Preciso es cerrar la revista de la época actual, porque sin duda nos haríamos cansados á nuestros lectores: preciso es terminar esta superficial reseña de los sistemas en medicina y especialmente en la ciencia piretológica. La época actual tiene no obstante un doble carácter que la distingue, y este

es la *sucesion* de la doctrina médica desde Broussais, modificada bajo mil formas por Chomel, Andral, Luis, Piorry, Breteneau, hasta Bouillaud, y los sistemas *especiales* bajo Hahneman, Raspail, Benech, y Priesnil. Las doctrinas medicas parecen reasumirse en la última obra de Bouillaud (1), y con ella terminaremos la *sucesion* de las doctrinas, pero aun diremos algo sobre los sistemas *especiales*.

XC. No juzgaremos á Bouillaud (2) como lo hace un cólega suyo; vemos de muy diversa manera que ambos á dos. Bouillaud presenta una doctrina que no es capaz de seguir, y semejante á Rostan la deja en mitad del camino: vé la luz que el mismo apaga: halla la joya que se le escapa de las manos y desaparece entre el polvo. No vemos, pues, como su antagonista; creemos su crítica injusta cuando dice «Hasta aqui la medicina era del dominio de la fisiologia; pero gracias al Dr. Bouillaud y á todos los ultra-bruseistas, no pertence mas que á la química y á la física; de manera que con este progreso, Bichat ha caducado, y nuestros males no deben apreciarse sino como fragmentos físicos que caen bajo el martillo...» Ojalá que todo el pensamiento de la doctrina Bouillaud fuera dirigido bajo esta clave: es un gran pensamiento que en otra parte he presentado con la claridad posible (3). Los elementos físico-químicos combinados son á los cuerpos or-

---

(1) Traitè de Nosographie. 1846.

(2) Aun cuando colocamos á Bouillaud en este lugar, no ignoramos que data su doctrina de una época mas anterior, y que debiera presentarse antes de Trousseau, y de otros, pero yo creo que la esposicion de su doctrina no fué presentada con los honores que merece hasta la publicacion de su Nosografia médica.

(3) Ensayo de Antropologia t.° 1.° pag. 225 y 376 par. 225 y par. 352 y siguientes.

ganizados, lo que la materia elemental á los cuerpos inorgánicos: todos los fenómenos de una y otra clase de cuerpos no son mas que resultados de su naturaleza elemental, ó de sus combinaciones sucesivas; porque de combinacion en combinacion llegan los elementos físicos á dar sus grandes resultados á que se llama *estado de los cuerpos*, *naturaleza de los cuerpos*, *fenómenos de los cuerpos*, ya sean inorgánicos ó vitales. Pero Bouillaud indica este pensamiento y no lo hace fructificar presentándose en la arena de las discusiones con una vaguedad indisculpable. «El estudio de las *fuerzas vitales*, dice, considerada en conjunto, no podría separarse del estudio de las fuerzas mecánicas, físicas y químicas que rigen los fenómenos de los cuerpos inorganicos; pero dejando á parte su elemento *psicológico*, la medicina, en el fondo, no es mas que la mecánica, la fisica, y la química de la economia viviente.» Pudiera aun Bouillaud ser mas esplicito; pudiera decir: *la existencia de los fenómenos de la vida, la organizacion vegetal, y animal con sus leyes, sus propiedades y sus funciones no es mas que una consecuencia de la naturaleza de la materia organizada de sus combinaciones, y uno de sus modos de ser*. De aquí partiría todo un gran sistema médico, el verdadero sistema *orgánico*. Y este gran pensamiento está reasumido y esplicado en una palabra tradicional de oscuro significado: *materia organizada*; es decir materia fisica combinada, modificada y dispuesta bajo ciertas condiciones que le dan el carácter y la hacen merecer el verdadero y filosófico nombre de *organizada*. Cuando se nombra á un cuerpo como *orgánico*, se escluye de hecho la influencia omnímoda de las leyes y de las propiedades fisícas y químicas para no ver mas que vida, propiedades y leyes vitales: pero entiéndase que

este modo de ver es bajo el rudimento y la base de la materia fisico-química. Y esto es tan cierto que cuando impera este rudimento y esta base, es la muerte próxima ó la muerte real. Mientras la organizacion tiene las condiciones vitales, la materia que la constituye no es mas que un rudimento necesario, porque la vida no se puede abstraer de la materia, como la luz no puede abstraerse del fluido lúmico, ni la gravedad puede separarse de los cuerpos. *Organizacion, vida, propiedades y funciones vitales,* he aqui cosas que andan siempre juntas, nunca aisladas. Los verdaderos *organicistas* ni pueden ser materialistas, ni vitalistas, tienen que ser ambas cosas. La materia sin vida no puede enfermar; la vida sin materia no puede padecer porque no puede existir. Con razon Cayol, uno de los mas esforzados vitalistas, rechaza la poderosa influencia de la escuela anatómica, con razon Bouillaud intenta dar grande importancia á la mecánica, á la fisica y á la química: ambos tienen razon, pero los dos tienen que fluctuar en este terreno, porque las enfermedades no son anatómicas, ni fisicas, ni vitales; son siempre orgánico-vitales: pero ni los órganos padecen sin que padezca la vida, ni esta puede alterarse, ni aun muy levemente, sin que se altere el órgano. Bajo este aspecto no admitimos con Cayol ni con los vitalistas ni dinamistas que la enfermedad sea un acto *vital,* ni la *inflamacion una funcion vital*; ni con Bouillaud, organicista fisico-químico, esa vaguedad materialista, organicista, vitalista y dinamista que se resabia en sus obras: si bien le disculpamos porque es la consecuencia de la verdad que trasluce; es decir, de que no se puede separar lo orgánico de lo vital, ni completamente de lo fisico. Si se me obligase, no obstante, á optar entre el organicismo

de Monneret, las ideas fisico-orgánicas de Bouillaud y el vitalismo de Dubois y de Cayol me filiaría en esta escuela porque tiene mas relacion con la filosofia que profeso, y la que mas promete á la ciencia. No puede haber indecision entre rodearse de la muerte y de cadáveres ó elevarse á la esfera de las inteligencias y de la vida: esta es la ciencia. Empero no personifiquemos lo que no tiene existencia real. Esa *Naturaleza medicatriz* que se rechaza por unos, y se proclama por otros solo existe en los órganos vivos, por los órganos vivos y para los órganos vivos: no es una entidad diversa de estos; es su lenguage, su fuerza, su poder providencial. Pero no es este el momento de dilucidar este punto importante de la ciencia. Bouillaud vió la luz que se le oscureció pronto porque dice á pocas líneas. «Los cámbios fisiológicos, ò las modificaciones funcionales pueden ser los efectos ya de una lesion de las *condiciones dinámicas*, ya de las condiciones materiales, ó simultáneamente de ambas. Es una grave cuestion de diagnóstico el distinguir estos tres casos los unos de los otros » Muy grave cuestion es sin duda, irresoluble, yo se lo aseguro á Bouillaud. ¿Como se separan las condiciones dinámicas de las condiciones anatómicas? ¿Como puede existir lesion de fuerzas independiente de la lesion del organismo? Por esto es que llamo á la escuela de Bouillaud, *dinamismo orgánico*. Ya hemos hablado de esto mismo con motivo de la doctrina de Trousseau. Para reconocer la fluctuacion en que se halla el que quiere ser á un mismo tiempo *organicista y dinamista* basta citar estas palabras. «Si existe, dice, un gran número de fenómenos (abstraccion hecha siempre de los fenómenos psiológicos) que no podemos completamente *esplicar*, esta no es una razon suficiente

para separarlos todos indistintamente de la esfera inmensa de los fenómenos regidos por las fuerzas y las leyes mecánicas, físicas y químicas, en consideracion á que estamos muy lejos de la época en que todos los fenómenos de este órden sean susceptibles de una *rigurosa* esplicacion.» Aqui el autor es físico-químico, pero en otra parte dice «dejando á un lado las *fuerzas vitales, cuya existencia solo nos es posible admitir por el pensamiento, y por una especie de fé fisiológica,* estudiemos los fenómenos orgánicos *sometidos á su imperio,* y volvamos á las modificaciones de estos fenómenos conocidos bajo el nombre de síntomas ó de *lesiones funcionales,* que es preciso distinguir bien de los síntomas *físicos,* últimos síntomas de los cuales algunos pueden ser considerados como otros tantos caracteres anatómicos de las enfermedades.» ¿Como se convienen estos pensamientos? ¿Quién los comprende? Unas fuerzas vitales cuya existencia es, á lo menos, dudosa para él; pero por otra parte *estas fuerzas,* tienen bajo su imperio á los fenómenos orgánicos: unas lesiones funcionales que constituyen síntomas, pero que deben distinguirse de los síntomas físicos: he aquí la fluctuacion del que parece buscar la vida á flor de agua y se sumerje para perder el último resto de ella.

XCI. La doctrina cuyas bases estudiamos ha vislumbrado la gran verdad de la ciencia, y el escollo de los vitalistas, pero ó no tuvo bastante valor su protagonista para rechazarlos de frente, ó se dejó llevar por el espíritu dominante de lo sublime y de lo metafísico. Pero es muy notable que en esta misma época, y estos mismos sistemas intenten apoyarse en Bacon y en Bichat: dos estremos opuestos por sus principios á la doctrina del dia, porque si bien este último fué vitalista sus principios eran físico-anatomi-

cos, y por esto se repite el precepto de Bacon en que establece el principio de observacion sensual, y el de Bichat que quiere buscar el órgano afecto: las palabras de estos célebres escritores ya se repiten hoy hasta el fastidio.

XCII. Por consiguiente, de los principios doctrinales deben deducirse las consecuencias terapéuticas y patologicas; y aqui vemos la misma indecision, el mismo desórden. Los medicamentos *orgánico-vitales, ò químico-vitales,* los *escncialmente dinámicos* y los *físico-mecánicos* son los instrumentos de todas las medicaciones. ¿Y que son los medicamentos dinámicos? ¿Son los que obran sobre las fuerzas, ó sobre las funciones? Son, dice, los que regulan la fuerza nerviosa, y que se oponen á las *hypernebrias,* á las *hyponevrias*, y á las *ataxonevrias*. Pero si vuestras fuerzas vitalistas, son y están reducidas á la influencia inervadora, ¿como no reconoceis que en los centros nerviosos, y en sus conductores nada hay, ni sucede, ni puede suceder que no sea estrictamente orgánico, producto y consecuencia del estado orgánico de esos centros y de esos conductores? Y en este caso ¿por qué no se concibe su influencia como la de otro cualquiera sistema en mas ó en menos, y por qué no se vén esas fuerzas como de origen orgánico, como resultado orgánico, y no como reguladoras del organismo del que proceden? Y si decís que el sistema inervador tiene una fuerza independiente porque escita los organos, llamazle *fuerza nerviosa,* y á la de la sangre por igual razon *fuerza sanguínea*, y á la de luz que escita nuestros ojos *fuerza lumínica,* y á todo cuanto obra sobre nosotros, *fuerzas vitales*: asi nos entenderémos. Pero no es este el pensamiento de los dinamistas, pues Bouillaud, el menos dinamista y vitalista de todos, dice: «La inflamacion

no es otra cosa que *una modificacion de la calorificacion, de la circulacion capilar, de la secrecion y de la nutricion que supone una lesion simultánea de los sólidos y de los líquidos, sin perjuicio de una lesion concomitante de las condiciones dinámicas.»* He aqui como se confunden las verdades, y como un lenguage abusivo hace acaso decir lo que no se quiere. Presenta Bouillaud las mas importantes observaciones; razona con exactitud, se acerca á veces á la verdad, pero una sola palabra trastorna sus principios y hace traicion á la sublimidad de sus consideraciones: por que asi puede decirse cuando despues de criticar los sistemas médicos sobre las ideas de *fuerzas,* y sobre las inflamaciones, despues de ser exactísimo en muchos lugares de sus escritos, dice, «La única cosa en que debemos insistir en este momento es en que la *inflamacion, propiamente dicha*, *consiste en una modificacion de accion sui generis.* ¿En qué se distingue este pensamiento del de Dupuytren, Marandel, y Roche que tanto critica? Degemos las bases doctrinales del autor de la *endocarditis reumática, de la angio-carditis* degémoslo en su presuncion de *formulador de la filosofia médica;* dejémosle con su *nueva fòrmula* de las evacuaciones de sangre, que derrame ese líquido vital *coup sur coup*: le deseamos feliz práctica de la que nos ocuparemos cuando formulemos tambien nuestro pensamiento sobre el tratamiento de las fiebres. No obstante, debo manifestarlo aqui con la imparcialidad del que no aspira ni á fundar sistemas nuevos sobre las ruinas de otros, ni á merecer un nombre en la ciencia que Bouillaud por su doctrina, sus pensamientos, sus descripciones es lo mejor que conocemos: Bouillaud por sus *creaciones*, sus *endocarditis,* sus *sangrias suficientes,* no merece mas gratitud que la de

su laboriosidad. No está Bouillaud mas feliz en su piretologia. Chomel, Andral, Piorry son los que le han precedído en el camino patológico sobre las fiebres, y todos, por mas que no lo crean asi, no han hecho mas que seguir á Broussais en la apreciacion de su patogenia. No discutirémos en este lugar la doctrina de estas celebridades médicas porque es demasiado grave esta discusion cuando se trata de Profesores de tanta talla científica: en la 2.ª parte de esta obra lo haremos con ese comedimiento que exige una decorosa discusion. Pero no dejaremos incompleta esta última parte histórica de la piretologia, la mas importante, la mas nutrida de ideas y la mas bien representada por el número y la clase de sus adalídes. Efectivamente debemos confesarlo con vanidad: el siglo XIX dió á la ciencia un gran número de médicos sabios. Bouillaud, Valleix, Geintrac estudiaron esta parte de la ciencia con instruccion, constancia y fé. El primero de estos que parece tender á constituir escuela, no fué, he dicho, muy feliz en su parte piretológica, porque concluyendo de leer sus obras nos preguntamos, que es la fiebre y no podemos contestar. Hay una fiebre que debe llamarse *angio-carditis*, hay otra que debe llamarse *séptica*, otra *entero-mesenteritis*, otra *typhoidea*, otra *typhus*, otra *intermitente perniciosa*, otra, en fin, *colera-morbus*, pues que estan colocadas y tratadas en sus clases y órdenes diversos y con diversa patogenia. Vamos á probarlo con los mismos términos de Bouillaud. Por una parte confiesa que «deben reunirse en una sola y misma clase las enfermedades que forman la primera y segunda clase de la Nosographia philosófica de Pinel, porque no es permitido ya separar asi las phegmasias y las *fiebres* dichas esenciales contínuas que fueron descritas en la

célebre obra que se acaba de citar, pues sería violar los principios de una clasificacion verdaderamente natural.» Aquí el Autor obstenta ser acérrimo partidario, á lo menos bajo este aspecto, de la escuela de la irritacion, ó fisiologica admitiendo las *fiebres llamadas esenciales* en la clase de las inflamaciones: pero á pocas líneas nos dice «la revolucion piretológica, de la cual ha sentado Broussais las bases, no habiendo sido aun consagrada por el tiempo y el asentimiento unánime de los médicos, no he podido dispensarme, en una obra como esta, de esponer y discutir las razones.» En estas palabras sanciona el Autor la doctrina de la escuela fisiológica hasta el estremo de intentar probarla en la discusion con razones de las que deduce una doctrina enteramente contraria á la de la escuela fisiológica, ó á lo menos con variantes tan esenciales como son «*la angio-carditis simple* constituye la *fiebre inflamatoria*, ó *angio-tenica* franca y legítima. Complicada con un elemento séptico, pútrido ó typhoideo no es otra cosa que la *fiebre pútrida, tiphoidea ó adinámica*.» No pensaba asi Broussais, á no ser que se vea como idéntica la localizacion de la fiebre en la túnica interna de las arterias ó en la mucosa gastro-intestinal. Bouillaud admite su *angio-carditis* como el tipo de la fiebre, y si no pasara de aqui admitiríamos esta idea bajo cierta condicion: pero no nos adelantemos. La verdadera fiebre tiphoidea es para él la *entero-mesenteritis*, y en esto tampoco tiene originalidad porque es la idea de Breteneau, de Petit, de Chomel y toda la escuela anatómico-patológica. No obstante, conviene Bouillaud con Broussais en una idea básica, fundamental, esta idea es la de ver siempre la inflamacion en todas las fie-

bres desde la sinocal simple hasta el cólera y la peste de Levante. Es lamentable que se confunda el estado séptico con el inflamatorio únicamente obligados por la idea de sostener el elemento flogístico en todos los males, sin hacerse cargo que esos fenómenos flogísticos son aparentes cuando existen, y no pueden existir como fenómenos de septicidad. Por esto rechazamos su angio-carditis typhoidea, y á su tiempo veremos como sucede aqui lo que tanto llevo repetido: *la práctica de los hombres eminentes no engaña, no pueden engañarnos, pero las interpretaciones se fuerzan, las dèducciones son erróneas.* Hablando de la peste que clasifica por su causa ocasional y no por su causa próxima, ó patogénica nos dice «que esta enfermedad es un compuesto temible del estado séptico é inflamatorio (1).» Fuera este concepto y esta opinion de leve importancia si no tuviera una suma trascendencia en el plan curativo, y asi vemos aconsejar sangrías y antisépticos. Cuando trata del *typhus nostras*, parece que duda de su naturaleza pues nos advierte que «la teoría de una enfermedad cualquiera no puede ser completa sino en cuanto se conocen sus causas y su mecanismo y las alteraciones orgánicas correspondientes á este. La consecuencia de este principio es que en el estado actual de la medicina es imposible presentar una teoría enteramente satisfactoria del typhus.... Sería cometer un error grave el sostener que los typhus no son otra cosa que una gastro-enteritis.» ¿Y por qué ha de ser un error, y se ha de clasificar asi mientras no se sabe lo que es? Sepárese Bouillaud de Broussais y de su elemento

---

(1) Tom. 5.° pag. 80.

flogístico; vea con esa claridad que dá la crítica justa y sin prevencion esos fenómenos aparentemente flogísticos, y sus teorias serán admisibles. No aprecie, bajo el aspecto que lo hace, esa irritacion vascular de un tipo febril, su *angio-carditis* para reemplazar la gastro-enteritis de Broussais y podrémos entendernos, porque tiene en su pluma algo de ridículo el escribir que «la irritacion de la membrana interna del corazon y de los vasos, inseparable de la fiebre continua de los typhus no ha fijado hasta aqui la atencion de alguno de los autores que han escrito sobre el tiphus (1)» Yo creo que hicieron bien en no fijarla si había de ser con el objeto de contemplar una irritacion con una septicidad, una inflamacion con una astenia, un estado plástico de la sangre con un estado de disolucion. Siempre esta celebridad vé por desgracia la irritacion en las fiebres ya con Broussais, ó con Breteneau, ó con Luis, ó con Chomel. Haremos aqui una solemne protesta: de cuantos han estudiado las fiebres dichas esenciales, Bouillaud es el Profesor que mas se ha acercado á la verdad, y el que tambien mas inclinado se reconoce á aceptar las bases de la escuela fisiológica: le respetamos; no le juzgamos por crítica, y solo lo hacemos para asentar nuestra doctrina y para lo cual nos utilizaremos muchas veces de la autoridad de este respetable Profesor. No es por consiguiente dificil el reconocer cual será el plan curativo que nos propone. Sentimos verle vacilante y dando esa preferencia sistemática á la sangria, porque no podia menos de ser asi viendo en las fiebres tiphoideas *angio-carditis sépticas*, en todos los tiphus irritaciones por causas miasmáti-

(1) Tom. 1.° pag. 261.

cas, y llevando la inflamacion á todos los tegidos, porque «las fiebres continuas dice, llamadas esenciales no son sino flegmasias locales y generales por tanto tiempo desconocidas, sean simples ò complicadas con un elemento séptico ó tiphoideo.» Esta exageracion de doctrina nos disgusta en Bouillaud, pero en medio de ella, hallarémos verdades que no se pudiéron eclipsar á su ilustrado génio.

XCIII. *Continuacion de la época actual.* Terminemos la época actual en la que pudieramos hacer una separacion muy lógica estudiando aparte las obras en que se proclaman doctrinas y las que se limitan á la parte práctica. No obstante en el estudio piretológico son inseparables la razon de los hechos en si mismos á no sumergirnos de nuevo en las sutilezas del dogmatismo ó en el absurdo empirísmo. Iniciada por Pinel la época actual, anunciada ya con lamentable vaguedad por épocas muy antíguas, fijada por Prost, desenvuelta con valentía por Broussais, comentada por Roche, Boisseau, modificada por Chomel, Petit y Serres, Bretenau Rostan Luis, Andral Bouillaud, se intenta hoy reabsumir no con bastante fortuna, porque siempre observamos la confusion mas notable en el tratamiento, siempre la contradicion mas clara entre las ideas y los hechos. Lo veremos á su tiempo: el Profesor que dá sus primeros pasos en la práctica llega lleno de confianza á la cabezera del enfermo nutrido en las doctrinas mas nuevas, mas apoyadas, pero á poco que camine se vé envuelto en mil dudas, en mil contradiciones en la eleccion de los recursos que debe eligir para tratar sus enfermos. Es Brousseista por necesidad y tiembla salir de este camino. Que quiera ver la irritacion en la mucosa del estómago é intestinos; que la reconozca en el intestino y en el mesenterio; que

la siga en las placas de Peyero, siempre vé irritaciones, é indicaciones antiflogísticas y trabajo le cuesta echar mano de otros medicamentos mientras observa solo irritaciones en sus diversos grados. ¿Por qué nos hemos de limitar á este círculo localizador sujetando nuestra razon al criterio del escalpelo, y abandonándo la razon para no observar mas que la muerte? Mil veces lo repitirémos: no acabamos de comprender esa insistencia en la localizacion mas sistemática desatendiéndo el lenguage de la naturaleza: oigamos sinó á uno de los mas esforzados organicístas que cierra su conocimiento á todo cuanto no demuestra la autopxia, oigamos los gritos de la sana razon. «Por lo que respecta á la localizacion de la fiebre continua grave, ó tiphoidea es perfécta: son las placas de Peyero que estan alteradas á la manera que Broussais veía la flegmasia de la membrana gastro-intestinal que producía todas las fiebres esenciales. En el caso en que la enfermedad es de intensidad ¿las placas de Peyero están enfermas? Y si lo están ¿se parece su lesion á la que se encuentra en la tiphoidea grave? *La respuesta se reduce á una probabilidad* (1).» ¿Por qué no se lo pregunta á la autopxia? En Chomel hallará la contestacion. Esta duda de Monneret es justa; es la razon que despide luz, pero que se apaga. Hallamos no obstante en esta obra eminentemente práctica algunas ideas sublimes en piretológia. Para justificar mi aserto del domínio de la doctrina brusseista en la actualidad volvamos á oir al mismo Autor. «No sabemos verdaderamente dice, si se ha ganado mucho en sustituir la fiebre tiphoidea á la gastro-enteritis, no bajo el aspecto de la lesion cu-

(1) Monn. y Kleury. tom. 4.° pag. 56.

ya naturaleza está bien determinada, gracias á los trabajos importantes publicados sobre este obgeto, sinó bajo el punto de vista de la influencia que esta sustitucion puede tener sobre el conocimiento de la naturaleza real de la enfermedad, y sobre los medios terapéuticos propios á combatirla.» Yo por mi creo que la flogosis gastro-intestinal no podría menos de afectar las placas y la glandula de la mucosa intestinal, y que esta sustitucion por consiguiente debe ser de poca trascendencia para darla tanta importancia. Si me obligáran á optar vería como mas lógica la flogosis gastro intestinal, que la irritacion, ó flogosis, ó lesion de las placas de Peyero, y las glandulas de Brunerio. Esta no obstante esla idea que domina.

XCIV. En el dia ya no se quiere admitir la angio-carditis de Bouillaud. Valleix rechaza esta idea para declararse partidario de Mr. Luis con sus lesiones de las glandulas de Peyero que constituyen realmente el carácter esencial de las fiebres graves. Por este modo de ver tanto Valleix como Mr. Luis se encuentran sin poder hallar la naturaleza de la fiebre amarilla, de la peste, ni aun la de la fiebre puerperal, sobre la cual estamos, al parecer, en la mayor oscuridad. Afortunadamente no es asi y cuando hablemos de la patogenia de estos males volveremos á Valleix con cuyas opiniones nos conformarémos en gran parte. Admite en su clasificacion piretológica la calentura efímera, la cinocal, la tiphoidea, el tiphus nosocomial, el de Irlanda, la calentura puerperal, la amarilla, la peste, las intermitentes y remitentes benignas y perniciosas y la grippe. Esta clasificacion por mucho que respetemos á su Autor, nos parece inexacta porque parte de opuestas bases, pues ya es el tipo, ya la gravedad, ya la topografía, ya especiales circunstancias in-

dividuales, ya su sintomalogia la que la apoya sin que tenga bastante parte su patogenia, su verdadera causa. Esto demuestra la inmensa dificultad de esas divisiones frívolas que solo deben admitirse como variedades de una misma razon patológica.

XCV. Ya nos harémos cargo á su tiempo y esperamos llevar el convencimiento al ánimo de nuestros lectores sobre la antígua fraseológia y el intento de reabsumirla en la fiebre tiphoidea, porque esta idea asi presentada es falsa, y de trascendentales consecuencias. «En la época en que se empezó á sustituir el nombre de fiebre tiphoidea á otras denominaciones de las fiebres graves, era importante ocuparse de los diversos aspectos y fisonomías que puede presentarse esta enfermedad. En efecto era preciso demostrar que *estas fiebres designadas con los nombres de calentura inflamatoria, biliosa, mucosa, nerviosa, adinámica, no son otra cosa que la calentura tiphoidea,* y un buen medio de demostrarlo era el hacer ver que esta se presenta con todos los caracteres de estas diversas calenturas (1).» ¡Que error! ¡La calentura inflamatoria es una tiphoidea! No porque Valleix se apoye en Chomel dejarémos de rechazar una tan grave confusion: rechazarémos tambien á Chomel. ¿Será cierto lo que aventura Gintrac que se dá á muchas enfermedades el nombre de fiebres que ni lo son, ni tienen este carácter? Algo hay en esto de verdad, pero tampoco adelanta mas que sus actuales contemporáneos. «La fiebre, dice, *no es realmente mas que un estado morboso.*» No necesitámos comentar esta idea, porque no es sin duda una fiebre un presente de salud. «Siempre

(1) Valleix tom. 9.° pag, 288.

que no se pueda descubrir, añade, fuera del aparato circulatorio, una lesion grave perteneciente á otro órden de órganos, efectuada la enfermedad, esto es, la fiebre, esta será evidentemente esencial ó idiopática.» Desgraciado el Profesor que se dirija por tal semiológia porque para comprobar su juicio tiene que esperar á la mas minuciosa diseccion, porque cuando todo el cuerpo está enfermo, como lo está en la fiebre, no hay órgano que no padezca, y cuando no se notan graves lesiones por los síntomas la llamarémos esencial, pero cuando un órgano se resienta mas que los otros la llamarémos sintomática. Las ideas de Gintrac bajo este aspecto se parecen á las de Doubois, lo que prueba la incertidumbre sobre la naturaleza de esta tan frecuente enfermedad.

XCVI. Si bajo tales auspicios queremos fijar la idea culminante de hoy sobre la patogenia de las fiebres para completar su historia no sabemos á quien refugiarnos. Todos han espuesto sus ideas y dilucidado su pensamiento con mas ó menos fortuna; todos digeron verdades que admitimos, y deducido consecuencias que rechazamos. ¿Nos refugiarémos en Lepelletier de la Sarthe? Su doctrina *biológica* debe ser estudiada; pertenece á la escuela orgánico-dinamista y en sus ideas piretológicas al vitalismo puro. Su doctrina fisiológica se halla presidida por esta base vitalista. «Mientras toda la duracion de la vida, el microcosmo se halla regido por sus leyes propias; de tal suerte que la influencia vital es un obstáculo incesante á la influencia de las afinidades químicas del macrocosmo.... Cuanto mas complicadas son la organizacion, la vida, en sus disposiciones y en sus modos, tanto mas frecuentes, numerosas, diversificadas son sus alteraciones ó enfermedades;

y mas es de temer la muerte accidental.» En medio de estos pensamientos verdaderamente sintéticos se nota cierta obscuridad que se necesita para desvanecerla recordar los principios del vitalismo, y del dinamismo. En patologia reconoce que «no puede existir *ni estado, ni acto morboso en donde no se encuentra ni estado, ni acto vital....* En la economía del hombre hallaremos, como en todas las otras economías vivientes, condiciones de existencia que, en él, son mas numerosas que en los demas y pueden no obstante ser reducidas á cuatro clases principales: condiciones *físicas, químicas, vitales* y *psicológicas*. Por mas que parezca algo abstracta la idea de condiciones *vitales*, y *psicológicas;* reconocemos muy digna de tomarse en consideracion esta idea, de la que se puede sacar gran partido en patologia, no abusando de la acepcion de las palabras. Define la enfermedad, «una alteracion parcial ó general de las dichas condiciones, produciendo desórdenes suficientemente apreciables en las funciones de la economía viviente.» Despues de tantas difiniciones como tenemos de una cosa tan evidente como es el estado enfermo no es de gran perjuicio el tener una mas, pero como no juzgamos sinó que simplemente historiamos nos limitaremos á citar los puntos culminantes y fundamentales de esta nueva doctrina biológica.

XCVII. Las severas consideraciones de Lepelletier sobre las fiebres merecen toda nuestra atencion: quieren resolver el problema pero se limitan á plantearlo. No es en observaciones aisladas en las que halla toda la importancia, quiere mas; piensa como el respetable Reveillé-Parisé; el arte no está todo en las observaciones que no son mas que los puntos de partida. El arte consiste en las

generalizaciones. «Yo recomiendo, dice el erudito Autor de la Higiene de los Hombres de letras, el estudio filosofico de la historia de la medicina; estudio el mas útil, el mas instructivo que yo conozco, pero tambien el mas olvidado.» Lepelletier reabsume, ó intenta reabsumir las doctrinas de las fiebres, pero, en justicia lo digamos, no acertó á llevar este punto importante de la patologia á una sencillez y claridad cual debiera esperarse. Es la fiebre, para este recomendable biologo, «*un hecho patològico mas ó menos complexo, un estado anormal del organismo, caracterizado, en su completo desarrollo, por un aumento notable, una alteracion del calor, con fuerza, frecuencia, desigualdad del pulso, sentimiento de laxitud y de malestar.*» No juzgaremos esta difinicion: bástenos decir que no la admitimos ni como esencial, ni como descriptiva, porque bajo un aspecto es ilusoria, bajo otro es inexacta. Se lamenta con justa razon del esclusivismo de unos que constituyen de la *fiebre* una entidad independiente de los órganos y del organismo y de los otros que no ven mas que lesiones orgánicas locales. «La verdad se halla en esto, como en todo, entre los estremos.»

XCVIII. Queriendo reseñar este bosquejo de la historia piretológica nos tenemos que reducir á muy pocas líneas porque hace tiempo caminamos en un círculo vicioso desde el vitalismo al organicismo. No obstante hoy por hoy el lenguage del escalpelo y del microscópio lleva ventajas en el campo de la práctica. Confesemos, no obstante, que perdió ya parte de ese entusiásmo que contribuía á darle el vitalísmo moderado de Bichat y de Broussais, porque al mismo tiempo que proclamaban la materia la reconocían presidida por las leyes de una materia original que constituia una

economía viviente. Por otra parte piretológicamente hablando ni el vitalismo pudo sostenerse sin el organicismo, ni esta resolvió ningun problema satisfactoriamente. Oigamos á ambas partes. «En toda la patológia, desde el primer sintoma de la afeccion mórbida hasta el último acto del tratamiento y aun de la convalescencia, nosotros vemos al gran hecho, *vida*, dominar toda la escena; agruparse todos los hechos particulares alrededor de *él* como alrededor de un centro comun (1).» Hé aquí el lenguage vitalísta; veámoslo tambien al acercarse mas al hecho patològico. «En las alteraciones de las *condiciones vitales* es comunmente mas fácil fijar el sitio positivo de la enfermedadad bien que ella pueda invadir simultáneamente sólidos y humores. Esta apreciacion es facilitada por la naturaleza, por el sitio del dolor cuando existe con bastante intensidad; por las diferentes lesiones funcionales, y por los caractéres del pulso. Por lo demas es casi siempre muy útil, bajo el punto de vista del pronóstico y del tratamiento, el conocer la naturaleza del tegido, del órgano, del aparato en que se fija mas especialmente la enfermedad principal, como la esperiencia lo demuestra en las *neurosis*, las *flegmasias*, las *congestiones*, las *astènias*, en las que el conocimiento del sitio es uno de los principales elementos de su pronóstico, y de las indicaciones curativas (2).» ¿Y por qué no ha de ser siempre el elemento principal del diagnóstico, pronóstico y terapéutica el conocimiento del asiento del mal? ¿Volveremos á apostrofar aquel célebre dicho de Bichat tan malamente repetido, *de que vale la observacion si se ignora el asiento del mal?* ¿Y

---

(1) Doutr. biolog Lepellet. de la sarthe. pag, 416.
(2) Id. pag. 373.

por qué medio, digo yo, llegamos á reconocer este asiento á no ser por la observacion? Lepelletier vé la *vida* en primer término, pero no puede desconocer la importancia de penetrar en el estado de los órganos. Andral vé primero los órganos pero no puede prescindir de que son órganos vivos, y vé tambien la vida pero en segundo término, y por esto es que llega muchas veces á dudar despues de sentadas bases que parecían indestructibles. Localiza constantemente las fiebres guiado por su fino escalpelo, pero cuando razona desconfia de su instrumento. «Al punto á que ha llegado la cuestion de las fiebres contínuas, dice, y sobre el valor que tienen en su produccion las lesiones de diferentes órganos que las acompañan, y la grande importancia concedida á la alteracion intestinal, como el punto de partida de estas enfermedades, me parece vá haciéndose á cada paso mas problemático!» Aqui habla la razon, libre de las cadenas del patologismo cadavérico, que algunas veces le lleva á deducciones de una trascendencia incalculable. Vé por una parte «que la congestion ó derrame de un rojo intenso no es siempre el resultado de una inflamacion, por que este fenómeno en el peritóneo es problemático que nos demuestre una peritónitis (1)» y por la otra nos asegura «que la mayor parte de las viruelas no afectan una terminacion funesta sinó cuando se complican con una inflamacion interior que reclama el plan antiflogistico (2).» He visto muchos variolosos y la forma mas frecuentemente grave es la confluente cuyo peligro no está en esas inflamaciones que se quieren ver en

(1) Clin. Met. tom. 4.° pag. 625.

(2) Id. tom. 3.° 432.

todo, á lo menos con ese carácter que siempre debe tener la verdadera inflamacion, y sobre cuya materia no estamos conformes ni con Andral ni con Gaverct ni con otros patólogos sumamente laboriosos con su escalpelo y y su microscópio. Pero debemos anunciarlo: estos trabajos no tienen la decantada trascendencia que se les quiere dar: no admitimos como merecedores de tal calificacion sus pensamientos sobre las inflamaciones; y sus hyperemias, sus estasis, y sus congestiones no solo son un retroceso para la ciencia sinó que hacen incomprensible una doctrina que por su sencillez debiera presentar la primera base de la ciencia práctica. Y no se crea exagerada esta idèa, nó: la doctrina de la inflamacion es hoy mas dudosa que nunca; es hoy incomprensible, es el caos de la ciencia, y de este caos parcial, por decirlo asi, se sigue la confusion general, y el que no nos entendamos; porque ¿qué hay, preguntaríamos, en la inflamacion? ¿hay estasis pasiva, ó estasis activa, obstruccion vascular, congestion sanguínea, ó qué hay? Hay todo, se me dirá. Pero yo diré que en la verdadera inflamacion no puede haber mas que una cosa, de la que habló Bouillaud, y antes de leer su obra de 1846 había hablado yo en 1844, ya en mi ensayo de Antropologia, ya en mis esplicaciones, esta cosa es la elaboracion exagerada ó anormal de los órganos que supone alteracion de condiciones orgánico-fisiológicas mas ó menos profunda. Repito que no se me culpe si juzgo asi la época actual no solo en las doctrinas generales, sino en la especial de la *inflamacion:* Monneret me justifica. «La escuela anatómica tan poderosa contra la doctrina fisiológica convencida de la incertidumbre que reina sobre el acto morboso, que se llama *inflamacion*, se limita á estudiar las al-

teraciones en si mismas, sin ocuparse en manera alguna de la causa íntima que las produce.» Oh! gloria entonces al siglo de la ilustracion; gloria inmarcesible á los hombres de ahora, á nuestra época, y á nuestros superiores genios, porque todo el gran edificio de la ciencia se reduce á reconocer como lo confiesa Monneret, «los reblandecimientos de los órganos, la ulceracion, la hypertrofia etc. pero sin poder decir bajo que formas se presentan estas lesiones cuando son de caracter inflamatorio:» y añadirémos, y sin conocer mas que los estragos que el arte no puede por lo comun remediar: oh! sí, esto es lamentable, tristísimo. La pluma se cae de la mano al querer describir las consecuencias de tales doctrinas. La ciencia misma, y la humanidad tambien exigen aqui nuestro silencio, y sellan nuestra crítica.... En fin podemos asegurar que el vitalismo y organicismo han dividido el campo y que deben, en una época muy próxima, confundirse los campamentos para no ver *ni órganos sin vida, ni vida sin órganos,* sino mas bien *organismo en accion, organismo viviente,* como por fortuna no se vé ya hoy *solidismo* ni *humorismo* sino *organizacion*. Este será el triunfo de la piretologia, del verdadero estudio de la *inflamacion* y de la *fiebre*.

XCIX. *Pensamientos especiales*. No se que titulo conceder á un gran número de pensamientos aislados que se han querido inocular en la ciencia sin bastante autorizacion para ello. Pudiera limitarme à lo ya dicho sobre escuelas y doctrinas, pero parece que se nota un vacio meditado en esta época del libre pensamiento y en la que tanto se dice, tanto se escribe. No obstante guardaria silencio, sin que se me pudiese criticar, si no se tratase de ciertos sistemas apoyados por hombres que sin duda merecen nos ocupemos

de ellos, bien no sea mas que por no dejar de traer á la escena piretológica á Raspail y á Benech. Por lo que respecta á Hahneman, Le Roy, Audin-Ruvier, Priesnizt solo citaremos sus principios para que ocupen en la época actual el lugar del antiguo empirismo. Ya no son sistemas modificados, ya no son antiguas verdades que aparecen de nuevo; son pensamientos singulares que no tienen semejantes. Comencemos por Raspail. Parecerá ridículo acaso que olvidando á tantos hombres de la ciencia me ocupe del micógrafo, de la doctrina vexicular y de la medicina de las causas animadas; pero yo no puedo menos de respetar á ciertos hombres bien que tengan sus errores ó preocupaciones. Debo á Raspail muchas ideas luminosas en fisiológia tomadas de su química orgánica: veo en su patológia algunas verdades entre muchos errores. Por otra parte, las doctrinas especiales de tal originalidad y que no son fracciones de otros sistemas deben ocuparme tambien. Raspail es singular. Su fisiológia parte de su idea vexicular y del desarrollo de esta vexícula, ó célula organizada que llega á su mas complicado desarrollo bajo la influencia de sus cuatro grupos de los elementos orgánicos que son *organizados*, *organizantes*, *organizatrices*, y *orgánicos* (1).» El individuo es el órgano general, es decir, la reunion armoniosa de los órganos: cada órgano no es otra cosa que la reunion de celulas que son los órganos elementales de un tegido. Un órgano normal colocado en condiciones normales no puede menos de elavorar normalmente: no puede ponerse enfermo; solo puede envejecer. El órgano sano no produce su enfermedad: la recibe de afuera: no en-

(1) Nouv. sistem. de chimiq. organ. 1839. tom. 1.° pag. 211.

ferma, ni muere antes de su término sinó accidentalmente. La enfermedad no es un ser de razon, ni una entidad ideal; es una turbacion producida en las funciones de un órgano; esto es, un obstáculo que se opone á la ley de la asimilacion y del desenvolvimiento; un efecto cuya causa activa es esterior al órgano que, en este caso, es puramente pasivo (1).» En estas palabras de Raspail se reconocen ideas muy luminosas, pero que se envuelven en la obscuridad de consecuencias inexactas. En efecto, un órgano normal solo puede ejercer actos normales, y siempre que los ejerce anormales es porque no está en estado normal: todos los fenómenos morbosos son actos anormales, luego todos estos fenómenos demuestran la alteracion fisiológica del órgano. Asi debiera razonar Raspail segun los principios que sienta, pero su objeto es una especialidad. Asi es que su designacion de causas fisicas morbosas ocupa un buen lugar en el autor de la *quimica orgánica*, pero su clasificacion de causas *morbíparas* conducen al error al autor de la *historia natural de las enfermedades*. «Las causas, dice, mas frecuentes de nuestras enfermedades son causas animadas y parásitas.» Esto le obliga á admitir una terapéutica específica cuya base es el alcanfor interior y esteriormente administrado. Su doctrina fué debatida con un calor exagerado, fué despreciada, acaso con esceso. Su química orgánica no debiera merecer tan amarga critica; su aplicacion, sus inmensos trabajos le hacían digno de un elevado lugar, porque si bien su carácter, su genio, revelado en sus escritos, es díscolo, fuerte y picante su estilo: puede ser que la resistencia que sus

(1) Hist. Natur. de la santé ét de la maladie, t.° 1.° pag. 10.

trabajos hallaron para merecer el honor aun del *examen* le hayan obligado á este desquite. Fisiológicamente hablando Raspail tiene importantes y elevadas verdades que estudiar aun; pero su patologia es ridícula: sus preceptos higiénicos no merecen referirse.

C. Con respecto á la piretologia vemos idénticos errores; citémos sus mismas palabras. «Como el efecto inmediato de toda causa *morbipara* es introducir en la circulacion un principio alcalino ó acido, lo que determina una turbacion circulatoria, sea en menos, ó adinámica, sea en mas ó inflamatoria con intermitencias y remitencias ó no, se sigue que en caracterizando el estado mórbido por el síntoma principal, no hay casi enfermedades que no se hubiesen clasificado en las diferentes fiebres. La sarna era una fiebre asi como todas las demas enfermedades exactemáticas.... todas las fiebres provienen de la infiltracion en la sangre de los productos de una llaga, cicatrizacion, sea traumática y puerperal, sea entomogénica.... La fiebre tiphoidea es un contagio *ascarigeno* por la multiplicacion indefinida de ascarides en consecuencia de la nutricion harinosa.... Hoy dia y desde que nuestras revelaciones han dado la palabra del ènigma de la fiebre tiphoidea, los médicos han adoptado, modificándolo mas ó menos, nuestro método anthelmintico, y la fiebre no llega jamás á su período alarmante. Con nuestro tratamiento completo y continuado hasta el alivio manifiesto, se contiene la enfermedad en diez minutos y se triunfa como por encanto.» ¿Es charlatanismo ó alucinamiento? No podemos pensar lo uno en Raspail; creemos lo segundo. ¿Y cual es este plan prodigioso que asi triunfa de una enfermedad tan grave? «Agua sedativa alrededor del cuello sobre todo el trayecto de las carotidas,

sobre el craneo: lociones sobre el abdómen: seis granos de acíbar al interior: enemas alcanforadas con aloes y rosas de Provenza: fricciones con la pomada alcanforada, ó el alcohol alcanforado: frecuentemente el enfermo pide de comer la misma tarde y come con apetito (1).» ¿Podrá admitirse que una fiebre se cure tan pronto bajo la influencia de tales remedios? Aun suponiendo la hipotesis de Raspail ¿esas ficciones del específico anthelmintico atravesaron los tegidos para ir á la sangre á producir su efecto sea aun poniendo en contribucion la exosmosis y *en dormosis* de Dutrochet? El Cólera-morbus es una *entomogenosis*, y mejor una *myogenosis* intestinal, consecuencia de una pululacion de insectos que son sus autores; huevos que llevados por los vientos ó el agua potable, hacen á este afrentoso mal epidémico y contagioso. Acíbar, assafetida, y alcanfor bajo todas las formas, hé aquí el plan medicinal con el cual se consigue expulsar la causa de la enfermedad. ¿Y no son lamentables estos errores? No hay mas que insectos y remedios matadores de insectos. Conocidos nos son los sucesos de su practica y á cuantos disgustos ha dado motivo la muerte de su cólega y amigo el Dr. Cottereau. Corramos un velo sobre estas cuestiones médicas que si bien pertenecen á la humanidad, mas principalmente tocan á la moralidad de los profesores.

CI. ¡Cuan lamentable es este estravío de hombres tan eminentes por su saber y por ese vehemente fuego científico que los anima y los inspira! Empero, animémonos para no humillarnos porque la fatalidad que nos persigue es tambien comun á otras ciencias. Los hombres que han nutrido

---

(1) Medicat. triomph. tom. 2.° pag. 592.

su razon y enriquecido su pensamiento con un asíduo estudio y con un afan observador digno de todo elogio suelen caminar tan solo cierto tiempo sin esclavizarse: hay un punto en el cual se detienen y pasado el cual se estravian con frecuencia: en filosofía como en legislacion, como en ciencias políticas los ejemplos de esto son bastante comunes: lamentémos nuestra flaqueza y del acontecimiento providencial que humilla nuestro orgullo saquémos alguna utilidad para asirnos fuertemente á las bases bien meditadas de la doctrina que elijamos, porque casi todas las doctrinas las proclaman evidentes, claras, y bien cimentadas, pero dura poco tiempo nuestra fé en ellas: nos queremos elevar y nos precipitamos; cuanto mas cerca nos creemos del cielo la pirámide que nos sostiene se viene al suelo.

CII. *Naturismo, ó autocratismo empírico.* No es ya una sucesion de principios, ni una modificacion de doctrinas el objeto que nos ocupa en esta parte de nuestro pequeño trabajo: la singularidad mas estraña, la oposicion mas franca, mas clara, y mas vehemente á toda esa gran doctrina, á todas las doctrinas, á todos los principios de la ciencia actual que hasta aquí llenó nuestras páginas, es la que llama nuestra atencion. Ciertamente que la oposicion que las doctrinas especiales hacen á la doctrina actual es en estremo agria, altamente injuriosa, si hemos de juzgar por los escritos de sus protagonistas. Pero doctrinas presentadas con tal caracter de virulencia se rebajan á si propias, cualquiera que hubiese sido la causa de la conducta que se observa. La guerra es á muerte, porque las bases, los principios, los conceptos, los planes distan tanto de la medicina actual como la muerte de la vida. Y bajo este aspecto nótese que esto no pudiera ser de otra manera por mas esfuerzos que

se quisiesen hacer para amalgamar lo que no puede amalgamarse, y por que sería una ridícula *utópia* el pertenecer á la escuela moderna y abrazar al mismo tiempo las *especialidades* que francamente han arrojado el guante á la doctrina actual, conociendo con harta razon que entre ella y las de las *especificidades* hay la oposicion de los dos polos de una pila. Sobre este punto de tan grande importancia hoy dia hace tiempo tengo hecho algunos trabajos para probar la inmensa trascendencia de esos soñados eclecticísmos, y sobre todo por la incertidumbre práctica á que nos conducen, por la vaguedad de los planes que establecen, por el lenguage opuesto de las doctrinas y en fin porque esa es la disolucion científica, el abismo de la ciencia.

CIII. Y es tanto mas cierto lo que acabo de decir cuanto que la *doctrina purgativa* de L' Roy, como la *quinta esencia* de Audin-Rouviere supieron hacer frente á la época en que vivieron pero sin jamás transigir con ella, porque jamás se transige con el enemigo que se ostenta envanecido. Ni los hombres de entonces pudieron ni debieron, apesar del aura popular que victoreaba á sus contrarios, hacer treguas con estas dos notabilidades que fueron al fin vencidas en el campo imparcial de la experiencia. Entre las doctrinas de la especifidad, entre esas doctrinas singulares no hay eclecticísmo, ni mas amalgama que el *triunfo* ó la *derrota.* Hé aqui porque Raspail se levanta erguido y sin pedir armisticio, porque sabe que no puede haberlo: hé aquí porque Benech presenta la batalla á todas las notabilidades de Paris.

CIV. Luis Victor Benech intenta formular un nuevo sistema patológico anunciando nuevas bases diagnósticas. Apenas puede concebirse una utopia mejor presentada; apenas se puede hallar por donde resistir la fuerza de los

principios que hacen la base de su sistema médico poco conocido, pero cuyo título alucina. El *Exámen general del conocimiento de la naturaleza de las enfermedades* fué el primer escrito de Benech y que en su éxito, á lo menos entre los médicos, puede compararse al que tuvieron los escritos del desgraciado Hume; no se leyeron y atrageron sobre el autor la emulacion y el desprecio. El lema de su doctrina es lo mas brillante que se puede leer, y su objeto no desmerece á su título. *El tratamiento natural de las enfermedades*, es decir, «la resolucion de este problema: es necesario en todas las enfermedades que el médico camine con la naturaleza, pero con la naturaleza bien comprendida, si quiere poseer el arte feliz de calmar nuestros dolores (1).» En 1846 publicó su obra titulada *Superioridad* de la Medicina Natural, y en 1851 se dió á luz su *Patologia Natural y General*. Pero la gran dificultad está en que nadie comprende bien la naturaleza sino Benech, y esto es un obstáculo invencible para que su sistema adquiera adeptos. Escuchar la naturaleza, oir sus gritos, comprender lo que reclama para salir de su apuro, he aqui una gran medicina con un grande obgeto: todo el misterio consiste «en el arte de interrogar al dolor, distinguir con precision sus gritos tan diversos y prescribir rigurosamente lo que ellos reclaman: he aqui nuestro secreto, y nada mas.» Basta en efecto, no se necesita mas para que la ciencia deba al Dr. Benech la resolucion del único, del verdadero problema que la humanidad le reclama. Es lástima que despues de citarnos mil enfermos, de batir en brecha á todas las notabilidades de Paris, y despues de

(1) Traitement. ratarél, pág. 4.

hablar de un gran número de males que curó por encanto, y contra los cuales fueran infructuosos los esfuerzos de los profesores muy dignos que cita, no nos diga como los curó, ni los recursos de que echa mano, ni los medios de distinguir los *instintos verdaderos* de los enfermos, de los *instintos falsos* que nos engañan, porque «siempre es necesario, aun en los casos mas simples, para curar, *apreciar bien la espresion* de los síntomas: este estudio, añade, no se había hecho jamás é yo el primero sentí esta indispensable necesidad, y me atrevo aun á creer que he llenado un vacío importante.» Efectivamente díganos el Dr. Benech como interpreta esos instintos, como los halla, como comprende ese lenguage que reclama el remedio, y juzgaremos su doctrina á la cabecera de los enfermos. «Se me ha acusado, dice, de no formular el remedio de cada enfermedad; pero si se reflexiona que las causas de las enfermedades, los temperamentos, las predisposiciones orgánicas varían al infinito, se debe conocer que yo no puedo presentar mas que principios generales para servir de guia en la apreciacion de nuestras espresiones morbosas.» Hé aquí por que su sistema no fué bien recibido, ni regularmente apoyado, porque Benech dice que cura pero no dice como, ni con que, apesar de que se infiere que sus recursos son los de todos, si bien simples, pero su gran tacto está en comprender lo que los órganos piden. Por esta causa el Decano de la facultad de París le negó ya en el principio de su carrera médica, cuando quería comprobar su pensamiento en los hospitales, una sala para sus ensayos. Landré Beauvais tuvo razon porque el pensamiento de la doctrina ó sistema de Benech debía haber sido el resultado de la experiencia consumada en la que solo se ad-

quiere ese tacto de adivinar, ese don de descubrir, y bien comprender el lenguage de los órganos para distinguir los instintos verdaderos de los instintos falsos; los instintos del órgano pervertido, que son por consiguiente instintos morbosos de los instintos del órgano aun sano, que son los instintos verdaderos. La crítica que hace de los médicos de su tiempo es altamente injusta y poco digna: los hombres de la ciencia deben razonar no ultrajar: porque la ciencia pierde en ello y los profesores rebajan su importancia. Quiere probar Benech la excelencia de su método con idéntica conducta que todos los especialistas, empiricos é ignorantes; anulando todos los sistemas, y humillando el profesorado. «Yo no escribo un tratado, dice, mi principal obgeto en esta coleccion es probar que los diversos sistemas de medicina que existen en nuestros dias son *falsos y peligrosos* y que se pueden obtener infinitamente mejores resultados que los que se han obtenido!! Pero ¿por qué sistema? Pongámos nuestra atencion en las fiebres ¿nos dirá lo que son y como se curan?

CV. Mr. Benech arrastra muchas veces por su lenguage y por el prestigio que dá á su pensamiento el título de su medicina: pero todo queda aquí. Elogia á Hipocrates, critica á Galeno, á Sydenhan, á Pinel, á Broussais, á Andral, á Bouillaud, todos han errado y todos merecieron su severa crítica. Pero ¿qué es la fiebre? ¿cómo la vé Benech? Ilusiones: el autocratismo mas exagerado. La naturaleza, habla al médico, le guia, le indica el remedio, y no tiene mas que seguirla. ¡Que critica la de Broussais! Pero no, no es crítica; es un anatema injurioso estensivo á la escuela fisiológica de hoy. «Se elevaron gritos, dice, contra mi, pero importa poco todo el corage de los que

se llaman maestros, cuyos trabajos llevaron la ciencia al último grado de envilecimiento, y cuya práctica fuè la tortura incesante de sus enfermos: su reino ha pasado, y el de la naturaleza, que yo invoqué el primero, comienza y su triunfo está asegurado.» ¿Y como no quería Benech sufrir la persecucion merecida por quien sin miramiento ni consideracion de ningun género todo lo envenena, todo lo vilipendia? «El brusseismo, segun él, ha despoblado en masa, y continúa despoblando en las enfermedades agudas, y si se razona, dice, por induccion, tengo la idea de que en muchos casos si se pudiese inyectar sangre arterial en las venas de sus muertos y escitarlos en seguida por el calor llevado sobre la piel y el intestino grueso, se podría aun reanimarlos.» Rechaza la gastro-enteritis, pero como lo rechaza todo en patologia, en clínica, en farmacologia, pues critica agriamente á Buchardart, y Soubeiran, sería preciso un muy estenso artículo, para juzgar con razonamiento su lenguage de venganza. No obstante las bases del brunismo y del brusseismo con sus estimulantes y sus escitaciones son de suma utilidad en su idioma. Para Benech la fiebre tiphoidea es un monstruo nacido de las locuras médicas, y reprueba toda la medicacion aconsejada: toda su medicina consiste, «en saber modificar las relaciones esteriores del organismo con los escitantes, y las relaciones de los órganos entre sí mientras que al estómago se le somete á sus relaciones propias. Todos los casos de fiebres que he referido hasta aqui son de la mayor gravedad; y lo que prueba que yo no soy un ciego rutinero es que cada enfermo ha recibido un tratamiento apropiado á su modo de ser, desde el momento en que no he ignorado la naturaleza del mal. El uno fué sometido á la excitacion, el otro á los estimulantes, cuyas

moléculas no podían ser introducidas en el torrente circulatorio: un tercero se ha sugetado á los materiales nutritivos; el cuarto á las sangrías, y siempre mis resultados prueban que estos medios curativos tienen un igual poder siempre que sean aplicados apropósito y que no siguiéndo mas que un camino para la curacion, mientras que la naturaleza tiene tantos, no se haga daño (1).» Tiene tal fé en su método que llega hasta la resureccion: la vida ofrece, dice y tiene razon, á la muerte resistencias incalculables, pues que aun en los casos los mas desesperados, como en los agonizantes, se pueden obtener brillantes resultados en individuos que á los ojos del médico como á los del pueblo se suponía no existir; no siendo raro, en cierta manera, imitar la resureccion.» ¡Y tan raro como es este fenómeno! La verdadera agonía es la muerte. Para que mis lectores se formen una idea exacta de los escritos de Benech y de su admirable habilidad citémos la observacion 77 y por ella están modelados todos los demas sucesos de su misterioso instinto. «La Señorita Sénéchal en Sottevilla, cerca de Rouen padecía había 7 años los síntomas de una gastritis. Su estado era tan grave que ni aun podía soportar la leche, ni el agua azucarada sin sentír grandes dolores epigástricos. Fué sometida á la dieta, á las sangrias, á las sanguijuelas cada ocho dias por mucho tiempo, á los purgantes reiterados, á los baños sin conocer alivio. La dirigieron muchos médicos, concluyéndo por decirla que era *enferma de imaginacion*: asi, cuando no se pueda digerir ni el agua azucarada sin esperimentar dolores, si el corazon late con violencia, si hay grande turbacion, ya sabeis, lector mio, que no

(1) Superiorité de la Med natur. 65.

se esperimentan todos estos síntomas sinó porque el enfermo se imagina que los siente. La demasiado desgraciada enferma consultó tambien al *grande Klaubert*, ante el cual yo me inclinaría. si yo pudiera hacerlo, de toda la altura de las torres de Rouen, hasta tal punto estoy lleno de su génio. Despues de haber examinado bien á la enferma aseguró que para curarse *debia comenzar por imaginarse que no estaba enferma*. (Aquí ridiculiza Benech este consejo y la distraccion impuesta á la enferma). Nosotros hemos seguido otro camino y la Señorita Sénéchal ha hallado la salud con tanta rapidez que al segundo dia del tratamiento digeria muy bien la comida. ¿No hice bien, lector, en curar á esta enferma? ¿Pero que dirá Mr. Klaubert? Balbuceará injurias contra mi.» Que sacamos de tal historia? ¿Que enfermedad reconoció Benech? ¿Que plan curativo le llevó á tan sorprendente suceso? La medicina para este Profesor, en Marsella, en Lyon, en Rouen, en Paris es imperfecta, ó monstruosa y sostener lo contrario, dice, es negar la luz al medio dia. Curiosas, no obstante son las obras de Benech escritas en un estilo y con una intencion muy parecida á la de la química orgánica de Raspail, hallándose poco satisfechos de la fraternidad de sus hermanos de profesion, y de las grandes corporaciones de la ciencia. Hé aqui la verdad y el error de Benech: una verdad luminosa es el pensamiento de buscar entre los fenómenos patológicos los que son los intérpretes de la exigencia de los órganos que aun no se hallan pervertidos, porque de la parte enferma solo fenómenos enfermos pueden partir. Este tino de Benech es elogiable, envidiable será su instinto, pero por desgracia para su teoría, todos los médicos, y todas las doctrinas creen que lo tienen y por consiguiente no le cederá ninguno su puesto por que

le suponga á él mejor instinto. Todos los médicos obran segun se lo indica el lenguage de los órganos, ó de la naturaleza, segun sus principios: todos creen que auxilian esa naturaleza: todos que la siguen, y todos suelen errar. ¿Qué prueba nos dá Benech de que vé mejor que los otros? Su experiencia. Pero *experientia falax si rationis ductu fuerit distituta*, decía Baglivio. Todos alegan su esperiencia, y las opiniones mas opuestas se apoyan en ella. ¡Tantas son las condiciones que exige la sana esperiencia! ¡tanto lo que hay que tener presente para deducir de ella la verdad de los sistemas que me temo que jamás estos ensayos den el resultado que se busca! Hablaré aun de esto al citar otra doctrina, y al manifestar por que Beaubais negó á Benech su sala de ensayos, y porque Bouillaud resistió, mucho despues, la esperiencia comparativa.

CVI. *Humorismo empírico*. La escuela humorista que dominó la ciencia en tan distintas épocas aparece de cuando en cuando para recordarnos que ha existido. La escuela humorista ha conseguido con el tiempo amalgamarse y ocupar un buen lugar con el solidismo. Hoy dia ya nadie es rigurosamente *solidista* ni *humorista:* hoy los médicos convienen en que los sólidos y los liquidos pueden ser la causa de los males del organismo y en que se alteran los sólidos como los humores. Pero entre las escuelas humoristas que han existido hay una diferencia; porque la una considera la alteracion de los humores constituyendo enfermedades; la otra solo cree que los humores en circulacion admiten, llevan y conducen á todas partes una causa mortífera que debe eliminarse. En la época actual se admite todo; se admiten los humores alterados, y se admiten tambien causas miasmáticas en circulacion. Hubo un tiempo no muy lejano en que la

medicina purgativa, y el *toni-purgativo* arrastraron la publica credulidad siempre dispuesta al humorismo y á la práctica de la *expulsion*. No hablaremos de L' Roy, que todos conocen: tampoco nos fijaremos en Audin-Rouviere; pero notemos que sus principios son, por decirlo asi, la primera parte de la *medicina del agua*, de la *hydrotherapia*, y ellos los precursores de Priesnitz. Audin-Rouviere, mas científico que L' Roy, para apoyar su doctrina humorista, tiene el mismo lenguage que nuestros médicos actuales. «La Medicina ha participado, dice, de ese gran adelantamiento del espiritu humano producido por los consejos de Bacon (1).» ¡Pobre filósofo! ¡si pudieras levantar tu cabeza sobre la losa de tu sepulcro amargamente llorarías sobre ella por la tortura que se da á tus sanos principios! «La moda es hoy, añade, no ver en el desórden de la salud mas que flegmasias y por consiguiente de ordenar sanguijuelas y agua de goma.... pero nosotros preguntándonos si el principio morbífico debía salir con la sangre ó con las materias escrementicias, no hemos titubeado ni un instante en preferir los purgantes y el purgativo anunciado en esta obra.... Hemos *escuchado la voz de la Naturaleza* y el sistema de una purga prudente nos ha parecido el mas conforme con el cuerpo humano.... Los humores mas que la sangre son el origen de las enfermedades.... La Medicina debe dedicarse á echar del cuerpo los principios morbidos que perturban todo el sistema.» Tan solo citamos á este autor porque sus opiniones se fundan como las de Benech en la *voz de la Naturaleza* que sabe oir, y como Priesnitz en la espulsion de la causa morbífica. Por lo de-

---

(1) La medicina sin medios pag. 3.

más Audin-Rouviere nos da en su libro hermosos é importantes preceptos higiénicos, y reglas tambien muy fundadas para la longevidad: esta parte de consejo no deja de tener utilidad (1). «Cuando consideramos, dice, la inmensidad de escritos sobre las calenturas, las teorías versátiles, la variedad de opiniones, las eruditas divagaciones, los comentarios en los hechos, nos hallamos condenados á la mas penosa duda; no sabemos á que sistema nos hemos de adherir. Los patologistas, tomando muchas veces los efectos por las causas, confundiéndo los síntomas con la lesiones que los producen, han colocado en sus cuadros, como calenturas esenciales, unas enfermedades que, en nuestra opinion, no han de llevar este nombre. Las calenturas son las enfermedades mas familiares á la especie humana; tambien es sobre ellas que se han egercitado unos espíritus falsos y superficiales con mas libertad, ó con mas desventaja para los progresos de la ciencia. ¿Como sería posible reconocerse en el laberinto informe donde nos echa una erudicion vasta, pero sin escogimiento? ¿Cómo esperar de salir de allí con felicidad? Estos achaques han sido observados y descritos en todas las regiones y durante las estaciones mas variadas. Ya se conocen todos los escollos en que se puede caer. No entra en el cuadro de mi obra el discutir estos varios sistemas, señalarles el puesto que merecen, resolver, en fin, un problema que me parece de una solucion dificultosa. Quizà seria hacer la sátira mas amarga de la medicina el referir aquí los principios fundamentales de la curacion de las fiebres, é indicar las substancias vegetales

(1) Preceptos generales de higiene para conservar la salud y prolongar la vida.

ò minerales que se han usado alternativamente para sanarlas.» Pero nada nos dice sobre su modo de ver las fiebres limitándose al plan de las intermitentes que es su purgatívo. Conocía la dificultad de este estudio.

CVII. Vamos á hablar de Priesnitz no por la importancia piretológica sino por que la hidroterapia, ó la *medicina del agua* tuvo prosélitos en pasados siglos. Priesnitz, simple labrador de las inmediaciones de Viena, establece un nuevo plan terapéutico fundado en que «todas las enfermedades son determinadas por humores viciados y retenidos en lo interior del cuerpo, para cuya espulsion basta una *sudacion* conveniente que restablece la salud.» L' Roy, y Audin-Rouviere quieren espeler esta causa por el vientre; Priesnitz lo intenta por la piel. ¿Tienen, pues, parecido estas doctrinas? Su base es igual. Creó Priesnitz su establecimiento de hydrotherapia en Graeffemberg, y su gran reputacion los multiplicó en otras partes. Las muchas curaciones y su práctica feliz hizo que desde Alemania se estendiesen á otras naciones. Digamos la verdad, dice Bouchardat; se ha singularmente atenuado el número de los reveses y exagerado la importancia de los casos felices. Priesnitz no razona su método; se acoge á su experiencia eligiendo en su establecimiento aquellos enfermos que deben sujetarse á su tratamiento. Aumentar la traspiracion cutánea, hacer sudar á los enfermos, fijar el momento en que el sudor debe contenerse, sumergirlos al instante en un baño de agua fria, hacerlos pasear mucho y beber mucha agua, hé aquí su terapéutica. Este sistema tuvo prosélitos en Alemania y Francia y un momento de entusiasta reputacion en 1842 á 1844: se ha comparado con las doctrinas de los alópatas por Eheremberg: se ha for-

mado una nosología de las enfermedades curables por la terapia por Munde, y el profesor Scoutetten escribió tambien sobre su influencia higiénica, y médica; en fin, muchos profesores se han ocupado de este método, que por mas que se nos diga es el *empirismo*, y la *especificidad*. El gran ruido priesniciano se acalla en *Francia*, y *como siempre*, resuena en España como un eco apagado al recorrer una gran distancia y al estrellarse contra la madurez española. Esta suerte es la de todas las doctrinas exóticas: les cuesta trabajo llegar acá; á veces se vuelven porque no se aclimatan, pero á fuerza de viajar hallan un pais, un pueblo, ó una cabeza, y por fin hacen ruido: pero semejantes al árbol ya gastado que se trasplanta, mueren pronto..... La curacion de las fiebres no tienen lugar en su sistema.

CVIII. Priesnitz alega su practica, y sea este el lugar que eligimos para hacer algunas consideraciones sobre las condiciones de esa experiencia seductora en que los sistemas mas espuestos y hasta mas ridículos se apoyan. Ya no nos pasma el proselitísmo, ya no nos admira la popularidad, y ni aun los pueblos en carabanas nos hacen creer en la misteriosa influencia, ni en las milagrosas curaciones: hemos visto de todo. No hace mucho que un hombre ignorante que no sabía leer atraía en pos suyo una multitud de enfermos; los remedios mas ridículos eran su terapéutica: las lagartijas; los vichos mas inmundos, los anillos de oro y plata, las cruces, las frotaciones mas estravagantes, y las prescripciones mas risibles no eran lo bastante para desengañar al vulgo. Al fin llega la hora de la verdad, y el misterio pierde su prestigio. Yo quisiera que los sistemas y las doctrinas se juzgáran al criterio de la experiencia, sí, pero esa experiencia

no debe ser abusiva; esa experiencia debe ser dirigida por la buena fé, por el deseo franco y desapasionado de la verdad: esa experiencia, en fin, no debe ser alucinadora del pueblo, porque esta conducta sería un ultraje á la humanidad: hé aquí como debe ser esa experiencia. Reúnanse los hombres de buena fé, á quienes miras de ninguna especie obligan á adoptar una doctrina, ni á rebatirla: reúnanse los hombres de doctrinas diversas, opuestas y elijan las materias controvertibles, compárense en las mismas enfermedades los resultados de los distintos planes dirigidos por los prosélitos de cada doctrina bajo la inspeccion de los que piensan de diversa manera, y se deducirán las verdaderas consecuencias. Esas clínicas por las que se suspira siempre que se quiere ensalzar una doctrina no tienen consecuencias sino bajo estas bases, porque los hombres de buena fé saben que cuando los enfermos se eligen para las salas puede hacerse que la mortandad sea insignificante: por lo contrario, salas en que la suerte da los enfermos, la mortandad es mayor; salas destinadas á enfermedades crónicas tienen un número de muertos mayor que ninguna otra. He aqui porque cualquiera puede prometerse comprobar por este medio la verdad de su doctrina, si una direccion rigida, una buena fé á prueba, una abnegacion honrosa, y en fin, si una imparcialidad filantrópica no dirige el objeto de las clínicas. Los alumnos deben verlo todo para que no vayan seducidos por la alhagüeña idea de curarlo todo, y porque el médico que sale de la escuela no solo tiene que curar enfermedades, sino tambien que dirigir incurables. Mi órden para la admision de 40 enfermos continuamente es: *todos hasta llenar el número, cualquiera que sea la enfermedad;* tísicos, hidrópicos, es-

cirros interiores, paralíticos, etc. etc. Con solo dar la órden de que solo se admitiesen enfermedades agudas, ó de desechar aquellas de infausto pronóstico, pocos ó ninguno hubiera muerto en la sala clinica: he aqui el caso de estas clínicas en que las reputaciones se afianzan: enfermedades elegidas, de facil curacion; enfermedades que el mismo organismo cura; enfermedades de facil diagnóstico dan por resultado una estadística favorable, pero falaz y seductora.

CIX. Esta importancia que Priesnitz y su escuela, si asi puede llamarse por honra de algunos hombres que admitieron sus principios, dá al agua no es mas que el reflejo de lo que de ella decían antíguos escritores. Paracelso, Lindano, Etmulero y el mismo Boherave la usaban mucho y encomiaban sus virtudes. Lommio esperaba de su administracion *un sudor abundante* que sanaba los enfermos. En el siglo XVIII el agua pura era un gran remedio á una temperatura templada, con el obgeto de humedecer, y fria para reaccionar, y siempre para diluir los humores viciados, y espeler por el sudor la materia morbífica. Los baños, los fomentos húmedos, y las lociones eran de gran uso ya en tiempo de Hipócrates. Sydenhan aconsejaba el beber grandes vasos de agua, ya caliente, ya fría; aconsejaba los pediluvios y los baños generales de agua dulce. Un médico español decía que «en el agua y en el ópio aseguraba la curacion de los afectos espamódicos, mejor que en toda la serie quimica y galénica de los medicamentos.» Mr. Pomme curaba con los baños fríos las afecciones nerviosas (1), y con cuyo medio salvó á enfermos que se juzgaban incurables, como lo asegura Mr. Blanc (2). Los fomentos de agua,

(1) Traité des Vapeurs.
(2) Observations sur les ofeccions vapor. gueries per les remd. aqueux.

las bebidas simples y el baño fueron elogiados por Delabrousse (1), el que se espresa en el lenguage siguiente: «Cierto es que todo tiene limites. Yo me sirvo del agua fria, ó caliente en diversos casos: obtendré siempre laxar por un dulce calor, y fortificaré la fibra por la aplicacion de los cuerpos frios. A un buen fisico corresponde conocer estos principios y á un médico ilustrado el aplicarlos.» Ún naturalista filòsofo decia «que siendo el agua un elemento tan favorable para nosotros, debe sernos natural, y que si el temperamento se altera por las enfermedades ò si se debilita no tenemos medio mas seguro ni mas pronto para atraer la naturaleza á sus deberes y para curar sus trastornos que el de reunirla á su principio (2). Vanswieten (3) dice, *Hipócrates convulsiones frigida copiose affusa levari et dolorem solvi monuit*. En fin Mr. Renard (4), Witt se declaran acérrimos partidarios del agua interior y exteriormente no solo en las enfermedades nerviosas, sino en un gran número de las otras, tanto agudas como crónicas, y el primero de estos médicos asegura que «el agua fría, la nieve y el hielo aprietan los poros, disminuyen el calibre de los vasos, impiden la extravasacion de los jugos y previenen la hinchazon y el edema. He aquí la autoridad y la esperiencia sosteniendo al empirísmo de Priesnitz: he aquí tambien la práctica de Priesnitz èlogiada y admitida por grandes médicos de todas las edades. ¿Y que deducirémos de aqui? Que Priesnitz y los priesnicianos

(1) Sur l' usag. des humenctant.
(2) De l' hom. et des anim.
(3) Tom. 3.° pag. 161.
(4) Sur les effects. de l' eau froide et de la glace dans les malad.

son unos empíricos ó unos embaucadores: por que son empíricos, si creen que todos los males dependen de una materia morbífica que circula en el cuerpo y que intentan espeler por el sudor: son empíricos cuando creen que todos los males se curan con el agua sin reconocer su causa: son empíricos cuando nos dán por toda respuesta sus casos prácticos: son embaucadores porque monopolizan esclusivamente un medio, para curarlo todo, que los médicos conocen, pero que saben aplicar segun las circunstancias lo exigen. Siempre los médicos usaron el baño frio ya por inmersion, ya por chorro, ya por detencion: siempre usaron del agua como el diluyente por escelencia, y nada tiene de novedad el nuevo sistema mas que su *universalidad*. Cierto es que hay de original la construccion de grandes establecimientos; la hay en sumergir á un enfermo que está sudando en un baño frio: la hay en la abundancia de agua que se bebe, y en el mucho ejercicio que sigue al baño, pero parte de este aparato es insignificante. Apesar de todo veamos como esplicar los casos felices que se publican y que seducen al vulgo. La hidrotherapia no espele humores viciados, lo que solo puede hacer es producir cambios en el organismo que ó sucumbe á impresiones extraordinarias ó se reacciona, y en esta reaccion repetida podrá alguna vez cambiar su estado morboso y aproximarse al fisiológico. Un cuerpo caliente á fuerza de escitar la piel, y el organísmo que se sujeta en este estado á una impresion intensamente fria que lo agita todo, produciendo un dolor y angustia indefinibles, que se le obliga al momento á llenarse de agua y á un egercicio en estremo forzado, debe sufrir fuertes trastornos, y sucumbir á reaccionarse. Esto es lo mismo que con menos esceso, y menos decision hacen los médicos en

el baño por inmersion, ó en el baño frio prolongado: asi curan los baños minerales frios muchas enfermedades y la lepra y la elenfanciasis, y otros males. Asi es como todos los sistemas tienen algo de cierto en medio de muchos errores: asi es como la *hidroterapia* ó la *hidiatrica*, ó la *hidrosudopatia* puede admitirse como lo está hace muchos años entre los remedios terapéuticos. No he leido ni á Scouten, ni el exámen práctico y filosófico de Latour: el concepto que estos dos célebres médicos me merecen por otras obras suyas me hacen desear el oirlos sobre esta materia. Pero no nos alucinemos, en el crisol de la sana razon filosófica deben depurarse los sistemas y las hipotesis de sus estravios. Yo concibo, en fin, algunas curaciones posibles por el método priesniziano; pero concibo tambien que ni se esplican por la *depuracion*, ni por la virtud de *especificidad;* solo se esplican como se esplica la accion de la nieve en una quemadura, la del agua hirviendo en un panadizo, es decir produciendo cambios en el organismo que pueden ser favorables, pero que son muy dificiles de apreciar y muy inciertos. Seamos, pues, cautos, reservados: conservémonos en esa posicion prudente, imparcial, digna que siempre debe ocupar la medicina española: no seámos el reflejo de otros, ni la moda exotica nos seduzca, en fin, seámos siémpre españoles.

CX. *Autocratismo absoluto*. Debía abstenerme de hablar de Habneman, pero mi silencio pudiera interpretarse, apesar de que su época pasó y la juzgará la historia. En esto no prejuzgaré nada para la cuestion científica; diré solo lo que pasó, que fué lo mismo que sucedió á Brown, á Broussais, y á Priesnitz. Lo repetiré siempre, y cada vez con mas entusiasmo: los españoles tienen gran criterio y mucha

madurez: las noticias llegan luego; no vivimos sumergidos en el aislamiento, pero no nos dejamos arrastrar facilmente por el entusiasmo, ni por la novedad, ni por especulacion; y esto no es *porque tengamos las cabezas duras*, sino por que tenemos las cabezas pesadas; porque tienen mucho seso y no se van á todos lados: somos *pensadores*.

CXI. El grande objeto de Hahneman presentado con el aparato de su doctrina es el de todos los sistemas, *cambiar el estado actual morboso del cuerpo enfermo*. Pero este instinto universal de la humanidad enferma y de los medicos se presenta á nuestro autor de un modo *singular, especifico* que comenta con un lenguaje lleno de vigor, de entusiasmo, y algunas veces de superioridad seductora. Pero no por reconocer esta verdad, ni por acatar en Hahneman un hombne de gran capacidad, y mucho saber le perdonaré jamás la mala leccion de moralidad que ha dado á sus discípulos. Yo protesto contra la imputacion calumniosa que dirige á los hombres que le han precedido, porque yo no perdono jamás la falta de dignidad médica, ni aun en los hombres de mas justa reputacion aun contra los de escasa influencia con tal que sus trabajos se dirijan al bien de la humanidad. «Es ya tiempo, dice (1), de que todos los que se llamaban médicos cesen al fin de engañar á la pobre humanidad con palabras vacías de sentido, y que comiencen á obrar, es decir, á consolar y curar realmente á los enfermos.» Rechazamos estas palabras con dignidad; pero aun nos ofenden mas las siguientes que copiamos y que no podemos concebir en la pluma de Hahneman, ni en sus principios filosóficos. «No faltan á los alópatas ar-

(1) Organon pag. 111.

gumentos para defender todos los males que hacen, pero no se apoyan jamás sino en las preocupaciones de sus maestros ó en la autoridad de sus libros.... Y solo cuando una larga práctica les ha convencido de los tristes efectos de su pretendida arte, es cuando se limitan á usar de insignificantes bebídas, es decir, á no hacer nada aun en los casos mas graves, y entonces es cuando los enfermos comienzan á empeorar y morir menos frecuentemente en sus manos.... Este arte funesto que despues de una larga serie de siglos se halla en posesion de acordar arbitrariamente sobre la vida y la muerte de los enfermos, que hace perecer diez veces mas hombres que las mortíferas guerras, y que hace que millones de otros padezcan infinitamente mas de lo que sufrían antes, yo le examinaré ahora mismo en sus pormenores, y antes de esponer los principios de la nueva medicina, que es la única verdadera.»

CXII. Despues de haber oido como juzga Hahneman á los hombres de la ciencia se me justificará por lo que dige hablando de Benech. Las doctrinas de las especificidades declararon siempre guerra á muerte á todas las escuelas y á todas las doctrinas; y bajo este aspecto se hicieron merecedoras de una crítica justa, imparcial, pero severa. Yo siento tener que hablar y haberme impuesto este deber voluntario; y sobre todo porque tengo de Hahneman un concepto muy favorable bajo otro aspecto, y porque he concebido su pensamiento de un modo que no he visto espresado, alomenos como yo me lo represento. El callar fuera pobreza ó cobardía, y acaso se interpretaría mal mi silencio. Será preciso pues esponer los errores y las verdades fundamentales de Hahneman, como la de los otros, en bosquejo.

CXIII. Varios puntos de grande importancia deben estu-

diarse en la doctrina que nos ocupa. 1.° El dinamismo de Hahneman. 2.° La metafisica de Hahneman: 3.° El animismo de Hahneman: 4.° La especificidad terapéutica: 5.° La accion virtual molecular; 6.° La analogía etiológica morbosa con los recursos terapéuticos de Hahneman. Si pudiéramos abrazar, y presentar á mis lectores todas las reflexiones á que pudiera dar lugar la discusion imparcial de la doctrina que se deduce del modo como Hahneman resuelve tan graves cuestiones, acaso distaría su sistema menos de lo que piensa de las doctrinas actuales. Pero por desgracia cuando los gefes de las doctrinas escriben todo les parece original, todo singular en ellos, y al aceptar ciertos principios no hacen mas que usar un lenguage diverso, pero que en el fondo es el mismo lenguage de la ciencia. ¿Qué es la «fuerza vital que anima dinamicamente la parte material del cuerpo y que egerce un poder *ilimitado?*» ¿*quien* es esa «fuerza vital que *en desacuerdo con el organismo produce las enfermedades?*» ¿*quien* es ese «ser inmaterial que anima al *cuerpo en estado de salud* y de enfermedad y al cual *debe el sentimiento* y el egercicio de sus funciones? ¿quien es esa *fuerza espiritual*, activa por si misma y existente en *todas* las partes del cuerpo que cuando el hombre enferma es *la* primera que siente la influencia dinámica del agente *hostil* á la vida? ¡Cuantas palabras sin sentido, y sin valor! ¡Siempre contradiciones....! «El organismo es el *instrumento* material de la vida» pero mas tarde «esta fuerza vital no se la puede concebir independiente del organismo» y á pocas líneas «nuestra fuerza vital es una potencia dinámica, y sobre ella deben obrar las sustancias modificatrices por su fuerza dinámica ó virtual.» Siempre en medio de verdades, errores: siempre grandes errores en-

vuelven algunas verdades. La metafísica de Hahneman se resiente de la época en que se escribía y de las doctrinas reinantes en Alemania, y asi es que su espiritualismo, su dinamismo y su esencia íntima es un espiritualismo singular emanado del kantísmo, y de la escuela moderna alemana con su física exterior y su cosmologia y su psicologia racional. ¿Que son «esos específicos determinados *á priori* en un caso cualquiera de enfermedad?» ¿Como se comprende esa «ley terapéutica de la naturaleza manifestada en todos los ensayos puros y en todos los esperimentos y en la que se apoya la curacion por los específicos y por la ley de los semejantes?» La medicina, dice uno de los discípulos de Hahneman, Jahr, no busca curar al *órgano* enfermo, y si al *individuo* enfermo. ¿Que es ese individuo enfermo? ¿es mas que una reunion de órganos existentes por si mismos, vitales por si mismos mientras conserven sus condiciones anatómico-fisiológicas? Separar las enfermedades de los órganos para verlas en los individuos es separar el sugeto de la personalidad, lo que solo puede hacerse en conceptos metafísicos y no en las ciencias físico-fisiológicas.

CXIV. La parte piretológica de Hahnemann tiene mucha originalidad. Segun él la fiebre es, «una alteracion *puramente dinámica* de la facultad de sentir y de moverse, manifestada especialmente en el sistema vascular y cuyo rasgo mas sobresaliente es una grande variedad de caracteres.» Felicísima definicion sin duda para que nadie la entienda. Hartmann, uno de sus mas autorizados órganos, comprendió su oscuridad y quiso defender á su maestro invocando la autoridad de Hildebrand sobre la dificultad de dar una

difinicion lógica (1). En la clasificacion de las fiebres allá se andan con los alópatas pues reconocen gástricas, mucosas, ataxicas, putridas, tiphus etc. Pero en lo que se han lucido es en la terapéutica, en la que despliegan un lujo seductor y sorprendente. En la fiebre gástrica, aun simple, tienen la pulsatila, la brionia, la nuez vómica, la hipecacuana, el tártaro emético, el antimonio crudo, la camomíla, la coloquintida, el fósforo, el arsénico. En la pútrida el arsénico, el arnica, el carbon vegetal, la creosota, el fósforo, la hipecacuana, el ácido muriático, el mercurio, el rhus, la belladona, la nuez moscada, el beleño, el ópio, el alcanfor, el cobre etc. ¿Y no es esto ridículo y sobradamente vago? Afortunadamente la insignificancia de sus dosis, deja á la naturaleza en plena y absoluta libertad para obrar el bien ó asentir al mal: por eso apoyándose en la autoridad de Ehermin que proclama la sencillez en los métodos curativos se pregunta Hartmann ¿hay un método mas sencillo y conforme á la naturaleza que el homeopático? Yo le aseguro que nó y por esto titulé este sistema *autocratismo absoluto*; la inaccion, la nulidad. Y si queremos convencernos tomemos en la mano á otro adepto de gran autoridad, á Jarh y observemos que siendo el grano la unidad, la 1.ª atenuacion contiene un céntimo de grano; la 2.ª un diez milésimo; la 3.ª un millonésimo: la 4.ª un cienmillonésimo de grano, en fin hasta la 6.ª que es un bimillonésimo, y la 10.ª un decimillonésimo de grano; es decir, una parte de un grano dividido en diez millones de partes. ¡Con razon aconsejan que el médico observe mucho la naturaleza, y que no se le

(1) Hartmann. Therapeut. homeopática pág. 51.

contrarie! Ella tiene que hacerlo todo. No siempre se cumple con no hacer el mal, tambien se debe hacer el bien, y la fria y estúpida observacion es un gran mal cuando la naturaleza es impotente por si sola. Concluyamos aqui nuestra reseña histórica. Hartos errores hemos lamentado.

CXV. *Apóstrofe á la Naturaleza.* ¡La naturaleza! Voz mágica que todos usan, que algunos niegan pero que pocos comprenden. Permítaseme aprovechar este momento para esplicar esta palabra que tanto se gasta, porque aun tendré que servirme de ella.

CXVI. ¿Quién es esa *naturaleza* que todos invocan y que nadie conoce? ¿Quién es ese ser misterioso que semejante al Proteo de la fábula toma tan diversas fisonomías para seducir á los hombres de todas las épocas y de todos los sistemas? ¿A donde está esa *Providencia orgánica* á que todos recurren en sus compromisos ya para tomarla por guia, ya para contrariarla, y muchas veces para calumniarla? ¿Nos conduce cual otra Ariadna en el laberinto de la organizacion? Esa Naturaleza que habla á todos segun el idioma de cada uno; esa naturaleza que solo tiene un medio de espresarse pero que á un mismo tiempo la entienden todos ó dicen que la entienden, y que desde Hipócrates juega siempre el principal papel en todas las doctrinas bajo diversos nombres; esa Naturaleza no es nada, ni los grandes hombres que usaron esta palabra la dieron una existencia propia, independiente y singular: fué siempre el geroglífico luciente de fuerzas, de potencias, de emanaciones providenciales de la esencia de los cuerpos, casi siempre tan manifiestas como inesplicables; y entiéndase que solo me refiero á esta palabra como símbolo de accion, de resistencia, de poder segun se admite en las ciencias

fisiológico-patológicas. Ella representa grandes fenómenos, grandes hechos.... un misterio, muchas veces: pero que no se abuse de esta palabra para ver ilusiones, para esplicar lo inesplicable, para apoyar utopias, sandeces y delirios. El hombre que levanta un peso enorme, lo mismo que el que resiste el empuje de otro cuerpo sin mudar de posicion: el organismo que no se altera bajo el poder de ciertas causas destructoras, igualmente que el que se opone á las que ya minan su existencia, y las limita y las vence; el hombre en la agonía que lucha con la muerte á semejanza del náufrago que forceja por resistir el empuje de las olas que le envuelven, todos, todos llaman á la naturaleza en su socorro, y en todos estos casos se vé á la naturaleza vencedora ó vencida. Empero nada hay aqui inesplicable, nada que no sea la materia activa: fibra muscular sólida, y bien organizada y cuyas condiciones dan energía á sus actos de contraccion; organismo sano con todos sus elementos anatómicos en proporciones dadas, y bien constituido, y de cuyo estado dificilmente lo sacan causas que no sean muy poderosas; ó que cuando lo alteran solo ganan su tegido disputando á líneas su progreso; órganos alterados pero que aun conservan condiciones de vida y que resisten el triunfo de la muerte hasta perder el ultimo elemento de vitalidad; en fin, organismo que solicita, ó organismo que desecha: he aqui toda la naturaleza, y todo el poder de esa voz mágica que sirve para encubrir el error, y para dar importancia á lo que no la tiene. ¡Yo me postraría ante tí si fueses siempre la idea simbolizada del poder del organismo, como me humillo ante el Sol que preside el sistema planetario que recibe su influencia! Pero cuando veo que solo sirve tu sombra para en-

cubrir el error, para alucinar al ignorante, y para que semejante á un figurin te vista cada uno con su ropage, yo te desecho y bajo este aspecto te borraría del diccionario de las ciencias. Símbolo del organismo desempeñando sus actos, cumplimentando los inescrutables decretos de la Providencia, yo te erigiría un templo, y en tí adoraría al Criador.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

DE LA

PIRETOLOGIA RAZONADA.

GENERALIDADES Y REFLEXIONES SOBRE LA FIEBRE Y LA CALENTURA.



ONOCIDAS nos son ya las diversas épocas por que ha pasado el estudio de las fiebres y de las inflamaciones. En esas inmensas cuestiones hallaron un insuperable escollo todos los sistemas, y las fiebres muy especialmente vienen siendo el panteon de todas las doctrinas. Si me fuera posible fijar principios prácticos sin razonar; si la experiencia clínica pudiera aislarse de la filosofía, pasaría rápidamente de la reseña histórica á la práctica piretológica; pero esto es imposible, porque seria el empirismo y es preciso convencerse de que la edu-

cacion intelectual de la juventud importa tanto ó mas que los casos aislados que pueden verse en una clínica ó en un libro. Vamos á razonar con la experiencia y á observar razonando, pues que en las ciencias prácticas estos dos elementos no pueden aislarse. Bien es verdad que nuestra guia es la razon y nuestro objeto hallar los principios sobre que deben fundarse las indicaciones, sin esa variedad de planes, sin esa contrariedad de ideas que reinan y dirigen la conducta del profesor á la cabecera del febricitante en momentos en que la desicion, la energía y la figeza en las ideas son tan precisas, porque ni aquel es el tiempo de consultar libros ni de meditar con frio razonamiento. Hoy, por fortuna, parece acercarse una época de concienzudo convencimiento que ocupe el lugar de esa veleidad fluctuante que los sistemas produgeron, y que reemplace, en bien de la humanidad, á esas interminables disputas, á esas diatribas inmorales y poco concienzudas que tanto mal hicieron á la ciencia y á sus profesores. La esperanza, la fé que tengo en que sucederá pronto á tanta inquietud sistemática un pensamiento fijo, único, universal sobre esta materia, alaga al estudio, reanima el espíritu y fortalece el alma. En la 1.ª parte espusimos las doctrinas todas, aqui discutiremos y razonaremos la nuestra. Imposible me será seguir un riguroso órden, porque la primera cuestion está íntimamente enlazada con la última y con todas las demas. La etiologia, la sintomatologia, la semiologia y la terapéutica se ilustran recíprocamente, y ellas representan una sola y única idea, la enfermedad: soy muy amigo del órden, pero no le sacrifico la claridad. Por otra parte tengo el gran pensamiento de habituar al raciocinio y solo así puedo justificar el título de esta obra

en la que deben aparecer hermanadas la filosofia y la experiencia.

2. Mis ideas sobre las fiebres llamadas esenciales son bien conocidas, y cuando aun el brounismo y brusseismo dominaban en todas partes, razonaba como voy á hacerlo hoy, con mis discípulos; razonaba como hoy razonan casi todos. Yo no sé como esplicar lo que sucede actualmente á los escritores mas éminentes cuando llegan á ocuparse y á razonar sobre las fiebres, pero lo cierto es que despues de los mas esactos razonamientos y cuando la verdad parece traslucirse yá, se pierde el hilo de un exacto pensamiento para sumirnos nuevamente en las tinieblas del humòrismo, del vitalismo, del autocratismo con una inconsecuencia sorprendente. Tiempo tenemos de observar esta verdad en las páginas que siguen. Diré no obstante que mis ideas estan muy de acuerdo con el modo de ver de los modernos escritores, si bien hay una gran distancia en el modo como las concibo y como veo su patogenia para fijarme en su plan curativo. Los principios que hoy sientan todos y que son hijos de la experiencia no pueden ser desconocidos, pero las deducciones son tan distintas como los sistemas antagonistas. En el siglo actual, no obstante, se han dado pasos importantes, y en estos últimos años se han fijado ciertos principios que pueden verse como fundamentos de la piretologia. Mi doctrina sobre *la fiebre*, presentaría gran novedad y hasta sería original, hace algunos años, pero no por eso deja de tener interes aun hoy porque fija principios, sienta verdades, establece esa sencillez con que siempre luce la verdad. Despues de mil dificultades me decidí á escribir sobre este importante objeto en una época en que recorria algunos pueblos de

Galicia esta grave enfermedad, y con cuyo desgraciado motivo hé rectificado mis ideas hasta el punto de haber adquirido un convencimiento profundo de la naturaleza del mal y de sus diversas formas bajo circunstancias diversas de pueblos, de individuos, de hospitales, de ricos y de pobres. Esta enfermedad no puede estudiarse aislada ni esporadica; es preciso verla, tratarla en grande escala para poder observar todas sus faces, sus variedades y sus anomalias. Una práctica estensa y sin interrupcion de cuarenta años, dá algun derecho á hablar; pero la enseñanza que tanto obliga al estudio y fortalece aquella, revistiéndola de un carácter científico y superior dá derecho á escribir.

3. En mis principios sobre la fiebre, y aun tambien en los principios hoy de Bouillaud, de Monneret, de Grisoll, de Valleix, de Hugon, de Trousseau caben todas las doctrinas, todas las opiniones, todos los tratamientos proclamados con mas ó menos entusiasmo por los antíguos y por los modernos; por Hoffmam, y Sydenham, como por Broussais, y Brown. No por esto somos eclécticos. Yo no puedo escribir de una manera, y hablar en el aula de otra: sería una inconsecuencia injustificable. Los autores tan respetables que cimentaron sus doctrinas en su práctica no nos engañaron, como he dicho ya (1.ª parte p.° XCII), porque hombres de tanta preponderancia científica no engañan jamás. Estos sistemas piretológicos que caducaron bajo la razon práctica, qúe creían sostenerlos, solo tuvieron un defecto, que fué el generalizar hechos que no lo merecían; deducir consecuencias generales de fenómenos locales; ver algo que tenia, en efecto, realidad desconociendo lo mucho que debía llamar preferentemente su atencion; tomar, enfin,

algunas veces un efecto, real tambien, y digo mas, un efecto de suma importancia, por la causa.

4. Cuando dominaron la ciencia los sistemas filosóficos, las teorías marchaban delante de los hechos, y la prevencion los acomodaba á ellas: cuando los hechos rompieron la marcha, el entendimiento no quiso ver mas que lo que ellos enseñaban y la filosofia fué inútil. Siempre los medicos vieron lo mismo pero dieron bajo estos dos métodos opuestos, diverso valor á la experiencia. Acaso se me pregunte ¿y en qué época estamos? ¿Quién domina hoy la ciencia? Dificil es contestar á esta pregunta. Pinel, Broussais, Monneret, Bouillaud, Andral y Gavaret, Piorry, Trousseau, Lepelletier y los anatómico-patologistas, y los quimicos que analizan la sangre, y los micógrafos que ven los glóbulos, deducen sus consecuencias: otros razonan los hechos y deducen tambien de lo que piensan, elevándose sobre lo que ven y lo que palpan: pero afortunadamente hoy se ven las fiebres bajo un punto de vista muy parecido porque si bien es cierto que reconocimos ya que los corifeos del dia manejan diversas teorías, y sientan diferentes principios, razónese bien el punto de donde parten y aquel á donde van á parar, y estará demostrado que la distancia de la verdad no es grande convenidos en las bases: por esto hé dicho anteriormente que en los principios que sentaban cabian todos los pensamientos hijos de la verdadera esperiencia, de aquella esperiencia que dan los años, los esperimentos, la anatomía patológica, la observacion micográfica y el análisis químico-orgánico, pues que á todos estos elementos científicos veremos proclamar la verdad cuando los sistemas esclusivos no la disfiguran. Hé aquí la razon por que para contestar á la pregunta de quien domína

hoy la ciencia y para demostrar que nadie la domina con ese proselitismo de algun tiempo, fué preciso escribir la historia contemporánea.

5. *Distincion entre la fiebre y la calentura.* La fiebre es un proteo y por esto es que se vió su número indefinido, y tambien porque en esta clase hay cien enfermedades que no son la fiebre. Pinel, se dice, hizo un gran bien á la ciencia con su Nosografia filosófica. Pinel no hizo mas que secundar el espíritu filosófico de su época: esta era la de Cabanis, y este siguió á Condillac, como este á Loch, es decir, proclamó el análisis, el libre exámen, el valor de la sensacion que le llevó á la localizacion de las fiebres. No merece por esto un grande elogio porque no las localizó, porque la fiebre no puede localizarse, y si se cree que las localizó lo hizo muy mal. Pero hay una razon para justificar á Pinel: contribuyó á sepultar al brounismo: del mal el menos. Por otra parte la terapéutica de Pinel es aceptable en mucho, por lo demas confundió dos cosas muy diferentes, bien que otros muchos hacen lo mismo, la fiebre con las reacciones secundarias del sistema sanguíneo que producen la calentura. Que Pinel no distinguió la calentura de la fiebre se deduce de sus obras. Cierto es que todos los AA. vienen confundiéndolas y cuando se definen las fiebres se hace solo de la calentura. Despues que Pinel cita algunas definiciones de la fiebre concluye por no dar la suya. «Siendo desconocida, dice, hasta el dia la naturaleza de la fiebre, me limitaré únicameate á su esplicacion y coordinacion esperimental.» Esto es el empirismo al que conduce la análisis tan decantada. Nobstante procuró localizar las calenturas cosa no dificil, pero no pudo

localizar las fiebres, cosa imposible cuando no se las separa de aquellas. De aqui esas inmensas variedades, esas complicaciones incomprensibles de los estados flogísticos con el estado séptico ó adinámico, de la ataxia y de la inflamacion, y tan multiplicadas nomenclaturas fundadas tan solo en la sobresalencia de un síntoma, ó de la afeccion mas marcada de una viscera. Pinel, nobstante, hizo algo en su tiempo. Se vió entonces en gran apuro para marcar sitio á las fiebres lentas, á la entero-mesenterica, y á la puerperal; cosa fácil es en nuestra doctrina. Las primeras son fiebres por intoxicacion piohemica; la entero-mesenterica es una calentura mientras no hay infeccion miasmática, y está la causa reducida á la irritacion de los intestinos y mesenterio; la puerperal está en el mismo caso; su causa puede ser en el peritoneo y utero como á su tiempo diremos.

6. Esta dificultad de comprender la línea divisoria entre la calentura y la fiebre produjo necesariamente la imposibilidad de definirlas juntas. El mismo Piquer nos dice «cualquiera médico, aunque esté no mas que medianamente esperimentado, conoce cuando un enfermo tiene calentura, y ninguno hay hasta ahora que haya sabido perfectamente definirla, y á la verdad, la calentura es una de aquellas cosas que con la mayor facilidad se conoce y se define.» Hé aqui una contradicion fácil de esplicar. Es dificil definir la calentura cuando se la confunde con la fiebre: es facil si se separan estas dos entidades: hé aqui lo que nosotros hacemos, lo que facilita su estudio, regulariza la observacion, aclara las patogenias, dá al Profesor confianza y seguridad y fija el plan curativo. Nuestro Piquer, no obstante, no se muestra en su tratado de calenturas tan

profundamente lógico como era de esperar, porque no podemos menos de criticar el que diga «que importa poco que se ignore en que consiste la esencia de la calentura como se sepa conocer y curar.» Yo no creo que se pueda conocer y curar ninguna enfermedad si no se sabe cual es la modificacion orgánica que la produce: esto es, para mi, conocer la esencia de los males. Bien es cierto que Piquer decia esto para derimir las eternas disputas que la doctrína de Galeno y el escolaticismo suscitaron en esta parte sobre causas prócsimas, causas eficientes, y causas ocultas (p. XLVI). Boisseau tampoco distinguió las calenturas de las fiebres, y asi hallamos en su doctrina, basicamente brusseista y organicista, la calentura gástrica, la amarilla, la perniciosa cardialgica, la perniciosa colérica, la perniciosa ictérica, la perniciosa atrabiliaria etc. haciendo de esta manera tan numerosa, como ininteligible la clase fiebres y la clase calenturas. Con solo enumerar desde Selle y Sauvages todas las calenturas con sus nombres, pudiéramos entretener muchas páginas, en la seguridad que se necesitaría una predilecta memoria para retenerlos. Tal es la confusion y la arbitrariedad en esta materia. No nos cansamos de repetirlo; la calentura es una, una la fiebre cualquiera que sean los síntomas que sobresalgan.

7. La célebre doctrina fisiológica quiso simplificar tanto la clase fiebres que la limitó á un origen local. Dominaba ó comenzaba á dominar la anatomía patológica bajo la influencia de Bichat y ella fué la norma de su sistema. Nada mas comun en los cadáveres que las lesiones del tubo intestinal, y esta lesion fué para Broussais (p. CXXVI) la *fiebre*, la *calentura* y *todo*. Los discípulos de Broussais, como sus antagonistas, tampoco reconocieron otro elemento básico

para su piretologia, y Chomel. y Breteneau, y Mr. Luis, y Petit y Serres no hicieron mas que cojer el escalpelo impulsados aun por su antecesor con el que vieron mas, ó menos bien que él (p. CXXXVII). Hé aquí porque la fiebre que era para aquel, á la verdad, célebre médico, una gastro-enteritis, fué para estos una *entero-mesenteritis*, una *ilio-iliditis*, una *dotinenteritis*, una *angio-hemitis*. Acaso mejor la denominó Hugon al llamarla *neuro-visceritis*. ¿Es mas justificable la denominacion de augio-hemitis, ó de angio-carditis como la titulan Piorry y Bouillaud?

8. Si nos propusiésemos refutar la doctrina de Broussais y de todos los localizadores sobre este objeto no pudiéramos hacerlo en mas breves palabras que el erudito José Frank. Sus objeciones están concebidas en estas palabras que á todos ellos se pueden referir. 1.° Supuesto que la mayor parte de las causas que ocasionan las calenturas (tambien confunde la calentura con la fiebre) obran sobre toda la economía, debe resultar tambien un efecto general. (Tiene razon Frank si se habla de la fiebre). 2.° Que los prodomos de un gran número de calenturas designan realmente una enfermedad de todo el sistema; 3.° Que si la calentura afecta un sitio mas bien que otro no se puede concluir de esto que este sitio constituye el foco del mal: (esto está muy exactamente dicho refiriéndose á la fiebre); 4.° Que el mismo principio contagioso de la viruela, del sarampion y de la escarlatina ataca primero toda la economia y mas adelante solo la piel; 5.° Que durante el curso de una misma é idéntica calentura unas veces una parte del cuerpo y otras veces otra pueden estar afectadas de un modo particular sin que el caracter de la enfermedad cambie en lo mas mínimo; 6.°

Que es comunmente posible combatir la afeccion especial de la parte que sufre mas, persistiendo sin embargo siempre la calentura y siguiendo la marcha que le es propia: (cierto por lo que respecta á la fiebre; falso si se refiere á la calentura). 7.° Que la crisis que únicamente puede terminar la calentura es solo un movimiento de todo el cuerpo; 8.° Que la esencia de la calentura no debe buscarse solamente en las partes sólidas del organismo, sinó tambien en los fluidos, como lo demuestran entre otras la producida por una grave pérdida de sangre. (Mejor hubiera dicho por una intoxicacion miasmática); 9.° Por último que las calenturas mas graves reclaman un tratamiento general, faltando el cual, los medios locales, cerca de la parte principalmente dañada, aumentan mas bien el mal, como lo he visto muchas veces, cuando se empezaba por sanguijuelas sin que fuesen precedidas de la sangria.» (No estamos conformes con esta idea de Frank sino en parte. El tratamiento local es importante á veces, como lo veremos en la therapéutica de esta enfermedad. Las sanguijuelas deben en todos los males locales ser precedidas por las sangrias en sugetos vigorosos, sanguíneos, ó robustos, y al principío del mal). «Por lo demas, continua el autor, el error de Broussais ha producido un bien, y es que los médicos que despreciaban antes las calenturas secundarias, fijan ahora mas la atencion en las irritaciones locales que son la causa de las calenturas sintomáticas. Pudo obtener semejante resultado sin hacer tanto ruido.» La *angio-carditis*, como la *angio-hemitis*, como la *neuro-visceritis*, como la *entero-mesenteritis*, como la *dotinenteritis*, como la *ilio-ilíditis*, son en las fiebres esenciales (*typhoideas*, *tiphus*, *fiebre amarilla*, *peste*, *cólera indiano*),

efectos posibles, no siempre existentes, pero no causas patogénicas, ni lesiones necesarias, y tengamos esto presente para luego que hablemos de Mr. Chomel, y de su doctrina al razonar la nuestra.

9. Una de las causas que contribuyeron á lo menos á complicar la cuestion sobre las fiebres fué y es la confusion de las palabras. Siempre que el pulso se acelera y hay aumento de calor con incomodidad ó malestar se dice que hay *fiebre*: y se llama *fiebre* tambien á una afeccion pútrida en que no existen estos fenómenos ¿y que tiene que ver la calentura que acompaña ó es la consecuencia de una pulmonía con esa enfermedad que se denomina la fiebre? nada. ¿En qué se parece una inflamacion de estomago con calentura á la fiebre? en nada. ¿Es por ventura el síntoma característico y patognómico de la fiebre la aceleracion del pulso y el calor aumentado por mas que acompañe á su primer periodo las mas de las veces? Cuando una fiebre intermitente invade, ¿hay calentura en el periodo algido, aun cuando este sea el verdadero periodo esencial de la fiebre, pues que el segundo de calor es tan solo una reaccion benéfica? ¿No es una fiebre el cólera morbus y la calentura amarilla y no creemos hoy dia todos que el periodo de calentura nos anuncia la bonanza y el triunfo del organismo en reaccion sobre la causa colerica ó icterodica? Figémonos siquiera en el lenguage del vulgo y le veremos llamar calentura á una cosa á la que le dá poca importancia y alarmarse al nombre de fiebre: esto solo bastaría para llamar nuestra atencion hácia la notable diferencia que existe entre la calentura y la fiebre, y para llevarnos al estudio del carácter esencial que las distingue. Pinel, Broussais, Rostan y Bouillaud se vieron en gran

compromiso para estudiarlas, para difinirlas y para clasificarlas, porque era imposible unir dos cosas tan distantes entre si. El autor de la Nosografia filosófica vagaba entre dudas al colocar la calentura al lado de la fiebre. «¿Consiste, dice, en la imperfeccion del método descriptivo ó en el carácter particular de las fiebres inflamatorias el que no se hayan podido aun colocar estas fiebres en un órden regular y determinar con cuidado sus diversas complicaciones y sus tipos de continuidad, de remitencia ó de intermitencia? ¿Se debe atribuir á las mismas causas el equivoco que reina entre aquellas fiebres en las que se observa la *opresion de fuerzas* capaz de ser confundida con lo que se llama *postracion* de fuerzas en las fiebres adinámicas?» Con razon hallaba Pinel tanta repugnancia á colocar bajo una misma clase dos cosas tan diferentes como son su *angio-tenica* y *su adinámica*. ¿En que se parecen efectivamente en la etialogia, sintomatologia, y terapeutica ambas dolencias? Y si no se parécen en las tres cosas mas esenciales ¿porqué se les dá el mismo nombre? Pinel que tanto proclama la observacion y que nos invita tantas veces «á seguir la marcha de la botánica, de la zoologia y de todas las ciencias físicas» ¿como no comprendió que cosas tan desemejantes no podian ser la misma cosa? Se confunde desgraciadamente la fiebre con la calentura y con la inflamacion, y de aquí nace ese laberinto de dudas en qué nos encontramos al estudiar las piretologias. Las inflamaciones y las calenturas tienen un gran parecido y por esto todos los autores proclaman mas ó menos el plan antiflogístico: pero la inflamacion y la fiebre no tienen semejanza alguna; muchas veces en los primeros períodos si hay algun parecido es aparente. Bouillaud no dudó ni un momento en colocar un

capítulo con el título «de las fiebres y de las inflamaciones» debiendo haber dicho de las inflamaciones y de las calenturas. Nobstante vislumbraba la verdad, como ya he indicado, pero ó no se atrevió á hacer una distincion ó se le obscureció la verdad, pues apenas acaba de hacer la amalgama de fiebre y de inflamacion pasa á estudiarlas bajo su verdadero nombre de pirexias, que comprende la calentura y la inflamacion. Lástima es que el Profesor de clínica de la Escuela de Paris no se hubiese fijado bien en esa palabra para no confundirla con la fiebre. «Yo reuno, dice, en una sola y misma clase las enfermedades que forman la primera y segunda clase de la Nosografía filosofica de Pinel. En efecto, no es ya permitido el separar asi las flegmasias y las fiebres llamadas esenciales continuas, tales como se hallan descritas en la célebre obra que acabamos de citar, porque sería violar los principios de una clasificacion verdaderamente natural.» Bajo este aspecto Pinel obró mejor que Bouillaud, porque á lo menos separó en dos clases las inflamaciones y las fiebres, si bien entre estas haya algunas que no siendo fiebres, sino pirexias, ó calenturas estuvieran mejor colocadas entre las inflamaciones; pero aquel al criticar á Pinel confunde lastimosamente la pirexia, la calentura, la inflamacion y la fiebre, como debemos ver mas adelante para convencernos de los esfuerzos de genio que tienen que hacer los que colocan las fiebres bajo la misma clave de las inflamaciones. Ya hemos oido á Bouillaud y debemos prepararnos para ver luego, apesar de sus protestas, separar las verdaderas fiebres esenciales de la clave de las inflamaciones (p. XCII). La verdad le arrastra apesar suyo.

10. Es preciso, pues, que separemos con decision la

palabra fiebre de la palabra calentura, como ya Chomel quiso separarla denominando enfermedad *tiphoidea* á las llamadas fiebres esenciales y dejando aquella palabra sin duda para representar la acepcion de la palabra calentura que los franceses no tienen, y las que en su etimologia son verdaderamente sinónimas, representando la una el esceso de calor é indicando la otra un efecto de su accion, el hervor ó la ebullicion de los líquidos por el calor. Es preciso nos conozcamos que sin dar á estas tres palabras, *inflamacion, calentura, fiebre* un verdadero significado nos será imposible definirlas; asi vemos que el Doctor Drument en su patologia médica se hace cargo de un concepto semejante al que acabo de espresar, pues nos dice que «las fiebres forman una clase importante de las enfermedades, una numerosa familia que en vano han creido algunos poderlas colocar en el cuadro nosalógico de las flegmasias.» En efecto, fácilmente se colocan las calenturas, ó pirexias verdaderas entre las flegmasias, pero la fiebre representa alli un papel forzado, injusto. Ya hemos visto en la reseña histórica la inexactitud de tales definiciones que por querer abrazarlo todo no significan nada; verdad que casi todos confiesan y que vemos con la claridad del dia autorizada por los tres corifeos de la medicina de este siglo, Pinel, Bouillaud, Lepelletier, pues que ellos son los que supieron dar cierta originalidad á su doctrina piretologica. El primero de estos célebres médicos vió con exactitnd una enfermedad pirética verdadera en su fiebre *angioténica*, pero no fué exacto en colocar á su lado las fiebres esenciales. Bouillaud critica injustamente á Pinel, ciertamente en lo que no debiera criticarlo, porque le quisiera ver generalizar su fiebre angioténica como el tipo natural de la fiebre.

«La flegmasia, dice, de la membrana interna del aparato sanguíneo, tan largo tiempo ignorada, es nobstante una de las mas frecuentes, sea que se desenvuelva primitivamente, sea que no sobrevenga sinó consecutivamente á diversas flegmasias de órganos interiores ó esteriores. (Esta es nuestra calentura primitiva ó secundaria: pero degemos hablar á esta celebridad médica). Simple, libre de toda complicacion estraña, constituye la fiebre inflamatoria, ó angioténica franca y legítima, (preciso le es fijar bien estos términos para salir del apuro en que le ponen las palabras siguientes). Complicada con un elemento séptico, pútrido ó tiphoideo, ella (la fiebre angioténica; repárese bien) no es otra cosa que la fiebre pútrida, tiphoidea, ó adinámica.» ¿Y era posible que Bouillaud con tales ideas, con tal confusion fuese capaz de dar una definicion de la fiebre compuesta de tales elementos? Imposible. Ya Tomassini contrariando la doctrina de Brown había visto con bastante exactitud que existe una diferencia muy grande entre la pirexia y la verdadera flogosis, es decir, entre la calentura, la fiebre y la inflamacion. «Yo llamaré fiebre, dice, una afeccion general pirética que no es producida por la flogosis ó la inflamacion de una parte cualquiera, sino mas bien causada inmediatamente por potencias morbidas: y llamo flegmasia una afeccion general pirética engendrada, no inmediatamente por potencias morbidas sino por la flogosis ó la inflamacion de cualquiera parte del cuerpo.» He aqui una distincion aceptable entre la fiebre y la calentura si bien rodeada de una oscuridad sistemática. Los perjuicios de esta confusion se notan en el mismo Lepelletier, apesar de su severa lógica que le obliga á reconocer en las fiebres dos cosas, la fiebre y otra cosa que no es la fiebre:

oigámosle. «Los hechos nos demuestran que la fiebre contínua no es esencial, que no es la razon primera de este estado patológico del cual es uno de sus elementos, y que es, al contrario, necesario mirarlo como un resultado, como la espresion de este estado patológico, del cual la curacion hace ordinariamente desaparecer la fiebre, que desde entonces no debe servirnos para dominar este estado, y que sobre todo no exige tratamiento alguno especial dirigido contra la pirexia. Fácil es comprender toda la utilidad, toda la importancia de estos principios naturales, simples y verdaderos bajo el punto de vista diagnóstico y sobre todo terapéutico.» He aquí un egemplo de lo que puede una sana lógica y un exacto raciocinio. En estas palabras está resuelto el gran problema piretológico, y si bien lo meditamos hallaremos la distincion de la calentura y de la fiebre, con solo admitir un significado filosófico á las palabras; como si digésemos: la calentura no es un elemento necesario de la fiebre en la que es solo un resultado que á veces desaparece continuando la enfermedad y á la que por consiguiente no puede dársele el mismo nombre: he aqui la confusion. Y que nombre se debe dar á una fiebre sin fiebre? pero se le podrá dar un lógico significado á una fiebre sin calentura.

11. Si á la cabecera de los enfermos estudiamos todos los estados piréticos nos hallaremos en gran confusion para llamar fiebre á la reaccion del sistema circulatorio en una pneumonitis, fiebre á la reaccion de este mismo sistema en el periodo de incubacion de la viruela, fiebre á la escitacion del sistema cardiaco-arterial en el periodo de erupcion cuando esta es muy numerosa, fiebre á la alteracion circulatoria en el periodo de supuracion variolosa, fiebre á

los grandes trastornos sépticos, adinámicos del tercer periodo en la viruela confluente, ó maligna, fiebre á la simpática exageracion circulatoria en un panadizo, y enfin á toda alteracion de dicho sistema acompañada de calor aumentado en una saburra gástrica, en un intenso catarro, en una tisis, y tambien fiebre cuando, haya ó no alteracion sanguinea y calor aumentado, observamos la adinamia aguda, la ataxia en las epidemias de los tiphus, tiphoideas etc. He aqui la necesidad de admitir dos nombres que representen estados tan diversos, porque ¿qué esencial diferencia no existe entre esos fenómenos piréticos en todas las enfermedades que acabamos de citar? Sus causas, síntomas, pronóstico, patogenia, terapéutica, todo es en ellas diverso y bajo una misma palabra no pueden, no deben abrazarse conceptos tan diferentes y aun opuestos. Importante sería hallar nombres que pudiesen reemplazar á la palabra fiebre y calentura, idea que bajo otro aspecto ya tuvo Broussais, y despues Chomel como ya hemos dicho, pero es imposible sustituirlas por lo identificadas que están ya hasta con el vulgo. Piorry, y Bouillaud, y antes Baumes y Alibert lo intentaron tambien, pero con poco éxito. Prefiero conservar lo existente á admitir una palabra mas: denominaremos *pirexia todo estado orgánico en el cual se note general ó localmente aumento del círculo sanguíneo con esceso de temperatura:* llamaremos *calentura á un estado pirético general producido por una escitacion del sistema cardiaco-arterial que las mas de las veces es secundario de una afeccion local y simpático, y otras representa un efecto de reaccion contra una causa morbida que puede tener muy diversa naturaleza.* He aqui la calentura en la pneumanitis, los catarros, las saburras, y en todas las enfermedad loca-

les capaces de irradiar sus efectos al centro circulatorio: he aqui la calentura reaccionaria en el primer periodo de las erupciones, de las fiebres tiphoideas, y aun de los tiphus no muy intensos, del período de reaccion del cólera, de la fiebre amarilla etc. Reservemos la palabra *fiebre para una afeccion general producida por intoxicacion miasmática primitiva ó secundaria, esporadica, endémica, epidémica ó contagiosa cuya accion es atáxico-adinámica general y cuya causa puede afectar con mas predileccion determinadas vísceras, tegidos ó sistemas con variados síntomas, pero con idéntica patogenia.* He aqui la fiebre tiphoidea ataxica, adinámica, pútrida, cerebral, pneumónica, con todos los tiphus. Si realmente existe diferencia entre estos estàdos morbidos que acabamos de definir y en ello no puede haber divergencia, está probada la necesidad y la conveniencia de separarlas definitivamente por palabras que representen su verdadera naturaleza. Probemos estos asertos y razonemos bajo estos principios las doctrinas actuales al esponer la nuestra.

12. Bouillaud cree que todas las verdaderas fiebres esenciales se reducen en su primer elemento á una fiebre local, á la inflamacion ó irritacion del sistema sanguíneo que despues se complica con otro elemento (p. XCII.): cosa que no puede admitirse á no ser que este estado local flogístico del sistema arterial se reconozca como reaccionario en la fiebre, pero no como causa ni elemento de las fiebres esenciales: esto sería reducirlas á la verdadera angio-ténica de Pinel y á nuestra calentura. Este error es comun al mayor numero de teorías sobre tan frecuente enfermedad. Asi es que mal se comprenden los sistemas médicos que á un mismo tiempo se han levantado contra Broussais no siendo

mas que el *fac-simile* de la doctrina de la irritacion. Bouillaud contra Broussais y Trousseau contra Bouillaud son nobstante los protagonistas de la misma idea modificada en el razonamiento pero idéntica en su origen y en su objeto; porque si bien es cierto que estas tres doctrinas son en si mismas, en su lenguage y en su dialéctica opuestas, su identidad se demuestra por los dos grandes puntos culminantes de la ciencia, la *patogenía* de los males y su *terapéutica*. Pues bien; para estos tres corifeos de las doctrinas reinantes, la irritacion es la patogenía de las fiebres, el plan antiflogístico su terapéutica: no puede probarse mas exactamente su identidad. Y por mas que se rechace esta semejanza ella es cierta y evidente tambien en otra importante circunstancia, la anatomía patológica, pues que todos ven una lesion anatómica intestinal, por mas que Trousseau lo disimule, en donde su antagonista veía tambien una lesion gastro-enterica: «imprime, dice este autor, la fiebre tiphoidea, su carácter propio y distintivo en los intestinos delgados.» Por lo que hace al plan curativo lo probaremos en su lugar. Y no debemos olvidar que la palabra *fiebre tiphoidea* representa hoy á todas las llamadas fiebres esenciales y muy especialmente á la fiebre ataxica, á la adinamica, á la pútrida y á todas las que se presentan con gravedad, excepcion hecha de las que tienen una especialidad como los tiphus; idea que bajo un aspecto fué un adelanto, pero que bajo otro hizo mas dificil su verdadero estudio.

13. Nos es preciso simplificar para entendernos, y sino sacrificamos algunos momentos á la claridad será dificil conseguirlo. Nobstante parte la luz que nos guia de observaciones tan ciertas que por todos fueron y son admitidas.

Desde la mas remota antigüedad vienen confundiéndose en el lenguage la palabra *calentura* y la palabra *fiebre*, pero en realidad á la cabecera de los enfermos, en los libros y aun entre el vulgo estas dos palabras tienen una accepcion distinta. Asi es que no siempre que un enfermo tiene mucho calor, aceleracion en el pulso, sed y aun dolor de cabeza se debe decir que tiene una *fiebre*. Con estos síntomas puede presentarse una pulmonía, una hepatitis, un tumor inflamatorio, un intenso panadizo, un flemon etc. y todos ven en esos síntomas unos efectos del mal que los produce. En otro caso y cuando no se vé mas enfermedad que el calor, la aceleracion del pulso y el dolor de cabeza, todos sospechan si será fiebre. Asi lo vieron los hombres de todas las épocas y asi es la verdad. Por eso creo que ó tiene que proscribirse la palabra *fiebre* y dar á la enfermedad que representa otro nombre, ó asignarle el verdadero sentido en que todos deben admitirla; enfin darle á la *calentura* el sentido que su etimologia designa, ó establecer definitivamente su diferencia, y la diversidad de objetos que representa. El Siglo Médico en su número 296 inserta un artículo muy meditado del Sr. Herrero, Médico de Béjar, en que proclama con justísima razon la necesidad de una Medicina verdaderamente española (cosa muy difícil en España por razones que todos comprenden) y hablando de las fiebres quisiera un nombre español al modo que los ingleses tienen su *continued ferver* y los franceses su *tiphoidea*: fácil sería presentar un nombre nuevo, pero bastenos el dar un verdadero significado á la palabra española *calentura* y dejemos el nombre secular de *fiebre* para representar la enfermedad *tiphoidea* y el de *ferver* que apesar de lo que digan Valleix, Luis y otros no es mas que la tiphoi-

dea; y tendremos la ventaja de no recurrir á la lengua griega. Fijaré mis principios bajo esta consideracion.

14. Toda afeccion local irritativa ó no irritativa, ó inflamatoria que sinérgica ó simpáticamente produce el aumento de accion circulatoria sanguínea no pasa de ser una enfermedad local con calentura, ó una calentura secundaria por causa local, pero jamas una fiebre esencial. En este caso está la gastro-enteritis, la enteritis folicular, la ilio-iliditis, la detinenteritis, la angio-hemitis y la angio-carditis. Si la calentura es producida por estas alteraciones locales no es la fiebre esencial, y mientras tanto que se vean estas lesiones como causas y como la verdadera patogenia de los males no puede menos de reconocerse la localizacion del mal constituyendo una enfermedad local que produce *calentura*. Pero como hombres tan eminentes no pudieron engañarse en lo que vieron, creemos que esas alteraciones orgánicas que demuestra la anatomia patológica no son una causa en la fiebre esencial, y solo un efecto al que le negamos desde luego el carácter de verdadera inflamacion, pues que en todo caso estas lesiones en las fiebres serian de un caracter especial, sin duda desorganizador y no siempre constantes. Si se quisiese una prueba de este aserto lo hallariamos en las observaciones de los mismos partidarios de la *enteritis folicular*, pues que el mismo Chomel que vé tan claro como la luz que la lesion de los folículos intestinales caracteriza la afeccion typhoidea en sus diversos grados y períodos conviene en que las auptoxias demuestran que no existe relacion fija entre la lesion folicular y la gravedad de la enfermedad, y que en algunos cadáveres de tiphoideos ninguna lesion notable se ha encontrado.

15. Chomel, en su grande compromiso, recurre á la distincion muy arbitraria de lesion primitiva y secundaria comprendida á su manera para dar tortura á su inflamacion folicular y consagrar tan solo en prueba de su exacto juicio algunas palabras á la verdad demostrada pero no comprendida. Citemos la observacion franca que hace este célebre médico. Despues de haber sentado que ningun médico observador, que ningun hombre versado en el estudio de la anatomía patológica puede ver hoy dia la enfermedad que nos ocupa como á una gastritis, ni como una gastro-enteritis sino mas bien como una enteritis folicular añade con una imparcialidad que le honra. «Despues de haber reconocido por el exámen de las cuestiones precedentes, por una parte que la lesion de los foliculos no está siempre en proporcion con la gravedad de los síntomas, y por otra que en algunos casos, muy raros á la verdad, pero de una autenticidad que nadie negará, esta lesion ha completamente faltado, voy á ecsaminar la cuestion de si la *inflamacion* de los *folículos* intestinales, y de los ganglios mesentericos correspondientes es primitiva ó secundaria.» Aqui vemos á Chomel arrastrado á un mismo tiempo por el pensamiento de *localizacion* y por un severo raciocinio, que le vence al fin y viene á contradecir el gran pensamiento de la enteritis folicular. Oigámosle porque sus palabras son muy dignas y respetables; son la espresion de la verdad, y envuelven el grande y único pensamiento posible sobre esta materia. «En el estado actual de la ciencia, cuando en la inspeccion cadavérica el mas atento exámen no demuestra lesion alguna apreciable, ó cuando las lesiones observadas no pueden esplicar la gravedad de los síntomas, se halla uno arras-

trado á admitir una alteracion oculta, sea en el sistema nervioso, cuya organizacion es generalmente tan delicada y cuyas últimas ramificaciones se escapan al escalpelo mas hábil, sea en los líquidos animales y particularmente en la sangre, cuyas análisis químicas dejan aun tanto que desear.... Si fuese permitido tener una opinion en una cuestion tan material que los sentidos debieran únicamente juzgar, pero que los sentidos no juzgan en el estado actual de la ciencia, me atrevería á colocar en los líquidos mas bien que en los nervios el punto de partida de la enfermedad.»

16. Estas justas ideas, como igualmente el gran pensamiento sobre la enfermedad tiphoidea, como una única fiebre, tan solo tuvieron para Chomel una importancia secundaria, pues que se dejó arrastrar por la enteritis folicular hasta el punto de decirnos, hablando del modo de reconocer la fiebre tiphoidea «que siempre que los fenomenos febriles, que no se pueden atribuir á una lesion apreciable, se prolonguen mas allá de ciertos límites, ocho ó diez dias, se tendrá ya un grave motivo para pensar que están ligados á la alteracion de las glándulas de Peyero,» insistiendo al mismo tiempo en reconocer y tratar una fiebre tiphoidea inflamatoria por el plan antiflogístico, otra biliosa por los evacuantes, otra atáxica por los antiespasmódicos, otra adinámica por los tónicos, lo que no viene á ser otra cosa que dejar en su lugar las doctrinas de todos los piretologistas antíguos y modernos, pero dando siempre advertencias sobre el plan antiflogistico. ¿Y es posible, repito, una fiebre typhoidea inflamatoria? ¿Y si Chomel admite tantas formas de fiebre que traen diversos síntomas y reclaman diversos tratamientos á que viene á reducirse su unidad? A un pensamiento cierto, pero del que no se sacan

todas las consecuencias lógicas. Una es la enfermedad, una su patogenia, uno su tratameinto, como unos sus síntomas, y única su causa. Todo cuanto parece diferenciarlas es facticio, aparente, no es suyo, como el estado inflamatorio de su primer periodo, el estado bilioso que es un efecto; ó es la consecuencia de la intensidad de una misma causa, ó de la predisposicion individual, como en los tiphus, pero siempre idéntica causa, idéntica patogenia. Algunos Autores hoy dia vacilan en la doctrina de las fiebres, y arrastrados por un espíritu de sistema irresistible ven la verdad por un prisma que se la desfigura y que tan solo les deja percibirla debilmente á beneficio de los rayos que huyen del foco de su lente. Verdades prácticas hallamos en Bouillaud, grandes pensamientos y filosofía en Trousseau, pero si pudiese analizar minuciosamente sus doctrinas veriamos cuantos errores, cuanta ontologia por una parte y cuanta sutileza por otra. Asi es que v. g. para Trouseau la fiebre tiphoidea *no es una afeccion orgánica, sinò vital* pero por otra parte, y mientras se declara adversario de Bouillaud, confiesa con su lenguage dinámico vital, y á veces metafisico que esta fiebre imprime un carácter propio y distintivo en los intestinos delgados, órgano que se forma el primero en la evolucion embriogénica. Esto mismo probaria la constancia de las lesiones intestinales en las fiebres, lo que estoy lejos de negar, pero si que tales lesiones sean ni inflamatorias, ni contantes y mucho menos patogénicas de la fiebre tiphoidea.

17. La fiebre tiphoidea, cuando no se la comprende en su patogenia, se la confunde con un gran número de enfermedades. Asi Frank la vé semejante á la peste, en lo que tuviera muchísima razon si la considerase como no-

sotros la vemos, porque la peste no es mas que la tiphoidea miasmática de la Persia, del Egipto y de paises parecidos á estos, pero como la considera de tan distinta manera no solo, dice, se la puede confundir con la peste sino tambien con las intermitentes perniciosas, con las continuas inflamatorias, verminosas, nerviosas, con los tiphus, apoplegía, parotidas, disenteria, las escrófulas y la sifilis. Pero ¿en qué está este parecido? ¿que tiene de comun ni de semejante la fiebre y la calentura inflamatoria? veámoslo. La fiebre inflamatoria, sinoco simple, angio-ténica, angiohemitis, ó angio carditis, suele presentarse en sugetos robustos por causas escitantes, por plétoras, por reacciones circulatorias puras sin carácter específico; y que pueden ser primitivas cuando las causas egercen su accion primera sobre el sistema circulatorio, cuando la predisposicion está en la sangre; ó secundarias cuando la irritacion del corazon y de las arterias es producida por otra lesion existente. Pero tambien suele presentarse iniciando la fiebre tiphoidea, pero entonces aquella no es mas que producto de la causa miasmática; tiene su carácter ó es una reaccion orgánica, digna de llamar la atencion de los médicos por el papel que representa, con su benéfica accion: no es un enemigo, es un defensor, como luego veremos. De este error se siguen graves perjuicios porque la idea flogistica obliga á poner en práctica el plan dibilitante con energía que deja libre campo á la causa tiphica para desarrollarse y hacer los mayores estragos. Generalmente la fiebre tiphoidea se ceba, y se hace de suma gravedad en las personas sanguineas: varias razones hay para ello: 1.ª que la causa que llegó á sellar un fuerte organismo debió ser intensa: 2.ª que esta causa antes de dominar y desarro-

llar su accion fué poco á poco señoreándose y el organismo resistiéndose, y los enfermos venciéndose antes de creerse acometidos: 3.ª el abuso del plan antiflogístico apoyado en la robustez del individuo, y en la intensidad de la reaccion: 4.ª las congestiones intensas que se fijan en las fuertes reacciones y que toman despues el carácter especifico de la fiebre. He aqui la fiebre mal llamada *angiotenica tiphoidea, angio-carditis tiphoidea*, y cuya denominacion debiera proscribirse porque induce á error: ya veremos esto mas claro. Ya hemos notado que Trousseau apesar de hacer una amalgama ilógica de las fiebres y de las inflamaciones, vé con justa razon en unas una causa general que dá carácter á las afecciones locales, y en otras un carácter simple, y genuíno: es decir, se trasluce en sus palabras nuestra idea de calenturas y de fiebres, y nos hace notar que las inflamaciones en estas están subordinadas á la naturaleza febril. (p. LXXXI.)

18. De estas breves consideraciones deducimos la causa de esa infinita division del tiphus y de todas sus especies siendo únicamente una afeccion tiphoidea de antiguo conocida pero que se presenta con fenómenos algun tanto diversos en su invasion y en su carrera bajo las variadísimas influencias atmosféricas, geográficas, topográficas é individuales. Ni por consiguiente podemos dudar, con algunos muy recomendables autores, de su existencia en antiguos tiempos, ni disputar ya sobre la naturaleza y carácter de las mortíferas epidemias que describieron Tucidides, Avicena, Aetio, ni de la de algunas historias que Hipócrates nos dejó. La fiebre tiphoidea es como un meteoro maléfico que se presenta aquí, allí y en todas partes para poner siempre en riesgo la existencia del género humano. Ella

es la que tan variadas formas afecta para introducir la confusion en el modo de considerarla, y la division en las doctrinas. De aquí las pestes gástricas y nerviosas de Franck, de aquí el que Rostan confunda la encefalitis y meningitis esencial, poco frecuente en verdad, con la fiebre tiphoidea que afecta especialmente el encefalo y las meninges, forma sin duda sumamente grave y mas grave aun cuando la parte encefálica afectada es la base de este órgano, como ya veremos luego. Estas lesiones son entonces sintomáticas, y si hay esa irritacion es específica, tiene un carácter especial, no cede al plan antiflogístico, y semejante á la angina variolosa, morbilosa ó escarlatinosa, y gangrenosa, son las lesiones encefalicas lesiones tiphoideas, y la prueba es que exigen, como el mismo Rostan lo reconoce, un tratamiento especial. ¿Qué es pues una encefalitis que no tiene el carácter de la encefalitis y que reclama otro tratamiento? no puede menos de ser otra cosa por mas que simule la verdadera inflamacion del cerebro. Hé aqui por que el mismo autor al admitir en su doctrina piretológica la irritacion como desempeñando el primer papel parece estrañar el que se le presenten en su práctica el typhus en su período adinámico sin el periodo de irritacion: ¿que quiere decir esto? Para nosotros esto indica que la intensidad de la causa tiphica no dió tiempo á la reaccion del organismo, ó que este no tuvo bastante fuerza para rehacerse.

19. Los brusseistas ven en la fiebre biliosa grave, en la mucosa adinámica, biliosa adinámica, gastro-atáxica etc. la mayor agudeza de la inflamacion gastro-intestinal: pero ¿y porque entonces no aparecen los síntomas caracteristicos de la verdadera gastritis, y de la enteritis, de la inflamacion verdadera del estómago é intestinos? Es-

preciso no haber visto enfermos para no desechar en todas estas diversas faces de una misma enfermedad la inflamacion del estómago. Cuando Begin asegura que todas las fiebres ya simples ya complicadas son verdaderas lesiones del estómago é intestinos delgados ¿no habia visto estas fiebres sin síntomas de la menor lesion de estos órganos, con lengua húmeda, plana, sin color rubicundo, sin calor, sin sensacion epigástrica y aun sin sed, cuando no ecsiste gran reaccion? Cierto es que las mas veces la lengua se cubre de un barniz variado segun mil circunstancias; cierto es tambien que al agravarse las fiebres pocas veces deja la lengua de secarse, ó ponerse crapulosa, pero ¿porque hemos de estrañar suceda esto cuando todo el organismo padece? ¿no seria bien raro ó inesplicable que únicamente el estómago apareciese ileso en medio del estado general del organismo? Por esto mismo es bien cierto lo que dice el mismo Begin, que las lesiones gástricas, é intestinales no son constantes.

20. ¿Que inferir, pues, de lo que digeron Morganni, y Bonnet y despues Broussais, Begin, Mr. Luis, Bretenneau, Chomel y otros, que la gangrena se halla casi siempre en los intestinos, como las perforaciones y ulceraciones? ¿Negaremos estas tan respetables autoridades? Ya hemos dicho que hombres tan eminentes no podían engañarnos, pero generalizaban con demasia, porque ¿en donde no se hallará, ó no se podrá hallar la gangrena en cadáveres muertos de fiebre tan grave? Valleix dice que en algunas auptoxias de febricitantes nada halló en los intestinos; lo mismo dice Chomel como ya hemos visto: luego esta no es la causa de la fiebre porque á serlo debia hallarse siempre en esta enfermedad. Por otra parte el mis-

mo Valleix halló en los cadáveres de los tiphoideos la gangrena pulmonal. Las alteraciones comprobadas en algunos cadáveres de la fiebre tiphoidea que Valleix trata en el Hospital de la Piedad nada han ofrecido de particular, dice él, en esta epidemia. «Neumonias, gastritis, tuberculizaciones, han sido las principales lesiones accesorias que hemos hallado.» Mr. Barth decia á la sociedad médica de los hospitales de Paris «que en la fiebre tiphoidea de 1856 había visto desde el princípio de la epidemia las formas atáxica, adinámica pectoral, y abdominal ecsistir simultáneamente y variar segun los individuos.» Stoll ya conoció estas fiebres pútridas de forma peripneumónica en la constitucion epidémica de 1779, pero esta putridez, dice, parecía haberse formado en segundas vias. Efectivamente siendo la enfermedad la misma sus estragos sellan de muy diverso modo el organismo segun las disposiciones individuales. El Doctor Drument en una notable epidémia de fiebre amarilla observó hechos semejantes que demuestran con cuanto criterio debemos juzgar de las auptoxias para deducir la patogenia de los males: «si bien, dice, en muchos casos se encuentran alteraciones en la masa encefàlica y en los órganos de la respiracion, las mas de las veces no pueden considerarse sinó como productos de la agonia ó de complicaciones que, segun la naturaleza del sugeto, se han desarrollado en el curso de la enfermedad.» En una memoria leida en la Academia de Medicina de Paris por el Dr. Hervieux en la sesion del 14 de Octubre sobre la fiebre typhoidea reinante en los hospitales, notaba esta diversidad de síntomas segun variadas circunstancias, observándose en algunos casos la *embriaguez tiphoidea*, ó la *tiphomania*, pero reconociéndose que el estado adinámico es-

taba siempre ligado á la forma abdominal; esta era la mas frecuente, sin dejar de observarse la forma toracica algunas veces. Vió en las auptoxias ulceraciones de las placas de Peyero, aun en los casos en que solo un intenso dolor de cabeza era el síntoma predominante, pero nada en le encefalo. «El intestino, dice, estaba *casi siempre* séria y profundamente alterado.» Esto no basta; debe *estarlo siempre, constantemente* para que la fiebre tiphoidea merezca el nombre que le dá esta escuela de *dothinenteritis*. Nobstante Mr. Hervieux reconoce que en esta epidemia la forma abdominal era la mas comun, y añade con la mayor buena fé dos ideas de la mayor importancia para nuestro objeto: 1.ª «que sobre el tubo intestinal parecía haberse acumulado todo el efecto de la enfermedad.» Realmente, en medio de la accion de esta causa que dominaba al organismo todo, el tubo intestinal fué el mas eficazmente invadido é interesado: asi debió suceder, pero no dejaría de haber casos, como se infiere de su relacion, en los que la causa tiphoidea afectase profundamente otras visceras. 2.° Reconoce las transformaciones que pueden sufrir ciertas epidemias las unas en las otras, su fusion en algunos casos, y aun su identificacion en ciertas condiciones higienicas, ó climatéricas dadas. Pone el ejemplo de las enfermedades que diezmaron el ejército de Crimea. No puede ser menos, porque todas eran una misma cosa variable accidentalmente.

21. Todas estas lesiones cadavéricas son efectos del mal, causas tambien de la muerte, pero no la enfermedad en su naturaleza que es superior á estas lesiones pero muy capaz de producirlas. Pongamos un egemplo: en la pustula maligna el enfermo muere victima de un virus venenoso

que gangrena el organismo, bien que la picadura fuese en la cara ó en la mano ó en la cabeza: en la parte en que se fijó primitivamente el veneno aparece la gangrena pero porque sea lo mas frecuente que las estremidades superiores y la cabeza sean el lugar del mayor estrago pues se hallan al descubierto, pueden serlo el pecho, el abdomen y otras partes. Los intestinos y el estómago son los sitios mas frecuentemente gangrenados en las fiebres y especialmente en las esenciales secundarias porque sus funciones y estructura, su posicion, y longitud, y acaso tambien porque la causa eficiente del mal en medio de su ataque á la vida en todo el organicismo, prefiera los intestinos para fijarse con mas intensidad, como las viruelas la piel, el vicio sifilítico lo fibroso y los huesos, y la gota las pequeñas articulaciones; ó por ser un órgano de depuracion muy estenso como lo creia Liebíg, pero siempre veremos en todas estas lesiones efectos de un mal, y no su causa. Se halla gangrenado el pulmon en la pneumonitis: hé aqui un efecto de la enfermedad, la causa sin duda de la muerte, pero ¿quien la produjo? la inflamacion que debió curarse con los antiflogísticos, no con los tónicos que reclama la gangrena. Como prueba de lo que se deduce el espíritu de sistema, y como arrastra aun á los hombres mas distinguidos, citemos en nuestro favor las palabras que Begin cita para probar las lesiones intestinales que constituyen las fiebres, fundado en la autoridad de Morgagni: *Porro cum aliis quoque malignis febribus sæpe número gangrenam interiorem conjungi*... ¿quien lo duda? quien no vé no solo posible sinó casi necesario que en las fiebres que terminan mal se gangrenen los intestinos, como se presentan las equimosis en la piel y los derrámenes en el cerebro? Pero,

nótese que Morgagni dice *sape número*, y esto debiera suceder siempre si la fiebre fuera en su esencia una irritacion intestinal. Son frecuentes como dice Begin, y debiera decir, son constantes, para ser consiguiente con su doctrina, las lesiones de los órganos digestivos en la enfermedad en cuestion, pero no son la enfermedad misma sinó su efecto, ni merecen tal importancia que estemos autorizados para que estas lesiones frecuentes sean la base de la etimologia piretológica. Y veremos luego como yo concibo la fiebre despues de los datos emitidos anteriormente, y como debe hacerse su estudio independiente de las pirexias y de las calenturas: demos no obstante primeramente una mirada á estas enfermedades, porque ya he dicho que en nuestro objeto era imposible separar estas tres palabras tal es su íntima relacion y tal es la confusion que entre ellas reina: tenemos ya mucho adelantado para reconocer sus límites, porque están sentadas las bases de nuestro pensamiento.

22. *De las pirexias*. Hemos definido (p. XI.) esta palabra y se habrá observado la dificultad de todos los sistemas para darla un lógico significado y al mismo tiempo para colocarla entre las fiebres. Por desgracia un vacío inmenso se halla hoy para comprender la simple palabra *pirexia*, que realmente debe representar todas las enfermedades flogísticas ó inflamatorias. Pero ¿estamos de acuerdo sobre estas enfermedades las mas comunes, las mas sencillas y las mejor estudiadas? Si yo tratase mas que por incidencia de la inflamacion hubiera de escribir otro volúmen, tal es la multiplicidad de pensamientos, de definiciones, y lo peor, de apreciaciones sobre su naturaleza pues me bastaría citar á Andral y Gaveret, á Monneret y Fleury y á Mr.

Beau. Nobstante aun, en otro lugar juzgaremos á estas eminencias médicas que tanto nos dificultan el estudio de esas mismas enfermedades que quieren dilucidar. Yo no sé si sería mejor correr un velo sobre una materia que parecía sancionada por los siglos: pero la anatomía patológica por Monneret, la observacion micográfica por Andral, y lo que es mas lamentable, la clínica médica por Beau cubren con un manto oscuro las teorías de la flogosis. ¿Como atreverme yo, pues, á una empresa que sería superior á mis fuerzas, cuando genios de la ciencia me dicen «nada sabemos sobre inflamaciones solo que hacen degenerar los tegidos porque asi lo dice el cadáver» «la inspeccion del microscopio es la demostracion del estado flogístico» «en la inflamacion verdadera la sangria está contraindicada, y su empleo es una contradicion notoria con lo que enseña la clínica y la hematologia.» En este laberinto y para aclarar tan nebuloso horizonte me era preciso, he dicho, otro volúmen, pero tengo el convencimiento que vencería las tinieblas por la fuerza de la razou y de la experiencia.

23. Las enfermedades piréticas son todas aquellas que reconocen por causa patogénica, por su verdadera naturaleza la *exageracion de las condiciones orgánicas, ó anatómico-fisiológicas de los tegidos*, y cuyo estado es la causa y no el efecto de la sensibilidad áumentada, de la circulacion activada, del calor exagerado, y de la nutricion escedente (*dolor, calor, rubor y tumefaccion*) de la parte irritada, ó inflamada. Acabo de manifestar las dudas que se ocurren sobre este modo de ser morboso al leer las modernas patológias en las que vemos unas veces inexactos pensamientos, difiniciones ridiculas, y otras una modestia incalificable en materia tan poco controvertible, y hasta el

punto de negarse á definir la inflamacion y por consiguiente todo estado pirético que de ella procede. Desde Galeno podemos asegurar que no varió la acepcion de la palabra flogosis sinó en pequeñas circunstancias hasta Pinel: ni tampoco bajo la influencia de escuelas físico vitales desde Baglivio hasta Andral, y nobstante hoy todas son dudas y escrúpulos para decirnos que es la flogosis, la irritacion y la pirexia, pues vemos á Bouillaud con una franqueza notable decirnos que es «una afeccion cuya naturaleza no está rigurosamente determinada.» Lo mismo decia Rostan que optaba por «abstenerse de toda definicion antes que fundarla sobre quimeras y abstracciones.» Si á este punto hemos llegado ¿á donde vamos á parar? Limitémonos nos dirán á observar sus fenómenos y nos es suficiente saber «que se desenvuelven por causas escitantes y se curan por los antiflogísticos cuyos efectos principales son disminuir el calor de la economía animal.» Pero ¿será esto alomenos cierto? tampoco porque Mr. Beau hemos visto ya que intenta demostrar que la sangría no está indicada y este remedio es la base del tratamiento antiflogístico muy especialmente para Bouillaud y lo fué para todos y lo será apesar «de las *recientes nociones de la hematologia.*» Tampoco es cierto, en lo general, que los escitantes desenvuelvan las inflamaciones, ni que á ellas predisponga la lozanía del temperamento, ni la riqueza de la sangre; todo es al reves segun la modernísima escuela que se quiere apoyar en Quesnay, en Mr. Luis, en Andral, en Magendi: y es muy cierto que «estas ideas esplicarían tan bien los pretendidos sucesos de la homeopatía:» como la espectacion de Stahal. Ya no es posible ninguna definicion, pero respetemos aun los nombres de Galeno, de Baglivio, de Spren-

gel, de Boherave, de Stahal, de Mekel, de Pinel, de Bichat y del mismo Broussais que al fin nos digeron en que consistía la irritacion, sino con grande exactitud porque en lo general confundieron el efecto con la causa, no nos dejaron alomenos en el laberinto de las dudas y en medio de una perplegidad lamentable.

24. Nosotros que creemos comprender bien la palabra *pirexia* y que jamás podrá separarsela del elemento flogístico, irritativo, ó inflamatorio, no podemos entrar en su estudio porque tan solo tocamos esta materia para que nos sirva á nuestro propósito de calenturas y fiebres: por lo demas dilucidariamos con gusto esta cuestion que parece habia ya dejado de serlo: la definicion que acabo de dar revela la idea fundamental de mis principios. Los primeros fenómenos subsiguientes á la irritacion de una parte son el dolor que varia en su carácter en los diversos tegidos desde el de mayor intensidad hasta el dolor obtuso é indeterminado, el color rubicundo desde el sonrosado de los tegidos blancos hasta el intensamente rojo y lívido de los parenchimas, el calor escedente desde una temperatura notable hasta el grado urente y abrasador, el aumento de volumen de la parte ligeramente tumefacta hasta el tumor glandular: grados diversos que caracterizan como lo había observado Baglivio las irritaciones y las inflamaciones. Pues bien: todas las enfermedades en que se noten estos fenómenos son pirexias esenciales, porque las condiciones del tegido afectado se aumentaron; con este aumento se exageraron sus propiedades y sus actos vitales: de aqui el aumento de sensibilidad, mayores elaboraciones orgánicas pero precipitadas: de estas, mas sangre gastada en los trabajos elaboradores; de aqui la congestion capilar, el mayor aflujo de

sangre: á mas elaboraciones mas desprendimiento de calor y engrosamiento de la parte afecta. Siempre, pues, que estos fenómenos tengan lugar existe irritacion ó inflamacion, y todos estos males se deben comprender en la clase *pirexias*, que representa todas las enfermedades flogísticas en las que hay aumento de calor. Estos males pueden ser locales, limitados á una parte, á un tegido, á una viscera, con ó sin trascendencia á otros tegidos ó sistemas. Por consiguiente desde el simple panadizo hasta la intensa encefalitis, y desde la sencilla coriza hasta la gastritis mas aguda y desde la flebitis ó arteritis local hasta la angio-carditis todas están comprendidas en la gran clase pirexias, y de la cual hemos separado y separaremos aun mas la fiebre esencial.

25. Colocaremos, pues, entre las pirexias todas las enfermedades de carácter flogístico, bien se hayan comprendido hasta aqui en la clase inflamaciones, en la clase calenturas, ó en la de fiebres. Y por igual razon separaremos de ella todas las enfermedades que no reconozcan por causa patogénica la irritacion, la flogosis, ó la inflamacion. Muchos de los modernos escritores se han penetrado de esta necesidad, pero no fueron bastante consiguientes porque si separaron de la clase pirexias los tiphus y aun las tiphoideas no fué por reconocer su naturaleza, sino que las clasificaron por su causa ocasional, que nobstante vieron muy poderosas para producir inflamaciones y de aquí el que tuvieron que hacer un grande esfuerzo para separarlas de las pirexias. En este lugar es en donde debemos hacer una aclaracion muy importante que ya dejo anunciada. Los tegidos se afectan de muy diversas maneras y simulan, á veces, una esencialidad que no tienen. Todo es irritacion, todo inflamacion aguda ó

crónica, todo es asténico, ó esténico, y esta simplicidad de lenguaje es en verdad muy seductora. Las saburras gástricas son irritaciones, lo son los cólicos saturninos, como los fenómenos locales sifilíticos, como el vicio psorico, herpético, ó leproso; lo son igualmente la pustula, el carbunco, la viruela y la fiebre, y los tiphus porque todas estas causas capaces de desarrollar estas enfermedades llevan á las partes sobre que obran una causa escitante que irrita que inflama: he aqui una idea simple, inteligible pero que envuelve un error. Por sola la necesidad de dilucidar este punto me vi en el compromiso de hablar de la irritacion é inflamacion. Esas irritaciones todas solo aparentemente pertenecen á las enfermedades flogísticas, porque en sus causas, en su marcha y en su tratamiento tienen otro carácter, otra patogenia por mas que muchas veces los síntomas simulen la irritacion. Si todas las causas que dirigen su accion sobre el organismo no hacen mas que irritarlo con el carácter verdaderamente flogístico ¿para que ese escrúpulo con el que investigamos la naturaleza de la causa? Si el miasma, como el virus solo irritan los tegidos y los órganos ¿en que se diferencia su accion de la de los verdaderos estimulantes? ¿Porqué hay tanta diferencia entre la irritacion intestinal producida por las intoxicaciones miasmáticas y la causada por un vicio psórico retropnlso, el abuso de los alcoholicos y los preparados de plomo? Realmente todos estos agentes pueden llevar una accion morbida sobre los intestinos, á cuyo efecto se le llama irritacion, palabra, desde Broussais especialmente, familiar y perfectamente acomodaticia. Esta inexactitud se comete cuando al reconocer frecuentemente la lesion intestinal en la fiebre se vé solo una irritacion que reclama los antiflogísticos, los de-

mulcentes como los reclamaria esta irritacion si hubiese sido producida por fuertes estimulantes. Y como en realidad existe un estado aparentemente flogístico debemos hacer una distincion de inmensa importancia que no desconocieron los hombres de la ciencia pero que no aplicaron bien al estudio de las fiebres. Esas, mal llamadas, irritaciones, inflamaciones ó flogosis tienen el carácter de la causa que las produjo y conservan su naturaleza y se llaman *irritaciones específicas* á falta de otra palabra mas apropiada. Ya Chomel lo conoció en la enfermedad tiphoidea, y mas adelante veremos y lo hemos tambien indicado ya, que vió ulceraciones intestinales curadas con los tónicos, sin duda por que esas irritaciones anteriores á la ulceracion tenían un carácter especial, el de la causa tiphoidea que las produgera. ¿Quien no vé los caracteres de la irritacion en la piel de un varioloso, de un escarlatinoso ó de ún morbiloso? pues esas irritaciones son de un aparente carácter porque su naturaleza es específica y no se curan sino con los medicamentos y con el plan que su naturaleza reclama, como en la sarna, el herpes, la pustula, la sifilis. Veremos, pues, en las fiebres fenómenos locales y aun generales aparenteménte flogísticos pero que no lo son en su esencia, ni en su marcha ni en su terapéutica. De aqui deduciremós que esas lesiones gástricas, intestinales, cerebrales ó pneumónicas que observaremos en la carrera de la fiebre y producto de su causa tiphica no deben verse como tales irritaciones, sinó como una lesion de tegido producida por la fiebre y no causa de los fenómenos tiphoideos. Cuando hablemos de la patogenia de esta enfermedad veremos esto muy claro y por consiguiente nos convenceremos de la inmensa] distancia que existe entre las enfermedades verda-

deramente piréticas ò flogísticas y la fiebre, pues que los AA. y la historia reconocida de los tiphus nos darán datos para proscribir los nombres modernos impuestos á las fiebres con esa terminacion *itis* que se quiere simbolice las inflamaciones. Y no es esta cuestion de palabras: es una cuestion de inmenso valor porque resuelve el problema terapéutico que es el mas importante en la clínica.

26, Los trabajos de Hunter, de Scarpa, de Bichat, de Meckel, de Bayle, y de Broussais habian dado á las enfermedades irritativas una cierta claridad indisputable, estudiándolas en todas las visceras y en los diferentes tegidos. Las inflamaciones flegmonosas eran siempre el tipo de todas las inflamaciones; pero ya despues los tegidos y los sistemas orgánicos presentaron un ancho campo á la anatomia patológica en el que las escrupulosas investigaciones de Magendi, de Andral, de Dubois complicaron bastante la comprension de este afecto orgánico tan frecuente, y que parecia bien comprendido: asi es que uno de estos (Andral) no duda decirnos que «la palabra inflamacion no pasa de ser una espresion verdaderamente muy vaga cuya interpretacion es de tal modo arbitraria que ha perdido todo su valor: es como una vieja moneda sin sello que debe separarse de circulacion porque solo produciria error y confusion. La inflamacion no puede ya ser considerada sinó como la espresion de un fenómeno complexo que comprende otros muchos fenómenos cuya dependencia no es ni necesaria, ni constante.» Broussais viera con mas claridad; y en su época desaparecieron las disputas de esencialidad: admitia que «la modificacion vital que dá origen á los cuatro fenómenos caracteristicos del estado inflamatorio, tiene su asiento en los vasos capilares de la parte enferma

y depende manifiestamente del aumento de su accion orgánica.» Estas ideas son claras, son hasta admisibles cuando solo se fija el pensamiento en los caracteres ostensibles y en los fenómenos que los sentidos reconocen mientras la vida y en el cadáver. Andral resucita la clase pirexias para distinguirlas de la flogosis y de la inflamacion, cosa que la doctrina fisiológica abrazara bajo una misma denominacion, irritaciones, inflamaciones, en lo cual vemos un retroceso porque complica infinito los cuadros nosologicos que serán ya imposibles. «Las pirexias, dice, forman una gran clase de enfermedades agudas que se ha vanamente querido hacer desaparecer de los cuadros nosologicos para comprenderlas todas en el órden de las simples inflamaciones. Una pretension de esta especie no puede sostenerse porque las pirexias existen como enfermedades aparte: las causas que frecuentemente las desenvuelven, los síntomas que las caracterizan, la naturaleza especial de las alteraciones que producen en los solidos, la época de su desenvolvimiento frecuentemente posterior á la del estado febril, vez aqui graves motivos para no confundir las pirexias y las flegmasias; pero el analisis de la sangre viene á establecer una diferencia de las mas notables entre ambas.» Estas palabras de ambiguo significado tienden realmente á establecer una verdad, pero una verdad que solo se trasluce al traves de una suma confusion. En efecto hay diferencia entre la fiebre y la inflamacion: esta es la verdad; pero la confusion está en que en sus pirexias confunde la calentura, hecho verdaderamente flogistico, con la fiebre, hecho verdaderamente adinámico. Y si queremos probar que asi debe juzgarse á Andral citemos sus palabras. «Mientras que en las flegmasias hay

siempre dos alteraciones constantes que marchan unidas, las del solido y de la sangre (diga lo que quiera Andral en las verdaderas inflamaciones el solido es el primitivamente alterado, la sangre se altera bajo la dependencia de aquel como quisiéramos poder probar en este momento), no sucede asi en las pirexias, en las que el solo fenómeno que jamas falta es la fiebre misma: las alteraciones muy variadas entonces y de las cuales es el sólido el asiento pueden faltar completamente, y los cambios de composicion que el análisis ha descubierto en la sangre no se muestran tampoco en todos los casos: (nosotros diriamos á Andral en que casos y que especie de cambios se deben notar): de suerte que en el estado actual de nuestros conocimientos, el caràcter de las pirexias tiene aun un caràcter negativo; es decir, que hasta tener mas datos, la fiebre que acompaña las pirexias no reconoce ni en los sólidos ni en la sangre alguna alteracion constante que pueda darnos cuenta de esto (si ni en los sólidos ni en la sangre ¿en donde hallaremos la perturbacion que dá origen á la fiebre?) Nobstante en los sólidos y en la sangre se pueden con mas ó menos frecuencia, comprobar alteraciones; pero ellas no son sinó efectos de una causa mas oculta que domina el organismo; efectos importantes que se deben estudiar, pues que á su vez dan origen á un cierto número de síntomas que por su asiento y por su naturaleza sirven á clasificar y denominar la pirexia.» ¿Y porque han de clasificar y denominar la enfermedad síntomas secundarios, efectos de una enfermedad prexistente, que los produjo y á los que dió su carácter, su genio y su naturaleza? Esta lesion, ó estos síntomas pueden ser piréticos en las calenturas, tienen una naturaleza muy diferente en la fiebre. Y vez

aqui cada vez mas reconocida la importancia de distinguir las pirexias y la calentura de la fiebre. Oigamos por último en prueba de ello al mismo Andral. «Acabo de demostrar que existe una gran clase de enfermedades febriles en las cuales la fibrina de la sangre no aumenta jamás, subsiste la misma ó disminuye. Hay otras enfermedades febriles en las cuales al contrario se halla un aumento constante de este principio: estas son aquellas que son sintomáticas de este modo de alteracion de los solidos que desde tiempo inmemorial se ha llamado una flegmasia.» No se puede desconocer en este pasage la calentura de una parte, la fiebre de otra, y veámoslo comprobado en estas palabras: «hay, pues, en las flegmasias esceso de fibrina con relacion á los glóbulos, es decir, lo contrario de lo que tiene lugar en los tiphus.» Las pirexias, pues, de Andral no son nuestras pirexias, pues que no comprendemos entre ellas la fiebre, ni los tiphus, y vemos de un modo muy diferente los fenómenos piréticos que en estas enfermedades pueden hallarse, como se notará al hablar de su patogenia pues que entonces volveremos á Andral.

27. La etiológia de las pirexias simples y verdaderas está representada por todos los modificadores que egercen sobre el organismo una accion escitante: por esto Broussais no tuvo inconveniente en admitir aquel principio de Brown que proclamaba á los estímulos como agentes de la vida. Representando, pues, la palabra pirexia la accion aumentada del organismo segun los dinamistas, la exageracion de las propiedades vitales segun el lenguage del vitalismo ó la capilaridad sanguínea sobrecargada, ó mejor el aumento de las condiciones anatómico-fisiológicas que

aumentan la circulacion y desarrollan mas calor; dada, digo, esta significacion genuina á la palabra pirexia claro es que en esta clase deben comprenderse un gran número de enfermedades, si bien no tantas como comprendía Broussais y comprende aun hoy la escuela moderna, pues que nosotros separamos de ella 1,° la fiebre; 2.° los tiphus; 3.° las inflamaciones é irritaciones específicas; 4.° las llamadas flegmasias crónicas; pues solo asi podrá representar genuinamente una gran clase la denominacion *pirexia.* Por lo contrario, comprendo en esta clase todas las enfermedades inflamatorias puras viscerales ó no viscerales, irritaciones intensas ó leves, locales ó mas ó menos generalizadas mientras tengan ó conserven la naturaleza de *exageracion* en las condiciones de los tejidos con congestion sanguínea, elaboraciones anormales, y calorificacion escedente. Y no comprendo como Mr. Beau admite la inflamacion sin congestion, bien que pueda admitir esta sin aquella. Ni concibo tampoco porque razon á los órganos supurados se les há de dar el caracter flogístico, lo mismo que al órgano degenerado, lo que ha hecho caer en ridículo el nombre de *pneumonitis* cronica dado á la tisis, debiendo suceder lo mismo en la hepatitis crónica, enteritis crónica y tantas otras, pues que desde que un tegido supura ó se pervierte no debe ya considerarsele como á un tegido inflamado. No nos detendremos en esta materia porque sería no concluir. Nos hemos limitado á decir lo preciso para comprender la palabra pirexia y calentura. Si hubiésemos de proclamar un verdadero cuadro nosológico haríamos una gran clase de Pirexias bajo las siguientes bases.

PYREXIAS.	Locales circunscritas.	Todas las enfermedades irritativas ó inflamatorias sin mas fenómenos que los locales.
	Locales generalizadas.	Todas las enfermedades de la misma clase, pero con fenómenos generales consecutivos, ó simpaticos de irritacion circulatoria.
	Generales independientes.	Las irritaciones generales de un sistema, ó tegido sin reconocer una causa local.
	Generales reaccionarias.	Las pirexias generales que son la consecuencia de la accion de agentes especiales de muy distinta naturaleza y no en relacion muchas veces con las causas escitantes, pero que dispiertan en el organismo una resistencia manifestada por fenómenos piréticos.

. . . Flegmones, orzuelo, conjuntivitis, coriza, irritaciones simples de la mucosa, gastritis simple, otitis, nevritis etc.

. . . Pneumonitis (como tipo de las inflamaciones parenquimatosas), encefalitis, aranoiditis, gastroenteritis intensa, carditis, pleuritis, hepatitis, peritonitis, metritis, nevralgias intensas con fenomenos generales etc.

. . . Angio-carditis, como tipo de la calentura primitiva, por causa existente en el sistema sanguíneo (pletora, esceso de hematosina, causas escitantes del corazon y de los vasos arteriales) (1).

. . . La calentura, angio-carditis verdadera que rechaza al agente en circulacion, mientras que éste ó no se elimina, ó se trasforma, ó vence á la reaccion para aparecer con todo su carácter, ó verdadera naturaleza: he aqui la calentura de incubacion de las enfermedades miasmáticas y virulentas (viruela, sarampion, escarlatina, pemphigo, y el primer periodo de la fiebre primitiva).

---

(1) Pocas enfermedades corresponden á esta clase porque pocos sistemas generales se afectan por verdadera irritacion: las de la piel, sistema linfático etc. son casi siempre específicas.

28 *De las calenturas.* Nos fué preciso hablar de la calentura cuando tuvimos que dar nociones generales sobre la fiebre y muy especialmente al demostrar la necesidad de considerarlas como dos entidades muy distintas. Apenas llamó la atencion de los AA. la existencia de dos estados morboso que representan dos grandes ideas patológicas. Por lo que me fué preciso ya decir y por el cuadro piretológico anterior se habrá formado idea de mi propósito de demostrar la distancia que separa las enfermedades que deben llevar el nombre de calentura de las que merecen ser clasificadas como fiebres. Partiendo, pues, de lo que dejamos anunciado repetiremos que no hay mas que una calentura ni mas que una fiebre. Hemos indicado como se habian confundido ambas enfermedades hasta el punto de que Sauvages reconociese la existencia de una enfermedad á la que dió el nombre de *calentura paraphrosina*, y que segun las observaciones recientes se quiere parecer á un tiphus marítimo y sobre la que haremos aun algunas observaciones. Por lo demas ni en España ni en el estrangero se diò un verdadero significado á esta palabra que representa hoy enfermedades de tan opuesta naturaleza. La hemos difinido y lo repetiremos: para nosotros debe ser calentura la irritacion del sistema circulatorio, cualquiera que sea su causa, mientras conserve el genuino caracter flogístico.

29. Nuestro Piquer tenia nociones muy claras que no pudo desarrollar; Sydenham parece que quería desenvolver nuestro pensamiento; Pinel dió un gran paso que inutilizó despues; Bouillaud toca la distincion entre calentura y fiebre y se entrega á las ideas ya recibidas, y la confusion acrece á proporcion que mas se intenta estudiar una enfermedad que comprende dos entidades opuestas. Supo-

nían algunos que la calentura no era mas que la oposicion de la naturaleza á las causas maléficas que obraban sobre el organismo: veía Pinel la necesidad de admitir una irritacion del sistema circulatorio sin causa local, á la que dió el nombre de angio-ténica: Bouillaud creó su angio-carditis; mas el primero de estos cuando quiso reconocer la posibilidad de admitir con esta fiebre la complicacion séptica pregunta si es posible el consorcio de la angio-ténica y de la adinámica: si hubiera resuelto la duda se libraría de mil inexactitudes y de que le viésemos vagar en la sintomatológia y en la terapéutica de una misma enfermedad. Bouillaud se encarga de contestarle, pues que de hecho admite la posibilidad de una tal amalgama. Esa irritacion del sistema circulatorio caracterizada por pulso frecuente, pulsacion dura ó dilatada, calorificacion aumentada, con deseo de líquidos frescos, incomodidad general, dolor de cabeza mas ó menos intenso, orinas encendidas, pervigilio, es lo que caracteriza nuestra calentura, el sinoco simple de nuestros maestros. Reclama la dieta absoluta, los diluyentes refrigerantes, las evacuaciones de sangre, y en general el plan antiflogistico, que Sydenham, que Piquér, que Pinel, que Bouillaud recomiendan en su sinoco, su angio-ténica, su angio-carditis. Pero téngase presente que al reconocer como la patogenia de la calentura la irritacion cardiaco-vascular simple y genuina, admito dos modos en su existencia de que voy á ocuparme muy detenidamente; el uno se vé producido por causas escitantes; en el otro la causa eficiente puede tener una naturaleza muy variada.

30. Cuando el hombre en la plenitud su existencia se agita con esceso, se produce una calentura pasagera que el descanso hace desaparecer: en este caso no hubo mas que

una sobre-escitacion fisiológica del sistema circulatorio: mas si los escitantes internos ó externos egercen su accion de manera que se fije permanentemente esta irritacion, en tal caso se presenta la calentura: es, pues, esta enfermedad promovida por agentes que llevando su accion estimulante á la sangre y al corazon, se altera el círculo general por que aquel late con esceso de velocidad y fuerza, la circulacion se activa, todas las partes reciben esceso de estímulo: de aqui el aumento de calorificacion, que es habituosa, la incomodidad general, el dolor de cabeza y la frecuencia de la respiracion, todo proporcionado á la intensidad de la agitacion circulatoria. Y esto sucede tambien cuando la sangre es demasiado rica en principios estimulantes, ó cuando sufrió un rápido cambio en sus corrientes, ó cuando una temperatura elevada llevó sobre ella una accion escitante, y enfin, en el abuso de los espirituosos. En todos estos casos en que ninguna causa orgánica local, como dice Pinel, dió margen á la enfermedad, se dice que el hombre padece una calentura, segun nuestro lenguage, un sinoco impútrido, una fiebre inflamatoria, una angio-pyria, una angiotenica, una angio-carditis, una angio hemitis, una gastro-enteritis. Y pregunto yo ahora, cuando esta afeccion viene con una pneumonitis, una hepatitis etc. ¿como se la llama? Ella puede existir por si sola, ó puede ser un efecto de otra enfermedad existente que simpática ó secundariamente la produzca, pero no por esto deja de ser la calentura con su patogenia, sus síntomas, y su terapéutica, si bien en este caso se subordina á la enfermedad primitiva. ¿Que nombre preguntariamos dá Pinel, y Bouillaud y todos á este estado de la circulacion general cuando reconoce por causa un afecto pulmonal, gástrico, intestinal, vexi-

cal etc.? ¿No se dice generalmente que tiene poca ó mucha calentura en el que padece otra cualquiera afeccion? ¿por qué pues limitarse á ver solo la inflamatoria, la sinoco simple y la angio-carditis como existente por si misma, como á una fiebre, y no se la ha de distinguir de enfermedades tan distintas? La calentura es, pues, primitiva cuando la causa, ó agente ha obrado directamente sobre la sangre ó sobre el sistema cardiaco-vascular: es secundaria si la irritacion que afecta á este sistema es irradiada desde otra parte del organismo enfermo. bien sea simpática ó secundariamente. En el primer caso hay calentura y en el segundo hay tambien calentura con una identica patogenia. He aqui la pneumonitis con calentura, la gastro-enteritis con calentura etc. En la primera suposicion estan incluidas las fiebres llamadas flogísticas y en la segunda estan todas las fiebres llamadas gástricas, mucosas, biliosas, catarrales, verminosas, y sintomáticas: no son fiebres. ¿Pueden dar lugar á ellas? Lo veremos luego, pero avancemos una idea: el tránsito de una calentura á una fiebre solo puede tener lugar en las secundarias, y aun esto no por causa de la calentura sino motivada por la misma causa que promovió á esta: v. g. Una calentura llamada gástrica, porque una afeccion gástrica la produjo, puede pasar á fiebre, pero de este tránsito no es responsable la calentura, sinó la afeccion gástrica. Veremos esto muy claro cuando hablemos de la fiebre secundaria.

31. El otro modo de existencia que reconozco en la calentura, ó mejor dicho; además de esas causas irritantes capaces de promoverla, hay otras de muy diversa naturaleza que son el motivo de la confusion que observamos en tan interesante materia, y que quisiéramos hacer

comprender. ¿Por qué razon los AA. han de admitir sinocos, fiebres inflamatorias, angioténicas, angio-carditis con putridez, con adinámia, con atáxia, y fenómenos tiphoidéos? Si á Pinel se le resistía la reunion de tan distintos elemento; ¿por qué no profundizó en la causa de hallarse en la práctica hechos que parecían demostrarlo? Si se le resistia, pero lo observaba en su clínica ¿porque no procuró hermanar, con su tan decantado análisis, la razon y la experiencia? Las palabras sinoco pútrido, inflamatoria pútrida, angio-ténica adinámica, angio-carditis tiphoidea, representan una contradiccion, un antagonismo, una verdadera antinomía, pues que se componen de dos signos que por su naturaleza, su marcha, y sus efectos se rechazan, como la accion á la nulidad, el movimiento al quietismo, la vida á la muerte. No creemos posible la amalgama de dos elementos opuestos porque lo resiste la razon y lo reprueba la experiencia. Vaidy no considera posible esta reunion pues nos pregunta con sobrado fundamento «¿no es admitir la posibilidad de una contradiccion formal el suponer la coexistencia de un estado inflamatorio con un estado adinàmico?» El mismo Dubois, es bajo este aspecto, muy esplícito y piensa como nosotros negando la posibilidad de tal convinacion. «Los Autores, dice, han querido esplicar de otra manera la forma mista, diciendo que en estos casos la primera mitad del curso de la fiebre es inflamatoria, ò esténica y la segunda tiphoidea ó asténica. Pero nosotros no diremos que en estos casos haya dos períodos sinó dos enfermedades sucesivas y que toda afeccion que en un principio haya sido una simple y legítima reaccion inflamatoria y que despues presente todo el aparato sintomatológico del tiphus, no es la misma enfermedad exacer-

bada, sinó una nueva, resultado de una complicacion en que entraron otros elementos. En otro tiempo parecerían estrañas estas ideas, pero en el dia las confirma la observacion.» Muy cierto; la experiencia confirma que en la fiebre esencial primitiva, y aun á veces en los tiphus, existe este primer elemento flogístico, pero ni hay dos enfermedades, ni dos períodos, y mucho menos ese elemento adinámico añadído al elemento inflamatorio, porque en tal caso, si el elemento tiphoideo es la adicion y el flogístico la enfermedad, ¿que razon hay para llamar epidemia de tiphoideas, ni para decir que reina la fiebre, sinó que existe una epidemia de angio-ténicas, que es segun los Autores de que habla Dubois el primer elemento de la enfermedad? Por otra parte; Fournier y Vaidy aseguran que la calentura angioténica casi siempre es esporádica y muy raras veces epidémica: y esto no debe citarse como una excepcion; es la regla; es lo único posible y lógico. Pero se me dirá ¿es cierto ó nò que en la fiebre se observa ese elemento flogistico, esos síntomas que indican un estado inflamatorio pues que los Autores lo observaron y lo admiten como un hecho consignado por la experiencia de todos los siglos? ¿Y como pudiera yo negarlo cuando yo mismo lo he observado? Pero vamos á ver como aclaramos este punto de tanto interes porque nos servirá muchísimo en el estudio de la fiebre. Valgámonos aqui de las palabras de Vaidy para disculparse con Pinel. «No será la censura de los ilustres nosógrafos la que temeremos. El culto que estos prestan á la verdad nos sirve de garantia de que aplaudirán sinceramente las tentativas que hubiésemos hecho para disipar los errores que oscurecen la ciencia, aun cuando lleguemos á resultados contrarios á la doctrina que han profesado.»

32. En el primer período de la fiebre, palabra que para nosotros debe ser ya sinónimo de tiphoidea bajo todas sus formas, se observa realmente un estado flogístico, cardiaco-vascular (nuestra calentura) que ni es simpático de una afeccion local, ni sintomático de otra afeccion, pero que está íntimamente ligado en aquel momento con la causa tiphoidea antes que desenvuelva su accion, y por esto aparece mientras ella no egerce su influencia, cuyo campo le deja tan pronto los organos respondieron á su dañina accion adinámica. Esta calentura es aquella misma próvida reaccion que observamos en la incubacion de la viruela y del sarampion: es la manifestacion saludable que el organismo hace al reconocer un principio estraño en circulacion, como ya hemos indicado (2.ª p. p. 17.). Esta reaccion no es la enfermedad, como no es la viruela la calentura de incubacion: detrás de ella está el enemigo, contra el que se subleva el organismo. Es, pues, una calentura de reaccion, una irritacion del sistema cardiaco-arterial especialmente, producida por la presencia de un agente estraño cuya naturaleza no ha sellado aun á este mismo organismo que lo rechaza, pero que sucumbirá á su influencia ostentando luego su triunfo asténico, adinámico, disipador del estado flogístico. Esta reaccion no es la enfermedad; al contrario es el antidoto de la intoxicacion. Por esto veremos á su tiempo que pensamos con Andral sobre la práctica de apagar esta reaccion por el método de Bouillaud. Pero comprendamos bien que este estado flogístico solo se presenta en la fiebre de no gran intensidad, porque en los tiphus graves, epidémicos, en la fiebre amarilla, en el cólera y en la peste esta reaccion es una excepcion y su no existencia la regla; porque la causa es tan intensa que egerce rá-

pidamente su accion asténica, su efecto adinámico sin permitír reacciones. sin oposicion por parte del organismo: y por esto es que vemos con esperanza los anuncios de la reaccion en el tiphus asiático y en el icterodes. ¿Diremos entonces que la calentura que sobreviene es la enfermedad ó veremos en ella la resistencia orgánica á su morbida accion? Pues en los tiphus tan intensos la calentura reaccionaria viene despues que la causa está algun tanto neutralizada y no aparece al principio porque su intensidad sobrecoge al organismo. Y nótese bien que la falta de calentura de reaccion al principio de la fiebre es una cosa evidente y casi segura en la fiebre cuya causa ejerce su accion especial sobre el sistema nervioso como en los tiphus intensos, en los que el cerebro sufre la prediteccion del ataque, en el cólera en el que los nervios ganglionicos padecen preferentemente, y aun en las intermitentes cuyo periodo de reaccion es posterior á la accion morbida de la causa miasmática paludiana.

33. Y no se diga que estas ideas complican la teoria de la calentura y de la fiebre, porque un hecho que se llega á esplicar, por dificil que sea la prueba, es un hecho demostrado. Dificiles eran los cálculos de Newton que le llevaron al descubrimiento de grandes verdades; dificiles son los cálculos matemáticos y bien complicados pero ellos demuestran verdades. Mas complicado y dificil es comprender una contradicion porque es imposíble que una cosa sea y no sea aun mismo tiempo: es imposible que una enfermedad sea á un mismo tiempo asténica y esténica. Si se quiere esa claridad que seduce por su sencillez, óptese por los sistemas dicotómicos ó monotómicos (1.ª p. p. LXI y LXVII) de que hemos hablado: la verdad necesita prue-

bas, y estas están en la razon y en los hechos razonados. Esa irritacion bien pasagera, á veces no existente, que se nota en los primeros dias de la fiebre, y que obliga á admitir ese estado como un hecho necesario en la enfermedad tiphoidea, varia tan pronto la causa tiphica comienza á obrar, y entonces cesa ese estado orgánico-vital para dar lugar á la adinamia, y ese mismo corazon y la sangre y el sistema arterial toman su genio y su naturaleza: y el pulso varía de carácter y todo anuncia la ataxia, la adinámia y luego la septicidad. Bajo este aspecto admitiéramos mejor el pensamiento de Dubois que el de Bouilaud. Esa irritacion de las túnicas arteriales demostrando una flogosis con un elemento séptico no es cosa nueva; ya Frank la anuncia, ya antes Huxam y Pringle llamaban la atencion de los médicos para que no se dejasen seducir por síntomas que reclaman la flebotomia, respecto de que de tal manera disimulan alguna vez los orgasmos pútridos y disueltos de la sangre, que en la plétora y la diatesis inflamatoria muchas veces se han engañado los mas ejercitados profesores.» Tambien el eminente práctico Quarin cae en el mismo error, pero nos encarga mucha prudencia en sacar sangre «cuando el estado inflamatorio está unido con un principio de fiebre pútrida, en quien ha tenido una vida regalada.» Tiene razon: ese momento reaccionario es mas intenso y puede reclamar prudentes evacuaciones de sangre en sugetos robustos como diremos al tratar de la terapéutica de la fiebre. Por lo demás este estado es transitorio; mas marcado en sugetos robustos, y aun en personas nerviosas de gran susceptibilidad: pero tambien en ellas el desarrollo de la accion toxica es mas intensa, mas grave, mas imponente como ya probaremos,

34. Este período no existe en las fiebres miasmáticas de intenso grado, ó es muy pasagero y al momento toma la naturaleza de la causa: pongamos un ejemplo. El virus sifilitico tiene, para nuestro objeto, dos periodos: uno es su primera accion flogística, como principio estraño al organismo, y dá origen á irritaciones verdaderas que suelen reclamar los antiflogísticos, pero á poco tiempo, segun la intensidad de la causa, estos estados locales flogísticos adquieren el carácter sifilítico que reclama, no los antiflogisticos, sino los antivenereos. Broussais vió siempre la irritacion del mismo carácter y este fué su error. He aqui por que aun los médicos mas aficionados á la sangría en las fiebres sientan que solo se debe hacer al principio y Huxam nos aconseja que no despreciemos los momentos por que no se pueden compensar en los siguientes progresos de la calentura. ¿Y por qué? porque el estado de genuina reaccion es poco subsistente, y aun cuando al parecer continúe con la fiebre, los síntomas indican que ha perdido su carácter puro y solo se sostiene una alteracion circulatoria del carácter séptico, miasmático. Otras veces desaparecen del todo los fenómenos circulatorios; y la anemia y la irregularidad los reemplaza. Por esta razon es un consejo importantísimo el no precipitarse á obrar antes de bien diagnosticar: el anàlisis histórico del mal y su etiologia, el conocimiento de las enfermedades reinantes, del estado atmosférico son la clave para resolver el problema, que en todos los tiempos se vió con oscuridad. Los antiguos humoristas tenían tambien sobre esto sus dudas y asi era que, aun siendo galenistas, temían á la sangría en la fiebre porque exasperaba las cualidades de la bilis que era para ellos el agente principal de sus fiebres:

cuando dudemos no precipitarnos, decían. *Si verò febres sint inconstantes et exiguis constet non urgere et per consequens non esse periculum in mora, benè potest Medicus aliquibus diebus cessare ab auxiliis magnis, donec morbus constet:* esto decía nuestro Heredia, y esta es una máxima de prudente reserva.

35. Se tendrá ya una idea clara de la razon porque se creyó posible la coexistencia de la flogosis y de la septicidad, y la razon porque no admitimos esos dos elementos reunidos por mas que al parecer la observacion clínica os demuestre aparentemente, y por mas que esta idea venga sucediéndose desde tiempos muy antiguos, dando lugar á graves dudas para el tratamiento, que es imposible pueda ser al mismo tiempo antiflogístico y antiseptico ó antiadinámico, lo que debió autorizar la expectacion, ó el absurdo. No existe, pues, la angioténica, ni la angio-carditis como fiebre; solo existe como una calentura producto de la irritacion de las tunicas arteriales y del corazon segun fué conocida por Galeno (1.ª p. p. XXIX) y por Alejandro de Tralles (1.ª p. p. XXXI). Esta irritacion cardiaco-vascular, hemos dicho, puede ser primitiva, secundaria y reaccionaria, y por si misma no puede dar lugar á la fiebre por mas que Bouillaud crea lo contrario al asegurar que «en los casos en que la fiebre inflamatoria ò la angiocarditis es idiopática, los fenómenos tiphoideos pueden ser el efecto de la accion de materias ó de miasmas sépticos venidos de afuera ó formados en el interior mismo del aparato sanguíneo cuya flegmasia habria terminado por una verdadera supuracion mas ó menos abundante que seria seguida de esto que se llama hoy dia en cirugia, *infeccion purulenta.*» No podemos concebir como un talento tan cla-

ro como el de Bouillaud puede admitir paridad entre la infeccion purulenta, de que nos dá egemplo la cirugia, y la fiebre pyohémica ó calentura lenta con la fiebre tiphoidea. Por otra parte yo no sé si está probado por la anatomia patológica este estado de ulceracion de la membrana interna de las arterias por mas que Frank ya haya hallado en los cadáveres de personas muertas de calentura inflamatoria los vasos, y las arterias especialmente, con señales de inflamacion: y digo esto porque no se cual túnica es la supurada y ni creo se sepa aun con bastante claridad pues segun las observaciones de Mr. Giraldes á la Academia de Emulacion de Paris con motivo de una fractura del femur, no es la inyeccion vascular de ninguna de las túnicas arteriales quien caracteriza esencialmente la arteritis, sino para la membrana interna la descamacion de su epitelio que favorece la coogulacion de la sangre al nivel de los puntos inflamados, y para la túnica media una cierta infiltracion con resblandecimiento de tegido. Sin duda que estas observaciones pueden ser importantes para esplicar algunos fenómenos flogisticos, pero no para darnos una idea de como se forma esa supuracion vascular capaz de producir los fenómenos tiphoideos. Ya veremos al hablar de la fiebre como el concibe las fiebres llamadas esenciales, y limitémonos en este momento á reconocer que su angio-carditis no es mas que nuestra calentura que nada tiene que ver con las llamadas fiebres esenciales que todas se reducen á nuestra fiebre.

36. Por lo que respecta á la hematológia ó estudio de la sangre en la calentura tampoco estamos muy conformes apesar de los importantes trabajos de Andral y Gaveret. Nos es muy dificil deducir exactas consecuencias de la

doctrina hematológica porque comprende entre las pirexias las fiebres y ademas porque tambien entre las flegmasias no se colocan las calenturas y esta confusion hace que se atribuya ya mas veces á la pirexia lo que se debe á la fiebre y otras que se culpe á esta de lo que es propio de la calentura. Diremos nobstante para entendernos: 1.° que las cualidades flegmasicas de la sangre se deben hallar en mas o menos no solo en lo que se entiende por inflamacion sinó tambien en las calenturas mientras conserven su carácter genuino irritativo: 2.° Que las cualidades de la sangre en la fiebre se hallan siempre en menos tan pronto se presenta con su verdadera naturaleza; y no aparecen caracteristicas en las que son precedidas por la calentura de reaccion ó de incubacion; momentos en la que puede la observacion de la sangre inducirnos en error. En este momento solo debo ocuparme de la sangre en las calenturas, en nuestras verdaderas pirevias, porque ya no debo repetir que la fiebre no es una pirexia: en otro lugar me ocuparé de la sangre en la fiebre.

37. Como he dado pruebas de ser muy hipocrático me llama siempre la atencion al ver en nuestros hombres de la época actual, en nuestras celebridades médicas, gloria de nuestro siglo, citar en su apoyo á nuestro viejo Hippocrates, y séame permitido citar las palabras de Mr. Andral con los que iniciasen observaciones hematológicas.» Era uno de los dogmas profesados por la escuela de Cos, que para esplicar los fenómanes de la salud y de la enfermedad, era preciso tomar en consideracion los sabidos que entran en la composicion del cuerpo humano, los líquidos de los que están tan abundantemente provistos y las fuerzas que los rigen. Nobstante pocos médicos subsistieron

fieles á estos principios que Hippocrates ha sentado en muchas de sus obras, y especialmente en su libro de la *antigua medicina*, y observamos que Galeno reprende con amargura á sus contemporáneos de haber roto este bello conjunto de la antigua escuela griega, sin mas objeto que el hacer intervenir en la esplicacion de las enfermedades, los unos solamente los sólidos, los otros únicamente los líquidos y algunos, en fin, las fuerzas que penetran y animan la materia organizada. Asi es como se marcaban, desde antiguos tiempos, los tres grandes puntos de vista que de hecho separados y despreciados han producido los tres sistemas del solidismo, del humorismo y del vitalismo.» Asi justifica Andral la importancia que dà á la observacion de los líquidos del cuerpo humano y especialmente de la sangre. Pero vamos á nuestro objeto, y no olvidemos que la palabra pirexia, para el famoso hematologista, representa nuestras fiebres, y que en este momento solo nos interesan las flegmasias. «Acabo de demonstrar, nos dice, que existe una gran clase de enfermedades febriles en las cuales la fibrina de la sangre no aumenta jamás, y subsiste frecuentemente en cantidad normal y aun tambien disminuida (estas son nuestra fiebre). Hay otras en las cuales al contrario, se halla un aumento constante de este principio: estas son aquellas que son sintomáticas de esta suerte de alteracion de los sólidos (mejor digera del organismo vèase la 1.ª parte p. XC.) que desde tiempo inmemorial se llama flegmasia.» ¿Y es constante este aumento de fibrina en las enfermedades inflamatorias? ¿está siempre en relacion con la intensidad de la flegmasia? ¿En todos los estados flogisticos de los tegidos y vísceras es igual este ascenso de la cifra fibrina? ¿La costra llamada flogística

indica la flegmasia, su grado de intensidad y la prescripcion de las evacuaciones de sangre? Cuestiones graves son estas que no pudo desconocer Andral. «Cualquiera que sean las condiciones en que se halle el organismo, la intervencion de una flegmasia aguda produce necesariamente en todos los casos un aumento mas ó menos considerable de la cantidad de fibrina que la sangre debe normalmente contener. En el hombre, la fibrina, en una inflamacion aguda bien establecida, oscila ordinariamente entre las cifras 6 y 8 y se eleva en pocos casos entre 8 y 9. En el flegmon estenso con poco estado febril, 4, 7 y 5. En las inflamaciones de las mucosas se halla la fibrina en cantidad normal, si son ligeras, poco estensas y sin fiebre: en caso contrario aumenta. En las bronquitis estensas y agudas ha llegado á veces hasta 9. Las dos enfermedades en las cuales he visto la fibrina elevarse mas son la pulmonía y el reumatismo articular agudo: únicas en las cuales la he visto elevarse á la cifra 10.» He aqui en resúmen lo que mas nos interesa para probar el carácter de nuestras calenturas que despues compararemos con lo que nos dice la hematológia en la fiebre, lo que nos probará con cuanta razon separamos esta enfermedad de la clase pirexias. Pero razonemos sobre estos datos importantes.

38. Yo creo que podemos admitir sin riesgo de equivocarnos que la fibrina de la sangre aumentada en las flegmasias es una fibrina mal elaborada por el organismo en estado de sobre escitacion orgánica; que esta fibrina es elaborada en los órganos inflamados, y que por consiguiente la cifra es mayor á proporcion de la mayor estension é intensidad de la flegmasia y tambien segun la naturaleza del tegido, pues que el que elabora fibrina por su estructura,

como el sistema muscular, debe aumentar mas la cifra en sus flegmasias agudas estensas; que los tegidos que no elaboran fibrina como las membranas mucosas y serosas que tan solo elevan su fibra cuando las acompaña la calentura y en este caso este aumento no se debe á la flogosis local sinó á la escitacion general del sistema circulatorio; que la fibrina anormal es un producto mórbido y por consiguiente mal elaborado y que esta es la causa de la costra flogística tan variable: que esta costra indica el aumento de fibrina, ó la mala fibrina producto de una flogosis local estensa, ó general pero que por si sola no reclama las evacuaciones de sangre; que en las flogosis é inflamaciones desaparece la costra cuando la flegmasia hace degenerar los organos; que esta costra y el aumento de fibrina no basta para formar exactas indicaciones; que el aumento de fibrina existe en las calenturas y flegmasias que siempre son elaboradoras por su naturaleza, pero que solo se hace notar en la sangre, cualquiera que sea su causa, cuando son intensas y sostenidas; enfin que ni la costra ni el aumento de fibrina caracterizan las calenturas ni las inflamaciones, como algunos quisieron sentar, pues que no existen al principio, en los primeros momentos en que el profesor intenta hacer el diagnóstico. Es nobstante de gran importancia el exámen de la sangre en gran número de males y por consiguiente de gran valor los estudios hematológicos. Apesar de todo, las observaciones de Beau están llamadas á producir un mayor cambio en las ideas con respecto á la sangre, á la plétora, á la costra flogística, y á la naturaleza de la inflamacion y su plan terapéutico. Quiera el cielo sea este un progreso para la ciencia.

39. La calentura, pues, llama la atencion del médico

bajo el aspecto de su causa: siendo ella una, única en su existencia patogénica (la inflamatoria, angio-ténica, angio-carditis), es las mas de las veces un efecto de otra causa local que debe ser la primera á atenderse por el profesor. El plan antiflogístico de mayor ó menor intensidad; la espectacion en un gran número de casos; la dieta, la quietud, la humectacion, la tranquilidad son los recursos que reclama en su genuina existencia: pero las mas de las veces no tiene esta existencia aislada, no existe por si misma, es secundaria y debemos tratarla como en segunda línea cuando fuese preciso moderarla, regularizarla procurando disipar el afecto orgánico que la promueve: he aqui las diversas especies de la calentura clasificada, no por su patogenia, que es siempre idéntica, sinó por el agente que la promueve. Por esto me es preciso hacer una sencilla clasificacion etiológica para poder estudiarlas. Esta clasificacion no debe abrazar enfermedades de diversa patogenia y por esta razon será mas lógica que las que hasta aqui se han proclamado como tan exactas, pues como he dicho en el prólogo, las nosológias fueron una ostentacion de lujo despues que Plater y Cesalpino han hecho ver su utilidad. Asi Sauvages, Linneo, Vogel multiplicaron los géneros hasta la confusion: esceso que procuró remediar en gran parte Pinel, pues desde los doce géneros de calenturas de Sauvages con una gran multitud de variedades; desde Vogel con sus ochenta géneros, supo reducirlas á seis órdenes que comprenden veinticuatro géneros á que reduce nuestra fiebre y nuestra calentura. Pinel nos quiso dar una leccion de lógica y de modesta prudencia manifestándonos, al clasificar sus fiebres, que ignorando su esencia debía hacerlo segun los datos que la experiencia le suministraba.

No era fácil esta clasificacion queriendo difinir la calentura y la fiebre á un mismo tiempo sin fijarse en que su angio-ténica no tiene nada que ver con su adinámica ni con ninguna de las otras. Lo repetimos: ese egemplo que se quiere tomar de las clasificaciones botanicas y geognósicas no se aviene con enfermedades que no son individuos sinó modos accidentales de ser de los órganos: tomemos si de los botánicos los métodos de descripcion como lo aconseja nuestro Piquer y sacaremos mas ventaja que de la imitacion nosológica. Se me dirá acaso que soy inconsecuente pues voy á clasificar; no voy á clasificar, voy á ordenar en un órden lógico sin formar clases, obligar órdenes, y formar géneros; voy á estudiar la calentura individualmente, y á separar la fiebre de una clase á que no pertenece.

ETIOLOGIA.

CALENTURA.

- **Primitiva.**
  - Por agentes que dirigieron su accion irritativa sobre el sistema arterial y el corazon.
- **Secundaria.**
  - Por saburras gástricas.
  - Por irritaciones gástricas, ó gastro-entéricas.
  - Por irritaciones gastro-hepáticas.
  - Por irritaciones mucosas con aumento de secrecion folicular, ó perversion de la membrana.
  - Por irritaciones agudas de la mucosa traqueo-bronquial con aumento de secrecion follicuar.
  - Por lombrices.
  - Por agentes toxicos, miasmáticos, ó virulentos en su incubacion.

SINONIMIA.

. . { Sinoco simple, calentura ó fiebre inflamatoria, sanguínea, Angiotónica: Angio-carditis: Angio-hemitis: Angio-pyria, (Nuestra calentura).

. . . { Calentura ó fiebre gástrica, saburral, colubies gástrica aguda, indigestion con calentura. (Calentura por indigestion).

. . . { Gastritis aguda, meningo-gastrica, gastro-enteritis, fiebre gastrica. (Calentura gastrica).

. . . { Fiebre, ó calentura biliosa, ardiente, gastro-hepatitis, colepiria. (Calentura gastro-hepatica).

. . . { Calentura, ó fiebre mucosa, adenomeningea, glutinosa, pituitosa, adennopiria. (Calentura mucosa).

. . . { Fiebre ó calentura catarral; catarro con calentura. (Calentura catarral).

. . . { Fiebre, ó calentura verminosa.

. . . { Fiebre ó calentura variolosa, morbillosa, escarlatinosa, Angio-carditis tiphoidea etc. (Calentura reaccionaria).

10. *Calentura. Su etiologia, descriccion* y *terapéutica.* Si fuera posible sujetarme á ser rigurosamente lógico me abstendria de tratar de la calentura considerada en su causa y como un efecto de estados locales mas ó menos graves y variables, porque ya he hablado de la calentura en su acepcion genuina, y únicamente en este lugar me fuera permitido fijar la atencion en la una de entre tantas enfermedades que merecieron este nombre. Nobstante como en realidad, cualquiera que sea el órgano afécto ò su modo de ser morboso, se presenta la calentura con variedad en su invasion, en su carrera, en su pronóstico bajo la influencia de las variadas causas que la promueven, podré estar autorizado para estudiar la calentura segun el origen de donde parta como secundario afecto mórbido. No dejo de conocer que podrá haber escrupulosos que me opongan argumentos al parecer concluyentes por separar de las fiebres ciertas calenturas localizadas por Pinel, y aunque con menos exactitud ya anteriormente localizadas, como son la meningo-gástrica, adeno-meningea, pues que ellas pasan fácilmente á presentarnos los síntomas de la verdadera fiebre; pero, si bien lo observamos, el mismo nosógrafo al que no le negamos una gran perspicacia, despues que fija el órden segundo, *fiebre meningo-gástrica,* lo estudió especialmente en sus causas, colubies gástrica, colubies intestinal, cólera morbus, fiebre biliosa con otras muchas trasformaciones: de aqui se infiere que estudió los órganos de donde le parecian partir los fenómenos piréticos, que se agregaban á las lesiones primitivas del estómago, intestinos, hígado, etc. y lo mismo sucede con su adeno-meningea. Pero el verdadero argumento seria el pedirme esplicaciones porque las lesiones de otros tegidos no fueron incluidas

por los AA. en la clase fiebres aunque produgesen fenómenos piréticos, y sí algunas lesiones de diversa índole gástro-entero-hepáticas y de las que se vén resultar verdaderas fiebres; lo que autorizaria su designacion en la clase fiebres. A esto contestaré que las enfermedades verdaderamente flogísticas gastro-entero-hepáticas no son las que dan origen á la fiebre secundaria, sinó otro modo de ser morboso del estómago é intestinos que merece ser estudiado separadamente de las flogosis como ya quiso hacerlo Pinel sin haber llenado su objeto; estados que no son la fiebre pero que pueden dar lugar á ella por sus circunstancias segun probaremos al hablar de la fiebre esencial secundaria. Por esta razon voy á tratar de esas enfermedades del tubo digestivo que ni son la fiebre ni son la calentura, pero son muy abonadas para producirlas, y de aqui el confundirlas por muy diversa que sea su patogenia y el darlas el nombre ilógico que llevan, que será tan autorizado como si se llamase á una pneumonitis calentura pneumónica como debiera hacerse segun las ideas de Frank que pronto citaremos.

41. Me es preciso en obsequio del órden y de la claridad presentar sencillas descripciones de las calenturas que fuerōn mal comprendidas en la clase *fiebres*; pero lo haré, como creo deben hacerse estos estudios sintomatológicos, sin aglomerar fenómenos que pueden ó no presentarse y que hacen confuso, recargado y tambien inútil el cuadro nosográfico. Veo en este punto un abuso que nobstante fué muy elogiado. Se consideran como de un mérito nosográfico importante las narraciones descriptivas sobrecargadas de tintes alarmantes y en las que no queda por presentar ningun fenómeno de los que pueden sobrevenir en los casos

de mayor gravedad; y asi se hacen indigestas é imposibles de retener en la memoria. Yo quisiera un fino pincel que solo me presentara los rasgos característicos sobre los que despues se pueden sobreponer los tan variables trages de que puede adornarse un mismo individuo. Por esta falta de sencillez han recibido las fiebres tanta multitud de nombres que cada epidemia, reclama uno especial para si, siendo idéntica la enfermedad. Pero hay otra razon para que se proclame toda la sencillez posible y esta es que se confunden las calenturas y las fiebres de manera que al presentarse una de ellas no se sabe que nombre darla aun recurriendo á las nosologias. Si se quiere una prueba de esta verdad compárese la sintomatologia de Frank con la de Vaidy y de Pinel y se verá el lujo de diagnóstico dificultando su verdadera apreciacion. Mas de una página de síntomas trae el primero solo para describir la calentura gástrica, si bien parece que luego reconoce este abuso, pues nos hace la siguiente advertencia que considera de grande importancia. «Guardémonos de atribuir á la indigestion enfermedades, que aunque á la verdad van acompañadas de calentura y de vómito, reconocen, sin embargo, un origen diferente, por ejemplo, la encefalitis, el periodo de incubacion de la viruela, la carditis, la gastritis, la enteritis y la hepatitis:» advertencia exacta, pues que los vómitos y otros muchos síntomas que se indican como patognomonicos no lo son y pertenecen á otras enfermedades. Idénticamente Pinel trae una estensa y variable sintomatologia en su angio-ténica. Si realmente admitimos como característicos todos los síntomas que acompañan algunas veces á esta calentura, y á todas las demas enfermedades de esta clase, mucho lujo de sintomas pudiéramos os-

tentar. Por todas estas razones seré muy reservado en presentar como característicos fenómenos que no lo son ó no se presenten alomenos, en el mayor número de casos.

42. *Calentura sanguinea*, cardiaco-vascular, angio-ténica, angio-carditis etc. He dicho en el pàrrafo anterior que en un sentido estrictamente lógico el artículo calentura debía estar reducido al de esa irritacion cardiaco-vascular que constituye su patogenia; y realmente despues de hablar de ella en este lugar habremos terminado nuestros estudios verdaderamente piretológicos, porque lo que nos resta que estudiar serán únicamente causas que pueden promoverlo: entiéndase bien esto porque á decir la verdad está hoy mas oscuro el campo de las calenturas que el de las fiebres, en las que hay solo pequeñas pero claras divergencias. Y si quisiésemos una prueba de ello bastaría citar á Frank cuando nos dice con estilo dogmático «estamos convencidos perfectamente de que las flogosis de las vísceras, designadas con el epiteto de inflamatorias, no son realmente mas que calenturas contínuas inflamatorias con una flogosis parcial.» Este es un error porque las flogosis viscerales y aun las de los tegidos son anteriores á la calentura, y no esta anterior á ellas, y en todo caso serían, como lo son, inflamaciones con calentura y no calentura con inflamacion. Este seria el órden lógico.

43. *Etiologia*. El temperamento sanguíneo; el alimento muy restaurante; la vida sedentaria; la atmósfera pura y las corrientes del norte; la edad de juventud, y del completo desarrollo; hemorragias habituales suprimidas; los alimentos estimulantes y abuso de bebidas espirituosas son las causas que predisponen á la calentura primitiva angio-cardiaca. Bajo de estas disposiciones, el calor ó frio escesivo; las pasio-

nes activas, sobre todo la cólera ó la alegria, un inmoderado ejercicio, y en general toda causa escitante dá origen á esta calentura. La promueven tambien muy variadas lesiones del organismo y son entonces secundarias.

44. *Sintomatológia.* Son notables todos los fenómenos de exaltacion circulatoria que aparecen sin preparativos, sin casi prodromos. Calor intenso halituoso, dolor de cabeza gravativo, sensacion de cansancio, opresion de fuerzas, sed, pulso fuerte, frecuente, desenvuelto, blando en la juventud, duro en la mayor edad; color rosado de la cara; ojos vivos y conjuntiva algun tanto inyectada; orinas escasas y encendidas. Tras estos síntomas pueden presentarse los de variadas congestiones, y gran número de fenómenos morbosos como el delirio ó el sopor, las hemorragias etc.

45. *Patogenia.* La hemos ya anunciado muchas veces; la irritacion mas ò menos intensa del corazon y membrana interna del sistema arterial, promovida por causas generales escitantes ó por lesiones de otras visceras ó partes de la organizacion. (p. 28.)

46. *Pronóstico.* No es grave sinó se desatiende, pues en este caso las congestiones á que dá origen la hacen peligrosa; este es su mayor riesgo. Si no se complica con estados anteriores gastricos nunca pasa á ser la fiebre. Termina en el primer septenario, y por lo regular antes y aun en el primer dia bien auxiliada, ó por hemorragia ó sudor.

47. *Terapeutica.* Dieta absoluta; quietud; atmósfera templada; bebidas atemperantes; plan antiflogístico con sangría ó sanguijuelas segun la edad, la constitucion y la intensidad del mal. Si se presenta el sudor que el enfermo tolera sin incomodidad, respetarlo: no sofocarlo con ropa, pero si hay sudor placido tampoco debe desarroparse. Si se teme con-

gestiones atenderlas con urgencia porque el mal es agudo. Pero es necesario ser muy prudentes en la calentura secundaria de otra afeccion, en cuyo caso debemos fijar el ojo derecho en la afeccion primitiva y el izquierdo en la secundaria: en gran número de casos esta nos indica el progreso ó el descenso de la otra y á falta de otros síntomas locales suele ser un buen barómetro; pero en realidad la afeccion primitiva es la que debe llamar nuestra mayor atencion, porque apagar el efecto no es curar la causa: este es el gran escollo de los que ven la fiebre en la calentura: en la calentura de reaccion y en la secundaria es este error de graves consecuencias, como probaremos al hablar del primer período ó período de incubacion de las intoxicaciones y sobre lo que ya hemos indicado algunas ideas (2.ª p. p. 32 y siguientes).

48. Aqui fuera el lugar de ocuparnos del plan antiflogístico de la angio-carditis de Bouillaud, plan propuesto por él y que unicamente puede estar indicado en las grandes inflamaciones y en esta calentura. Su fórmula consiste en grandes y frecuentes sangrías que llevan el objeto de yugular la enfermedad, pero que en imperitas manos puede tambien yugular al enfermo. Ya hemos visto las ideas de Beau (2.ª p. p. 27.) sobre la sangría en las inflamaciones, ideas que parece merecieron aceptacion, pero que no se pueden admitir sin reserva. Si, pues, la sangría no es tan aceptable como suponía Beau en las intensas flogosis, menos debe serlo en la calentura, y muy particularmente en la de reaccion secundaria que es en la que tanto pondera Bouillaud los maravillosos efectos de su *sangría suficiente*. Nos ocupará este objeto en la terapéutica de la fiebre.

49. *Calentura gástrica*. Meningo-gástrica.=Calentura

saburral. ¿Qué pensaremos de esta calentura? Anunciadas nuestras ideas ¿como veremos esta enfermedad? Fácil es conocerlo. Pinel que fué el primero á fijar su verdadero significado no trató de la calentura gástrica, sinó del estado gástrico· y nada tiene de particular el que se note esta imperfeccion: Pinel tenía mas razon que Frank, porque estudió la causa gástrica promovedora de la calentura. Es esta enfermedad muy frecuente, muy conocida, muy simple en su primer aspecto, pero llena de peligros en su marcha. Mereciera por lo mismo nos ocupásemos en algunas consideraciones por que ella es la madre natural del mayor número de fiebres esporádicas que observamos en la práctica, pero como al hablar de la fiebre primitiva y secundaria tendrá que llamar nuestra atencion la calentura gástrica nos limitaremos á breves indicaciones sobre este objeto al estudiar su patogenia.

50. *Etiologia.* Toda causa que perturbe la digestion alimenticia en el estómago (saburra alta) ó intestino delgado (saburra baja) puede ser el motivo del infarto, saburra, colubies gástrica, asiento de alimentos, de empacho. A este efecto predispone un débil estómago, el abuso de alimentos, los de mala calidad, y la interupcion de la elaboracion gástrica ó duodenal por causas accidentales, como una inesperada noticia, el miedo ó intensos trabajos mentales. Estas causas no obran produciendo la calentura sinó dando motivo á una enfermedad que puede escitar la circulacion cardiaco-vascular, ó limitarse á los efectos locales: en este segundo caso no pasa de ser una indigestion, la colubies gástrica de Pinel; en el primero se presenta la calentura que por razon de la causa que la escita se la da el nombre de gástrica. Pero hay otro estado gástrico, que sin reconocer por

causa una indigestion marcada presenta los caracteres de una alteracion muy clara de la membrana mucosa del estómago producida por el mal régimen, ò por influencias atmosféricas y de las que hablaremos en la patogenia de esta enfermedad.

51. *Sintomatologia*. Inapetencia, anorexia, propension al vómito, mal estar general, disgusto, lengua cubierta de un barniz oscuro, amargor de boca, incomodidad epigástrica, palidez facial. Si la indigestion no es fuerte, la abstinencia completa y algunas deposiciones alvinas terminan este estado. Lo mismo suele suceder si espontánea ó artificialmente se promueve el vómito á poca distancia de la indigestion, pero en otro caso los productos indigestos pasan al tubo intestinal y se establece un mal estado del tubo digestivo que dispierta la calentura con mas ó menos intensidad; se generalizan los síntomas, viene la sed, el dolor de cabeza frontal, duele el cuerpo, se seca la lengua, viene el pervegilio, la orina es turbia y sedimentosa. Estos síntomas del segundo periodo no son tan caracteristico como los del primero, y si quisiésemos llevar esta calentura hasta la fiebre le podríamos agregar todos los síntomas mas graves de la tiphoidea como lo hacen el mayor número de nosofogistas. En este estado continua la enfermedad todo el primer septenario, en el que debe terminar á beneficio de la naturaleza ó del arte porque si pasa al segundo debemos recelar su tránsito á otra enfermedad. La terminacion mas favorable es la diarrea.

52. *Patogenia*. Se me preguntará sin duda cual es la patogenia, ó la naturaleza de la calentura gástrica. Aqui debo detenerme un poco porque es preciso presentar algunas ideas importantes sobre las variedades con que se presenta la afec-

cion local que dá origen á esta calentura. Es muy clara y para nadie dudosa la clasificacion de las saburras gástricas por indigestion, pero no siempre es tan obvia esta causa porque no precedió empacho y los síntomas no son tan manifiestos. Esta dificultad que hemos tocado al final del párrafo (50) es la causa de mil disputas sobre las indicaciones terapéuticas. Vamos á ver de cuantos modos puede afectarse el estómago dando siempre por resultado la calentura gàstrica. 1.° El alimento cualquiera que sea su calidad ó cantidad no pudo elaborarse por el estómago, lo que puede suceder por mil variadas circunstancias y se produce una indigestion. Basta muchas veces una gícara de chocolate para causarla. El estòmago, centro de la vida de conservacion, relacionado con todas las vísceras del cuerpo humano, sufre una alteracion incómoda, su circulacion capilar se perturba, su sistema nervioso, de una importancia y conexiones inmensas, irradia su estado morbido, como irradia su bien estar fisiológico impresionado por alimentos de buenas cualidades, y el corazon toma parte y viene la calentura: todo el organismo se resiente del estado de la viscera central con ese disgusto de mal estar que remplaza á la sensacion de placer en las buenas digestiones: el dolor de los senos frontales manifiesta la parte que toma el encefalo que tan unido está con el centro gástrico. La patogenia, pues, de la calentura gástrica por saburra, es el cambio orgánico que ella produce sobre esa membrana mucosa, rudimento de la animalidad, verdadera base de las funciones de nutricion y que tiene tanto número de relaciones. Mientras que la enfermedad no pasa de aqui, el trastorno orgánico y por consiguiente funcional no presenta un carácter grave

y verdaderamente determinado, y por esto es que se disipa pronto, cede fácilmente á los recursos apropiados, y su carrera no escede de siete dias. Pero si la lesion de los tegidos es mas profunda, ya por no haber atendido á la causa, ya porque el efecto gástrico no sea del carácter verdaderamente saburral, la afeccion gástrica es ya otra cosa. 2.ª El mal régimen alimenticio, los condimentos y bebidas alcohólicas, los escesos de intemperancia predisponen mal el estómago que se resiente á un pequeño esceso, ó bien el estado atmosférico sobre-escita su membrana mucosa que digiere con dificultad y bajo la menor causa se altera, se irrita, sus vasos capilares se inyectan y aparecen los síntomas de la calentura gástrica con sensacion epigástrica, sed, lengua seca, y calentura, dando lugar á una afeccion cuya patogenia es irritativa: este modo de ser gástrico es el mas frecuente que sostiene, por dos septenarios, la calentura. Es muy importante esta distincion porque si bien en su carrera presentan los mismos temores, su plan curativo es, algun tanto variado. 3.ª Cuando las afecciones gástricas ó se presentan en sugetos de idiosincrasia hepática, ó la caûsa ha sido el abuso de licores, ó una irritacion sostenida sobre el estómago por el calor del clima desenvolvió esta irritacion, porque ya sabemos la íntima é imprescindible relacion que existe de tegido y funcional entre la piel y las membranas mucosas interiores, entonces, digo, esta irritacion se trasmite al hígado y se presenta la calentura biliosa con los mismos caracteres que la gástrica, pero con la adicion del tinte amarillento que indica la sobre-escitacion hepática, con el calor mas intenso y acre, y la sed insaciable. Esta variedad es la que vieron Tissot y Stoll como estacional; y

Sprengel como epidémica. He aqui las diversas variedades de calenturas gástricas que dieron lugar á las fiebres llamadas biliosas, ardientes, y á las calenturas gástrico-biliosas, á las fiebres coléricas y aun al cólera-morbus que algunos autores quisieron colocar en esta clase: Ballonio fué el primero que la dió el nombre de fiebre gástrica. Esta calentura, asi considerada, es la base de todas las fiebres para los localizadores y tambien para los que quisieron simplificar esta clase, y para Odier el elemento básico de todas demas. Nosotros pensamos que en realidad no se pueden confundir todas las alteraciones gástricas que pueden producir calentura, porque si bien el fenómeno piréctico es igual, la causa y la patogenia de la enfermedad es diversa, como, por no ser mas difusos, vamos á probar en su terapéutica.

53. *Terapéutica de los estados gástricos con calentura.*—La colubies gástrica alimenticia no nos debe ocupar mientras se limita á una simple indigestion sin presentar calentura; nobstante como es una causa frecuente de ella consideraremos su curacion como el primer grado de la calentura gástrica, en el cual los signos que nos demuestren la existencia del aparato gástrico exigirán los evacuantes teniendo presente aquel consejo de Hippócrates que nos previene eliminar por arriba las saburras estomacales y por abajo las saburras bajas. Pero adviértase que son muy pocos los casos en que el Médico es llamado con tal oportunidad que las indicaciones del vómito sean claras y exigentes, porque las saburras del ventrículo pronto bajan á los intestinos y entonces la mas clara indicacion es la prescripcion de los purgantes salinos, la dieta absoluta, los diluyentes. Desde la doctrina de Broussais se habia repartido un

terror pánico contra los eméticos, que se suponia aumentaban la irritacion del estómago é intestinos, pues que ella era la patogenia de las calenturas gástricas, pero realmente sus exagerados temores no estaban fijos sobre estos estados sino sobre aquel que constituye una de las variedades de la calentura gástrica que el célebre reformador consideraba como gastro-enteritis. En su tiempo y bajo la influencia del brunísmo y de la práctica de Stoll y en la influencia casi universal del humorismo es cierto que se abusaba del emético contra el que se declaró la escuela fisiológica. Nobstante, la razon y la experiencia apoyan su administracion y la importancia del plan evacuante en las verdaderas calenturas gástricas del primer grado; es decir saburrales, por indigestion y en el primer septenario.

54. En las calenturas gástricas del 2.° y 3.er grado la importancia del vomitivo es mas problemática, porque pueden no existir materiales que espulsar y el trastorno que causa el vómito puede agrabar la modificacion irritativa que sufre el estómago. En este caso es preferible la administracion de los preparados salinos laxantes como el crémor de tártaro, el sulfato de magnesia, que á un mismo tiempo limpian las impuridades y se oponen á la descomposicion séptica. En esta variedad de la calentura gastrica pueden convenir las evacuaciones moderadas de sangre al epigastrio, cuando, convencidos de la vacuidad del estómago, reconocemos señales de irritacion gástrica, lo que se demuestra por la intensa sed, la sequedad, rubicundez, y temperatura elevada de la lengua.

55. En las calenturas del tercer grado apenas está indicado el vomitivo, y por el contrario la razon dicta los evacuantes inferiores, el uso de la mistura de cremor las

bebidas subacidas y las evacuaciones de sangre locales al epigástrio, ó al ano segun temamos ó reconozcamos congestiones sanguíneas al estómago, intestinos ó hígado. Seámos justos: dice muy bien Broussecais «los sintomas biliosos se curan mas pronto y seguramente por las sanguijuelas aplicadas al epigástrio, ó solamente por la abstinencia y por el agua que por los eméticos.» Efectivamente la dieta absoluta, el agua de cebada, suelen ser suficientes en su grado de menor intensidad. Jamás la causa local que produce esta enfermedad, reclama la sangria pero podrá exigirla la calentura en sugetos robustos, jóvenes, ó de buena constitucion, segun lo hemos indicado en otra parte (47.) Esta forma de la calentura gástrica biliosa es la que describe Frank bajo el nombre de *biliosa-inflamatoria, y biliosa-reumática* que no merece formar una variedad á no querer admitir tantas como fenómenos pueden acompañarlas. Como al hablar de la fiebre esencial secundaria tenemos que volver al tratamiento de la calentura gástrica, sea suficiente lo dicho para comprender la base de su therapeutica, que puede ser variable en su carrera segun dos exigencias muy atendibles; su patogenia y los síntomas accidentales que pueden presentarse. Debemos nobstante manifestar que apesar de la exactitud con que Stoll y tambien Odier describieron la calentura biliosa, como estos eminentes prácticos llevaron su intensidad hasta estralimitarla de su localizacion primitiva para presentarnos la fiebre esencial secundaria, no hemos querido fijar mas que su verdadera y simple fisonomía sin recargarla con rasgos que no son suyos sinò de una grave lesion general á que dió orígen la afeccion local.

56. *Calentura mucosa, adeno meningea, adennopiria.*—

Irritacion de la mucosa gástrica con secrecion folicular aumentada y acompañada de calentura.—Notable es esta enfermedad por su carácter grave y su tendencia à terminar en la fiebre. Fué descrita bajo el nombre de fiebre cotidiana por los antiguos que la consideraban como una afeccion humoral; llamada *latica* por Avicena, y perfectamente descrita por Galeno, mereció ser estudiada por Baglivio bajo el nombre de *mesenterica*, pero que la distinguió muy especialmente con el nombre de *linfática*, por Roderer y Vagler bajo el de *enfermedad mucosa*, de *adenomeningea* por Pinel y de *adennopiria* por Alibert, y que Chomel y con él Valleix comprenden en la palabra fiebre tiphoidea. ¡Cuanta inexactitud y cuanta confusion! Es preciso separar la causa de su efecto, y lo simple de lo compuesto. La calentura mucosa es una entidad de orígen local, una modificacion de la membrana gastro-entèrica que nada tiene que ver con la fiebre tiphoidea como vamos á demostrar.

57. *Etiologia.* El uso de alimentos de mala calidad, la permanencia en lugares humedos y pantanosos, las estaciones frías y humedas, los pueblos lluviosos sobre todo si están en baja localidad y con poca ventilacion, son causas abonadas para dar orígen á esta enfermedad y muy especialmente en sugetos de temperamento linfático, en niños y viejos, en personas depauperadas. Suele presentarse bajo la influencia de ciertas constituciones atmosféricas en las que los vientos del Norte en estaciones de verano no permitieron la depuracion periferica presentandose luego el otoño humedo y frio. Esta enfermedad fué la que hemos observado en la epidemia que en 1853 reinó en Noya y sus inmediaciones, y la que bajo variados nombres observaron Baglivio en Roma y Wagler en Gottinga.

58. *Sintomatologia.* Facil nos sería recargar el cuadro sintomatológico de esta calentura, ya porque la hemos observado muchas veces desde su faz mas sencilla hasta la forma mas grave, ya porque mereció ser descripta por eminentes profesores ¿Pero que haríamos con agrupar alrededor de esta entidad morbida todo cuando mas grave puede acompañarla mas que oscurecer su diagnóstico? Su invasion es lenta, sin gran aparato; mas bien son fenómenos generales de malestar que sintomas locales: apenas escalo-frio, apenas calentura, un disgusto general, anuncia la enfermedad. La frecuencia del pulso, apenas á veces notable, el calor sin gran exageracion, la lengua húmeda y blanca cubierta de un barniz que llega á parecer con notable exactitud como si se diera un baño con nata de leche; poca sed, y si alguna hay al querer beber repugnancia á los líquidos; bascas mas bien que vómito y si este se realiza, por promoverlo, se espelen humores glutinosos, se notan pequeñas aftas en las encías, y labios: abatimiento; disgusto; insomnio: recargos por la noche sin grande intensidad, lo que autorizó el nombre que le dieron los antiguos de cotidiana: apenas dolor de cabeza: orina turbia, sensacion dolorosa al quigastrio. Con estos sintomas, de aparente benignidad, el mal llega hasta la postracion, al delirio bajo, á los borborigmos, al meteorismo, y á la verdadera postracion, anunciando que la afeccion gastro-intestinal llevó á los centros orgánicos la intoxicacion y la septicidad. Decia muy exactamente Baglivio: *en celeres ruinæ: en precipitia; en repentina mala, et stupente medico ac malignitatem accusante œger in manibus citò citò perit: vera dico, experta dico, sancteque affirmo.* Asi hablaba este célebre Médico afectado aun por enfermos que tenía

entremanos, observando que la malignidad de la pituita dañaba la sangre: he aqui anunciado el tránsito á la fiebre por Baglivio. Es esta calentura de larga duracion, como todos los males que no tienen un verdadero carácter inflamatorio. Pero témase mucho su prolongacion cuando se estiende á mas del primer septenario por simple que parezca. Gran peligro hay en el segundo septenario y eminente en el tercero, porque los humores segregados de un modo patológico en el tubo intestinal degeneran y dan lugar á la fiebre, que no se cura, por lo regular, no destruyendo el foco de septicidad. Baglivio encargaba mucha vigilancia; atribuía su gravedad á los remedios inoportunos, y en verdad que Baglivio parecía presentir la época de las flogosis á las que era muy inclinado. Es siempre grave esta enfermedad.

59. *Patogenia.* ¿Cual es la naturaleza de esta calentura? A la verdad y apesar de tanto como se ha dicho sobre ella yo la considero aun mas facil de comprender que la gástrica mas sencilla. La calentura mucosa es el catarro de la membrana gastro-enterica que en su variada estructura, en sus relaciones innumerables, en su esencialidad funcional, en sus funciones secretarias debe verse como una membrana de notable organizacion. Las causas que promueven esta enfermedad, las predisposiciones que reclama, los sintomas que presenta, todo indica que está modificado el tegido de un modo que afecta sus secreciones, sus exalaciones, sus funciones, sus relaciones y hasta su modo de existencia. No es una irritacion simple, flogística; es una irritacion secretoria, notable, de carácter especial, pero cuyo elemento flogístico es bajo: hay una modificacion de tegido que pierde pronto el elemento flogístico que puede tener;

por esto la sed no molesta, la lengua está húmeda, las simpatias son oscuras. Asi se esplica la influencia que en su produccion tienen las variaciones atmosféricas sobre todo cuando las estaciones son variables, y constantes en el estío los vientos frios y secos y los otoños húmedos y frios. Bajo estas intemperies, las mucosas se afectan; vienen los catarros y los males consecuentes al defecto de depuraciones perifericas, y sobre todo en sugetos linfáticos en los que las funciones de estas membranas tienen ya fisiológicamente cierto grado de desarrollo. Baglivio ya notó, y despues fué opinion muy general, la facilidad con que se afectaba el mesenterio en esta calentura. Wagler dice haber hallado en los cadáveres señales de inflamacion en el estòmago é intestinos, pero yo creo que este estado flogístico solo puede ser el engrosamiento de tegido, su rublandecimiento y la hipertrofia folicular, lo que conviene con las observaciones de Chomel en su tiphoidea mucosa. Pero no siendo mas que una afeccion de la membrana mucosa gastro-enterica ¿como tan fácilmente pasa á una verdadera fiebre? La razon es muy obvia. Esta membrana es esencialmente depuradora, como probaremos en la patogenia de la fiebre, es al mismo tiempo de absorcion elaboradora, y los humores pervertidos, degenerados vuelven, tanto los que se segregan con malas cualidades como los que en su estensa cacidad se pervierten, al torrente circulatorio y llevan á la sangre un elemento de grave septicidad. Nobstante casi todos vieron en ella un elemento flogístico al que nosotros damos poca importancia, por que el que existe es de un carácter especial, pasagero y no exigente, y mas bien limitado á los folículos que á la membrana misma; es una irritacion secretoria.

60. *Therapéutica*. Si quisiésemos ver representadas las épocas mas notables de nuestra historia con este motivo, nos bastaría dirigir una mirada retrospectiva á las opiniones de los médicos que las representaron con justa celebridad sin retirarnos tanto de la época actual que exumemos opiniones olvidadas. Baglivio representaria el tiempo antiguo; Pinel, la reforma contemporánea y Chomel la actualidad. Séamos justos: el célebre romano no puede olvidar el humorismo modificado bajo la influencia de las ciencias físicas: el gran nosógrafo, que tiende tanto á la localizacion, proclama el solidismo: el patologista anatómico representa, en esta parte, la doctrina casi general. que no es otra que la de la localizacion irritatíva. Baglivio encarga con insistencia la necesidad de la mucha observacion, prudencia y moderacion que en esta enfermedad debe ser mayor que en otras. Aconseja los purgantes, y los diaforéticos, reprobando los tónicos que exasperan la enfermedad: bien que Baglivio fluctuaba entre el humorismo y una especie de simpatia hácia las irritaciones é inflamaciones, porque á un mismo tiempo veía la linfa espesa, alterada, víscida invadir las glándulas, el mesenterio, y la inflamacion de estas partes. Es, nobstante, su grande idea en la curacion de la *fiebre linfática* el abstenerse de medicamentos irritantes, estomáticos, espirituosos, cálidos, volátiles, llegando hasta proscribir la quina. Pinel, bastante prudente y considerado en llenar las indicaciones en esta calentura, no duda en aconsejar el emético en el principio, y el plan tónico en su agravacion. Chomel, como que vé á esta calentura como á una variedad de su tiphoidea. recomienda el método antiflogístico. En estas tres autoridades están reabsumí-

das todos las opiniones terapéuticas sobre la calentura mucosa. Nosotros que vemos esta enfermedad sin complicacion, y en su sencillez sin llegar á producir un estado séptico general; nosotros que solo nos guiamos, para resolver el problema terapéutico, por el conocimiento que tengamos de su patogenia, admitimos la necesidad de dirigir nuestra vista hácia la causa que reconozcamos haya producido la enfermedad. La enfermedad en si misma reclama la siguiente indicacion: suavizar la irritacion secretoria: aumentar la traspiracion cutánea, sostenerla suavemente: laxar con suavidad; impedir las degeneraciones de los humores mucosos, catarrales ó pituitosos que se puedan hallar en el tubo intestinal y espectar con prudencia. Cuando las bascas, la incomodidad de estómago, las suciedades mucosas de la lengua lo reclamen, puede, al principio, administrarse la hipecaquana. Conviene despues la mistura cremorizada; diluir con infusiones teiformes; aplicar las cataplasmas emolientes al vientre y enemas de la misma clase. A veces en la calentura que se prolonga, y en la que la sensibidad de la misma está embotada por las secreciones foliculares interesan ademas del cremor las bebidas teiformes de flor de tilo con jarabe de azar; ó las ligeras de melissa para que auxilien el desprendimiento del barniz que cubre la membrana; en cuya circunstancia recomienda Frank la sal ammoniaco que ya Baglivio administraba en casos semejantes. No creo indicado en ningun caso el ópio que algunos usan; sus ventajas son espuestas.

61. En las complicaciones con el estado saburral gástrico está indicado al pricipio el emético, y atender en seguida á las saburras bajas con el cremor. Pinel no habla de esta complicacion, pero admite una adeno-meningea con-

tinua, otra remitente y otra intermitente. No he observado nunca esta última especie que creo bien dificil, atendida la naturaleza de la intermitente y de la mucosa. Con respecto á la remitencia, este es caracter de la calentura mucosa é ya he dicho que por observarse en ella los recargos á la noche le dieran los antiguos el nombre de cotidiana. Frank admite una calentura pituitosa gástrica inflamatoria, que es cuando la irritacion mucosa secretoria se marca con actividad y sobresale la escitacion capilar sanguínea, pero entonces esta enfermedad es nuestra calentura gástrica irritativa. La calentura pituitosa-gástrico-saburral, puede ser la complicacion de que acabamos de hablar, pero cuya saburra puede ser alimenticia, ó mucosa. La calentura pituitosa nerviosa, es nuestra fiebre secundaria.

62. En el año de 1858 reinaron bastantes calenturas gástrico-mucosas, cuya terminacion mas favorable era el sudor por dos ó tres dias. Si este se suprimia antes de tiempo se presentaban recrudecencias, y cuando al parecer fueran ya juzgadas venian recaidas que cedian al emético y á los sudoríficos. En la sala de clínica observamos estas recidivas que eran casi generales, queriendo demostrar que la enfermedad parecia juzgarse en dos tiempos por lo que los antiguos llamaban lysis. En muchos casos solo se podían clasificar por calenturas gástrico-catarrales porque se veia afectada tambien la mucosa traqueal. Fueron benignas y apenas ninguna degeneraba en verdadera fiebre, lo que no podemos considerar como una complicacion, sinó como un tránsito.

63. *Calentura gàstrica verminosa.* No vamos á hablar de las lombrices, y tambien pudieramos suprimir este párrafo, pero como tanto se dice de la calentura que ellas

causan me será preciso dedicarle dos palabras.

64. *Etiologia.* Esta calentura promovida por un helminto conocido en su especie por el *ascarides* lumbricoides es propia de los niños en quienes predomina una caquexia linfática, y en las niñas particularmente segun lo observó Hippócrates. Las secreciones foliculares del tubo intestinal y una especie de sobre-escitacion de esta membrana produce mucosidades que à mi modo de ver tienden al desarrollo vermicular, yá que no vea estos productos animales como efectos de la tendencia de los humores segregados organizables à organizarse; pero sea de esto lo que se quiera lo cierto es que los niños linfàticos, las mugeres de este temperamento padecen frecuentemente afecciones verminosas; á lo que sin duda contribuyen las aguas, el mucho uso de las leches, los alimentos grasientos. los paises húmedos como lo observó Baglivio en su célebre memoria sobre este objeto.

65. *Sintomatologia.* Un sin número de fenómenos suelen acompañar la calentura que nos ocupa, y hasta tal punto que no hay síntoma que no se atribuya à las lombrices, viendo siempre esta causa en las convulsiones, los ataques cerebrales, las diarreas, los cólicos, las indigestiones de los niños, que si bien causan gran daño no siempre son ellas los agentes del sin número de males que en esta edad pueden padecerse. Y cuidado con este error que hace á veces descuidar enfermedades que reclaman eficaces tratamientos. Pero limitémonos á la calentura: ta lengua blanca y con pequeñas pintas rojas, un olor ácido especial del aliento; la inchazon del epigástrio y abdomen; la dilatacion de la pupila; el color perlado de la conjuntiva; el prurito incómodo de la punta de la nariz; el rechinamiento de dientes; los dolores de vientre; la orina lechosa; las dejecciones como

de ralladuras; los gritos, y saltos en sueños; son los sintomas mas característicos de la existencia de lombrices produciendo calentura. Mucho pudiera recargar este cuadro si quisiésemos imitar á muchos Autores respetables, pero nos contentamos con lo mas característico, anunciando que puede sobrevenir la convulsion, el sopor, y la apoplegia; pero estos sucesos no son lo que debemos buscar; no son representativos de la existencia constante de la enfermedad que indicamos.

66. *Patogenia.* Segun mi modo de ver siempre es la patogenia esencial de la calentura verminosa la supersecrecion mucosa que engendra las lombrices, y producidas estas, los fenómenos que su existencia causa, no solo locales sinó generales bajo la influencia del sistema nervioso, hacen de esta enfermedad un modo patológico grave desde una afeccion sencilla hasta la perforacion intestinal que observaron Bonnet, Carron y otros.

67 *Therapéutica.* Complicadísima es la therapéutica de esta enfermedad, por que en ella se pueden presentar mil accidentes á que se debe atender; pero si la consideramos en su simplicidad debemos aplicarla las mismas indicaciones que hemos admitido en la calentura mucosa. Los laxantes. los sub-ácidos, los antielminticos, he aqui los medicamentos mejor indicados: pero si el niño es robusto, si tememos congestiones cerebrales, si se anuncian las convulsiones, en este caso hay que atender al cerebro y al sistema nervioso: las sanguijuelas algunas veces, sin abusar; los antiespasmodicos, los revulsivos inferiores son necesarios en estos casos. Cuando la elevacion epigástrica y abdominal existan, sin señal de notable irritacion, convienen los calomelanos con el ruibarbo; los enemas atemperantes y mucilaginosos,

ó de lecbe y azucar. Si hay cólico se usa del aceite ricino con el de almendras ya á cucharadas ya en lavativa; las fricciones con bálsamo tranquilo; las cataplasmas emolientes. Y advertimos que no hablamos de los antielminticos que pueden tener lugar no habiendo calentura, pero que en este caso remedios escitantes fuertes pudieran comprometer la vida del niño: no es nuestró objeto tratar de las lombrices apireticas sino de la calentura que lleva su nombre y que mas bien es una variedad de la calentura mucosa. Nobstante se puede echar mano para su curacion del calomel, del ruibarbo, del aloes, de la infusion de la raiz de granado, dejando el estaño, la ruda, los mercuriales internos, el alcanfor, y otro gran numero de remedios para el estado crónico de la afeccion,

68. *Calentura reaccionária de incubacion.* No entra en nuestro objeto actual el hablar de esta calentura, porque la causa que la produce pertenece á otro articulo; á la patogenia y etiologia de la fiebre, en cuyo lugar hallaremos cuanto es preciso para conocerla y para reconocer preceptos prácticos de la mayor importancia. Ya sabemos que la palabra calentura siempre representa lo mismo. (p. 28 hasta 40), y que la clasificacion hecha solo se refiere á su etiologia: no es preciso, pues, volver atrás para comprender que la llamada de incubacion es aquella en que el organismo resiste la influencia de causas estrañas que intentan sellarlo con su accion: es aquella que preludia todas las erupciones de índole tan diversa; es la manifestacion admirable de una ley del organismo que resiste sufrir la influencia de agentes que le son estraños. Pero esta manifestacion es local cuando el agente limita su accion á una parte; es general cuando su influencia tiende á obrar estrañas modificaciones sobre

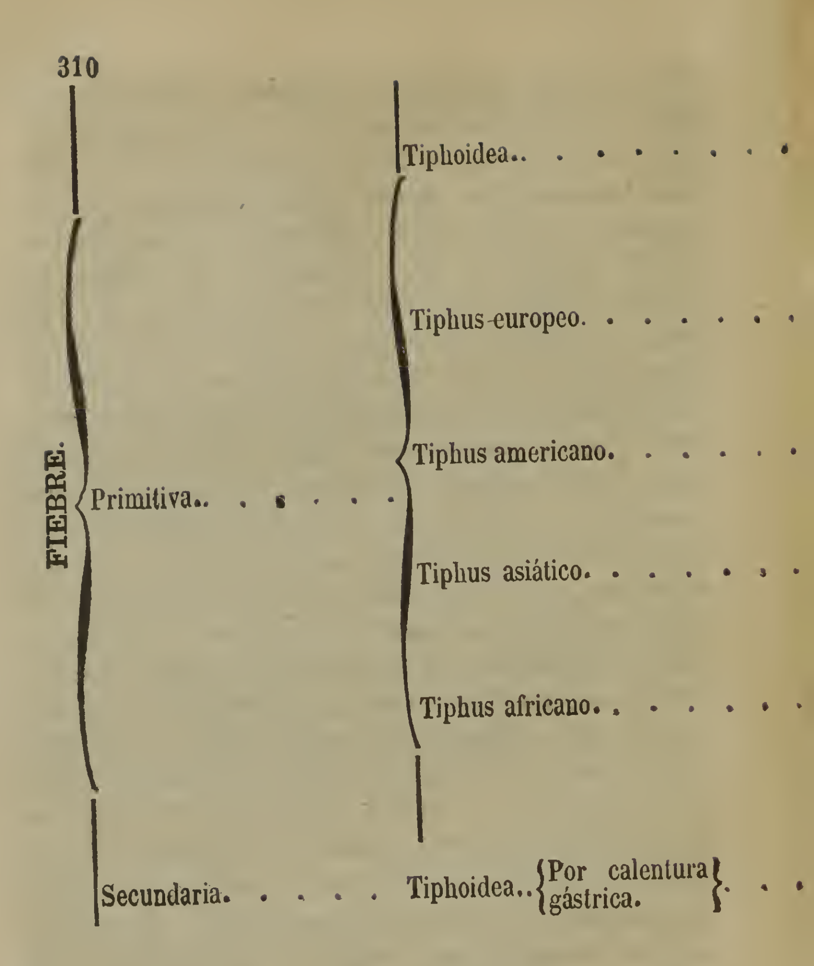
la generalidad del organismo, y en este caso la centinela alerta es el sistema cardiaco-vascular bajo la influencia de una inervacion poderosa: sistema cardiaco-arterial que redobla su accion exagerando todas sus condiciones orgánicas hasta la irritacion, y hasta la flogosis, por decirlo asi, de estos organos que llaman en su auxilio al organismo todo por medio del aumento de la circulacion arterial. Valleix, nobstante, no parece admitir como probada la irritacion vascular en la calentura, bien que este Autor tampoco admite mas que la forma tiphoidea. No deja nobstante de hacer, sobre el estado de su iniciacion, flogístico y irritativo que obligó á Chomel á admitir el error de suponer posible la forma de tiphoidea inflamatoria, algunas reflexiones notables. «¿Quien no conoce desde luego, dice, que una forma que no se manifiesta sinó el principio (la forma flogística, nuestra calentura) tiene algo de singular?» Mucho en efecto; pero Valleix no resuelve la duda porque no vé que cuando existe al principio ese elemento inflamatorio general en algunas fiebres graves, ese período no es la fiebre que aun no se desarrolló; es la reaccion orgánico-general, es nuestra calentura. Yo no sé que pensar cuando oigo decir á hombres tan eminentes «era preciso demostrar que estas fiebres designadas con los nombres de calentura inflamatoria, biliosa, mucosa, nerviosa y adinámica, no son otra cosa que la calentura tiphoidea.» Repetimos lo que ya hemos dicho; si la sencillez há de ser á costa de la verdad; si en medio de las tinieblas vemos una luz que nos guia por un camino escabroso que nos lleva al asilo, la preferimos á una claridad que nos deslumbra y no nos deja reconocer el camino á donde vamos: esa admirable antorcha que nos ciega es como el canto de la sirena que nos seduce. Veremos con la cla-

ridad del dia las dos entidades distintas, *calentura y fiebre*; representando la una las leyes de la conservacion orgánica, representando la otra el principio de destruccion, y ambas ostentando su poder por fenómenos claros y distintos que clasifican su naturaleza, por síntomas.

69. *Estudios sobre la fiebre.* Ya se habrá comprendido, por todo lo que precede, la inmensa importancia que tiene el estudio de esa entidad morbida que tanto nombre mereció en todas las èpocas de la ciencia y que tantas polémicas produjo entre observadores eminentes. Nuestra idea parece cerrar todas las discusiones, si conseguimos probar la unidad de su causa y la unidad de sus efectos esenciales, cualquiera que sea la denominacion que reciba, por variada que se nos presente su fisonomia y por diversos que sean los trastornos orgánicos que promueva. Efectivamente. separada la *calentura* de la *fiebre* por su etiologia, por su patogenia y por su terapéutica, nos resta solo reunir bajo una denominacion; bajo una misma clave y lo que es mas seguro, bajo un mismo razonamiento todas esas entidades multiformes, innumerables que constituyen hoy todas las especies de fiebres tiphoideas y de tiphus; idea lógica que se desprende como una consecuencia necesaria del estudio de la fiebre separada de la calentura y de la pirexia. La unidad de causa y de efecto será la prueba mas relevante como consecuencia de una série de razonamientos que comprueban la razon y la experiencia.

70. He definido la fiebre (11) con toda la posible claridad indicando en la definicion una causa y un efecto: solo asi podemos aspirar á reunir todas las enfermedades en las que probemos identidad de causa y de patogenia. Nuestra definicion no es descriptiva por que estas definiciones

tienen el gran defecto de ser inexactas y variables siempre que una entidad morbosa se rodee de circunstancias especiales que le den una fisomia diversa; mientras que las definiciones esenciales son siempre inalterables siempre que representen la verdadera causa efficiente y su constante efecto por variado que sea el cuadro de su perspectiva. Veamos, primero, como hacer una clasificacion de la fiebre, como lo hicimos de la calentura, no por sus causas ni por su patogenia ni por su sintomatologia, sinó únicamente por las circunstancias especiales en que su causa se desarrolla y obra. Y nótese, para reconocer toda la sencillez de nuestra idea, que en las pirexias hay divisiones de importancia, por egemplo la de *genuinas* y *especìficas*: nótese que en la calentura existe alguna cosa que autoriza cierta variedad en su causa eficiente, como las producidas por *saburras gástricas* y las que lo son por *irritaciones* de la *mucosa*; pero en la fiebre no estamos autorizados para tales divisiones ni por la causa ni por la patogenia y solo únicamente por variables circustancias en que se desarrolla esta misma causa v. gr. la causa viene de afuera ó se engendra dentro; la causa se desarrollo en un pais ó en otro; la causa obra en el sitio en que se desenvolvió ó fué trasladada á otra parte. Asi es que un exámen comparativo entre la *pirexia*, la *calentura* y la *fiebre*, dá á esta última mas unidad, mas simplicidad en su estudio, mas facilidad en la apreciacion de su patogenia, y en fin mas exactitud y verdad en su terapéutica. Ensayemos, pues, la única reforma que la nosológia piretológica reclama en nuestros dias, y estudiemos despues su etiológia general, la naturaleza de esa causa universal, sus efectos; la patogenia, en fin, de la fiebre y su terapéutica.


FIEBRE.
Primitiva..
Tiphoidea..
Tiphus-europeo.
Tiphus americano.
Tiphus asiático.
Tiphus africano.
Secundaria.
Tiphoidea..
Por calentura gástrica.

Esporádica. Endémica... Epidemica. Contagiosa.	Afectando con predileccion. El cerebro (cerebral, ataxica.) El tubo intestinal (séptica, putrida.) El sistema nervioso general adinámica.)

Endemico... Epidemico. Contagioso.	Afectando profundamente el cerebro.	Desde la tiphnia hasta el sopor tiphico.

Endemico... Contagioso.	Con variados sintomas como el vomito. (Vomito negro.) Ictericia. (Fiebre amarilla.)

Endemico... Contagioso..	Con variada intensidad. (Cólerina, cólera.)

Endemico... Contagioso..	Con afeccion glandular. (Bubon) Con disolucion humoral. (Peste putrida.)

Mucosa.. Saburral. Biliosa. Verminosa.	Afectando con predileccion el encéfalo.(cerebral, atáxica.) El tubo intestinal. (pútrida, séptica.) El sistema nervioso general, adinámica.

71. *De su etiologia general.* Quisiera dar á esta importante cuestion toda la latitud posible para que se comprendiese bien. Siempre que bajo la influencia de circunstancias atmosféricas ó locales ó individuales sufra el organismo humano la accion de miasmas de mal carácter desprendidas de sustancias vegetales ó animales en descomposicion séptica ó de la aglomeracion de individuos, de localidades mal ventiladas y no aseadas, ó de disposiciones orgánicas desconocidas, puede desarrollarse la fiebre. Los pueblos húmedos, colocados al Sur de elevadas montañas; los puertos de mar, y las estensas rias, particularmente en las que á baja mar quedan inmensas y lodosas secas, que fermentan á los primeros calores del estío elevando á la atmòsfera efluvios corrompidos vegetales y animales que se precipitan sobre las poblaciones al enfriarse la atmósfera; los lugares en qne se cultivan y corrompen los depósitos de lino; las inmediaciones á los estanques, y lagunas que pierden sus manantiales, ó se disminuyen en el verano; las orillas de mas ó menos caudalosos rios cuyas aguas se depositan para riegos sin suficientes precauciones, son las mas poderosas causas de la *fiebre*. El acinamiento de enfermos en los hospitales, en los que efluvios de toda especie impregnan su atmosfera: las cárceles, los presidios y casas de correccion en las que ni hay la ventilacion necesaria, ni la limpieza, ni un calculo prudente para la admision de personas, son tambien causa de la *fiebre*. Las emanaciones que se elevan de estos mismos enfermos cuando no se tiene la debida separacion y los males adquirieron un carácter grave, pueden ser su origen. A esta fiebre se la debe llamar *primitiva*, porque no reconoce otra alguna enfermedad como causa, es una intoxicacion miasmática,

y los efectos y alteraciones que esta causa produce, es su verdadera patogenia.

72. Cuando la intoxicacion es por efluvios emanados de rios y pantanos, suele presentar el caracter intermitente; tercianas y cuartanas, que por lo comun son endémicas ó propias de ciertas localidades. Cuando á un mismo tiempo son vegetales y animales toman el tipo de continuas ó remitentes *typhoideas*. Cuando estos miasmas adquieren una suma intensidad bajo la influencia atmosférica europea ó de las atmósferas carcerarias ò hospitalarias, ó de grandes reuniones como de egércitos, de buques es el *typhus nostras*, nosocomial, naval, castrense. Cuando estas mismas causas desarrollan su accion bajo el cielo asiático es el *cólera* ó *tiphus asiático*. Cuando se desenvuelven y obran en el clima del Egipto es el *tiphus* de *levante, la peste*. Si estas causas emanan de los diversos puntos de América, es el *tiphus americano*, la *fiebre amarilla*. ¿Y por que razon un mismo agente ha de dar origen á males tan diversos? Las causas las mismas, la enfermedad idéntica, pero las influencias atmosféricas de tan diversos paises, y las variadas constituciones y temperamentos de sus habitantes les dán ese carácter de insidiosa desemejanza. Las tisis, las pneumonitis, las escrófulas, las sifilis son siempre una misma cosa ¿por que no la fiebre? No hay mas que una fiebre como una sifilis, ni mas que una inflamacion, y una viruela, por mas que aparezcan con variable intensidad y síntomas especiales. ¿Que fué la viruela en su irrupcion en América? ¿Que fué la sifilis en su aparicion en Europa? El cólera lo demuestra, la peste misma y la fiebre amarilla. Sobre esta última ya presentan la misma idea varios autores y el mismo Bouillaud al rechazar con

su acostumbrado tino la opinion de Cornuel, vislumbra la verdad á medias, pues que cree que en un cierto número de casos referidos de la fiebre amarilla solo se trataba de una typhoidea: yo creo que serían la misma cosa; pero ya veremos esto mas adelante.

73. El miasma bajo tales influencias geográficas y obrando sobre tales constituciones intoxica poderosamente el organismo; su accion es destructora, mortífera y ni aun dá tiempo á que se despierte en el hombre el instinto orgánico de resistencia á su destruccion: hé aqui el *período algido* del cólera ¿lo vence la naturaleza? pues está vencido lo principal y el organismo se resistirà; vendrá la reaccion protectora y el enfermo peleará con la muerte: su marcha, desde el momento en que se dió aliento á la vida que habia sobrecogido el veneno, será la que sigue la fiebre typhoidea y como en ella, el enfermo se salvará ó morirá como salvan ó mueren los typhoideos. El Dr. Pidoux reconoce «este estado de vitalidad morbosa que se desenvuelve muchas veces bajo la influencia de germenes en incubacion, dando lugar á un nuevo modo de existencia, que yo llamo reaccionaria, y que cuando procede con el órden y la regularidad de un ser ó de una funcion, ordena los actos de la vida eliminando la materia ó imponiéndole sus leyes: entonces la salud recobrará su actividad naturalmente dominante: por lo contrario, que la vida morbida no se individualice francamente; que la separacion no se haga bien entre los elementos sanos y los elementos insanos del organismo.... y todo el hombre será alterado hasta lo mas íntimo de su organismo.» Esta fuerza de vida, esta fuerza verdaderamente morbida, de que habla Pidoux, es la ley vital de resistencia: todos los males

son mortales si ella falta.

74. Es el hombre, á la verdad, el mismo en todas partes, y criado para habitar todo el globo terrestre; resiste todas las intemperies, y se hace superior á la fuerza de los elementos. Empero el hombre es nna frágil máquina que su fuerte razon domina y dirije hasta un punto increible, y la Razon suprema al formarlo ha querido ensayar su omnipotencia creando una maravilla, y un portento. Estas ideas, ciertas sin duda, no deben exagerarse. Este hombre uno está sujeto á la influencia de los climas que le modifican, le afectan, le robustecen ó le enervan. Y no solo los climas sinó las mismas topografías locales obran sobre él. Tengamos tambien otra cosa presente. Los agentes que le modifican, le sostienen ó le dañan, tienen igualmente un poder diverso bajo latitudes diversas, y variadas localidades. Y no se crea esto una paradoja, porque la mineralizacion y la vegetacion nos dan la prueba de esta verdad, y el hombre en su condicion sociable se presenta tambien física y moralmente marcado con el sello de su habitacion, de su nacimiento geogràfico. El vegetal y el animal ostentan el uno sus virtudes medicinales ó tóxicas, y el otro su mortifera ponzoña, ó su natural lozania bajo dadas condiciones geográficas, y topográficas, fuera de las cuales parecen estinguidas sus cualidades, ó á lo menos modificadas. Apliquemos esta doctrina á nuestro objeto.

75. Las mismas causas, pero modificadas en su accion, exageradas en su actividad producen en Europa el *typhus nostras*, en América la *fiebre amarilla*, en el Asia el *cólera*, la peste en la *Siria*. Los miasmas pútridos son la causa en todas partes de la enfermedad *typhoidea*, pero esta misma causa bajo una localidad que la active como una

carcel, ó un hospital, origina el *typhus*. Si estas causas se desarrollan bajo la latitud de las Antillas y en las estaciones calientes, á orilla de los rios cenagosos y egercen su accion especialmente sobre hombres no habituados en aquella atmosfera, el *typhus* se desarrolla, ó mejor dicho la afeccion tiphoidea produce una general intoxicacion que interesa especialmente y fija su accion predilecta, apenas desenvuelta, sobre el sistema gastro-hepático: hè aqui porque sus sintomas en el primer período tienen un parecido con la hepatitis: y una desemejanza con la typhoidea. Hè aqui tambien porque es una opinion muy comun la de que la fiebre amarilla es una intermitente perniciosa. Pero si el enfermo no sucumbe bajo la primera impresion de la causa destructora, en el 2.° período se declaran los síntomas y la marcha de la fiebre typhoidea. Efectivamente las enfermedades dominantes en nuestras Antillas son las hepáticas. Todos los años tenemos consultas de indigenas, y españoles que vienen á Europa á buscar su salud, y casi todos presentan las enfermedades hepáticas, obstruciones, infartos, hidropesías, diarreas biliosas, ictericias, etc.

76. Si en el Indostan, á orillas del Ganges obran esas mismas causas que en América desarrollan la fiebre amarilla, allí esos miasmas matan de la misma manera pero tomando una nueva forma que se denomina *còlera*. Todas esas vanas disputas sobre su naturaleza y asiento son de ningun valor porque si llevan el objeto de designar los estragos del organismo que sucumbió á su accion, estos estragos son efectos frecuentes pero no constantes; pero efectos que una vez producidos no los corrige la ciencia, y si con esas discusiones se piensa llegar á comprender por que la causa produce tales efectos es remontarse á la esen-

cia de la causalidad que los hombres no penetran en ninguna ciencia. Esas causas producen una intoxicacion que sin saber por que lleva su accion preferente y mortífera sobre los centros de inervacion orgánica. Vénzase su primer efecto, y que su brusco ataque no mate rápidamente la vida nerviosa, y se recobrará la esperanza, siguiendo su marcha la enfermedad como una fiebre de mas ó menos intensidad. Sucede en el cólera como en las intermitentes perniciosas: venza el médico el periodo algido y esta victoria será un rayo que le aliente en sus esfuerzos para vencer el mal. Es bien sabido que en los Asiáticos el sistema inervador tiene una susceptibilidad escesiva: fisica y moralmente el Asia es el pais de las sensaciones, de los placeres, de la imaginacion, y de las creaciones: en ella los nervios lo sienten todo como en ninguna parte del mundo.

77. Bajo las influencias del Africa, en Egipto, en Constantinopla las causas miasmàticas se reproducen con frecuencia en medio de un calor húmedo, y del poco aseo doméstico y desarrollan la peste, en lo cual veo la predileccion de la causa á obrar sobre el sistema glandular, y sobre la composicion de la sangre; carbunculos, gangrenas, y petequias: es sin duda una verdadera fiebre en que domina el elemento pútrido. Cuando hable del tratamiento de la fiebre no podré menos de estrañar esos elogios del plan antiflogístico en labios de muy eminentes escritores.

78. Debo nobstante hacerme cargo de una fuerte objecion. Se me dirá que en la fiebre amarilla, por egemplo, se observa que acomete especialmente á las personas que llegan de nuevo á habitar las Antillas y las cuales no tienen esa disposicion orgánica en armonia con la accion del agente morboso (37): cierto, y mas digo aun, no acome-

te sinó en las costas á los no aclimatados, pero reina endemica en las orillas de mares cenagosos. ¿Que tiene de particular que una causa morbosa siempre reinante, pero poderosamente en las estaciones calurosas, afecte con intensidad y prontitud al no aclimatado, dejando inerme al que ya lo está? Sucede como en las atmósferas hospitalarias; pero al fin en ellas la intensidad de la causa vence el poder del hábito y en dadas circunstancias nadie se libra de su dañina influencia. En fin pudiera aun alegarse en contra de esta omnipotencia que doy al clima para que una misma causa produzca enfermedades que parecen diferentes y que únicamente lo son en la apariencia, las frecuentes irrupciones de la fiebre amarilla, de la peste y del cólera á paises opuestos á su geográfica cuna; pero adviértase que en estos casos las causas endémicas se han reforzado en su tránsito al través del organismo humano para adquirir de este modo el carácter contagioso, y la facilidad de importacion. Asi es como yo veo los contagios, y las enfermedades contagiosas, por que para mi contagio, infeccion, miasma, efluvio, virus, son la misma cosa, como lo son las enfermedades esporádicas, las endémicas, epidémicas y contagiosas, y sobre cuya materia, interesante en muchas cuestiones, no está bien fijo el lenguage, porque este problema en vez de hacerse cada dia mas claro á cada paso se oscurece mas en medio del deseo de esplicarlo. No es una cuestion dificil de resolver y de presentar con claridad como veremos luego.

79. Todas las especies de tiphus que los autores admiten no son mas que una misma enfermedad, la *enfermedad typhoidea*, nuestra *fiebre* de origen miasmático, la *fiebre esencial primitiva* en sus diversas faces, identica en

su causa, en su naturaleza, pero varia segun el sistema orgánico que afecta con especialidad. Por esta razon en las epidemias de fiebre typhoidea en unas se la llama atáxica, porque se resiente especialmente el cerebro, en otras pútrida porque sobresale la alteracion humoral, en otras se la confunde con la verdadera *cerebritis*, ó *meningitis* siendo siempre la misma entidad. Tan distinto modo de presentarse un mismo mal depende tambien de los temperamentos y predisposiciones individuales. Estas diversas fisonomías se ven igualmente en los typhus y en las typhoideas: asi Mr. Jubiot en el typhus de Frioul tenia, como ya veremos, su forma y su tratamiento periódico, atáxico, ó adinámico segun el aspecto que la enfermedad tomaba. De la misma manera sucede cuando reinan estas enfermedades, y parece que los médicos no se entienden porque cada uno le dá su nombre segun los síntomas predominantes que observa. Y téngase presente que estos síntomas y su gravedad corresponden tambien á la mayor fuerza y energia en la causa. No se me puede olvidar que Mr. Velpeau, hablando de la peritonitis, sienta nuevamente una verdad ya olvidada y es, que toda enfermedad recibe la influencia de la naturaleza de su causa y que la intensidad del mal está en relacion con la de la causa: verdad que nos demuestra la diversidad de una misma fiebre producida por una misma causa pero con diverso grado de energia. Tambien puede esta verdad servirnos para probar que una causa séptica, cual ha probado Jubiot en los typhus y nosotros tambien admitimos en la fiebre, debe dar origen á un efecto de su naturaleza mas bien que à una flogosis, como probaremos en su patogenia, conformes con las ideas racionales y prácticas que ya espondremos de MM. Hervieux y Cazalas: no nos ade-

lantemos, pero todo está tan enlazado que se me deberán dispensar ciertas incursiones á otros articulos y aun ciertas repeticiones.

80. Vamos á poner en claro esta semejanza de los typhus, y á hacer una distincion importante. Nobstante debo manifestar que únicamente hablo de los typhus por que no puedo dejar de hacerlo hablando de la fiebre. La diversidad que se quiere hallar no solo entre estas enfermedades sinó tambien entre la fiebre, la atáxica, la adinámica y tantas otras especies, no es mas que ilusoria, y la prueba cierta de los médicos de la actual escuela, la de la autopsia, no solo falta sinó que introduce el cisma médico, y dá lugar á eternas disputas. Citemos por egemplo lo que refiere Bouillaud que para dirimir la duda entre lo observado por Landouzi y Pellicot, Gherard y otros sobre la identidad del typhus de Reims y la fiebre typhoidea, cierra el debate con las siguientes palabras. «Las investigaciones recientes hechas por Mr. Pellicot, Gherard, y Fleury han dado resultados anatómicos diferentes de los señalados por Mr. Landouzy; lo que prueba de dos cosas la una; ó que las enfermedades observadas por estos autores no eran las mismas, ó que las observaciones de que se trata no han sido hechas en todos los casos con la suficiente exactitud.» No es preciso ninguno de estos estremos; basta que los cadàveres hayan sido diferentes para que se hallase esta diversidad. Habia en la antigua filosofia un principio lógico de bastante exactitud: *quidquid recipitur*, decia, *ad modum recipiendi recipitur*. Asi sucede en este caso: la misma causa afecta diversos órganos con preferencia y produce sus estragos segun el estado, ó disposicion orgánica de los atacados.

81. La fiebre es una, única, universal en todos los paises pero las causas que la dan origen tienen algo de diferente segun su origen y las latitudes geográficas. Esta enfermedad es siempre de origen miasmático, y recibida por infeccion, bien sea interior, es decir, producida por una causa desarrollada interiormente con motivo de otra enfermedad (fiebre secundaria como luego veremos) ó por infeccion tambien interior consecuencia de evoluciones orgánicas, que esplica Trousseau por su metasincrisis (fiebre primitiva esporádica); ó en fin la fiebre es originada por princípios sépticos atmosféricos introducidos en el organismo (typhoidea typhica Europea, Asiática, Americana, Africana.) Siempre es la misma enfermedad en su causa, y en sus efectos, y solo diversa en grados; presentando siempre un parecido profundo, y suma facilidad á tomar la misma fisonomia. En la época en que reinaron las fiebres en Galicia, y en toda España, y aun en Francia, en unos aparecian los sintomas del tyhus, en otros las parotidas gangrenosas, las petequias, en muchos los vómitos biliosos, las diarreas, y en algunos la suma postracion, y la refrigeracion sorprendente. Citaré dos casos de esta última forma.

82. Fuí llamado para visitar á D.ª B. S. en el 2.º período, el 8 ó 9 de enfermedad: el único sintoma grave que aparecía era una suma anhelacion respiratoria, pulso profundo y débil; la lengua húmeda y plana. Este estado se agravó; el calor natural bajó hasta la frialdad, el pulso desapareció; su cara se descompuso; las úlceras de los cáusticos se presentaban secas y con escaras gangrenosas; entorpecimiento intelectual. Salió de este estado animando la calorificacion con botellas calientes, sinapismos ambulantes, cordiales, y vino generoso en el caldo: pero la reac-

cion era demasiado artificial para sostenerse; este estado se reprodujo, progresó hasta su fallecimiento; se pudiera confundir con el cólera. D.ª A. T. decia el Profesor que la visitaba que habia cuatro dias que fuera llamado: sus potencias intelectuales estaban ilesas: habia suma postracion, abatimiento de las facciones; la lengua húmeda, fresca, pero tenia mucha sed: el pulso era imperceptible, su piel fria, la respiracion laboriosa. Al momento se le aconsejaron los auxilios espirituales porque he creido próxima la muerte, que tuvo efecto al siguiente dia sin mas fenómenos que el rebajarse progresivamente la accion orgánica sin un solo momento de reaccion. Es de notar que tenia 46 años y era robusta: parecia esta enfermedad la lypiria de los antiguos (XLIX.)

83. ¿No vemos en estos dos casos un parecido con el typhus asiático? pues bien; las gangrenas y las petequias tan frecuentes, y las parotidas son el parecido con otro typhus; los vómitos, las diarreas serán otro, y en paises mas calientes que Galicia, el parecido será mayor con el typhus americano, pues aqui apenas vemos las fiebres ardientes y biliosas de los autores que deben ser muy comunes en la parte meridional de España. La semejanza de nuestra fiebre con el *typhus nostras* es ya una cosa probada por la esperiencia; pues que esas typhoideas con sopor, respiracion nasal, postracion y convulsiones, no son otra cosa, y hemos visto muchos casos de estos, apesar de que la fiebre reinante era la fiebre estacional, porque no puedo reconocer en ella un agente séptico atmosfèrico. De las observaciones hechas por Mr. Jubiot con motivo de la guerra de Crimea deduce que el tiphus es una fiebre esencial de naturaleza séptica, pero con manifestaciones va-

riadas y cuyos caracteres constantes son el estupor, el delirio y el exantema muricolor. Asegura con justo fundamento que el typhus de Crimea fué el mismo del 1779 y 1794, con solo la diferencia de circunstancias, é idéntico al typhus ferver de Irlanda y de América. Pero este sabio observador cree nobstante diferente al typhus de la fiebre typhoidea, admitiendo por otra parte la identidad de todos los typhus. Preguntaria yo á Mr. Jubiot ¿no ha visto en epidemias de fiebre terminar y presentarse casos idénticos al typhus mas bien caracterizado?

84. Como este punto es de tanto interes y como Mr. Jubiot reabsume las razones en que se fundan todos los que, como Tibaut, admiten la diversidad de patogenia y de etiologia entre la fiebre llamada typhoidea y el typhus, y como justamente mi opinion no solo no admite esta disparidad sinó que proclamo identidad de causa y de efecto, con accidentales variedades, no solo en la typhoidea y typhus Europeo sinó en todos los typhus bajo la denominacion de *fiebre*, estoy en el deber de presentar las principales bases en que se fundan los diferentistas; pero como en este lugar solo la etiologia general me ocupa, dirè únicamente, reservando razonar en otra parte los datos de la disparidad y de la semejanza, que nadie puede poner en duda que las mismas causas pueden desarrollar la fiebre bajo todos los aspectos de los typhus variados, y que aun la esporádica puede presentarse sin lesion dothienentérica con todos los fenómenos tiphicos, quiero decir, con esos sintomas con que se quiere dar una fisonomia especial al typhus, como veremos en la sintomatologia. La fiebre hospitalaria, como la carceraria, como la doméstica por insalubridad local, como la esporádica tienen una idéntica causa,

los efluvios ó miasmas sépticos, que siempre son los mismos engéndrense en el organismo, ó emanen de focos d infeccion, y cuya existencia, origen y modo de produccion nos ocupará tratando de la etiologia en particular, apoyo de todas y tan diversas doctrinas.

85. No siempre la fiebre es producida por influencias epidémicas, endémicas ó contagiosas, porque hay fiebre (esencial typhoidea) sin que se reconozca causa ninguna general, y son como un tránsito de las otras calenturas por causa local que dejamos admitidas; v. g. una calentura gástrica. mucosa, biliosa, despues del séptimo dia presenta graves síntomas y se hace, segun el lenguaje comun adinámica, ó atáxica. Es bien cierto que esto sucede y entonces se presenta la fiebre esencial que yo llamo *secundaria*, porque la causa miasmática que la produce reconoce por origen otra enfermedad. ¿Como se produce? por miasmas deletereos emanados de focos, producidos en la carrera de estas calenturas, sostenidas á veces por el mal régimen dietético, ó por alteraciones, ó producciones del mismo organismo enfermo como muy en breve vamos á ver. Desde el momento en que se absorven, la intoxicacion se comporta como en las epidemicas, ó endemicas y se van presentando los síntomas typhoideos y aun tiphicos que toman, lo mismo que en las primitivas, el caracter dominante atáxico, ó adinámico, segun que la causa egerce una accion mas determinada sobre los centros nerviosos, ó sobre la sangre, lo que depende, como ya dejamos repetido, de las disposiciones individuales.

86. Cuando reinan calenturas gástricas estacionales, ó mucosas se ven con gran frecuencia tránsitos á las typhoideas secundarias, y sucede tambien que las calenturas es-

poràdicas pasan muchas veces á la fiebre, ya sea por el mal régimen en ellas seguido, ya por ciertas circunstancias individuales. La fiebre que ha reinado en el partido de Noya en 1853 tenia este carácter: eran calenturas gástrico-mucosas que pasaban á la fiebre casi en su géneralidád. Debe reconocerse como tesis de grande importancia la siguiente: «las calenturas gástricas, mucosas ó biliosas que pasan de los siete dias sin terminar, tienden á lo menos, á convertirse en fiebre, y es preciso no descuidarlas.» Sucede con ellas como con las inflamaciones, que si no terminan en el primer septenario nos hacen temer las supuraciones y las degeneraciones de tegido, á lo menos en las inflamaciones viscerales y generalmente en todas las verdaderas inflamaciones.

87. No se crea por esto que soy partidario, con una absoluta sugeccion, de la doctrina de los dias críticos: creo si, que los males de cierta intensidad tienen su carrera prefijada, no por leyes inmutables, ni por la fuerza de los números, ni del sol, ni de la luna, sino por la razon suficiente de la causa y sus efectos, porque el organismo tan solo puede resistir la accion de una causa destructora por cierto tiempo, pasado el cual ò la causa cede y el órgano se restablece ó este sucumbe. Hé aquí la razon porque las fiebres y las inflamaciones tienen una marcha propia que puede fijarse en dias con poca diferencia y en los que ó la patogenia morbosa y el agente de accion destructora son vencidos, ó el organismo se destruye.

88. Muchas dificultades hay á veces para distinguir la fiebre primitiva de la secundaria cuando la estacion influye en su desarrollo, pero hay un medio fijo para determinarlo. Cuando la fiebre reinante es secundaria pro-

ducida por una calentura gástrica, mucosa ó biliosa que pasan con facilidad á verdaderas fiebres, todos los casos presentan este primer carácter, y muchos de ellos no pasan de calenturas, ni toman el carácter typhoideo: pero cuando la fiebre es primitiva se presenta muchas veces, y aun las mas, sin los síntomas que caracterizan dichas calenturas. Mas sucede aun: en las primitivas el sistema gástrico no se afecta ó se afecta apenas, y sucede con mucha frecuencia que los signos de su alteracion se forman únicamente cuando el mal tiene ya un gran desarrollo. Asi sucedía cuando reinaron las fiebres typhoideas: apenas sed: lenguas planas, templadas, húmedas, y apenas crapulosas, y tan solo á los 7, 11, 12 ó mas dias se secaban ó se ponían trémulas y sucias.

89. Nobstante no es siempre el mal estado de las vias gástricas en un principio lo que anuncia la calentura, y no la fiebre, porque cuando hemos definido esta enfermedad hemos dicho (11.) que la causa intoxicadora afectando todo el organismo fijaba su accion preferente en determinadas vísceras, ó sistemas: puede, pues, afectar con mas intensidad el tubo intestinal, y no por eso serà una calentura gástrica, y sí la fiebre que afecta marcadamente este òrgano con predileccion. Asi es que cuando se adquiere por contagio, como en los hospitales, cárceles etc. no se halla ni la causa en el régimen ni en los escesos, ni en las disposiciones individuales y nobstante muchas veces la fiebre se presenta con fenómenos gástricos muy marcados. Para probar que la calentura es, por lo regular, la causa de la fiebre; ó para ser mas exactos en el lenguage, siempre que se quiere probar que el estado gástrico con calentura ó sin ella pero especialmente la dis-

posicion gastro-mucosa y gastro-saburral son la causa de la formacion de miasmas sépticos que llevan al organismo el germen de la fiebre, no hay mas remedio que busca pruebas en la clinica con las cuales se demuestra que un simple aparato gástrico puede dar origen á la entidad morbosa *fiebre* porque es este conocimiento de gran interés para evitarlo, ó para remediarlo si ya existe. El ojo clinico del médico distingue luego la causa morbosa y su categoría. En la época de 1853 se veía ésto con frecuencia. En el núm. 5. de la sala de S. Sebastian entró una muger con ligeros dolores cólicos, y convaleciente ya le acometió la fiebre reinante en dicha sala: apareció á primera vista como una calentura gástrica, porque la lengua se presentaba blanquecina un poco seca, pero era la enfermedad reinante. En el núm. 9. de la misma sala se vió lo mismo mas claro. A los siete dias de enfermedad y con síntomas gástricos apareció ya la erupcion typhoidea que por la intensidad de las manchas parecían mas bien petequias: hé aqui como la typhoidea primitiva ostenta, á lo menos en el primer septenario, algunas veces el carácter gástrico. Por lo contrario D. A. F. apenas presentó ningun fenómero gástrico, ni aun la sequedad de la lengua, ni menos el meteorismo y la enfermedad llegó á toda la intensidad typhoidea haciéndonos creer que la causa había afectado preferentemente el sistema nervioso trisplànico, tal era la ansiedad respiratoria, el abatimiento, la disfagia que notábamos, y cuya grave enfermedad terminó felizmente en el tercer septenario. En D. A. C. la fiebre siguió su carrera afectando especialmente el cerebro: pulso frecuente y bajo, calor, dolor de cabeza: al 6.° dia delirio, erupcion typhoidea, lengua húmeda, plana, ninguna sed hasta el

sptimo y aun entonces moderada. La enfermedad en todos estos casos es la misma en su causa, una intoxicacion séptica aun cuando su apariencia sea diferente: pero vamos á estudiar esa causa en su origen y en su naturaleza porque lo considero de inmensa importancia para que luego veamos como aparecen los efectos de su accion y cual es este efecto ó la patogenia de la fiebre.

90. *Su Etiologia en particular.* Sería muy conveniente saber cual es esa causa atmosférica ó orgánica que tan gravemente obra sobre el hombre. Hay en este problema ciertas observaciones que dificultan su resolucion, y que lo elevan á un grado de importancia tan notable que su resolucion interesa á la ciencia toda: por desgracia acaso sea irresoluble. Cuando la fiebre se desarrolla bajo influencias locales conocidas se esplica fàcilmente la causa del mal, pero cuando, sin estas causas, se desarrollan espontáneas, ó bajo influencias atmosféricas no sépticas ¿quién las produce? ¿como en estos últimos casos es la enfermedad en todo semejante á la endémica y contagiosa? Siendo producto de un miasma séptico, ó en otros términos, de una intoxicacion, ¿á donde está, de donde viene ó como se produce este miasma en el organismo no viniendo de afuera como sucede en las esporádicas y en ciertas constituciones médicas? Yo veo la fiebre en todas sus faces bajo tres diversos aspectos en su causalidad. 1.° Por intoxicacion venida de afuera, ó esterior: 2.° por intoxicacion espontánea interior bajo la influencia de una causa orgánica local ó de una disposicion orgánica especial: 3.° por intoxicacion interior promovido su desarrollo por causas atmosféricas. Este modo diverso de considerar su etiologia divide la fiebre bajo este aspecto: 1.° en fiebre endé-

mica, ó por contagio: 2.° en fiebre esporádica primitiva ó secundaria: 3.° en fiebre estacional, por constitucion atmosférica reinante. ¿Por qué en estos tres modos de intoxicacion, no ha de tener la enfermedad la misma naturaleza, ya que vemos produce idénticos resultados? pero en este caso ¿qué constitucion atmosférica desenvuelve interiormente esta causa? ¿cual es su naturaleza, su modo de accion? Hay en esta materia algo superior á nuestros alcances. ¿Cual es este agente endémico, contagioso, intoxicador y maligno? ¿Se engendra en nosotros mismos en ciertas constituciones atmosféricas que producen esta fiebre? Asi parece cuando ni causas endémicas, ni contagiosas fueron su origen, y porque las calenturas esporádicas gástricas, mucosas, biliosas pueden producir esa misma intoxicacion dando origen á la fiebre secundaria.

91. No es nueva la idea de ver la causa de las fiebres en la atmósfera. Esta verdad no se podía desconocer, pero se limitó esta idea á las llamadas calenturas entonces estacionales ó epidémicas. Sydenham, y antes que él Hipocrátes, reconoció esta influencia y aun llegó casi hasta nosotros. *Variæ sunt*, dice, *annorum constitutiones, quæ neque calori nec frigori nec sicco, humidoque ortum sunt debent, sed ab oculta potius, et inexplicabili quadam alteratione in ipsis terræ visceribus pendent.* Baglivio cree que la saliva se impregna y es capaz de producir las fiebres. Tambien nuestro Piquer dice, «como quiera que esto sea no hay que dudar que las exalaciones que van con el aire causan las calenturas al modo y semejanza con que obran los venenos; y las producen de mayor ó menor actividad ó malicia segun la mayor ó menor fuerza que ellas tienen, ó

de las disposiciones que se encuentran en los sugetos que las reciben.» Es nobstante Piquer partidario de la influencia de los astros, advirtiendo que las razones en contra de Gassendo y Feijóo no le han convencido.

92. Esta atmósfera tan poco conocida y que es el elemento vital, puede tambien contener un elemento mortífero que seguramente no nace en ella sino que se eleva de la tierra, parte de los grandes centros de populacion, casi nunca de las poblaciones rurales, tiene su origen en focos de corrupcion carcelarias, hospitalarias, domésticas y aun individuales: asi es como ese elemento puro y vital se hace el vehículo de la muerte. No quiero privarme aqui de citar un libro importante, «Influencia de los climas sobre el hombre por P. Foissac,» porque tiene la mas grande relacion con nuestro objeto. Sean en buen hora ciertas las ventajas de la civilizacion bajo el aspecto social, pero confesemos que bajo la consideracion patológica la humanidad no ha ganado. Si Foissac al reconocer las enfermedades como una pension inevitable de la condicion humana no se inclina á ver como una causa poderosa de sus males los vicios de la civilizacion, ni las pasiones, ni el lujo, porque vé compensados sus perjuicios con bienes inestimables, lo cierto es que la simplicidad de costumbres, y la vida sencilla y frugal es el gran preservativo de los males. Por esto es que las sociedades al paso que progresan y se engrandecen debieran atender mas que nunca á la educacion física y moral, y á la higiene: pero es todo lo contrario: mas se adelanta, mas se refina el hombre, mas se abandonan los medios de prolongarle la vida. Es muy cierto que las ciencias progresaron y progresó con ellas la medicina, y que, en este último siglo especialmente, los

preceptos de la higiene erigieron y modificaron las casas de correccion, las de beneficencia, los hospicios, los hospitales, etc. pero hay una apariencia de mejoramiento en esto: se me parece à aquellos casos en que llueve, por decirlo asi, dinero para obsequio del hombre que camina al último suplicio; ¡acaso por haber cometido un crimen al que le obligara su miseria! Es muy digno y justo que el ramo de beneficencia sea una atencion preferente de un buen Gobierno, y que el hospital, el hospicio y el presidio estén indicando el grado de civilizacion de un pueblo por su buena direccion, por su aseo y por todo lo que pueda ser útil, pero yo quisiera que no hubiese pobres que tuviesen que ir al hospital, ni mendigos que recojer, ni crimenes que castigar en esas casas benéficas y consoladoras de la desgracia. No es esta una utopia. Quisiera que la educacion evitára, hasta donde puede ser, esas desgracias; quisiera que la higiene pública fuera una verdad en los pueblos; quisiera que se acostumbrase el hombre al ejercicio de la caridad bienhechora: estos son los resortes para evitar la indigencia, el crimen y gran numero de males. Pero volvamos al influjo de la atmósfera sobre el hombre, como causa de enfermedad.

93. Hemos visto que las enfermedades mas graves y esas epidemias mortiferas que diezman al género humano parten casi siempre de los paises calientes en los que la descomposicion séptica es mas fácil y las emanaciones gasiformes muy considerables. Sin citar la lepra ni la elefancia ni otros muchos males del mismo género bastaria para probarlo el recordar el origen de la fiebre amarilla, del cólera morbo epidémico y de la peste. El cólera tiene su originaria cuna en las orillas cenagosas del Ganges, en

la India inglesa y hace sus estragos rápidos en los pueblos parecidos á su cuna; pero capaz de ser trasportado no conoce paises y el calor de la India le vale tanto como el frio de S. Petersburgo. La fiebre amarilla, llamada *vòmito negro* por los vómitos que suelen acompañarla es de origen americano; las Antillas nos la envian con frecuencia, pues reina casi siempre mas ó menos en Mégico, en Cuba, y en toda la costa con especialidad. Tambien se trasporta y la España tiene aun recuerdos tristes: nobstante pasa con dificultad tierra adentro, y no se aclimata en paises frios. La *peste* tambien toma su origen en los paises calientes con otras condiciones de localidad: es endémica en la Syria, en el Egipto, el oriente dá su gérmen, y desde la mas remota antigüedad se la ha visto estenderse por Europa. «Apesar, dice Foissac, de que la vida es muy activa y muy desarrollada en los paises calientes, el hombre conservaría facilmente la salud, si no la disipase en los escesos de la gula, en los placeres que enervan, y en todas las pasiones desarregladas. La humedad, la frescura de las noches, y la descomposicion de las materias vegetales y animales son las tres causas mas ordinarias de las enfermedades: ¿no sería, pues, facil el evitarlas por los trabajos de saneamiento y aseo, y por la cultura de las tierras que convertiria en principios de vida las nuevas especies organicas, los miasmas pútridos que repartidos en la atmósfera llevan consigo el contagio y la muerte? La sociedad pudiera hacer mucho para evitar estos males que van á ser muy frecuentes á proporcion que la industria del hombre uniendo los pueblos, aproximando sus habitantes y sus producciones útiles nos trae sus vicios y sus enfermedades.

94. En la epidemia que reinó últimamente no podemos

reconocer en la atmósfera un principio de tal naturaleza que fuese capaz de producir la fiebre reinante. En diversas localidades, en montañas y valles, á orilla de la mar y de los rios, en poblaciones grandes y pequeñas, templadas ó frias, con viento sur ó norte, húmedo ó seco la enfermedad se presentó é hizo sus estragos. Yo creo que esta enfermedad, como todas las que dependen de ciertas constituciones médicas, fué producida por cambios orgánicos que ellas producen y que dán origen al desarrollo de heterogeneos principios que infestan, intoxican el organismo. El verano de 1852 ha sido frio y húmedo, apenas se ha traspirado: le siguió un invierno frio y lluvioso, una primavera en que reinaron los vientos S. y S. O. frios y húmedos; el verano del año siguiente fué frio y de una inconstancia notable, pues se sucedian rápidamente temperaturas estremas dominando la fria. El organismo no se depuró, y estas cualidades atmosféricas han motivado la produccion de principios eliminables, tóxicos y sépticos. De aqui las viruelas, las erisipelas, las erupciones y la fiebre. El vulgo queria decir algo cuando decia que *aquellas fiebres* eran las *viruelas,* cuando inculpaba á la vacuna, cuando veia la fiebre y la viruela como una misma cosa: efectivamente son intoxicaciones interiores si bien motivadas por la intemperie atmosférica. Y téngase presente que hablamos de la verdadera fiebre y no de las calenturas que pueden ser estacionales como luego tendremos motivo de reconocer.

95. Trousseau que en medio de su dinamismo (LXXXI y sig.) no está demasiado bien ni con la escuela química, ni con la anatomica, ni con la nosográfica, pero que ostentando vitalismo se acerca al humorismo mas esclusivo

buscando á Sydenham en su apoyo, modifica las opiniones de este célebre médico, que á un mismo tiempo era humorista y naturista (XLI.) pues que vé unas veces los humores alterados producir los males, y otras considera la enfermedad como un esfuerzo de la naturaleza para vencer un estado ó cualidad morbosa ecsistente: asi es que en su definicion de la enfermedad, muy exacta por cierto si se la define de un modo abstracto y final y teniendo en cuenta una idea absoluta y en la cual reconoce un esfuerzo de la naturaleza para espeler una causa morbosa, vemos el humorismo con su coccion, y su crisis, y el naturismo con su principio regulador, previsor, é inteligente: asi Trousseau se le acerca dudando entre su *metasincrisis* palabra muy usada por los antiguos, como puede verse en Orivasio, y su *reconstitucion* orgánica. En esta idea se parece á Themison y á la escuela metodísta. Considera y no sin fundamento, que á cierta edad de la vida la organizacion puede adquirir cierto estado plástico, cierta crasis particular que ecsige una modificacion interna. Yo por mi veo mas claro la necesidad de una depuracion capaz de segregar principios orgánicos sépticos, ó deletereos; y tanto mas es esto posible y como un hecho, cuanto que las typhoideas endémicas y las contagiosas en las que no cabe duda en la ecsistencia de principios sépticos, y destructores que llegan al organismo recibidos de la atmosfera que nos rodea, son una misma cosa en su desarrollo, en su marcha, y en su término que las esporádicas que reconocen por causa una intoxicacion espontánea, interior, individual é independiente de causa alguna esterior.

96. ¿Pero donde se produce? ¿cómo? ¿De que parte del organismo viene la septicidad? Permítaseme en este

lugar llamar la atencion de los patólogos sobre un fenómeno de la mayor importancia. Yo veo en esa preponderancia que efectivamente tienen los síntomas gástricos en la fiebre typhoidea primitiva, y aun en la secundaria una cosa muy diversa de la que ven todos los patólogos. Yo creo que los fenómenos intestinales que se observan pertenecen á otra gerarquia, y que deben ligarse con la alteracion de los otros órganos y de las demás funciones orgánicas. Me obligan á pensar asi las siguientes observaciones. 1.ª En las fiebres, en las que muchas veces ni aun suponemos puedan ecsistir materiales intestinales que entren en descomposicion animal, se observan nobstante deposiciones de una fetidez ó olor *suì generis;* gases en abundancia; orinas de mal olor, turbias; diarreas cuantiosas. ¿Como se producen, y de donde vienen? 2.ª En las fiebres en que hemos evacuado *superne, et inferne,* como decian los humoristas, y en las que hemos prodigado los enemas á cierta época, las deyecciones albinas fétidas se presentan, se desenvuelven gases fétidos, y la pneumacia y meteorismo son muy notables. ¿A espensas de que materiales contenidos en el tubo intestinal se producen? 3.ª Recorren las fiebres á veces el primer septenario sin demostrar lesion alguna del tubo intestinal; otras veces, y suelen ser gravísimas, tan solo el meteorismo anuncia su alteracion, en momentos justamente en que el médico supone no ecsisten materiales que puedan producirlo. ¿De donde parten los gases que lo producen? 4.ª En el typhus asiático se notan deposiciones frecuentes de materiales líquidos, como serosos y segun el Dr. Drument semejantes á la serosidad de las hidropesias, pero en esta misma enfermedad, y en su transformacion cuando la accion tóxica dá tiem-

po á alguna reaccion, y se presentan los fenómenos typhoideos se observan las deposiciones biliosas y fétidas. ¿Como puede suceder que despues de un primer periodo de escreciones albinas serosas, y cuando debemos suponer sin materiales putrescentes el tubo intestinal se reconozcan las deposiciones que anuncian los fenómenos sépticos? ¿No es muy frecuente que la fiebre termine por deyecciones ventrales, especialmente en ciertas epidemias? 6.ª En los intestinos, mas bien que en el estómago, se notan las alteraciones patológicas que los AA. designan como constantes, ó casi constantes lesiones en la fiebre typhoidea. Efectivamente apenas se observan sintomas ostensibles de lesion estomacal mientras que frecuentemente el vientre duele, se abulta, se observan deposiciones involuntarias, meteorismo etc. ¿No probará esto que en los intestinos ecsiste alguna cosa grave, ò que en ellos sucede algun fenomeno notable al reconocer la parte que toman ellos en la gravedad typhoidea? 7.ª ¿Abundantes y sedimentosas orinas no son muchas veces un término favorable de esta enfermedad? 8.ª ¿No lo son los sudores en algunos casos?

97. Muchas veces me han llamado la atencion estos fenomenos problemáticos que se resuelven generalmente de un modo muy satisfactorio y fácil, al parecer, cuando la reflecsion no profundiza. Acaso los intestinos se resientan con tanta preferencia en la fiebre porque á ellos es á quien corresponde la eliminacion de los principios sèpticos, tóxicos, incapaces de elaboracion orgànica, y acaso en su eliminacion destruyan, afecten los organos mismos que debieran eliminarlos. Es cierto y evidente que en estas fiebres suele ser un buen término el desprendimiento de materiales liquidos y fétidos, que han sido reconocidos por

todos como capaces de producir el contagio. Se dirá acaso que si fuera asi el remedio de estos males serian los purgantes: ya veremos en su lugar que no están contra indicados, pero que su accion fisiológica no tiene una facultad electiva para eliminar este, ú el otro principio, por que esto depende de circunstancias superiores á nuestros medios terapéuticos. Hallo en Liebig algunos comprobantes de mi pensamiento aplicable á otras afecciones como luego veremos. Este célebre químico, aunque á veces bastante atrevido en el vuelo que dá á sus concepciones, presenta algunas ideas que merecen tenerse en consideracion. «Es un error, dice, el creer que las heces se componen de sustancias en estado de putrefaccion y que deben su olor á este estado. Se han hecho esperiencias que prueban que el escremento de la vaca, del caballo, del carnero y del hombre en buena salud no se halla en putrefaccion; ninguna sustancia putrescente posee el olor particular de estas evacuaciones, y las partículas olorosas que ellas despiden pueden producirse artificialmente con todos sus caracteres repugnantes por la oxidacion de la albumina, de la fibrina etc... Por la armonia de los órganos de secrecion conserva la sangre la composicion necesaria para la nutricion. Comer mucho, como se hace casi siempre, recargar el horno de convustible; un ligero esceso de sustancias que pasan del estómago á la circulacion no turba las funciones vitales en las personas sanas porque el escedente no gastado por la respiracion, en un tiempo dado, se evacua por los intestinos ó por los riñones en un estado de mas ó menos alteracion. Bajo este aspecto, el canal intestinal y los riñones se ausilian recíprocamente. Cuando á consecuencia de una semejante sobre-carga de san-

gre, ó de la falta de oxigeno, la orina contiene un esceso de sustancias orgánicas no quemadas; cuando es obscura, y se hace turbia por el ácido urico, denota frecuentemente un defecto de actividad en los intestinos: en este caso un simple purgante restablece ordinariamente el equilibrio y vuelve à la orina su transparencia y su color ordinarios espulsando de la sangre las sustancias incompletamente oxidadas. Se *desenvuelven materiales anormales* siempre que las funciones de los intestinos y de los riñones se alteran ó se interrumpen en su marcha regular por causas morbosas... Hace mucho tiempo que los médicos inteligentes saben por esperiencia que los riñones y el canal intestinal son los reguladores de la respiracion. El canal intestinal es un órgano de secrecion, es si se quiere, la chimenea del organismo; las partes fétidas de las heces son el hollin que el canal intestinal separa de la sangre; la orina representa el humo, es decir las partes solubles, alcalinas, ó ácidas.» Yo añadiera á estas observaciones la depuracion biliosa, pulmonal y dermoidea, pues que tendriamos resuelto el gran fenómeno de la crisis y sin ser humoristas viéramos de este modo las fiebres que toman el caracter bilioso, y las erupciones cutaneas, y el olor *sui generis* del aire espirado. Vièramos tambien esplicado el termino de las fiebres por diarreas biliosas, por la orina, por sudor, pues que los médicos todos ven hoy como posible la *crisis* por esas excreciones naturales que tanto respetamos á veces. En las fiebres de un carácter benigno que reinaron desde el Otoño de 1858 hasta esta primavera, y de las que tuvimos bastantes en la sala clínica, pero en mucho mayor número en las de mugeres, su terminacion era por sudores, observándose casi constante-

mente recaidas inmotivadas, sin duda porque la depuracion era incompleta, y un nuevo sudor era seguido de rápidas convalecencias.

98. En este lugar reconoceremos la importancia de la division que hé hecho de la fiebre segun el origen de su causa séptica. El mismo Trousseau, si bien no reconoce esta division, halla dificultades que sin ella no puede vencer: dice. «Por último: cuando insistiendo en esta idea (la de la reconstitucion, ó metasincrisis) se trata de investigar si la causa próxima es un germen (1) como el que produce las viruelas y otros exantemas específicos, una materia morbífica viva venida del esterior y suministrada por un organismo que habiendola recibido de otro la trasmite con sus mismas condiciones de modo que venga á ser un contagio mas ó menos directo, condicion rigorosa del desarrollo de la enfermedad, vemos lo contrario pues se la observa nacer espontáneamente, ó con independencia de una multitud de circunstancias higiénicas ó de condiciones de insalubridad que

---

(1) La causa próxima de la fiebre no es un gérmen, ni un miasma porque esto sería, ó debiera llamarse *causa ocasional específica*, porque el mismo reconoce que sus condiciones metasincriticas necesitan ciertas condiciones individuales ó temperamentales para favorecer su accion. Por otra parte la verdadera causa próxima de las enfermedades es el *cambio orgánico* que la causa ocasional produce; es la misma enfermedad y asi en la fiebre la causa próxima es la alteracion que en el organismo produce la causa séptica, que á veces existe y se elimina, se asimila ó se neutraliza sin producir su efecto. Hè aquí porque en las epidemias en que en el aire está la causa todos lo respiran y no todos enferman. La causa próxima asi considerada es la patogenia del mal, es el término del gran problema médico. ¿Qué efectos produce en el organismo la causa séptica esterior ó interior? Esto es lo que intentan reconocer todas las doctrinas porque de aquí parte todo. Yá hé dicho de cuan diversas maneras vé obrar cada uno sus efectos á la misma causa. Hablaremos luego de la causa próxima que es su *patogenia*.

pudieran creerse muy eficaces para producirla. Por lo tanto es preciso modificar ó desechar la hipotesis, y buscar en la misma economía, en sus leyes, en la observacion de sus necesidades, de sus cambios, de sus revoluciones, de los trastornos que puede esperimentar etc. los datos necesarios para ilustrar la oscura etiologia de la fiebre typhoidea.» Segun estas ideas todas las fiebres son esporàdicas, no hay ni contagios, ni fiebres endémicas. De esta duda se sale facilmente reconociendo como una cosa cierta, indudable, que la causa de la fiebre typhoidea es unas veces individual, y otras endémica, ó contagiosa; es decir, nacida interiormente ó venida de afuera. En ambos casos puede ser aplicable la idea, y observacion del gran químico Liebig, yá citado, que á sus notables conocimientos en la ciencia une los conceptos mas elevados de la verdadera filosofía; dice en sus nuevas cartas sobre la química, que «desde que se ha reconocido la verdadera causa del orígen y de la trasmision de la putrefaccion, en las moléculas orgánicas y complexas, la cuestion relativa á la naturaleza de los miasmas y de los principios contagiosos se ha hecho muy fácil de resolver. La cuestion se reduce á lo siguiente, ¿Ecsisten hechos que demuestren que ciertos estados de putrefaccion, ó descomposicion de una materia pueden comunicarse en la economia á las partes constituyentes de órganos vivos, y que por su contacto con un cuerpo en putrefaccion estas partes se ponen en un estado semejante á aquel en que se halla el cuerpo putrescente? A la cuestion asi plantada es necesario responder de una manera afirmativa. Todos estos hechos demuestran que una sustancia animal en estado de descomposicion puede provocar enfermedades en el hombre en estado de salud. Pues que los productos morbidos no

son otra cosa que partes del organismo que se hallan en un estado animal de descomposicion, es claro que pueden mientras que su metamorfosis no ha concluido, comunicar la enfermedad á un segundo ò á un tercer individuo,» y despues de reconocer con Henle las causas mas frecuentes del desenvolvimiento de los miasmas sépticos, añade. «Se puede siempre predecir con certeza la invasion de las enfermedades epidémicas en las llanuras cenagosas, ó en los lugares por mucho tiempo inundados y que los intensos calores desecan... Los hechos que acabamos de esponer autorizan naturalmente á considerar como causa prócsima (1) de la enfermedad el estado particular de las materias orgánicas en descomposicion en todos los casos en que un fenómeno de putrefaccion precede á la enfermedad, ó cuando esta puede propagarse por productos sólidos, liquidos ó gaseosos y no se halla otra causa mas directa.»

99. Veamos con sorpresa que este *quid* desconocido, miasma, efluvio, ó virus (2) se comporta como el virus varioloso, como el efluvio, ó miasma escarlatinoso ó morbiloso. El virus varioloso unas veces se trasmite inmediatamente, otras mediante el intermedio atmosférico y algunas sin estos medios, desarrollándose en el indivíduo para no atacarlo mas que una vez en la vida, cualquiera que hubiese sido su origen. Veamos ahora la typhoidea. Se adquiere

(1) Debiera decir, la causa ocasional, ó determinante específica. Sensible es que aun se confunda asi la accpcion de la palabra *causa*, ya lo hemos dicho; la causa próxima de una enfermedad es el cambio orgánico que la constituye, es su patogenia: asi lo comprendian los antiguos con la escuela dogmática, exacta bajo este aspecto.

(2) Para mi son sinónimas estas palabras: cuando los contagios me ocupen manifestaré las razones en que apoyo esta creencia.

por contacto mediato, ó inmediato; se desarrolla bajo determinadas constituciones atmosféricas, ó aparece sin estas causas desenvolviéndose en lo interior del hombre; y por lo comun acomete una sola vez en la vida. ¿Por qué esta analogia? ¿qué parecido hay entre estas causas? ¿Por qué en la época de 1853 y en 1858 reinaron á un mismo tiempo en Francia y en España las fiebres, las viruelas, las erisipelas y una variedad notable de erupciones uniéndose muchas veces para presentar los mas imponentes cuadros? ¿Por qué Mr. Bourguignon en una Memoria leida ultimamente á la Sociedad médica, establece el paralelo entre la viruela y la fiebre tiphoidea, y pide la inoculacion como preservativo? ¿Por qué padecidas una vez parecen dar al hombre carta blanca contra la misma enfermedad? ¿Existen, acaso, sus elementos en nuestra organizacion con anterioridad á su desarrollo, y una vez depurados, eliminados, no resta ya la disposicion á responder, á fomentar, ó á nutrir las causas endémicas ó epidémicas, ó esporadicas que pueden obrar en nosotros? ¿Serán todas estas enfermedades, tiphoidea esporádica, viruelas, erisipelas, verdaderas depuraciones orgánicas? Un velo misterioso cubre la verdad de estas analogias: respetémoslo mientras que no lo sancionan la razon y la esperiencia, pero creo si, que están sentadas premisas de mucha importancia para resolverlo. Y nos detenemos en el estudio de la causa eficiente de la fiebre porque es de una importancia inmensa para reconocer su naturaleza, y por consiguiente para deducir su terapéutica.

100. Acerquémonos mas á la forma insidiosa de estos males. Nadie pone en duda que los miasmas sépticos emanados de un local cualquiera son capaces de producir la

enfermedad typhoidea: esta entonces es endémica, y puede llegar á contagiosa. Absorvido el elemento séptico tarda mas ó menos tiempo en ejercer su accion, como si (y no se crea en sentido figurado lo que voy á decir porque si no es se acerca mucho á ser una realidad) reclutase nuevos elementos de accion, como si se nutriese para obrar con mas fuerza, como si reconociese las condiciones de su domicilio para atacarlo. ¿Por qué el sutil vapor, las leves emanaciones de un varioloso son capaces de multiplicar al infinito el pus varioloso en el contagio? porque reclutó elementos que hizo de su misma naturaleza. ¿Por que en la pústula maligna la insignificante cantidad de virus que puede llevar la trompa de una mosca produce un pequeño granito que luego poco á poco crece, mata la parte que apenas un leve prurito anunciaba enferma, y mata al fin al hombre intoxicando todo su organismo? porque la cantidad insignificante de virus se nutrió á costa de los elementos orgánicos. ¿Por que respirando todos una atmósfera contagiosa no todos contraen la enfermedad? porque la causa destructora recorrió el organismo y este no respondiò á su accion, ó fué eliminado á tiempo ó fué elaborado, descompuesto y hecho ineficaz. Hé aqui lo que exactamente se entiende por disposicion orgánica á contraer los males. Y he aqui tambien porque la intoxicacion variolosa, y typhoidea preservan de una segunda intoxicacion: sin duda no halló el virus absorvido los elementos apropiados para nutrirse y desarrollar su accion. Pero se me volverá á preguntar ¿que es el miasma? A esto solo se puede contestar que el miasma es un producto de descomposicion orgánica que no sé si me atreva á decir que conserva cierto carácter vital sin el cual no obra pues la experiencia demues-

tra que es mas fácil el contagio vivo que el contagio de los muertos. Esta idea la vemos ya anunciada en una muy interesante Memoria del respetable Doctor Seoanne sobre al cólera morbus de 1832, dirigida al Gobierno desde Londres. En ella, hablandóos del contagio, cita las opiniones del Dr. Palaco Goldberg que segun Becker sospechó que el contagio del cólera se producia en el periodo de pasar los enfermos al estado de convalencia. Yo lo creo tanto mas asi cuanto el cólera en su periodo algido tiene menos condiciones que en la reaccion para trasmitirse: pero sobre este punto aun volveremos á hablar. El dia de grandes desgracias en una epidemia suele ser el del descenso, como si los hombres llevasen consigo al sepulcro los elementos de su enfermedad. Cierto es que mal esplicamos lo que es miasma, porque no se pudo analizar hasta el dia por mas que eminentes químicos trataron de fijarlos en las atmósferas hospitalarias por medio de la intensa refrigeracion. Solo conocemos de importancia para nuestro obgeto lo que nos dice Liebig refiriendose á observaciones microscópicas hechas sobre el pus en putrefaccion y sobre el pus vacuno, y en los que se ven glóbulos semejantes à los de la sangre. Esta observacion apoya el pensamiento de que el contagio es el producto de un estado morbido de los órganos. Se vió, «dice, en los glóbulos el gérmen vivo de la enfermedad.» No deja esta idea de ser algun tanto exacta, porque los virus contagiosos son productos orgánicos escitadores de estados semejantes.

101. Esta aparicion espontánea de los gérmenes sépticos en el hombre está comprendida por el Dr. Pidoux de una manera bastante clara bajo su aspecto dinamista «las enfermedades, dice, son incesantemente escitadas por el mis-

mo fuego de la vida en el seno de todas las causas determinantes fisicas y morales, sociales y cosmicas en medio de las cuales el hombre obra, se desenvuelve, resiste. Pero se obra en nosotros, bajo estas influencias, una determinacion especial de nuestras propiedades morbidas elementales, verdadera germinacion ó formacion de gérmenes nosologicos que se llaman elementos morbidos. Asi es como las enfermedades propiamente dichas toman su origen ó como se forma el cuerpo de las enfermedades. Esta generacion está sometida á las condiciones de evolucion y á las leyes embryológicas de todos los seres organizados.» Esta doctrina si bien se acomoda á la produccion de gérmenes espontáneos que obedecen las leyes supremas de la organizacion, no olvidemos que estas leyes emanan del organismo como el efecto emana de su causa.

102. No nos distraigamos en mas reflexiones. Acerquemonos á esplicar la etiologia de la fiebre esporádica, endémica y contagiosa porque es la mas conocida, pero antes debo hacer una aclaracion importante, por que se confunde la palabra epidemia. Enfermedad epidémica es aquella que reconoce una causa específica que existe en la atmósfera y que la atmósfera propaga. Pero en otros casos, no parece existir esta causa, pues que tantos pueblos, y tan diversas localidades afecta y puede ser un contagio, ó bien ser la fiebre esporádica muy generalizada por circunstancias atmosféricas, por esas intemperies de la atmosfera, como las llamaban los antiguos (XXVIII) à las variaciones de sus cualidades y á los cambios estacionales: estas circunstancias del aire son las que producen, lo que los médicos llamaban *constitucion médica reinante*, la que ya por si misma produce enfermedades, ya predispone á

ellas: por eso se decía constitucion catarral, biliosa etc. Pero cuando de los enfermos ó de ciertos lugares se desprenden principios morbosos que repartidos, y conducidos por el aire son capaces de afectar el organismo vivo, entonces hay ó reina una enfermedad epidémica. Cuando en Francia reinaba el cólera, se decía que reinaba una epidemia, pero al mismo tiempo se atribuía á las cualidades de la atmósfera en la alteracion de sus principios: si era esto segundo, era estacional, no epidémica porque en esta hay traslacion de principios morbidos por intermedio del aire que no es mas que un vehículo: todo contagio miasmático se efectua por este intermedio, aun en los contagios inmediatos. Cuando es directa la trasmision de individuo à individuo hay contagio; cuando la causa es local, propia de un lugar, y mientras que se limita á obrar en su esfera de accion, hay una enfermedad endémica, que puede hacerse epidémica y contagiosa. Reinan, pues, muchas veces las fiebres typhoideas, ó fiebres graves, ó la entidad llamada *fiebre* bajo la influencia, no endémica, ni epidémica, ni contagiosa, sino bajo una constitucion atmosférica especial, y entonces son estacionales ó esporádicas, pero que cuando es mucho el número de atacados puede hacerse endémica ó contagiosa ó epidémica, como luego veremos. ¿Como se multiplica este miasma? El célebre químico Liebig sienta un principio muy luminoso para esplicar este trànsito de las enfermedades esporádicas á epidemicas y contagiosas: «un cuerpo en descomposicion dice, que llamaremos escitador, introducido en una mezcla liquida que contiene los elementos, puede reproducirse de la misma manera que el fermento en un jugo vegetal que contenga gluten; y esta transformacion se opera mas se-

guramente *si entre los elementos de la mezcla se halla el elemento de donde el escitador ha tomado origen.*» ¿Y quien duda que el miasma es producto de otro ser orgánico semejante al en que ejerce su accion? El mismo Químico nos hace observar que la sangre corrompida, la sustancia cerebral, el pus, la hiel en putrefaccion, aplicadas sobre llagas vivas, causan vómitos, postracion, y pasado algun tiempo la muerte. Aqui la causa infecciona, el fermento no pasa al organismo en estado miasmático ó gasiforme, sino materialmente como los virus.

103. Cierto es que los médicos no estan de acuerdo sobre si debe buscarse la causa de la fiebre typhoidea y de los typhus en la atmósfera miasmática que algunos negaron, ó en las cualidades del aire. Sabemos cuanto se ha delirado sobre el estado eléctrico de la atmósfera, sobre las oscilaciones barométricas y la existencia de ejércitos de cuerpecitos animados en ella, pareciéndose á la etiologia de Raspail (C.) Se busca en apoyo de todo á Hipócrates y á los antíguos historiadores, pero en ellos se halla que unas veces es el aire con sus cualidades físicas, y otras el aire como conductor de la causa maléfica: *nulla cœli intemperie quœ occurreret oculis,* dijo tambien Tacito hablando de la peste que desoló á Roma en tiempo de Neron. Lucrecio al mismo tiempo que atribuye estas enfermedades á los miasmas elevados de la tierra, *de terra surgunt* observa cuanto influyen en su maléfica accion los grandes calores y las grandes lluvias. Tito-Livio con una maestría sorprendente reconoce esta causa que á un mismo tiempo está en el hombre mismo, en un lugar determinado y en el aire produciendo las terribles plagas que parten, acaso, de un individuo para desolar provincias y reinos

enteros. En la segunda guerra Púnica una verdadera peste desoló los egércitos de Roma y de Cartago, era el typhus; nació por circunstancias locales y se estendió por ambos egércitos; se hizo tan contagioso que bastaba tocar los enfermos para contagiarse y morir: oigamos á Tito-Livio. *Accessit et pestilentia commune malum, quod facile utrorumque animos avertere à belli consiliis. Nam tempore autumni, et locis naturâ gravibus multo tamen magis extra urbem quam in urbe, intoleranda vis œstus per utraque castra omnium fere corpora movit. Et primo temporis ac loci vitio et œgri erant et moriebantur: postea curatio ipsa et contactus œgrorum vulgabat morbos: ut aut neglecti desertique qui incidissent, morerentur: aut assidentes curanteisque, eadem vi morbi repletos secum traherent: quotidianaque funera et mors ab oculos esset et undique dies noctesque, ploratus audientur.* Ved aqui las pestes endémicas que se estienden como epidemias y se transportan tambien por contagio inmediato. He aqui las pestes ó typhus del estio y del otoño, de que nos habla Sydenham, y Stoll, y que ya Hipócrates nos marca con esas influencias atmosféricas que en sus cualidades pueden desarrollar en el individuo la causa typhica, que puede hacerse contagiosa por circunstancias especiales, pero cuya causa no está en las cualidades atmosfericas, y solo en el aire el miasma desprendido de los cuerpos en putrefaccion vegetal ó animal. Enfin, reabsumamos estas ideas de tanta importancia. Si hay miasmas en la atmósfera sean producidos por cuerpos enfermos, ó por emanaciones de descomposiciones sépticas, hay *epidemias*. Si no hay mas en la atmósfera que variaciones y alteraciones, ó irregularidad en sus cualidades, reinan fiebres *estacionales*, que reconocen por causa un miasma desarro-

llado en el individuo, por lo regular como secuencia de la falta de depuraciones orgánicas impedidas por circunstancias atmosféricas, ó bien estos miasmas son un producto de segundo órden originado de descomposiciones orgánicas en la carrera de otras enfermedades estacionales, como de las calenturas: en el primer caso son estacionales primitivas; en el segundo son estacionales secundarias. Si la causa séptica parte de un punto determinado obrando sobre una localidad, reina la fiebre *endémica*. Cuando la atmósfera que rodea á los enfermos, y sus emanaciones producen la enfermedad, es *contagiosa*. Lo repetimos para que haya siempre precauciones; sobre todo ventilacion y limpieza: la fiebre esporádica mas limitada puede producir la endémica, la epidemica, y la contagiosa. Egemplo; un solo caso en una cárcel, hospicio ú hospital puede originar un conflicto de suma trascendencia. Pero todo este estudio no nos dá bastantes datos para llegar à reconocer la naturaleza del miasma vivo, ó del miasma muerto, porque ni aun se pudo bien comprender cual sea ese miasma paludiano que produce las intermitentes, ni esa convinacion miasmática tan destructora en los paises litorales y fluviales que el calor activa, y que no siempre el frio mata. Pero es un hecho; ellos se desprenden, se reparten y parecen adquirir vida con el calor y la luz, como si se comportasen á semejanza de las evoluciones ovaricas ó de las germinaciones vegetales. En Octubre de 1853 apareció el cólera en la provincia de Pontevedra: se estendió con hipocresía; se sostuvo aquí y allí repartiendose con insidiosa calma tomando, por decirlo asi, carta de vecindad para en la primavera y verano hacer sus victimas como en pais conquistado. Quiera el cielo que en los momentos en que escribo estas

líneas, la conducta de este agente invisible no sea la misma para darnos, acaso, un justo merecido en el año próximo.

104. *Mas sobre el carácter contagioso de la causa.*— Nada hay que no recibiese de un modo notable el impulso patente de los sistemas médicos y de las influencias filosóficas: ni el contagio estuvo á cubierto de esta fatalidad. Conocida es de todos la historia de las diversas pestes que asolaron y aterraron la Europa, en lo que no tocó poca parte á nuestra España. Todos conocemos la antigua legislacion que emanara del terror de tantas calamidades, pero cuyas leyes eran casi tan aterradoras como la epidemia mismo.

105. A principios de este siglo la filosofía y la ciencia clamaron tanto y con un esclusivismo tan admirable que sus consecuencias fueron tambien calamitosas abriendo las puertas á todas las enfermedades, y entonces ya no los typhus, pero ni la fiebre amarilla ni la peste merecieron llamar la atencion bajo este aspecto ni de los Gobiernos, ni de los médicos. Absurdo era el considerar contagiosa la elefancía y la tisis, y la fiebre pútrida y los tiphus todos y daba una opinion poco favorable del pobre médico práctico que proclamaba el contagio. En 1810 nuestro malogrado Lopez Mateos llama desatinos de los hombres la opinion sobre los contagios, y este eminente escritor se deja llevar por las ideas de su tiempo buscando solo pruebas fisicas y hechos comprobados por una filosofia entonces vulgar. La tradicion es un error; los hechos son inexactos y no hay mas contagios que el de los virus que los sentidos nos demuestran. La atmósfera, los cambios eléctricos son los que producen estos males. No refutaremos las ideas de este Profesor pero no podemos admitir los caracteres que quiere designar á las enfermedades contagiosas. Empero

somos de su modo de pensar sobre lo importantísimo que es, en el caso de una enfermedad comun, apurar si es ó no es contagiosa, para que ni falte ni se exceda en sus disposiciones la policía y pueda arreglar con acierto sus arbitrios. Pero esta misma idea ya la proclamó Stoll admitiendo el nó contagio de la peste y para cuyo practico únicamente la sifilis, la viruela, la sarna y el sarampion eran contagiosos. Las razones en que se funda no merecen discutirse porque se apoyan en la inoculacion, é ya hemos dicho en otra parte que si la viruela se inocula tambien puede comunicarse por intermedio atmosférico. Pero estas opiniones tan esclùsivas y que fueron admitidas con general aceptacion se modificaron tan pronto se vieron las consecuencias de su conformidad, y hoy dia las opiniones se inclinan mas á ver la posibilidad del contagio de muchas enfermedades en quienes se negara. Fijémonos en nuestra fiebre que es lo que mas nos interesa. Las observaciones del Dr. Haime, Médico de las epidemias de Tours insertas en los periódicos facultativos llevan á demostrar que la fiebre, ó su fiebre typhoidea puede adquirir el carácter contagioso pues que la enfermedad atacaba por familias y se trasmitia á los asistentes. Ni se puede alegar que este profesor haya confundído el typhus con la fiebre typhoidea porque el mismo asegura haberse presentado perfectamente caracterizada. Mr. Jubiot con motivo del typhus de Crimea nos hace una distincion que estamos lejos de admitir, porque es complicar el lenguaje de la ciencia, bastante complicado ya, pues nos asegura que el typhus es esencialmente infeccioso pero no contagioso. Sin disputa: hay una gran diferencia entre la sifilis contagiosa y el typhus que se trasmite de individuo á individuo, por

que en el uno existe un virus que obra inmediatamente y en el otro hay un miasma que egerce su accion por intermedio del aire. No creo, pues, pueda hallarse un motivo para no llamar contagio la adquisicion del typhus porque necesite de la atmósfera para trasmitirse, pues que si no conocemos al miasma como he espuesto en otra parte (100) tampoco conocemos el verdadero virus vacuno ni ningun virus por mas que se presente á nuestros ojos bajo formas materiales que no son, sin duda, las del verdadero vírus contagioso. Mr. Bouillaud dice que el no contagio de la fiebre typhoidea le parece tan cierto como el contagio de la viruela. El contagio de la fiebre fué admitido por Bretoneau y por Gendron. El Dr. Ragaine lo ha demostrado en epidemias aisladas que es como se debe estudiar. Las grandes disputas sobre el contagio de esas enfermedades que tanto aterran, cólera y fiebre amarilla, no tuvieran lugar si estas enfermedades se estudiasen en su mas simple aparicion como nosotros lo hicimos (Revista del cólera de 1834): asi solo se puede seguir su trasmision individual antes que se generalice; porque un contagio pasa á comportarse como una epidemia muy luego de su aparicion. Pienso como Mr. Roche «si se exceptuan las fiebres periódicas, todas las demas fiebres miasmáticas son, *ò pueden ser,* contagiosas. Yo no sé que diferencia pueden hallar los autores entre la infeccion y contagio para que tanto se exageren las consecuencias de no separar ambas palabras, porque aun tomándolas en la acepcion mas rigorosa con Lepelletier de la Sarthe, no sería la diferencia otra que, en unos casos la enfermedad se transporta de individuo á individuo por conducto del aire, y en otros existe un virus apreciable á nuestros sentidos cuanto pueden serlo pues que

el virus que afecta ni pudo ser analizado ni puede ser conocido como sucede con los miasmas, siendo mas exacto decir en tal caso que la enfermedad infecciosa necesita la atmósfera que la contenga y la enfermedad contagiosa el pus que la comunique. Pero aun esta acepcion ¿en que clase colocaremos la viruela? La esperiencia nos dice que si unas veces se comunica por la atmósfera, otras se transporta por inoculacion. La fiebre typhoidea y los typhus son á no dudarlo comunicables de individuo á individuo, ya por medio de la atmósfera en grande, ya por las exalaciones del individuo, llámese á este contagio ó infeccion que para mi es lo mismo.´ Los autores estan divididos bajo este aspecto pero nadie duda hoy quo los typhus son contagiosos y la experiencia desgraciadamente me ha demostrado que la fiebre lo es igualmente como que tiene la etiologia y la patogenia de aquellos.

106. Por lo que respecta á los typhus especiales es una temeridad, es cerrar los ojos á la evidencia, es obrar contra un instinto casi providencial, el intento solo de negar su trasmisibilidad. El que se ha visto en epidemias de fiebres, llámense typhoideas, typhus ó cólera y niega el contagio ó está ciego ó no ha observado con escrupulosa atencion. Desde la mas remota antigüedad se viò el contagio como un hecho demostrado: Tito-Livio como Tácito distinguian bien las enfermedades estacionales de las contagiosas: este último hablando de la peste de Roma, no quería inculpar al aire, que solo puede producir otros males porque sus elementos jamás cambian sus proporciones como se ha querido decir contra lo que han probado Dumas y Bousingaul. No es Paris, ni Londres donde se pueden resolver los problemas del contagio, so-

lo en aisladas poblaciones, poco populosas, y en su origen se pueden estudiar los hechos que demuestran el contagio. Mr. Rufz cree que si la fiebre amarilla es contagiosa no lo es por contacto y si de un modo especial. No hemos creido nunca en el contagio inmediato en los typhus porque este modo de trasmision solo es de los virus, pero si por intermedio atmosférico. Mr. Trousseau tiene razon, no hay que comparar un contagio á otro por que esto es lo que nos lleva á la duda. Decia bien Tito-Livio puede llegar el contagio, al principio dudoso, á hacerse terrible y casi inmediato. En fin, esa guerra apasionada que se hace en este siglo al contagio de la fiebre con sus typhus es, en lo general, de mala ley: acaso el rigorismo de las leyes sanitarias en las que la pena de muerte se prodigaba en todos los delitos de infraccion, fué el primer origen de esta voz fatídica que proclamó su abolicion, ó su desuso: siempre el rigorismo conduce á la inobservancia y á la ineficacia: nobstante decia en el siglo pasado nuestro Escobar; en este siglo hemos sido afortunados, por la misericordia de Dios, y lo debemos al noble y vigilante cuidado de los gobernadores de los puertos en observar las instrucciones publicadas. ¿Que diremos nosotros en nuestro siglo despues de un Congreso sanitario Europeo? Por lo demas si nos ocupásemos de esta materia con detencion tendríamos que recorrer la historia desde Hipócrates hasta nosotros; pero no podemos concluir sin protestar contra la inculpacion maliciosa de atribuir á la atmósfera lo que es consecuencia de los miasmas elevados de la tierra emanados de cuerpos vivos ó cuerpos muertos pero siempre orgánicos: la atmósfera en si misma, como decia Nonio, *tota est vitalis et perennis salubritatis est.*

107. No me es posible entrar en todas las cuestiones que se pueden presentar hablando del contagio porque mis ideas sobre esta materia exigieran un razonamiento que me ocuparía demasiado, comenzando por fijar la acepcion de las palabras. Diré sí, que este asunto es de tal trascendencia que mereciera de la ciencia un código de preceptos que tuviesen una sancion universal, porque es hasta ridículo ver disputar aun hoy lo que la razon y la experiencia parecieran haber sancionado ya. Si Hipócrates y Galeno, si Sydenham y Stoll, si Pringle y Lind no tienen bastante autoridad para que su opinion sea en la balanza de la discusion de un valor decisivo, pudiéramos citar en su apoyo la doctrina actual en sus controversias sistemáticas y la reciente memoria del Dr. Ragaine premiada por la Academia francesa en la que sienta, apoyado en gran número de observaciones, el contagio de la fiebre typhoidea que Bretonneau y Gendran habian ya anunciado. Yo pudiera citar tambien recientes hechos de una claridad y evidencia irresistible, pero mil circunstancias me lo impiden. Debo terminar este trabajo con algunas reflexiones importantes.

1.ª *El médico debe ser muy circunspecto para decidir sobre la trasmisibilidad de un mal de un individuo á otro.* Aun en las enfermedades en que no reconocemos virus ni miasma esta decision es de suma trascendencia: pongamos por ejemplo la tisis pulmonal, cuya trasmisibilidad es posible: hoy la reconoce Mr. Brouchon apesar que el siglo XIX la había negado con entusiasmo.

2.ª *Las enfermedades productos de virus y de miasmas tienen el carácter contagioso, infeccioso ó trasmisible.* Pregúntese á los *anti-contagionistas* si la fiebre esporádica

puede ser causada por miasmas bajo ciertas circunstancias interiores ó exteriores, y responderàn todos afirmativamente: pues bien ¿y por qué estos enfermos no han de poder trasmitir á otros sugetos sanos la causa que los hizo enfermar y que se multiplicó en su incubacion? Una gota de pus varioloso ó sifilítico puede trasmitirse á millones de individuos ¿por qué no el miasma? La fiebre, pues, bajo todos sus aspectos, tiphoidea, tiphus, cólera, fiebre amarilla, peste, es contagiosa, es trasmisible.

3.ª *Si peligros hay en declarar intrasmisible una enfermedad, mas incalculables son los resultados de una decision contraria.* La razon debe guiar la conciencia del profesor, no los intereses. Ponga á cubierto su responsabilidad y su persona.

4.ª *Los medios preventivos no son jamás ridículos y mucho menos innecesarios.* Una experiencia de cuarenta años me ha demostrado esta verdad. La poca ventilacion, las atmósferas de los enfermos, la falta de limpieza, la constante permanencia al lado del paciente, la cama comun y la cohabitacion son causas frecuentes de contagios, ó trasmision de enfermedades que ni aun se reconocen como virulentas ni como miasmáticas.

108. Debo en este lugar, ya que me decido, en medio de un profundo convencimiento, por el contagio, y si no se le quiere llamar asi, por la cualidad infecciosa de la fiebre con todos los tiphus, debo, digo, elevar una voz impotente, pero que es el cumplimiento de un deber supremo. La historia nos sorprende con las numerosas calamidades que afligieron al mundo en muy diversas épocas y nuestra España no fué la menos castigada, como puede verse en nuestra epidemiologia. Si el cólera con trabajo

pudo invadir la Europa, en la que lo considero aclimatado como presente lamentable del siglo XIX; si la fiebre amarilla hace años nos respeta, gracias á la dificultad de su aclimatacion; si la peste de levante que tantas veces nos acometió desde el siglo VI hasta el XVI, y cuyo origen podemos leer en nuestro Escobar, parece haberse saciado de victimas europeas, no por esto debemos vivir con tal confianza que no pensemos seriamente en su posibilidad para ahuyentarlas con esas medidas enérgicas con prudencia, sabias con meditacion y profundamente humanitarias y civilizadoras; porque el primer principio de la civilizacion es la proteccion de la vida del hombre. Yo no quiero ni anunciar calamidades ni tener la presuncion de traslucir el horóscopo de este siglo con fatídica prevision, pero debo llamar la atencion de los Hombres de Estado en una época en que se abren las puertas del continente africano cual campo en que debe ondear la bandera de la civilizacion de Europa.

109. *Sintomatològia de la fiebre.*=PRIMER PERIODO.=El primer fenómeno que indica el ataque de la causa morbosa es el escalofrio. Este síntoma es casi general en las typhoideas primitivas; ya diré porque no se observa en las secundarias. El escalofrio, gravísimo período en las intermitentes malignas; periodo principal y característico de la typhoidea asiática, es la impresion tóxica que recibe el organismo al primer ataque de la causa morbifica: parece que le sobrecoge, le aniquila, y se humilla ante ella. La primera parte que reconoce al enemigo es el vigilante orgánico, el sistema nervioso, que cuando sufre toda la accion de la causa, porque esta le acomete con predileccion bajo determinadas circunstancias de que hemos hablado,

el enfermo puede sucumbir en este período algido, como en las intermitentes perniciosas, y en el cólera. Pero á no ser en estas dos enfermedades el organismo que, como todos los cuerpos de la naturaleza, resiste su destruccion y se opone á salir del estado que le es natural, entra en lucha con el agente que contraría su marcha fisiológica, y se marca la reaccion. Es una desgracia lamentable que en medicina se busque mas evidencia que en las otras ciencias. Los cuerpos graves resisten salir de su posicion, los compuestos rechazan la analisis, y la palabra fuerza de cohesion, de resistencia, de atraccion, lo esplica todo: pero cuando se aplica esta doctrina à la medicina, parece fabulosa, un suterfugio, una sutileza, pero nada mas real; á esta resistencia orgánica llamaron los fisiólogos fuerza activa, resistencia vital, tendencia marcada á volver al tipo normal, naturaleza etc. (XC. CXV.)

110. Pasado este primer período todas las fiebres esenciales son idénticas, todos los typhus son la misma enfermedad con la diferencia de afectarse con predileccion un sistema ó un órgano mas que otro: todas siguen la misma marcha y exigen en su base, los mismos remedios. Pongamos un egemplo muy claro en las viruelas. Primer periodo; desarrollo de la accion del virus: síntomas, escalofrio, mal estar, dolor general y de cabeza. 2.° Reaccion orgánica y del sistema circulatorio contra el virus varioloso en circulacion: sintomas; calentura, sed, calor aumentado, ansiedad. 3.° Depuracion á la piel: sintomas; aparicion de la erupcion; disminucion, y las mas veces, estincion completa de la calentura. 4.° Terminacion por supuracion y si los granos son en gran número calentura supuratoria. Compáremos ahora estas dos enfermedades en

las que hay intoxicacion manifiesta. Y fijemos mucho la atencion en este momento porque del modo de comprender este período de las fiebres surgen todas las grandes disputas sobre su naturaleza y tratamiento. Permítaseme preguntar ante todo ¿Es la misma la calentura, ó trastorno circulatorio en el primer periodo de la fiebre typhoidea, que la calentura y alteracion del pulso que se nota en el segundo? Se dirá que no se comprende esa reaccion orgánica de que se habla, y como no me gusta usar palabras que no tengan un sentido general y bien esplícito, pondré otro egemplo. El frio es el mayor enemigo de la vida porque la estingue, mata el organismo: nobstante se le llama tonico ¿cuando lo es? Cuando su accion se suspende, y cuando no es tan intenso que mate rápidamente, porque en este caso no dá tiempo á que el organismo se reaccione: hé aqui su accion tonica, que no es del frio sinó del organismo que se opone á sus efectos: semejante á un cuerpo elástico que se le obliga con fuerza á conservar cierta posicion, que cuando se la suelta vuelve á su estado con una intensa fuerza, asi el organismo que se vió amenazado en su ecsistencia, vuelve en si con mas, ó menos energia segun la intensidad de la causa, y la suma de fuerzas ó condiciones orgánicas con que cuenta. Asi debe verse el período de reaccion. Hildembrand reconocia en el typhus una época inflamatoria posterior á la invasion: es lo que casi siempre sucede en los casos de no gran intensidad; ya veremos que sucede lo mismo en la fiebre amarilla, en la misma peste y aun en el cólera. Téngase presente que no en todos los casos de fiebre ecsiste esta reaccion: no la hay en sugetos depauperados y anémicos: no la hay cuando la causa es muy intensa, y no la hay tam-

poco cuando esta misma causa desenvuelve su accion poco á poco como en detall; lo que se observa frecuentemente y entonces es cuando se dice que el mal se presentó embozado, con aparente benignidad, insidioso. En la época de la epidemia que hemos observado, en el mayor número de enfermos que entraron en el hospital, que eran en lo general pobres, ó á lo menos personas de pocas comodidades, apenas se notaba esta reaccion. En los typhus intensos tampoco ecsiste, y asi es que los que quieren verlo como de caracter flogístico se hallan muy apurados, y al fin se concluye por admitir dos elementos incompatibles, el flogístico y el séptico.

111. La calentura que se observa, si se presenta con el carácter inflamatorio, ó de irritacion, con el pulso lleno, frecuente, ó dilatado, gran calor, dolor pulsativo de cabeza, y gran sed, no es la enfermedad fiebre y los remedios que moderan, ò disipan esta calentura no son los que curan la enfermedad principal. Hé aqui el grande error de los que ven en la fiebre typhoidea una naturaleza inflamatoria que reclama el método antiflogístico fundados en este periodo reaccionario y la prueba está en que se disipa el estado flogístico y la enfermedad sigue agravándose como lo observó Andral y lo veremos luego. Es una verdad práctica demostrada que, las evacuaciones de sangre aumentan el estado typhoideo. Mas diré aun. Las observaciones de Andral en su ematologia y que cité ya (36.), las de Bouillaud, las de Trousseau de que la sangre en los typhus presenta cualidades opuestas á las de la inflamacion seria una prueba evidente de su naturaleza si no se cerrasen los ojos á la evidencia. Cuando estudiemos la patogenia de la fiebre reconociendo su naturaleza íntima

sacaremos algunos datos mas de la hematologia como lo hemos hecho en otra parte, (36 y sig.) La sangre inflamatoria, la costra, el esceso de fibrina que se nota en este período de reaccion no es el efecto de la fiebre, porque esta por lo contrario la disuelve, la depaupera, sinó de la calentura que, como ya indiqué, es una enfermedad de opuesta naturaleza á la naturaleza typhoidea. Pongamos un egemplo. Acomete esta enfermedad á una persona pobre con depauperado organismo, se la sangra, y no hay señal de costra, ni naturaleza flogística en la sangre: la enfermedad sigue su marcha sin obstàculo, sin gran resistencia; no hay reaccion notable, si bien el pulso está acelerado, á veces contraido, ó irregular. Acomete á una persona robusta; viene una intensa reaccion, se la sangra y aparece la costra y aumento de fibrina, á veces no al momento si se le sangra muy pronto, pero si cuando la calentura siguió por algun tiempo, y cuanto mas tiempo tanto mas marcada es la costra inflamatoria. Llega á desaparecer de la sangre el carácter flogístico ¿desapareció la fiebre? no: luego ese carácter era ficticio, pasagero. En tesis general, «la fiebre inclusos los typhus no tienen, no pueden tener el caracter inflamatorio porque lo tienen enteramente contrario.» Luego cuando se intenta curar ese estado flogístico no se intenta curar la fiebre; se cura una reaccion orgánica que no siendo escesivo debe respetarse.

112. La sintomatologia de la fiebre puede engañarnos en su principio, lo repetiré muchas veces, porque no siendo tan intensa su causa que sobrecoja al organismo, los sintomas mas ostensibles son los reaccionarios. Ellos encubren toda la malignidad del mal, y semejantes á la inflamacion del carbunculo maligno, parecen ostentar un grado de re-

sistencia vital que al fin concluye por ser vencida. En los typhus intensos, como en el cólera, y la peste la intensidad de la causa no permite esa reaccion primera, y no se presentan los síntomas inflamatorios á no ser cuando yá el mal principal se venció. He aqui la razon por que los AA. casi todos y Bouillaud entre ellos vén un estado typhoideo como un elemento añadido á la fiebre inflamatoria, siendo que esta no existe, es pasagera, es un fenómeno accidental. «Uno de los elementos, dice, que tan frecuentemente se añade al elemento inflamatorio, y que dió motivo á separar las fiebres esenciales de las flegmasias, es el elemento pútrido ó typhoideo.» He aqui el error de Bouillaud que no podemos menos de combatir. Véanse los síntomas que caracterizan; segun el mismo autor la fiebre typhoidea, y se reconocerá que jamás se pueden reunir con los fenomenos de una verdadera angio-carditis. Y adviértase que este primer periodo puede no existir en la fiebre muy grave. Hablando nuestro Villalba, en su Epidemiologia Española, de la epidemia que reinó en Cadiz, Sevilla, y otros puntos de Andalucía, y que despues de recibir los nombres de fiebre pútrida, maligna, de typhus etc., vino á ser la fiebre amarilla, nos dice citando una Memoria sobre la epidemia. «Hay otra especie de calentura en la epidemia, que se presenta desde luego con un frio grande, la calentura por el mismo órden, la lengua mas seca, su àpice encendido, mucho calor, mucha inquietud, y *con aparatos* (aunque aparentes en mi concepto) *inflamatorios*. A estos enfermos algunos médicos les han sangrado, pero han visto pocas felicidades de las sangrias; se debe poner en pràctica al instante el uso abundante de los refrescos subacídos, lavativas, y si la *calentura* sigue haciendo sus pro-

gresos, el uso de la quina.» Bien se distingue en las verdaderas epidemias ese elemento inflamatorio engañoso, que no es el mal, y que no se puede confundir por ningun médico observador libre de preocupaciones sistemáticas, pero que se confunde muy facilmente en las typhoideas esporádicas, aunque un aparente aparato inflamatorio inicia á veces el mal; pero el pulso baja luego en fuerza, el calor se disminuye, el dolor de cabeza deja de ser intenso y pulsativo, su color no es el encendido de la reaccion, pero el enfermo sigue grave, la postracion se aumenta, la fiebre marcha. ¿Por qué no ha terminado, ó aliviado, estándolo esos sintomas que marcan el estado flogístico? porque la enfermedad estaba detras de aquel lenguage del organismo que nos decía «aqui hay un enemigo que rechazo.» En D.ª T. V. jóven robusta y sanguinea se presentó una tan intensa reaccion que fué preciso recurrir á fuertes evacuaciones de sangre: calmado aquel estado apareció y continuó el mas intenso estado typhoidéo. La verdadera fiebre inflamatoria que mereciese el nombre que le dá Bouillaud y Piorry, nunca puede pasar á una typhoidea, á no ser que supure con mal carácter el sistema arterial, lo que no está reconocido. La calentura angio-ténica es siempre de naturaleza flogística, bien sea consecuencia del estado de la sangre ó del corazon ó de las arterias, y los males que tienen esta patogenia no pueden tener la de la adinamia. Puede sí presentarse una congestion pulmonal ó cerebral, y aun sobrevenir síntomas de ataxia por lesion de esta víscera, pero jamás será una typhoidea. Con justa razon José Frank dice que «los cadáveres de los que sucumben á consecuencia de la calentura inflamatoria presentan diversas alteraciones,

entre las cuales la flogosis de las arterias y de las venas y sus diferentes terminaciones tiene la mas íntima relacion con la enfermedad primitiva, á saber, la calentura inflamatoria.» Esta calentura es la verdadera *angio-hemitis y angio-carditis, y angio-ténica,* pero no es la fiebre esencial typhoidea. Si fuésemos de los que rechazan la induccion para fijarnos solo en el esperimento apoyaríamos nuestro modo de ver con la rectificacion de lo que nos dice la terapeutica. En fin terminemos con aquellas palabras de Mr. Hugon en su nosografía sobre la fiebre «no dejarse seducir por los fenómenos flegmásicos,» ni menos por los caractéres de la sangre.

113. *Sintomatologia de la fiebre, propiamente dicha.* (2.° *y* 3.er *periodo en la que se inició con reaccion: y* 1.° *y* 2.° *en las muy intensas.*)—Veamos prácticamente aparecer una fiebre typhoidea primitiva intensa. Primer periodo, mal estar general, inapetencia, dolores vagos, y pasageros ó fijos en la cabeza. Este estado suele durar, dos ó tres dias: á veces apenas es sensible; no se hace caso, y se presenta el escalofrio mas ó menos fuerte, con gran molestia, abatimiento, disgusto, desasosiego; pulso frecuente, contraido, aspecto triste, insomnio, dolor sordo de cabeza, sed intensa, lengua saburrosa, á veces limpia. Esta reunion de síntomas constituye el segundo periodo de la fiebre en la que hubo un primer periodo de reaccion, ó el primero cuando la causa obró con intensidad. La lengua en muchos casos continua buena, ó con ligero barniz mucoso: otras intensamente blanca. En gran número de casos apenas se nota reaccion. En este periodo el mal se agrava, poco á poco, apareciendo en el 3.° la postracion, la posicion supina, las manchas ó erupcion typhoidea al

pecho y vientre, la viveza del pulso. Si el mal no cede al 7.° dia, lo que sucede pocas veces y sobre todo casi nunca despues que se presentaron los síntomas indicados, el lentor de los dientes, el meteorismo, y el amenazante delirio indican el segundo septenario grave, y de dudoso éxito. Este periodo se agrava y el delirio, el temblor de la lengua y dificultad de echarla fuera de la boca, el salto de tendones, el aumento del meteorismo, la irregularidad, y á veces la sequedad de la lengua constituyen el cuadro del completo desarrollo del mal. Se pueden presentar graves fenómenos de que ya hicimos mencion. Cuando la enfermedad afecta con mas intensidad al cerebro, lo que sucede mas especialmente en las personas nerviosas, ó en las ocupadas de trabajos mentales, el delirio intenso, el pervigilio continuo y fatigante ó la soñolencia, el temblor general, el enfermo no puede echar la lengua fuera, lleva su mano temblorosa á la boca para sacarla pero es impotente este esfuerzo, síntomas que marcan el carácter ataxico, y simulan la encefalitis, ó la meningitis inflamatoria. Pero si no es el sistema nervioso cerebral el mas atacado, y los síntomas de adinamia sobresalen, lo que sucede en personas de pobre temperamento ó mal alimentadas la gran postracion, el mal aliento, las petequias, las deposiciones involuntarias y fètidas, el gran meteorísmo son los fenómenos que lo indican. Pero por lo regular en la fiebre typhoidea que sigue todos sus periodos hasta el 14 ó 21 dias estos síntomas se presentan en su mayor número con mas ó menos intensidad no mereciendo llamarse ni ataxica ni adinámica, sinó fiebre typhoidea que para mi es lo mismo porque toma ambos caractéres. A veces se presenta con una forma al parecer insólita, pero que no es mas que la misma

enfermedad afectando con predileccion el centro encefálico que comunica su lesion á los nervios del trisplánico. Entonces sin grandes síntomas ataxicos ni adinámicos, se presenta la respiracion alterada, dificultosa, suspirosa, la anhelacion, el pulso oscuro, la refrigeracion, un sudor pegajoso, ó la respiracion nasal, á todo lo que se sigue regularmente el aplanamiento cerebral, y de todo el sistema innervador. Esta forma, poco comun, es gravísima; las mas veces mortal. Adviértase que unicamente describimos los síntomas característicos, porque de otra manera pudiéramos citar aqui toda la sintomatologia, que no haría mas que comprobar la naturaleza verdaderamente séptica, y no flogística de la enfermedad, como lo serían las hemorragias de sangre negra y disuelta, la gangrena por decubito, las convulsiones, la inaccion muscular, la torpeza sensual etc.

114. Debemos tener muy presente que en la carrera de la fiebre se pueden observar lesiones viscerales con todos los caracteres de las irritaciones, pero que no ceden á los remedios de estas. Los envenenamientos miasmáticos, dice, Dubois, empiezan muy á menudo por síntomas febriles sin afecciones locales y cuando sobrevienen las congestiones viscerales son, muchas veces, unos efectos consecutivos.» Cuando se fija la causa séptica sobre un órgano, éste se reacciona segun puede y los síntomas irritativos se presentan; pero como el órgano está sellado de un modo especial, esta irritacion no cede sino con la destruccion del órgano, mientras la causa no se estingue. Asi es como debemos comprender la especificidad de estas aparentes irritaciones que aun asi son secundarias y especificas. En las enfermedades venéreas se vé un egemplo de esto:

si cede la irritacion sin ceder, ni desviarse la causa específica, el órgano, ó la parte sufre la perversion de tejido, como la supuracion, la induracion, la ulceracion ó la degeneracion. Nobstante, se me dirá, estas irritaciones reclaman el plan antiflogístico: cierto, cuando son muy intensas, cuando se forman congestiones capilares de las que recelamos la estravasacion, ó la hiperemia pasiva. Por esta misma razon veremos al hablar del tratamiento de estas fiebres que, semejantes á lo que nos sucede en las afecciones sifiliticas, y en el carbunculo mismo, tenemos necesidad de atender á las congestiones secundarias, sin olvidar la causa que las produce para ser prudentes y moderados en el tratamiento. De estos estados congestionales los mas imponentes son la congestion cerebral, y la gástrica, y son á veces tan notables que se revelan el 1.° por la intensa temperatura de la cabeza, el encendimiento del rostro, y de las conjuntivas, el delirio fuerte, ó el sapor; y el 2.° por la sequedad y calor de la lengua, el color rubicundo de escarlata de la misma y la intensa sed. En estos casos no debemos despreciar estos síntomas dándoles el valor racional que deben tener en la terapeutica como luego veremos. Pero hay que tener presente que tambien la congestion puede ser pasiva por inaccion capilar, lo que sucede en el fin del 2.° septenario de la fiebre cuando quiere terminar desgraciadamente. No insistiéramos tanto en esta idea sino la creyese de suma importancia.

115, *Fiebre secundaria.* Muy poco debemos decir de esta enfermedad que no es otra que la misma fiebre primitiva pero consecuencia de otro efecto morboso. ¿Que males son los que la producen? Generalmente son las calenturas gástricas como ya tuvimos ocasion de probarlo

al hablar de ellas, pues que el tubo intestinal puede constituirse en estas calenturas un foco de septicidad que lleve al organismo elementos morbidos que desenvuelvan la fiebre y por esta razon se la llama secundaria. Pero ademas puede tomar origen de cualquier foco de infeccion que se engendre en el organismo: asi es como de resultas de una amputacion en la que el muñon se gangrene, ó forme un pus séptico puede venir una fiebre, como viene la fiebre secundaria *héctica* por reabsorcion de pus: así es como la viruela confluente en su descaccion imperfecta causa la fiebre gravísima en que perecen casi todos los variolosos: siempre un miasma tóxico la produce. De todas las calenturas gástricas la saburral, y la mucosa son las que mas frecuentemente prestan elementos á la septicidad para constituirse en una fiebre secundaria. Y téngase muy presente lo que ya he dicho en otra parte «calentura que no cede en el primer septenario (57) es de temer haya producido algun foco séptico que origine la fiebre.» Bouillaud, como ya hemos visto, supone que su angio-carditis está en este caso, pero á la verdad yo pienso que justamente la calentura inflamatoria, cuando no se confunde con el primer periodo de la fiebre, es la que menos tendencia tiene á producirla poque la irritacion cardiaco-vascular no tiende á la septicidad: asi tambien piensa Valleix como aun veremos al tratar de la patogenia.

116. En 1803, apareció la primera edicion de una obrita que en España no tuvo gran nombre, pero que está escrita con tino y verdadero criterio. Mr. Luis Odier en su Manual de Medicina práctica dirigido á los oficiales de salud del vecino imperio y en su segunda edicion de 1811, llama la atencion sobre el objeto que nos ocupa,

y desea simplificar la doctrina de las fiebres. Lástima ha sido que bajo las mismas bases no se hubiesen hecho los trabajos de los nosologistas modernos. Empero Odier reduce todas las fiebres á su fiebre biliosa: nobstante sus reflexiones son dignas de citarse. «No hay cosa mas embrollada, dice, que el conocimienio de las fiebres continuas si se quieren hacer tantas especies diferentes como variedades ofrecen. Nada es mas simple si se las considera como *una sola* y *misma especie*, y cuyos diversos síntomas pertenecen à causas accidentales, ó á alguna diferencia en el temperamento y constitucion de los enfermos, ó, enfin, á alguna circunstancia particular anterior á la enfermedad. Estas diferencias no son mas que variedades dependientes de alguna causa estraña, sea en la carrera del mal, sea anteriormente á su manifestacion, y asi se vé con frecuencia la misma fiebre tomar sucesivamente todos los caracteres por los cuales se las ha distinguido en muchas especies, y ofrecer unos despues de ótros todos los síntomas de una fiebre inflamatoria, biliosa, mucosa, pútrida y nerviosa.» Efectivamente la adinamia, la ataxia casi siempre se hallan reunidas, porque la postracion muscular, la tendencia á la septicidad vienen por lo regular con temblor de las manos, de la lengua, saltos de tendones, y con los síntomas cerebrales, delirio ó soñolencia. ¿Qué dificultad no hallan los jóvenes al principio de su práctica para clasificar las fiebres por la doctrina antigua y aun hasta Pinel? Por eso vimos la ansiedad con que abrazó la juventud la doctrina de la gastro-enteritis.

117. Los sintomas de la fiebre secundaria que se presenta en la carrera de una calentura traen cierta apariencia de lenidad que engaña. Es verdaderamente esta en-

fermedad insidiosa siempre, porque á no ser cuando la causa séptica obra con una gran intensidad, como en la forma tiphica, los fenomenos que la indican se van presentando poco á poco. Y adviértase que bien sea en la fiebre primitiva con periodo reaccionario, bien en la secundaria, al iniciarse los primeros fenómenos característicos del estado typhoideo hay casi siempre una mejoría que suele ser el tránsito al verdadero estado typhoideo, es el vencimiento del mal sobre la naturaleza. Y esto sucede muchas veces en el cólera, y en la fiebre amarilla tambien. Oigamos lo que decia ya nuestro Lafuente en 1805. «El primer periodo en la epidemia observada en Andalucia era *febril*. La desaparicion total de la referida calentura y de casi todos sus sintomas verificada hacia el dia tercero, aparentando una mejoría falaz, pero empezando despues otros síntomas pésimos, nerviosos, y disolutos sin celeridad en el pulso, y sin calor esterno, han formado la segunda y mas terrible parte del mal, *periodo typhoideo, ó maligno.*» Lo mismo sucede con el cólera; vemos la mas pequeña reaccion como un beneficio, y se comprende que esta reaccion no es el mal; ella dura poco á veces y su desaparicion es el peligro; es la muerte. Tampoco vé nuestro Lafuente la irritacion gástrica, que ya entonces bullia en la cabeza de muchos, como causa de los typhus, como el asiento de aquel mal: la causa, dice, está en la masa comun, y conviene neutralizar, aniquilar el virus en su origen: ese derramamiento de bilis, y espantosas degeneraciones gástricas son secundarias. Los sintomas con que suele aparecer la fiebre secundaria son los mismos que acompañan á la primitiva. He visto enfermos que á consecuencia de abusos alimenticios contrageron la calentura gás-

trica esporádica que pasó al mas alto grado typhoideo, y en los que no se hubiera podido desconocer el typhus mas caracterizado. Nobstante marquemos su iniciacion. Cuando al aproximarse el término del primer septenario no terminan las calenturas y el enfermo parece presentar cierto abatimiento angustioso, apesar muchas veces de haberse rebajado la calentura; cuando la lengua seca y crapulosa, morena ó blanca, se seca hàcia el séptimo dia con dolor de cabeza y pervigilio, es casi seguro que tuvo efecto la intoxicacion séptico-gástrica. La posicion del enfermo es siempre la misma, el pulso es frecuente y bajo, á veces irregular: asoma el delirio; su fisonomia es triste, las orinas son turbias, y escasas; el vientre comienza á elevarse y la escena typhoidea llega á su término al 12, ó al 14, para prorrogarse todo el tercer septenario si no termina en el segundo. En todo este periodo de tiempo los sintomas varian segun la intensidad de la causa, el individuo y otras muchas circunstancias como en la fiebre primitiva, He observado nobstante, y apesar de la generalidad con que se admite como característica la erupcion typhoidea, que en la fiebre secundaria es menos frecuente que en la primitiva: esta erupcion es constituida por pequeñas petequias de color parduzco que especialmente se observan en el pecho. Y al contrario en una fiebre primitiva que recientemente he visto rectifique la fácil aparicion de manchas y granos eruptivos semejantes á la miliar en medio de un peligro eminente y de todos los síntomas del typhus nostras, del estupor, de la profunda postracion, de la respiracion nasal, y laboriosa. Por lo demas debemos referirnos á todo cuanto hemos dicho en la sintomatologia de la fiebre primitiva.

118. *Sintomatologia de la fiebre bajo el aspecto typhico. Consideraciones generales.*—Si quisiésemos estudiar aisladamente las enfermedades que llevan el nombre de typhus habriamos de componer otro tomo; tal es la oscuridad, la divergencia, y las variadas opiniones sobre su naturaleza, su historia nosográfica y su plan curativo. Y si necesitásemos una prueba la tendríamos muy cabal en el gran número de descripciones que sobre cada uno de los typhus tenemos y que no fueran necesarias habiendo que atenerse á un tipo dado y único. No falta mas sinó que á cada epidemia de fiebres se le dé un diverso nombre griego, apoyado únicamente en algun síntoma predominante. ¿Tienen los llamados typhus una sintomatologia especial? Y es preciso contestar á esta pregunta porque nos vá á ser muy interesante para el estudio patogénico. Antes de responder á ella haremos otra. ¿Una misma enfermedad en su etiologia y en su patogenia se presenta siempre con los mismos sintomas? El virus sifilitico, herpético, psorico, la caquexia escrofulosa, cancerosa etc., se presenta con idénticos fenómenos cualquiera que sea el individuo, la intensidad de la causa, y el tegido ó órgano que especialmente afecte? Y por esta diversidad de sintomas ¿cambia la etiologia, la patogenia y la therapeutica de la enfermedad? Semejante la fiebre á estos males que acabo de indicar, su etiologia, su naturaleza y sus indicaciones son siempre idénticas en su base y solo diversas en su escala de actividad. Pero se me dirá; si crees idénticos los tiphus todos á tu fiebre ¿para qué tratarlos separadamente? No los trato separadamente ni en su causa, ni en su patogenia ni en su indicacion basica; voy unicamente á llamar la atencion sobre algunos sintomas que en ellos sobresalen mas, que

son los que autorizaron su diverso nombre. No pienso describir, perque no puede ser, sería repetir lo dicho muchas veces: trato solo de hacer notar algunos fenómenos á que dá orígen el órgano que especialmente afectan en sus variadas condiciones geográficas. El vicio venereo, las escrófulas, los herpes no tienen unos síntomas cuando afectan la garganta, el pulmon, los intestinos, el peritonco etc. y nobstante la enfermedad es la misma. Unos cuantos síntomas graves caracterízan la fiebre intensa en Europa, América, Asia y Africa, y estos síntomas aparecen en medio de todos los que caracterízan la fiebre siempre y en todas partes. En esta misma fiebre, sin grave malignidad, aparecen ciertos síntomas que se observan cuando adquiere gravedad, y no por esto la damos diverso nombre. Nada cambian, nada prueban contra la identidad de todas esas entidades morbosas la manifestacion de uno, ó dos síntomas que solo son el distintivo de las influencias geográficas. La fiebre apareciendo en Roma y en Paris, en Londres como en Madrid, en Italia como en Crimea, en Filadelfia será mas ó menos grave, pero nunca dejará de ser la misma enfermedad. Mr Thibaut nos presenta una tabla de las diversas modificaciones con que há observado el typhus en 1856 y en el halleremos el typhus comatoso, el adinámico, el ataxico-adinámico, epiléctico etc. lo que prueba que los síntomas son tan variables casi como los indivíduos que los padecen. Esta es una razon mas para que creamos en la identidad de las dos enfermedades que suscitan la cuestion de su semejanza. Dice muy bien Mr. Thibaut que los sintomas del typhus no son los de la dothienenteritis, pero tampoco esta última enfermedad es la verdadera typhoidea. Queriendo que constituya una diferencia entre ambas la posibilidad

de abortar la una y no el otro nos presenta una razon en contra de su opinion que no podía ocultarsele á este profesor, pues reconoce que el no observarse esto en el typhus es por la energía de la causa del principio intoxicador que no deja á su victima despues que la há acometido. Mr. Cazalas, al que citaremos aun al hablar de la naturaleza de la fiebre y que ha observado el typhus en Constantinopla, admite su identidad con la fiebre typhoidea, y se apoya en un hecho que ya he citado; en las epidemias de typhus se ven typhoideas y en las de typhoideas se observan casos de typhus: lo que probará para nosotros que siendo la misma entidad solo síntomas mas ó menos intensos hacen su diferencia. Casi en el mismo sentido habla Mr. Ragaine y tomamos de un periódico médico (L' Union Medicale) su observacion sobre una epidemia de fiebres, en la cual ha visto variar la fisonomía de la enfermedad. «En esta epidemia, dice, la fiebre pútrida ha tenido formas muy variadas y muy distintas; la una representando al sinoco impútrido de los antíguos y durando de diez á quince dias; la otra correspondiendo á la fiebre dicha nerviosa. la otra, enfin, pareciendose á la adinámica de Pinel.» Supone que el punto de partída de la enfermedad era la saburra gástrica. ¿Serian nuestras calenturas gástricas que pasarían á la fiebre esencial secundaria en su segundo septenario, ó sería nuestra fiebre afectando con predileccion el tubo intestinal? Creo lo primero, porque la fiebre esencial primitiva epidémica no puede confundirse con el sinoco simple, cuya apariencia solo puede tomar en casos muy especiales, representando la calentura de reaccion que dura poco. Tiene razon Mr. Ragaine; el estado pirético es el efecto de la accion que las saburras egercen sobre los ór-

ganos digestivos, pero este estado no es la fiebre, ni la typhoidea, es unicamente una calentura gàstrica. Este estado solo secundariamente puede dar orígen á la fiebre: aquella reconoce una causa local; esta una causa general de muy diversa indole, que llega á veces hasta presentar la fisonomía typhica. Otra opinion respetable vamos á citar en contra de nuestra identidad, la de Mr. Durian. ¿En qué razones sólidas se funda el Dr. Durian para sostener que «por muy numerosas que sean las analogías entre la fiebre typhoidea y el typhus estas dos enfermedades no son idénticas ni podrian confundirse en una misma descripcion? No están disipadas como el cree las dudas sobre la diferencia que las separa porque para mí y para muchos profesores de mas mérito la cuestion estaría resuelta á favor de la identidad y no de la de-semejanza por que ni los sintomas ni las lesiones cadavéricas manifiestan mas que la mayor ó menor intensidad de la causa y de su efecto, de la rapida accion del toxico ó de su paulatino efecto. Ni menos es una razon de disparidad el observarse en una misma epidemia las dos enfermedades porque su parecido de causa y de efectos obrando sobre diversos indivíduos produce la una ó la otra, y en las epidemias typhoideas que hé observado hé visto muchos typhus con todos sus caractéres; ni veo la razon porque, como hé dicho en otro lugar se deba apelar para convencer de la no identidad de ambos males á la inmunidad de que goza el que sufrió una vez la enfermedad typhoidea porque esto no suceda generalmente en los typhus; la razon es muy obvia: en aquella la causa es menos intensa, en este el miasma tiene una fuerza que vence toda resistencia, aun á costa de la poca predisposicion del indivíduo. En graves dificultades se hallan los que se

empeñan en buscar á todo trance esta ilusoria disparidad que los lleva á una marcada contradiccion: oigamos en prueba de ello á Mr. Jubiot y fijémonos en las conclusiones deducidas de sus importantes trabajos sobre las desemejanzas que ha querido hallar entre el typhus y la fiebre typhoidea porque algunas deducciones tienen mucha importancia, pues que ni su etiologia ni sus síntomas prueban en su favor.» 1.ª El typhus se desarrolla bajo la influencia de malas condiciones higiénicas y de la aglomeracion de individuos. 2.ª Las fatigas, las privaciones, las enfermedades, tales como el escorbuto, la podredumbre de hospital debilitando á los individuos altera su constitucion. 3.ª La descomposicion vegetal y animal, los escorbuticos, los heridos hán producido un miasma en Crimea que fué la causa de las fiebres remitentes é intermitentes y que impregnando la economía daba una fisonomía característica y especial. 4.ª El typhus es una fiebre esencial de naturaleza séptica con variadas manifestaciones y cuyos caractéres constantes son el estupor, el delirio y el exantema muricolor. 5.ª El typhus observado en Crimea fué el typhus feber de Irlanda y de América. Origen, sintomas, alteraciones patológicas, todo es idéntico. Pero como los autores que quieren que el typhus y la fiebre typhoidea sean una sola y misma enfermedad admiten nobstante una diferencia entre el typhus feber y la fiebre typhoidea resulta que están en el error sosteniendo la identidad del typhus y de la fiebre typhoidea que son dos afecciones distintas.» Si fijamos nuestra atencion en el tratamiento que recomienda, veremos en su typhus, la forma periódica combatida con el sulfato de quinina; la forma ataxica, la forma adinámica, con los laxantes, los tónicos y la proscripcion

de las emisiones sanguíneas. ¿Y qué es la forma ataxica, adinámica del typhus mas que nuestra fiebre con variada intensidad? ¿Las causas no son las mismas? ¿No lo son sus sintomas? El Dr. Clarke hace observaciones sobre la diversidad que reina en las fiebres y vitupera con razon la multitud escesiva de clases que se establecieron. Desecha la division de fiebres inflamatorias, nerviosas, pútridas etc. que no son mas que diferentes estados de la fiebre. *Typhus mitior* llama Roberto Tomas á la fiebre nerviosa y *typhus gravior* á la pútrida y maligna, porque asi se deduce de la sintomatologia.

119. Cuando se escribe unicamente la historia de una de esas variedades de la fiebre se puede recargar su cuadro nosográfico, y aun presentar bellísimas y bien formadas descripciones porque, sin duda, en una epidemia se notarán casos benignos, de mediana intensidad y graves, y por consiguiente se camina de lo mas sencillo à lo mas compuesto con un órden lógico elogiable. Yo no voy á tomar este ejemplo: acabo de hablar de la fiebre y en ella se hallan todos los síntomas que la caracterizan: nos falta solo fijar la atencion sobre fenómenos que se presentan en las variedades graves bajo climas diversos, y gran intensidad de la causa. Hablaré en primera linea de la fiebre en Europa bajo la influencia de una causa muy intensa y de especiales circunstancias.

120. *Sintomatologia del typhus nostras.*=Cuando se acaba de leer la descripcion de la fiebre y se pasa á hacer la del typhus se halla uno embarazado si aquella fué bien hecha: por esta razon los AA. que mejor describieron los typhus, segun el parecer comun, fueron aquellos que se ocuparon de uno de estos aisladamente porque pudieron

presentarnos figuras casi graphicas de la entidad que observaron: asi el typhus del Peloponenso, el Romano, el Español, como el de Filadelfia, de Reims, de Crimea etc. dieron campo á historias dignas de los autores célebres que las describieron: pero que se lean las sintomatologias de los Nosógrafos que hablaron de este typhus despues de haberlo hecho de la fiebre y se los verá vacilantes sin saber que sintomas asignarles como caracteristicos, siendolo únicamente los que pertenecen á la fiebre grave en su periodo de intensidad. Véase á Pringle, á Frank, á Pinel, al mismo Bouillaud, á Gintrac, á Valleix y se hará la misma observacion. Y si Hildebrand, si Pellicot, si Landouzi y otros se hicieron tan dignos de nuestra gratitud por sus descripciones fué porque trataron esta forma grave aislada. Esta misma idea que tenia que deducirse de mis principios la vemos guiando à Valleix, pues bajo el nombre de fiebre typhoidea, comprende el typhus de las cárceles, de los campamentos, y está por consiguiente en su derecho al estudiar toda la larga série de sintomas que puede presentar la enfermedad desde la fiebre benigna (typhoidea benigna de los AA.) hasta el typhus europeo mas intenso. Pero no puedo disculparle en haber sacrificado á la sencillez la verdad en esta materia, pues cree que las calenturas inflamatoria, biliosa, mucosa, no son otra cosa que la fiebre typhoidea, confundiendo una causa con su efecto, y para demostrarlo, dice, «basta ver que esta se presenta con todas aquellas formas.» ¿Y llamará fiebre typhoidea á una calentura inflamatoria, á una biliosa, gástrica etc.? Acaso dirá que no, hasta que se presenten los sintomas typhoideos. ¿Y si no se presentan como las llamará? Estas calenturas, lo digimos ya repetidas veces existen y nada tienen que ver

con la fiebre typhoidea, pero pueden dar lugar á ella por el mecanismo vital que ya hemos esplicado. Y por esta razon tambien resuelve fácilmente la cuestion del contagio, pues que admitiéndolo todos en los typhus y negándolo muchos en las typhoideas, Mr. Valleix es muy lógico en admitir la posibilidad del contagio en su fiebre typhoidea que comprende todas las formas bajo circunstancias favorables de localidad y de predisposicion. Pienso en esto como Valleix segun hemos visto (106.) al hablar del contagio de la fiebre. Nobstante trata del typhus nosocomial para dar á conocer la opinion de Glautier de Claubry sobre las analogias del typhus y de la fiebre, concluyendo que «es evidentemente inútil hacer una descripcion detallada del typhus: únicamente diremos, como consideraciones generales, que siendo el typhus nosocomial, carcelario, etc. la calentura typhoidea en el estado epidémico, se declara en las grandes reuniones de hombres; que es generalmente muy grave; que presenta algunas ligeras diferencias sintomáticas, segun las epidemias; que estas solo consisten en la mayor ó menor duracion de los síntomas.» ¿Y que diremos del typhus de Irlanda ó *typhus feber* que tanto dió que hablar y que se presenta aun hoy como una especialidad mórbida sin parecido con otras typhoideas ó con otros typhus? Seria entrar en una polémica disgustante porque yo no podría oponer observaciones à observaciones y me tendria que limitar como Frank, como Fleury, como Valleix á ser mero copista de descripciones. Nobstante podemos comparar, podemos leer esas descripciones y ver si hallamos en su etiologia y en su sintomatologia representada la especialidad de esa entidad morbida propia, y observada en Irlanda, y en Inglaterra, y acabamos de citar

á Mr. Jubiot partidario de la analogia. Apesar de mi pensamiento y de no hallar tanta diversidad sintomatologica y si gran analogia etiológica, la opinion de respetables observadores que ven esta enfermedad con una desemejanza tan notable como la que hay entre la escarlatina y el sarampion me hace esponer solo mis ideas como dudas fundadas que apoyan su semejanza. Idénticas las causas, poderosas, generales; predispuestos los individuos por su género de vída, su posicion social, su vída doméstica, debemos temer una afeccion miasmática de carácter setpico como en la fiebre. En su sintomalologia nada hay notable; no vemos mas síntomas que los que caracterizan un estado adinami-atáxico intenso como los producidos por causas miasmáticas septicas y adinámicas. Deduciendo de las observaciones monogràficas de Gerhard y de Jenner citados por Valleix la invasion es lenta pero adquiere pronto gran violencia. Lo comprendo; la causa es poderosa; el organismo se resiste, pero la càusa vence y desplega su accion á muerte: este fenómeno es de todos los typhus intensos. Todos los sintomas son comunes de la fiebre grave, las vias gástricas con su anorexia, su ansiedad, con su crapula y su sequedad la lengua; el cerebro con su insomnio, sus alucinaciones, y su delirio; el corazon con su acelerado movimiento, y debilidad contractil; el sistema muscular con su adinamia, su postracion; el pulmon con su respiracion frecuente y dificil, nada dicen de especial en esta enfermedad. Esa erupcion de numerosas manchas formando grupos irregulares de color rojo, oscuro, ó violado de variable tamaño: otras manchas vagas de un color semejante al zumo de moras, son al parecer el sintoma distintivo de esta terrible enfermedad. La anatomia patologica

tampoco dá mas datos para apoyar su diferencia porque los typhus intensos y la fiebre de menos gravedad dan datos casi iguales. El plan curativo fija especialmente su base en los tónicos antisepticos como en la fiebre. ¿A donde hallar esos datos que debieron ser poderosos para admitir al typhus feber como á una entidad distinta de la fiebre?

121. Cuando, pues, la fiebre presenta en su marcha la postracion, el meteorismo, la confusion de ideas, la sordera, el zumbido de oidos, un ruido incómodo en la cabeza, el delirio intenso, ó el sopor, la dificultad de deglutir; deyecciones involuntarias; el temblor de la lengua inobediente á la voluntad, la respiracion nasal, laboriosa, la rubicundez de la conjuntiva, cara abatida, á veces por momentos de un calor semi-livido, gran lentor en los dientes; podemos asegurar que la fiebre llega hasta el periodo tiphico. Repito lo que dige al principio: si se lee la descripcion del typhus por Frank, ¿que fenómeno morboso existe, por decirlo asi, en la patologia que no pueda presentarse en el typhus desde la espulsion de lombrices hasta el priapismo? Olvidemos estas imágenes ó figuras complicadas para limitarnos nosotros á los rasgos mas característicos é importantes, que acabamos de anunciar y que terminan por el estupor, las petequias, las hemorragias pasivas, la disolucion mas completa y general del organísmo y la muerte. No siempre tampoco se reune todo este cuadro sintomatológico, pero en mas ó en menos es el caracteristico de la fiebre que llega al estado typhico.

122. *Sintomatologia del typhus americano.*—Ya hemos dicho lo bastante sobre la fiebre amarilla (75) y no ne-

cesitamos hoy repetir que esta enfermedad es el typhus intenso de América, pero sin que por esto degemos de reconocer que alli reina tambien en su menor intensidad el mismo mal bajo el nombre de fiebre ó de typhoidea. ¿De donde sinó proviene esa dificultad de caracterizar la fiebre amarilla mientras no aparece el vómito acafetado ó la ictericia que la caracterizan? ¿Y cuantas veces no hemos visto en la fiebre intensa y con suma gravedad este vómito en los momentos fatales de una profunda adinamia? ¿No se han observado ictericias en la fiebre que se ha denominado biliosa y cuya forma se niega por algunos viendo este fenomeno únicamente como un síntoma typhoideo, y por otros como un indicante de la irritacion hepática? ¿No es la calentura biliosa (52) rara en su aparicion, pero notable en los paises calientes? ¿Qué tiene, pues, de estraño que ese mismo agente septico, tránsito de la organizacion y de la vida en la sucesiva y admirable transformacion de la materia universal, idéntico pero modificado en la situacion geográfica de un pais, tome una variada intensidad y una notable predileccion por los órganos ó sistemas predominantes? Las formas biliosas de la calentura fueron perfectamenle descritas bajo el nombre de fiebres por Stoll, por Tissot, por Odier, por Finkey que Danton con Fleury vén únicamente como una complicacion de la fiebre typhoidea, demostrándonos de esta manera ser, mas bien que una entidad morbida distinta, una especialidad de la fiebre, en lo que estoy muy conforme. Ni es estraño se hubiese querido considerar á la fiebre amarilla como una intermitente perniciosa con un caracter propio, pues que muchos escritores solo vén en ella una verdadera intoxicacion paludiana, grave sin disputa bajo un fuerte calor

humedo y obrando sobre temperamentos gastro-hepáticos, ó sobre personas no aclimatadas. Valleix, que como todos, considera á esta enfermedad caracterizada por el vómito y la ictericia la admite sin estos fenómenos que solo se presentan en su intensidad. Cuando la fiebre amarilla invadió la Andalucia en 1800 no se reconoció la enfermedad al principio segun nos refiere el Dr. Gonzalez en la primera memoria que se escribió sobre aquella calamitosa epidemia, y no se clasificó bien al principio porque sus sintomas característicos no ofrecian justo motivo para ponerla en la clase de las pestilènciales. Se observaba que Cadiz se hallaba atacado de una enfermedad grave y funesta, y se disputaba sobre el nombre que merecia viéndola unos como pútrido-biliosa y otros como efemero-estacional. Y no era estraña esta divergencia porque la enfermedad se presentaba afectando tres formas diversas, siendo una de ellas como la fiebre y aun con ese caracter reaccionario que demuestra la menor intensidad del miasma y cuyas reacciones eran «aparatos inflamatorios, dice Gonzalez, aparentes en mi concepto.» Cuando en 1804 volvió á invadir á Cadiz, nuestro D. Tadeo Lafuente declaró su caracter icteródico y su contagio, como puede verse en su curiosa obra como en la de Villalva la época anterior: en 1809 tuvo Cadiz otra prueba de la falta de observancia en las leyes de sanidad: cuando invadió á Barcelona la comision Francesa se decidió en pareceres sobre su contagiabilidad. Uuo de los primeros profesores de Marina, discípulo muy aventajado de esta Escuela, D. José Montero y Rios segundo profesor entonces de la Armada Española me decia desde la Habana en medio de la intensidad con que se desarrollara la fiebre en 1857, lo siguiente: «muchas ve-

ces recuerdo sus opiniones de V. porque veo todos los dias casos de fiebre amarilla que presentan en los primeros tiempos los sintomas de la fiebre grave, ó llámese typhoidea.» Este mismo Profesor, siendo en 1858 primer médico de la Armada á bordo del vapor Isabel 2.ª que venía de la Habana vió desarrollar en dicho buque la fiebre amarilla de esta manera insidiosa, lo que dió lugar á gravísimas cuestiones porque este buque hicieran el viage de Alicante á Gijon trasportando familia y equipage de nuestra Reina cuando su viage de Asturias y Galicia. En Ferrol á su vuelta de esta espedicion se observaron enfermos de fiebre grave que en los primeros periodos no presentaban sintomas del vómito pero trasladados al hospital se diagnosticó la enfermedad por los dos Médicos primeros de Marina el del buque y el del hospital D. Marcelino Caneda, otro discipulo igualmente muy distinguido de esta facultad. La noticia de la clasificacion del mal dió graves é inmerecidos disgustos á ambos Profesores para quienes la fiebre amarilla era muy conocida pues vivieran recientemente entre ella en la Isla de Cuba. ¿Porqué no se clasificó el mal antes de pasar al hospital el primer enfermo? por que los sintomas eran únicamente de una fiebre grave: la ictericia y vómito negro no se había aun presentado. Hé aqui hechos notables para demostrar que la fiebre amarilla es la fiebre grave de América y para justificar mi pensamiento sobre su identidad con todos los demas typhus en su etiologia y su patogenia.

123. Pero si bien tiene esta enfermedad una patogenia séptica y su causa miasmática ¿será una intermitente? Mr. Rufz la considera de naturaleza paludiana y sabemos que las intoxicaciones paludianas producen las intermitentes que

se curan específicamente por el sulfato de quinina. Mr. Trousseau niéga este caracter á la enfermedad; cree con Mr. Luis que se halla en ella cierta coloracion en el hígagado, pero tambien se notan lesiones intestinales como en la fiebre pútrida, pero no las lesiones graves del bazo que se encuentran en la fiebre palustre perniciosa. Esta razon de Trousseau no es suficiente. El Profesor de la Armada ya citado, D. Marcelino Caneda, en una memoria muy bien escrita sobre los sucesos del vapor Isabel II. opina que la fiebre amarilla es de caracter remitente y que en ella se halla muy indicado el sulfato de quinina. Hemos dicho en otra parte (72) que cuando los miasmas sépticos animales se combinaban con los paludianos daban origen á las fiebres de tipo remitente. Mr. Dutrouleau la considera diferente de la fiebre intermitente con la que puede complicarse, y conviene en que es fácil equivocarse sobre todo en la forma perniciosa: esto mismo demuestra cierta analogia, por mucho que se quiera probar la desemejanza del miasma paludiano del que produce la fiebre amarilla. Mr. Londe la cree de origen paludiano, y Trousseau piensa de la misma manera: casi, sobre su causa, no hay hoy discordancia en las opiniones, confirmando lo que hemos dicho en otra parte para probar la identidad miasmática de la fiebre bajo todas las formas y todas las latitudes geográficas (75.) El Dr. Pinckard dice no pudo descubrir en ella un solo sintoma patognomónico y opina que no es una enfermedad distinta ó específica sinó que es simplemente la calentura remitente, ó la biliosa de los climas cálidos en un grado mas violento y de mayor malignidad. Fordyce la considera como una terciana irregular. Todo esto quiere decir que participa de ese caracter de periodicidad que

tienen las enfermedades puramente paludianas. Ocupémonos ya de su sintomatologia que debo tomar de nuestros médicos Españoles ya que no he visto esta enfermedad, pues ellos la han estudiado en nuestra Antilla y en nuestras epidemias.

124. La sintomatologia de esta enfermedad es una prueba de lo que digimos al tratar del primer período de la fiebre, y de la calentura de reaccion: la naturaleza se resiste y vence, ó es vencida y bajo una calma y mejoría pérfida, como la llama nuestro Lafuente, aparece el mal en su insidiosa acometída. Con preludios de mal estar, de inapetencia, de cansancio se presenta una calentura como efemera de dos ó tres dias que à veces se discuida ó se toma por otra cosa á cuya época se ha llamado *período febril,* ó primer período. Hasta aquí nada hay notable que no sea comun con la fiebre en todas sus variadas formas. Todos los síntomas muy variables que suelen aparecer en este período ninguno es especial á la fiebre amarilla: los calofríos, en algunos vahidos, en otros un temblor; calor fuerte, ó suave, pero mas comunmente poco aumentado: dolor de cabeza, con dificultad en algunos para levantarla de la almohada; latidos en las carotidas y temporales: dolores generales de miembros; y lengua en algunos enteramente limpia, en otros blanca, mucosa ó con listas; ó casi siempre seca y encendida en su punta y bordes, dice Lafuente: respiracion con variedad; pulso lleno, sub-duro, acelerado, alguna vez tardo. Esta variedad de síntomas no indican aun el carácter del mal que tan solo se demuestra, por lo regular, despues de una calma aparente de la calentura. Puede muy bien terminar la enfermedad en este periodo y entonces viene un abundante sudor, es decir que la reac-

cion venció al principio maléfico, venció á la causa, ó esta era de poca intensidad: pero lo regular es que despues de un pequeño sudor y de la dicha calma al tercero ó cuarto dia se presente el peligro con tal rapidez que la muerte asoma en medio de albagüeñas esperanzas. Los síntomas fatales son el vómito y la ictericia. Los materiales del vómito son parecidos al café preparado para tomar ó con sedimento de polvo negro, ó parecidos á las borras del aceite pero negras: lengua variable desde lo encendido mas fuerte hasta el color negro; gran fatiga gástrica; semblante abatido, pálido, á veces amoratado: los ojos encarnados y como ensangrentados. En algunos y al tercero ó cuarto dia hay señales de ictericia en la cara, ojos, cuello y pecho; pero en el mayor número de casos se presenta al cuarto, quinto y sesto dia. Pero es de advertir que las ictericias no son siempre mortales. El hipo, la sordera, las hemorragias los lentores negros de los dientees; la dificultad de tragar; la convulsion y la muerte en medio de una aparente tranquilidad. El cadáver presenta siempre el color ictérico aunque no lo tuviese durante la vida: este color muy distinto del amarillo pálido y bajo de los cadáveres ordinarios es un signo de alta importancia en su diagnóstico.

125. Terminemos con manifestar con todos los Médicos observadores de la fiebre amarilla, 1.° que por lo regular no se puede diagnosticar en el primer periodo; sobre todo cuando aparece por primera vez ó en los primeros casos: 2.° que sus únicos caracteres son el vómito y la ictericia: 3.° que afecta con predileccion al sistema gastro-hepático: 4.° que todos los síntomas indican nna grave descomposicion séptica en el organismo: 5.° que puede pre-

sentarse benigna, y sin casi síntomas característicos, que puede ser de mediana intensidad; que puede desarrollarse funesta.

126. *Typhus Asiático.*=Para estudiar la sintomatologia del cólera asiático tampoco tenemos que recurrir á libros estrangeros porque nuestra Península fué invadida ya por varias veces de esta plaga exótica. La he estudiado en 1836 en esta Provincia, regalo de las escuadras Portuguesas que lo trasmitieron á otros buques y á estos puertos, pero en cuya época no hizo progresos y caminó tierra adentro perdiendo su fuerza y apagando su accion á medida que se internaba. En 1853 ya fué mas grave su invasion: casi recorrió en mayor ó menor escala todo el Reino de Galicia, pero se cebó mas especialmente en la ciudad de Pontevedra y en la de la Coruña; en Santiago solo fueron invadidas 97 personas; las dos terceras partes mugeres: solo 4 vecinos acomodados fueron invadidos. Pero aun cuando yo no hubiese visto esta enfermedad, muchos médicos de distinguida reputacion la observaron y la describieron y entre ellos citaremos con elogio los trabajos de gran mérito de los doctores Seoanne y Drument, y la importante Memoria de los distinguidos médicos Portugueses Vianna y Barbosa.

127. Pero no debiendo estudiar aqui mas que la sintomatologia diferencial, pues que ya hemos reconocido su causa idéntica, con algunas variaciones sin duda, de la de la fiebre en general y de las llamadas typhus en particular, no entraremos en su historia ni en el estudio de todas las hipótesis que para esplicar su naturaleza se presentaron en el palenque de acaloradas discusiones, pues que al estudiar la patogenia de la fiebre habremos de hacernos car-

go de la clasificacion tan variada de esta enfermedad.

128. La sintomatologia cólerica puede, ó debe dividirse en tres importantes períodos: 1.° El premonitor que en su mayor grado constituye la *Colerina*: 2.° El desarollo de los fenómenos característicos del Cólera asiático: 3°. Período de reaccion. Primer Periodo. No en todos los casos se observan los síntomas premonitores que constituyen este período porque en las intensas epidemias los hombres se vén acometidos como si fueran heridos de un rayo; tal es la intensidad de la causa que hiere con fatal intensidad sobrecogiendo al organismo para no dejarle resistir. Nobstante yo no veo mas que grados de una misma enfermedad y en esto sucede como en la viruela, en el sarampion y fiebre simple, acomete con mas ó menos fuerza, y aun cuando sea leve si se discuida, si se fomenta se hace grave. Digo esto porque he observado el período llamado premonitor y veo en él la enfermedad iniciada que puede seguir su carrera benigna y sencilla si se auxilia la naturaleza, si no se la contraría, si no se fomenta la enfermedad: en este período se vé una simple fiebre con tendencia á terminar por deposiciones alvinas, y por sudor. Todos han clamado para que se atienda este período y con razon porque con él termina el mal, pero en él está envuelta la mas maligna gravedad. Una prueba de que el Cólera es una fiebre como todas las otras entidades que hemos reunido en la misma clave la tenemos en este primer período en el que la enfermedad sigue su marcha benigna que mereció el nombre de *Colerina*. Y no se diga que este es un estado prodromico porque en ninguna enfermedad la incubacion presenta el caràcter de la dolencia, ni la pulmonía, ni la viruela ni otra alguna enfer-

medad: sigue en incubacion la marcha y el término de la Colerina: es el Cólera simple, la intoxicacion benigna que la diarrea y el sudor terminan favorablemente, y asi es que el verdadero Cólera asiático tiene caractéres asignados correspondientes á una gran intensidad en su causa eficiente. Por este primer periodo nadie diría, no reinando el Cólera, que el enfermo padecía esta enfermedad, y solo diría que se hallaba afectado de diarrea ó de una enfermedad gastro-intestinal, lo que dió motivo á las diversas opiniones de Jonnés, de Magendi, de Broussais, de Bouillaud, de Valleix y de tantos otros: por esto se la ha visto como una fiebre intermitente por unos, por una inflamacion gástrica por otros, por una gastro-enteritis, por una enterargia, cuyos pensamientos están apoyados en este primer período del mal. La diarrea generalmente biliosa, algunos dolores de vientre, el mal estado de la lengua, los borborigmos, con mal estar pasagero y que se repite por tiempos que obligue las mas de las veces á guardar cama, son sin los fenómenos que se presentan casi generalmente y que duran uno, dos, ò tres dias. La cama, la dieta, el sudor, basta algunas veces para disipar el mal. He visto nobstante, en la mayor intensidad de la epidemia acometer el mal sin prodromos, sin sintomas premonitores y con un carácter grave. Reinan en esta época irritaciones intestinales que si hubiera Cólera en Galicia se creerian ser las precursoras. Yo creo que la Colerina es el efecto de una causa que no desarrolla su accion por uno de dos motivos, ó por ser poco intensa ó porque no halla predisposiciones, y por eso es que en estas epidemias la Colerina previene el Cólera con el esmerado cuidado en estas circunstancias: pero si la causa se nutre, por decirlo asi, á nuestras espensas

por el mal régimen, se desenvuelve fulminante. En gran número de casos ningun fenómeno anuncia la enfermedad, y aparece la verdadera invasion, desarrollo hostil de la causa.

129. Segundo Periodo.=Refrigeracion rapidamente progresiva: deyecciones frecuentes al principio de materiales escrementicios, despues serosos, como suero, ó agua de arroz; vómitos de lo que se toma, abatimiento profundo, palidez y descomposicion caracteristica de la fisonomia, ojos hundidos en las ´ orbitas, conjuntiva inyectada, parpados entre-abiertos, voz apagada, como gutural, sepulcral, caracteristica, calambres muy dolorosos á las estremidades, abdómen y pecho, sed intensa, lengua humeda y fría, pulso oscuro, imperceptible, supresion de orina: en medio de tanto desorden las facultades intelectuales no sufren, y solo se observa tendencia al sopor cuando los calambres y vomitos no sacan al enfermo de este grave estado. En él aun podemos prometernos una reaccion saludable; aun la vida puede reanimarse y vencer la enfermedad, pero esta reanimacion cuando existe suele ser pasagera: la he visto, me ha engañado muchas veces: era el organismo resistiendo á la muerte, pero cuando no se sostiene por bastante tiempo, la causa vuelve á acometer con nueva intensidad y se presentan los graves fenómenos de la agonía de la vida. Siempre el médico procura y sostiene esta reaccion por todos los medios imaginables, pero unas veces no la consigue y otras solo es pasagera, insostenible.

130. Tercer Periodo.=La cianosis, ó la agonía. Aquella no siempre se presenta, y no es tampoco necesaria para que el Cólera mate; sin ella las fuerzas se aniquilan; la algidez es cadavérica, la respiracion es lenta, pequeña y

casi imperceptible: las pulsaciones arteriales desaparecen: las deyecciones se precipitan, el enfermo ya no vomita, se soporiza y muere. Si bien lo observamos, los síntomas que caracterizan el Cólera son la diarrea serosa, la algidez, la rápida descomposicion de las facciones, y la cianoris, y aun la diarrea y vómitos suelen faltar en el Cólera llamado seco pero no falta jamás la voz y fisonomía características, la refrigeracion, el profundo abatimiento de la circulacion. Tuve en mi práctica algunos casos de Cólera esporádico; todo lo he observado en dos sobre todo, menos la cianoris, bien que todos tuvieron feliz terminacion. Yo nada estraño las grandes divergencias sobre el tratamiento del Cólera, porque el médico en medio de su afan no vé que sus remedios produzcan los efectos deseados, y busca, ensaya, piensa, discurre en vano cuando el organísmo está incapaz de reaccion: impugnemente se abrasa al enfermo sin darle calor, en vano se le fomenta hasta el esceso; el organismo está muerto, y el médico obra sobre un cadáver. Mientras hay vida; en ese primer período es en el que se puede curar, pero como dice el Dr. Drument reina una confusion y discordancia lamentables y una anarquía médica que tal vez ha hecho muchas víctimas. En el período premonitor el médico puede mucho; en el 2.° puede poco; en el 3.° es impotente.

131. Cuarto periodo.-No he creido conveniente recargar la sintomatologia del colera porque solo es mi objeto esponer los sintomas que distinguen las entidades morbidas que comprendo bajo la denominacion de *fiebres*, para que en el estudio de su patogenia nos hagamos cargo de ellos. El 4.° periodo en el cólera es un periodo de vida, semejante al que hemos observado en la fiebre amarilla cuando debe

terminar bien: es una reaccion. El calor comienza á repartirse por la periferia; el pulso aparece, pero con frecuencia; la voz se reanima; la respiracion se franquea, la orina es clara y todo esto dice que la causa morbida está, á lo menos supeditada por las fuerzas de la vida. Esta reaccion, nobstante, despues de tanto padecer, no hace mas que darnos esperanzas, porque á pocas horas, el enfermo vuelve al mismo estado de que habia salido para agravarse mas. Otras veces sigue esta reaccion pero pobre y se presentan los fenómenos de la fiebre grave que sigue una marcha de dificil éxito: es decir, continua la causa obrando con mas lentitud y en medio de la adinamia y de un profundo aplanamiento el enfermo sucumbe. Esta reaccion en el segundo periodo suele tener mejor éxito, y aun debe decirse, al principio del segundo periodo, pues entonces no dominado completamente el organismo, tiene resistencia y vence en ella completamente al agente colérico. Si la reaccion se presenta franca, y el mal no llegara á su gran intensidad, el enfermo recobra pronto animacion, pero en la reaccion en que se marca la fiebre grave hay gran peligro y si se sale de el la convalecencia es penosa. Mucha prudencia necesita el médico para dirigir la curacion del estado reaccionario; mucha constancia para sostener la medicacion que la promueva, pero desgraciadamente mil causas concurren á que en tiempos de epidemia la asistencia no sea tan esmerada como debiera, ni por parte de los profesores, ni de los asistentes: momentos perdidos deciden de la vida de los enfermos.

132. *Sintomas del typhus Oriental. (Peste.)*=El typhus de levante es la fiebre porque su causa es una intoxicacion miasmática de la misma naturaleza que la producto-

ra de todos los typhus y de la llamada fiebre typhoidea. Idénticas circunstancias desenvuelven los miasmas modificados, sin duda, bajo la influencia de las variadas circunstancias geográficas y locales de los paises en que tiene origen (77.), pero que al trasmitirse á otras regiones conserva su caracter primitivo y se nutre á espensas de los mismos elementos que en su cuna originaria. Tiene, aun mas que el cólera, la notable particularidad de presentarse falaz y engañadora, *fraudulenta* y *traidora* la llama Francisco Franco, porque cuando no tiene el caracter de gran intensidad, hace como la fiebre castrense ó naval, se anuncia por un periodo de reaccion, que la hace aparecer como de naturaleza flogística, y detras de cuyo periodo está la putrefaccion y la gangrena. Hay nobstante algun parecido con la fiebre de Europa; efectivamente las parotidas fatales unas veces, y favorables otras que se presentan en la fiebre, y las gangrenas de las ulceraciones y de los gluteos que ya cité, parecen presentar alguna analogia con los carbunculos de la peste y con la gangrena que caracteriza à la fiebre intensa Oriental: así es que se ha confundido por muchos con la fiebre de caracter pútrido y aun con el typhus feber que reinó tantas veces en Inglaterra é Irlanda epidémicamente. Sydenham observó que al principio y declinacion de la peste se presentaban calenturas pestilenciales, y que sin duda no son mas que la misma peste mas benigna.

133. Variadisimas son las descripciones de la peste segun se la ha observado en diversos puntos del Globo y con mayor ó menor intensidad; pero siempre es horrorosa y mortífera y tanto que obligó á Galeno á decir, *furibundæ bællucæ instar, vastissimas regiones depopulatur*. Por esta cau-

sa se nota gran confusion en las diversas epidemias citadas por los autores antiguos y tambien porque la palabra peste y enfermedades pestilentes se daba muy generalmente cuando hacian grandes estragos y dominaba en ellas el caracter pútrido. Mr. Gregor en su espedicion á la India y al Egipto asegura que la peste varia infinito segun las estaciones y demas circunstancias. El Dr. Russel dice lo mismo. Pero lo cierto es que no convienen enteramente los cuadros sintomáticos; pongamos un egemplo: nuestro Valles decia: *raro incipit pestis mox à carbunculis, sed antecedere solent febres mali moris; tandem confirmata peste, apparent carbuncul.* Otras veces los hombres caian muertos en la calle segun Plutarco; lo mismo dice Sydenham y Geofroy, y en la peste de Marsella espresaba el mismo hecho con estas imponentes palabras *ut celeri perculsis fulminis ictu.* Mr. Degenetes que la observó en Oriente, señala su primer grado con fiebre ligera sin delirio, bubones. En este grado suelen sanar pronto los enfermos: pero en el segundo caracterizado por fiebre, delirio, bubones á las ingles y axilas es la enfermedad ya muy grave: el delirio se calma al quinto dia y la fiebre al séptimo. El tercer grado viene acompañado de fiebre, delirio intenso, bubones, carbunculos, petequias unidos ó separados: remision ó muerte del tercero al quinto ó sesto dia. Si bien lo examinamos los sintomas patognomonicos de la peste son los bubones y los carbunculos, porque todos los demas son muy frecuentes y comunes en la fiebre intensa, en los llamados typhus, y bajo este aspecto tiene razon Mr. Thomas cuando asegura que la peste no es mas que una fiebre de natureleza pútrida con debilidad estremada y los sintomas que acabámos de indicar, pero que pueden variar en diversas epidemias y diversas

localidades y con variadas circunstancias individuales: de aqui tambien las variedades que admite Russel segun sus observaciones. Y no puede haber duda de que nos veriamos muy en duda para clasificar una enfermedad reinante como peste de levante por mas mortifera que fuese si no se presentaba como dice nuestro Escobar con bubones, carbuncos ó pintas carbuncales de calidad maligna. La verdad está, á mi modo de ver, en las siguientes palabras: *puede haber pestilencias, ó enfermedades pestilenciales, como decian nuestros médicos, que siendo muy graves hieran de muerte, pero que no sean la peste de levante: ambas á dos serán la fiebre gravísima, séptica adinámica, contagiosa, pero la una será propia de Europa, la otra del bajo Egipto, de la Siria, del Africa, con síntomas que le son especiales.* Lo que no comprendemos, lo que no nos podemos esplicar es como hay quien vea en la peste ni un elemento flogístico, ni una complicacion inflamatoria, ni una peste inflamatoria, ni la mas pequeña razon para hallar indicado el plan antiflogístico y la sangria: este es un absurdo: respetamos á todos; no hemos visto, ni quiera Dios veamos la peste, pero nos sucederia como con el cólera, no hallariamos á buen seguro ese caracter, ese elemento flogístico que vieron muchos. Por mas que Pinel, que Frank, que Richter, que Seele y que el mismo Bouillaud, apesar que no hace mas que referirse á su typhus, lo digan, apesar del respetable nombre de Desgenettes que observó fiebre (que en su lenguage es nuestra calentura) en los tres grados de peste, y que otros no vieron y si gran postracion, abatimiento y languidez que nos refieren todos inclusos los ya citados autores; apesar, digo, de todas estas autoridades no puedo ver nada flogístico, si

nó en la apariencia, en la peste; y la fiebre, anunciada por Desgenettes, será indicada por el pulso frecuente, bajo, é irregular, y no por los verdaderos síntomas de la pirexia cardiaco-vascular. Enfin, si aun quisiésemos una prueba de la analogia etiologica y sintomatologica de la peste con nuestra fiebre repitiéramos las palabras de Frank «tienen con ella semejanza las intermitentes perniciosas, las calenturas contínuas, inflamatorias, verminosas y nerviosas, la disenteria, las escrófulas y la misma sifilis.» ¡Bien ridiculas son á la verdad las semejanzas de algunas de estas enfermedadades con la peste.!

134. *Estudio filosófico de aplicacion al exámen de la naturaleza de la fiebre.*—Hasta aqui no hemos hecho mas que prepararnos para la mas importante cuestion piretológica, que vá á ser el campo en que debo manifestar cuales son mis principios sobre la ideologia clinica. El Médico no cumple su gran mision mientras que no resuelve dos grandes problemàs, el patogénico y el terapéutico. Los términos de estos grandes problemas están sentados, y estos términos son el etiologico y el sintomatologico. El análisis histórico nos ha facilitado el conocimiento exacto, intachable de la causa de la fiebre: el analisis descriptivo nos dió otro dato de grande importancia cual es el aspecto con que se presentan los males que esa causa produjo: nos falta, pues, deducir de esos dos términos y de esas dos análisis, cual sea la modificacion que al organismo imprime esa causa ya reconocida y que se anuncia con esa especial fisonomia. La clave de la filosofia médica es y será siempre el análisis que nos lleve á la investigacion de la naturaleza del mal, he aqui la sintesis, pues que la gran mision del Médico práctico se reduce

á hallar dos términos incógnitos del problema patológico que son, *como sufre el organismo, y que cambios ó modificaciones debe el clínico producir en el para su reconstitucion.* A estas pocas palabras, á estas dos ideas está reducida toda la ideologia médica. La filosofia de la ciencia no tiene otro objeto cualquiera que sea la doctrina que se proclame, y por mas que vagando entre sistemas filosóficos los médicos opten por Platon ó por Aristóteles, por Kant ó por Bacon. Voy, pues, á entrar en consideraciones de inmensa importancia bajo dos aspectos: Primero aplicando nuestra lógica médica, ensayándola para ver como de lo conocido etiológico y sintomatológico se deduce lo desconocido patogénico. Segundo buscando por este medio la resolucion del problema mas importante de la ciencia, el terapéutico. Proclamemos nuestros principios sin separarnos de nuestro objeto, y deduciendo de su aplicacion despues. Yo quisiera que en este momento prescindiéramos de causas y de sintomas para estudiar únicamente la enfermedad como una entidad constituida ya, reconocida en su etiologia, analizada en sus sintomas, en fin que este estudio fuese la sintesis, y la resolucion del problema clínico. Justamente este es el estudio filosófico en el que todos los elementos se reunen para ilustrar el entendimiento práctico. Este es tambien el escollo de las hipótesis, el campo de los sistemas, y el desengaño de los ilusos. La etiologia he dicho es un dato; la sintomatologia otro dato; la observacion el camino; el análisis un medio para llegar al conocimiento de la verdad clínica, á la esencia de las enfermedades. Por esto es que aqui es en donde únicamente tiene verdadera aplicacion la filosofia de la ciencia porque cualquiera halla las causas, todos vén los sintomas y

los analizan tambien, pero de aqui no se pasa sin filosofia; no se pasa sin hacer abstracciones, sin razonar profundamente, sin penetrar íntimamente en el estudio de los fenómenos, sin llamar en su auxilio todos los elementos de la ciencia. Es sin duda este el campo de las sutilezas, el campo tambien de los errores, pero el único campo en donde se deslinda lo verdadero de lo falso. Por esta razon he dejado para este momento algunas reflecsiones sobre la filosofia clinica.

135. La ciencia filosófica del siglo anterior proclamó con entusiásmo las bases fundamentales de las ciencias practicas y estos fundamentos fueron para ellas los seres y fenómenos sensibles reconocidos por la experiencia. Al frente de esta escuela quisieron colocar á Bacon porque en medio del siglo que se estraviaba en el escolasticísmo y en las abstracciones olvidando la observacion, le fué preciso proclamar la experiencia como una de las bases de nuestros conocimientos. Semejante en esto el filósofo inglés á Baglivio en la medicina (XLVII) se lamentaba del estravío de la inteligencia humana que quería razonar sin observar, y sujetar los hechos á los caprichos de imaginaciones acaloradas: ambos llamaban, en favor de la humanidad, al campo de la observacion para rectificar sus juicios y comprobar sus teorías. En efecto independientes de los hechos, el hombre puede reconocer verdades *á priori*, pero deben ser depuradas en el alambique de la experiencia en las ciencias de aplicacion práctica. Es una injusticia y una falta de concienzudo exámen ver en estos dos hombres eminentes los protagonistas de la doctrina de las sensaciones y proclamadores de la experiencia como única fuente del saber humano, porque el uno decia muy alto, que «La mano sola y el entendimiento solo no tienen mas que un po-

der muy limitado: los instrumentos y otra especie de recursos lo hacen casi todo porque son necesarios á la mano y al espíritu; pero aun cuando estos instrumentos esciten ó arreglen su movimiento, los *instrumentos* del *espíritu* le ayudan à apoderarse de la verdad, ó á evitar el error. El hombre, intérprete y ministro de la naturaleza no estiende sus conocimientos y su accion sinó á medida que descubre el órden natural de las cosas, sea por la *observacion*, sea por *la reflexion*: no sabe, ni puede hacer mas. (Nov. org.)» Baglivio sentaba como principio de la ciencia la *razon* y la *observacion*; como ya hemos visto. Los filósofos mas próximos á nosotros, los enciclopedistas proclamaron la experiencia; dieron poca importancia á la razon y la sujetaron á aquella, pero no queriendo que su escuela tomase el nombre de escuela empírica proclamaron el análisis, y su escuela fue *analítica* con Condillac, con Cabanis, con Pinel y con Broussais. Poco hemos adelantado. La estatua animada de Condillac, los músculos del pensamiento de Lametrié, la secrecion intelectual de Broussais, y el analisis de Pinel no son mas que el empirismo. Los entendimientos mas sublimes se materializan á fuerza de observar, de analizar y de no reconocer mas caminos que el esperimento para la investigacion de la verdad. Oigamos á Broussais sobre las bases de su filosofía para que no se nos crea visionarios: le respeto mucho, pero veo sus errores. «No se hallarán en mi patologia sistemas de aquellos que, en mi concepto, se llaman con mucha impropiedad *á priori*; y si mas bien se conocerá un método de observacion que se aplica á todos los hechos, que no exige de ellos mas que la autenticidad y que toma toda especie, de precauciones para no conducir,

á los que de él se fien, por sendas falsas. Seguramente no pervertirá al entendimiento de persona alguna; no hará de los que lo mediten ni sistemáticos, ni tercos; y no podrá menos de aumentar la circunspeccion y prudencia en cuanto á la ilusion de los libros, y á la adopcion de una doctrina.» Asi habla Broussais en su obra la mas concienzuda, la mas juiciosa. Pero proclamar los hechos, y verlo todo en los hechos teniendo el entendimiento que encarrilarse á lo que le dicte la observacion de las lesiones patológicas, es privar al médico de un elemento intelectual, es esponerse á los errores en que el cayó, apesar de su desconfianza en la anatomía patológica. No piensa asi el célebre físico del siglo actual, que ha dejado eterno renombre, y le cito con preferencia porque nada mas propio que esta materia para proclamar los hechos. El filósofo Autor del *Cosmos* hablando de la importancia de la líbre accion del pensamiento especulativo dice «con todo, no puede negarse que en el trabajo del pensamiento han corrido graves riesgos los resultados de la experiencia. En la perpetua vicisitud de las miras teoricas no debemos maravillarnos, como dice ingeniosamente el autor de Giordano *Bruno,* si la mayor parte de los hombres no ven en la filosofia sinó una sucesion de meteoros fugaces y si sucede con las grandes formas que ella ha revestido lo que con los cometas, que no son considerados por el pueblo como obras eternas y permanentes de la naturaleza, sino como fugitivas apariciones de vapores igneos. Apresurémonos á añadir que, ni el abuso del pensamiento, ni las falsas vías en que suele perderse bastan para autorizar una opinion que tiende á rebajar la inteligencia humana, cual es la de que el mundo ideal no es por su misma naturaleza mas

que un mundo de fantasmas y delirios, y que las riquezas acumuladas por laboriosas observaciones encuentran en la filosofia un poder enemigo que amenaza destruirlas. No sienta bien al espíritu característico de nuestra época eso de rechazar con desconfianza toda generalizacion de miras, todo intento de profundizar las cosas por la via del raciocinio y de la induccion. Tanto valdría desconocer la dignidad de la naturaleza humana y la importancia relativa de las facultades de que hemos sido dotados, yá condenando la austera razon que se consagra á investigar las causas y su encadenamiento, yá el vuelo de la imaginacion que prepara los descubrimientos, y los suscita en su poderosa fuerza de reaccion.» Lenguage digno de un naturalista lleno de filosofia en su sublime entendimiento. El hábito de pensar es el verdadero elemento de las ciencias y en las prácticas es el verdadero lente de observacion y la antorcha que ilumina. Asi Newton á fuerza de pensar y de calcular llegó á adivinar. Asi Humboldt supo dar á la naturaleza una importancia sublime, y fué capaz de animar el universo: asi Saint Pierre compuso un verdadero poema á la naturaleza; asi Buffon elevó su estudio y engrandeció el mundo sensible; como Virey profundizó en el estudio filosófico del hombre. ¡Sublime razon! Sin tí nada, fuera de nosotros, nos interesa porque todo lo embelleces y á todo das vida: sin ti la estatua de Condillac fuera un animal abjecto: sin tí el hombre viviría solo en el momento presente sin pasado y sin porvenir.

136. Envanézcanse los filosofos en medio de su escuela analítica y las verdades del anàlisis los llevará al empirismo. No sé nobstante que fatalidad persigue á la verdadera doctrina médica siempre arrastrada por pensa-

mientos estremos. Si se proclama la razon se estravia la experiencia, y cuando esta es la suprema ley, la razon desaparece. Sigue la medicina siempre la marcha de los sistemas filosoficos dominantes. Despues de un siglo de experiencia pura, de libre exámen, de análisis, y de observacion de hechos, empieza á dominar la razon pura, la abstraccion, y en medicina renace el vitalismo, y el dinamismo bajo todas sus formas. ¿Por qué no se han de hermanar? ¿Son fuerzas opuestas? ¿Son elementos científicos contrarios? No: repetimos lo que decia Baglivio: *utrique equaliter peccant*. El método analitico tan decantado y que Pinel se gloria de haber aplicado á la patologia es un elemento poderoso en manos peritas; es un resorte de inestimable valor cuando el médico no se deja subyugar por el, y cuando sabe darle la importancia que tiene: es un elemento de observacion y nada mas. No es, nó el elemento filosófico, es solo un elemento práctico. La síntesis es el objeto de la filosofia clinica, su apoyo y su verdadera términó. Dice bien Raclé, hay en la ciencia del diagnóstico dos cosas diferentes que el quisiera se llamasen *semejotechnia* y *semejologia*: la parte material, *el arte*, y la parte intelectual, la *ciencia*.

137. Todas las enfermedades son entidades morbosas: hé aquí la sintesis. Toda entidad morbosa se manifiesta por fenómenos variados: el estudio de estos fenómenos es la análisis. Estos fenómenos estudiados aisladamente solo demuestran la existencia de efectos morbosos, pero no son la entidad misma. Para que demuestren la existencia de una entidad determinada es indispensable que al unirlos y relacionarlos con una entidad organica ésta quede de hecho constituida y reconocida: he aqui la sintesis final. El análisis, pues,

es un medio para estudiar una entidad, descomponiendola, pero si el medico se queda aquí comete un error, y de esto nace la medicina sintomática, y las enfermedades simples ó similares de Galeno, de Stoll. El médico estudia los elementos en que descompuso la entidad, pero vuelve á constituirla y la reconoce en su naturaleza. Apliquemos esta doctrina á la fiebre, y no se vaya á creer que, al ostentar estos principios, soy vitalista; ní vitalista ni ontologo en la verdadera acepcion de esta palabra. En la parte histórica (1.ª parte LXXI, LXXIII y siguientes) he fijado mis principios que no creo puedan ser rechazados: veo los órganos, los sistemas, los tegidos, los humores y los sólidos, y los fluidos tambien, constituyendo el organismo, y nada veo, ni puede verse aislado en los unos ni en los otros: no hay pues vitalismo, ni ontologismo , no hay mas que organismo fisiológico, y organismo patológico con sus propiedades; sus fuerzas y sus leyes: la economia viviente. Bajo estas bases filosoficas vamos á estudiar la fiebre en su naturaleza.

138. *Naturaleza de la fiebre.* No se crea voy á resucitar las eternas disputas sobre la causa próxima, la causa esencial, ó final de las enfermedades que condugeron la ciencia al empirismo preferible á los estravios de la dialectica, pero proclamaré muy alto que hay gran necesidad de acercarnos mas á los órganos y menos á los sintomas y que las enfermedades deben estudiarse en lo que son, alteraciones de la parte. del órgano ó del organo ó del organismo: estudiar la modificacion que dá motivo al estado enfermo ó constituye este estado, es estudiar la enfermedad en su causa íntima, en su causa próxima, en su causa final. Asi comprendidas estas palabras: no hay que temer nos envolvamos en antiguas y olvidadas cues-

tiones, y podemos reasumir su sentido en la palabra *patogenia*. En la etiologia de la fiebre (90 y sig.) nos hemos ocupado de la causa ocasional, de esos gérmenes morbosos que se desenvuelven muchas veces en el interior del organismo, ó que vienen de afuera con el aire ó el alimento. Importante sin duda es este estudio, pues hemos visto que desde que se aclara este punto tenemos ya un gran dato para reconocer el mal: por esto procuro convencer à mis alumnos de la necesidad de sentar bien el término etiológico que es el primer dato para la resolucion del problema patogénico. En efecto, la naturaleza de la causa capaz de alterar el organismo nos puede yá anunciar cual puede ser el efecto que debió producir. Empero por mas importante que sea el conocimiento de esta causa lo es mucho mas el de la causa patogénica, que es de la que decian los antiguos, *sublata causa tollitur effectus*. Debimos, pues; estudiar antes lo que se comprende en los libros bajo el nombre de causa, *ætiologia*. Tambien nos fué preciso examinar los siniomas porque ellos son el lenguaje de los órganos enfermos y la verdadera fisonomia de los males, y el segundo dato del problema: tuvimos, por fin, que proclamar la filosofia que nos lleva al último termino, cual es la idea patogénica y la idea terapéutica. Justo es, pues, que ahora veamos como constituir la entidad morbosa fiebre, no en su etiologia, no en su fisonomia sinó en su naturaleza intima.

139. ¿Que nos dice la etiologia? ¿Que nos revelan los sintomas? La una nos dice que en la fiebre hay una causa heterogénea y de la naturaleza séptica que se ha introducido ó engendrado en el organismo. Los otros nos enseñan que esta causa produjo un efecto patológico, una modi-

ficacion en el organismo que se anuncia por ellos. ¿Y á que especie de alteracion ó modificacion corresponden esos síntomas? La respuesta es la resolucion del problema. Reconocido un estado morboso lo vemos en sus sintomas, es decir, lo analizamos. Pero la fiebre tiene varios periodos. Casi todos los males agudos de alguna intensidad se confunden al principio y muy especialmente aquellos que reconocen una causa ocasional que representa ó en que juega un agente estraño á la naturaleza de los agentes fisiológicos. La viruela, el sarampion, la escarlatina, la erisipela, la fiebre miasmática séptica, ó paludiana, todas comienzan por sintomas generales idénticos que estudiados anuncian solo el mal estar del orgauismo, y la existencia de un agente perturbador, que muchas veces se vence por la naturaleza y el médico se queda en su ignorancia de la causa. Stahal nos díce que muchas veces mientras el médico observa y duda el mal se cura. Stahal y Sydenham han reconocido este fenómeno; el uno apoya en el su método espectante, el otro esplica este fenómeno que observa en la viruela sin erupcion variolosa. Se vé esto mismo muchas veces en las epidemias intensas: lo he observado en el cólera y en la fiebre typhoidea, y solemos decir entonces «creí que tenia V. el cólera, ó la fiebre» y realmente existirian las causas pero se vencieron antes de desarrollar toda su accion. Ese mal estar, esa inapetencia, ese dolor coutusivo de los miembros, ese dolor de cabeza, el deseo de descanso y el escalofrio son sintomas de la invasion: el òrganismo reconoce la existencia de un agente que le incomoda, y su lenguage constituye los prodromos del mal. Hasta aqui poco tenemos que estudiar. La patogenia de la fiebre no se puede comprender hasta que

se presenta clara, fuera de los prodromos, y aun despues del primer periodo y de la reaccion que muchas veces las acompaña y que ya conocemos (68. 109.) Los sintomas estudiados en el análisis del periodo reaccionario nos llevan al error: esos sintomas constituyen una entidad próvida, no la entidad destructora: la patogenia del mal no es en este momento mas que la existencia de un agente morboso contra el cual resiste el organismo: no hay que dejarse seducir. Un análisis ligero, y el análisis solo, hizo creer en la posibilidad de fiebres inflamatorias pútridas y pútridas inflamatorias, y en inflamaciones adinámicas; dos cosas que se rechazan. En esta reaccion puede la causa morbosa eliminarse, neutralizarse, ó perder su influencia y la naturaleza venció: el mal no lleva el nombre de fiebre typhoydea y si el de, para nosotros, calentura angioténica, ó inflamatoria, ó angio-carditis, ó angio-hemitis. El médico en estos casos debe observar la reserva que hé indicado en el primer periodo: ver, temer, y obrar con prudencia. Lo diremos en otra parte con mas detencion, pero anunciémoslo. El estado flogistico general ó local no puede durar mucho porque el organismo se pervierte de un modo grave. Las inflamaciones tienen su término prefijado segun su intensidad, pero siempre cierto, pasado el cual ó ceden ó la parte afectada pasa á otro estado morboso muy diferente. Hé aqui porque cuando hablé de las inflamaciones rechazé de los cuadros nosológicos el término *flegmasias crònicas*: palabra sacramental desde Broussais que absorve todas las especies de lesiones crónicas en el lenguage comun y que haciendo muy fáciles los diagnósticos solo sirve para cubrir el error ó la ignorancia. ¿Qué nos revelan los sintomas en la fiebre cuando aparecen se-

gun los hemos descrito en su lugar (113)? ¿Nos indican inflamaciones? Se me dirá, acaso, que no describí los sintomas gástricos, como el dolor epigástrico, el del abdomen, la sed, las deposiciones de vientre, las orinas etc. Lo hize con objeto. Apenas en ninguna fiebre faltan los sintomas que he descrito; pero faltan casi siempre el dolor epigástrico y abdominal: que el enfermo sienta cuando se le toca con alguna fuerza no es estraño, asi lo hacen todas las partes porque todas padecen: en algunos casos está sensible el epigastrio y el abdomen, y ya hemos dicho que en muchos casos el mal le ataca con preferencia, pero no puede llamarse fenómeno caracteristico, y el buscar este dolor con ansia en las verdaderas fiebres es buscar la gastritis, y la gastritis ya debemos saber que sintomas tiene como inflamacion, y como irritacion, pues la vemos todos los dias. Y nótese, que cuando el estómago, ó el cerebro toma parte, como cuando la toma el pulmon, esa lesion que se reconoce no es la inflamacion, y en todo caso seria una irritacion de caracter específico, espresion impropia en este caso. Tambien á veces se presentan hemorragias que en unos casos son malas y otros favorables. Estas hemorragias intestinales sobrevienen en la carrera de la fiebre typhoidea cuando toma el caracter de pútrida, ó adinámica, y lo mismo que la hemorragia nasal son peligrosas, ó favorables segun que provienen ya de una disolucion grave, ó que son consecuencia de congestiones pasivas locales: en el primer caso son de funesto presagio; en el segundo suelen ser favorables y terminar el mal porque desaparece un fenómeno siempre peligroso que es una hyperemia pasiva en el sistema de la vena porta. Hoy dia, segun las últimas ob-

servaciones hechas en la Clínica de Mr. Trousseau, y apesar que este célebre Médico creyó un tiempo que estas hemorragias provenian de la superficie ulcerada de las placas de Peyero, sitio que se suponia ser el asiento patogénico de la fiebre typhoidea segun la opinion de Mr. Luis, hoy dia, digo, el mismo Mr. Trousseau cree estas hemorragias dependientes de una *discrasia*, que puede ser favorable. La observacion de que esta hemorragia puede tener su asiento esclusivo en el intestino grueso en el que raras veces existen placas aisladas y ulceradas, y la notable observacion tambien de que las hemorragias fatales se hacian en el yeyunio en el que no existen placas de Peyero, y enfin que este incidente sobreviene á veces al 8.° ó 9.° dia, antes por consiguiente de la caida del mamelon furuncular, ó mucho mas tarde cuando las ulceraciones están cicatrizadas; todo esto, digo, autoriza para creer que no es á las placas de Peyero á las que se deben atribuir estas hemorragias. Efectivamente mal se deduciria si se fijase en este sitio ni la causa de la fiebre, ni el asiento de las hemorragias. Volvamos á la pregunta ¿que revelan estos síntomas?

140. Es preciso estar muy prevenidos para no ver la verdad. Hipócrates se limitaba en las fiebres á exactas descricciones, y nótese en sus epidemias como no olvidaba nunca los síntomas de septicidad. Fijaba su atencion en la causa ocasional para reconocer la naturaleza del mal y la atmósfera era para él de una suma importancia en las fiebres, en su carácter y terminacion. Galeno veía la causa patogénica en la alteracion de sus humores, y en su degeneracion. Sydenham quería reconocer en la calentura un movimiento depuratorio, ó regulador, y hablando de

las fiebres epidémicas nos hace advertir «*inordinatam illam massæ sanguineæ conmotionem febris hujus seu causam, seu comitem â naturâ suncitari, vel ut heterogenea quædam materia in eadem conclussa, ac ipsi secernatur; vel ut sanguis in novam aliquam diathesim inmutetur*. Su ebullicion, su fermentacion y su depuracion juegan un justo papel en su doctrina. Boherave con su quimismo, y su humorismo (L.) cree, y no deja de ser fundado bajo cierto aspecto su pensamiento, que la causa formal procede especialmente de la medula espinal; enfin todos reconocen que una causa cualquiera que ella sea, segun los diversos sistemas reconocidos, produce un daño grave en el organísmo cuya tendencia es el aniquilamiento del resorte orgánico y la descomposicion séptica, el abatimiento del sólido y la disolucion de la sangre, y su descomposicion.

141. Si recorremos la epidemiologia hasta nosotros notarémos siempre fenómenos semejantes. En las epidemias los nombres se confundían, y cada uno daba su denominacion segun el síntoma que dominaba. Masdevall caracterizó de pútrida maligna la que reinó en el Principado de Cataluña en 1764; y lo mismo sucedió en las de 1786, 1800 y 1804, en que tanto se disputò su carácter hasta reconocer el typhus icterodes. La que se estendió en 1792 hasta 96 en Francia, Bélgica, y Holanda y que tantos estragos hizo era la *fiebre hospitalaria, pútrida maligna, pútrida adinámica*; sus denominaciones demuestran su naturaleza. La que en 1805 y 1806, desoló el Austria y fuè observada por Vaidy llevaba el nombre de fiebre adinámica. Hildebrand dió el mismo nombre á la que reinó en Austria en 1809. Enfin el typhus nosocomial, el carcelario, el castrense, el naval, el hospitalario y todos los typhus

en el principio, que tantas veces diezmaron las poblaciones y reinos enteros, en todos se reconocía la sintomatologia que demuestra dos cosas que no pueden separarse, el defecto de resorte vital en los sólidos, la descomposicion en los liquidos. Esta es la verdadera patogenia de la fiebre y de los typhus.

142, Este estado adinámico-séptico se prueba por la postracion, la inaccion muscular, el estado de la sangre, la pneumacia, la fetidez del aliento y escreciones, el rápido enflaquecimiento, las manchas, y petequias, el lentor de los dientes, y enfin por los sudores pegajosos, la diarrea fétida, las úlceras gangrenosas por decúbito, el color y carácter de las llagas de los revulsivos, y la rápida descomposicion cadavérica. Que especie de septicidad es esta, que clase de descomposicion revela, que defecto de condiciones orgánicas representan estos fenómenos patológicos es una cuestion dificil de resolver bajo el aspecto de la razon del hecho, porque es como si preguntásemos porque pierde su elasticidad una cuerda si se la sumerge en agua, y porque una sustancia ácida ó alcalina vuelve ácida ó alçalina otra con que se mezcla. Acerquémonos mas. Una sustancia narcótica aplicada sobre el sólido vivo le dá inaccion; el frio intenso continuado mortifica y mata los tegidos; el opio interiormente en determinada cantidad suspende las condiciones orgánico-vitales de los solidos hasta producir la muerte. Pues bien, los miasmas sépticos de determinado carácter originados en nuestro organismo ó introducidos en él con el aire (mas comunmente) ó con el alimento, arrastrados en circulacion con la sangre y con la linfa y puestos en contacto con nuestros órganos producen, cuando no se los rechaza, ó no puede ya el organismo re-

chazarlos, la postracion de los sólidos, el abatimiento, la inaccion, y consecutivamente la disminucion de todas las funciones, su irregularidad, su alteracion, la de las secreciones todas; de aquí la imperfeccion de las depuraciones, las descomposiciones humorales. Los elementos typhoideos absorvidos y arrastrados al torrente circulatorio son al mismo tiempo causa de la descomposicion humoral: son como el germen de septicidad mezclado con materias incorruptas pero que tienen la naturaleza de entrar en disolucion y descomposicion al ponerse en contacto con elementos de septicidad como ya hemos probado (102): de aquí vienen las secreciones de mal olor, el aliento fétido, las petequias, y las diarreas no criticas, y los sudores pegajosos, y las hemorragias algunas veces. Cuestionable es si en las intoxicaciones miasmáticas son los sólidos, ó los líquidos los primeros alterados: yo creo que son los dos á un mismo tiempo, porque el organismo es el conjunto de sólidos y líquidos en su accion recíproca. Es lo cierto que esta alteracion humoral lleva su carácter á todas las partes del organismo sin escepcion. Todo me duele, suelen decir los enfermos: todo efectivamente está enfermo. Los partidarios de la doctrina fisiológica no lo podían desconocer. Begin, queriendo mediar en la gran cuestion suscitada entre Boisseau y Broussais sobre la prioridad de afeccion del cerebro, del estómago y del corazon en las fiebres, dice «creo que la lesion de estos tres focos es simultánea con mucha frecuencia, y que otras veces, segun la susceptibilidad del sugeto, es primero afectado ya el estómago, yá el corazon, yá el cerebro etc.: en el mayor numero de casos es imposible conocer, á la cabecera de los enfermos, cual de los tres órganos centrales es el que mas prontamente se sometió al

influjo simpático de la flogosis esterna.» Begin era brousseista, pero confiesa aquí que no sabe cual centro se afecta primero: claro es; todo se afecta á la vez con mas ó menos marcadas señales, porque no es la flogosis, ó causa flogística esterna, sino una causa poderosa la que acomete al organísmo todo y que sienten con preferencia visceras tan importantes como los tres focos de que habla. En los intensos typhus el agente miasmático hiere rapidamente á un mismo tiempo, y no hay parte que no padezca notablemente. Boisseau, Broussais y Begin, cada uno en su cuerda, vieron bien pero interpretaron mal.

143. Hé aquí la patogenia de la fiebre en todas sus multiplicadas variedades, sea en razon del sugeto que invade, ó de la estacion, clima ó variadas circunstancias; sea primitiva ó secundaria. La sintesis filosofica nos prueba hasta la evidencia que la reunion de los fenómenos que acabamos de estudiar y constituyen la fisonomía de la fiebre corresponden á una entidad morbosa de naturaleza séptica, adinámica: que ellos representan las descomposiciones humorales, el defecto de resorte orgánico con tendencia al aniquilamiento de la vida: que algunas veces el organísmo ó algun órgano resiste la accion destructora y aparecen fenómenos de aparente reaccion qne se apaga como la luz que en su estincion parece que revive. Hay efectivamente una opinion vulgar, pero que es hija de la experiencia: todo enfermo, se dice, mejora para morir, es la mejoría de la muerte. Realmente existe este fenómeno con especialidad en las fiebrés: espliquémoslo. Si el organismo no se reacciona el enfermo sucumbe: en medio del mayor peligro y cuando el organismo se vé próximo á sucumbir hace aun el último esfuerzo; si este se sostiene triunfa; en otro caso,

se apaga y entra la agonia, que no es mas que el impotente esfuerzo del hábito de los órganos.

144. Los síntomas analizados con una detencion filosófica son como la esfera de un barómetro que nos indica el ascenso ó descenso del mercurio, ó como la mano del higrómetro que nos manifiesta el estado de humedad de la atmósfera: si estas importantes máquinas nada demostrasen serían inútiles. Los sintomas, pues, debemos siempre referirlos á una entidad morbosa y á su patogenia. El inmortal Bichat veia la vida y la muerte en los fenómenos de la una y de la otra. En las fiebres la muerte se anuncia por el todo orgánico y la salud por este mismo todo. Ví morirse enfermos que tenían el pulso en los últimos dias en su estado normal: esto se observa particularmente en las fiebres protractas. Bichat pensaba que en las enfermedades agudas la muerte empezaba por los centros, y concluía por la periferia: no siempre es así. En los typhus intensos está el cuerpo muerto y aun el pulmon respira y el pulso late. En algunas enfermedades crónicas el pulmon, el corazon, y el cerebro suspendieron sus funciones y aun la circulacion capilar subsiste: esto se observa en dichas enfermedades cuando la muerte es repentina como en las vómicas, los aneurísmas intensos. Enfin los sintomas nos dicen que no es siempre cierto el aserto de Bichat, porque en la fiebre el cuerpo está yerto de frio y apagada la vida circulatoria y el pulmon aun respira: en el Cólera, el hombre está cadáver y solo un movimiento toracico imperceptible anuncia la existencia. Cuando el typhus invade con predileccion al encefalo mueren los centros antes que los estremos. El hombre no se vé morir porque no sobrevive á su destruccion, pero en muchas enfermedades se vé agonizar por decirlo

asi. En las fiebres no se siente la agonía: todos los órganos están incapaces de sentir.

145. Hemos deducido la existencia de una modificacion séptica, asténica en el organísmo; el análisis de los síntomas nos llevaron á sus efectos sobre los órganos, á su patogenia. ¿Se piensa asi sobre la naturaleza de la fiebre y de los llamados typhus? Nuestra fiebre ó la enfermedad typhoidea de los autores y los typhus ¿fueron considerados bajo este aspecto con esa universal sancion que exige matería de tanta importancía? Las nociones etiológicas que hemos reconocído por un gran número de hechos razonados; el estudio fisiológico-patológico al que nos guiò la sintomatologia de la fiebre ¿no bastan para probar la naturaleza esencialmente adinámica, asténica de la fiebre con sus formas tiphicas? ¿Puede haber divergencia en tales apreciaciones? Existe por desgracia: pero veamos en que se funda antes de presentar las ultimas pruebas sobre la patogenia de la fiebre, y antes de deducir su terapéutica. Todas las opiniones actuales sobre la fiebre typhoidea pudieran hoy reducirse á las que proclamaron Stoll, Broussais, Petit y Serres, Bricheteau, Bordeu, Chomel, y reducidas á la fiebre biliosa ataxica, á la gastro-enteritis, á la entero-mesenteritis, á la diothenentiritis, á la typhoidea. No desconozco que antes de Mr. Luis se habían reducido las fiebres á una sola entidad, pero en cuya clase se confundían la calentura inflamatoria, la biliosa, la mucosa con la fiebre pútrida y la maligna, pero Mr. Luis admitió la lesion de las placas intestinales resultado de un trabajo inflamatorio. Mr. Bouillaud reasume su opinion verdaderamente respetable sobre la fiebre y los typhus en las palabras siguientes. «¿Qué nos resta que hacer, pues, para

poner término á todas las dudas, á todas las contradicciones, á todas las disputas á que ha dado orígen el estudio de los typhus?» Dejar á parte los libros antíguos y consultar de nuevo el gran libro de la naturaleza, este libro que no se consulta jamás en vano cuando se conoce el arte de leerle bien. Una cosa nos hiere por de pronto en las enfermedades descritas bajo los nombres de fiebres pestilenciales, de typhus etc. y es la constante coincidencia de los fenómenos y de las lesiones inflamatorias con los fenómenos y lesiones que revelan un trabajo de infeccion pútrida ó séptica cuyo foco está tan pronto fuera como dentro del individuo. Que se trate de la afeccion que se llama la fiebre typhoidea, de la que se designa bajo el nombre de fiebre puerperal ó de typhus Europeo, Americano y Oriental, ó del carbunclo ó de la pútrida maligna ó del muermo etc., siempre se comprobará la presencia de un doble elemento que acabamos de señalar. Pero en los verdaderos typhus, el elemento typhoideo se manifiesta desde el principio de la enfermedad y predomina ordinariamente sobre el elemento febril ó inflamatorio, mientras que en las otras enfermedades, igualmente designadas bajo el nombre de typhus, el estado typhoideo no existe desde su orígen y se ingiere solamente mas tarde sobre el elemento inflamatorio por un mecanísmo que hemos espuesto.» Aqui el autor nos manifiesta de un modo claro que admite un parecido muy notable entre la typhoidea y los typhus en la causa de infeccion séptica, pero por desgracia la idea flogística lo separa del verdadero camino que influye mucho despues en la medicacion que propone. Por lo demás la fiebre typhoidea primitiva es siempre y desde su orígen la misma enfermedad sinó que en los primeros momentos es-

tá dominada su causa por las potencias de la vida. Conocemos tambien las opiniones de Roche y de Landoucy que consideran à la fiebre typhoidea como idénticas al typhus y aun la de otros que vén bajo un mismo aspecto el typhus Europeo, el Africano, el Americano y el Asiático, pero á un mismo tiempo tambien confunden las calenturas con solo el que presenten algun fenómeno grave. Asi vemos que Broussais admitiendo en los typhus una verdadera intoxicacion miasmática vé nobstante en ellos una gastro-enteritis. Asi vemos tambien que Landoucy considerando la existencia de una causa miasmática admite nobstante el carácter de las lesiones de los foliculos intestinales que solo demuestran la accion predilecta de la causa sobre la membrana mucosa digestiva.

146. Nos son ya conocidos los principios de Mr. Bouillaud sobre su angio-carditis typhoidea (XCII y 9. 10, 12. 17. 35). que considera como la inflamacion de la membrana interna del corazon y de las arterias á la que se une un elemento typhoideo que puede venir de afuera ó nacer de las partes inflamadas. Ya he dicho que esta forma typhoidea era inadmisible en su etiologia, é incompatible en su patogenia porque seria lo mismo que admitir inflamaciones de naturaleza adinamica. Bien puede nobstante suceder que una intensa inflamacion termine por la muerte de la parte flogosada, pero no es este el caso de la angio-carditis de este Profesor. Reconoce tambien otra forma typhoidea en la que reabsume todas las fiebres esenciales de los AA. y esta forma es la *entero-mesenteritis* (de Mr. Petit) *typhoidea*, y en cuya forma se vé la idea de Bouillaud de presentar siempre el caracter flogistico como base patogénica de las llamadas fiebres esenciales sin

admitir un carácter franco, genuino adinámico general del que dependen los afectos locales: de aqui los errores en el plan curativo firme y energicamente antiflogístico, la vacilacion, la duda, la reserva en el plan tónico. «Vamos á tratar, dice, particularmente de la inflamacion de los folículos intestinales, convinada ó nó con la de la membrana á cuya estructura concurren. Esta inflamacion ha sido descrita bajo muy diversos nombres: fiebre ó enfermedad mucosa fué llamada por Rœderer y Wagler, fiebre glutinosa por Sarcone, adeno-meningea por Pinel, fiebre entero-mesenterica por Petit, enteritis folicular por muchos autores modernos, dothinenteritis por Bretonneau, fiebre ó afeccion typhoidea por muchos médicos, que, bajo este nombre comprenden todas las antiguas fiebres esenciales de Pinel. Nosotros tenemos la costumbre de designarla bajo el nombre de entero-mesenteritis typhoidea. Yo habia querido denominarla *crytenteritis* ó *foliculo-enteritis,* pero temí no fuese bien acogida.» Tenemos ya, pues, dos ideas en Boillaud, su angio-carditis typhoidea y su *entero mesenteritis typhoidea* que comprenden todas las llamadas fiebres, y cuya naturaleza propia, genuina es la inflamacion: pero Mr. Valleix cree con fundamento que si el estado typhoideo se desarrolla en el curso de una flegmasia esto es tan sumamente escepcional que cuesta trabajo hallar un solo egemplo. Y no puede haber duda sobre la opinion de Boillaud apesar de que mil veces parece tocar el verdadero aspecto bajo el que debiera considerar estas lesiones intestinales, pero despues de una serie trabajosa de raciocinios sobre si estas lesiones son primitivas ó secundarias, sobre si antes de ellas hay otra cosa general que las produce, concluye con es-

tas palabras que sellan su opinion. «Reconozcamos, pues, resueltamente que en los casos de fiebre llamada typhoidea en la que se hallan las alteraciones anteriormente descritas de los folículos aglomerados ó aislados del ileon y de los ganglios mesentéricos, sin perjuicio de alteraciones concomitantes de la misma membrana mucosa, de las venas, y acaso tambien de los vasos linfáticos, la inflamacion que han producido estas alteraciones ha sido realmente el punto de partida, el foco primitivo de la fiebre; y si esto, en un pricipio libre de fenómenos pútridos bien caracterizados, abandonado á su curso natural, no tarda en presentar los fenómenos indicados, es en razon de su sitio especial y de alteraciones locales que se siguen prontamente haciéndose un verdadero foco de infeccion pútrida de la sangre.» Vemos, pues, que para Mr. Bouillaud, las fiebres de los autores son, bajo un aspecto, inflamaciones del sistema sanguíneo capaces de producir el estado typhoideo, y bajo otro, inflamaciones de los folículos intestinales y de los ganglios mesentéricos, que igualmente se convierten en focos de infeccion, ¿No existen acaso, fiebres primitivas? ¿Las causas sépticas, como las causas paludianas no egercen su accion adinámica ó solo producen inflamaciones? Si de la fiebre de typo continuo pasamos á las intermitentes tampoco vemos mas que inflamaciones, irritaciones: en aquellas era la túnica interna del sistema sanguíneo, ó los folículos intestinales los afectados, en estas existe la irritacion en el sistema nervioso ganglionar. A estas seducciones lleva à Bouillaud su *lógica médica*, y no podremos menos de verlas tambien con nuestra *lógica médica* bajo un aspecto muy diverso, porque ¿cual es esta irritacion producida por una causa miasmática séptica? ¿que irritacion es esta cuyos

primeros y mas esenciales fenómenos son los que demuestran un aplanamiento, un defecto, una verdadera adinamia del sistema nervioso representado por falta de circulacion, por defecto de calorificacion, embotamiento de la sensibilidad? Yo no puedo comprender á este gran Profesor cuando dice «al referir á la gran clase de *ncuroris activas* las enfermedades hasta aqui descritas bajo el nombre de fiebres de acceso, de fiebres intermitentes ó periódicas» no hemos hecho mas que obedecer à las *leyes de la induccion fisiológica* la mas legítima, siendo estas enfermedades, en efecto, *caracterizadas* por fenómenos que comprueban *una exaltacion de los actos vitales*, tales como la circulacion, la calorificacion etc. á las cuales preside el sistema nervioso ganglionar.» ¿Y cuales son esos fenómenos de exaltacion vital? La falta de pulso, ó su abatimiento, la refrigeracion periférica, la angustia precordial del primer periodo, del verdadero periodo de las intermitentes ¿son fenómenos de escitacion vital? Y entiéndase que este es el periodo, verdadero, el que representa la patogenia del mal, porque la calentura que le sigue es reaccionaria, no es ya la enfermedad, y en todo caso debiera colocarla en su *angio-carditis*. Por otra parte, el gran riesgo de las intermitentes es el periodo álgido pasado el cual pasa el peligro: los que mueren de la verdadera fiebre intermitente mueren en el; lo que prueba que el es el que caracteriza la enfermedad.

147. Nos falta aun ver como Bouilland considera los typhus y habremos comprendido todas sus ideas sobre la verdadera piretologia. Muchas veces ya hemos dicho que en sus escritos llenos de sabia instruccion hallábamos la verdad pero mil veces envuelta en un oscuro velo, ó aban-

donada muy luego de su concepcion. Dice hablando de los typhus, «los tres typhus de los autores constituyen menos enfermedades diferentes en el fondo que tres variedades de una sola y misma enfermedad. Los bubones en el tiphus Oriental ó la peste, la ictericia y el vómito negro en el typhus americano, han sido señalados ciertamente como particularidades distintivas de una alta importancia. Empero, hasta que los tres typhus hayan sido descritos con mas exactitud de lo que lo fueron hasta el dia, existirá la oscuridad sobre los caractéres *esenciales* que pueden distinguirlos positivamente los unos de los otros.» Bouillaud une como idénticos el typhus Europeo, el de Oriente y el Americano, pero al mismo tiempo no cree resuelta la cuestion de sus caracteres esenciales. Estos caracteres deben ser su etiologia, y su patogenia ¿tienen ó no la misma causa y la misma naturaleza? Siento que este eminente profesor no continúe la serie de razonamientos que funda regularmente en verdades demostradas. Hablando de estas tres entidades morbosas vuelve à reconocer la septicidad y la flogosis bajo la influencia de una misma causa. «Estamos en el derecho de concluir que la masa de la sangre está infectada cuando se desenvuelven en nuestros órganos ó fuera del individuo focos sépticos y se manifiestan las enfermedades conocidas bajo el nombre de typhus. Y como tambien los miasmas productores de los fenomenos sépticos ó typhoideos ejercen sobre las partes con las cuales se hallan en contacto *una accion inflamatoria,* no debe admirarse si en los casos que nos ocupan se hallan en varias partes estados flegmásicos coincidiendo con estados de descomposicion séptica.» Comprendiéramos estas ideas de Bouillaud si esa causa séptica no egerciese *su efecto en la sangre que vá*

á todas partes, como el mismo dice, porque pudiera haber un estado séptico local y un estado flogistico local tambien, ó general, pero ¿se pueden concebir flogosis, en as que la sangre es uno de sus elementos genuinos; podemos, repito, admitir flogosis en medio de una sangre séptica? No lo comprendo. Esta es la cuarta forma de la fiebre que comprende los typhus. Y nótese que el typhus asiático no está comprendido aqui por Bouillaud porque lo coloca entre las enfermedades inflamatorias del tubo intestinal, no sé por qué si la causa, los sintomas y la patogenia demuestran lo contrario.

148. Si reabsumimos la doctrina peritológica de Mr. Bouillaud veremos comprobado lo que dige en otra parte (12), que no es otra cosa que el *fac simile* de la de Broussais. La flogosis juega siempre el papel principal, y bajo este aspecto no tuvo necesidad de separar tanto las entidades á que se refiere. La verdadera patogenia de la fiebre ocupa un lugar muy subalterno para darselo muy distinguido á su causa flogística. En cinco grandes grupos supo dividir toda su piretologia y todas las fiebres esenciales de los autores: flogosis del sistema sanguíneo, flogosis de los folículos, flogosis del sistema nervioso ganglionar, flogosis séptica, flogosis intestinal: hé aqui la calentura, las fiebres, las intermitentes, los typhus y el cólera asiático. En las breves indicaciones sobre cada una de estas entidades en particular fijaremos bien nuestra opinion, que en lo general debe estar ya comprendida.

149. Mr. Chomel despues de Mr. Luis, de Petit y Serres y de Bretoneau fué el apoyo de las opiniones sucesivas. Ya hemos visto en otro lugar (16 y 20.) como piensa Mr. Chomel sobre la patogenia de su enfermedad ty-

phoidea á la que reduce todas las fiebres graves de los autores, pero yo no puedo comprender toda la lógica de un profesor tan eminente, despues que leo con detencion su obra. Conviene en que algunas veces no se halla lesion intestinal en los cadáveres; sienta que en uno halló cicatrizadas ulceraciones y en via de cicatrizacion otras, apesar del plan tónico, pero el enfermo se murió ¿de qué? de la fiebre typhoidea, pero para él esta fiebre es la alteracion de las glándulas de Peyero: esta su patogenia: citemos sus palabras. «Uno de los caracteres mas importantes de la enfermedad typhoidea es la duracion del estado febril.» No lo pienso yo así: muy al contrario; es el estado febril, ó lo que se entendia hasta ahora por estado febril, que es nuéstra calentura, uno de los caracteres de menos valor, porque en la mayor gravedad de la fiebre suele á veces estar el pulso sin calentura, y por lo regular está frecuente, bajo, irregular, y esto no puede llamarse estado febril: pero sigamos oyendo á Mr. Chomel. «Todas las veces que los fenómenos febriles, no pudiendo referirse à alguna lesion apreciable, se prolongan mas allá de un cierto limite, ocho ó diez dias por egemplo, se tendrá un grave motivo para presumir que están ligados á la alteracion de las glándulas de Peyero, y cuando la enfermedad se termine dentro de algunos dias, se podrá estar siempre seguro, cualquiera duda que por otra parte se hubiese tenido sobre su naturaleza, que ella era diferente de la afeccion typhoidea..... Por diversas que las fiebres de los autores parezcan en sus sintomas, ofrecen nobstante caracteres comunes que no permiten verlas como afecciones diferentes, pues están especialmente ligadas entre si por una série de lesiones anatómicas y que

se observan, *casi* constantemente en la enfermedad typhoidea, cualquiera que sea la forma que hubiese presentado....» Mr. Chomel no desconoció porque no podia desconocer los grandes obstáculos que se le presentaban para admitir la inflamacion de los folículos y de las glándulas intestinales como patogenia de su typhoidea, porque no la halló siempre, porque la gravedad del mal no está en relacion con este cambio orgánico, porque el plan es contrario, y en medio de tantas dificultades, espera que la cuestion del contagio resuelva la cuestion patogénica, replegándose mientras á su último atrincheramiento á sospechar si á falta de pruebas de una irresistible evidencia, se puede ver en el sistema nervioso la íntima naturaleza de la fiebre. No, diremos resueltamente á Mr. Chomel; la patogenia ó naturaleza de la fiebre, no está en el sistema nervioso, ni en la sangre, está en todo el organismo, porque todo él se halla bajo la influencia de una causa eficiente de un gran poder. Debo decir en obsequio de la verdad, que la obra de Mr. Chomel es de lo mas notable, de lo mas concienzudo, de lo mas imparcial que se escribió sobre esta materia en la historia de la ciencia, apesar de que sufrió sus críticas justas unas veces, y muy parciales otras; como vamos à observar.

150. Mr. Dubois (LXXXV) despues de ver como arbitrarias las formas que ha dado Chomel á su typhoidea y despues de considerar como erronea la clasificacion de Pinel deduce consecuencias con las que estoy en parte conforme y que prueban á favor de la division de ese gran grupo piretológico en la calentura y fiebre: hé aqui sus conclusiones: 1.ª Que la fiebre inflamatoria descrita por Pinel no ofrece analogía con las typhoideas, sino que es, en mu-

chos casos, una fiebre primitiva simple: 2.ª Que la biliosa de Pinel es una fiebre sintomática de la inflamacion de las vias digestivas y no una fiebre typhoidea: 3.ª Que la mucosa de Pinel, y la forma mucosa typhoidea de Chomel, mientras no cambian de fisonomía, son grupos de síntomas pertencientes á la enfermedad escrofulosa: 4.ª Que las fiebres adinamicas y ataxicas de Pinel no son variedades sinó divisiones arbitrariamente hechas entre los sintomas de la afeccion typhoidea. Hé aqui la gran necesidad de nuestra clasificacion: se observa en esto una confusion de ideas notable y asi se vé la fiebre cuando primitiva, cuando sintomática, cuando asténica, cuando esténica, cuando mista, cuando localizada, cuando general y siempre con una variedad sintomatológica tal que parece imposible comprender la existencia de una enfermedad tan proteiforme. La fiebre nunca es sintomática, ni se localiza; la calentura puede ser un síntoma, y puede localizarse. La calentura mucosa no tiene nada que ver con las escrófulas. Nobstante Dubois confiesa que no puede hallarse la razon de la gravedad de la fiebre y de la intensidad de sus síntomas en la existencia de una lesion intestinal y que hay necesariamente una lesion de los líquidos. Es acaso este eminente profesor el que mas se acerca á nuestro modo de considerar la fiebre. Mr. Pidoux que, como todos, vé las fiebres al lado de las calenturas nos dá nobstante un egemplo de la rectitud de su raciocinio para considerarlas en un verdadero aislamiento: «se ven, dice, fiebres typhoideas simples sinócos impútridos (nuestra calentura) recorrer todas sus fases con la mas grande regularidad sin jamás hacerse graves. Reciprocamente, muchas fiebres typhoideas presentan las formas mas graves sin pasar necesariamente por formas

simples ó puramente inflamatorias. Esto es bastante para concluir que cuando las formas graves son precedidas por formas simples, no son el desenvolvimiento ó la dilatacion propias de estas; y no es necesario figurarselas como un aumento en la cantidad de los elementos de la fiebre simple.» Aquí Mr. Pidoux vé dos entidades y es lo que justamente sucede en nuestra fiebre esencial secundaria en la que el médico práctico no puede menos de considerar dos verdaderos elementos muy distintos en su causa, en su patogenia pues que el uno es un efecto local que puede ser de muy diversa naturaleza, el otro es una causa general siempre idéntica en su accion y en sus efectos. En la doctrina piretológica hallan los vitalistas un campo muy á propósito para su doctrina: no creo que sea aceptable apesar del abuso de los que nos llevaron al campo anatómico: ambos están uno frente al otro: ambos cuentan esforzados adalides: nosotros nos pondrémos en campo neutral porque solo buscamos los órganos: no creemos en *funcionopathias* sinó en *órgano-pathias*. No hemos leido la obra del Dr. Semanas de Lyon, pero por la idea que de ella nos dió Mr. Latour, le consideramos como un dinamista notable. Nobstante dirémos que la accion del agente tòxico mejor se esplica por el vitalísmo que por el organicismo; ó mejor dicho, vemos mejor sus efectos porque vemos el adinamismo que la medicina orgánica no vé sinó en sus efectos; por esto es que no nos desagrada el *digenismo flegmasi-tóxico* del Dr. Semanas, en cuanto podiamos esplicar por él la accion flegmasico-adinámica del agente toxico: vimos efectivamente una flegmasia independiente de la influencia natural del agente tiphico, y vimos tambien que esta irritacion desaparecía á poco, ó tomaba el carácter de la causa mórbida:

pues bien; á aquella flegmasia de reaccion, y á esta flegmasia aparente que observamos en la fiebre pudiéramos darle el nombre de flegmasia-intoxica. No somos capaces de juzgar de esta doctrina pero si aseguramos que para esplicar la verdadera patogenia de la fiebre, si no nos basta el organicismo fisiológico tampoco debemos esperar gran cosa del dinamismo fisiológico.

151. *Pruebas de la verdadera naturaleza de la fiebre en todas sus formas.*—¿Cuales son en resumen los grandes datos en que se apoyan tantas y tan diversas opiniones? ¿De donde parten esas pruebas irrecusables que todos invocan en su favor para sentar principios contradictorios en la patogenia, y como veremos mas tarde, en la terapéutica de la fiebre? De la experiencia dicen unos; de la anatomía patológica, dicen otros; del fisiologismo proclama un tercero. Yo voy á examinar estas tres pruebas, lo mas sucintamente que pueda.

152. De las tres pruebas que la ciencia reconoce para demostrar la naturaleza de las enfermedades, dos son esencialmente prácticas, la otra pudiéramos llamarla filosófica. La primera es la observacion de los efectos y resultado de la aplicacion de los remedios, que puede ser de alguna importancia ausiliada del analogismo, y que el sabio Hipocrates formuló en aquel tan célebre y tan cuestionable principio, *naturam morborum curationes ostendunt*. Desde luego admitimos como un medio de hallar ó comprobar la verdad hallada la experiencia, ó esperimento, pero como medio seguro de investigacion solo debemos dejarlo para aquellos casos en que no podamos hallar otro en medio de la oscuridad y de la duda. Ni Hipócrates al proclamarlo pensó jamás que pudiera suscitarse sobre él una

contradictoria polémica, ni que pudiese rebajar el crédito de primer filosofo de la ciencia, porque el había sentado ya de un modo muy esplícito que ante la razon vale poco la experiencia, y que todo debe hacerse segun ella nos inspire apesar de que los sucesos la contraríen. Reservaba sin duda el experimento, y la deduccion de la experiencia para últimos casos como el atrincheramiento forzado en la perplegidad y en la duda. Por lo demas ya he demostrado que por los resultados de la experiencia se han querido probar y en ella asentar todas las teorías y todas las hipótesis. Esta verdad que solo se quiere deducir de la experiencia es falaz como decia Baglivio si no la dirige la mas sana filosofia. Nobstante en nuestra ciencia todos miran para los hechos, para los resultados, porque se quiere hallar en el médico un poder omnímodo. Pero tèngase presente que en medicina, como en todas las ciencias, *ver la verdad*, no es disponer á su arbitrio de los fenómenos y sucesos de la naturaleza; es si conocerlos, dirigirlos hasta un cierto punto, y reconocer, muchas veces, la incapacidad de medios para oponernos á la marcha de las economias y de sus leyes. El raciocinio resuelve todos los problemas hasta donde pueden resolverse; el experimento no resuelve ninguno sin el criterio de la razon. Por esta causa vemos tanto número de remedios para las enfermedades difíciles de curar; por esta causa todos apoyan en sus curaciones sus teorías las mas contradictorias, y por la misma, otros rechazan los planes mejor formulados cuando no fueron eficaces, sin hacerse cargo que no siempre la ciencia puede todo lo que quiere y que la enfermedad es mas poderosa muchas veces que el arte; egemplo las epidemias de intensos typhus ya Europeo, Asiático ó Americano. Dedu-

ducir, pues, de las curaciones, es muy espuesto; se requiere á lo menos un criterio filosofico superior.

153. Los estadistas y á su frente Mr. Luis con su doctrina numérica, proclaman sin conocerlo el empirismo mas absurdo, porque los cálculos y comparaciones en los resultados de la experiencia dicen poco, pues dependen de mil variadas circunstancias en la intensidad, en el individuo, en la estacion, en el clima, en la asistencia etc. El typhus, la fiebre amarilla, el cólera, tienen tantos remedios acreditados por la experiencia que debieran ser muy raros los casos desgraciados en la práctica. ¿Qué nos probarán, pues, las estadisticas en la naturaleza de la fiebre que curaban con contrarios planes con unos resultados sorprendentes los humoristas, los solidistas, los químicos, los empiricos, los sistemáticos de todas las épocas? No ignoro que otro genio de la antigüedad, Celso, nos advierte que de *lo que aprovecha y de lo que daña se deducen indicaciones* y deducir indicaciones es reconocer la patogenia ó naturaleza del mal, pero ya dejo dicho cuando y como conviene: distingamos siempre la observacion filosófica del esperimento puro, porque inferir la naturaleza de los males del mayor ó menor número de defunciones es proclamar el absurdo: por esto Hippócrates queria solo, como lo observa Zimmermann, establecer una doctrina racional, no proclamar remedios, ni apoyar sus resultados en estadísticas: para tales deducciones no se necesita estudiar, ni saber, ni genio, ni filosofia, ni aun espiritu de observacion. Nobstante, aun pudiéramos alegar esta prueba en nuestro favor como veremos en la medicacion de la fiebre: un método hay que sobresale entre todos, y en el que al fin todos van á parar no solo en la fiebre typhoidea sinó

en todos los typhus, y este es el método ó plan tónico, anti-séptico, que mas ó menos pronto, con mas ó menos energia casi todas las doctrinas médicas reconocen por de una eficacia demostrada. ¿Que naturaleza debe tener una enfermedad que se cura con tales medicamentos y en la cual, desarrollado yá el caracter typhico están contraindicados los antiflogísticos? Su patogenia debe ser asténica y su causa séptica, destructora de la accion vital, y que disminuye el resorte de los tegidos y la plasticidad de la sangre con marcada tendencia á la descomposicion orgánica. Todo esto se vé en la fiebre typhoidea y en los typhus. Luego el plan curativo prueba la patogenia que le hemos asignado. Apesar de esto rechazaria esta prueba por de poco valor. Y nobstante por desgracia esta prueba experimental es hoy proclamada y en ella se intenta cimentar una nueva doctrina, nuevos métodos, nuevas ideas sobre males muy conocidos, y que nos pudieran llevar á una época en que seria preciso dudar de todo, entregarse al pirrenismo ó á un fatalismo degradante. Ni una palabra mas sobre esto.

154. La segunda prueba práctica, es la anatomia patológica. Prueba decisiva, y de un inestimable valor en muchos casos; égida principal de la escuela actual; base de las doctrinas médicas de todo un siglo; algun tanto desprestigiada en la actualidad, pero siempre importante. ¿Desconoceremos las inmensas ventajas de esta parte de la ciencia? (LXXI) Empero las obras de Lietaud, de Bonnet, de Margagni, como las de Laenee, Mr. Luis, Andral, y otros no han tenido toda la importancia que se queria suponer, ni dieron la utilidad que se esperaba. Y ¿por qué? Porque unas veces á la autopxia no precedia á la historia,

y no se preguntaba á los órganos sinó á la muerte, y esta es la putrefaccion, la gangrena, la corrupcion; y otras se buscaba la patogenia, y se confundia con sus efectos, y las consecuencias eran ilógicas. Broussais, aún cuando dedujo y apoyó su doctrina en la anatomía patológica fué escesivamente acre para con los anatómico-patologistas, pues que hablando de Mr. Luis, dice, «Tal es su obra: es un trabajo de anatomia patológica de los mas secos, y mas difíciles de estudiar... Una obra sin vistas ni patológicas ni terapéuticas, ni higiénicas, y mas aun sin objeto fisiológico; en fin, una obra sin vida, respirando solo fatalismo, obscurantismo y la muerte.» Fuerte crítica, y tambien injusta es la de Broussais que nobstante es mas moderada para con Mr. Gendrin porque admitió sus ideas respecto á la inflamacion. Andral en su hematologia dedugera mucho mejor si menos esclusivista hubiera sido mas fisiológico. Esta confianza anatómica para resolver un problema tan dificil es frívola á lo menos: el mismo Broussais lo conoció apesar de haber establecido su doctrina sobre esta misma base. Hay gran inconveniente, dice, en las distinciones y clasificaciones de las enfermedades únicamente fundadas en el modo de las alteraciones orgánicas y una necesidad de constituir á ellas las distinciones fundadas en el modo de la alteracion de la irritabilidad y de la sensibilidad de nuestros tegidos.» Aqui el fisiologismo venció al anatómico. Fijándonos en nuestro objeto reconocemos prudentísima la deduccion de Mr. Cazalas que en los hospitales de Constantinopla ha observado el typhus de Crimea, pues dice que si algunos han hallado lesiones intestinales constantes, otros solo los hallaron accidentalmente y Pellicot y Fleury no siempre. Observa que de las lesiones ha-

lladas han querido deducir la identidad ó desemejanza del typhus y la fiebre typhoidea. El cree que este problema no puede circunscribirse á un solo fenómeno de anatomia patológica, y que se tengan en cuenta simultáneamente los síntomas y las lesiones; é yo añadiria y la causa eficiente del mal que revela su efecto sobre el organismo. ¿Seguirémos en este terreno á los localizadores, á los esencialistas, y á las patologistas de buena fé? Nos sorprendería el ver la vaguedad de opiniones y no sabiendo á que escalpelo dar mas fé nos quedaríamos en la duda. Mr. Cruveilhier, en su ensayo de anatomía patológica, y cuya autoridad nadie se atreverá á negar pues que sin duda es el Morgagni, el Bonnet, el Lietaud, el Vieg-d'Azir, el Portal, enfin el Bailly de nuestra época, pues que á sus asiduos trabajos unió los de estos hombres eminentes que le habían precedido en el estudio del cadáver, nos dice terminantemente que la anatomía patológica no puede intervenir mas que para comprobar el defecto de lesiones orgánicas, como sucede en las fiebres y en las neurosis. Era vitalista este célebre médico, y por esto dice que «los síntomas vitales constituyen en estas enfermedades su historia entera, y deban presidir á su clasificacion.» Hablando del pensamiento de Petit, y Serres sobre la *entero-mesenteritis* como causa de la fiebre se espresa en estos términos. «Yó no discutiré aqui si esta alteracion orgánica (erupcion y ulceraciones en la porcion del ileon y del colon proximamente á la valvula-ileo-cecal y un aumento de volumen de los cuerpos linfáticos del mesenterio) es la enfermedad principal, como lo piensan los autores, ó una complicacion ó bien el efecto de la fiebre..... pues que se halla esta misma alteracion en otras muchas enfermedades y en la

tisis pulmonal especialmente y à consecuencia de un gran número de fiebres adinámicas y ataxicas esenciales.» Si asi habla Cruveilhier, si asi habla Broussais ¿que confianza puede inspirarnos esa diferencia esencial que se intenta hallar en la antomía patológica entre la typhoidea y el typhus? ¿No será mas bien que los intestinos se afecten mas en la fiebre typhoidea en razon de su marcha mas lenta que dá mas tiempo á constituirse estas lesiones secundarias tan frecuentes, mientras que en el typhus su marcha mas rápida no la permite? La observacion no me lo dice, pero la razon me indica que esas mismas lesiones se hallarán en el typhus siempre que se prolongue hasta los 14, 12, ó 21 dias. El célebre anatómico-patologista que vengo citando nos habla de una manera que parece adivinar nuestro pensamiento. «Quisiera, dice, que se comparasen atentamente las fiebres sintomáticas *(nuestra calentura)* con las fiebres esenciales. La causa y el sitio de las primeras nos son conocidas pues que hay demasiadas ocasiones de apreciarlas de una manera positiva. Se pueden referir á esta causa todos los sintomas febriles: estos datos nos faltan absolutamente en las fiebres esenciales.» Apesar de todo, los A.A. continuan en buscar las pruebas de la existencia de la fiebre typhoidea en las lesiones intestinales, y en ellas tambien la diferencia del typhus. Otra grave dificultad se halla al querer dirigir un pensamiento sobre esta base diferencial. Si la falta de lesiones patológicas de las placas de Peyero y de los ganglios abdominales es el carácter constante de la fiebre ¿como se comprende que Baglivio, Hoffmann, Tomassini y el mismo Broussais coloquen su asiento en las visceras abdominales como Chirac y Hildembrand en el encefalo? ¿De donde nace la inconsecuencia de Mr. Lan–

donzzy que despues de haber hallado las lesiones intestinales en el typhus idénticas á las que se hallan en las fiebres typhoideas, cree nobstante en una muy pronunciada diferencia entre ambos males? La anatomia patológica que remonta á Herophilo, profesor de Alejandría vino sucediéndose con mas ó menos importancia segun las doctrinas reinantes, y la mayor facilidad de adquirir cadáveres. Las doctrinas filosóficas del siglo anterior llamando á la observacion de los fenómenos de la naturaleza y á su exámen práctico le dió grande importancia. Bichat que en medio de su escuela anatómica era vitalista la hubiera llevado á su apogeo, si continuaba uniendo á su escalpel la vida que falta al cadáver. Sucede con la autopxia lo que con la anatomía descriptiva, es menester animar los objetos, y esta falta es la que se nota en las doctrinas cimentadas en esta parte de la ciencia.

155. En los cadáveres no se vé la enfermedad, *ac si cum anima mortis ocasio evollasset*, como decia Baillou: se vé solo la causa de la muerte, y sus estragos. Es preciso que antes que el escalpelo toque al cadáver el médico vea en su entendimiento el mal en su orígen, en su marcha, en sus síntomas. ¿Qué vemos en un pulmon muerto por una pneumonitis? la gangrena que es la muerte, la supuracion y el reblandecimiento que son la causa de la muerte ¿á donde está la inflamacion? Voló con la vida. La anatomía patológica halla estragos y confunde, cuando ella sola es nuestra guía, los efectos con la causa: asi sucede en la fiebre. Tiene una suma importancia cuando rectifica nuestros juicios en males que hemos diagnosticado: la tiene en casos de dificil diagnóstico y nos enseña para lo sucesivo; la tiene para el médico-legista. Pero entre reconocer su

valor, y admitirla como base de las doctrínas médicas hay una gran diferencia: seria tener un apoyo, un director bien triste, y nos pareciéramos á los antiguos Auruspices que buscaban los sucesos, y el porvenir en las entrañas de los animales sacrificados á los Dioses, y que critica Valerio Máximo (De fidutia) en boca de Annival, cuando el Rey Prusias le impide dar la batalla porque los Auruspices creian se perderia; *Au tu, inquit, vitulinæ carunculæ quam Imperatori veteri mavis crederis? Si verba numeres, breviter et abscise si sensuum æstimes, copiose et valenter.* El estudio sobre los cadàveres, dice un célebre médico, es estéril si no se tienen presentes los antecedentes de la muerte, semejantes á los cuerpos opacos la luz que ellos dán no brilla con su propia luz. José Frank nos advierte que «nada hay mas útil para moderar la imaginacion de los médicos, para rechazar las vanas hipótesis y para destruir la tirania de los sistemas, que la anatomia patológica. Sin embargo añade, guardémonos de ir demasiado lejos; porque los que pretenden que el edificio de la medicina se apoya sobre la anatomia patológica, como lo afirma Breschet, olvidan sin duda que hay enfermedades que no dejan en los cadáveres lesiones apreciables. Además no deben buscarse solamente las huellas de las enfermedades en las partes sólidas del cuerpo humano, y sobre estas esclusivamente se dirigen las investigaciones de la anatomia patològica.» Tiene razon Frank, esta parte de la ciencia es el moderador de las imaginaciones fogosas, y la muerte tambien del pensamiento. En el cadáver vé, nobstante, una imaginacion filosófica, el organismo, la vida, y la enfermedad en su historia: hé aqui la anatomia patológica que,

no deduciendo solo de lo que vé, anima su cadáver para preguntar á sus órganos por la vida que representan.

156. *Nociones hematológicas.*=En otro lugar (37) he reconocido cual es la importancia de la hematologia para comprobar el carácter flogistico ó adinámico de las enfermedades, pero en este momento solo me ocupará la sangre en la verdadera fiebre, que debe ser una prueba de inmensa importancia. Mr. Andral nos dará los datos: uniremos á ellos la observacion clínica, pero advirtamos que Andral considera como pirexias todas las fiebres de los autores. «En todas estas pirexias, dice, puede efectivamente existir una alteracion comun cuyo asiento es la sangre, y cuya existencia coincide constantemente con la aparicion de los fenómenos que atribuia el vitalismo á la adinámia, el solidismo á la relajacion de la fibra y el humorismo á la putridez de los humores. Esta alteracion de la sangre consiste en una disminucion á su fibrina, y es por consiguiente la alteracion inversa de la que se observa en la sangre en el estado flogístico.» Nos bastaria este aserto de Andral para deducir que su estado pirético, que es nuestro estado febril, ó nuestra fiebre, es un estado contradictorio al estado inflamatorio, y por consiguiente un estado *adinámico* siendo aquel esencialmente *dinámico*. Las cualidades de la sangre en la fiebre son las siguientes: el suero y el cogaulo se hallan incompletamente separados; de donde se sigue que al parecer tiene poco suero con respecto al coagulo; el coagulo es voluminoso y no se retraen sus bordes sobre su centro como sucede en las flegmasias: tiene poca consistencia y se deshace con mucha facilidad: se divide como en una sustancia grumosa colorando el suero en rojo mas ó menos oscuro. Este es el es-

tado, dice Andral, de la disolucion de la sangre tan bien descrito por los antiguos, y que debe considerarse como la consecuencia necesaria de la disminucion que ha sufrido la materia espontaneamente coagulable de este liquido. Otro carácter de la sangre en la fiebre es la ausencia de la costra flogistica. Nobstante, á Andral le llama la atencion el que en muchas fiebres hallaba aumentada la fibrina, y que esto sucedía cuando el elemento flogístico se unía al elemento typhoideo. Nosotros esplicamos bien esta observacion: veamos como la esplica Andral. «¿No parece que la fibrina se halla entonces de alguna manera bajo la influencia de dos fuerzas, la una representada por la flegmasia intercurrente que la obliga á aumentarse y la otra representada por la fiebre typhoidea que le dá una impulsion contraria, y reduce á su minimum el poder de flegmasia?» No sé como esta celebridad médica no ha buscado otro medio de esplicar una tan grave contradiccion, ni como él comprende que pueda haber flegmasia y adinamia á un mismo tiempo; ni que sentido dar á esas dos fuerzas, ni que entiende por dos fuerzas generales morbosas de una naturaleza tan opuesta. Espliquémos nosotros este hecho que no negamos, porque jamás podemos dar un *mentis* á hombres tan respetables, pero hacemos una muy diversa apreciacion. ¿Cuando se observa ese aumento de fibrina en la fiebre typhoidea? Andral mismo lo dice, y no tenia necesidad de recurrir á las dos fuerzas antagonistas. El aumento de fibrina en la fiebre se observa en los sugetos pletóricos. ¿Y por qué? Tambien hallamos la contestacion en el célebre hematólogo; «porque la economía se resiste cuando la accion de la causa es poco enérgica, pero la destruccion de la fibrina se observará desde el prin-

cipio cuando las fuerzas del organismo se hallen en defecto.»
¿Qué necesidad hay, pues, de recurrir á un suterfugio inadmisible? Cuando la cifra fibrina aumenta no ha desarrodo su accion la causa typhica: su presencia es rechazada por los órganos y ya recordarémos que esta es nuestra calentura de reaccion: pero si la causa es intensa, ó pobre el organismo, la fibrina desciende desde luego bajo la influencia del agente mórbido. Por consiguiente la importancia de la observacion de la sangre flogística al principio de las fiebres es siempre consideracion habida á la reaccion existente. La costra flogistica y el aumento de fibrina es constantemente un efecto inflamatorio, no una causa, y su existencia en la fiebre esencial solo puede ser el efecto de la reaccion, jamás ni la causa ni el efecto de la fiebre typhoidea: por consiguiente es mal deducir la naturaleza de la fiebre typhoidea del estado flogistico de la sangre en su principio, porque además de no pertenecerle, desaparece pronto, y tan solo nos puede suministrar un dato terapéutico transitorio, falaz muchas veces, y accidental.

157. Apesar de todo lo espuesto con respecto á la hematológia en la fiebre typhoidea, en la epidemia que poco há sufrimos no hé hallado ni la costra inflamatoria ni la retraccion del coágulo aun en sugetos vigorosos y en el principio de la enfermedad. Un soldado que ocupaba la cama núm. 34 de la Sala Clínica de Santiago se presentó con todos los sintomas de una fiebre angioténica, pero por la clase de dolor de cabeza, por el modo de invasion, y el estado de la lengua creí era la enfermedad reinante, y de la que existian entonces 45 en la sala. Hice observar á mis discipulos esta coincidencia, y que si la enfermedad era lo que la intensa calentura indicaba, y la reaccion del pulso si-

mulaba las cualidades de la sangre lo indicarían, pero sin que de la existencia del carácter flogístico en ella debiésemos inferir la naturaleza del mal sino mas bien la naturaleza de la reaccion circulatoria. Una sangría de 6 onzas, y otra igual al dia siguiente les hicieron ver palpablemente que algo oculto existia en medio de la apariencia flogistica. Efectivamente el coágulo era plano, sin nada de costra, con tendencia mas bien à disolverse en el suero. Poco á poco la enfermedad se desarrolló con toda su intensidad typhoidea: el enfermo se curó. Ya antes de Andral y Gaveret, Werthof, Haen, y aun Sydenham observaron la sangre con atencion. Zimmermann hablando de la costra nos dice que á lo que ella indique debemos añadir otros signos para deducir sin riesgo. En la fiebre amarilla, ó fiebre de Siam la sangre es tan disuelta y tan tenue que sale por la boca, narices, y aun por los poros. Las hemorragias, añade, en las fiebres malignas son de mal aguero porque prueban la disolucion de la sangre. Nietzki en su patologia prueba hasta que punto puede llegar la disolucion y acrimonía de la sangre en las fiebres.

158. Se me dirá, acaso, que si esto es cierto será muy dificil, sinó imposible distinguir una calentura inflamatoria de una fiebre con reaccion en su primer septenario. Esta dificultad desaparece ante una observacion minuciosa, un ojo práctico y un término etiológico bien sentado. La estacion, el temperamento del sugeto, las causas que dieron motivo al mal, el carácter de las enfermedades reinantes, son datos ciertos par distinguirlas, y cuando no sean suficientes lo serán el estado de la sangre, la marcha de la enfermedad, y la prudente observacion del término del primer septenario que la reaccion orgánica encubre, ó pasa á ser una

fiebre esencial secundaria que yá no tiene el carácter flogístico.

159. Con lo que llevamos dicho no intentamos desterrar el elemento flogistico del primer período de las fiebres esenciales, ni las congestiones sanguíneas de toda su carrera: al contrario veremos que admitimos aquel, y estas, pero con tal precision y claridad que no tenemos que ver ni elementos opuestos, ni en la dolencia caractéres, y patogenias tan contradictorias como son el estado typhoideo y el flogístico. Pudiera estenderme mucho en consideraciones importantes sobre la hematológia, pero sea suficiente lo manifestado para deducir que el estado de la sangre en la fiebre demuestra, con los hematólogos, la adinamia que constituye la esencia de esta enfermedad. La anatomía patológica ni aun con la hematológia es un dato cierto. Tiene razon Frank, «esta parte de la ciencia es el moderador de las imaginaciones fogosas» y la muerte tambien del pensamiento. En el cadáver vé nobstante una imaginacion filosófica, el organismo, la vida, y la enfermedad en su historia: hé aqui la anatomía patológica que, no deduciendo solo de lo que vé anima su cadáver para preguntar á sus órganos por la vida que representan.

160. La 3.ª prueba es la que constituye del arte medica una verdadera ciencia; es la aplicacion de todos nuestros conocimientos á la práctica clínica, es el anàlisis, el principio lógico, la sintesis que nos guia en el camino de la experiencia y que nos enseña á deducir exactamente por una serie de razonamientos irresistible. Preciso es, nobstante, tener libertad intelectual, no estar obligado por ninguna idea sistemática que nos seduzca, que nos separe del verdadero camino: aqui es á donde yo proclamaría ese

libre exâmen, que fué la tesis absoluta de la escuela enciclopedista y que es aceptable bajo este solo sentido: exámen analítico, lógico, sintético, sin trabas, sin sujeccion, y hecho por un entendimiento educado é instruido: he aqui el único camino cierto en cuyo término podrémos hallar la estadística, el analogismo, la anatomía patológica. Un entendimiento filosófico que sienta bien el *término œtiologico,* deducido de un exámen reflexivo, histórico de todos los antecedentes de una enfermedad, y muy necesario siempre, y bastante dificil muchas veces en las enfermedades crónicas, tiene ya un dato de inmenso valor, porque las causas eficientes y predisponentes bien conocidas, nos dicen ya que especie de alteraciones patológicas son capaces de producir. En muchos casos se hallan facilmente: es muy dificil reconocerlas en otros. A este dato se une el dato *analítico;* el exámen de los síntomas y su estudio: la observacion es el camino, el profundo razonamiento sintético el término. Hallado éste admitimos una patogenia. Discurramos ahora. Dada una alteracion patológica, y anunciada su naturaleza por la *œtiologia y el analisis y la sintesis* ¿cuales deben ser sus efectos? ¿que cambios funcionales debe producir en el órgano? ¿que simpatias debe dispertar? ¿que síntomas deben acompañarla? Y cuando la inspeccion mediata ó inmediata puede tener lugar ¿qué resultados debe dar? La autopxia en los casos desgraciados ¿que debe demostrarnos? He aqui la contra-prueba filosófica que lleva á nuestro entendimiento un grado de evidencia irresistible. Federico Hoffmam, que fué para mi uno de los médicos mas filósofos del siglo XVIII, decía á propósito de nuestro objeto, *Medicus, in reddendis effectuum causis et conficiendis demonstrationibus, contentus sit si causas pro-*

ximas effectus et phænomenorum invenerit, quibus positis, ponantur et quibus remotis, ipsa quoque removeantur. Sospechamos, por egemplo, despues de haber estudiado la enfermedad, la existencia de un aneurisma interno, y nos preguntamos, si existe esta lesion ¿como debe estar alterado el tegido de la arteria? ¿esta alteracion que cambios funcionales debe originar en el órgano? ¿qué sintomas debe producir? ¿que alteraciones secundarias debe dar? ¿que marcha debió seguir? ¿que debemos hallar en el cadáver despues de un fatal término? Si á estas preguntas responde de acuerdo la ætiologia, la sintomatologia y todo cuanto la observacion nos dice, deducimos *á priori* que el enfermo padece un aneurisma. Esta prueba faltó á los que todo lo dedugeron de la anatomia patológica.

161. Vamos ahora á hacer la aplicacion de estos principios. Dada una intoxicacion del carácter séptico, venga de afuera, ó de origen interno ¿qué fenómenos debe producir desde el momento en que entrando en circulacion no sea eliminada, ó neutralizada en su accion? 1.° Si no es muy intensa debe al reconocerla el organismo y muy especialmente el centro circulatorio irritarse, con esa irritacion próvida que es una verdadera reaccion: 2.° Si la causa no se vence esta reaccion debe sucumbir, y el agente producir el abatimiento, el apocamiento vital, la disolucion de la sangre y la astenia general: 3.° Si es muy enérgica la causa no podrá haber resistencia en el organismo, y desde luego se presentarán los fenómenos que demuestren la atonia, la tendencia á la septicidad, á las congestiones pasivas, que graduadamente irán presentandose á proporcion que la causa gane terreno é influencia. ¿Sucede esto en la tiphoidea? ¿Los sintomas corresponden á

estos efectos? ¿Puede hallarse alguna otra causa capaz de tales cambios á no ser una causa toxica de carácter adinámico que ejerza su maléfica influencia igual sobre todo el organismo? Ninguna; porque ni la inflamacion de las arterias y del corazon, ni de la sangre, ni de las glándulas de Peyero, ni Brunerio, ni de los intestinos y mesenterio, ni de la mucosa gastro-intestinal, ni ninguna otra causa local puede producir tales fenómenos, y si los de verdadera flogosis muy opuestos á los tiphicos en su ætiologia, en su sinthomatologia, en el plan curativo, en su carrera, y en sus pruebas anatómico-patológicas. Luego está comprobada su patogenia, que conocíamos ó sospechábamos en su ætiologia, y en su sinthomatologia. Esta prueba, al parecer de poco valor, faltó à los que apoyaron sus doctrinas en pensamientos abstractos y en sus fenomenos cadavéricos, porque ambos prescindieron del pensamiento filosófico: ambos se separaron los unos de la observacion, los otros del raciocinio. Saber pensar es la enseñanza de la razon; saber observar es la educacion de la experiencia. *Erronea est communis illa sententia; bonum theoreticum esse malum practicum. De perversa theoria valere illud concedimus, vera autem et solida practicum et solidissimum et felicissimum reddit. Et qui caret hac, solidus et peritus practicus nunquam evadet etiamsi per centum annos artis opera exerceat.... Sic experientia recte constituta, recte experimentissimi nominantur medici.* (Hoffmanus.)

Corolarios. 1.° El estudio de los síntomas de la fiebre debe hacerse minucioso y concienzudo para reconocer lo que cada uno representa en su existencia. Esta es la analisis.

2.° Los síntomas se deben referir á los órganos de donde proceden aisladamente.

3.° Todos los sintomas partiendo de los órganos deben reunirse para constituir la sintesis, y de esta debe resultar el reconocimiento de una entidad morbosa.

4.° Esta entidad morbosa es una alteracion mas ó menos profunda de los órganos ó de una parte del organismo: reconocerla en su naturaleza será reconocer la patogenia del mal. El estudio etiológico es de inmensa importancia siempre: en la fiebre es un dato precioso.

5.° La causa ocasional de la fiebre typhoidea es un agente adinámico, séptico, perturbador. Los sintomas que la anuncian corresponden á una alteracion de los humores de naturaleza pútrida, y á una alteracion de los sólidos de naturaleza adinámica.

6.° Los síntomas flogísticos son secundarios, aparentes, pasageros. Las irritaciones locales son específicas y congestivas de la misma naturaleza.

7.° Todas las fiebres epidémicas conocidas tuvieron el carácter séptico ó adinámico ataxico.

8.° Todo el organismo se afecta á un tiempo despues que la intoxicacion obra. El corazon, el cerebro, el tubo intestinal, el pulmon son las partes en que mas se siente su accion.

9.° El sistema nervioso es el centinela del organismo: los primeros fenómenos de incubacion le pertenecen. En el Cólera el sistema nervioso ganglionar es el mas afectado. En la fiebre amarilla el sistema gastro-hepático dá un carácter especial al mal. En la peste la afeccion del sistema glandular es la que la caracteriza.

10. Siempre la sangre pierde sus caractéres vitales; su fibrina es pobre y su irritabilidad se disipa; su hematosina es oscura; su suero turbio.

11. La muerte comienza por los centros, ó por la periferia segun la intensidad del mal, la edad, el órgano principalmente invadido, y la mayor ó menor rapidez de este término.

12. Solo hay calentura cuando hay aceleracion en el pulso y calor aumentado como efecto de una enfermedad local: ella consiste en la irritacion del corazon y de las arterias.

13. Solo hay fiebre cuando hay una intoxicacion miasmática, vegetal, animal, ó vegeto-animal, ya provenga del esterior, ó de foco interno,

14. La calentura asi considerada es una afeccion local, pero que por la causa que la promovió puede dar lugar á una intoxicacion secundaria, y producir la fiebre.

15. La fiebre esencial primitiva trae calentura cuando el organismo, y especialmente el sistema nervioso y circulatorio pueden reaccionarse, y por esto casi todas estas fiebres, á no ser muy intensa la causa, simulan en su primer período á las calenturas yá gástricas, yá angio-ténicas, la angio-hemitis ó la angio-carditis.

16. Por esta razon la calentura es de buen presagio en las fiebres tan intensas como el Cólera, y el typhus icterodes.

17. La fiebre esencial primitiva, ó secundaria puede tambien parecerse á la calentura por causa local, cuando afecta determinadas vísceras, y se presentan fenómenos engañadores de flegmasia gástrica, ó cerebral porque estas parecidas flegmasias son del mismo carácter de la fiebre, son específicas.

18. Existe una fiebre que parece ser el tránsito, en su patogenia, de la calentura á la fiebre, y como la línea di-

visoria, ó mejor dicho, el eslabon de transicion de la una á la otra, y es la fiebre lenta que merece este nombre porque es producida por la intoxicacion pyhemica, ó purulenta, y puede llamarse calentura héctica porque depende una causa local, un órgano supurado. Ella constituye un parecido con la fiebre typhoidea secundaria: de un órgano enfermo toma su origen, pero su patogenia es la intoxicacion porque hasta que esta se realizó no se presentó la fiebre.

19. No hay mas que una calentura pero puede ser producida por diversas causas locales.

20. No hay mas que una fiebre producida por la intoxicacion miasmática variable en su orígen, pero esencialmente la misma.

21. Las intermitentes son fiebres periódicas y no calenturas porque son debidas á una intoxicacion miasmàtica paludiana.

22. Las remitentes son fiebres en las cuales existe un elemento toxico del carácter paludiano, ó paludiano-animal. No deben confundirse sus accesiones con los recargos mas ó menos constantes que se notan en todos los males, en su carrera continua y en las fiebres particularmente.

23. Puede la fiebre complicar otros males locales de diversa naturaleza, y asi estará bien dicho pulmonía con fiebre cuando estas enfermedades esten unidas como las observó Huxam: pero la calentura que viene con la pulmonía es producto de esta, no es la fiebre.

24. Téngase presente que cuando en la carrera de una inflamacion se contrae la fiebre, esta sella de tal manera á aquella que toma su carácter y el tegido inflamado sufre una modificacion especial, porque son estados incompatibles.

25. Los typhus todos no son mas que una fiebre typhoidea exagerada por circunstancias locales, y climas diversos.

26. La fiebre puerperal es una fiebre typhoidea por intoxicacion de origen visceral. La peritonitis, metritis etc. son inflamaciones con calentura. Pueden unirse con la intoxicacion, ó producirla, pero entonces la inflamacion toma el carácter typhoideo.

27. Las lesiones anatómicas son el efecto no la causa de la fiebre typhoidea. Solo la autopxia debe presentar constantemente en esta enfermedad en la sangre y en los órganos los indicantes de la adinamia, de la septicidad.

28. La fiebre ataxica, la adinámica, la pútrida, la cerebral, la petequial, son una misma cosa, segun que la causa ocasional ejerce su accion mas predilecta sobre el sistema nervioso, la sangre y los humores, ó el cerebro: las mas de las veces en las fiebres de mucha gravedad estos estados se unen.

29. La patogenia por consiguiente de todas las fiebres es idéntica.

30. Mientras se sostiene la reaccion circulatoria en las fiebres primitivas no aparece con toda su gravedad el carácter typhoideo.

31. La reaccion de los primeros dias en estas fiebres reconoce por causa la resistencia del organismo, una verdadera irritacion protectora.

32. La reaccion en la carrera ya adelantada de toda fiebre tiphoidea y de los tiphus, es un esfuerzo saludable, eliminador, depurador; pero que si no se sostiene aumenta la gravedad.

33. Las verdaderas calenturas apenas se sostienen con su mismo carácter mas allá del primer septenario, pasado el

cual pueden dar lugar á la fiebre tiphoidea secundaria· asi sucede en las calenturas gástricas, mucosas, verminosas, y en todas las que tienen su origen en estados gastro-intestinales diversos.

34. Las verdaderas inflamaciones no pueden producir la fiebre tiphoidea, sino en la profunda degeneracion de los órganos, lo que raras veces sucede porque la degeneracion séptica del órgano inflamado es la gangrena y la muerte: es frecuente nobstante que el órgano supure y dé lugar á la fiebre lenta, pyhoemica.

35. La therapéutica de la fiebre debe dedúcirse de su patogenia reconocida.

162. No es lógico hablar de los humores y de los sólidos cuando se busca la naturaleza de los males: solo se debe hablar de organismo. He procurado hablar de las fiebres con claridad, y con el lenguage de la conviccion. Mr. Bouillaud, despues de presentarnos las diversas opiniones sobre la diferencia de las fiebres llamadas esenciales, y el tiphus, y la fiebre tiphoidea termina con las siguientes notables palabras. «Despues de lo que acabamos de decir se vé que en la actualidad esta desgraciada clase de fiebres esenciales es aun el manantial de graves disputas cuyo término está aun lejano, si se continúa en discutir, como se hizo generalmente hasta aqui, es decir, valiéndose por una parte de palabras mal definidas, sin significacion rigorosa, ni verdaderamente cientifica; palabras que no nos dan idea alguna ni del sitio, ni naturaleza del mal; y por la otra tomando por base ó materia de disension los hechos recogidos de una manera inexacta é incompleta. Se puede, pues, predicir sin temor de engañarse que mientras que la palabra typhus y la palabra fiebre typhoi-

dea no representen al espiritu alguna lesion determinada del organismo, las discusiones sobre el objeto que examinamos tendrán lugar por decirlo asi, en el seno de las tinieblas y no conducirán á resultado alguno satisfactorio.» Este celebre médico quisiera que la palabra typhus, y fiebre typhoidea representase una *lesion local* del organismo, lo que no sucederá jamás porque la causa obra á un tiempo, y es general: asi es que caducarán siempre las teorías de localizacion. Yo creo para mi que la teoria de las fiebres esenciales y de los typhus todos, toca á su término. ¿Habrá llegado la época que esperaba nuestro erudito y sabio Morejon sobre las fiebres? «Cuando dice, los médicos del dia hagan un estudio serio sobre la afinidad y relacion que tiene la fiebre amarilla con otras calenturas y contagios conocidos se fijará la opinion, y señalará el lugar nosologico en que deba colocarse, ya sea en el de las intermitentes perniciosas, como piensan unos, ya en las biliosas como creen otros, ya en las flegmasias locales del estomago y tripas segun sostienen varios escritores del dia, deduciéndose despues el tratamiento mas seguro.» Para mi tengo tal conviccion de que esta época ha llegado, que me parece que unicamente falta conocer exactamente la naturaleza de la causa, la naturaleza de esos miasmas, efluvios, ó virus cuya existencia es una realidad y cuyos efectos sobre el organismo son ya tan bien determinados. Por fortuna esta falta no es de gran importancia conocida como lo es su accion destructora. Los fisicos y los quimicos no conocen tampoco la naturaleza de mil agentes cuya accion admiten nobstante.

163. *Apéndice al estudio de la fiebre.*=Me veo en el inevitable compromiso de tratar aparte de dos enfermeda-

líneas, la conducta de este agente invisible no sea la misma para darnos, acaso, un justo merecido en el año próximo.

104. *Mas sobre el carácter contagioso de la causa.*— Nada hay que no recibiese de un modo notable el impulso patente de los sistemas médicos y de las influencias filosóficas: ni el contagio estuvo á cubierto de esta fatalidad. Conocida es de todos la historia de las diversas pestes que asolaron y aterraron la Europa, en lo que no tocó poca parte á nuestra España. Todos conocemos la antigua legislacion que emanara del terror de tantas calamidades, pero cuyas leyes eran casi tan aterradoras como la epidemia mismo.

105. A principios de este siglo la filosofía y la ciencia clamaron tanto y con un esclusivismo tan admirable que sus consecuencias fueron tambien calamitosas abriendo las puertas á todas las enfermedades, y entonces ya no los typhus, pero ni la fiebre amarilla ni la peste merecieron llamar la atencion bajo este aspecto ni de los Gobiernos, ni de los médicos. Absurdo era el considerar contagiosa la elefancía y la tisis, y la fiebre pútrida y los tiphus todos y daba una opinion poco favorable del pobre médico práctico que proclamaba el contagio. En 1810 nuestro malogrado Lopez Mateos llama desatinos de los hombres la opinion sobre los contagios, y este eminente escritor se deja llevar por las ideas de su tiempo buscando solo pruebas fisicas y hechos comprobados por una filosofia entonces vulgar. La tradicion es un error; los hechos son inexactos y no hay mas contagios que el de los virus que los sentidos nos demuestran. La atmósfera, los cambios eléctricos son los que producen estos males. No refutaremos las ideas de este Profesor pero no podemos admitir los caracteres que quiere designar á las enfermedades contagiosas. Empero

somos de su modo de pensar sobre lo importantísimo que es, en el caso de una enfermedad comun, apurar si es ó no es contagiosa, para que ni falte ni se exceda en sus disposiciones la policía y pueda arreglar con acierto sus arbitrios. Pero esta misma idea ya la proclamó Stoll admitiendo el nó contagio de la peste y para cuyo practico únicamente la sifilis, la viruela, la sarna y el sarampion eran contagiosos. Las razones en que se funda no merecen discutirse porque se apoyan en la inoculacion, é ya hemos dicho en otra parte que si la viruela se inocula tambien puede comunicarse por intermedio atmosférico. Pero estas opiniones tan esclúsivas y que fueron admitidas con general aceptacion se modificaron tan pronto se vieron las consecuencias de su conformidad, y hoy dia las opiniones se inclinan mas á ver la posibilidad del contagio de muchas enfermedades en quienes se negara. Fijémonos en nuestra fiebre que es lo que mas nos interesa. Las observaciones del Dr. Haime, Médico de las epidemias de Tours insertas en los periódicos facultativos llevan á demostrar que la fiebre, ó su fiebre typhoidea puede adquirir el carácter contagioso pues que la enfermedad atacaba por familias y se trasmitia á los asistentes. Ni se puede alegar que este profesor haya confundído el typhus con la fiebre typhoidea porque el mismo asegura haberse presentado perfectamente caracterizada. Mr. Jubiot con motivo del typhus de Crimea nos hace una distincion que estamos lejos de admitir, porque es complicar el lenguaje de la ciencia, bastante complicado ya, pues nos asegura que el typhus es esencialmente infeccioso pero no contagioso. Sin disputa: hay una gran diferencia entre la sifilis contagiosa y el typhus que se trasmite de individuo á individuo, por

tenecen á las fiebres inflamatoria, gástrica mucosa etc. es preciso reconocer que no hay ninguna fiebre esencial llamada puerperal: parece nobstante que quiere fijar esta denominacion para la peritonitis que llama puerperal.

165. Vigarous dá mucha importancia á la calentura lactea siguiendo la opinion de Selle, Levret y Tissot que admitían como causa de esta fiebre el retroceso de la leche confundiendo á mi modo de ver el efecto con la causa, si bien admito la posibilidad de estos retrocesos. ¿Qué paridad puede haber entre la calentura láctea y la fiebre puerperal para que se las confunda distando tanto una de otra como dista la calentura de una pulmonía de un typhus? Ni basta para justificar esta opinion suponer con Grimaud, con Vigarous, con Battisti su transformacion en fiebres graves, epidémicas. La calentura lactea es un sintoma de la irritacion secretoria de las glandulas mamarias y ella no produce la verdadera fiebre á no ser que se complique con elementos esternos ó internos miasmáticos de septicidad: por esto Doublet reconoce una calentura simple, otra grave y otra complicada: por la misma razon algunos quisieron referir esta fiebre á las fiebres de Stoll; por esto Vigarous admite la puerperal gástrica biliosa, la pútrida, la pituitosa, y otra complicada con afeccion flogística, apesar de que tiene presente que Stoll considera en las paridas poca disposicion á la inflamacion, y describe en este caso una verdadera *metritis* que nada tiene que ver en su causa, en sus síntomas, ni en su patogenia con la fiebre puerperal, pues basta recorrer su sintomatológia para reconocer una entidad distinta: por esto, es enfin que unos hallaron el utero alterado, inflamado, y otros nó: claro es, porque eran males distintos. Nuestro Vigueras vé esto con gran claridad

cuando dice «no se observa en la clinica de las paridas calentura alguna sinó la lactea. Examinense sin preocupacion todas las descripciones históricas y se verán confundidas bajo la denominacion de calentura puerperal no solo el mayor número de afecciones que bajo el quimérico dictado de fiebres esenciales forman la escala piretológica, sinó tambien las flegmasias mas bien demarcadas de los diferentes aparatos de órganos.» Apesar de todo admite una *entero-gastritis* cuyos síntomas pertenecen á la verdadera fiebre con todos los fenómenos de adinamia y septicidad.

166. Nuestras ideas sobre la fiebre puerperal se van á fijar en dos consideraciones importantes; es una fiebre ó una calentura ó ambas cosas. La fiebre puerperal es aun hoy el obgeto de interminables disputas. Arrastrados algunos médicos prácticos por su parecido con las fiebres esenciales la colocaron entre estas: notando otros sus caractéres flogísticos figuró entre las inflamaciones, y á la verdad ambos tienen razon, y la anatomía patológica lo prueba tambien. O es una fiebre esencial que debe comprenderse en la palabra, y artículo *fiebre*, ó una metritis, una peritonitis con calentura. Dos cosas son estas bien diferentes y bien contradictorias, pero sin disputa es las dos cosas lo que los AA. comprendieron por esta palabra. Odier vé en la fiebre puerperal la inflamacion del peritoneo, y sus anexos (peritonitis, metritis): Pinel cree impropia esta denominacion de fiebre puerperal, y admite su localizacion en el peritoneo acompañada de úna fiebre (calentura) sintomática. Efectivamente la inflamacion peritoneal, ovárica, uterina con calentura no merece el nombre de fiebre puerperal. ¿En qué consistirá este error? ¿Por qué, como el mismo dice, unos dan este nombre á la flegmasia del utero, otros

á la del peritoneo, otros á una fiebre adinámica, ó inflamatoria, ó gástrica, ó atáxica, y á otros males que vienen despues del parto? ¿Porque esta confusion de tanta consecuencia? ¿De donde proviene el interés que inspiran hoy dia y desde 1858 las cèlebres sesiones de la academia imperial de Paris en las que se discute sobre la fiebre puerperal tomando parte las mas notables reputaciones? «La academia de medicina, dice Mr. Pidoux, está dividida en dos campos en la discusion sobre la fiebre puerperal; el campo de los *generalizadores*, y el campo de los *localizadores*, de los *outologistas* y de los *anatómicos*.» Cree este eminente Profesor que ambos campos pueden avenirse, y reclama para resolver la cuestion, no solo los hechos clinicos sino las luces de la fisiologia: apesar de estos dos grandes elementos no la resuelve á nuestro gusto: nobstante merece se le oiga en una materia de tanta importancia y que la tratemos con alguna detencion por la oscuridad que presenta, y por el interés que tiene.

167. Nosotros vemos como Mr. Charrier, «que la falta de lesiones locales muchas veces, la rapidez de mortales terminaciones otras, es una razon suficiente para admitir la existencia de una fiebre esencial prexistente á todas las lesiones locales, que puede producir, sin depender de ellas.» Pero otros creyeron reconocer su naturaleza piohemica, y otros una flebitis uterina. Broussais admitía la peritonitis producida por la exalacion lactea. Bouillaud dice que «la flebitis uterina es en efecto una de las causas mas comunes y la mas poderosa de esta fiebre *puerperal* que desde luego inflamatoria reviste *muy prontamente* la forma typhoidea si no se la detiene en su marcha, y si falsamente se la refiere à las fiebres esenciales por ciertos autores, ya combatidos

por el mismo Pinel, el cual nobstante no conocía aun mas que la peritonitis puerperal.» En estas palabras tenemos que apoyar nuestra idea sobre esta cuestion, y no las olvidemos, pero las que siguen son de tal importancia práctica que no podemos menos de copiarlas. «La *peritonitis*, la *metritis*, la *lynfangitis uterina*, la *flegmasia* del tegido celular de la pelvis, la *inflamacion* de los músculos iliaco y psoas, gozan tambien un papel importante en el desarrollo de esta fiebre, y no es raro ver coincidir una ó muchas de estas flegmasias con la *flebitis* uterina. Es dificil, durante la vida, el dar una justa parte á cada una de estas enfermedades en la produccion de los accidentes locales y generales que se observan. Nobstante se reconocerá facilmente la peritonitis en la existencia de dolores mas ó menos vivos y en los signos fisicos de un derramen abdominal. Cuando la flebitis ó la lynfangitis uterina existen solas ó bien con la metritis no se observa *algun dolor notable*: no sucede lo mismo cuando hay un flegmon en el tegido celular de la pelvis: éste está efectivamente acompañado de un dolor vivo, mas ó menos profundo que ocupa la region del tegido celular inflamado.» ¿Qué pensaremos de la definicion de Valleix? «La calentura puerperal, dice, es una enfermedad general, aguda y febril que sobreviene en las mugeres durante el puerperio y que dá lugar á lesiones anatómicas variables y algunas veces á ninguna.» ¿Nos dice algo esta definicion? ¿No es vaga é indeterminada? ¿Puede haber enfermedad sin lesion anatómica? Para nosotros nó: ¿de qué muere sino la enferma si no tiene lesion en el organismo y pues que esta lesion no puede dejar de ser anatómica? Valleix conocía bien las opiniones de Voillevier, de Cruveilhier, de Bou-

chut, pero acaso no es justo con los antiguos que la consideraron en su etiologia de un modo muy racional, como diremos luego. Algun tanto confuso hallamos á este Profesor, y si bien parece haber querido distinguir la fiebre puerperal de la peritonitis y de la metritis al fin en la sintomatologia las confunde, y en el tratamiento parece optar por la opinion, que critica, de los que vén en esta enfermedad una simple peritonitis, una flebitis, una metritis, pues que las evacuaciones de sangre, los emolientes, las fricciones mercuriales, los vomitivos, los purgantes y el opio solo pueden estar indicados en aquellas flegmasias, y jamás en las verdaderas fiebres puerperales: de aqui se infiere que ha seguido confundiendo la fiebre puerperal que llama tiphoidea con las inflamaciones locales que no pueden, que no deben llevar este nombre á no querer introducir una lamentable confusion.

168. Los científicos debates de la Academia con este motivo de la fiebre puerperal en las que tomaron parte profesores muy eminentes constituyen la historia actual de esta enfermedad. Mr. Beau ha espuesto las dos opiniones más comunes sobre esta enfermedad que los unos vieron como una flegmasia y con mas frecuencia una peritonitis y los otros como una fiebre esencial. Mr. Depaul admite la fiebre pero Mr. Beau la considera como una flegmasia, peculiar de la muger parida que se halla bajo la influencia de una diatésis flegmasica que aunque latente se manifiesta cuando coincide con una constitucion atmosférica ó epidémica. Yo veo esta cuestion bajo un aspecto muy diverso: veo la muger predispuesta á inflamaciones abdominales; y la veo muy espuesta en medio de sus circunstancias á enfermedades infecciosas esporádicas ó epidémicas y por lo

mismo ni tenemos cuestion generalizadora ni cuestion localizadora, y aun mismo tiempo podemos ver ambas cosas y de esta misma manera tenemos contagio y no contagio en esa enfermedad en la que causas muy variadas en que se halla la muger pueden dar lugar á estados muy diversos. Mr. Pidoux que con este motivo desenvuelve todo un sistema médico vé la fiebre puerperal como un ser que nace, vive y muere reproduciéndose por su grano ó semilla como todas las otras especies. No hay otra cosa que hacer que tomar precauciones para sembrar lo menos posible porque solo asi nace y se perpetúa, y en efecto ella no se produce, no se forma, no puede reproducirse: ella existe, ved aquí su etiológia...... Bellisimas son las ideas de Pidoux, muy filosóficas sus consideraciones, pero no sacamos de ellas todas las ventajas que desearíamos. Establece nobstante este respetable profesor un hecho que admitimos con todas sus consecuencias. Las circunstancias que rodean á la muger en nuestros hospitales fuera de los tiempos de epidemia, pero siempre en un local en que se hallan aglomeradas y de infeccion nosocomial por las enfermedades puerperales desarrollan en las clinicas, las febri-flegmasias, afecciones agudas que tienen un medio entre las pirexias declaradas y las flegmasias primitivas. En estas enfermedades es dificil decir si la enfermedad ha comenzado por una fiebre seguida de flegmasia ó por flegmasias seguidas de fiebre. La afeccion general y las afecciones locales se han presentado casi á un tiempo de tal suerte que no se debe colocar entre las flegmasias ó entre las fiebres y que parececen formar y forman en efecto el tránsito de unas á otras...... Por tanto es evidente que bajo de estas tres series de enfermedades puerperales, fiebres primitivas mas ó

menos graves con ó sin flegmasias consecutivas, flegmasias puerperales primitivas con afeccion del sistema ó fiebre mas ó menos grave, febri-flegmasias guardando un medio por la naturaleza de sus síntomas, de las alteraciones de los tegidos y de la sangre como por su gravedad entre los órdenes precedentes; es evidente, digo, que bajo todas estas afecciones determinadas ó bien formadas y antes de ellas existe un estado mórbido general.» En estas palabras de Mr. Pidoux pudiéramos apoyar nuestro pensamiento de distinguir la fiebre puerperal de la calentura puerperal. El profesor Pellizari de la Escuela de Florencia sostiene que la fiebre puerperal no es ordinariamente en su esencia mas que una infeccion purulenta. Mr. Behier sienta como proposicion general una verdad que para mi es un axioma. «Los accidentes observados en las mugeres en puerperio no son de un orígen especial sin analogos en la patológia, pues ellos son perfectamente esplicados por las leyes aplicables á otras afecciones, no puerperales y que la fiebre puerperal, no existe como enfermedad distinta, y esencial.» Tiene razon y nosotros no podemos menos de admitir dos cosas en la muger puerpera, inflamaciones ó irritaciones locales con ó sin calentura, y infeccion esporádica propia del estado de puerperio; pero además estan muy predispuestas à las enfermedades generales epidémicas, estacionales, ó consecuencias de mal régimen, escesos etc. De manera que las primeras son las que se llamaron fiebre puerperal, las segundas las padecen las mugeres en este estado como cualquier otro y por consiguiente no merecen llamarse puerperales.

169. Veamos ahora despues de haber reconocido el campo de los localízadores y de los generalizadores como de-

bemos pensar en materia de tanto interés. Mil causas, mil circunstancias debidas al parto en su modo, en su retardo ó escesiva rapidez; la falta de precauciones, los escesos, el sufrimiento, y estados constitucionales diversos, pueden producir la inflamacion del peritoneo con intensa calentura, reclamando el plan antiflogístico, siguiendo la marcha de una verdadera inflamacion, con los síntomas de las flogosis serosas y terminando como ellas. Á esta enfermedad no se la puede llamar *fiebre puerperal*, sino *peritonitis*. Puede ser el utero la viscera inflamada por maniobras del parto, por rapidez de este acto, ó su retardo, por supresion de los loquios y será una *metritis* con todos los caractéres de la inflamacion de esta viscera. Puede haber una *metro-peritonitis*. Puede presentarse un flegmon en la pelvis, del que hemos tenido hace poco un ejemplo bien notable que por fortuna fué bastante superficial, pero en todos estos casos no es la fiebre puerperal, y los síntomas y terminaciones confirmadas por la anatomía patológica no demuestran mas que una flegmasia.

170. Ya Hipócrates en su libro de *morbis mulierum*, y nuestro Luis Mercado en su obra sobre el mismo objeto, veían dos cosas muy diferentes en la fiebre puerperal, pues unas veces provenía de *humores putrescentes* en el utero, y otras la fiebre aguda consiste en *lesion del utero por parto laborioso*. El utero es el centro de una secrecion patológica manifestada por la evacuacion loquial: secrecion depuratoria, de malas cualidades, y con tendencia á la descomposicion séptica. Irritado naturalmente su superficie interna puede efectuarse alli una absorcion miasmática cuando los loquios no fluyen, ó coágulos de sangre obstruyen el cuello uterino, ó bien por un estado espe-

cial de este órgano. Entonces se presentan los fenómenos, que si bien son reaccionarios al principio sin poder localizarse, aparece luego el periodo typhoideo. Hé aqui los casos de Bouillaud en los que no se observa dolor notable. Hé aqui tambien el caso de fiebre puerperal con la iniciacion inflamatoria pero que reviste muy prontamente la forma typhoidea. Observénse los síntomas: abatimiento, postracion, pequeñez de pulso, secreciones, fétidas, lector en los dientes, meteorismo y todos los mas graves fenómenos de la fiebre typhoidea, séptica ó taxica. Cuando supura el peritoneo los sintomas lo indican, y la intoxicacion pyohémica se deja reconocer luego. Las venas pueden supurar, pueden hallarse, como los linfáticos modificadas en su modo de ser, y esto puede suceder en la peritonitis por comunicacion, ó por la presencia del pus, y la fiebre puerperal por la presencia de los humores que absorven estos vasos linfáticos y estas venas. En la *peritonitis*, *metritis*, *ovaritis*, *lynfangitis ó flebitis* (si estas últimas pueden existir independientes) las lesiones cadavérieas son, y deben ser notables y determinadas, y que el médico puede adivinar facilmente; pero en la verdadera *fiebre puerperal*, *fiebre esencial* por causa interna, las lesiones que el escalpel puede hallar ó son nulas ó secundarias, como lo cree Charrier, como lo vé Valleix.

171. Me he detenido sobre esta materia porque es muy grave. El que sapone en la *fiebre puerperal* una inflamacion, sangra con esceso, con peligro de la enferma, y el periodo typhoideo se viene encima rápidamente y grave. El que en las enfermedades de la muger parida vé siempre la fiebre puerperal typhoidea, y no reconoce en muchos casos la verdadera peritonitis, yerra tambien con gra-

ve riesgo. Por consiguiente, como veremos al tratar de la *therapéutica* de la fiebre, la primera cosa que el médico debe hacer es resolver este problema; ¿tiene la muger una inflamacion verdadera del peritoneo, de la matriz, del ovario ó de sus anexos, ó está iniciándose una fiebre puerperal? Las causas y los síntomas nos resolverán esta cuestion con claridad si no somos esclusivistas: los síntomas de la metritis, de la peritonitis, de la ovaritis son conocidos de todos igualmente que los de la typhoidea.

172. No se crea apesar de lo dicho que la intoxicacion typhoidea y la peritonitis, no pueden hallarse aparentemente reunidas: no. Y digo aparentemente porque la peritonitis, como la metritis, consecutivas á la intoxicacion typhoidea nunca tienen el verdadero carácter flogístico, nunca se curan con la sangría y las sanguijuelas: son estados congestivos aparentemente flogísticos. Asi hemos visto en la fiebre estados gástricos, y cerebrales y pulmonales que no son inflamaciones, y si se les quisiese dar este nombre serían tambien typhoideas, específicas, que reclamarían el plan que reclama la enfermedad que las produce. Alguna vez, y esto no deja de ser raro, despues de marcadas peritonitis se presenta el estado typhoideo, que puede ser infeccion purulenta, ó miasmática secundaria, estado que se suele confundir con el estado grave de aplanamiento que indica la fatal terminacion de todas las inflamaciones viscerales, pero que la marcha y síntomas de la enfermedad nos revelan pronto. Enfin, deduzcamos algunas consecuencias de sumo interes. 1.ª La muger puerpera puede padecer inflamaciones del utero, del peritoneo, como puede padecer una pneumonitis, ó una enteritis, nobstante aquellas son muy frecuentes por la predisposicion morbosa de aquellas

visceras. 2.ª La muger puede ser acometida de una fiebre typhoidea por una causa deleterea engendrada en su cavidad uterina (typhoidea esporádica). 3.ª Esta typhoidea puede llegar à ser contagiosa cuando adquiera un grave caracter, y es muy espuesto y muy de recelar sobre todo este hecho en las salas de parturientas que tienen disposicion á este estado séptico por su estado. He aqui las epidemias de las salas de puerperio de que se nos hace relacion. 4.ª La muger puerpera puede ser acometida de una typhoidea reinante endémica ó epidémica, y á la que está muy predispuesta. Y he aqui que todos tienen razon cuando se llama fiebre puerperal á estados tan distintos: los localizadores la tienen tratándose de la metritis, de la peritonitis, de la ovaritis ó flebitis puerperal y están bien apoyados en la anatomía patológica: los generalizadores la tienen, sin merecer el dictado que se les dá de ontologos pues que no ven una abstraccion, ven un hecho tan real como los localizadores, estudiando la typhoidea, que desde luego se concibe traerá algunos fenómenos uterinos, pues, sea este ó no el foco de infeccion se resiente por el estado en que se encuentra, pues que afectándose en la fiebre todo el organismo no puede el útero dejar de ser una de las partes que mas se interese. Concluyamos con nuestros razonamientos que hemos necesitado hacer para la resolucion clara, terminante y filosófica de este problema patológico, y que debe ser nuestra guia en la práctica.

173. *Fiebre héctica, lenta, pyohémica.*=Voy á decir tambien dos palabras sobre la fiebre lenta dando este nombre á la aceleracion del pulso con mayor ó menor calor, y demacracion, dependiente de la absorcion purulenta. Esta fiebre se distingue por su marcha lenta y por los sim-

ples fenómenos de estenuacion, diarrea, y sudores colicuativos, con mas los síntomas que indican el punto ó foco en donde se elabora la supuracion. Se le debe conservar la denominacion de fiebre porque realmente tiene la patogenia de la fiebre, si bien la intoxicacion es de *pus*, producto orgánico menos toxico que el producido por la descomposicion esterior ó interior de moléculas vegetales ó animales que fueron orgánicas. Hé observado en algunas supuraciones pulmonales la marcha rápida de las typhoideas protractas, y aun no hace mucho tiempo hé visto con otros profesores á un jóven que con una afeccion antigua pulmonal se le presentó un estado agudo con todos los caractéres de la fiebre typhoidea que en 23 dias lo llevó al sepulcro. Esta clase de enfermedad es la que fué llamada por algunos AA. la tisis aguda, que por lo comun se vé en jóvenes de nervioso temperamento, y de mas ó menos antigüedad de mal, si bien al desarrollarse y fijarse la fiebre lenta toma el caracter agudo. La causa de esta forma poco frecuente es, ó puede ser la intoxicacion purulenta afectando al sistema nervioso, ó la mala cualidad del pus reabsorvido: pero siempre será una fiebre pyohémica. Las ideas de Bouillaud sobre la supuracion arterial ya las hemos visto refutadas, ó á lo menos puestas muy en duda por otras celebridades médicas y á la verdad yo no he visto jamás fiebre alguna pyohémica que pudiese atribuir á esta lesion de las arterias. Lo que es cierto es que las verdaderas fiebres lentas son como el término medio entre la calentura y la fiebre: son bajo un aspecto irritaciones del sistema circulatorio por lesion de un órgano: son, bajo otro, irritaciones de un carácter especial sometidas á la influencia de un agente estraño en circulacion: merece, pues,

el nombre de calentura por su orígen y de fiebre por su causa patogénica. Tampoco es exacto el llamarla sintomática, porque no lo es: mucha diferencia hay de una calentura sintomática en una indigestion, en una pneumonitis, en un panadizo á la fiebre lenta de supuracion, que produce una caquexia purulenta. Dos cosas debemos reconocer en la fiebre lenta, 1.° el òrgano que supura; 2.° La reabsorcion del pus conduciendo una intoxicacion, que constituye, una fiebre secundaria. Por esta causa el que intenta curar la fiebre lenta por los febri-fugos gasta el tiempo en vano, si no se dirige al órgano afectado. Creo que esta *fiebre* merece mejor este nombre que el de *calentura* porque el estado circulatorio es la consecuencia, no de simpáticas relaciones, sino de la accion anormal que ejerce sobre el corazon y las arterias el pus absorvido y en circulacion: pudiéramos llamarla *fiebre lenta secundaria*, porque parte la causa que la motiva de un órgano afectado. El pus es un producto semi-orgánico, por decirlo asi, en el que se ven elementos de elaboracion y de organizacion: por consiguiente no es tan estraño al organismo como los miasmas productos de la descomposicion orgánica séptica: he aqui porque se limita su accion á escitar al organismo como un elemento inasimilable que inutiliza la secrecion nutritiva; de aqui la irritacion circulatoria y la estenuacion.

174. Las observaciones y estudios hechos en este siglo por Vogel, Andral, Piorry, Fleury y tantos otros ilustres profesores no han dejado la menor duda sobre la existencia de la caquexia purulenta, única capaz de producir la fiebre lenta y nos extralimitaríamos de nuestro objeto si quisiésemos entrar en el estudio razonado de una enfermedad que no entra en nuestro plan porque igualmente reclama-

rian entonces un lugar todas las afecciones locales capaces de producir trastornos en el sistema circulatorio. Para mí las cuestiones sobre la absorcion purulenta están resueltas desde que se ha probado por Magendi la absorcion venosa y bajo esta consideracion puede verse con Cruveilhier el importante papel de este sistema en la fiebre piogénica. ¿Habrá acaso en los tegidos supurados una flebitis de sus venas que presida la absorcion, ó supuraron ellas mismas? Esta absorcion es un hecho: otro hecho es los trastornos generales de circulacion y nutricion que ella produce. El órgano de que procede es lo que debe llamar la atencion del Médico que no tiene otros recursos para contener la caquexia que dirigirse al foco de donde parte. En vano son todos los planes: inútiles los antitípicos: la fiebre y la estenuacion llevarán al enfermo al sepulcro en medio de la caquexia purulenta, si antes el órgano afectado no se declaró incompatible con la vida.

175. *Fiebres intermitentes.*=No quiero dejar un vacío en mi piretologia. El estudio de las fiebres intermitentes es tan antiguo como la ciencia, pues que todos los que escribieron sobre la medicina práctica en las diversas épocas de nuestra historia trataron de estas enfermedades. Pudiera yo prescindir de este artículo porque las conocemos ya en su etiológia y en su patogenia: son intoxicaciones paludianas, cuya accion se ejerce muy especialmente sobre el sistema nervioso, y por esta causa muchos vieron al cólera y aun á la fiebre amarilla como intermitentes perniciosas. Mr. Hugon que divide las fiebres en *periódicas, semi-periódicas y permanentes* cree que las continuas son todas mas profundamente orgánicas, mientras que las intermitentes lo son menos y parecen mas bien depender de la lesion de la potencia

nerviosa. En estas enfermedades, sobre las que me seria muy fácil aglomerar opiniones é hipotesis desde Hipócrates hasta Broussais, porque estos dos hombres de la ciencia representarían los generalizadores y localizadores y aun tambien el humorismo y solidismo en esta parte de la patológia; en estas enfermedades, digo, tenemos que reconocer algunas cosas de grande importancia: 1.ª La existencia de la intoxicacion vegetal, paludiana, llevando al organismo su accion capaz de producir una caquexia: 2.ª La accion activa de esta misma causa obrando sobre el sistema nervioso, ó sobre el centro raquidiano dando orígen al espasmo general en el sistema sensible y circulatorio, anunciado por el período de algidez: 3.ª La reaccion de todos los sistemas que habian cedido á la influencia de esta causa, constituyendo el periodo de calentura: 4.ª La disminucion graduada de este período y su terminacion por el sudor general. Unicamente el período algido pertenece á la enfermedad que el organismo vence en seguida, pero no con todas las ventajas de un verdadero triunfo porque el enemigo embiste nuevamente con igual intensidad: ¿Donde está-donde se esconde-y luego cuando responde-quien le enseñó la posada? Este problema que presenta un célebre médico español, no está resuelto, ni se resolverá jamás aun cuando se recurra á influencias atmosféricas, á influencias solares, ó astrales, ó á determinaciones eléctricas. Yo creo que si alguna esplicacion puede tener el hecho intermitente es la que se deduce de la reaccion que se levanta y anula el espasmo sin destruir su agente, que á su vez vuelve al ataque para ser nuevamente vencido, pero cuyos esfuerzos orgánicos no suelen bastar sinó en las muy benignas intermitentes como en las de primavera en las que ob-

servó Hipócrates son vencidas por completo en siete reacciones por la sola naturaleza. La causa paludiana ejerce su influencia como el frio: obra sobre los nervios; vienen las horripilaciones, se espasmodizan los capilares perifericos, la palidez lo anuncia como igualmente el color amoratado de los sitios menos caloríficos, como los estremos, las uñas, el estremo de la nariz, etc. é instintivamente recogemos nuestro cuerpo ál mas pequeño volumen posible para auxiliar la circulacion, para que las cavidades nos fomenten con su calor: esto hacemos cuando tenemos frio, pero despues de él viene el calor. Asi se porta la causa paludiana obrando en nuestro organismo, circulando con nuestros humores, y produciendo á la larga una alteracion notable y permanente en la organizacion, la *caquexia paludiana*, que dá un sello especial hasta á la fisonomia que constituye lo que vulgarmente se llama, *cara de terciana.*

176. Parece á muchos que la fiebre intermitente és de los males mas bien comprendidos, pero no es asi porque acaso presenta mas dificultad para satisfactorias esplicaciones, por cuya razon decía José Frank que era muy dificil su historia y que cada paroxismo representaba una calentura continua. Es bien cierto que Hildembrand suponía muy fácil su conocimiento, pero entre esto y llevar à la práctica la aclaracion de sus fenómenos hay gran diferencia, y por esto tenia razon Rostan en decir que las fiebres intermitentes fueran hasta aqui el escollo de la medicina orgánica, y parece que intentando rechazar la idea flegmásica en ellas contra Broussais, se inclina á la escuela humorista pues que concluye diciendo que la accion de esta causa se egerce desde luego sobre los fluidos del organismo. Esta accion no se ejerce sobre los fluidos ni

sobre los sólidos, ni sobre los humores, se ejerce sobre el organismo del que son elementos constituyentes: por esto dige en otra parte que soy mas organicista que Rostan, véase la parte histórica hablando del organicismo y del vitalismo. És una unánime opinion la de Frank, de Rostan y de Bouillaud «la intermitencia de las fiebres con sus tipos diversos constituye aun hoy dia uno de los mas profundos misterios de la medicina.» Lo cierto es que los fisiologistas y los químicos y los médicos, que llevaron el razonamiento y la experiencia á este campo, no hicieron mas que cubrirlo de oscuridad sin dar un paso importante en esta materia. Ni conocemos la naturaleza del miasma cenagoso ó paludiano, apesar de los estudios de químicos respetables, como no conocemos el miasma séptico; ni sabemos como ejerce su accion periódica, á veces tan exactamente prefijada; pero sabemos que existe y que especie de lesion produce; porque por mas que Willis la quiera buscar en la fermentacion, Broussais en la irritacion gastro-intestinal, Andovard y Piorry en la congestion del bazo, yo pienso con Mr. Boudin antes de haber sabido su opinion; quiero decir, veo en los paroxismos una causa que obra sobre el organismo, que desenvuelve su accion, que se fija especialmente sobre el sistema nervioso ganglionar, que se vence por la reaccion y se acalla para volver á obrar; y cuya causa, cuando es activamente fuerte, obra constantemente y produce la fiebre remitente ó continua: «los diversos tipos de estas fiebres, dice, desde la de mayor intérvalo hasta la continua, deben ser considerados como la espresion de una intoxicacion progresivamente creciente del miasma *pyretogenesico*; intoxicacion cuyo grado mas elevado corresponde, suponiendo igual la re-

sistencia del organismo, á la mas completa continuidad, á la manera que la mas débil determina accidentes mórbidos los mas distantes, los mas intermitentes.» No se puede pasar de aqui y el intentar buscar la causa diferencial de la cotidiana, terciana, cuartana, quintana, terciana, y cuartana doble etc.; lo mismo que la investigacion de la constante y fija periodicidad, es lo mismo que buscar el por qué cada vegetal florece en una época fija y determinada, en invierno unos y otros en el estio, cuando es ley general que el calor fomenta la vegetacion. No me detendré mas sobre esto, ni citaré mas opiniones porque todas se reducirian á las ya espuestas, y veriamos confundir los efectos con la causa, y la accion local miasmática con la causa de la periodicidad como ha sucedido á Bailly, á Frank, y al mismo Testa apesar de sus grandes miras sobre la periodicidad que atribuye á influencias astrales y atmosféricas pero, sin duda bajo de otras bases de lo que lo hicieran los antiguos astrólogos, que con tanto vigor combatieron nuestro Gaspar de los Reyes y nuestro Carmona. Nobstante modernamente no faltó quien hubiese reconocido las influencias astrales y climatéricas sobre las enfermedades, como no solo se infiere de algunas observaciones de Sydenhan, de Ramazzini, de Baillou, pero cuyas circunstancias parecen mas bien referirse al curso regular ó irregular de las estaciones, y à las variaciones solares diversas, que á la influencia de los planetas. Pero las intermitentes invaden á todas horas y no respetan el sol de Oriente ni el de medio dia. Si alguna esplicacion puede tener este hecho sería el reconocimiento de las leyes marcadas de la evolucion de los gérmenes y del periodo de incubacion de los virus y de los miasmas, leyes que se

observan y que en su causa final no se esplican porque son emanadas de la esencia íntima de la naturaleza de los cuerpos. La periodicidad en ciertos hechos representa la edad en ciertos cuerpos: todas nuestras funciones están sujetas á ella. Los miasmas palustres vencidos, pero no destruidos, se reponen, vuelven á su actividad despues de cierto tiempo, y segun es su energía la recobran mas pronto; de aquí la cotidiana, la terciana y la cuartana, sin que niegue yo por esto la influencia que pueda tener en ello la accion solar. La opinion de Burdel manifestada en su reciente obra sobre las fiebres paludianas no deja de presentar novedad. No cree que exista miasma palustre ni que esté formado de materias orgánicas suspendidas en el aire, sino por un fluido particular emanado de la tierra en donde se produce una accion electro-química especial bajo la influencia del calor del sol. Siendo el ozono ó oxígeno electrizado la manifestacion eléctrica del aire ha estudiado las menores variaciones eléctricas producidas en la atmosfera paludiana que era objeto de sus observaciones y deduce la necesidad de ciertos elementos geológicos especiales, como son los terrenos neptunianos, y sobre todo los terciarios, en los que predomina la arcilla, sea pura, sea mezclada á la silice, á la cal ó á la greda. No lo dudamos; la clase geológica del suelo por donde pasen rios ó se hallen pantanos, puede contribuir al desarrollo miasmático paludiano: en esto como en el miasma séptico resta aun un gran vacío que llenar. Por mas que Mr. Burdel proteste contra la intoxicacion paludiana para establecer su *influencia teluria,* un lógico raciocinio nos hace ver en esta influencia el miasma paludiano. ¿Cual es sino esa influencia que solo se ejerce al borde de comarcas cenagosas? Si esa influen-

cia es capaz de desprender un agente toxico ó agente telurio, ese es nuestro miasma. Si esa influencia no es mas que la acion de circunstancias geognosicas atmosféricas ¿por qué son necesarias ciertas topografias paludianas para producir la intermitente que destierra la sequía de los pantanos?

177. Apesar de todas las esplicaciones vemos que las horas de invasion de las intermitentes son muy variadas, aun cuando por lo regular invaden por la mañana á diversas horas, menos por la tarde y menos aun por la noche, y sin duda podemos creer que el calor y la influencia del sol dispiertan la accion miasmática, que comunmente se introduce en el organismo despues de puesto este astro y antes de aparecer en Oriente, hora en la que los efluvios miasmáticos elevados durante el dia en la atmósfera se precipitan en la mayor refrigeracion de la capa de aire que rodea la localidad hasta cierta altura: pero no es cierto lo que dice Frank que se desprenda de los pantanos con el rocío; se desprenden por la accion del sol, y se precipitan ó caen sobre la tierra con el rocío de la noche.

178. Tampoco discutiremos la opinion de Piorry que hace jugar al bazo una importancia casi esclusiva, pues que sobre esta víscera obra el miasma; de allí parten los fenomenos y sobre él obran los remedios. Todas sus observaciones y esperimentos por la medicion diamétrica, la palpacion y la percusion tan solo prueban que en las intermitentes se afecta esta víscera, pero basta hacernos cargo de sus especiales funciones, como órgano de circulacion, como un diverticulo de la sangre, como un depósito en reserva de la circulacion gastro-hepatica, y acaso elaborador y preparador; basta, digo, reconocer fisiologicamente

las relaciones de esta entraña para esplicar el aumento de su volúmen, sus infartos, sus hipertrafias y sus degeneraciones, como consecuencia de las intermitentes prolongadas. Por esto Mr. Bouillaud no hallaba lesion esplenica en las intermitentes recientes: asi lo hago observar todos los dias á mis discipulos en la sala clínica, y asi lo dicta la razon y la experiencia. Espliquemos los infartos del bazo y del higado y nos convenceremos de lo que debe suceder, que es lo que realmente acontece. En el periodo algido la sangre se reconcentra al interior porque el sistema capilar periférico interrumpe en parte su círculo: la sangre no marcha á la auricula derecha que la vena caba contendría con dificultad y daría lugar á congestiones; se reconcentra en las visceras abdominales y muy especialmente en el higado y en el bazo; visceras que la vuelven luego á la circulacion general tan pronto la reaccion se presenta y se restablece el circulo. En el periodo de que tratamos suelen verse abultados los hipocondrios y quejarse de ellos los enfermos, pero es por la razon dicha: pasado este periodo nada se observa ni en el bazo, ni en el higado. Pero si se repite muchas veces la accion, el bazo, y aun el higado se resienten del estado congestivo, se hipertrofian, y vienen las obstruciones, como decían los antiguos, de estas visceras, sus induraciones y aun la cirrhoris, que son un efecto y no una causa. Burdel, bajo otro aspecto da mucha importancia al higado. El desacuerdo entre los nervios cerebro-espinales y los ganglionales; la produccion del azucar diabetico, ó la accion glycogenica del higado, son bellos pensamientos que ni la lógica ni la experiencia rechazan en el mero hecho de ver en la glycosuria un efecto nervioso ganglional pues que reconocemos que la causa espe-

cifica obra sobre este sistema y todas las consecuencias de su alteracion pueden ser logicamente admitidas: los nervios son sin duda, los agentes de la periocidad, y de estos cambios elementales de secrecion. Acaso estos trabajos puedan un dia ilustrar muchas cuestiones en estos males. Mucho pudiera decir sobre esto y sobre las anasarcas y las ascitis que son su fatal consecuencia, pero para limitarme, en lo posible, tan solo á lo muy preciso, prefiero deducir al final algunas proposiciones de notable importancia.

179. ¿Existen intermitentes que no reconocen causa paludiana y que por lo mismo deban tener otra etiologia, otra patogenia y otra therapéutica? No, por mas que Mr. Bouillaud admita, si bien con desconfianza, esta idea. En tantos años de práctica en un gran hospital nunca hallé una intermitente en que no pudiese reconocer la causa paludiana, y siempre he visto la enfermedad identica, y con identica seguridad obrar el específico admitido contra esta enfermedad. Pienso en esto como Monneret, como Boudin, como Brachet y asi pensaba muy antes de haber leido á unos y conocer la opinion de los otros. No hallo un absurdo en admitir que asi como la causa séptica de la fiebre puede desarrollarse en el interior de nuestro organismo y muy especialmente del tubo intestinal, así pudiera desenvolverse el miasma, ó efluvio paludiano, que no es mas que consecuencia de la putrefaccion vegetal, pero en este caso la causa es idéntica y todo lo mismo: nobstante no tengo un solo hecho que lo apoye, y esto me hace creer que la produccion séptica que dá lugar á los miasmas paludianos no tiene lugar en el organismo, sin duda porque se constituiría en una septicidad animal que produjera una fiebre continua. Lo repito; lo que no se opone á la

razon no es un absurdo: pero lo que la razon no dice ni demuestra la práctica no puede admitirse. Son, pues, verdades evidentes las siguientes proposiciones deducidas de la razon y de la experiencia.

1.ª Las intermitentes son debidas á una intoxicacion palustre, bajo influencias atmosféricas.

2.ª Cuando obra por mucho tiempo produce la caquexia paludiana en la que todo el organismo sufre con ó sin paroxismos.

3.ª En las intermitentes recientes la causa no hace mas que obrar sobre el sistema nervioso produciendo la accesion; este primer efecto causa un espasmo sobre este sistema y el circulatorio.

4.ª La innervacion que se interrumpe y la circulacion que se concentra dan origen á la refrigeracion, al estado algido, que se vence por la reaccion orgánica, y se termina por el sudor.

5.ª Puede curarse la intermitente, y subsistir la caquexia.

6.ª Las intermitentes prolongadas producen los infartos del bazo y del higado que subsisten curadas ya las intermitentes.

7.ª Estos infartos dan origen á congestiones serosas abdominales y á hidropesías graves.

8.ª Las hipertrofias esplenica y hepatica, y las ascitis se curan mas facilmente subsistiendo la intermitente accesional que despues de curada ésta.

9.ª La imposibilidad muchas veces de curar las lesiones del higado y del bazo hace mortales las hidropesías.

10. Las lesiones viscerales son la consecuencia, y no la causa de las intermitentes.

11. Estas lesiones ceden al plan curativo de las intermitentes si estas subsisten: es ineficaz cuando los paroxismos desaparecieron.

12. La caquexia paludiana no se cura con los autitipicos: todo el organismo se afectó y el elemento fibrina se rebaja como el elemento globulos.

13. En las intermitentes que aun no han producido la caquexia la cifra globulos es la sensiblemente disminuida.

14. Desde el descubrimiento de la quina todos los demas remedios cayeron en desuso: estos eran los amargos y aun los escitantes mas intensos.

15. El sulfato de quinina reemplazó tambien á la quina y á los electuarios (1).

16. Es un abuso el comenzar la curacion por un emético á no estar seguros de la existencia de la saburra gastrica: el mejor preparativo es la dieta y la dilucion.

17. Nunca convienen los purgantes ní al principio ni al fin. Curada la intermitente un purgante dado en la convalescencia la hace renacer.

18. El arseniato de potasa y el arsénico recomendado por el Dr. Schubert en las intermitentes crónicas con infartos y hidropesia no es tan eficaz como el sulfato de

---

(1) Jamás he visto la infidelidad de este remedio; pero debe procurarse su buena calidad. Su administracion debe ser en forma pilular con otro estracto amargo y alguna pequeña cantidad de acibar. Su dosis debe ser de 12, 16, y 24 granos en las 24 horas tomado tres veces al dia. Se continuará hasta faltar dos accesiones, y despues se disminuirá la dósis progresivamente. Mala fórmula es la de jarave y la de liquido porque ni se administra en dosis suficiente, ni el enfermo tiene constancia por su sabor ingrato. Por lo regular se suspende asi que falta un paroxismo: de aqui las recaidas porque el mal no queda bien curado.

quinina: se administra en disolucion comenzando por la vigésima parte de grano hasta la octava parte.

19. El eter quinico inventado por Maneti debe ensayarse en los casos de dificultad de la deglucion. Los anastésicos fueron ensayados por Mr. Bonnafont.

20. Tampoco merecen mas confianza el metonuro de potasa indicado por Liebig y ensayado por Seitz, ni el carbozotato de potasa, ni el sulfato de cinconina.

21. Curada la intermitente conviene el cocimiento de quina calisaya para vencer la caquexia, el cambio de atmosfera, el ejercicio: cuando esto no basta es poderoso remedio el yoduro ferroso, ó el jarave de fosfato de hierro.

22. Las intermitentes se llaman perniciosas cuando vienen acompañadas de algun sintoma grave, como el sopor, el delirio, el sudor frio, la convulsion, el carácter ataxico ó una grande adipamia. En este caso es preciso usar grandes dosis del sulfato de quinina, los enemas con lo mismo, los revulsivos; las sanguijuelas si hay congestiones. La dosis del remedio puede llegar á media dragma por toma, y aun mas.

23. El sulfato y la quina debe darse en la apirexia; pero en las perniciosas, que apenas dejan intervalo, se puede administrar en el paroxismo.

24. Las fiebres intermitentes pueden unirse á otras enfermedades locales, como aparatos gástricos, afecciones mucosas ó verminosas, males del pulmon etc. pero en este caso no son fiebres intermitentes neumónicas, ni gástricas, ni verminosas; son complicaciones.

25. Las fiebres continuas con sus recargos diarios no son intermitentes, porque estos son una consecuencia natu-

ral de la marcha de todas las enfermedades que á ciertas horas remiten.

26. Las fiebres remitentes con accesos notables y marcados, pero con una marcha continua, pueden demostrar que la causa participa de la naturaleza paludiana y séptica.

27. Es malo que la intermitente pase á remitente; es preferible lo contrario.

28. Todas las enfermedades intermitentes ó periódicas tienen una patogenia nerviosa.

29. La profilaxia contra las intermitentes no ha variado apesar de los modernos estudios. Evitar el ardor del sol mientras el dia, preservarse de la refrigeracion y del rocio de la noche y de la mañana, y abrigarse á estas horas: no pasear á orilla de rios ni pantanos: respirar el aire puro de la montaña.

THERAPEUTICA DE LA FIEBRE.

180. La ideologia clinica nos ha resuelto ya el problema patogénico de una manera evidente, y con todos los grados de certidumbre posible pues hemos sujetado su resolucion á todas las pruebas prácticas y racionales que pueden llevarnos á la evidencia. Nos falta ahora resolver el otro problema. Dada una enfermedad, reconocida en su etiologia, en su sintomatologia y su patogenia *¿qué modificacion debe producirse en el organismo para restituirle á sus normales condiciones?* Quisiera que el jóven médico se hiciera siempre esta pregunta: la medicina práctica fuera entonces una verdadera ciencia de observacion. Se me dirá, acaso, que esto es sencillo; pero sencillo como es no es

hace no se conoce toda su utilidad. ¿Para qué es sinó la importancia que se dá al conocimiento de la lesion que constituye los males, mas que para saber como es posible cambiar este estado del organismo? Pero desgraciadamente el Médico suele quedarse muy atrás no penetrando en las patogenias. Si duele se calma el dolor; si hay congestion se saca sangre; si se paraliza un miembro se le frota, se le escita hasta despellejarlo; si hay pervigilio se dá el opio; si diarrea se le contiene por astringentes: y en medio de una polifarmacia ridicula la causa del dolor' de la congestion, del pervigilio, ó de la paralisis se olvida' no se busca y no se conoce; ni por consiguiente la indicacion razonada que es el objeto de la ciencia clinica. La therapéutica es el baluarte de la ciencia; es el término de todos los estudios porque tiene por objeto la curacion de los males. No haré su historia; es la historia de la ciencia, pero no la definiré como algunos, una parte de la medicina que se ocupa en el conocimiento y uso racional de los remedios. Esta definicion es vaga, empirica, y es muy general confundir la therapéutica con la materia medica: la una es la ciencia, la otra es el arte: el cirujano meditando una operacion; el cirujano amputando: el médico queriendo producir una modificacion en el organismo; el médico aplicando un remedio: hay entre estas cosas muy grande diferencia. Mr. Ratier dice que la Materia médica es comparable á una oficina en la que se ejecutan con igual esmero las prescripciones de los medicos de todas las escuelas; una suerte de reportorio de los agentes que pueden modificar la economía. Lemery aplicando su quimica á la medicina práctica, Hermann suponiendo en los medicamentos, y á su semejanza de Bar-

bier, verdaderos principios activos, el mismo Geofroy y Cartheuser bajo la influencia del humorismo y de la química de su tiempo, no hicieron mas que estudiar la materia médica: algo nobstante se vislumbra en Boherave, mucho en Alibert que con Trouseau y Pidoux crearon por decirlo asi la verdadera therapéutica, que estudia las indicaciones, que profundiza en el conocimiento del cambio que conviene obrar, y en como y cuando debe obrarse, porque, como decía Alibert, los socorros materiales de la therapéutica (de la materia médica debiera decir) son vanos é impotentes sin estos estudios, y la experiencia misma no es mas que una ilusion, un sueño. Grande fué á mi modo de ver el pensamiento que creaba, en los planes de estudios anteriores, una asignatura en que se enseñaba la Filosofia de la therapéutica para que en los últimos años de carrera aprendiese el alumno á reconocer como, con la aplicacion de todos los estudios anteriores, se puede formar una razonada indicacion. Bien sè que el Profesor de Clinica llena este vacío al estudiar los males y al aplicar la ideologia á la cabecera de los enfermos y en el Aula, pero es tan lato el estudio de las indicaciones y tanta su importancia que nada es por demás en tal objeto. Guersant, hablando de la therapéutica, decía que era el complemento necesario de todos los conocimientos médicos y el objeto hácia el cual debían tender los esfuerzos de los médicos. La fisiologia decía Reveille-Pariset, es la razon de la medicina, é yo diré que la therapéutica es el hecho de la ciencia. Concluyamos con una observacion importante: confundíase en otros tiempos la therapéutica y la materia médica, hoy, bajo la influencia de Alibert, Trouseau y Pidoux por una parte, y de Ratier y Buchardat

bajo otra, es la una la ciencia de las indicaciones, es la otra el conocimiento de los recursos para llenarlas. Mucha influencia tuvo la quimica actual en los progresos de la materia médica, todo se debe á la fisiologia y á la filosofia clinica en la therapéutica. Separemos ambas cosas en nuestra piretologia; veamos las indicaciones y los medios con que contamos para llenarlas. ¿Qué indicacion hallamos en la fiebre? ¿Qué cambios debemos producir? 1.° Conservar las fuerzas que sostienen la vida y que son una consecuencia de las condiciones anatomico-fisiológicas del organismo; condiciones que la causa eficiente destruye. 2.° Oponerse á las consecuencias de este defecto de condiciones que origina el abatimiento, el desarreglo funcional, y apaga la vida y el ejercicio de los órganos, llevándolos á la astenia, á la postracion, á la perversion secretoria, y á la destruccion. 3.° Substrayendo del organismo todo foco de infeccion del que pueda partir nueva causa séptica que contribuya á la descomposicion de los elementos organicos en el quilo, en la sangre, en los organos, y dicho con mas propiedad, en el organismo. 4.° Destruyendo esta causa en su origen esterior, oponiéndonos á su accion fuera y dentro del organismo. 5.° Colocándonos en las favorables circunstancias que reclama una rigurosa higiene patológica. 6.° Enfin, produciendo una reaccion vital que resista la destruccion, ya que la causa eficiente lleva á los tegidos la muerte, ya que el estado actual del organismo que se resiste es la adinámia y la descomposicion séptica. Intentar buscar pruebas de este modo de resolver el problema therapéutico, sería volver al estudio patogenico. ¿Y por qué medios llenaremos estos objetos? Busquémoslos en la higiene y en la materia médica, pero recorramos con de-

terminada intencion cuales son los métodos mas proclamados.

181. Cuanto mas dificiles son los males de curarse tanto mas los médicos se afanaron por hallar recursos de un fiel y constante resultado, pero todo es infiel en esta parte de la ciencia sin que esta imperfeccion rebaje ni su dignidad ni su importancia. La humana naturaleza está sujeta, como todas las partes del Universo, á leyes fijas y determinadas contra las cuales en vano el hombre ensaya sus fuerzas, y contra las que estrella su orgullo el físico y el químico como el médico. No se crea que tienden estas palabras al fatalismo filosófico; no, son de otra especie. Cuando el organismo llega á cierto grado de alteracion, cuando los cuerpos tienden á su descomposicion, como cuando el huracan furioso acumula elementos de conmocion en las entrañas de la tierra, como cuando en las profundas sinuosidades de montañas igneas se acogieron elementos de conflagracion, ni el médico, ni el físico, ni el químico tienen bastante poder para impedir sus estragos. Todos estos sucesos inspiran al hombre terror, y en ellos admira la Providencia del Cielo sin murmurar, sin apelar á los recursos humanos. Los vé como necesarios el Filósofo, y el hombre religioso como avisos saludables. Empero la Medicina no es tratada con la consideracion con que se trata á otras ciencias: lo há de poder todo: no basta que cure, tiene que curar siempre. No basta que se diga por personas autorizadas *statutum esthominibus semel mori*, ni que los poetas le hagan conocer que la muerte es natural, *lex est non pœna perire; omnia mors poscit.* No se conforma con la destruccion porque tiene un instinto, que confunde, de su eternidad, que le llevó algunas veces hasta el panteismo.

Pero es bien cierto que el hombre muere; pero tambien lo es que el médico le arranca mil veces de los bordes del sepulcro. *Medicus est Deo æqualis nec multa est inter ipsos diferencia.* El mèdico curando es la mano de Dios que protege al hombre; y el médico consolando es la Providencia del Cielo que fija su destino. Una voz interior llama en su socorro al médico en medio del peligro y del dolor por fatalistas que sean los hombres, por mas ingratos que sean á la ciencia. Dios lo ordenó asi, y se cumplirá: nada hay que agradecer á los hombres.

182. No cura el médico siempre, pero lo intenta con un afan digno de elogio. Vamos à recorrer su marcha en esas fiebres que hemos dicho son el escollo de todos los sistemas. Un círculo encierra todos cuantos pensamientos se han ocurrido á su inteligencia. Y desde los mas remotos tiempos de la historia escrita hasta nuestros dias la ciencia há marchado grave y digna con muy pocas escepciones. Este circulo encierra el método diluyente, antiflogístico en el primer período; los tónicos anti-sépticos en los demás. El esclusivismo pudo hacer predominar el uno ó el otro pero siempre se reconoce la luminosa verdad en medio de sistemas exagerados.

183, *Eméticos.* Ancora de salvacion del humorismo; veneno mortífero para los fisiologistas; remedio de gran interés para los vitalistas. Fuera preciso escribir muchas páginas y al fin de ellas no ver mas que confusion si citaramos todas las opiniones que han existido desde Hipócrates hasta Andral. Y cito estos dos hombres en los estremos de la marcha de la ciencia porque se parecen en su aficion á este remedio. Ven unos los eméticos como depurantes, como revulsivos anti-sépticos, como antiflogísticos,

pero tambien los ven otros como repercusivos é irritantes flogisticos. Ponderán todos; los unos sus efectos maravillosos, y los otros sus perjuicios. Nosotros estudiamos sus efectos, su accion sobre los órganos y deducimos sus ventajas, ó sus inconvenientes. Y no se diga que debemos recurrir á la experiencia porque esta engaña. Tambien nosotros tenemos práctica y la tenían los hombres eminentes que le prodigaron elogios y los que hicieron fuerte oposicion á su uso, y esto bastaría para que la práctica no pudiese ser la que decidiese de sus proclamadas ventajas. Todos tienen razon. Preguntemos á ambos si no estan indicados los eméticos en las calenturas gástricas cuando su causa es una saburra mucosa, biliosa, ó alimenticia en su principio y nos dirán que si. Preguntémosle si debe ó puede darse este medicamento desarrollados yá los fenòmenos typhoideos, y nos diràn que no. Preguntémosle mas: ¿qué os prometeis del emético en una fiebre typhoidea primitiva, bien tenga la forma atàxica, bien la forma adinámica, cuando veis yá la intoxicacion no en las primeras vias sino en el organismo todo? ¿qué os prometeis en la fiebre esencial secundaria, aun partiendo de las primeras vias, despues que la causa llegó á la profundidad de los órganos? Y nos dirán nada. Seguramente el vómito, cualquiera que sea el medicamento farmacéutico que se elija, solo está indicado en la verdadera razon filosofica en dos circunstancias: 1.ª Cuando el aparato gástrico tiene en si mismo el elemento que puede dar lugar á la intoxicacion séptica general: 2.ª Cuando en las fiebres typhoideas primitivas coincidió un aparato gástrico que puede auxiliar la causa séptica existente: en estos casos está bien prescrito el emético dado sin perder tiempo, al principio, porque despues no hay oportunidad

ocassio brevis. Nadie por partidario que sea de este medicamento lo administra pasados los primeros dias, ni despues del primer septenario por las razones espuestas; ni en este mismo tiempo si yá se apresuraron los sintomas que nos indican el estado typhoideo.

184. En la calentura gástrica está indicado el emético dice Frank, pero cuando estas producen las calenturas nerviosas (nuestras fiebres typhoideas secundarias) debe el médico mostrarse muy reservado en su prescripcion ulterior. Efectivamente son muy circunscritos los casos en que su administracion es ventajosa. En la misma peste, que llamaron gástrica por los fenómenos que indican las colubies gástricas, solo al principio puede hallar lugar el emetico, pocas veces mas tarde. Y no deja de ser notable cómo luego veremos, que los AA. no disputan sobre la conveniencia del vomitivo, y sus polémicas son interminables cuando se trata de las sangría. Una inconcusa experiencia de todos los siglos demuestra que esta clase de medicacion solo tiene un obgeto, espeler lo que exista en el estómago capaz de producir la enfermedad ó de complicarla: pasados yá ciertos dias, del estómago pasó á los intestinos lo que pudiera contener. Andral no duda recomendar el vómito en las gástricas: tiene razon: en nuestras calenturas gástricas está indicado, cuando son gastricas saburrales, y se curan como por ensalmo con el tartaro emético, ó la hipecacuana, pero en esta misma calentura no siempre es ya tiempo de administrarlo cuando se llama el Profesor. No soy partidario del emético: acaso pudiera contar el número de los administrados en cuarenta años de práctica: pero muchas veces su falta en los verdaderos momentos, ó de otros remedios que lo suplen, dá origen á las fie–

bres secundarias, porque del estómago, y con mucha mayor frecuencia de los intestinos parten los miasmas que se desenvuelven y producen la fiebre. En las verdaderas calenturas gástricas está indicado el emético al principio (53 y sig.) por el peligro de que pasen á la fiebre. Nunca lo está desarrollados yá los sintomas typhoideos, á no ser que escesos próximos en el régimen dietetico lo reclamen, lo que apenas sucede porque los enfermos en este estado tienen una anorexia invencible. No se debe retardar el vomitivo, advierte Quarin, porque conviene mucho, dice Valcarenghi, que se espelan cuanto antes y sin dilacion los materiales corrompidos del estomago. Murray lo aconsejaba pronto en las saburras viscosas.

185 Hay casos en los cuales el médico no puede dudar de la conveniencia del uso del emético, y por mas que el humorismo hubiese abusado de este remedio viendo siempre acrimonías, saburras, y humores depravados, hay circunstancias que lo reclaman imperiosamente. El mismo Felix Quarin ya citado, humorista práctico de gran nombradia nos advierte y hace notar los sintomas que lo reclaman. «Si se nota, dice, amargura de boca, nauseas ó deseos de vomitar, eructos como de huevos podridos, y opresion en los hipocondrios, especialmente (y nosotros diriamos, ó cuando) si segun relacion del enfermo trae su origen la enfermedad de la demasiada replecion del estomago, es necesario el vomitivo.» Fuera de tan claras indicaciones pocas veces el médico dá el emético con seguridad. No se crea por esto que temo á este remedio, ni que le creo un veneno como lo intentaban persuadir los brousseistas: nó; pero le veo sin eficacia y con gran molestia de los enfermos. En esta parte es unánime la opinion; dado con pru-

dencia y con conocimiento exacto de la colubies gástrica que complica la fiebre sino es ventajoso, no perjudica: pero adelantando el mal exaspera la enfermedad. Hoffmam, cuyas opiniones tienen tanto de brusseistas, nos decía yá que adelantado el mal, *absint valida omnia purgantia, multo magis emética: his enim tactis jam levi inflamatione visceribus, ex facile inflamatio, inducitur funesta.* Hay que notar, nobstante, que los AA. confunden una cosa que nosotros vemos diversa; las calenturas gástricas, biliosas, mucosas, y la fiebre esencial typhoidea, y por lo mismo nos es muy difícil utilizarnos de su veneranda experiencia para nuestro verdadero objeto. El mismo Celso empleaba los vomitivos con prodigalidad, pero tambien se oponia á su abuso. Stoll los aconseja en la mayor parte de las fiebres, y fue tanto su crédito á fines del último siglo y en la mayor parte del que corremos, que para hermanar sus ventajas con la doctrina solidista, y en las tendencias del vitalismo á las enfermedades flogisticas, se le dió un lugar muy distinguido entre los antiflogisticos. «Las disputas suscitadas y sin cesar reproducidas sobre la conveniencia y la preferencia de las sangrías y de los eméticos, dice Lafont, se habrian terminado si se hubieran estudiado bien los hechos á la claridad de estos principios generales, en vez de partir de la flogoris, de la costra, de la bilis, como de un fenómeno *siempre luminoso y suficientemente instructivo.*» Estos principios del Autor son ver el emético como un antiflogistico indirecto, y reconocer su accion revulsiva, derivativa, escitante, y alterante, reaccionando aparatos lejanos y sensiblemente distintos de la parte enferma. Esta virtud de los eméticos no es de este momento, ni de nuestro objeto. Dirémos nobstante que no comprendemos bien las indi-

caciones del emético, y emeto-catarricos por la oscuridad de algunas palabras. «Los vomitivos, dice, son frecuentemente ventajosos, 1.° en las afecciones gástricas ó solamente complicadas con saburras biliosas, ó mucosas; *(hasta aqui estamos de acuerdo si existe aun la colubies, y el mal no està avanzado)*: 2.° En las fiebres con inflamacion gutural, traqueal, pulmonal, reumática, cutánea, porque estos remedios efectuan *una derivacion poderosa* é irradian los movimientos hacia la piel y desinfartan las membranas mucosas, y *abren todos los emuctorios.*» «Tenemos que oponer á estas palabras un correctivo. En las fiebres con las supuestas inflamaciones no está indicado recionalmente el emético á no haber colubies gástrica, y en todo caso esta práctica, que se parece en mucho á la de Rassori, no usaria el emético, como vomitivo. Por otra parte no es esta nuestra fiebre, en la que casi nunca podemos, ni debemos producir esos movimientos bruscos de la irritacion ex-centrica: al contrario tomamos el ejemplo de Celso cuando tenemos que usar de los eméticos, y mucho mas cuando veamos algun síntoma irritativo: *solet etiam prodesse, post varium cibum, frecuentes que dilutas potiones, vomitus.* Hipócrates yá aconsejaba lo mismo, diluía para purgar, pero prefería los purgantes, acaso con sobrada razon. Si critica nobstante á Celso por ser escesivamente partidario del vomitivo aun para conservar la salud, pero fijaba bien sus indicaciones, y cuyas palabras vienen sucediendose en la serie de los tiempos.» *Utilis est,* decía, *plenis et biliosis omnibus, si vel nimium se replerunt, vel parum concoxerunt. Itaque ubi amari ructus cum dolore et gravitate præcordiorum sunt.* Pero lo repetimos; nosotros no hablamos de las calenturas ni gastricas, ni biliosas, ni mucosas, ni catarrales que son la

consecuencia de causas locales, sinó de la fiebre esencial sea producto de estas calenturas, sea primitivamente esencial.

186. No hay la menor duda: muchas fiebres esenciales secundarias se pudieran evitar con el emético y medicamentos equivalentes: pero en las primitivas apenas está nunca indicado. Nuestro Piquer asegura que en las calenturas malignas, en cuya clase se hallan las typhoideas con toda su progenie de los typhus, las purgas y vomitivos no aprovechan. Aun en la misma calentura ardiente que cuando es epidémica es una typhoidea con predilecta accion sobre el sistema gastro-hepático, y cuando esporádica suele ser una calentura biliosa que pasa ó puede pasar á typhoidea; aun, digo, en esta calentura reclama para el uso del emético que el enfermo tenga en la boca un sabor muy amargo, mucha angustia en el estómago, y propension al vómito con cualquiera cosa que tome. Este era el mismo precepto de Hippocrates pero este tan eminente médico, como eminente filósofo, quería que no hubiese fiebre, es decir, calentura: por esto decía con estos síntomas, *sine febre existente, sursum medicamento purgante opus habere significat.* Sidenham era partidario del emético en las fiebres, pero ¿con qué prudencia? *Solicitus, sedulusque inquiro, nunquid ægrum, vel vomitus, vel inanis aliqua vomendi propensio sub febris initium interturbaberit; id si contingerit omnino medicamen emeticum præscribo:* Muy lejos estoy de reprobar el emético: y creo mas; que no puede perjudicar dado al principio, aun cuando no haya una indicacion tan clara, procurando diluir para facilitarlo. Prospero Marciano tenía por menos perjudicial el emético que los purgantes. Nobstante, Hoffmam dice, que algunas veces los conatos al vómito y el hipo se hacen graves, entre otras

circunstancias, cuando *in principio emeticum assumserunt validius.* Mas apesar de esto lo recomienda *in ipso morbi principio non in progressu ac statu.*

187. ¿Qué piensan los modernos sobre el uso de los eméticos? Ya hemos visto como piensa Frank y Andral, pero Mr. Boisseau que no duda ver en el typhus petequial una gastritis, y otra en la fiebre typhoidea, y una gastritis atáxica, ó calentura gastro-atáxica, y gastro-atáxica-adinámica, y una gastritis mucosa etc. no puede aprobar el uso de los eméticos porque no sería consecuente. «Los vomitivos, dice, nunca están indicados en la irritacion del estómago, sin embargo de que muchisimos autores los han recomendado, y de que ha sido comun su uso en esta enfermedad.» No sé que AA. han hecho esta recomendacion ni que sea comun su uso en las irritaciones del estomago. Este lenguage de Boisseau se refiere á las calenturas gastricas, y á las fiebres typhoideas, y cuando los AA. los prescribían no era en la suposicion de tales irritaciones, sino de saburras gástricas, mucosas, ó sépticas. Nobstante en la fiebre typhoidea sucede á veces, y lo tengo observado con frecuencia en práctica de otros profesores, que despues de la fatiga del emético aparece alivio, el mal dá treguas para exasperarse luego. «Efectivamente, dice, hay mejoría cuando es poco intensa la irritacion, y está el estómago poco dispuesto á inflamarse.» Pero no esplicaremos este alivio por la doctrina de Boisseau que cree es producido por una accion toxica del emético que substituye por un momento á la irritacion gastrica: no pensamos asi; mas bien juzgamos que el sacudimiento del vomito cansa el organismo, acalla las simpatías, y luego la reaccion no deja esperarse mucho con la agravacion del

mal. De inferir es que Broussais vé en los eméticos una plaga humanitaria que hizo mas daño que el descubrimiento de la pólvora. Nosotros que reconocemos la influencia en muchas cosas de la doctrina llamada fisiológica no podemos menos de ver que desde aquella época se ha limitado, para los que leen y para los que estudian y observan, el campo de las prescripciones de los vomitivos, y desde aquella época no vemos ya esa práctica odiosa, y esa facilidad con que los médicos recetaban el emético en casi todas las enfermedades, y que por desgracia es aun seguida por los charlatanes y los empiricos. No teme Rostan al emético por su accion irritante sobre el estómago porque mas bien, dice, es un acto cerebral, pero apesar de esto limita su uso á «los embarazos gástricos verdaderos, á las indigestiones, á algunos casos de envenenamiento en los que puede ser indispensable.» «Señala con precision los casos en que puede ser nocivo; examina sus efectos revulsivos y alterantes, y añade «si se quiere hablar de buena fé será preciso limitarse á decir que la experiencia há frecuentemente demostrado su eficacia, pero nosotros creemos que en ciertas circunstancias estos efectos pueden ser funestos; y como los casos en que convienen están lejos de ser evidentes y bien determinados, es preferible abstenerse de ellos con tanta mas razon cuanto que la dieta, los diluyentes y los otros medios bastan, en el mayor número de circunstancias para obtener la resolucion de las enfermedades en que los emeticos pudieran parecer necesarios.» Dicho se está que Bouillaud no aconsejará el emético en su *angio-carditis*, verdadera calentura sanguinea, ni aun cuando la vea amalgamarse con su elemento typhoideo ó adinámico, amalgama bien dificil, y es-

pecialmente si es cierto como él lo asegura y es la realidad, que hay una sangre typhoidea y otra sangre inflamatoria. En su fiebre typhoidea olvida el estómago para fijarse sobre el tubo intestinal, y proscribiendo los purgantes ni aun podemos esperar algunas palabras sobre el emético.

188. Sea suficiente lo dicho para que nos formemos idea sobre la proclamacion del medicamento mas generalmente administrado en las fiebres, y sin el cual se cree imposible su curacion. Si asi fuera no se hubiera en el siglo anterior, ni hasta la época de Broussais en que su uso se limitó mucho, visto desolar esta calamidad los pueblos porque los primeros sintomas que hiciesen recelar la fiebre eran los indicantes del vomitivo bajo la influencia de un esclusivo humorismo. El emético es un remedio, como todos, indicado algunas veces, proscripto otras y jamás universal. El emético y el purgante formaban el método desgraciadamente célebre de L' Roy, que como todos los medicamentos en que el vulgo vé espeler humores halaga grandemente porque parece que hay un instinto humorista que arrastra á todos: por esto las medicaciones mas populares fueron siempre las emeto-catarticas. Ni podía ser menos porque los sentidos son las unicas fuentes del saber vulgar.

189. Los purgantes están en el mismo caso que los eméticos. Hipócrates y Celso no querían se administrasen sino despues de la *coccion*. Era antigua costumbre purgar siempre á la conclusion de todos los males agudos para que ningun humor perjudicial quedase en el cuerpo. Costumbre desterrada hoy, pero no siempre con bastante fundamento. Pesadas y dificiles convalescencias vemos por pres-

cindir de este antiguo consejo. En general en la convalescencia de las fiebres cuando el apetito no se declara, la lengua no se limpia, y queda el vientre abultado, y no se mueve, ó lo hace con dolores, convienen los purgantes suaves, los llamados por los antiguos *ecoprócticos*. Marcada la fiebre esta indicacion pasó, y no existió tampoco en la typhoidea primitiva á no estar complicada con saburras bajas. Nobstante avanzado el mal en su carrera el abultamiento del vientre, el verdadero meteorismo suele reclamarlos especialmente si la fiebre afecta la forma adinamica, ó séptica. No hay que confundir el meteorismo con la *pneumasia*, como sucede generalmente, porque es un fenómeno nervioso, una exalacion gasiforme que procede, al parecer, del peritoneo en cuya cabidad se halla, y el meteorismo es el desarrollo de gases en la cabidad intestinal, y producto las mas veces de descomposiciones humorales: asi es que el uno se observa y es muy grave en la fiebre con forma ataxica, y el otro en la adinámica, ó pútrida. Por esto es tambien que en la una las deposiciones y aun la diarrea alivian y á veces parecen criticas y en la otra agravan y se soportan mal. Los laxantes salinos anti-sépticos son utiles en las fiebres con tendencia séptica, y en las secundarias cuyo origen fué gástrico. Evitemos en todos los casos el administrar los purgantes drasticos y resinosos en la fiebre porque causan dolores intestinales y no ejercen el verdadero efecto purgante que es la exoneracion de materiales contenidos en los intestinos. Los purgantes irritantes producen estos humores que espelen por una secrecion anormal que promueven sobre la membrana mucosa, ó por su escitacion sobre el hígado: de aqui los humores que se observan con las repetidas purgas de L·

Roy. Los antiguos unian los purgantes en las fiebres á los remedios refrigerantes, diluyentes: tenían razon. La jalapa, la escamonea, la gutagamba, los polvos de tribus, el cocimiento de hojas de Sen, el turbit y otros de esta especie que el charlatanismo usa con tanta frecuencia son mas bien revulsivos intestinales que medicamentos purgantes, y cuya accion debe reservarse para otros males, pero que la fiebre no soporta, y muy especialmente cuando su causa fija su determinacion sobre el tubo intestinal que es con sobrada frecuencia, por no decir, el mayor número de veces, y fué causa de que se fijasen tanto en este órgano AA. tan eminentes. Prospero Alpino se quejaba de que ni Hipócrates ni Galeno llamasen la atencion de los médicos sobre los signos que presagian las crisis por deposiciones ventrales, mientras qne son repetidas sus advertencias sobre los que anuncian las terminaciones por el sudor, la orina, ó las hemorragias. Nobstante Hipócrates nos dice en sus Aforismos y en las Coacas cuando debemos purgar en las enfermedades no febriles. *Non febricitantibus si tormina accederint, et genuum gravitas et lumborum dolor, purgare inferius oportet.* Barbier no solo cree indicados los purgantes en las calenturas gástricas sino tambien en muchos casos de calenturas adinamicas y ataxicas segun su lenguage, pero no se funda en la patogenia del mal sino en accidentales circunstancias que pueden sobrevenir. «Durante el curso de estas calenturas, dice, acuden al canal intestinal, mezcladas con el residuo de los caldos y de las bebidas que toma el enfermo, humores segregados que esperimentan una descomposicion casi pútrida auxiliada por el calor febril del cuerpo. Abandonadas estas materias á si mismas, y sometidas á las leyes físicas esperimentan una alteracion

notable y exalan un olor muy fétido: la permanencia de estos humores en las vias digestivas perjudica al enfermo y es preciso evacuar de cuando en cuando el canal alimenticio con los purgantes suaves que no determinan irritaciones demasiado fuertes en la mucosa de los intestinos. Lo mismo se debe hacer en los typhus.» Ya se comprende que la indicacion es muy secundaria, muy accidental pero importante cuando se temen ó recelan colubies gástricas bajas ó intestinales. En lo que no convenimos con Mr. Barbier es en su indicacion como revulsivos en sus typhoideas atáxicas, porque esta forma de la fiebre es de aquellas que se juzgan, como decian los antiguos, por crisis *sine materie;* es decir su terminacion no se deja esperar por ninguna especie de purgacion á no estar convinada con la forma séptica, ó haber procedido de saburras gástricas. El sueño suele ser en esta forma nerviosa el mejor término; nunca la diarrea la juzga. Tampoco vemos indicados los purgantes en las fiebres intermitentes, sino en casos muy especiales.

190. Las opiniones vacilan cuando se trata de indicaciones generales sobre los purgantes; lo que hace comprender que esta clase de remedios no llenan una indicacion esencial, sino muy secundaria y accidental en la fiebre. El mismo Frank apoyado en su mucha erudicion nos deja en duda sobre el uso de este remedio en todas las fiebres que merecen el nombre de esenciales inclusos todos los typhus y entre ellos la peste. En el typhus, nos díce espresamente que «los médicos que recomiendan en general el uso de los purgantes se han cegado ó por las hipòtesis, ó por alguna epidemia que há tenido un carácter especial.» Apesar de esto y de las opiniones de Reboreto, de Strach, no podia menos Frank de ver la verdad y asi nos advierte

que «si los intestinos estan llenos de impurezas, de escrementos y de bilis, ademas del uso de las lavativas, se debe recurrir á los purgantes. Y como en efecto es quitar la complicacion gástrica convienen, dice, muy bien en los primeros dias de la enfermedad, porque cuando está avanzado el mal, esta medicacion tiene un resultado menos saludable, á menos que, estando la cabeza gravemente afectada, se los emplee como revulsivos.» Pequeña revulsion es la de los purgantes cuando el cerebro toma parte activa en la escena typhica. Por lo demas es muy cierto; la indicacion de los purgantes no se deduce de la patogenia de la fiebre, sino de su complicacion con impuridades intestinales que pueden agravarla y se anuncian por borborigmos, fetidéz de las escreciones, y tumefaccion de los hipocondrios. Parece, nobstante, que Frank, se contradice cuando despues de indicar los purgantes al principio nos dice seguidamente «conviene sobre todo recurrir á los catarticos hácia el fin de la enfermedad, cuando se há reconocido, segun el carácter particular de la epidemia, que la crisis ordinaria del typhus se efectua por las camaras. Cualquiera que sea la causa por la cual se ocurra á los purgantes se debe evitar el desarrollo de la diarrea, ó de un estado inflamatorio del conducto intestinal..... Es preciso abstenerse de administrar sales neutras en atencion á que son irritantes.» He presentado estas ideas de un práctico tan eminente para que reconozcamos la dificultad de fijar un tratamiento especial. En que quedamos ¿purgamos ó nó? ¿Convienen al principio ó al último? Faciles son para nosotros estas cuestiones que resuelve por si misma la razon sin ir á buscar esa experiencia *falax*, que nos dice si y no al mismo tiempo, y que todo lo resuelve segun nuestro paladar.

191. Lo repetimos: conviene purgar es cierto al principio cuando creemos existen materiales en descomposicion séptica, ó capaz de ella en los intestinos; pero esto no impedirá, ni curará la fiebre si ya existe, y cuando no existe, pero la tememos á consecuencia de una calentura gástrica, evitará, acaso, su desarrollo. No es el purgante, pues, al principio indicacion de la fiebre. Esta indicacion empírica de purgar siempre viene sucediendose desde la época del esclusivo humorismo. Tampoco pensamos con Frank que las sales neutras sean tan irritantes; las creemos mas útiles que esos tamarindos, esa manà y esa cassia tan ponderados, tan indigestos, y que tan mal soporta el estómago, y que causan peso en él y se digieren con dificultad: son laxantes higiénicos tomados de una manera que no pueden tomarse en la fiebre. ¿Purgaremos cuando el mal está adelantado? Esta idea se desprende de la doctrina de la *coccion* y de la *crisis*; *non purgare in principio nisi turgeat; plurima vero non turgent*. Nunca los purgantes se oponen á la septicidad de las typhoideas á no estar el foco en los intestinos, pero no estan indicados para modificar, eliminar, ó curar esa causa que circula y que lleva á todo el organismo sus efectos deletereos. Hay nobstante en la fiebre un momento en que conviene unir la accion de remedios directos con los purgantes y este es cuando el vientre no se mueve despues de adelantado el mal, cuando toca á su término; cuando hay grande meteorismo, y flatulencia, y cuando conservando el enfermo fuerzas hemos visto desarrollarse el mal bajo la influencia gastrica. ¿Qué dice Brousais, qué Boisseau, qué Rostan, qué Chomel que Bouillaud? Facil es de deducir: ven en los purgantes enemigos decididos para la curacion de las *gastro-enteritis*, *ó entero*

mesenteritis. Ni podía ser menos. Y citamos estos nombres porque son los corifeos de escuelas influyentes, y los que con principios fijos siguieron una marcha constante y no fluctuaron entre el conviene y no conviene. El célebre protagonista de la irritacion proscribió los purgantes. Boisseau prosélito de Broussais siguió su doctrina, pero apesar de todo fué menos esclusivista, por la razon sencilla que el que proclama un sistema no puede andar con embages, ni reticencias, ni dudas: debe marchar sin estraviarse rectamente por el camino que se ha propuesto: ya el tiempo limitará este esclusivismo necesario en los primeros momentos. Boisseau nos dice despues de reprobar con su maestro hasta los sinapismos y los vegigatorios, que «debe atenderse tambien al estado de los intestinos gruesos en la curacion de la flegmasia del estómago; porque nos demuestra la experiencia que despues de una evacuacion de vientre se disminuye el calor y la sequedad de la piel y que es menos incomodo el peso que se siente en la cabeza. Se observa tambien esta mejoría al paso que va cediendo el estreñimiento de vientre que hay por lo comun en esta enfermedad; conviene, pues, vaciar los intestinos gruesos por medio de lavativas emolientes, que es el modo menos arriesgado; y si estas no bastasen se les puede añadir el maná, la miel, ó una cantidad de sal laxante cuando empiece á ceder la inflamacion de estómago. Los purgantes son perjudiciales siempre que la irritacion que causan al pasar por el estómago, duodeno ó intestinos delgados no cese con la secrecion que producen. Cuando se pueda hacer una revulsion en los intestinos gruesos jamás se propinarán los purgantes por la boca sean de la clase que fueren.» Adviertase que esto lo dice Boisseau hablando de

esa gastritis que en sus variedades, como el dice, fueron designadas con los nombres de calenturas gástricas, adinámicas, ataxicas, typhoideas etc. Rostan parece inclinado á los purgantes pero teme su accion irritante: ni podia ser otra cosa reconociendo la gastro-enteritis en la fiebre inflamatoria, en la biliosa y en la adinamica, en la ataxica y aun estas mismas irritaciones en las diversas clases de typhus. En el typhus europeo admite tambien las irritaciones graves. «Las aberturas de los cadáveres han hecho reconocer señales de diversas flegmasias cerebrales, torácicas, abdominales tales como los síntomas las indican mientras la vida.» Claro está que Rostan no puede ser partidario de los purgantes, bien que poco se detiene à hablar del tratamiento, que indica solo por conceptos generales: profesa nobstante las opiniones de Pinel, las de Broussais, de Mr. Luis, y de Bretonneau sobre la fiebre typhoidea, y cuando admite su patogenia como una inflamacion de las glandulas de Peyero y de Brounnero debía ver como ellos los purgantes como contraindicados. Mr. Chomel llama nuestra atencion aqui, como la llama siempre que esponemos sus ideas. Esta celebridad médica al mismo tiempo que reconoce en la fiebre typhoidea la afeccion intestinal con todos sus contemporaneos nos dice «Los purgantes han sido empleados en muy distintas épocas y con diversos objetos en el tratamiento de la enfermedad que nos ocupa. No hay sin duda hoy dia práctico alguno que trate unicamente por estos medios los enfermos acometidos de la afeccion typhoidea; pero no hace mucho que en un pais vecino al nuestro, los purgantes formaban la base del tratamiento de las fiebres. Apesar de que esta medicacion, llamada *metodo de Hamilton*, del nombre del autor que la ha proclamado,

sea ya abandonada en Inglaterra en su aplicacion general, nobstante muchos médicos ingleses emplean aun en la carrera de la fiebre typhoidea los purgantes que no tienen entre sus manos los funestos efectos que le han atribuido los partidarios de la doctrina fisiologica. En Francia, Mr. Bretonneau ha intentado introducir este último método, que si no tiene todas las ventajas que le han prodigado no tiene tampoco los inconvenientes que le han atribuido otros. La experiencia de los ingleses, que lo emplean constantemente nos demuestra que los temores que habia inspirado entre nosotros son á lo menos exagerados. No es dudoso para nosotros que los purgantes pueden, en muchos casos, ser empleados en el principio de la afeccion typhoidea sin algun peligro; pero cuando ha llegado la época en que de ordinario las ulceraciones intestinales se forman, es decir, desde el diez, ó el doce de su carrera, pensamos que en el estado actual de la ciencia, nos debemos abstener de todos los medios therapéuticos que acelerando ó multiplicando los movimientos intestinales pueden producir la ruptura del peritoneo sobre los puntos correspondientes á las ulceraciones, y en donde frecuentemente está el único obstáculo que se opone al paso de las materias de los intestinos á la cabidad peritoneal.» Bien razona Chomel si fuera cierta la existencia de esa patogenia typhoidea. Se opone, nobstante, á la grande idea de los purgantes cuando la enfermedad tiende á terminar por deyecciones ventrales; se opone á una práctica generalmente sana y apoyada en la doctrina de Hipócrates pero no esclusiva. Veremos mas adelante que los purgantes estan indicados al principio, y en la carrera de la enfermedad segun varias circunstancias, ó que no lo están en ningun tiempo porque su indicacion, dige

yá, es de circunstancias y no esencialmente patogenica.

192. Consagremos este párrafo á Mr. Bouillaud, el que en su *angio-carditis* typhoidea nada nos dice sobre tratamiento conveniente en esta complicacion que conviene en que es séptica ó pútrida, reservándolo sin duda para su *entero-mesenteritis* que corresponde á la verdaderá fiebre typhoidea. En su primer periodo inflamatorio su fórmula de sangrías es el salvamento seguro, pero son notables las siguientes palabras «Se vé bien, dice, por lo arriba dicho, la importancia que doy á los medios propios para limpiar, por decirlo asi, el intestino enfermo. Bajo este aspecto yo abundo, hasta cierto punto, en el pensamiento de aquellos que en nuestros dias no han preconizado el método purgante sino como un medio de los mas racionales de destruir la causa *material* de la enfermedad, á saber, la presencia de *sustancias deletereas* en la parte inferior del intestino delgado. Sin exagerar su valor, nosotros hemos siempre tenido en cuenta esta circunstancia en los diversos periodos de la enfermedad. Pero la experiencia exacta prueba de un modo incontestable que en el primer periodo se puede, por nuestro mètodo, hacer desaparecer la enfermedad rapidamente sin el socorro de ningun purgante. (Ya conoceremos este método al hablar del plan antiflogistico). En el segundo y tercer periodo, añade nuestro Autor, ¿es necesario à lo menos recurrir al método purgante segun se ha formulado en estos últimos tiempos? *Yo declaro que no poseo los datos necesarios* para la resolucion rigorosa de esta cuestion. Pero debo desde este momento confesar que segun el resultado del empleo de este método, tal cual yo lo conozco, me parece preferible contentarse con el uso de las bebidas diluyentes, las

cataplasmas y enemas emolientes, los antisépticos tales como los cloruros, los revulsivos esteriores y algunos otros medios apropiados á las diversas complicaciones de la enfermedad.» Tiene razon Bouillaud, y lo repetimos: el uso de los purgantes es solo teniendo en cuenta el estado de los materiales intestinales, y no es una indicacion esencial, pero necesaria en algunos casos. Nobstante recuérdese lo que Liebig pensaba y hemos dilucidado sobre la accion depuradora intestinal (97.) y podremos creer que cuando la septicidad es esencialmente humoral, y no fija su accion en visceras esenciales, podrán los purgantes ejercer una accion benèfica usados con prudencia y moderacion, promoviendo secreciones depuratorias. Pero sin duda en la patogenia de los patologos que he citado, bien sea la fiebre una *gastro-enteritis*, bien una *entero-mesenteritis*, ó *enteritis folicular*, los purgantes jamás pueden estar indicados cualquiera que sea el periodo de la enfermedad: cuando está en su principio es fomentarla, promoverla; cuando está adelantada es esponerse á la ulceracion; cuando va á terminar, si bien, es turbar la resolucion de la flogosis, y si mal, es apresurar la perforacion ó la destruccion del órgano. Cuando, pues, la fiebre tomase esta forma, es respetable el uso de los purgantes, y el medico debe ser prudente. Empero como esta forma no es característica, de aqui es que en unos prueban los purgantes que dañan en otros: son útiles en una epidemia y perjudican en otra: aqui, el *verdadero criterio* médico. Citemos en apoyo de nuestro aserto á Mr. Lhuillier que cree dificultoso de aplicar á todos los enfermos un específico, verdadero hecho de Procusto. «Las indicaciones, dice, son diversas (las accidentales lo son pero no las esenciales) y

esto es lo que esplica porque todos los métodos de tratamiento encuentran, hasta cierto punto, el mismo número de ventajas y de reveses. En cuanto á los purgantes se los podrá ensayar cuando exista la gastricidad: 1.° sin fiebre intensa: 2.° sin dolor abdominal: 3.° sin vómitos: 4.° sin diarrea; principalmente en los primeros tiempos de la enfermedad. Cuando, nobstante, hacía el tercer septenario, se ha presentado una mejoría evidente, si el vientre subsiste abultado sin dolor, pero con rugido de tripas, si las deposiciones siguen siendo fétidas, heterogeneas, si sobreviene el tenesmo, uno ó mas purgantes dulces pueden producir un buen efecto.»

193. Sea lo dicho suficiente para formarnos una idea cabal del modo como los AA. ven la administracion de los purgantes en las fiebres typhoideas. Observemos que todos fluctuan entre su uso y su contra-indicacion, aun los mas partidarios de la septicidad ó de la irritacion. Nosotros vemos mas claro por una sencillísima razon, y vemos practicamente como ellos sin esa vacilacion que, si bien no hace dudar á los hombres prácticos, pone á prueba el criterio de los jóvenes. Lo repetímos: las calenturas gástricas los reclaman esencialmente; las fiebres primitivas solo accidentalmente: las fiebres secundarias con mucha mas razon, y en general cuando los sintomas nos revelen impuridades intestinales.

194. *Antiflogisticos.* Tratando de los remedios antiflogisticos, ó tenemos que decir mucho ó que limitarnos á muy pocas palabras. Nos haremos, nobstante, dos preguntas. 1.ª ¿Las celebridades médicas antiguas y modernas oponían y oponen el plan antiflogístico contra la verdadera fiebre que llaman typhoidea con todas sus variedades de

malignidad, de *putridez*, de *ataxia* y en sus formas typhicas? 2.ª Si efectivamente este plan es proclamado por personas competentes que respetamos en su experiencia, ¿lo es como método de *circunstancias*, ó como llenando indicaciones *patogenicas y esenciales*? Cuestiones son estas que en su dilucidacion nos pudieran entretener mucho: pero como su respuesta se deduce de la idea que nos formamos sobre la esencialidad de esta enfermedad, lo tenemos ya dicho todo y su respuesta será fácil y sin rodeos, sin vacilacion. Las mas acaloradas disputas sobre el método curativo de las fiebres se basan todas sobre dos grandes ideas: la flogoris, la septicidad y por consiguiente en los antiflogisticos y en los antisepticos. Y admira, á la verdad, como los médicos amalgaman estos dos métodos en una misma enfermedad en la suposicion de que llenan verdaderas indicaciones esenciales, siendo que una misma patogenia no puede reclamar tan contrarios planes: cuando se echa mano de estos métodos, como veremos sucede algunas veces, el uno es esencial, el otro accidental transitorio, ó local. Veremos tambien en esto un egemplo de lo que hemos dicho yá: una severa práctica filosofica une á los médicos; las teorías y los sistemas los separan. Pero contestemos yá á nuestras preguntas.

195. Fueron los antiguos médicos poco pródigos en el uso de la sangría, pero no por eso dejaron de aconsejarla. Hipócrates nos dice que en las enfermedades agudas debemos sacar sangre, *si vehemens morbus videatur*; *floruerit-que egrotantis ætas, et virium adfuerit robur:* precepto sabio y que reabsume las mas prudentes indicaciones. Cornelio Celso se quejaba del abuso que se hacia en su tiempo de la sangria, pues nos dice, *sanguinem incisa vena,*

mitti novum non est. Sed nullum pené morbum esse in quo non mittatur, novum est. Establece reglas muy sabias para su prescripcion y no quiere que al jóven por ser jóven, ni á la muger por serla se le saque sangre: *interest, enim. non quæ ætas sit neque quid in corpore inter geratur, sed quæ vires sint.* Relativamente á nuestro particular objeto Celso tiene ideas bastante originales, que con gusto emitiríamos en su propio y florido estilo. Aconseja gran prudencia, y cual debe ser la conducta del Profesor en medio de sus dudas, y de las contraindicaciones que á veces se presentan. En estos casos de duda si el enfermo peligra sin esperanza; manifieste el médico su fatal pronóstico y su remota esperanza, *et tum demum si exigetur, sanguinem mittere. Satius est anceps auxilium experiri quam nullum.* Algunas veces se debe sangrar el primer dia, pero nunca es útil despues del dia cuarto. Algo de originalidad hallamos en su consejo de no sangrar en las exacerbaciones de las fiebres, debiendo esperarse á la remision, y esto y otros pasages demuestran no era aficionado á las sangrias: dice por ejemplo, *quod si vehemens febris urget, in ipso impetu ejus sanguinem mitteri, hominem jugulare est,* en lo cual vemos un exagerado temor, si bien luego indica como el Medico debe obrar cuando no hay remisiones. Galeno era menos prudente que Celso, pero hay que advertir que éste escribia en un tiempo en que se sangraba sin consideracion ni examen, y debia proclamar la prudente práctica. Galeno esclusivo humorista, y atrevido pràctico, si bien lleno de talento y sagacidad, veia en la sangre y en sus cuatro humores la patogenia siempre de los males, y por esto prodigaba las sangrias *ad animæ husque defectionem quovis die, etiam septimo, si id morbus atque vires sua-*

deant. Nada mas racional que este consejo de Galeno: sangrar con ancha cisura hasta el deliquio es indicacion algunas veces reclamada por las circunstancias en intensas y pletóricas congestiones: sangrar al principio en las fiebres suele ser indicacion que reclama una inmoderada reaccion: sangrar en culaquiera época del mal es precepto reconocido por todos cuando la enfermedad y las fuerzas del enfermo lo aconsejan. Nada vemos estraño en este consejo; pero en las fiebres esenciales si no hay indicacion al principio, nunca existe despues. Las fiebres en que Galeno aconseja asi la sangría eran las sinocales simples, ó las angiotenicas verdaderas. Galeno que creia que sin un gran vicio del corazon no podía sobrevenir la muerte, considerada la sangre y la bilis como causas muy poderosas de las fiebres, pero cuando en ellas aconseja la sangria advierte tambien que seamos cautos y no escesivamente pródigos. La gravedad del mal, el rubor, la tumefaccion general, la distension de las venas, *sanguinem abundantiam indicant*; *itáque venæ sectio prodest. Evacuatio autem viribus respondere debet.* Atendía mucho Galeno al estado del estómago cuando sangraba en las fiebres, porque debilitaba la coccion y conducia á la inanicion. Cuando la fiebre, dice, viene con evacuaciones de vientre. no hay necesidad de otra alguna evacuacion, à no haber muy fuertes razones. *Quicumque enim ab iis, tamquam maiori inanitione egentibus, vel sanguinem ducere, vel ventrem movere ausi sunt, in gravia pericula præcipitarunt.* Aconseja finalmente que se atienda á la estacion, á la edad, al sexo, al temperamento, y á las fuerzas del individuo. Los medicos que siguieron á Galeno participaron de su doctrina, y cuando vieron las fiebres con intensa calentura en sugetos bien

constituidos sangraron como él. Nobstante preciso es confesar que Galeno no mereció la critica injusta que de él se hizo por ser escesivamente prodigo en sacar sangre si hemos de deducir de sus preceptos: en todo caso fueron mas exagerados sus discipulos. Alejandro Traliano aconsejaba la sangria en las fiebres pútridas, sin duda porque creía que la septicidad venía de la inflamacion, y tambien que tenía su origen muchas veces en el vientre: parece que confundia, no sin algun dato, estos dos estados tan opuestos. *Itaque febres*, dice, *exputredine et sanguinis abundantia ortæ, venæ sectione curari debent*. La razon que dá para esta práctica es la siguiente: *ut propter copiam et crassitiem meatibus infarciatur et putrescat*. Nobstante aconseja que si las fuerzas no permiten sacar sangre se use de los diluyentes y humectantes. Pablo Egineta, galenista como todos los de su época, piensa de la misma manera y ve en las fiebres graves la efervescencia de la sangre y su putrefaccion. *Curatio est*, dice. *sanguinis quousque deficiat anima, dimisio*. Hasta aqui no podrán quejarse los prodigadores de la sangría en las fiebres, pero no hay que ingreirse, porque luego veremos hasta que punto la razon guia esta práctica que parece sancionada por la medicina antigua. Acerquemonos mas á nuestra epoca; dejemos los árabes que siguieron la escuela que acabamos de citar: oigamos otras opiniones con otros principios.

196. La doctrina médica de tantos siglos despues de Galeno y de sus comentadores fué basada sobre los principios de la escuela de Pergamo, si bien renació animada por los pensamientos de Hipócrates, y poco hallamos notable sobre el modo de ver las fiebres y su tratamiento. La sangría y el plan antiflogístico fueron proclamados con

mas ó menos exageracion segun el esclusivismo de unos y el eclecticismo de otros. Nuestro Mercado que fué tan buen observador, tan hipocrático, pero con sus resabios de pergamista, nos dá un buen consejo hablando de la sangría en las fiebres graves: «raras veces, dice, sobra sangre en el estado *exustis humoribus*, pero si sucediese, ó es necesario, sángrese de la salvatela.» Nuestro Miguel Heredia no se declara partidario de la sangría que cree no carece de peligro, porque las fuerzas se hallan disminuidas, y la sangre está pobre en estas afecciones: pero si las fuerzas subsisten sin deterioro, aconseja la sangría, *párce tamen* porque la falta de sangre hace que tiendan los humores mas á la descomposicion: admite la sangría pero al principio y con cautela porque en algunas fiebres *venam secare formidat*. Sennerto ya había aconsejado que en las fiebres malignas se sangrase antes del dia 4.° y no despues porque se debilitan sin objeto los enfermos. Se inclina bastante Heredia á la opinion de los que creen que en las fiebres, cuya causa está en la atmósfera, no debe sangrarse, y en medio de la duda en que se halla entre la opinion de Fracastor, y Mercado, viene á aconsejar al principio la sangría, esploratoria *si vires constent*. Nuestro Valles, á quien respetamos mucho, era partidario de la sangría, creyendo, como dice en su método, que *apenas hay enfermedad, en la que el plan curativo no comience por sangría*. En nuestras ideas no vemos exagerada esta máxima, porque en muchos casos no es la sangría remedio para el mal, sino, unas veces *esploracion en la duda*, y otras *moderacion en las reacciones* que no son el mal sino su efecto, *vires servare est vitam custodire*, decían los que no participaban de la idea de sacar sangre, por-

que aunque se cure con sangrías, si se pudo curar sin ellas, las fuerzas no se depauperan. Bajo de estos principios Gouzzi, práctico profundo, criticaba la doctrina de Broussais muy agriamente, suponiéndola opuesta á las grandes miras sociales, y á los principios esenciales de la higiene, de la patologia y de la therapéutica: pero degemos aun á los modernos y oigamos á Sydenhan, á Etmulero, á Baglivio celebridades del siglo XVII, y cuyas doctrinas fueron en la pràctica las dominantes unidas á las de Galeno, y aun bajo el dominio de la escuela de Leyden, de la de Hoffman, y Sthal.

197. En esta época la escuela galénica se había ya modificado, y si bien naciera, bajo sus comentadores, mas sanguinaria que en su mismo origen, la crítica contra tantos abusos por una parte y por la otra el que la doctrina comenzaba á fijarse en su verdadero lugar libre de la exageracion de su nacimiento, lo cierto es que en el siglo XVII y XVIII, los médicos en lo general fueron mas prudentes en las evacuaciones de sangre, proclamando el juicioso Etmullero que *son muy raras las ocasiones en que hay que sacar sangre.* Sydenhan cuyas opiniones tanto se respetan, y cuya polifarmacia no deja de ser estraña á un hombre tan eminente y observador, porque con fijas indicaciones el método es simple y constante, Sydenhan, digo, aconseja la sangría con gran prudencia en las fiebres, apesar de que las consideraba como dependientes de la plétora, de la cacochimia ó de la diatesis. «Me voy con tino en sangrar, decía, *manum tempero*, en los niños, en los débiles, en la vejez, ó en los jóvenes gastados por otras enfermedades. Pero la sangría no puede olvidarse en los atletas y pletóricos. Son notabilisimas las siguientes

palabras del Hipocrates ingles, despues de haber aconsejado la prudencia establece un verdadero precepto práctico. *Æstuationem vero illam deinceps rego, ac moderor, phlebotomiam, vel repetendo, vel omittendo, cardiacis calidis vel inssistendo, vel parcendo, ac denique alvum, vel laxando, vel compescendo, pro ut motum illum vel efferari, vel languescere animadverto*. De estas palabras se infiere bien claramente que no es la sangria, ni el emético la indicacion que reclama la fiebre, porque cuando una patogenia reclama un remedio, se podrá aplicar con mas ó menos energía, pero jamás hallarse contraindicado. Esos cambios en los planes curativos prueban poca fijeza en las ideas, poco conocimiento de las patogenias. Un mismo mal no puede reclamar indicaciones contrarias como tantas veces hemos dicho, subsistiendo el mismo: si el mal cambia, cambia tambien el nombre. Estas indicaciones *transitorias*, entre las cuales colocamos la sangría en la fiebre esencial, typhoidea y typhus no son basadas sobre la naturaleza de la enfermedad, por eso cambian y llegan á estar contraindicadas: son puramente indicaciones accidentales que pueden, ó no presentarse. He aqui porque observamos tanta vaguedad en la prescripcion de este remedio. El mismo Sydenhan en la epidemia de fiebres continuas que presentaban el carácter flogístico, y que sin duda eran calenturas angio-ténicas por la frecuencia con que aparecía la pleuritis, y la pneumonitis, y el estupor, las inflamaciones, y la terminacion pronta y espontánea, aun en esta fiebre quiere ser prudente en sacar sangre, y nos dice que para ello tenía en cuenta la edad, las fuerzas y *otras circunstancias*. En la peste discute este profundo práctico la conveniencia de la sangría, y despues de los elogios que Botal y otros

le prodigaban, sienta que al principio y en sugetos vigorosos, y en buen estado de fuerzas puede hacerse *moderate*, para luego administrar los sudoríficos, y sus fórmulas magistrales y sus electuarios. Baglivio este célebre medico del siglo XVIII, que tantas veces hemos citado, y que tantos esfuerzos hizo con su talento, su filosofía, y su experiencia para cimentar un sistema médico fundado en la razon y en la experiencia libre de los estravíos del escolasticismo como de los errores del empirismo; esta eminencia médica que personificaba á Hipócrates en su siglo, no podía menos de ver la calamitosa pràctica de los discipulos de Botal, contenidos nobstante por los consejos de Sydenhan. Baglivio nos dá á entender mucho en muy pocas sentencias sobre las fiebres, y en ellas se prueba una de las bases de nuestra doctrina. «En las fiebres, dice, empiezo su curacion por la sangría, pero luego añade; en las fiebres malignas cuando se sangraba del brazo al enfermo empeoraba y venía el delirio y el sopor; mejor probaba la del pie.» Como todos los médicos prácticos, cree que solo al principio puede convenir la sangría, y que en los primeros momentos es cuando conviene saber cuál sea el estado de la sangre porque las indicaciones son diversas segun el es: *Si vero sanguinis febricitans sit exaltatus, et vehemens, ejus reprimendus est impetus.... In hisce enim febribus* (las que dependen de cualidades de la sangre) *tribus præceptis omnium, prope illarum febrium cura versatur, quæ ortum ducunt ab organi lœsione, verum ab humorum congerie, aut in ipso sanguine, aut in primis viis. Et cum ad crisim natura vergit, aut eas jam exciverit, tum à remediorum copia tamquam à peste cavendum.* Enfin nos advierte de un modo muy esplícito que atendamos á

la constitucion de la masa sanguinea del febricitante mas bien que á sofisticas teorías sobre las causas próximas. Baglivio tiene razon: su gran mision era volver los médicos al camino de la observacion y separarlos del sofistico estravío á que se entregaran bajo la influencia del escolasticismo y del galenismo.

198. Parecerá, sin duda, que me detengo demasiado al tratar de la sangría en la fiebre typhoidea, pero la razon que me obliga á hacerlo es que de la indicacion de este remedio dedujeron muchos, como ya hemos visto, el pensamiento sobre su patogenia. Hasta aqui debimos haber notado que en medio de las opiniones y de las diversas doctrinas de tantos siglos no se vé el verdadero carácter de esas fiebres que el mismo Baglivio confesaba no se conocían en su naturaleza. Los unos dominados por el humorismo veían en la sangre la causa, y aun asi aconsejaban con cautela el plan antiflogistico; los otros que admitían el solidismo reconocían irritaciones que solo en los primeros dias parecían exigir las evacuaciones de sangre; otros muy observadores y prudentes reconociendo el autocratismo proclamaban métodos sencillos, y gran moderacion en el uso de la sangría. Todos digeron bien, pero todos se fijaban en sintomas de aparente esencialidad porque las fiebres traen en el primer periodo síntomas que no son suyos mas que en apariencia. La doctrina de las fiebres hasta la época que acabamos de recorrer no fijó principios exactos en el plan curativo, y vaga en medio de la oscuridad de su patogenia, si bien parece inclinarse á la descomposicion, á la septicidad, á la putrefaccion humoral; y estos se acercaron mas á la verdad. Los solidistas tenían mas afinidad con la escuela de Broussais, y

con la de algunos modernos. Aun hoy dia los médicos fluctuan entre ambas. Triunfa en este siglo el solidismo. Parece haber tomado en la época presente alguna influencia el humorismo, como hemos indicado, bajo algunos trabajos químico-organicos, y esto influye en la therapéutica de las fiebres.

199. Pudiera terminar aqui las observaciones sobre el plan antiflogistíco, porque lo dicho sería suficiente para probar la vaguedad de las indicaciones en la verdadera fiebre. Nobstante tenemos que recordar como piensa la escuela moderna sobre este objeto. ¡Pero cuantas dificultades no hallamos para encontrar ideas exactas! Cuando se multiplican al infinito las especies de fiebres con tan diversos nombres; cuando vemos al lado de la sinocal, de la angioténica, de la angio-carditis, de la gastro-enteritis, la fiebre llamada typhoidea, y al lado de esta yá la ataxica, yá la adinámica, la cerebral, la maligna, y todos los typhus ¿será posible entendernos sobre indicaciones, sobre plan curativo, ni sobre sangría? Diremos á Frank que en su calentura nerviosa primitiva con complicacion flogistica podía convenir la sangria, ò las sanguijuelas; diremos á Pinel que en su angioténica está indicada; á Broussais que conviene en la gastro-enteritis; á Bouillaud que la reclama la angio-carditis, á Rostan que es útil en las enfermedades hypersthenicas, y en las entero-mesenteritis de Petit, en la ylio-yliditis de Bailly, en lo angio-hemitis de Piorry, y enfin siempre que la enfermedad sea lo que estos nombres deben significar, pero que cuando no es asi, cuando la llamada gastro-enteritis es una fiebre, cuando la angio-carditis trae fenómenos sépticos, cuando las fiebres nerviosas son la fiebre typhoidea, con afeccion pronunciada del sis-

tema nervioso, cuando la entero-mesenteritis es una ficcion, una simulacion y una realidad la enfermedad typhoidea, no puedo creer con Frank, ni con Pinel, ni con Broussais, ni con nadie que la patogenia de esta enfermedad reclame la sangria ni bajo una fórmula, ni bajo otra, ni con la prudencia de Frank, ni con la prodigalidad de Bouillaud. Será imposible entendernos no estando de acuerdo sobre la naturaleza de la enfermedad. Porque ¿qué enfermedad vamos á buscar en las obras modernas para referirla á nuestra fiebre, y á nuestros typhus? En medio de esas clasificaciones arbitrarias, y sintomáticas ¿cual será nuestra fiebre en la clasificacion de Pinel? ¿Cuál en la de Alibert? Cual en la de Andral, de Chomel, Grissoll y Bouillaud? Todas y ninguna y por consiguiente cuanto sobre el plan curativo espongamos será inútil; pero concluyamos el objeto que nos propusimos al fijarnos en la sangria.

200. El Autor de la Nosografia filosófica se declara muy poco adicto á la sangria; solo en su angioténica la proclama. En su adinamica encarga gran cuidado para que no se saque sangre sin gran motivo porque muchas veces detras del estado inflamatorio está oculta la adinamia: esta es nuestra fiebre en su periodo de reaccion circulatoria, que algunos ven como *angio-carditis* con el elemento séptico. Nos ocuparemos luego de esta idea. El Autor de la doctrina llamada fisiologica nos dá aqui lecciones de prudencia, y á entender su gran penetracion. «Las gastro-enteritis agudas que se exasperan traen todas estupor, ú oscurecimiento, levidez, fetidez, postracion, y representan lo que se llama calentura pútrida, adinámica, typho; aquellas en que la irritacion del cerebro llega á ser considerable, elevese ó no al grado de flegmasia, producen el delirio, las

convulsiones etc. y toman el nombre de calenturas malignas, nerviosas, ataxicas.» Hé aqui nuestra fiebre: veamos como aconseja las evacuaciones de sangre. «Todas las calenturas esenciales de los AA. se refieren á la *gastro-enteritis* simple ó complicada. Cuando las gastro-enteritis agudas typhoideas, ó no typhoideas han resistido á las sangrías capilares hechas en el epigastrio, y despues en el pecho y en la cabeza en casos de repeticion de la flegmasia en estas cabidades, cuando aparece el entorpecimiento, el estupor y la debilidad del pulso, es necesario alimentar con bebidas gomosas, azucaradas y acidulas. Siendo los typhus gastro-enteritis por envenenamiento miasmático, puede detenerse por el tratamiento apropiado á las flegmasias cuando se las ataca en su principio. Cuando no se ha atacado en un principio la inflamacion de los typhus *son comuumente peligrosas las evacuaciones de sangre*, porque el veneno gaseoso pútrido *debilita la potencia vital* y la quimica viviente á tal estremo que no pueden repararse las fuerzas.» Hé aqui á Broussais venciendo la verdad practica unas veces por la verdad *sistemática* y otras modificando sus principios bajo el poderoso vencimiento de la experiencia. Si los typhus son gastro-enteritis ¿por qué no reclaman el mismo plan desde su principio al fin? Si el veneno gaseoso pútrido, ó el miasma lleva su accion debilitante sobre la potencia vital ¿como produce las inflamaciones? ¿Què es sino esta potencia vital, y esta química viviente mas que el organismo en juego con sus tegidos, sus sistemas y sus órganos? Pero la doctrina de la irritacion cede su puesto á la anemia, á la septicidad, y á la verdad práctica cuando llega el peligro. De aqui inferimos que segun el mismo Broussais en la fiebre, como en los typhus está indicada la

evacuacion de sangre al principio, si hay reaccion ó calentura fuerte, pero que presentados los sintomas propios typhoideos, caracteristicos del mal deja de estarlo. No sé como la accion tóxica de esos gases ó miasmas, se puede vencer ni al principio ni al fin con evacuaciones de sangre admitiendo que esta accion tiende à debilitar la potencia vital. Lo repetimos aqui, podrán estar indicadas las evacuaciones de sangre, pero no será ni por su causa ocasional, ni por la accion de los miasmas, ni por la patogenia morbosa: en tal caso otros accidentes las reclamarán como veremos luego. Y es tal el interés de estas circunstancias que ellas sedugeron á la mayor parte de los patólogos.

201. Dice muy bien Mr. Chomel: este prudente observador llegó á comprender una idea, que yá fuera anunciada por Galeno, y posteriormente por Odier y aun por Monneret, «no hay mas que una fiebre,» y esta para él era la typhoidea, como para otros era la ardiente, la biliosa, la inflamatoria: solo los typhus formaban partido diferente: yá veremos que estas ideas aisladas trageron mas confusion en la therapeutica: Chomel, decíamos, halló los obstáculos de la clasificacion piretológica, y de la monotomía piretológica cuando quiso fijar el método curativo. «El tratamiento, dice, de la enfermedad typhoidea es uno de los puntos mas dificiles y mas oscuros de la medicina práctica. Entre las causas que han contribuido á entretener la oscuridad que reina aun sobre esta parte importante de la historia de la afeccion typhoidea, es necesario colocar en primera linea la marcha misma de la enfermedad, las modificaciones buenas ó malas que ofrece en su carrera natural, y la incertidumbre en que se está, mientras toda su

duracion, sobre el resultado definitivo.» Nosotros no vemos oscura la indicacion en esta enfermedad, lo que vemos es que hay indicaciones que no le pertenecen pero que se deben llenar; lo que vemos es que se confunde la fiebre con sus accidentes; lo que vemos es que el médico agota sus recursos muchas veces infructuosamente porque el mal puede mas que nuestros recursos; lo que vemos, enfin, es que el poder, ó energia de la causa morbosa, las influencias de la estacion y topográficas, las disposiciones individuales, el descuido ó abandono, y otro gran número de concausas hacen variar notablemente los sintomas de invasion, la energía ó insidiosidad del mal, el exito de los remedios y la benignidad ó fatalidad de las terminaciones. Mr. Chomel quiere sentar como una proposicion demostrada un error estadistico. «En cada método de tratamiento, dice, la mortalidad general ha sido bastante fuerte para demostrar su influencia; en alguno no ha sido tampoco bastante grande para demostrar evidentemente su peligro. El mismo método racional, en el cual el tratamiento está modificado segun la forma y el periodo de la enfermedad, no tiene á su favor una proporcion de sucesos tal que se pueda claramente establecer su superioridad sobre los otros metodos.» Este articulo de Mr. Chomel es sobradamente lamentable. Esa estadística que en nuestros dias tanto se proclama como la base de las verdades prácticas, es falaz en patologia como ya lo hemos visto (CVIII, 152 y sig.) Los métodos mas contradictorios la buscan por base, y ó es falsa su deduccion, falsos los datos estadisticos, falsos sus corolarios, ó lo que ningun médico dirá, la ciencia patológica, en la parte therapéutica, es una ilusion, un fantasma, una ficcion. Esos cálculos estadísticos engañan, porque la enfermedad es,

segun las epocas, mas ó menos intensa, de mejor ó peor carácter, segun las estaciones favorables ó adversas, y la que hoy solo reclama observacion y plan espectante, en otra época pide un método enérgico que ni tampoco basta à veces. Las epidemias typhoideas, typhicas nos demuestran esta verdad. Chomel, cuyo tratamiento citaremos luego, no se demuestra gran partidario de la sangria, y solo nos dice que le parece útil, aun en los casos mas simples de la enfermedad typhoidea, hacer al principio una sangria del brazo, que tiene por primer efecto el de disminuir la cefalalgia y de aproximar su terminacion. «Resulta, dice, de las tablas publicadas por Mr. Luis, y de las observaciones que hemos hecho despues de esta epoca, que una sangria practicada al principio de la enfermedad ejerce una influencia favorable sobre la duracion y terminacion de la enfermedad.» Demasiado vaga es esta prescripcion por mas cierta que sea, y sobre ella nadie puede cimentar su practica racional. Sangrar ¿por qué? ¿cuando? ¿para què? ¿quien la reclama? Chomel vacila entre el método prudente, en muchos casos, de la espectacion, y el tratamiento sintomático segun sobresalgan la ataxica ó la adinamia, y su gravedad.

202. Mr. Luis partidario de la afeccion intestinal, y de las ulceraciones foliculares no era partidario de la sangría apesar de su pensamiento flogístico. Considera útil una sangría ó dos, segun las circunstancias y mas ó menos largas, pero cree que «no esté demostrado que un mayor número de sangrías pueda ser favorable á la terminacion ó á la marcha de la enfermedad, y que sería en vano que se intentara multiplicar su número para apagar, bajo su influencia, el movimiento febril.» Tiene razon: ya conoce-

70

remos luego ese método jugulador que rechazaremos con todas nuestras fuerzas en la verdadera fiebre primitiva ó secundaria, y en los typhus todos. No se apagará el mal: se conseguirá, sin duda, apagar la calentura, y con ella se apagará la vida, el resorte vital tan necesario para vencer la afeccion typhoidea. Pero Mr. Luis se declara contrario á las copiosas y repetidas sangrías sin que sea la causa de esta oposicion el no ver como enfermedad flogistica á esta enfermedad, sino porque no es jugulador, no conoce estas jugulaciones ni aun en las inflamaciones: y tengamos presente que las inflamaciones mismas necesitan para una verdadera resolucion que el organismo no se depaupere y que conserve bastante vitalidad que se destruye con el método jugulador que lleva los organos á la supuracion. Pero no nos estralimitemos. Mr. Luis cree que la afeccion typhoidea bien caracterizada no es susceptible de ser jugulada, lo que cree estensivo á las peripneumonitis, y otras enfermedades inflamatorias. Mr. Chomel y Mr. Luis, son partidarios prudentes de la sangría en la fiebre typhoidea, pero realmente no apoyan, como se debe hacer siempre que se puede, y se puede en el mayor número de casos, la prescripcion del remedio en un sólido razonamiento, y lo mas que hacen es recurrir á la experiencia que favorece á los que sangran, como á los que no sangran, y á los que sangran con prudencia como á los que quieren con este recurso jugular la enfermedad. He aqui porque insistimos tanto en esta materia, en la que ni se nos dice por que sangra, ni para que se sangra, ni que indicacion lleva la sangría en esta enfermedad. De aqui tambien la duda de los médicos, y sobre todo de los para quienes escribo, de los jóvenes por-

que realmente nadie nos dijo el efecto de la sangría, ni su indicacion; porque esa idea de dominar la calentura, el elemento flogístico, no es dominar la enfermedad díganlo sino el mismo Mr. Chomel y Mr. Luis: se sangra y la enfermedad se exaspera; se sangra y la enfermedad marcha siempre grave, y llega un momento y el médico quisiera sangre en las venas, energía en el organismo. Respetamos la circunspeccion de Mr. Chomel y de Mr. Luis; luego diremos por qué. Mr. Hervieux en la epidemia que ha reinado en Paris en 1857 no recurrió á los antiflogisticos supliéndolos con las ventosas escarificadas al abdomen para combatir el meteorismo y la sensibilidad de las paredes de esta cavidad.

203. Vamos á ver como piensa el respetable Bouillaud sobre la sangria, base del plan antiflogsitico en la fiebre typhoidea. Acaso no debieramos ocuparnos de esto pues [que reconocido sus formas typhoideas facil nos sería deducir su tratamiento. En autores que no razonan, y que solo esponen, ó deducen se pueden ver sus corolarios de muy diversa manera, pero en Bouillaud no sabemos como disculpar su pensamiento misto, contradictorio en una misma enfermedad. Ya no hablaremos de su *angio-carditis* á la que se une el elemento séptico, porque esta enfermedad no la conocemos; mas digo, no creo que exista, pero fijémonos en el typhus nostras, y en la fiebre typhoidea, que para él son enfermedades diversas, y diversas tambien de su *angio-carditis* typhoidea, y para todos de diversa naturaleza é indole, pero identicas para nosotros. «En el typhus europeo, dice, el tratamiento curativo se compondrá, como él se compone, de dos grandes elementos, á saber; elemento antiséptico, y elemento antiflogistico, com-

binados en justa proporcion. Desgraciadamente los AA. no nos dan bajo este aspecto regla alguna (ya procuraremos darla nosotros nó á Mr. Bouillaud, que le respeto demasiado para darle consejos, sino á nuestros discipulos), ni fórmula alguna positiva. Hasta tener mayor experiencia no puedo mas que referirme á lo que digo ocupandome de enfermedades que tienen la mayor relacion con la de que se trata, tales son la entero-mesenteritis typhoidea y el muermo agudo.» Veamos como formula su tratamiento antiflogistico-typhoideo. Es tan notable esta práctica que nos obliga á ser exáctos en su descripcion. Por supuesto que Mr. Bouillaud sangra hasta que los fenómenos sépticos predominan y ocupan el lugar de providas reacciones: sangra, no contra la afeccion séptica, typhoidea, ó ataxica, sino contra la reaccion circulatoria: en esto sigue á Broussais, sacar sangre hasta la anemia. «El tiempo, dice, mientras el cual conviene emplear las emisiones sanguineas es el que mide el primer período, ó el periodo esencialmente inflamatorio de la enfermedad, aumentado con los dos, ó tres primeros dias del segundo periodo. Pasado este tiempo se puede bien, sin duda, como lo hemos practicado en los primeros tiempos en que hemos formulado de diverso modo que nuestros antepasados, las emisiones sanguineas aplicadas al tratamiento de la afeccion dicha fiebre tiphoidea, se puede, digo, recurrir aun á este método, pero no yá con un suceso igual al que se obtiene en la época anterior, y que por esta razon se pudiera llamar de *oportunidad:* asi es que hace algunos años hemos renunciado casi completamente á las emisiones sanguineas, siempre que los fenomenos typhoideos predominen sobre los fenómenos inflamatorios, y que sucede esto á los siete,

ó nueve dias, y aun mas tarde cuando invadió con violencia porque entonces estamos autorizados para pensar que ya se han formado ulceraciones mas ó menos numerosas con sus consecuencias conocidas. Renunciamos entonces á las evacuaciones sanguineas con tanta mas facilidad que además de estar *contraindicadas* formalmente porque favorecen el movimiento de reabsorcion séptica que se efectua en este periodo y por consiguiente la infeccion de la masa sanguinea, no sería por otra parte yá posible hacerlas en la cantidad precisa para que fuesen realmente eficaces contra el trabajo inflamatorio que aun persiste, sea en el organo primitivamente afectado, sea en los sistemas afectados secundariamente.» Muy embarazado debe hallarse Mr. Bouillaud para llenar á un tiempo dos indicaciones tan esenciales, cuales son la de la inflamacion de los folículos, y la de su estado séptico, porque en buen raciocinio la septicidad es el antitesis de la flogosis. Veamos como formula las evacuaciones de sangre por su nuevo método, su formula que aplica á todas las enfermedades flogisticas, á la fiebre typhoidea, como á la pneumonitis. Establece tres grados de intensidad en esta dolencia. En los casos graves y muy graves que sobrevienen en sugetos de 16 á 35 años, de una fuerza y constitucion mediana. manda hacer cinco ó seis sangrias de tres á cuatro tazas (de 4 lib. á 4 1|2) en el espacio de tres á cuatro dias; pero los casos de una estrema gravedad, y sobre todo en sugetos muy fuertes y vigorosos podrán reclamar una ó dos sangrías mas; mientras que, por lo contrario, los menos graves de esta categoría podran ceder á cuatro ó cinco sangrías. En los casos de mediana gravedad tres, cuatro ó cinco sangrías de la cantidad indicada. La formula

para los casos leves es de dos ó tres sangrias de la misma dósis. Seguramente; el movimiento febril se apagará, ó se rebajará, pero el mal seguirá su curso como lo cree Mr. Luis. ¿Y por qué? porque el mal no es la flogoris, si la enfermedad es verdaderamente una fiebre. En la epidemia de esta clase que acabamos de sufrir, y que casi reinaron en todas las provincias de España, al mismo tiempo que en Francia, veíamos la enfermedad iniciarse con mas ó menos franqueza yá con el carácter typhoideo, y no observamos esas indicaciones flogisticas que con tanta energía reconoce Mr. Bouillaud. Nobstante un parrafo de su discusion sobre su formula nos hace reconocer al hombre científico. «Me interesa mucho, dice, el insistir fuertemente sobre esta cuestion de la *oportunidad* de las sangrías en la enfermedad que nos ocupa, porque hay un gran número de médicos que no se toman el trabajo de estudiar bien las cosas y profundizarlas, y habiendo oido hablar de la nueva formula de las emisiones sanguineas, se imaginan, en contra de los principios del sentido comun médico el mas vulgar, que es aplicable á todos los casos y á todos los periodos y á todas las formas de la enfermedad. No es asi como se procede en una *escuela* que toma seriamente el titulo de *exacta* y por el cual ha querido distinguirse de todas las demás...... Seguramente no es tan facil distinguir, precisar y categorizar los diversos casos de una sola y de una misma enfermedad, y el aplicarle el método modificandola como acabamos de prescribir, es decir *particularizando y individualizando* convenientemente, el heróico método de las emisiones sanguineas tal cual lo hemos formulado. Lo sabemos mejor que nadie, que despues de tantos años sufrimos todas las

pruebas de esta triste profesion. Empero la salud y la vida de los enfermos son el premio y no puede obtenerse sino con estas duras condiciones. Que este pensamiento este siempre presente en nuestro espiritu y todas nuestras penas, todos nuestros sacrificios de cualquier genero que sean, nos parecerán agradables.» Estas palabras de Mr. Bouillaud revelan su buen espiritu, y proclaman una verdad eterna. Los métodos mas bien fundados estan sujetos á mil modificaciones bajo la influencia de mil circunstancias generales é individuales.

204. ¿No es notable, bajo otro aspecto, esta vacilacion de hombres tan eminentes sobre un punto tan claro, al parecer, de la conveniencia de las evacuaciones sanguineas en las fiebres esenciales que nosotros reducimos y referimos á las variadas formas de la fiebre? Estas controversias, sin duda, de la mejor buena fé, prueban lo dificil que es ponerse de acuerdo cuando la verdadera patogenia no está bien determinada. Porque preguntemos sino ¿cual es la patogenia de la fiebre? ¿es la irritacion *entero-mesentérica* folicular? entonces á qué disputas, sangrad, aplicad sanguijuelas y poned en práctica el plan antiflogistico: todos los demas métodos están contraindicados: elogiemos la consecuencia de Broussais. Pero al oir á Chomel, á Mr. Luis, á Bouillaud, á Andral, no podemos menos de preguntarnos ¿Quien es ese proteo multiforme que asi cambia de naturaleza y que siempre lleva el mismo nombre? ¿Por qué los hechos clinicos no resolvieron este problema, y al contrario, vemos que mientras Broussais y Bouillaud resucitando la práctica de Botal, proclaman como el áncora de salvacion los efectos de las evacuaciones de sangre que su esmerada práctica, sus cálculos estadísticos les proba-

ron, otros hombres tambien de gran nombradía como Chomel, Andral, Mr. Luis, que proclama la importancia clínica de los cálculos estadísticos, prueban que de estos se deduce que la sangría no tiene la importancia que se le quiere dar? ¿Como se hacen estos cálculos? ¿qué valor tienen pues que prueban hechos contrarios, y dan resultados diversos? Digámoslo para concluir. La fiebre se vió en los síntomas, y los síntomas se confundieron en la fiebre: no se estudiaron bien, y el método sintético, verdadera thesis patológica se discuidó poniendo en su lugar su antithesis, el análisis, que nos lleva al examen de los síntomas, que nos fija en ellos y cuya esplicacion buscamos solo en la anatomía patológica. Y se me preguntará ahora ¿son útiles, ó no las sangrías? ¿El plan antiflogístico está indicado, ó contraindicado en la fiebre typhoidea? Responderemos categóricamente. Las sangrías son útiles en muchos casos, en algunos necesarias. La sangría está contraindicada en la fiebre typhoidea. Parecerà esta una contradiccion: ya me esplicaré al hablar del método curativo, pero los que hayan leido mis anteriores páginas comprenderán el valor de lo que parece, á primera vista, un contra-sentido.

205. *Los tónicos y antisépticos.* Nos detuvimos tanto con el plan evacuante y el antiflogistico porque muy diversas escuelas parece que en ellos fundaron todas sus esperanzas therapéuticas, pero en último resultado todas vinieron á convenir en la necesidad de los tónicos y de los antisépticos, si bien Broussais, el mas consecuente de todos bajo el aspecto de su doctrina, rechaza hasta el último punto su administracion. Cuando uno llega al tratamiento de la fiebre typhoidea es tal el laberinto de indicaciones, tal la inconsecuencia de las prescripciones, que

está uno por concluir entregándose al silencio. Pero la verdad, dice un célebre escritor médico, honra la medicina y sirve á los hombres mucho mejor que el error. Ya procuraremos poner en claro nuestro pensamiento therapéutico y solo diremos algunas palabras sobre esta clase de medicamentos, cuya accion sobre el organismo es de una evidencia no contrariada por nadie, y hasta tal punto se santifican sus efectos que desde la mas remota antigüedad merecieron el nombre de *febrifugos*, cuya significacion pareció inexacta é imaginaria á Gouzzi, y lo es sin duda para los que ven tantas fiebres como sintomas predominantes las acompañan, y tambien para aquellos, que son los mas, que siempre que hay calentura ven la fiebre, dependa ó no de una causa local ó no conocida. La fiebre tiene sus febrifugos, como las inflamaciones tienen sus antiflogisticos, y los dolores sus calmantes. Pero si por febrifugos se entienden los remedios que se oponen al calor, à la aceleracion del pulso y á las reacciones generales ó locales, que producen calentura, los *febrifugos* no existen, y si los admitimos tendrémos que buscarlos en todas las categorías, en la sangría, en los refrigerantes, en los sudoríficos, en los anti-tipicos, en los tónicos y hasta en la lanceta que abre un foco de supuracion. La fiebre, llamada asi con propiedad, tiene su patogenia determinada, su marcha fija, su término favorable, ó adverso conocido. En todas las doctrinas y en todas las opiniones que hemos formulado, y en todos los AA. que hemos citado, la fiebre, como los typhus no merecen este nombre hasta que se indican los fenómenos á que se refiere su denominacion, porque nadie cura la fiebre mientras no existe, y asi es que la verdadera curacion comienza con los primeros sin-

tomas typhoideos: en el primer periodo de esta fiebre solo se despeja la incognita, se simplifica la enfermedad, se sacan estorbos, se dirige la naturaleza: he aqui el objeto del plan antiflogistico y evacuante. Pero llegado el periodo typhoideo caemos sin quererlo en el método de los febrifugos, en los que figuraban, en la antigua medicina, los amargos, los aromáticos, los espirituosos, la theriaca, las confecciones tónicas, y un gran número de fórmulas mas ó menos monstruosas, como el Aura de Adriana, el Bezoar potable, el Magisterio Bezoardíco, el electuario kermesino, el febrifugo y tantas otras composiciones ya proscriptas. Pero desde el descubrimiento de la quina, y de sus alcoholoides importantes, este medicamento reemplazó casi generalmente esa formacologia difusa é indigesta de que nos lamentamos.

206. No ignoro que algunos vieron en la sangría el mejor antipútrido, y que se confundieron tambien los antisépticos con los tónicos; pero ¡se ven tantas cosas! Sucede como con el frio y el calor. Se proclama con entusiasmo, *el frio es el mejor tónico conocido*; *el calor es un enervante que debilita*. Nobstante el calor es la vida y el frio es la muerte. Este lenguage anfibológico no lo creo hijo do la ignorancia en ciertos hombres, pero lleva al error y seduce los juveniles entendimientos. La sangría nunca es un tónico y un antiséptico, como la quina no puede ser un antiflogístico, apesar de lo que diga un medico de gran celebridad y que respeto. Detengámonos aqui, porque si fuéramos á determinar la accion verdadera de los remedios tendríamos que entrar en pormenores difusos. Diremos sí una cosa cierta, evidente. Los medicamentos deben observarse en sus tres efectos: 1.° fisico—

mecánico-quimico: 2.° vital: 3.° therapéutico. Este último es el efecto clinico, el que el médico busca, y con esta aclaracion no confundiremos jamás las virtudes de los remedios. La quina, por ejemplo, podrá ser ingrata al tomarla, incomodar, y si se quiere irritar el estómago, pero vigoriza el sólido orgànico, dá resistencia vital, refuerza las condiciones orgánicas de los tegídos y se opone á la septicidad: he aqui su accion therapéutica y como llena su verdadera indicacion. La sangría podrá reanimar el organismo, facilitar el circulo, dará fuerzas al parecer, pero será en la opresion de fuerzas, *opressio virium*, en las pletoras en que el circulo está torpe, en las inflamaciones con intensas congestiones, ó estasis sanguineas, pero este efecto es debilitando, es rebajando el esceso de vigor que oprime, la demasiada vida que ahoga; pero jamás su accion es tónica. Ni es exacto que la putridez se combata con suceso por las evacuaciones de sangre, por mas que se quiera recurrir á la práctica de Sydenhan, de Stoll, de Lombard, de Huxam, de Pringle, de Hoffman, sin hacerse cargo de las advertencias que hacen, y sus serios y prudentes consejos: no las usan como antipútridas sino para contener, dicen, el elemento flogistico, que nosotros veremos siempre como aparente. Ni menos es exacto que la quina y otros antisépticos produzcan el efecto antiflogistico en algunas enfermedades esténicas. Si esto fuera asi ¡que incertidumbre en los efectos de los remedios! ¡que caos! ¡que babel en el lenguage médico! No: los medicamentos antiflogisticos lo son siempre y en todas circunstancias; como los tónicos y los antipútridos egercen siempre esta accion therapéutica.

207. Cada paso que damos en nuestro trabajo es una

nueva dificultad para dilucidar la importante cuestion que nos ocupa, porque no podemos concebir como los AA. vieron posible é indicada la clase de medicamentos tónicos en las intensas inflamaciones, y muy especialmente en unas inflamaciones sobre cuyo sitio van á obrar esos remedios tan ponderados como incendiarios. Bien se que se me dirá que la cirugía nos da ejemplo de hechos semejantes; inflamaciones esteriores que llevan la parte que invaden á la ulceracion putrida, á la mortificacion y á la gangrena que reclaman los tonicos y los tónicos espirituosos, aromáticos: pero entonces pasó el estado flogistico; entonces el mal es local, entonces la parte muere y se elimina parte del tegido, y en los intestinos todos estos estados son la muerte, y entonces inútiles todos los recursos. Nobstante por todos se recomiendan los tónicos y los antisépticos y no se crea que esta inconsecuencia en los planes es desde la proclamacion de la doctrina de Broussais, porque Stoll, observador profundo, pero humorista decidido, y que quiso siempre comprobar por sus autopxias sus diagnósticos, veía la bilis produciendo la irritacion, y la inflamacion gastro-intestinal y la fiebre maligna, que combatia con los eméticos y los tónicos que aconsejaba Hoffmann, como Huffeland, como Pinel, como Mr. Luis. como Grissoll y Bouillaud. Pero hé aquí los problemas gravisimos que tenemos que resolver: 1.° ¿Estan indicados los tónicos y antisépticos en la fiebre? Si lo estan ¿cual es la epoca de su administracion? Problemas, repito, cuya solucion pudiera dar materia para componer otro libro. Nosotros, nobstante, los traemos resueltos desde que sentamos cual era la patogenia del mal y cual la modificacion que convenía llevar al organismo. Es para nosotros una cosa evidente que los toni-

cos, los antisépticos ácidos y salinos son los medicamentos que la patogenia de la fiebre reclama desde el momento en que los sintomas indican este estado y la enfermedad toma este nombre, y probaremos luego, al fijar el tratamiento, que esta indicacion no existe en todo su valor mientras no reconocemos que la causa séptica domina la resistencia orgánica, si bien debe ser nuestra suprema idea aun en los momentos en que veamos la necesidad de sacar sangre: esto será muy fácil de comprender.

208. La quina, los acidos minerales, las preparaciones salinas, el vino generoso, y los cloruros, y los revulsivos, hé aqui el método, ó plan tónico, antiséptico que mas en voga es admitido hoy por todos los médicos cualquiera que sea la escuela á que pertenezcan. El arnica, la valeriana, la serpentaria. el alcanfor, el ópio, el eter, el acetato de ammoniaco, llenan algunas indicaciones secundarias. La primera clase se usa por todos contra la fiebre con tendencia séptica; la segunda se aconseja para la maligna, ataxica. Nosotros que no las vemos sinó bajo un mismo prisma podemos ó no combinar estos dos métodos; el antiséptico y antiespasmódico: el 1.° con gran fé; el 2.° con desconfianza, y luego diremos por qué. Chomel combina con decision en los casos graves estas dos clases de medicamentos y la quina, el vino, el alcanfor y el eter le parecen remedios que ejercen una accion tónica poderosa, sin que tema nada de su administracion, pues que la anatomia patológica, piedra de toque de las doctrinas modernas y prisma único para algunos de la verdad, demuestra «en los que han muerto de fiebre typhoidea despues de haber hecho uso de los tónicos que *las ulceras de los intestinos ó las placas perceptibles no ofrecen nada en*

su aspecto que indique que los tonicos hubiesen ejercido sobre estas lesiones influencia alguna dañosa, y por io contrario se hallan con frecuencia evidentemente en via de cicatrizacion ó de resolucion.» Luego no fueron ellas la causa de la muerte sino la intoxicacion séptica. El D. Drmment admite como verdadera indicacion en la fiebre typhoidea con forma adinámica el uso de la quina, del alcanfor, del vino y el eter: pero en la forma ataxica no vé con claridad una indicacion fija que las circunstancias deben marcar. Baglivio, Huxam, Sarconne han preconizado los escitantes; Lafont compara la estadistica del typhus hospitalario que reina con frecuencia en el hospital de Viena, y que hallamos en las obras de Stoll y de José Frank, probando la preferencia del metodo escitante y tónico sobre el debilitante. La experiencia propia hizo conocer á Lassonne la necesidad de refugiarse al método tónico para curar los typhoideos que se le morian por el método antiflogistico. Enfin Mr. Bouillaud no parece tener gran fé en los planes tónicos, y recomienda los cloruros, y el carbon pulverizado en los sugetos que ofrecen en alto grado los fenómenos de septicidad local y general: mucho trabajo le cuesta el recomendar la quina, en un estado grave, porque sin duda despues de haber agotado su forma antiflogistica mal efecto hacía la proclamacion de los tónicos.

209. Yo hallo alguna diferencia entre los tónicos y esos medicamentos que aconsejan en lo que llaman forma ataxica, y que son tomados de los escitantes y antiespasmodicos. y esta diferencia está apoyada en las diversas indicaciones que los AA. quieren llenar con ellos. Dige ya y lo repito, que la quina, el vino, los ácidos vegetales y minerales, los mismos cloruros y aun el carbon recomendados

ultimamente tienen condiciones evidentes, seguras, y que por consiguiente los tónicos y antisèpticos están representados por la eficaz virtud de las sustancias dichas; pero que cuando se trata de buscar remedios que ejerzan su accion sobre el desarreglo del sistema nervioso hay mucho de impotencia en la materia médica: por esto repeti yá que la fiebre mas grave era la de la forma ataxica; aquella en la cual la causa ó agente morboso, y deletereo fijaba su accion particularmente sobre los centros nerviosos, que afectaban, á lo menos, con preferencia por causas locales ó individuales. Por esto cuando los AA. quieren fijar el metodo curativo en esta forma ataxica, nerviosa, cerebral, dudan, vacilan porque la experiencia demostró su dudosa eficacia. El alcanfor, el almizcle, el eter, el licor de Hoffmann, la valeriana, el arnica, la serpentaria, el spíritu de cuerno de ciervo succinado, el acetato de ammoniaco son medicamentos que no pueden colocarse al lado de la qnina, de los ácidos, de las sales neutras, del vino en su clase de tónicos, y pertenecen tambien á los antiespasmodicos. Jamás hemos visto que los enfermos soportasen bien el alcanfor, y en caso de reclamarlo los sintomas nerviosos lo hemos usado en enemas. Yá Tralles temía su uso por escesivamente escitante, y Geofroy dice causa el pervigilio y pesadez de cabeza, apesar de que Tralles le consideraba como refrigerante. Las observaciones de Mr. Alejandro prueban bien que este medicamento debe darse con grandes precauciones, aun cuando Calliseu y Barthez lo aconsejen en las calenturas biliosas y fiebres intermitentes. Lo mismo debe decirse del almizcle, de la assafetida, del eter, de la valeriana, porque tan solo estan reclamados por fenómenos nerviosos, mas ó menos graves, y no dirigen

su accion á la causa, ni á la patogenia del mal. El almizcle es un poderoso antiespasmodico, y en casos especiales de convulsiones, fenómenos tetanicos parciales es muy útil. Cuando el cerebro se halla gravemente afectado bajo la influencia typhoidea debe administrarse combinado con el alcanfor, pero en enemas. Alibert dice haberlo usado con feliz exito en una fiebre cuyos fenómenos eran ataxícos. En el mismo caso, cuando hay temblores, mucho salto de tendones lo aconseja Quarin. Pienso de la misma manera sobre el arnica, la serpentaria, el acetato de ammoniaco que llenan indicaciones parciales, que muchas veces tenemos que llenar pero sin olvidar las principales. Los fenómenos ataxicos causan desaliento por la dificultad con que obedecen á esos remedios que unos preconizan, y otros juzgan inútiles, ó perjudiciales: tal sucede con el arnica, poderoso escitante. Stoll en la constitucion médica del año 77 aconsejaba el cocimiento, y las flores pulverizadas de arnica, y la raiz de esta misma planta, á la que llamaba antiséptica, y no solo en su fiebre bilioso-pituitosa, sino en su forma maligna, y en la diarrea que la acompañaba. Nobstante algunos dudan de su eficacia, pero yo creo que merece ocupar un lugar preferente cuando se trata de los tónicos escitantes ó antiespasmódicos. Ni aconsejaremos esa profusion empalagosa de algunas fórmulas, ni simplificaremes tanto que reduzcamos á la nulidad la materia médica.

210. La therapèutica tiene una parte flaca, y otra mas fuerte, pero la naturaleza suple en aquella su impotencia, y en esta se nos presenta franca y noble. La malignidad de las fiebres estriba especialmente en la poca claridad de un mal grave, y en afectar especialmente el sistema nervioso. Contra esta malignidad tenían los antiguos sus *ale-*

xifarmacos. sus bebidas *anti-malignas*, como puede verse en nuestros escelentes prácticos. Miguel de Heredia y Andres Piquer manejaban su triaca, su *julapium moschatum*, su *diascordio de Fracastor*, la *confeccion de alquermes, la de jacintos*, la *gentil-cordial*, el *bezoardico de curvo* que aun vemos en nuestra farmacopea Hispana con otras varias de las formulas que he citado, sobre cuyo objeto pueden leerse todos los prácticos hasta principios de este siglo. Yá veremos si alguna vez podemos tener alguna confianza en ellos porque nosotros no desechamos lo viejo por serlo, ni lo nuevo nos seduce. Asi es que observamos con disgusto que á Piquer le inspire confianza en la fiebre maligna el *bezoardico animal porque las partes espirituosas de la vivora ayudan á espeler el veneno que es causa de la dolencia*. Sería nunca acabar si fuesemos á recorrer uno por uno los remedios aconsejados para la fiebre, ó las fiebres; bastenos ocuparnos de los que tienen una reputacion sentada y notable influencia en la marcha del mal.

211. *El sulfato de quinina* fue uno de los descubrimientos mas felices de la ciencia. Los botánicos españoles merecieron bien de la humanidad por habernos hecho conocer la quina, que la quimica estudió en todos sus elementos. Los trabajos de Mutis, de la Condamine, de Ruiz y Pavon, Humboldt y Bompland, como botánicos; los de Forti, Gastelher. Werlhoff, Quarin, Pinel y de Bretonneau, Bouchardat y Alibert, Double y otros sobre el objeto que nos ocupa; lo mismo que los descubrimientos quimicos de Pelletier, y Caventou, de Vauquelin y Henry para presentarnos el sulfato de quinina, son verdaderas epocas en la historia de la ciencia. Se vé, por algunos, en el sulfato de quinina casi un especifico para la fiebre, admi-

nistrado en altas dósis; pero los resultados, dice Mr. Bouchardat, que se han obtenido no son ni bastante comprobados, ni bastante constantes para que se pueda adoptar esta practica como método general de tratamiento: solo en algunos casos escepcionales podrá tener lugar. Despues que Double, Chomel, Magendi han demostrado sus propiedades febrífugas, se emplea el sulfato casi esclusivamente para combatir las fiebres intermitentes con una seguridad que jamás he visto desmentida, aun en los casos en que yá se hubiese producido el infarto hepático y esplénico y aun el anasarca, ó hidropesía general. No es lo mismo en la fiebre continua; en ella es mas dudosa su eficacia apesar de todos los elogios prodigados por algunos, pero que no fueron comprobados por la experiencia. Mr. Jubiot acaba de presentar á la Academia Médica de Marsella una memoria sobre el typhus de Crimea con cuya opinion me hallo completamente conforme por lo que respecta al uso del sulfato de quina; por lo demás sus ideas sobre el no contagio, y sobre la no identidad esencial del typhus y la fiebre typhoidea, he dicho ya, está muy distante de la mía, apesar de que respeto su talento observador. Dice hablando de la therapeutica «Espaciad las camas; ventilad mucho, desembarazad las salas y triunfareis del typhus. La higiene domina toda la therapeutica. En cuanto al tratamiento propiamente dicho he empleado al principio con suceso los emeto-catarticos: despues recurría á todos los tónicos, vinos generosos, quina etc. *Cuando la forma era periódica administraba el sulfato de quinina.*» Hasta aqui me parece bien el consejo de Jubiot, pero no puedo admitir que el opio, y la beladona convengan en la forma ataxica. En la forma adinámica, dice, usó del alcanfor. «Evi-

tad, advierte, sobre todo las emisiones sanguineas.» Mr. Lhuillier, á quien yá hemos citado, dice tambien que el sulfato de quinina solo es util cuando la fiebre typhoidea se acompaña de accidentes intermitentes de origen paludiano. Pienso de la misma manera. La quina es, sin disputa, el primero de los tónicos, como los ácidos minerales el primero de los antisépticos: el sulfato de quina el gran recurso de las fiebres tipicas y de las en que se notan exacerbaciones y remisiones notables.

212. MM. Bouillaud, Rostan y Grisoll se hallan encargados por la Academia de Medicina de Paris de ensayar el sulfato de quinina en la fiebre typhoidea que Mr. Desvanoes considera como el específico de esta enfermedad en una memoria leida en la sesion del 16 de Agosto. Mr. Desvanoes deduce las consecuencias siguientes de sus observaciones sobre este importante objeto. 1.ª Que el sulfato de quinina es el especifico cierto de la fiebre typhoidea: 2.ª Que con su sola administracion la enfermedad se detiene y se cura: 3.ª Que la duracion del tratamiento no debe exceder de 12 dias: 4.ª Que la convalescencia es muy rápida. Esperamos con ansia el dictamen de tan notable comision, y por nuestra parte adelantamos nuestro modo de pensar. En el gran número de fiebres que en este verano he visto y que por su rebeldía parecían muchas veces desafiar toda la therapéutica, he tenido lugar de ensayar el sulfato de quinina, pero no he adquirído el convencimiento de su especificidad. Cuando los enfermos presentaban la sequedad de la lengua ó gran sed, y gran postracion, ó afeccion profunda del sistema nervioso he sacado ventajas del cocimiento de quina simple ó compuesto. He notado que cuando la fiebre presenta remitencias

muy notables con lengua humeda y plana el sulfato de quinina es un poderoso recurso. No dudo de los buenos efectos del sulfato de quinina, al contrario lo considero un gran remedio en circunstancias bien medidas por el Profesor. Mas digo; aun veo al sulfato como la unica ancora en ciertas formas de la fiebre typhoidea como luego veremos.

213. Este fuera sin duda el lugar de hablar de la accion therapeutica de este especifico poderoso sobre el organismo: acaso de esta discusion resultaría su especificidad en casos dados, y su inutilidad en otros, pero ya hemos dicho lo bastante al estudiar las intermitentes, (165) y al deducir algunas proposiciones (174). Pero debo declararme en verdadera oposicion con los que ven sus efectos irritantes, incendiarios, y arriesgados. En mi práctica jamás, ni una sola vez me ha faltado en las intermitentes, y son falsos todos los exagerados perjuicios de su administracion: falso que produzcan infartos hepáticos é hidropesias. Mis alumnos son testigos de mi fé al administrarlo aun cuando los enfermos atribuían á este remedio sus hidropesías, y sus caquexias que cedían ante este remedio cuando subsistía la intermitente que era su causa. Citaré en prueba un hecho notable. El Sr. D. I. L. llegó á esta con una cuartana y atribuyendo al sulfato de quinina el abultamiento de su higado y de todo su abdomen, el edema de sus estremidades inferiores y todo su lamentable estado. Le indiqué que unicamente ese mismo remedio podía salvarlo: al princípio se resistió pero luego pudo mas la confianza que mis palabras le inspiraban que sus prevenciones. El sulfato fué administrado con el aloes y el extracto de genciana, en fuertes dósis que el enfermo tomó bien è hizo que la primera accesion se retardase,

que no se presentase la segunda y continuando su administracion, con la cuartana desapareció el infarto, y el anasarca. Esta digresion tiene por objeto desterrar la preocupacion de los malos efectos de este poderoso remedio: lo que si importa mucho es que sea bueno, no adulterado y prudente, pero energicamente, administrado. Con estos antecedentes pudieramos ahora hacer la siguiente pregunta, ó mejor proponer este problema. ¿El sulfato de quinina ejerce su accion therapéutica inutilizando, neutralizando, descomponiendo, eliminando la causa especifica, miasmática, paludiana ó telurica que produce las intermitentes, ó tiene su poder específico sobre el sistema nervioso que pierde su susceptibilidad en ser afectado por ella ó adquiere la tolerancia á su maléfica accion, ó bien enfin obra sobre la sangre modificando su crasis producida por la intoxicacion? La resolucion de este problema contribuiría á resolver la cuestion de la especificidad de este remedio en las fiebres typhoideas, y por su resolucion debiera comenzar la resolucion del segundo, á no ser que se quiera unicamente buscar la incognita por la comision en el campo experimental al que llama Dervouves á la Academia francesa, pero el campo de la experiencia jamás contradice á la razon filosofica cuando se la halla; en la una ó en la otra de estas circunstancias debe buscarse la solucion: yo por mi prefiriera hallarla en el exacto razonamiento que nos llevase al hallazgo de una verdad nueva: de esta solucion se pudieran deducir mil hechos prácticos; y de la esperimental solo dedugeramos hechos sobre hechos sin grandes consecuencias fuera de la experiencia pura, siempre, nobstante de grande importancia.

214. *Diluyentes, refrigerantes, refrigeracion.* Debemos

ocuparnos de ese método que data ya de muy antiguo, y que al parecer sostiene cierto prestigio aun entre los médicos de mas nota. El agua es un remedio universal, que *intus et extra* baña al enfermo, le limpia y le depura, y que tiene á primera vista un parecido con otro método empírico de que ya he hablado (CVII) y del que no voy á ocuparme: voy á hacerlo de la humectacion, de la refrigeracion, adoptadas, elogiadas por médicos muy respetables, y que en gran parte hace ó constituye, sino la base de los diversos tratamientos, el ausiliar de todos. No es nueva la idea de la abundante refrigeràcion por el agua fria, y era natural que deduciéndose un gran numero de remedios que el arte aplicó en su origen y la ciencia aprobó despues de los apetitos y deseos instintivos de los enfermos, el agua fresca ocupase un primer lugar en una enfermedad en que hay regularmente esceso de calor y sed morbosa, que si bien es cierto no apaga el agua, consuela por un momento. Asi vemos que el enfermo que delira con fuentes, que pide con insistencia agua fria, la desecha luego, y no halla el gusto y el consuelo que esperaba: esta sed es morbosa, no es la instintiva fisiológica. Pero sea de esto lo que quiera los enfermos piden agua; y á veces solo con agua se curaron; de aqui el que sea muy antiguo este método. Hipócrates, y todos los que egercieron la medicina en los paises calientes vieron con preferencia esa fiebre que llamaron ardiente porque viene combinada, ó afecta con especialidad el sistema hepatico, era la calentura biliosa de Stoll, y recomendaron el uso del agua fria, si bien Hipocrates cree que el elemento bilioso la vuelve biliosa. En el cólera-morbo, typhoidea asiática, hay una sed inestinguible ¿qué sucede?

que el enfermo la llega á repugnar; tiene sed, pero no quiere beber, y la espulsa por el vómito. Galeno dice que en las fiebres continentes hay dos remedios, *detractio et potio frigida.* Alejandro Traliano piensa de la misma manera y quiere que despues de sangrar, y si no se puede sangrar, de todos modos se refrigere, que se humedezca, que se atenue, *et tunc audacter aquam frigidam exhibeto:* pero nos advierte que no se dé el agua fria si no hay señales de coccion, si el enfermo está muy pobre de fuerzas, si hay que temer la septicidad. Lo mismo piensa Pablo Ægineta, y el mismo Celso, que la aconseja hasta saciar, *aqua frigida bibat etiam ultra satietatem.* Los medicos arabes abusaron dándola sin regla ni consejo, no respetando el tiempo ni la coccion. Nuestro Piquer, despues de presentar sus razonamientos sobre el modo de obrar del agua fria dice, que si la *dieta aqüea* merece el nombre de remedio será de aquellos cuyo uso es tan peligroso como los mayores males. Tambien esto me parece una exageracion, pero era asi preciso decirlo en un tiempo en que los médicos se hicieron partidarios de los árabes y daban motivo á las sátiras y diatrivas del Dr. Sangredo, y de los médicos del agua. Federico Hoffman dice que en la fiebre ardiente, *aquæ frigidæ potio, á veteribus eximie cóllaudata, heroicum hoc in morbo et magnæ eficatiæ est remedium.* Aconseja la prudencia y circunspeccion en su uso, y que en la fiebre colérica es un gran ausilio. Es Hofman un acérrimo partidario del método humectante bajo diversas formas y sus preceptos médicos están llenos de útiles consejos. José Frank teme con razon el uso del agua fria en el typhus tanto interiormente como en apósitos, y ya veremos que casos reclaman el frio sobre la cabeza y

que precauciones exige: pero al citar á Han y Theden, que aconsejaban el agua de pozo en la fiebre nerviosa se hace partidario de Wight y Currier proclamadores de las lociones y aspersiones del agua fria en las calenturas nerviosas, con tal que se pesen con madurez las diferentes circunstancias que reclaman su uso: ya veremos cuales son.

215. Se ha colocado al frio, dice Rostan, entre los remedios antiflogisticos. Segun su grado, su modo de aplicacion y la duracion de su accion el frio produce sobre el organismo efectos enteramente opuestos, su virtud es ciertamente debilitante. El frio, dice, en otra parte, aunque es esencialmente fortificante no es de ningun modo conveniente sino en el estado fisiológico.» El frio siendo la negacion del calor no puede fortificar, no puede ser tónico, es debilitante en su esencia, y si tiene esa virtud de corroborar, no se debe asimismo sino al organismo que rechaza su accion: seamos siempre exactos en el lenguage. Mr. Recamier combatía la forma ataxica adinámica con las irrigaciones de agua fria sobre la cabeza mientras algunos minutos. El agua fria ó tibia en afusiones sobre todo el cuerpo y especialmente sobre la cabeza, ha sido muy proclamada. Este tratamiento no solo lo juzgamos inutil sino perjudicial. Monneret dice, que se podrían reemplazar las afusiones frias por algunas pràcticas de la hidroterapia dirigida con prudencia por una mano experimentada. Tampoco creo aceptable esta indicacion de Monneret, pero sí admito la importancia de la dilucion de los antiguos; beber, humedecer mucho es siempre muy conveniente. Piorry es de esta opinion y con él todos los médicos prácticos cualquiera que sea la forma que represente la enfermedad, y acomodando la cualidad del liquido á la forma que se

combate. Enfin, Mr. Lhuillier advierte que la medicacion por el agua fria ha producido algunas veces buenos resultados substrayendo el esceso de calor, y escitando las funciones de la piel. El D. Hervieux ha usado del hielo interiormente en pequeños fragmentos sobre todo en los vomitos rebeldes, pero no cree comprobada la utilidad del baño general. ¿Como es posible sumergir á un enfermo con los sintomas de una verdadera fiebre en un baño general?

216. *Refrigeracion.* Quiero consignar á parte mi opinion sobre la *refrigeracion craneal*, porque proclamado este metodo con elogios escesivos, seduce y compromete al enfermo y al profesor. Sería preciso conocer exactamente las leyes de la propagacion del calorico en los cuerpos vivos que tan bien han estudiado Drespretz y Pelletan. No nos ocuparemos de ellas, pero diremos sí que existen en el organismo fenómenos que demuestran la existencia de *corrientes caloriferas* independientes de las leyes de la calorificacion fisica, y que se hacen muy notables en las personas nerviosas y en diversos estados patológicos. No pudieramos presentar con mas claridad ni tan bien como Lepelletier las precisas nociones que en este momento nos importan. «Los efectos therapéuticos de los refrigerantes locales, empleados bajo el título de revulsivos han ocupado yá mucho á los médicos observadores en todos los paises y en todos los tiempos. Fijandoños sobre su uso en una de las enfermedades mas graves del hombre, *en la encefalitis*, si abrimos los archivos del arte para consultar los resultados y las opiniones sobre este objeto vemos al lado de grandes curaciones, los efectos mas evidentemente funestos, y en lugar de la confianza y de los elogios mas espresivos, las criticas, el abandono esclusivo. Nosotros ha-

llamos mas bien en el defecto de conocimientos relativos á la teoría de la refrigeracion orgánica y en la irregularidad de su empleo, las causas de estas desidencias y de estas opiniones entre prácticos igualmente habiles. Antes de poseer los unos, antes de efectuar el otro segun reglas positivas, hemos aplicado los refrigerantes frecuentemente con suceso, algunas veces con perjuicio: ilustrado por la experiencia y el razonamiento estas aplicaciones nos han parecido constantemente favorables, y algunas veces maravillosas en sus efectos. Para comprenderlas bien y para asegurar su exito volvamos al principio fundamental. Todas las veces que un refrigerante muy energico se halla sobre una de nuestras partes sensibles y que esta aplicacion es pasagera no tardan en presentarse dos fenómenos importantes: 1.° *La aceleracion de las corrientes caloriferas de todos los puntos hácia el lugar de la refrigeracion:* 2.° *La acumulacion de una cantidad mas ò menos considerable de calor en este mismo sitio.* El primero de estos efectos es producido por la diferencia considerable que se establece instantaneamente entre la temperatura de la parte sometida á la experiencia y la de otras divisiones del organismo; el segundo por el defecto de sustraccion del calorico superabundantemente dirigido hácia esta parte habiendo sido subitamente suprimida la causa refrigerante, no pudiendo detenerse inmediatamente la impulsion de las corrientes caloriferas determinada por la accion momentánea de la refrigeracion. Cubriendo inmediatamente el craneo con el hielo en la carrera de una encefalitis, suspendiendo estas influencias locales algunas horas para volver luego á ellas, se determina la actividad de las corrientes caloriferas precisamente hácia el encefalo y por consiguiente la acumu-

lacion del calor en este órgano. Estos dos resultados, contrarios á los que se quieren obtener, producen tambien la irritacion y hacen algunas veces mortal una flegmasia que hubiese sido posible curar evitando estas perjudiciales influencias: con tan graves inconvenientes el uso del frio no debiera jamás entrar en la therapéutica médica y comprendemos actualmente los motivos de aquellos que lo han enteramente proscripto. Nobstante esta esclusion no está fundada, porque parte de falsos hechos y se funda sobre un vicio de aplicacion. Dos circunstancias principales hacen el efecto de la refrigeracion perjudicial: 1.° *Su influencia demasiada repentina:* 2.° *Las intermitencias de su accion*: es necesario evitarlas y este medio poderoso conservará todo su valor. Ved aqui las reglas invariables que es necesario seguir en todas estas medicaciones: 1.° *Graduar insensiblemente la disminucion de la temperatura del refrigerante en su aplicacion*; 2.° *Continuar éste mientras toda la enfermedad sin ninguna interrupcion ni aun momentanea;* 3.° *Elevar por grados inapreciables esta misma temperatura cuando deba suspenderse la accion del refrigerante*. Asi en los primeros momentos de la aplicacion deberá emplearse con intérvalos de una á dos horas, segun la disposicion del sugeto, el agua á la temperatura de la atmosfera, el agua de pozo, la nieve, el hielo, continuar este mientras toda la duracion del tratamiento, y en los últimos instantes de esta aplicacion, cambiar progresivamente con los mismos intérvalos en la transicion del hielo á la nieve, al agua de pozo, y al agua de ordinaria temperatura para suprimir despues esta aplicacion. Procediendo asi las corrientes caloriferas no se activarán peligrosamente para los órganos flogoseados y al contrario estos esperimentan-

do un refriamiento lento y graduado, caerán en un estado de torpeza, de adormecimiento que dismin uirán y paralizarán frecuentemente los esfuerzos destructores del movimiento inflamatorio. Cuando este enfriamiento profundo se haya obtenido es unicamente cuando debemos contar los felices efectos del medio que indicamos; y por la continnidad igualmente de este estado es como se puede garantir su ulterior eficacia sea para impedir la invasion de una flegmasia, sea para combatir una inflamacion ya existente. Los principios y las reglas que acabamos de establecer son aplicables á todas las modificaciones higiénicas y therapéuticas del frio sean locales, sean generales: ellas nos dirigirán siempre con discernimiento y suceso asi en el tratamiento de una diatesis de los ligamentos, de una entorsis, como en una cefalitis y en una asfixia por sumersion. Nos esplicarán tambien, en el primer caso, los inconvenientes positivos de una refrigeracion egercida sin medida. y sin razonamiento; en el segundo, los peligros inminentes de una acumulacion de calor demasiado prontamente efectuada, pero en una y otra circunstancia, los funestos efectos de las corrientes caloriferas mal dirigidas, y su influencia, como maravillosa, cuando se hallan sometidas à leyes mas naturales y mas fisiologicas.» Es tan dificil la exacta y esmerada refrigeracion que casi optamos por su abandono. Está nobstante indicada en la verdadera *cefalitis* en la intensa *enteritis*, y no se crea que estas enfermedades son nuestra fiebre, ni aun la fiebre ataxica, ni la fiebre cerebral de los AA.; nó. Aquellas son verdaderas flegmasias cerebrales ó intestinales que nada tienen que ver con la afeccion encefálica que acompaña la fiebre y que tiene, un carácter propio no verdaderamente flogistico. Hé aquí

la causa de los sucesos graves que acompañan la refrigeracion en esos estados encefalicos que vienen en la fiebre, en la que este medio trae graves inconvenientes. Pero cuando bajo la influencia de fuertes insolaciones, de intensas pasiones de animo escitantes en sugetos robustos, ó de un ejercicio inmoderado de las funciones intelectuales se presenta la encefalitis con intenso calor general, ardor en la cabeza, sopor, ó delirio, gran dolor de cabeza, ó aturdimiento doloroso, y otros sintomas que indican la flogoris primitiva de esta viscera, ó secundaria bajo una influencia flogistica, entonces está indicada la refrigeración. Broussais la aconseja, y con el todos los que hablaron de la verdadera cefalitis. Pero se requieren tales condiciones en su administracion que es muy dificil llenarlas. Muchas veces usè este medio; en solo dos casos reconocí su importancia: en otros ví sus malos efectos sin duda por esa dificultad de sostener constantemente la misma temperatura, á veces, por muchos dias. Observé que la suspension de la refrigeracion por el hielo, por solo minutos, había producido grave recrudescencia en el mal y que este suceso se atribuia al remedio. El agua fria es siempre perjudicial porque no se puede casi sostener en un mismo grado su temperatura: en el uso del hielo hay el punto del completo deshielo para mudar la vegiga en que debe hallarse contenida y fijarla como un gorro sobre el craneo. El olvido en que ha caido este metodo prueba bien que sus resultados no han correspondido á las esperanzas, acaso por la dificultad de su prudente uso, y porque se ha aplicado á enfermedades que no eran verdaderas cefalitis.

217. *Espectacion.* Parecerá estraño que dediquemos un articulo á un medio que no puede llamarse tal y que mas

bien parece ser la negacion de todos los métodos. Pero no es asi: hay gran diferencia entre el no hacer nada y ser triste espectador de la muerte, y el saber comprender cuando se debe ausiliar suavemente sin turbar saludables y benéficos esfuerzos. No se necesita menos ciencia para conocer cuando se debe estar quieto poniendo al enfermo á un régimen sencillo y bajo ciertas condiciones que para apreciar los momentos en que se debe obrar. Es posible, es frecuente un plan cientificamente espectante, pero no puede haber una doctrina espectante, porque sería la nulidad. Cierto es que á veces la ciencia es tímida y la ignorancia osada, pero nuestro Hipócrates clasificaba ya estos dos estremos: *timiditas equidem impotentiam, audacia vero ignorantiam artis significat*. Puede convenir á veces en la fiebre que el Médico se limite á observar, á esperar el momento de obrar, contentándose con la dilucion y el régimen· esto es muy científico, muy prudente y necesario; pero si esta reserva es la inaccion, la duda, la perplegidad ó la ignorancia, esta conducta debe juzgarse de muy diversa manera, porque la nulidad no es del arte, es del profesor. Por lo demás en la duda filosófica la razon dicta nuestra conducta, la observacion, la espectacion prudente. Y la razon la dicta igualmente cuando el medico observador cree á la naturaleza poderosa y capaz de vencer el mal con poco ausilio del arte; por esto Hipocrates quería que no la turbásemos en la proximidad á las crisis. *Quæ judicantur et judicata sunt integre, neque movere nec novare oportet, nec medicamentis, nec aliis irritamentis, sed sinere*. No por esto deja de aconsejarnos el metodo activo en dadas circunstancias: *ad extremos morbos exacte extremæ curationes optimæ sunt*. Muchos han sido, en

antiguos tiempos y en la moderna época, los que han aconsejado el método espectante en las fiebres y bastaría leer á Hoffman para convencernos de que es uno de los proclamadores de este medio de curacion. Se fundan todos en las leyes de la naturaleza, son todos *autocráticos,* pertenecen al mas depurado naturismo de Hipócrates. Y notese de paso que tambien en therapéutica no hay doctrina que no vaya ó no quiera buscar á Hippócrates en su apoyo; los espectantes, como los juguladores; los solidistas como los humoristas, y los vitalistas. ¡Tanto es lo que este sabio Griego dice en sus obras! Oigamos á Hoffmann; pero no sea sin advertir que no podemos admitir las consecuencias que deduce de los hechos observados (LVII) pues que si fueran bien deducidos echaríamos mano de aquel sábio consejo de nuestro oráculo griego; *Duo sunt enim scientia et opinio, quarum altera quidem scire facit, altera vero ignorare. Cæterum res sacræ sacris hominibus demonstrantur: profanis id fas non est priusquam scientiæ orgiis initientur.* Dice Hoffmann «Que muchos, especialmente plebeyos, labradores, y los que usan de simples alimentos, y gozan de mas tranquilidad de espíritu se curan de las fiebres agudas, aun muy graves y malignas y pestilenciales, sin ningun medicamento, y sin el artificioso ausilio del médico, con solo la abstinencia, la quietud, la igual temperatura, segura y felizmente por sola la energía de la naturaleza, y de las fuerzas de su organismo, y mucho mejor y con mas seguridad que los ricos y los poderosos que se valen de muy afamados médicos y de sus preciosos arcanos.... *tam evidens et notum est, ut nulla planæ egeat probatione.* Se apoya en la opinion comun y en la opinion de Hippocrates cuando

dice que la naturaleza es la mejor medicatriz de las enfermedades, y en Galeno que asegura, como nosotros lo admitimos que, *sine ejus auxilio etiam medicus nihil solidi præstare possit*. Pero á Hoffmann le contestaremos que dejamos ya sentada la razon por que las fiebres son mas graves en los ricos y en los hombres de ciudad que en los proletarios y labradores: en aquellos toma la faz ataxica; el cerebro se afecta con mas decision y la enfermedad es mas grave y los recursos de la ciencia menos eficaces segun hemos dicho en otro lugar, y aun lo veremos mas claro: en estos, adquiere mas bien la forma adinámica, el cerebro y nervios no toman una parte tan activa en la escena, y los recursos de que el Médico dispone tienen mas energía. No es, pues, la causa de este hecho, que no negamos, el método espectante, ni el método activo sino las circunstancias del enfermo. Si fuera cierto el aserto de Hoffman, el edificio de la ciencia práctica se desmoronaría: por esta razon he proclamado el principio de Hipócrates: á los profanos, que no estan en caso de hallar las causas de los fenómenos observados, no se le debe de iniciar en ellos por temor de que deduzcan contra la ciencia. El mismo Hoffmann hablando de las fiebres epidémicas vuelve á confirmar que es partidario de la medicacion espectante. Nos aconseja que en el uso de los medicamentos tengamos siempre presente este axioma: *nunquam validiora commoventia et volatilia, emetica, purgantia, diuretica nec non sudorifera nimis spirituosa et expellentia, esse propinanda. Nihil enim vi et impetuosè hoc in morbo agendum, in quo naturæ quam maxime viget opus, cui omne nimium inimicissimum, temperata vero et moderata amicissima*. Nobstante con su agua de escorzomera, sus bebidas

nitradas y sus diluyentes usaba sus polvos benzoárdicos, su alcanfor, y sus polvos cordiales. Baglivio aconseja lo mismo que Hoffman: he aqui la razon porque juzgué digno de un articulo especial la espectacion que será para nosotros una palabra sinónima á *simplicidad* en los planes. Pocos remedios son necesarios, dice, para curar los males si son curables; si no lo fuesen, con los remedios se debilitan las fuerzas con peligro del enfermo: los remedios inconvenientes estenuan las fuerzas digestivas y se engendra nuevo mal. Tambien Baglivio era partidario de la medicina simple, y algun tanto espectador porque tambien pertenecía al *autocratismo* fisiológico, como lo acredita en las siguientes palabras. *Parcat igitur ignarum vulgus; parcant et Medici tantis remediorum formulis: nam sæpissime quies lecti et quies á negotiis, ipsaque demum á remedis abstinencia morbum jugulat, quem usus illorum frustraneus magis exacerbaret.* No se crea por esto que este celebre médico que tanto ha contribuido á los verdaderos progresos de la ciencia substrayéndola del imperio del escolasticismo y colocándola en el verdadero campo de la *observacion razonada*, (LV.) desconociese el poder de la ciencia, ni fuese un mero espectador: fué si un verdadero, un prudente observador. *Contra mortis imperium,* dice, *nil valet habitu martio incedere; nec contra morborum violentiam, terrore disputationem pugnare; sola remedia sanant, et ubicumque scientiæ substiterit infirmitas, sola remedia pondus et majestatem ejusdem restituent.* Harveo, que tiene un tratadito sobre este objeto, quería que los médicos hiciesen poco ó nada y si solo observar á la naturaleza. Ya Sydenhan reprobaba la grande abundancia de remedios. Nuestro Andres Piquer nos dice su opinion con palabras

muy marcadas. «Y si yo hubiera de decir cual de los dos estremos es el peor, siempre tendría por mucho mas perjudicial al linage humano la opinion de los que todo quieren curarlo con muchas y repetidas medicinas, que la de aquellos que no quieren que se use ninguna.» Asi habla Piquer tratando de la curacion de las calenturas ardientes.

218. La nueva epoca de la ciencia se distingue tambien por la simplicidad de los planes curativos. Los exagerados clamores de la escuela fisiologica contra los tónicos, y estimulantes en las fiebres, contribuyó sin duda á dar á estos medicamentos el valor que deben tener, y que prodigaba con esceso el brunismo. José Frank clamaba contra el abuso que se hacía por los partidarios de Brown de los estimulantes, y en sus fiebres nerviosas, que son las verdaderas typhoideas simples, aconseja que se siga el ejemplo de Celso, que si la enfermedad sigue tranquilamente su marcha regular, debe el médico limitarse al regimen diatético y á un tratamiento prudente de los sintomas, no recurriendo sino lo menos posible á las preparaciones farmacéuticas. Cuando habla del typhus, nuestra fiebre grave por causas endémicas, ó locales intensas, pregunta si se debe abandonar su curacion á la naturaleza, y apoyandose en autoridades de mucho valer nos espresa en estas palabras, yó no se si su poca fé en los remedios, si su *autocratismo*. «Estando constituido el typhus de tal modo que debe seguir una marcha poco mas ó menos determinada y siendo poco eficaces nuestros esfuerzos contra él, los médicos instruidos por la experiencia, han establecido de comun acuerdo, que el tratamiento de esta enfermedad (con tal que tenga una marcha sencilla y regular) debe abandonarse á la naturaleza.» Apoya su opi-

nion en Ramazzini, en Stork, en Horn que dice «regularmente nuestros enfermos de calenturas nerviosas no toman ningun medicamento.» Reproduce Frank el argumento de Hoffmann comparando las curaciones de los pobres. Lo hemos dicho yá muchas veces; todas las deducciones sacadas de la estadística, son falaces cuando las comparaciones no son exactas, y los hechos que se comparan no son idénticos. Es lamentable, pero es preciso decirlo. Todos los métodos buscan su apoyo en los resultados, en los sucesos, en las comparaciones, en los numeros de una estadistica rigurosa; todos; el antiflogistico, el tónico-escitante, el de la refrigeracion, el de los purgantes, y hasta el de no hacer nada tiene sus prosélitos y su estadistica. Bouillaud piensa que despues de su fórmula de las sangrias, cuando los sintomas typhoideos se presentan yá claros y manifiestos, tambien conviene *espectar*, no hacer nada. Veamos como se espresa hablando de su *entero-mesenteritis typhoidea*, que es, como ya hemos visto, nuestra fiebre. «Me refiero, dice, á mi clinica médica por lo que respecta á los detalles de los diversos medios curativos, de los cuales ninguno posee por si mismo un poder curativo energico, pero de los cuales algunos, como la dieta, y las bebidas refrigerantes son auxiliares y ayudas indispensables del metodo principal, es decir, de las emisiones sanguineas. Pero cuando, por falta de un tratamiento conveniente, la enfermedad ha llegado al momento en que comienza el predominio de los fenómenos typhoideos propiamente dichos ó sépticos, sin qne la fiebre haya por otra parte cedido, y que no es yá tiempo de recurrir á las emisiones de sangre, la experiencia nos há hecho reconocer que es mejor limitarse á los simples auxiliares

indicados que emplear este aparato de medicamentos escitantes tales como el vino de la Madera, de Málaga, el acetato de ammoniaco, tan alabados y preconizados aun hoy por algunos prácticos poco habituados á la rigurosa observacion y á la apreciacion exacta de diversas medicaciones.» Esta critica de Bouillaud no es justa y rebaja sin fundamento, ó lleva á rebajar opiniones muy respetables que optaron y optan hoy por un plan moderadamente tónico en las circunstancias de la septicidad y de la ataxia, como puede verse en el parrafo que tiene por objeto la apreciacion del método tónico. ¿Por qué Bouillaud se ha de creer poseedor unico del don de observacion, y ser el riguroso apreciador de los hechos? Nunca perdono, y mucho menos á hombres como Bouillaud, la amarga critica contra reputaciones que están muy altas; no es digno; no es justo. No se queje si á él se le juzga con acritud porque nunca falta quien vengue las injusticias como vamos viendo desde Brown, Pinel, Broussais, Rostan, Chomel, y yá las sufre el mismo Bouillaud. ¿Quien vé mejor? La historia contestará. Mr. Andral en su clinica médica manifiesta cierta desconfianza en la therapéutica de la fiebre typhoidea, y aconseja se deje á la naturaleza toda su fuerza por un método espectante para que pueda espontaneamente efectuar la resolucion de la enfermedad, que es muy diferente que procurar por nuestras medicaciones una reaccion enteramente artificial que si unas veces es útil, otras no tiene ventajas, ó es perjudicial. Tiene razon Andral, pero sus palabras no dejarían de darnos mucho que decir si quisiesemos comentarlas. La palabra *naturaleza*, y la palabra *resolucion* de la enfermedad en su boca son destellos de un autocratismo, al parecer, ridiculo en el siglo XIX. Nobstante nada mas cierto.

Vease sobre esta materia las diferentes apreciaciones que llevo hechas de la palabra Naturaleza (CXVI) que desde Hipocrates viene admitiendose como una palabra *sacramental*, y ante la cual los mas delirantes sistemáticos humillan su ciencia. Ya veremos en *nuestro método razonado* comentada tambien la palabra *resolucion* (219) que en la fiebre es menos aceptable que en las verdaderas inflamaciones, pero siempre una verdad. Enfin Monneret fija en su justo valor la acepcion de la palabra espectacion. «La espectacion tomada en un sentido absoluto no ha sido jamás puesta en práctica por nadie. No hay un médico que quiera condenarse á la inaccion ante una enfermedad en cuya carrera sobrevienen tantos accidentes variados. La espectacion tal como la entiende un sabio práctico es un metodo que puede hacer los mas grandes servicios. Conviene al principio de la enfermedad cuando esta no presenta sino una debil ó mediana intensidad, y cuando sigue regularmente su marcha. Asi es que la espectacion y el metododo racional deben venir á la ayuda del médico que no está ligado sistematicamente á una medicacion esclusiva. Y es bien injusto que se haya denominado *patholó-gia pigrorum* la medicina espectante. Tomado en el sentido que le hemos dado, no hay metodo alguno que exija conocimientos mas estensos, ni una observacion mas minuciosa y mas molesta. ¿La espectacion no es el unico tratamiento posible al principio de las fiebres typhoideas que simulan entonces un embarazo gástrico, una fiebre biliosa, ó un simple cansancio, ó en los prodromos de los exantemas?» Tantas opiniones que sostienen y proclaman el metodo espectante deben estar fundadas en la práctica de todos los sistemas, porque Hipocrates y Celso, Galeno co-

mo Boherave, Hoffman, como Stoll, Pinel, como Broussais, Rostan, como Bouillaud, y Andral, y Monneret, y Grisoll y vitalistas y humoristas, y solidistas y esencialistas, y localizadores, todos mas ó menos proclamaron el *autocratismo* de la Naturaleza y su escelencia en la curacion de sus fiebres typhoideas, y de sus typhus. ¡Gloria á Hipocrates protagonista sabio de la doctrina de la Naturaleza que es la Doctrina del organismo viviente con sus propiedades, sus fuerzas y sus leyes!

219. *Tratamiento razonado de la fiebre.*—Proclamamos el razonamiento y la experiencia en asunto tan grave, y al parecer tan dificil; que es lo mismo que si digesemos: el problema clinico, que es el problema therapéutico, está resuelto por la razon y la experiencia estandolo el patogénico. Todas las fiebres cualquiera que sea su denominacion son la consecuencia de un agente tóxico, de un miasma, de exalaciones sépticas animales ó vegetales, que se engendran ó producen en el individuo, ó vienen de afuera. De esta verdad responde una unánime opinion, la historia, y una severa lógica de todas las edades, como dejo probado (90 y sig.) Será siempre, pues, nuestro objeto vencer la causa eficiente y destruir sus efectos para que la enfermedad se disipe, se resuelva. Se habla mucho de resolucion, resolutivos é yo creo que no se comprende por todos bien el significado de estas palabras que casi unicamente se circunscriben á las inflamaciones flegmonosas. La resolucion es un verdadero tránsito del organismo del estado de enfermedad al estado de salud; que siempre es lento y que constantemente el mèdico procura. Este fenómeno que tan claro se vé en las inflamaciones esternas, que tan bien se presiente en las internas es un suceso ne-

cesario en todos los estados morbidos. En la fiebre la resolucion tiene lugar cuando la causa eficiente dejó de obrar ó cuando el organismo se resistió y vuelve á sus condiciones normales, porque resolverse una enfermedad es perder las condiciones morbidas y adquirir las fisiologicas: por esto se resuelve un tumor, un flegmon, una inflamacion, lo que no sucedería si la parte conservase sus condiciones morbidas. Hé aquí porque son medicamentos resolutivos el hielo, el calor, los fomentos aromàticos, las cataplasmas emolientes, la quina, las evacuaciones de sangre, segun que la enfermedad reclama uno ú otro de estos remedios para perder sus actuales condiciones, es decir para sanar. Pero dejemos esta digresion.

220. Dejàmos sentado (113) que tres periodos tiene, por lo regular, la fiebre primítiva, dos la secundaria. El primer periodo de la fiebre primitiva es el de incubacion, semejante en todo al que se observa en las erupciones variolosa, morbilosa etc, y caracterizado por la reaccion del organismo; en el que ningun sintoma anuncia la causa que lo promueve, ó á lo menos no corresponde à su naturaleza, porque este periodo es puramente flogistico, puramente de accion, de resistencia orgánica mas ó menos intensa. Pero no se olvide lo que hemos dicho ya; este periodo no se presenta siempre en las grandes epidemias, en los intensos typhus; pero es lo comun en la fiebre de mediana intensidad. Tampoco se nota cuando la causa obró poco á poco y en constituciones depauperadas. En el número 10 de la sala de Clinica médica empieza á convalecer un enfermo que entró con esta fiebre, sin calor, sin sed, sin sequedad de la lengua, con abombamiento de cabeza, lengua crapulosa, abatimiento general, lentor de dien-

tes, temblor en las manos y la lengua, pulso pequeño, debil, muy frecuente. Se había muerto su muger de la fiebre, y tuviera dos hijos con la misma enfermedad. Se sintiera cansado pero fué permaneciendo en pié hasta que no pudo mas. Ningun fenómeno reaccionario presentó en su principio, y la fiebre tomó el caracter grave con meteorismo, postracion, sequedad de lengua, soñolencia, subdelirio. Su edad de 60 años, de pobre clase y pobre temperamento: el plan tónico le salvó. Nobstante en el mayor número de casos hay resistencia orgánica y se reacciona el organismo anunciándose por la calentura. En sugetos jóvenes conviene la sangría si es el pulso fuerte, frecuente y dilatado ó contraido, ó las sanguijuelas á las márgenes del ano si hay temor de congestiones en el sistema gastro-hepático. La sangre no presenta costra flogistica por lo regular. Las evacuaciones pueden repetirse si se temen congestiones cerebrales ó pulmonales. El gran pensamiento del Médico en este caso está formulado en las palabras ya escritas: *moderar sin apagar:* si no hay que *moderar*, *respetar*. Mr. Bouillaud con su fórmula apaga, no respeta: sin duda le mueve á ello y al uso inmoderado que hace de la sangría aquella sentencia de Primirosio, *melius est febrem immutare in cronicam, quam ut homo ante coctionem pereat.* Este precepto puede ponerse en práctica en la calentura verdaderamente angio-tenica, ó en su angio-carditis primitiva. Nosotros ya sabemos á que atenernos. No veremos la costra flogista en esta calentura inflamatoria, pero si alguna vez se presenta, no hay que dejarse engañar porque es producida por la misma intensidad de la reaccion. En el número 24 de la sala clinica tenemos á un jóven convaleciente. Entró en tal estado que tuvieron

que traerlo dos hombres. La calentura era moderada, el abatimiento grande, la lengua con espesa crapula y seca, intenso lentor en los dientes, gran sed, gran sensacion de mal estar, pero le afligía mucho un dolor agudo al costado izquierdo, con respiracion frecuente, ninguna tos. Dige á mis discipulos «no creo haya pulmonía, ni pleuresia, pero si existe algo de esto trae el caracter typhoideo.» Una sangría de 3 á 4 onzas para demostrarlo. Nada de costra flogistica, ni color vivo de la sangre, ni retraccion de coagulo. Siguen agravándose los sintomas typhoideos. Ninguna evacuacion mas de sangre: los antisépticos, y un vegigatorio al costado. Ningun alivio: siguen los sintomas: peoría: la misma prescripcion: cocimiento de quina, bebidas acidulas, mistura de cremor: curacion del cáustico. Rápida mejoría, y pronta convalecencia. Si hubiésemos sangrado mas, la enfermedad á lo menos no hubiese terminado tan pronta y felizmente.

221. En este mismo periodo, cuando la lengua está blanca, crápulosa, y por poco que temamos el aparato gástrico, sea saburral, sea mucoso ó bilioso, conviene dar al enfermo pequeñas tomas de cremor de tártaro, ó bien sea una mistura con esta sal con algun jarave, que puede ser el de ruibarbo, ó el de hipecaquana, ó el de althea y una agua aromática, la de azar ó melisa. Con este método y los diluyentes debemos esperar ó el vencimiento de la causa del mal, ó la presentacion de los sintomas typhoideos. Y es preciso advertir que en este momento tratamos de la verdadera fiebre aun en su periodo de mayor ó menor reaccion. Puede muy bien ser, que en esta misma época esté indicado el emético, ó el emetocatartico por mas que estemos convencidos que la enfer-

medad es typhoidea, porque los enfermos, bajo pretestos de debilidad, en los primeros dias comen sin apetito, ó verdaderamente lo tienen, y las saburras gástricas complican el mal. No hay que temer tanto al emético como lo creyó Broussais, pero tampoco lo creo preciso con la frecuencia que lo administraba Stoll. Los enemas emolientes, y algunos sinapismos completan las indicaciones de este periodo, que en la fiebre primitiva apenas dura el primer septenario, pues á los 4, 6 dias, y á veces antes, la reaccion se rebaja, la lengua se seca, el lentor de los dientes principia, el enfermo se abate, se siente mal, y todo anuncia un nuevo estado, el verdadero estado typhoideo.

222. Este segundo periodo de la fiebre primitiva esporadica, ó endémica, ó epidémica de mediana intensidad, es el primero en la typhoidea intensa, en el mayor número de casos de la typhoidea epidémica, ó de los typhus intensos, y por consiguiente es en el que la causa séptica ó typhica presenta su accion: es el principio de la enfermedad, es la enfermedad de que tratamos. Periodo de gran interes en el que deben resolverse todas las cuestiones graves de su patogenia, sus efectos, sus lesiones en el organismo, su therapéutica. ¿Y podrá ocultárseles su gravedad, su importancia, su íntima naturaleza à observadores tan eminentes como Broussais, Rostan, Mr. Luis, Chomel y Bouillaud cuando no se le ocultó á los antiguos prácticos de la ciencia? No. Por esto es que apesar de que vieron sintomas flogisticos en el primer periodo en el mayor número de casos, vieron despues tambien el estado séptico. Aqui tenemos que hacer una advertencia muy esencial, y que quisiéramos se comprendiese bien. La causa séptica, ó llámese typhoidea, produce verdaderamente dos

clases de irritaciones, si tales pueden llamarse exactamente: la una es esa reaccion primitivamente flogistica cuando aun la influencia miasmática no desarrolló su accion, y por consiguiente este estado flogistico no toma el caracter de la causa que la promueve: la otra es un estado organico especial que *simula las irritaciones*, que engaña á los poco observadores, á los prosélitos obstinados de la doctrina de la irritacion, y á los que se hallan dominados por un esclusivismo absoluto. Parecerá esto confuso, y voy á poner un ejemplo. Que se clave una espina empapada en pus sifilitico, ó de otra cualquiera clase ¿cual es el primer efecto? sin duda la irritacion producida por el cuerpo estraño; una inflamacion verdadera, que seguiría su marcha con su misma naturaleza si despues de ella no viniese la accion del pus especifico que sostiene una irritacion especifica, que ya no es flogistica, y que no reclama el plan antiflogistico, sino el de la causa virulenta. He aqui lo que sucede en la fiebre: una reaccion puramente flogistica cuando existe: una lesion despues que simula la irritacion pero que solo cede á los remedios que reclama la causa que la produce. Por esto los sintomas de lengua seca, áspera, rubicunda en sus bordes, la sed, el calor de las deyecciones ventrales podrán indicar un estado irritativo especifico. En los enfermos citados hace poco, esa sequedad de la lengua en ambos, la sed, el color de sus bordes en el 2.° caso cedieron á los tónicos y antisépticos; eran irritaciones que pudieramos llamar hypostasicas. Por esto el delirio, el sopor, el abombamiento de cabeza, el dolor que simulan irritaciones cerebrales son del carácter especifico, y ceden á los tónicos. Estas son las irritaciones intestinales cuyas ulceraciones ceden á los antisépticos como de-

cia Chomel. Todos esos fenómenos irritativos, pues, que se presentan y deben referirse al cerebro, al estómago ó intestinos, no son verdaderas irritaciones, y si se quieren llamar asi añádase el adjetivo, *especificas ó typhoidéas*, que marca su naturaleza y el tratamiento que reclaman, pero la ciencia debe protestar contra palabras que reunen dos ideas contradictorias, la anemia ó septicidad, y la flogoris ó irritacion. Hecha esta aclaracion necesaria, vamos á demostrar que no somos partidarios de esclusivos pensamientos, ni arrastrados por agenas opiniones.

223. Mucho hay que esperar en la fiebre de mediana intensidad de la naturaleza, por eso el médico no debe precipitarse con los tonicos, y antisépticos á la primera aparicion de los sintomas que indican el mal. Las bebidas sub-ácidas, la mistura cremorizada, los enemas emolientes, y los vegigatorios á las estremidades inferiores deben iniciar el método ó plan *anti-typhoideo*. A la mistura de cremor puede reemplazar el agua cremorizada que se compone con una onza de esta sal, libra y media de agua y dos onzas de jarabe de azar, ó de quina: que se debe remover con frecuencia para beber el enfermo. Se notará el uso que hago del cremor: daré la razon. Es el cremor una sal con esceso de ácido; es fresca: refrigerante, laxante suave y antiséptica. Humedece el tubo intestinal, auxilia la secrecion folicular y salival, apaga la sed, auxilia las deposiciones ventrales si hay materiales detenidos, conserva limpio este tubo é impide que los materiales contenidos en él y sus secreciones se descompongan con el carácter séptico. Lo administro en forma de mistura simple, ó doble, ó ligeramente tónica con el jarabe de quina, yá en forma de bebida. Aconsejo en este período los re-

vulsivos supuratorios que considero revulsivos de la inervacion, porque despues mas adelantado el mal sus efectos son mas dudosos, su accion menos eficaz.

224. Si en este período se presentasen señales de congestiones viscerales muy marcadas, como son para las vias gástricas el mucho calor de la lengua, la gran sequedad y rubicundez en ella y en las fauces, el mucho calor del vientre, no dudo de aplicar algunas sanguijuelas al epigastrio ó margenes del ano. Si el mismo estado se anunciase en el cerebro por el calor de la frente, la rubicundez de las conjuntivas, un sonrosado notable de las mejillas, la soñolencia ó la escitacion cerebral, tampoco recelo la aplicacion de las sanguijuelas á las yugulares segun las fuerzas del individuo. Solo en la verdadera *encefalitis* de la que he hablado ya, que nada tiene que ver con nuestra fiebre, puede estar indicado el plan antiflogistico con la refrigeracion. Estas evacuaciones locales no se ven indicadas en las intensas typhoideas, ni en sus formas typhicas sinó muy pocas veces. Parece estraña esta idea y en contradicion con las que acabo de esponer, pero fijese la atencion y se verá que en nada se oponen, muy al contrario: espliquémoslo. La causa typhoidea obrando por el intermedio de la sangre sobrecoge á todos los órganos y á todos los tegidos, y con tanta mas fuerza cuanto halla mas dispuesto el órgano á sufrir su accion. Asi es que afectandose todo el organismo ciertos órganos se interesan mas y su circulo se turba, á veces casi se interrumpe, y de aqui las congestiones que si bien tienen el carácter pasivo, en los primeros momentos los órganos se hiperemian y estan espuestos á la extasis sanguinea: de aqui las congestiones halladas en el cerebro, en el estómago, intes-

tinos, pulmon, higado como puede observarse en las obras de los anatómico-patologistas: por esto conviene facilitar el circulo con las evacuaciones directas, locales. Nótese que cuando en la typhoidea el cerebro toma una parte notable el termino es la congestion pasiva, y el sopor. Y nótese mas, como yá hemos dicho, que esta parte grave que toma el cerebro se anuncia antes no por síntomas inflamatorios, sino por síntomas nerviosos, la respiracion nasal, la soñolencia y algunas veces la refrigeracion. Si quisiesemos aun justificarnos mas pondríamos un ejemplo tomado de la medicacion esterna; el de la inflamacion de la pustula maligna en su marcha rapidamente congestiva, hiperemica, extasica y gangrenosa. Pero no es preciso: muy claras son estas ideas. Si se quiere llamar á estos estados congestivos irritaciones específicas ó hypostasicas no por eso palabra. Pero advierto que al atender á este estado no rechazaré la desatiendo el mal. Con frecuencia procuro evitar estas congestiones locales sin alzar la mano en los tónicos que las previenen, y las disipan tambien, y si quisiesemos una prueba la tenemos en lo que nos dice Chomel observó en los intestinos despues del uso de los tónicos (208).

225. El tercer período de las typhoideas con reaccion primitiva, ó sea el segundo en las muy intensas, se indica por la agravacion del segundo, y por los síntomas que ya conocemos, que segun que el tubo intestinal, ó el cerebro toman mas parte, sobresalen con el carácter nervioso, ó séptico, ó bien todo marcha á la par, ó la causa hace su mayor estrago en la sangre, en los humores del cuerpo, y la fiebre en el primer caso toma la forma ataxica, en el segundo la forma pútrida, en el tercero la ataxico-pútrida, en el cuarto la pútrida adinamica. En todos

estos casos el ancora de salvacion es la quina, y con preferencia esa formula llamada antiséptica de nuestra farmacopea Matritense que tan justamente reemplazó al bezoárdico de Curvo, y al antiloimico, y que debe tomarse á lo menos 2, 3, ó 4 veces al dia segun la gravedad del mal, en dósis de una gicara cada vez Administro al mismo tiempo la mistura cremorizada, y los sub-ácidos, á no ser que el vientre se hubiese laxado.

226. La forma ataxica reclama como base la quina, coauxiliares algunos antiespasmodicos como las misturas con el espíritu de nitro dulce, las infusiones de flor de tilo con el acetato de ammoniaco, apesar de que poca confianza inspira á muchos célebres prácticos. En esta forma typhoidea es en la que los vegigatorios tienen mas lugar porque sujetan las corrientes inervadoras, ó las distraen á lo menos. No aconsejamos ni el opio, ni el eter, ni el almizcle; ni aun el arnica y la valeriana nos inspiran confianza. Quedense esos medicamentos para males nerviosos que no reconocen la causa tóxica, pero cuando esta existe solo es el áncora de salvamento la accion tónica y antiséptica. Cuando el meteorismo sea muy notable, el vientre no se mueva, y especialmente si la fiebre es secundaria de una afeccion gástrica, conviene unir algun laxante si la mistura no es suficiente, y entonces usamos con preferencia el cocimiento de quina antiséptico purgante, que suspendemos tan pronto promueve evacuaciones de vientre.

227. La forma pútrida es, como ya hemos anunciado, acaso menos grave que la forma ataxica. En ella los tónicos deben unirse á los antisépticos, y entre ellos los ácidos minerales. Las bebidas aciduladas *husque ad gratum saporem* por el acido sulfurico, ó por el nitrico llenan es-

ta indicacion. Los vegigatorios no son necesarios; las ulceraciones que causan suelen formar escaras gangrenosas. En el carácter séptico, y sencillamente adinámico es en el que conviene usar algunas cucharadas de vino añejo y puro. Nuestro vino del Rivero, el de Amandi; el Tostado; el Jerez dulce, el buen Málaga, la Malvasia son los mejores. En esta forma debe tenerse gran cuidado con las ulceras por decúbito que se forman en los grandes trocanteres, y en aquellas partes sobre que el cuerpo gravita. Si el enfermo no soportase bien el cocimiento de quina puede darsele la mistura con el extracto de quina, que puede hacerse mas antiséptico con el cremor de tártaro. Tambien pueden usar las cataplasmas corroborantes al vientre, y los enemas del cocimiento de quina y con el extracto.

228. Hemos hablado ya del sulfato de quinina. Solo la forma remitente muy pronunciada puede reclamarlo. Esta forma suele presentarse en la que toma el carácter ataxico. Debemos advertir que no admitimos ninguna fórmula para la administracion del sulfato mas que la de pildoras. Imposible es hacer curaciones ni aun de intermitentes administrandolo en disolucion porque no puede tomarse en cantidad suficiente por su intensa amargura, pues lo rechaza el paladar, lastima la boca posterior y la faringe. Su cantidad en cada dósis no debe bajar de cuatro granos, y ni en forma de polvos con otros inertes, ni en dos ó tres cucharadas se disuelve sin que la imperfecta disolucion no sea ingrata y estictica. Cuando ni en pildoras pudiese tomarse procede administrarlo en enemas de 12 granos cada una. Los enfermos graves no pueden pasar las pildoras, pero como solo estan indicadas cuando los paroxismos son marcados puede aprovecharse el intervalo de remision.

229. *Tratamiento de los sintomas.*—Algunos AA. muy recomendables por cierto, tratan de la curacion de los sintomas de la fiebre con una confianza que pasma. Cada sintoma reclama su tratamiento y en medio de este laberinto de remedios se suele olvidar lo principal; el estómago se fatiga, el enfermo se cansa de tantas pócimas y concluye por no tomar nada. El tratamiento sintomático solo está reclamado por epifenomenos aislados que exigen una atencion muy secundaria. Era nobstante una costumbre, casi general, el estudio de los sintomas aislados de la enfermedad principal y aun la hallamos en Piquer, en Stoll, en Frank y lo mas notable en el mismo Chomel. Estudien en buen hora los patologistas la teoria del vómito, de la convulsion, del delirio y la de todos cuantos fenomenos morbidos suelen presentarse en la práctica, pero limitense á reconocerlos y esplicar su modo de realizacion sin penetrar en su therapéutica, porque esta puede ser tan diversa y contradictoria como los males ó modificaciones orgánicas que pueden producirlos. El respetable Isid. Bourdon, que siempre citamos con gusto, hablando del delirio combate bien el método sintomatológico, y como ninguna voz pudiéramos citar mas autorizada copiamos sus palabras. «Se ocupa el Médico demasiado en oponer remedios al delirio. Se le mira con demasiada frecuencia como un ser separado de su causa y de los fenomenos que le acompañan. Sin duda que escitando sufrimientos se puede momentáneamente hacer volver á los enfermos de un profundo letargo; sin duda se les puede hacer volver á la razon oponiendo sensaciones reales á las quimeras que ocupan su espiritu. *Pero esto no es curar* una enfermedad sino suspender un sintoma. Es preciso atacar el principio del mal.

Todos los sintomas morbidos vienen de una misma causa y á esta causa deben dirigirse los remedios. Toda enfermedad es una, como el hombre, como la sociedad, como una nacion, como la naturaleza. Sacad sus leyes á la naturaleza, á una nacion su gobierno, á la sociedad sus costumbres, al hombre sus órganos esenciales, y todo se disuelve y perece. Ved aqui lo que es preciso meditar. Se ha leido *que era necesario dividir para vencer*, y se tuvo la persuasion que igualmente *era preciso dividir para curar*. Esto es un error y un error desastroso como las falsas preocupaciones que afligen la tierra. Para destruír las cabezas reproducidas de la hydra es necesario matar la hydra misma.» He aqui como rechaza elocuentemente Bourdon el metodo sintomático. Nosotros nobstante citaremos algunos síntomas que merecen llamar la atencion, no tanto porque exijan un tratamiento especial como por acercarnos á estudiarlos bajo su verdadero punto de vista, pero sin olvidar ni un momento, como se verá, los consejos que acabamos de citar y sancionar.

230. *Delirio*. No vamos á hacer un discurso fisiologico sobre el delirio: sería preciso entrar en profundas cuestiones psycológicas que no son de nuestro objeto. Ese estado cerebral en el que sus fibras ó se entorpecen hasta el sopor ó se escitan y se mueven en desorden hasta el delirio tiphico, es inesplicable bien se recurra á la psycologia, bien nos valgamos de las nociones sobre la innervacion ó sobre los fenomenos electro-orgánicos: desacuerdo entre los sentidos y el centro sensorial; inexactitud de apreciaciones sensitivas; reminicencias mas ó menos exactas é intensas; accion poderosa y desarreglada de pasiones ó afectos anteriores, he aqui la clave de todos los delirios: su causa

orgánica es la irritacion molecular ó la capilar y la congestiva; ó bien la adinámia fibrilar, ó enfin la perversion orgánica: su teoría, su mecanismo *in Democriti puteo aduc latent.*

231. Este sintoma suele acompañar á casi todas las fiebres por poco graves que sean; fenómeno que por si mismo no nos manifiesta mas que la parte que toma el encéfalo en la entidad morbosa de que forma un elemento. El delirio bajo, el delirio poco pronunciado no reclama mas remedio que el que pide la enfermedad en si misma. Pero cuando el cerebro toma una parte considerable en la escena morbida, cuando un intenso delirio, ó un sopor, ó soñolencia constante nos indican la perversion del cerebro en grave proporcion, es preciso atenderlo aun cuando no sea mas que por la turbacion general que promueve. Pero la causa de este dellrio, ó del sopor en la afeccion typhoidea no es la misma que la que lo produce en la encefalitis, y en la aracnoiditis: en estos males hay una inflamacion, ó una irritacion pura y verdaderamente flogistica; aqui es el efecto de un agente que empereza la circulacion capilar, é irregulariza la inervacion. Atender al delirio ó al sopor en aquellas enfermedades, es atender al mal en su esencia; en la fiebre hay que llevar la vista mas lejos porque la causa séptica, no es la causa flogistica. En pocos casos el delirio nos obliga á echar mano de remedios. Stoll que estudiaba la sintomatologia, con abstraccion de los males en que sobrevenía, sienta nobstante que los remedios son tan variados en el delirio como la causa que lo produce, asi es que recorre los recursos de que el arte echa mano desde el simple pediluvio hasta las escarificaciones en el occipucio, y des-

de los fomentos emolientes hasta la refrigeracion y la sangría del pie. Solo el delirio congestivo, es decir, producido por congestiones pasivas puede reclamar algunas sanguijuelas á las yugulares: por lo demas Bourdon dice espresamente que la aplicacion de sanguijuelas es casi siempre seguida de delirio con poca disposicion que el enfermo tenga á él. El vegigatorio á la parte posterior del cuello, los fomentos emolientes templados en la region frontal, suelen calmar este sintoma. En los enfermos soporosos y con delirio bajo aconseja Quarin los vegigatorios, pero los delirios, dice, que sobrevienen con rostro encendido y ojos feroces mas bien piden sinapismos aplicados á las plantas de los pies que vegigatorios. Estos enfermos de que habla Quarin son los que padecen inflamaciones ó intensas irritaciones cerebrales. y no nuestra fiebre; ni sé como un practico tan consumado como el Protomedico de José 2.° puede suponer que en su fiebre putrida puede ser tal, como la pinta, la fisonomía de un febricitante, á no ser en los sugetos robustos en la calentura de los primeros dias que hemos llamado reaccionaria; pero en este caso reclamaría las evacuaciones sanguineas. Frank que en su fiebre nerviosa quiso dar un articulo con el titulo de *tratamiento* de los sintomas, solo nos dá consejos en este punto, de vigilancia y de prudencia. Chomel quiso tratar especialmente los principales sintomas con cierta separacion pero se limitó á su influencia en el pronóstico, y á estudiar algunos accidentes y complicaciones con que suele presentarse la fiebre typhoidea. Ver el delirio siempre como un sintoma de flogosis encefálica es un error: yo creo que no existe tal flogosis las mas de las veces porque excepcion hecha de las congestiones activas cerebrales, en todos los demas casos lo que vemos es esa irregularidad ese

trastorno, esos cambios de la inervacion originados por lesiones mas ó menos graves. Enfin un esmerado silencio, la poca y suave luz; la mansedumbre y cariño en la asistencia; la contemplacion prudente con el enfermo sin escitarle con preguntas ni respuestas; y los remedios indicados son los unicos auxilios contra este sintoma. El sueño es su mejor medicina.

232. La *convulsion* es un fenómeno grave que puede acompañar la fiebre, y que por lo comun se presenta en el período mas peligroso para concluir tristemente la escena: es el desacuerdo mas completo, á veces el aislamiento, la perturbacion del centro de inervacion motora, con la unidad vital sensitiva, con las corrientes de escitacion y el sensorio comun. Cuando su causa es la irregularidad de los nervios motores, ya simpática como en el histerismo, ya idiopática por pasageras impresiones, puede no ser grave, pero en la fiebre, en que debemos ver la accion de un agente que impresiona, y desorganiza el centro, son casi siempre mortales. Por mas que el castor, el almizcle, y el espiritu de cuerno de ciervo succinado esté muy elogiado en estos casos, nos inspiran poca confianza subsistiendo la causa en su plena accion. Bien es que en estos desesperados casos tambien el médico debe agotar todos sus recursos inocentes, es decir, sin perjudicar, teniendo presente aquel consejo de Celso, *si jubare non possit saltim ne noceat,* y si el enfermo puede tragar, que en el mayor número de casos de convulsion está la facultad de deglutir impedida, se le administran los mas poderosos anti-espasmódicos. Tambien pueden usarse en lavativas, y añadiendo la asafetida, pero todo suele ser ineficaz, porque la convulsion, que yá veía Hipócrates grave en la fiebre,

suele ser precursora de la agonia y demuestra la destruccion cerebral, ó alomenos el desacuerdo de los centros inervadores. el derrame ó el resblandecimiento encefálico.

233. El *vómito* suele presentarse pertinaz en las fiebres y es un sintoma muy alarmante cuando este fenómeno viene muy adelantado el mal, que por lo comun no sucede, y mas bien fatiga á los enfermos en el primer septenario, y antes de que la dolencia adquiera toda su gravedad. En este caso si le acompaña la rubicundez de la lengua, ó su sequedad, y mucha sed, cede á las bebidas frias, ó alguna aplicacion de sanguijuelas al epigastrio. Si predomina el interés que toma el cerebro, y el sistema nervioso, conviene alguna mistura con la tintura de castor y el espiritu de nitro. Pero cuando sobreviene con los síntomas yá predominantes del estado grave, y que se conoce que es un vómito pasivo, una especie de regurgitacion, nada es suficiente: algunas cucharadas de vino generoso suave suelen contenerlo: otras veces es la consecuencia de derramenes, congestiones ó resblandecimientos cerebrales de un pronóstico fatal, y que al fin ceden con el agotamiento de fuerzas que preparan la agonía.

234. Las *hemorragias* jamás convienen en la fiebre typhoidea, porque si existen alguna vez las congestiones no suelen curarlas las evacuaciones que depauperan y debílitan mas los enfermos. En el primer período de reaccion pueden ser favorables. Las pequeñas epistaxis al principio de la fiebre que quiere yá tomar un carácter grave es de mal presagio. En muchas epidemias era el fenómeno mas peligroso que se presentaba. Observe el médico la cualidad de la sangre, la parte de donde sale, el efecto que hace

en el pulso, y tendrá un exacto conocimiento de cuando debe cohibirla ó respetarla. Estas hemorragias llamaron yá la atencion de todos los patólogos y ya hemos visto lo que pensaba sobre ellas Pidoux, pues en algunas epidemias suele ser un sintoma predominante. La hemorragia por el ano puede ser provechosa cuando la enfermedad invadió con predileccion al hígado, no es muy abundante, y el pulso no se abate: pero avanzado el mal es regularmente señal de disolucion. En este caso es preciso recurrir á las enemas adstringentes con el diascordio, el cocimiento de salep acidulado con vinagre, el cocimiento de simarruba. Si la epitaxis es la que compromete al enfermo y no cede con las lociones aluminosas ó la disolucion del tanino debe recurrirse al instante al taponamiento.

235. El *estado séptico* se declara á veces con tal intensidad que los enfermos despiden un mal olor que afecta á los asistentes; el meteorismo es grande y se presentan las deposiciones de una fetidez extraordinaria. La diarrea debe respetarse mientras no abata las fuerzas, pero la putrefaccion debe evitarse cuanto posible sea. Si las deposiciones fuesen escesivas, y no aliviasen al enfermo se deben contener, pero en todo caso es conveniente oponerse á ese estado séptico, grave yá, por los remedios de que hemos hecho mencion, yá por los enemas con los cloruros que desinfectan é impiden la descomposicion séptica. Despues que Mr. Chevalier y Mr. Gannal hicieron conocer la cualidad desinfectante de los cloruros que con tan conocida ventaja se usan como desinfectantes, Mr. Chomel tuvo la idea de aplicarlos contra la septicidad de la fiebre typhoidea. Elegía con preferencia el cloruro de sodio administrado en una solucion que no fuese muy ácida, y frecuentemente en un

vehículo gomoso. Cuando el enfermo no soportaba esta bebida administraba alguna infusion amarga con un grano por onza del cloruro para que el enfermo tomase al dia á lo menos 18 onzas. Tambien hacia uso de los enemas con el cloruro en la misma proporcion, y aun de las lociones, y aspersiones cloruradas. Bouillaud propone tambien los cloruros como antisépticos: pero ¿qué pensar de este medio de curacion? Podrá muy bien el agua clorurada de Labarraque convenir para lociones, y aun algunas gotas podrán entrar en el liquido de los enemas, pero querer curar la causa séptica con los cloruros es un delirio del buen deseo, es el ansia de una ilusion. Reservemos los cloruros como desinfectantes, como remedio preventivo, si realmente lo es; conservemos tambien esta ilusion mas, pero pensar en él como remedio me parece muy aventurado apesar de lo que nos diga tan eminente Profesor. Nobstante no ignoramos que el Dr. Kapp aconsejaba el ácido muriático oxigenado en las fiebres asténicas; que Estriband lo usaba en las fiebres pútridas, y daba en un litro de cocimiento gomoso 6 ú 8 drachmas; que Mr. Rossi lo administraba en las enfermedades atónicas, y que fueron por mucho tiempo recomendadas por todos las fumigaciones desinfectantes, y sobre todo por Mr. Roux y Vaidy. Lo hemos dicho varias veces: los hechos, los casos prácticos no bastan cuando el recto juicio no los rectifica, y nosotros sujetamos siempre, antes de deducir, la experiencia á la inteligencia. ¿Qué pueden hacer los cloruros? ¿Las mismas observaciones quimicas no intentan probar su ineficacia contra la septicidad? pero aun dado caso de que descompongan los miasmas, como se queria suponer ¿van los cloruros en cantidad suficiente á la sangre, al organismo á ejercer su accion so-

bre la causa typhoidea? Y si esto no puede ser ¿qué hacen los cloruros mas que encubrir el mal olor uniendose, no con la causa séptica, sino con el producto de la septicidad, con los gases que de la putrefaccion se desprenden? No rechazaré nobstante como perjudiciales los enemas, las lociones, las aspersiones cloruradas en la forma pútrida, en la diarrea fétida, en las ulceraciones atónicas que con frecuencia se observan en el periodo grave de esta forma typhoidea, pues que su uso no trae el menor perjuicio como lo han probado Girard, Bard, Roux, Vaidy y otros.

236. El *hipo* suele ser un sintoma que aflije mucho á los enfermos, y que tambien presenta una gravedad que llama la atencion del médico. A veces es pasagero, y poco notable y suele indicar el estado gastrico, y en otros casos las deyecciones alvinas; pero otras veces se presenta convulsivo y fatigante, y su carácter indica profunda lesion del sistema nervioso. Nuestro Pedro Miguel de Heredia nos hace mencion de una fiebre maligna que traía el hipo, y la llamó *fiebre hiposa, febris singultuosa* pero nos advierte, como Antonio Musa y Valles, que no es este hipo en el último de las fiebres, el que acompaña á las inflamaciones del higado, bazo y estomago, sinó un hipo que acompaña la fiebre pútrida ó maligna casi desde un principio. Es mas frecuente en las que traen la forma ataxica. Hipócrates conoció todo el peligro de este sintoma y tanto en sus aforismos como en sus pronosticos nos indica su gravedad. Tulpio y Hoffman lo consideraron algunas veces como critico. Landre-Beauvais dice que cuando viene al último de enfermedades agudas con pocas fuerzas del enfermo, es mortal. Es muy grave despues de hemorragias, de diarreas como ya lo decía Hipocrates, Leroy nos dá un con-

sejo importante; en las enfermedades agudas, y teniendo en cuenta los sintomas que le han precedido, debemos darnos cuenta de cuales fueron las causas que lo han promovido. De este consejo sacaremos la deduccion de nuestra conducta. Una afeccion predominante del centro nervioso, una alteracion gastrica, el sudor suprimido son capaces de producir el hipo en la fiebre, y reclamará los remedios de la causa que lo produce. Bastan á veces ligeros antiespasmódicos; otras necesita los suaves laxantes; algunas reclama los estimulantes sobre las ataduras del diafragma, como sinapismos, cataplasmas emolientes sinapizadas; fricciones con el licor alcanforado. En un enfermo que despues de una calentura gastrica le quedara un fatigante hipo solo cedió al sulfato de quinina. En la gravedad de las fiebres solo exige esencialmente lo mismo que la enfermedad esencial. No queremos citar los remedios vulgares que los antiguos aconsejaban contra el hipo, y que usaba Galeno, y Alejandro Traliano recomienda, porque bastantes han pasado al dominio del vulgo ignorante.

237. Las *parotidas* es otro fenomeno muy frecuente en la fiebre. La inflamacion, la supuracion de estas glandulas es un punto grave de la piretologia. Los solidistas las ven de un modo muy distinto que los humoristas: para los unos son irritaciones simpáticas, para los otros se constituyen en órganos de depuracion: ¿quien acierta? Poco nos importataría esta cuestion si no estuviese unida á la trascendencia de la conducta del médico al presentarse este fenómeno. ¿Las intenta resolver ó las escita á la supuracion? Sí el Profesor siempre las respetara; si siempre se limitase á seguirlas en su marcha, no nos detendriamos en esto, pero en esta duda, no podemos callar lo que la conciencia

interior nos dice que digamos. Frank las considera simpáticas de una afeccion del cerebro, pero las parotidas aparecen menos veces en la forma ataxica que es en la que mas se afecta este órgano que en la forma adinamica ó ataxico-adinámica. Si libres de todo razonamiento quisiésemos proclamar la experiencia nos bastaría recurrir á la autoridad de Mr. Chomel que nos dice hablando de las supuraciones que suelen presentarse al esterior, que hay que hacer una notable distincion entre las supuraciones que se presentan en puntos en que la compresion puede producirlas y las que aparecen espontáneas y cuya causa desconocida se nos escapa. Calculando el exito de las fiebres en que aparecen unas y otras dice «supuracion sobre partes comprimidas observadas en 4 enfermos dieron 3 muertos y 1 curado. Supuraciones sobre partes no comprimidas en 6 enfermos, todos curados». ¿Dice algo esta pequeña estadistica de Chomel? Si este resultado está conforme con la razon intelectual será de una evidencia sin réplica. Y lo està en efecto. La naturaleza tiende siempre á la depuracion, y esta es una verdad que nadie puede desconocer. El organismo rechaza siempre los cuerpos que le son estraños, y he aqui la teoría de las reacciones. Las depuraciones son la causa y el objeto de las reacciones, y estas el medio ó el resorte para que aquellas tengan lugar. Y no se vea esta idea como una representacion, ó ilusion imaginaria; las erupciones nos dan una prueba evidente y nos la dan si queremos ver, y si atendemos filosoficamente á los hechos las mismas inflamaciones, y las irritaciones. Digo esto para que podamos admitir como una cosa evidente que el organismo fija á veces sobre órganos determinados toda la causa estraña para eliminarla. El su-

dor, la diarrea, las secreciones intestinales son sus medios de eliminacion, y lo son tambien las supuraciones viscerales: las parotidas están en este caso, son muchas veces criticas, como decían los antiguos, como lo decía Hipócrates: otras son sintomáticas, es decir, no juzgan el mal, no reconcentran toda la causa en su parenchima, solo parte de ella produce en esas partes alteraciones especificas de la misma naturaleza del mal. El médico debe observar que efecto se nota de la aparicion de las parotidas, *si cum levamine* como decía Hipócrates. Me admira que varios recomendables prácticos aconsejen la aplicacion de sanguijuelas y los resolutivos en la aparicion de una parotida. ¿No han observado que las mas veces desaparecen casi todos los graves sintomas al presentarse este fenómeno? ¿No han observado que si se presenta y no sigue adelante el enfermo se empeora? El dia en que escribimos este articulo (7 de Marzo de 1858) dimos de alta en la Sala Clinica medica á un hombre, de oficio herrero que ocupaba la cama núm. 3. que ha entrado con una typhoidea con sintomas toracicos: con alternativas de mejoría y peoria no terminó perfectamente el mal hasta que se le presentó una intensa parotida que tuvimos que fomentar con cataplasmas corroborantes, y fué tarda en curar: se robustecio de una manera notable. ¿Por qué hemos, pues, de tentar su resolucion como parece aconsejarlo Frank? Esta causa que se fija en estas glándulas si se fija en el cerebro viene el sopor y la muerte: si en los intestinos produce la ulceracion, la gangrena, la perforacion: si en el pecho la ansiedad y la agonía; si en el corazon la angustia y la lipotimia: si su accion continúa egerciéndose generalmente lleva los enfermos al abatimiento, á la adinamia, á la putrefaccion. Las parotidas

deben respetarse. Las cataplasmas emolientes calientes ausilian la supuracion: si están pobres de actividad se las fomenta con los apositos aromáticos; si hay vigor y no se teme la mortificacion de la piel, pero estan perezosas en el trabajo supuratorio con poca rubicundez y calor, activese la cataplasma con la mostaza. En el enfermo que acabo de citar se formaron escaras gangrenosas, pero los tónicos y antisépticos interior y esteriormente vencieron este estado. Asi que la supuracion se cree formada y sin esperar mucho désele salida al pus. Grande atencion merece este fenómeno de parte del Médico. En la sala de Sta. Gertrudis, hay una enferma cuya fiebre terminó por una parotida tan considerable que interrumpía la circulacion vascular y la tenía como semi-apoplética, y hasta el estremo de comprimir interiormente tanto la laringe y la faringe que la pobre muger de 60 años ni podía tragar ni casi respirar, teniendo la lengua fuera de la boca é inchada: la supuracion parecía oscura y profunda: fué preciso no esperar y que el instrumento penetrase hasta la profundidad de la glándula; y á poco tiempo la lengua se redujo á su lugar y todo terminó felizmente. A veces asoman las parotidas y no siguen; otras se quedan estacionadas, y el Médico burlado porque se prometía de ellas buen resultado. En el dia en que entra este pliego en prensa ha muerto un soldado en la sala clínica núm. 30, que entró con una fiebre grave, con postracion, sopor, subdelirio, despues delirio tiphico, salto de tendones, carpalogia: aparecieron dos parotidas que apesar de los escitantes y fomentos no han continuado, y al disminuirse, la muerte. Pudiéramos terminar este párrafo con algunas reflexiones sobre esos valerosos esfuerzos que la naturaleza hace para

librarse de las causas que le dañan, y por mas que algunos quieran no comprender esta accion maravillosa nada es tan cierto para el Médico observador, pero no queremos detenernos en esto que debe ser ya para todos un axioma de la ciencia, permitasenos sólo citar algunas palabras de Gaubio con este motivo. *Natura humana morbos mortemque aversatur et horret; ita suis quoque viribus instructa est armisque, quibus sese ab illis tueatur, quœque non minus in corpore quam in mente insunt et quam diversa in eundem tamen finem omnia conspirant.... Quidquid in crisibus salutare est, hac potissimum virtute nititur. Inter præcipuos hujus facultatis efectus memorari meretur suppuratio, solius naturæ opus, arte quavis superius, præstantitissimum adversus cruda, acria, abstructa, inflamata, vulnerata, ulcerosa, mortua, quœ aliter sonari negueunt remedium.* Si no podemos esplicar estos hechos, respetemos los arcanos de la Naturaleza emanados de las leyes de la creacion.

238. La *observacion filosófica* es el valuarte inespugnable tras el cual sienta el médico su conducta, apoya su reputacion, y se escuda contra los sistemas y contra esclusivas proclamaciones. No se precipite jamás el médico á obrar antes de conocer la patogenia del mal: resuelva ese problema importante y marchará por el camino de la verdad ilustrado por la razon. Recuerde que el analisis de los síntomas no es mas que un medio para la sintesis, y no olvide que los sintomas no se curan si no se corrige la causa de donde parten; enfin, vea la enfermedad sin alucinarse ni combatir efectos que ceden por si mismos: ese delirio, ese abatimiento, ese pervigilio, ese meteorismo no son mas que consecuencias necesarias de una causa poderosa que venció al organismo, que reclama el auxilio de la cien-

cia para combatirla. Revistase de la prudencia que recomienda Hipocrates, y sin timidez, pero sin arrogancia pongase de parte de la naturaleza para auxiliarla, sin oprimirla con una polifarmacia inutil y perjudicial. Yá se comprende que proclamamos un método sencillo sin llamarle espectante: porque á la verdad no siempre podemos ver los recursos que la farmacia nos proporciona con seguridad de sus efectos. La causa del mal es muchas veces insuperable, dominó al organismo y este se presenta sordo á los auxilios del médico. Los typhus son un ejemplo de esta verdad, porque en ellos la causa es intensa, sorprende con su accion, domina todos los elementos de resistencia; por esto es que todos los AA. ante cuya conciencia domina la verdad pierden la confianza en nuestros recursos cuando se vieron en medio de intensas epidemias typhicas. En la fiebre menos intensa la mortandad es mucho menor porque la ciencia puede mas en ella y el organismo obedece á sus recursos, y el médico no pierde la esperanza hasta el último momento, porque hay siempre mucho que esperar de esa naturaleza que aun dá señales de vigor y de resistencia. Ni hay que alarmarse por accidentes inesperados porque mientras que la enfermedad conserva su naturaleza, el médico no debe titubear en el plan, *non transire ad aliud manente eo quod visum est ab initio:* podrán sobrevenir epifenomenos graves; atenderlos si lo reclaman por su gravedad, pero insistir siempre en la base del tratamiento, el plan tónico y antiséptico. En esta enfermedad el médico debe mas bien pecar de observador que de negligente, si de observador puede pecarse, porque la carrera de la enfermedad es á veces varia, porque hay signos en bien ó en mal que anuncian el peligro ó la bonanza y que desaparecen pronto, y que alguna vez reclaman algo del médico. Por otra parte una

asidua observacion dá valor al médico, confianza al enfermo, y inspira gratitud á los interesados. Separese el Profesor del lado de un febricitante cuando crea que pierde esa fé que necesita para sostener gratas ilusiones: nada es tan conveniente al médico como una buena reputacion porque le fortalece, le anima y ella inspira en todos una confianza salvadora: decía muy bien Stoll; *spes salutis et fidutia in medico optimum cardiacum nervinum.*

METODOS ESPECIALES.

239. No es mi ánimo reproducir aqui nada de cuanto he dicho sobre la curacion de la fiebre: tan solo indicaré muy de paso algunas ideas recientes sobre el tratamiento de esta enfermedad, que me parece deben llamar la atencion de los prácticos Ya en 1856 J. K. D'Essaus, medico empleado en el estudio de las epidemias nos ha presentado, como deducido de su práctica, un nuevo tratamiento que yo no puedo admitir mas que como sintomático. Por otra parte vemos confundida la curacion del aparato gastrico con la de la fiebre. Los ligeros sudorificos, un purgante salino, ó la hipecaquana si las circunstancias lo exigen: en el 2.° periodo las misturas con el espiritu de Mindereno: tercer periodo, la pocion gomosa, reemplazando el acetato de ammoniaco con el cloruro de óxido de sodio: he aqui el plan de este Profesor en sus bases. ¿Qué significa esta abstinencia de los tónicos? ¿Qué podemos prometernos del spiritu de Minderero y del cloruro de oxido de sodio? Esta medicacion parece mas bien pasiva apesar del uso de los cloruros que tambien recomiendan otros y

juzgamos indicados cuando en el tubo intestinal exista el foco de infeccion.

240. Otra medicacion notable es la propuesta por Mr. Poulet y que consiste en la aplicacion de la pomada estiviada de Autenrrhiet, que supone tiene una accion lòcal dinámica: he aqui las consecuencias que deduce de su aplicacion en una epidemia de fiebre. 1.ª La pomada debe darse tres ó cuatro veces al dia, suspendiéndola ó disminuyéndola segun se presenta la erupcion. 2.ª El lugar preferente debe ser el abdomen y base del pecho. 3.ª Debe cubrirse el vientre con cataplasmas muy húmedas cuantas veces lo exijan las circunstancias, la estacion y la intensidad del calor. No creo tenga esta pomada mas efecto que el de un revulsivo, pero que por la tardanza de su accion y porque el Médico tiene que atender mucho á la oportunidad, que no puede preveer en 3 ó 4 dias que tarda en presentarse la erupcion, veo su eficacia como negativa. A esta medicacion pudieramos agregar la pocion estiviada como de una grande eficacia segun Renouard, administrando cada hora una cucharada de la que componía con 4 granos de tártaro emético con 4 onzas de agua. ¿Qué fé nos inspiran?

241. Tomamos tambien del L'Union Medicale el método proclamado hace muchos años por el ingles May citado por Mr. Lauvergne que consistía en el uso de la quina con el espiritu de Mindererro, los vegigatorios, el laudano, el vino y la ventilacion. Mr. Lauvergne sustituye el sulfato de quinina á la quina, comenzando por la hipecaquana y la dilucion. ¿Qué es lo que puede inspirarnos fé en esta medicacion? ¿Podrémos señalar siempre este camino como el mas seguro en una fiebre primitiva benigna, en una

de mediana intensidad y en los tiphus? La base es admisible porque la constituyen los tónicos y antisépticos, pero ¿por qué reemplazar la quina con su alcoloides? Si es cierto que existe un verdadero antagonismo entre la fiebre continua y la intermitente como lo intenta probar Mr. Delioux ¿por qué no lo habrá en el mètodo curativo? Por otra parte ¿à que el opio? ¿que indicacion llena á no querer reconocerlo con Brown como un estimulante? Solo parece indicado cuando se temen perforaciones intestinales anunciadas por dolores, ó cuando, sin temores de congestiones cerebrales existe un gran pervigilio sin escitacion encefálico; pero esta indicacion no es de la fiebre: nobstante vemos recomendado el opio en enemas, en apósitos y aun interiormente por el Dr. Hervieux. Tralles desterró el opio del tratamiento de las fiebres con septicidad y en la biliosa no lo aprueba Pringle. Quarin lo cree tan perjudicial que dice dispone á la putrefaccion, notándose que los cadáveres entran mas pronto en putrefaccion.

242. No se podía preveer, dice, con justisima razon Mr. Bouchardat, cuando Coindet introdujo el uso de las preparaciones yodicas en la therapéutica para combatir el bocio, todo el partido que la medicina sacaría de este nuevo agente: pero tambien cuando en 1846 se escribía esto, y se veía ya estendida la reputacion del yodo á gran número de enfermedades no se suponía que pudiese ser aplicable á la fiebre. El Dr. Magonty administra en su tiphoidea una solucion en la que entra el yodo puro en cantidad de un grano y media drachma del yoduro de potasa por ocho onzas de agua destilada para tomar tres ó cuatro cucharadas por dia. Auxilia esta pocion con dos enemas con igual cantidad de yodo y mas cargadas del

yoduro. Y no se crea que Mr. Magonty no vea bien la ætiologia de la fiebre, pues la reconoce esencialmente séptica. ¿Qué piensa hacer, pues, con el yodo? Tiene este medicamento la virtud de una panacea? Ya Mr. Aran parece haber ensayado la tintura de yodo sin que ni racional ni prácticamente se reconociese su eficacia. Reconozcamos incompletas con Mr. Latour, las observaciones hasta ahora hechas sobre esta materia y preguntémonos en que razon patogénica ó therapéutica puede apoyarse la administracion del yodo en la fiebre.

243. Ultimamente Mr. Wanderlich propone las ventajas del tratamiento mercurial por los calomelanos, ó el mercurio dulce al vapor en la fiebre. Los hechos en que se funda parecen bastante convincentes, pero las razones de su accion en esta enfermedad no nos llevan á su administracion. Este Profesor que admite la enteritis folicular, sino como causa á lo menos como efecto, funda en la existencia de esta lesion intestinal la indicacion del remedio, pues cree haber observado que suprime ó mejora considerablemente la afeccion intestinal. Convendremos con Mr. Wanderlich que pueda obrar sobre la lesion intestinal, pero cuando no vemos en el mercurio dulce un efecto tónico, antiséptico y muy al contrario, no podemos admitir su eficacia y su virtud general sobre la economía, ni que pueda imprimirla una modificacion favorable como supone. Su modo de administracion es tambien notable: basta administrar por una sola vez, á no ser que se vomite, cinco granos, ó menos. Dejamos á nuestros lectores el exámen de lo que debe esperarse de este método de curacion.

244. Convenzámonos: es preciso sancionar un método fijo en medio de una independencia absoluta de todos los

sistemas y de todas las ideas esclusivas. La fiebre, bajo cualquier aspecto que se la considere, y en todas sus formas, exige siempre el mismo método curativo reclamado por una misma indicacion; pero en medio de esta generalizacion de una misma idea puede presentar circunstancias especiales que nos lleven, no á contrariarla sino á auxiliarla por otros medios que los generales: en este caso se está cuando el vómito ó la diarrea, la hemorragia ó los dolores abdominales afligen al enfermo: en este caso se está en el cólera, y la fiebre amarilla: en este caso se halla el Médico en medio de aflictivas complicaciones y de una gravedad desesperada que le puede obligar á salirse del camino ordinario ensayando con criterio pero teniendo presente lo que decía Celso, *Satius est enim anceps auxilium experiri, quam nullum*.

ALIMENTACION.

245. El regimen que Hipocrates elogiaba tanto y del que tanto se ocupó, pues constituía una parte importante de su therapéutica y que llamó despues la atencion de todos los médicos antiguos y modernos; el régimen, digo, no puede ser olvidado en una piretologia ni en ninguna enfermedad porque tal es su influencia. Por esto decía bien Maleschot «es necesario haber consagrado toda su vida y toda su fuerza de observacion y medicadora al estudio de las condiciones del hombre en salud y en enfermedad para reunir al saber necesario el discernimiento crítico que hace elegir los alimentos apropiados á tal ó cual estado de enfermedad en cada individuo.» Y hé aquí

porque aun hoy se disputa sobre el regimen, que siempre debe deducirse del exacto conocimiento del mal ó del modo especial de considerarlo. Una interesante discusion fué promovida ultimamente en la Sociedad Médica de los hospitales de Paris sobre la alimentacion en la fiebre, y aun cuando me critiquen de fastidiosamente hipocrático diré que alli sonó como no podía menos el nombre del Padre de la ciencia. Decía, Mr. Bouchut, «es dificil hablar de la alimentacion en las enfermedades agudas y principalmente en la fiebre typhoidea sin volver la vista á lo pasado y sin honrar, como lo merecen, los preceptos del imperecedero *tratado del régimen en las enfermedades agudas* á Hipocrates.» No seguiremos al respetable académico en sus citas de Hipocrates sobre este objeto para traer desde luego la cuestion al terreno contemporaneo. Lo diremos porque es asi la verdad: siempre estremos; siempre esclusivismo; desde una dieta laxa se llegó con la escuela fisiologica hasta la mas absoluta abstinencia y desde esta no falta quien crea que no debe esperarse á que concluya la fiebre para alimentar al enfermo. Pero pregunta con oportunidad Mr. Bouchut ¿de que alimentacion se quiere hablar? ¿A qué época de la fiebre se quiere nutrir al enfermo? Tiene razon y á la verdad sobre esta cuestion no se podrán deducir proposiciones generales ni absolutas. La cuestion tuvo por ambas partes opiniones muy respetables pues que unos quieren se dén alimentos desde el principio y otros opinan que se espere á lo menos al segundo septenario y á que la fiebre descienda. Mr. Caen cierra la dicusion en estos términos. «Cada uno de nosotros reconoce los inconvenientes de una escesiva dieta; cada uno de nosotros ha podido ver accidentes provocados por in-

digestiones sobrevenir en enfermos probablemente sometidos á una larga dieta: yo os preguntare tambien sí conoceis accidentes y cuales son ocasionados por la alimentacion precoz en la fiebre typhoidea. Vuestro silencio es una suficiente respuesta. Vosotros no habeis visto accidentes porque habeis tenido cuidado de no esponeros á verlos. Pero todos los que permiten una alimentacion conveniente desde el principio de la enfermedad declaran unanimemente que han obtenido resultados satisfactorios. A vuestras opiniones, á vuestras ideas nosotros oponemos las nuestras y á nuestros hechos no oponeis nada.» Yo que no soy ni Mr. Barthez, ni Mr. Legroux veo la cuestion bajo otro punto de vista y creo que debe verse asi como se infiere de las palabras de Mr. Legroux que distingue la fiebre en general de la fiebre typhoidea; sin duda quiere decir, en la calentura no debe darse alimento en la fiebre, si: idea luminosa que nos lleva á sentar algunas bases sobre la alimentacion por no detenernos á razonar y porque sentaremos por 1.ª base un aphorismo de Hipócrates. *Impura corpora quantum magis nutries, tanto magis lædes.* Limitaremos esta sentencia al riguroso sentido y á lo que digimos en otra parte (334. y sig.) sobre los fermentos orgánicos. Un estómago sucio y con elementos de descomposicion reclama la dieta absoluta. 2.° Las calenturas casi todas reclaman la dieta rigurosa en el primer septenario. 3.ª La fiebre con aparato gástrico ó consecuencia de afecciones gastricas piden la abstinencia completa de alimentos hasta asegurarse de la no existencia de materiales degenerados en las primeras vías. 4.ª La fiebre primitiva, es decir en lenguage general, la typhoidea en todas sus variedades, los typhus todos pueden reclamar alimento desde el principio,

los caldos ligeramente animalizados. 5.ª En la fiebre no deberá esperarse á una completa desaparicion de la alteracion del pulso, ni aun de la crapula de la lengua para conceder una ligera panatela. 6.ª Cuando en la fiebre domina el elemento pútrido, cuidado con la alimentacion porque en esta forma el tubo intestinal suele ser un foco de infeccion. En la forma ataxica se debe alimentar pronto. En los verdaderos typhus solo la prudencia del profesor puede fijar la necesidad ó el período de alimentacion. Hé aqui las deducciones de la experiencia y de la razon, unica guía que reconocemos cuando se suscitan cuestiones de esta clase y gravedad.

SOBRE EL PRONOSTICO EN LA CALENTURA Y EN LA FIEBRE.

246. Apenas el pronóstico ocupa hoy á los médicos: no parece sino que la experiencia secular les ha demostrado su poca importancia y su nulidad. Bien cierto es que del verdadero diagnóstico y de la exacta idea que se adquiera de la enfermedad se debe deducir el conocimiento de lo que debe suceder en su carrera bien sea favorable ó adverso. Nobstante hay en la prediccion ciertas circunstancias tanto de parte del Médico como del enfermo que deben llamarnos la atencion. Propero Marciano, con una ingenuidad que le honra, se lamentaba de que no pronosticaba como Galeno y Zimmerman juzga que al pronostico debió Hipocrates de Athenas los primeros honores despues de Hercules.

247. El pronostico es el verdadero apoyo de la opi-

nion del Medico, es su garantía y un dato para demostrar que no solo conoció el mal sino que comprendió su gravedad, su genio, el poder de la naturaleza y el valor de los recursos de la ciencia. El don de pronosticar exige mucho hábito de observacion, gran conocimiento de la enfermedad y una profunda penetracion. Desde Hipócrates casi todos los hombres de la ciencia tuvieron un gran cuidado en instruirse en el pronóstico siguiendo las huellas del Viejo oráculo, y en cuyas obras podemos adquirir preciosos datos que el lenguage elocuente de la experiencia confirma. Se lamentaba Cope de este discuido en leer y reflexionar estos escritos. *Sunt*, decía, *multi adhuc ¡pro dolor! qui non intelligant Hippocratem esse legendum, nec sapiant, quœ divitiœ lateant in scriptis egregiis veterum.* Tenía razon; es preciso leer y meditar lo mucho que nos digeron sobre el estudio del pronostico para que podamos comprobarlo en nuestra práctica. Hay en las enfermedades ciertos fenómenos que pasan desapercibidos y que revelan el peligro ó la bonanza sin que siempre podamos darnos cuenta de ellos. Hay en los males circunstancias en que no nos fijamos si no estamos prevenidos para reconocerlas y que parecen insignificantes, y aun más, que nos hacen advertir muchas veces los asistentes. Hay en los enfermos, física y moralmente considerados, cambios notables que llaman la atencion del obsérvador y que le sirven para deducir todo el grado de perversión que sufren. Es, enfin, el presagio el rasgo mas caracteristico de la imaginacion penetrante del Médico.

248. No solo debemos ver el don de prenosticar como una garantía del Médico, sino tambien como una guia, como un protector que le dirige: *longe aliter se res habet:*

hisce cum docemur scopulos in praxi evitare, et navem periclitantem in portum toto dirigere. Se dirá acaso, que es muy dificil, y muy espuesto el pronóstico en la fiebre é inseguros los datos que para hacerlos tenemos, porque pocas veces se puede predicir con seguridad: esto es muy cierto, pero entre esto y desconocer el valor de ciertos sintomas; entre esto y no conocer que está anunciado un buen término ó un fatal suceso, hay una gran diferencia. Hipócrates ya nos decía que en las enfermedades agudas no siempre se puede predicir con seguridad ni la muerte ni la salud; y apesar de esto en varios de sus libros nos dá signos pronosticos, porque como decía Zimmerman son muy interesantes y se exigen al médico para que prevenga el peligro y tambien para cerciorarse de que conoce la enfermedad. ¡Pero cuantas veces la desconocemos! ¡De cuan diversos modos puede padecer el organismo! Jovenes profesores no lleveis ilusiones á vuestra práctica; ilusiones que perjudicarían vuestra reputacion. No todos los males están en los libros, ni para conocerlos bastan las nosologias: en vosotros teneis el hilo de Ariadna que os conduzca en el laberinto del diagnóstico; este hilo es el profundo estudio de la etiologia, y de la sintomatologia que os llevará á los organos, ó todo lo cerca posible del organo enfermo. En vuestra práctica hallareis mil enfermedades no descritas ni estudiadas sobre las cuales teneis que pronosticar; hallareis todos los dias, como dice el Hipocrates Suizo, cuya lectura os recomiendo, nuevos ejemplos de la miseria humana.

249. Nadie ciertamente desconoce la importancia del pronóstico, pero debemos ser justos: los antiguos le daban mas importancia que los modernos. Comparaba Prospero

Alpino, en su célebre tratado, *de presagienda vita et morte ægrotantium*, el Médico á un General en el campo de batalla con su prevision, su tino, sus temores y sus esperanzas, indicándonos cuales son las fuentes del pronostico. Se me dirá, acaso, que conociendo la enfermedad, que viendo su marcha es facil presagiar; no: estos son grandes datos, pero hay otros de suma importancia ademas de los ya anunciados. Cree el vulgo en la existencia del *ojo médico*, y teme ciertos pronósticos. Hay ciertamente un instinto pronosticador, un tino que no se esplica. Un ignorante dá un fallo inapelable; una muger fija con su mirada el estado de gestacion que el Profesor no distingue, y el médico mas ilustrado pronostica sin poder fundar la razon de su juicio. Entra un Profesor en una sala clinica y una rápida mirada le dice cual es el estado de sus enfermos: su fisonomía, su postura hablan á su alma un lenguage muy elocuente. El genio penetrante de observacion se adquiere viendo y observando siempre con fundamento y criterio; no con ligereza é irreflexion: poca experiencia y un gran genio vale mas que una estensa practica sin la penetracion que dá la ciencia y el genio. Un gran práctico ignorante podrá pronosticar como un viejo enfermero: su ojo será el de un rutinario y nada mas. Pero hay fenómenos en los males que el médico vé pero no esplica y que nobstante son signos pronosticos: hay otros que vé pero que no puede definir para trasmitirlos: sean ejemplos la carpologia por una parte y ciertos rasgos fisonomicos que ni aun halla lenguage para espresarlos. Estos fenomenos, que no podemos llamar racionales porque no están apoyados en ningun razonamiento, estos fenómenos, digo, son de los que se apodera la rutina para pronosti-

car y de los que suele carecer el médico al principio de su práctica como los adquiere el enfermero ó el cura parroco en el egercicio de su elevado ministerio, pero que el médico puede adquirir pronto con genio y observacion. Preciso es queno olvideis jamás aquel consejo de Baglivio hablándonos de la pleuresia; *caute stote: neque facile promittite curationem ut nebulones faciunt qui Hippocratem non legunt.* Abandonemos ya esta digresion, que corresponde mas bien á los tratados de patologia general, para ocuparnos del pronostico en la calentura y la fiebre, y lo haremos prefiriendo el método aforistico para mayor claridad y concision.

Aforismo 1.° Es muy dificil pronosticar en la calentura y en la fiebre sobre todo en su principio, porque en ambas enfermedades ni un gran aparato indica un gran peligro ni la lenidad de los sintomas prueba la benignidad del mal.

2.° Es grave que se presente el delirio en la calentura por causa gastro-intestinal porque anuncia la fiebre secundaria.

3.° El delirio en la calentura intensa ó angioténica puede anunciar la encefalitis ó la aracnoiditis.

4.° El delirio al principio de la fiebre primitiva anuncia gran peligro y que toma el carácter ataxico.

5.° El delirio intenso en cualquiera época de la fiebre es malo: lo anuncia el pertinaz pervigilio.

6.° El delirio en la fiebre que sobreviene despues del sopor es preferible al sopor que sigue al delirio.

7.° El delirio alegre es menos peligroso que el delirio fatidico.

8.° La soñolencia en la fiebre es mala.

9.° El sueño agitado, locuaz. con movimientos de los

musculos de la cara es malo.

10. El sueño tranquilo es siempre bueno, y en la forma ataxica de la fiebre es una terminacion.

11. Las respuestas tardías y cortadas anuncian el delirio.

12. El estravismo simple ó doble en la fiebre con carácter ataxico es casi siempre mortal.

13. La disfagia en la fiebre es sumamente grave.

14. El temblor de la lengua y la imposibilidad de hecharla fuera es muy peligroso.

15. Las paralísis en la fiebre son mortales.

16. La afonia, casi siempre es mortal.

17. La sordera al principio anuncia gran peligro: adelantado el segundo septenario parece favorable.

18. El pervigilio y el desasosiego en la calentura es malo y en la fiebre anuncia el delirio. La convulsion es mortal.

19. Los vomitos son siempre graves en la fiebre: si son de materiales negruzcos son mortales.

20. El meteorismo intenso es grave pero no mortal.

21. La diarrea desde el principio es grave en la fiebre: en la calentura gastrica es favorable si no se prolonga: es grave en la mucosa: acontece que es buena en la biliosa.

22. Las deyecciones involuntarias y sin conciencia del enfermo, anuncian el delirio y si ya existe son siempre peligrosas.

23. La posicion supina con las rodillas levantadas son indicantes del delirio.

24. La posicion lateral es signo de mejoría en la fiebre.

25. El resbalarse de la almohada y obedecer á la gra-

vedad del cuerpo y descubrir los pies es mortal.

26. El sudor frio es mortal á no ser consecuencia de alguna deposicion ó movimiento dado al enfermo.

27. Los sudores abundantes, calientes, sin fatiga y que soporta bien el enfermo son buenos, y á veces criticos sobre todo adelantada la enfermedad: al principio solo pueden convenir cuando la intemperie atmosferica fue causa del mal.

28. La epistasis al principio de la fiebre siendo poca la cantidad de sangre, y repitiendose es muy grave.

29. La hemorragia nasal abundante no muy adelantada la fiebre con tendencia á congestiones pasivas cerebrales suele convenir: pero la duda en este caso solo se resuelve observando sus efectos.

30. Muy adelantada la fiebre son siempre gravisimas las hemorragias, aun las anales.

31. En la calentura biliosa la sangre por el ano puede ser conveniente: respetarla y observar.

32. Las parotidas al principio de la fiebre son funestas.

33. Las parotidas en el segundo septenario pueden ser favorables si se presentan francas con dolor y calor: pero si aparecen, no aumentan, son casi indolentes ó desaparecen, casi siempre son mortales.

34. El meteorismo es muy grave siempre, pero con diarrea es casi mortal.

35. La lengua, al principio de las calenturas, crapulosa y humeda es mejor que la lengua seca y lisa, esta indica mal grave y largo.

36. La lengua retraida, contraida, roja, puntiaguda y muy caliente manifiesta en la calentura irritacion gastrica.

37. La sequedad de la lengua y de las fauces sin sed

suele indicar el delirio.

38. Las calenturas gastrica, saburral, mucosa ó biliosa que no terminan dentro del primer septenario pasan casi siempre á la fiebre.

39. La calentura que se recrudece al cuarto ó quinto dia se prolonga al segundo septenario con peligro de producir la fiebre.

40. Buena y tranquila respiracion es de buen presagio.

41. La respiracion anhelosa en la fiebre casi siempre es mortal.

42. La respiracion nasal con sopor ó tendencia al sueño es mortal: está en el mismo caso de la ansiedad de respirar.

43. La respiracion profunda como suspirosa por intervalos, indica el delirio.

44. La profunda alteracion fisonomica es casi siempre mortal.

45. La risa en el estado grave de la fiebre es de mal presagio.

46. La indiferencia por las personas y cosas de su afeccion sin delirio es de muy mal agüero.

47. Las escaras gangrenosas en los puntos sobre que gravita el cuerpo son muy graves, pero no mortales.

48. La abundante orina es de buen presagio en la fiebre adelantada, pero al principio si es acuosa indica que el mal se prolongará.

49. Las fiebres que se prolongan mas allá del tercer septenario, terminan dificilmente y mal por lo regular.

50. Cuando el enfermo no orina debe inspeccionarse el hipogastrio: á veces no es el riñon que no segrega, sino la vegiga que no se contrae.

51. Casi nunca hay dolores intensos de cabeza en la fiebre: si existiera desde un principio con gran calor craneal temase la encefalitis de suma gravedad.

52. En la calentura gastrica, saburral ó biliosa el dolor frontal, la amargura de boca, la nausea indica aparato gastrico.

53. El pulso es signo muy infiel: nobstante el pulso pequeño, filiforme, frecuente es de inminente peligro.

54. Cuando la fiebre cesa en el primer ó segundo septenario sin que hayamos observado una franca terminacion, debemos temer las recaidas.

55. En la fiebre si el enfermo con regular temperatura al esterior se siente abrasar interiormente ó si siente un gran frio interior, es mortal. Lo primero suele verse frecuentemente: lo segundo es mas raro.

56. No se debe el médico alucinar con mejorias repentinas y sin razon.

57. La fiebre grave, como la forma typhica, puede terminar en dos, tres ó cuatro dias.

58. Buscar en el aire ó en la ropa lo que no hay es delirar: recoger con ansia la ropa de la cama es mortal.

59. La reaccion moderada del pulso, la orina abundante y cocida, la cabeza despejada, el sueño tranquilo son signos de salud.

60. El pulso filiforme, la posicion supina, las estremidades frias, los temporales como deprimidos, los ojos hundidos, entreabiertos los párpados, la palidez del rostro, el sudor frio, las orejas apergaminadas, la nariz fria y afilada constituyen la *cara hippocràtica* que prenuncia la muerte próxima. Nobstante, la angina de pecho en sus accesos, las intensas hemorragias internas ó externas, las

diarreas abundantes pueden presentar la *facies cadaverica* que desaparece pronto.

61. Hay muy pocos sintomas que por si solos anuncien bonanza ni peligro: el médico debe ver la entidad morbosa en sus efectos, y juzgar con gran acopio de datos: *neque tamen ignorare oportet in acutis morbis fallaces magis notas esse et salutis et mortis.* (Corn. Celsus).

Termino aqui mis estudios sobre la Calentura y la Fiebre. No pediré indulgencia á mis lectores, ni menos una critica severa: les suplicaré unicamente que juzguen mi trabajo sin prevencion por el buen deseo que guió mi pluma al redactarlo. He querido ser severamente lógico al juzgar las opiniones de genios eminentes de la ciencia, porque ante el tribunal de la razon y de la experiencia pueden llegarse á empequeñecer individualidades por una ó mas de sus opiniones, pero se respetan los hombres en toda la estension de su saber. No me domina una emulacion viciosa, porque detesto el vi-

cio de la roedora envidia: la gloria de los hombres me envanece porque es la gloria de la ciencia y contemplo con entusiasmo el gran lugar que la historia reserva á muchos de los eminentes médicos que el orbe científico respeta con justicia. Verse en la necesidad de discutir y juzgar sus ideas no es rebajar su mérito, porque apesar de que parecen opuestas, luce la verdad que se va señoreando de los hombres en medio de las tinieblas y del estravío del pensamiento. Este es el camino de la humanidad. El ciego hace su jornada despues de mil tropiezos y de mil trabajos. Los sinsabores de la vida y sus penalidades hacen al hombre filósofo. Y por en medio de la lóbrega noche de la ignorancia se llega al templo luminoso de la verdad. La duda y el error son patrimonio del género humano que para vencerlos necesita de la luz del cielo y de la sabiduría de la tierra. Asi paso á paso nos aproximamos á la certidumbre, y quiera Dios la hayamos hallado en la interesante materia que fué el objeto de nuestro estudio.

Que no se me pregunte á que escuela pertenezco porque facil es deducirlo: sin ser ecléctico, reconozco verdades en todos. Fuí en mis discusiones tan lógico como me fué posible y no quise ver los órganos sin vida ni la vida sin órganos, porque estas dos cosas no pueden sepa-

rarse: no fuí pues organicista químico, ni organicista físico, ni organicista anatómico; fuí organicista fisiológico, orgánico-vitalista. Ni menos pude prescindir de aplicar la verdadera filosofía á la Piretologia porque fuera llevarla al empirismo. Siempre que se razona, que se analiza, que se sintetiza para hallar la causalidad de los efectos, para encontrar la esencialidad de estos ó su naturaleza, buscamos filosoficamente la verdad que no se puede deducir de la experiencia sola. No hay mas que una filosofía porque no hay mas que un camino para hallar la verdad en las ciencias teoricas como en las ciencias prácticas: este camino como base es la educacion intelectual, y como medio un esmerado raciocinio. Esta fué nuestra guia hasta aquí; procurando realizar mi pensamiento de aplicar la filosofía clínica á una parte tan importante de la medicina, aun cuando no fuese mas que como ensayo para los jóvenes al resolver los problemas de la práctica. Partamos á lo menos de este punto para llegar al grado de perfeccion que bajo tantos títulos merece el objeto de este libro porque no tengo la arrogante pretension de creer que no se puede pasar de aqui. La verdad se viene buscando desde los tiempos historicos de la ciencia, y elogiables son todos los esfuerzos para hallarla. Por esta razon venero á los antiguos y respeto á los mo-

dernos: pienso en esto como Plinio el Joven «*sum ex his qui miror antiguos: non tamen, ut quidam, temporum nostrorum ingenio despicio.* Admitan los contemporáneos mi veneracion y mi respeto, y reciban los sepulcros venerandos las coronas científicas que les dedico. ¡Loor á los Genios de todas las edades!

FIN.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.





